



# BERNARD CORNWELL

*Casaca Roja*



Lectulandia

Otoño de 1777.

Un año después de la Declaración de Independencia americana, Filadelfia, la capital de las colonias rebeldes, que está a punto de ser ocupada por las tropas británicas del general Howe, es una ciudad en guerra: no solo entre los insurgentes americanos y el ejército británico, sino también entre sus propios habitantes; una guerra que divide y desgarras familias y que engendra todo tipo de traiciones.

En primera línea de la batalla, entre las mortíferas armas del enemigo y las puñaladas de sus propios políticos, están los casacas rojas. Para un británico, estos valientes son el martillo que aplastará la incipiente rebelión yanqui. En cambio, para los patriotas americanos, los despreciados «espaldas sangrientas» son los ladrones de su libertad y los saqueadores de su patrimonio. Sam Gilpin es uno de ellos: ha visto morir a su hermano y ahora debe elegir entre el deber a un rey distante, el llamamiento de su propia conciencia y el verdadero significado de la lealtad.

Ese invierno, no solo a través de los campos de hielo y fuego de Valley Forge, el olor a pólvora de Germantown y el tronar de los cañones sobre Fort Mifflin, sino también en los lujosos salones de Filadelfia, se reescribirá la Historia y cambiará la fortuna de rebeldes y patriotas para siempre.

**Lectulandia**

Bernard Cornwell

**Casaca roja**

ePub r1.0

Titivillus 18.12.2017

Título original: *Redcoat*  
Bernard Cornwell, 1987  
Traducción: Pedro Santamaría

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

BERNARD  
CORNWELL

*Casaca Roja*

Traducción de Pedro Santamaría

*«Y ahora, si os place, abordemos la cuestión desde otra perspectiva. Supongamos que nos rebelamos contra Gran Bretaña, que nos declaramos independientes, que establecemos una república propia... ¿Cuáles serían las consecuencias? Me horroriza imaginarlo..., se me hiela la sangre cuando pienso en las desgracias, en los indescritibles males que ha de traernos».*

Reverendo Charles Inglis, Filadelfia, 1776



# PRIMERA PARTE



# 1

Los bloodybacks cargaron al abrigo de la cálida oscuridad y en pos de la batalla.

Una luna oculta tintaba las nubes de plata y derramaba un brillo tenue sobre las copas aserradas y picudas de los pinos que recortaban el horizonte hacia occidente. Al este, el cielo estaba privado de nubes: un abismo de oscuridad moteado por la luz pura de las estrellas. Los senderos bajo los árboles estaban oscuros, completamente oscuros, una oscuridad en la que las largas hileras de hombres maldecían en voz baja.

Cuando el sol emergiera, traería consigo el vaporoso y asfixiante bochorno del día; aunque incluso ahora, a esas horas de la noche, hacía un calor sofocante que provocaba que los hombres sudaran bajo las gruesas casacas de lana. Casacas rojas. Eran soldados; seis compañías, que seguían a sus oficiales, a través del frondoso desfiladero, hacia una taberna, un cruce de caminos, hacia el enemigo.

Se oía el agradable fluir de un arroyo que quedaba al sur, el viento sacudía las ramas de los pinos y las hordas de insectos nocturnos ahogaban cualquier ruido que las tachuelas de las botas pudieran hacer al quebrar las agujas de pino, caídas y secas. Una orden susurrada pasó de boca en boca por la hilera de hombres. Estos se detuvieron y se acuclillaron.

Las manos del soldado raso Sam Gilpin estaban empapadas de sudor. El calor hacía que le picara todo el cuerpo. Se oyó el relincho de un caballo. Debía de ser un caballo enemigo, ya que los casacas rojas habían venido a pie. Incluso el general iba a pie. El ruido le dijo a Sam que el adversario estaba cerca, muy cerca, y, a pesar del calor pegajoso, sintió un repentino escalofrío.

No podía abrir fuego con su mosquete. Ninguno de los soldados podía hacerlo, ya que se les había ordenado que desenroscaran el pie de gato y retiraran los pedernales. Un mosquete sin pedernal no podía provocar la chispa que encendía la pólvora, así que no podía disparar, pero tampoco se corría el peligro de que algún patoso tropezara en la oscuridad y disparara, sin querer, alertando al enemigo.

Los casacas rojas habían llegado al abrigo de la cálida noche, en silencio, y el enemigo estaba cerca.

—¡Seguidme!

Una vez más la orden fue un susurro. La compañía de Sam abandonó el sendero y se adentró en la negrura del bosque. Todos intentaban caminar en silencio, pero las ramas crujían, las agujas de pino secas chascaban y, en una ocasión, la culata de latón de un mosquete chocó con estruendo contra el tronco de un pino.

El ruido hizo que los hombres se quedaran helados, pero no se oyó ninguna voz de alarma en las líneas enemigas. Sam se preguntaba si estos enemigos estarían esperando, despiertos, preparados. ¿Tendrían los mosquetes cargados, los pedernales tensos y listos para restallar y sembrar el bosque de humo y muerte? El corazón le

palpitaba con fuerza, con el miedo que siente el soldado antes de la lucha. El sudor hacía que le picaran los ojos. Se hacía difícil respirar el aire resinoso. La columna volvió a moverse y Sam vio un resplandor rojo a su izquierda. Supo entonces que allí se encontraba el campamento enemigo.

—¡Abajo!

Sam se detuvo y se acuclilló. El brillo rojizo correspondía a los restos de una hoguera. Se veían otras hogueras moribundas entre los árboles. Las brasas resplandecientes revelaban las siluetas de unos edificios oscuros. Una vez más relinchó un caballo, pero Sam no podía ver movimiento entre las hogueras.

—¡Bayonetas! ¡Bayonetas! —La orden fue un brusco susurro.

Sam desenvainó la bayoneta. Había afilado la hoja a la luz del atardecer hasta conseguir una punta endiablada. La enganchó a la boca del mosquete y la giró para fijarla. Sintió en las manos la grasa pegajosa que servía para que la bayoneta no se oxidase. A su alrededor podía oír el raspar y el chasquido de otras hojas siendo caladas. Parecía imposible que el enemigo no pudiera oírlo y, sin embargo, no hubo gritos ni fogonazos de mosquete. Sam cogió una tira de cuero de la cartuchera. Ató un extremo a la base de la bayoneta y el otro al portafusil. Ahora ningún enemigo sería capaz de arrancar la hoja de su lugar, y Sam tampoco la perdería cuando la retirase de las entrañas de un cadáver.

Sam tenía miedo, pero también sentía euforia. No quería decepcionar a sus compañeros, temía defraudar al capitán Kelly o ser objeto del desprecio del sargento Scammell. Temía su propio miedo, aunque también atesoraba el fogoso orgullo de todo joven. Eran bloodybacks, casacas rojas, los reyes del castillo, los gallos del estercolero, soldados del rey, y en un instante serían desatados como perros salvajes, para despedazar a los enemigos del monarca.

Sam oyó pasos a la derecha y vio la esbelta y oscura silueta del sargento Scammell caminando a lo largo del frente de la línea.

—No estáis aquí para bailar con esos sodomitas, habéis venido a matar a esos hijos de puta. ¿De acuerdo? —La voz de Scammell no era más que un susurro y, sin embargo, aún resultaba temible.

Scammell no le caía bien a casi nadie en la compañía, pero incluso aquellos que le odiaban agradecían su presencia esa noche, porque, en medio de la confusión de la batalla, el sargento hacía gala de una escalofriante eficacia. El rojo de las brasas de las hogueras se reflejaba en la bayoneta de acero, de diecisiete pulgadas de largo, de Scammell.

Sam palpó su hoja grasienta. Era una bayoneta triangular, dotada de una acanaladura para permitir que fluyera la sangre, para que el arma no se quedase enganchada en la carne. No era un arma de corte, sino de estocada.

—A las tripas o a la garganta —susurraba Scammell—. ¡Estos chismes no son para hacer cosquillas! ¡Matadlos!

El capitán Kelly y el alférez Trumbull ya habían desenvainado los sables. Ambos

oficiales estaban al borde de la arboleda, observando al enemigo. Kelly era un hombre alto y tranquilo, y los hombres le apreciaban. Trumbull tenía trece años, un escolar al que le había sido entregada una casaca de oficial. Los hombres le despreciaban. Sam vio que la hoja del alférez temblaba ligeramente y supo que el muchacho estaba nervioso.

El hermano gemelo de Sam también estaba nervioso.

—No te alejes, ¿vale? —dijo Nate.

—Descuida —dijo Sam para tranquilizarle, tal y como siempre hacía.

En noches como aquellas, en casa, en Inglaterra, los hermanos solían ocultarse en los bosques de Squire. Pero así como Sam siempre aguardaba con ansia que empezara la caza, Nate no hacía más que preocuparse de que pudieran pisar un cepto o que pudieran ser sorprendidos por los guardas forestales. Sam siempre lideraba, Nate siempre le seguía, pero esa noche la pieza era mucho más peligrosa que los ciervos de Squire.

Sam contempló las hogueras moribundas. Quizá en Inglaterra las llamas del hogar en la cabaña de sus padres también se estuvieran apagando a la espera del amanecer para ser reavivadas. El capitán Kelly le había dicho a Sam que el sol salía antes en Inglaterra de lo que lo hacía allí, pero Sam no alcanzaba a entenderlo, así que imaginaba que en ese mismo momento los gallos de su madre se estarían desperezando para despertar al mundo, mientras que los perros de su padre estarían aún revolviéndose en sueños junto al fuego de la cocina. Entonces se preguntó lo que pensarían las chicas del pueblo si vieran ahora a Sam Gilpin, con el rostro sucio y el mosquete en la mano, esperando la orden de atacar a los enemigos del rey. Pensar en eso ahuyentó los nervios y le hizo sonreír.

—Ojalá empezaran ya —murmuró Nate a su lado.

El horizonte lucía ahora una franja gris que hacía palidecer el brillo de las estrellas del este. Era lo que llamaban falso amanecer. La tierra aún era negra. El caballo enemigo volvió a relinchar y Sam oyó el repiqueteo de sus cascos en suelo firme, y se preguntó si, en torno a las hogueras moribundas, yacían las siluetas abultadas de hombres durmiendo. La inevitable inquietud, nacida de la espera, empezaba a hacer mella en él. ¿Acaso no tenían centinelas? El enemigo debía de haber apostado piquetes a lo largo del bosque. Quizá los estuvieran esperando. Quizá tuvieran cañones ocultos en la oscuridad, junto a las casas. Quizá, en un instante, los grandes bocales empezaran a escupir llamas y metralla, a reventar las tripas de los hombres y a convertirlas en una sangrienta casquería.

Sam se pasó la lengua por los labios secos y coqueteó con el miedo que le producía lo que estaba a punto de ocurrir. El capitán Kelly, antes de ponerse en marcha, les había dicho que aquella era la retaguardia del enemigo, que su cometido era entorpecer el avance británico, y los casacas rojas tenían intención de destruir esa retaguardia, no con fuego ni con balas, sino con las hojas de diecisiete pulgadas. Sam temía que, en vez de eso, estuvieran marchando como ovejas hacia el matadero.

—¡Vamos, vamos, vamos!

La orden se dio en voz baja. Por alguna razón Sam había esperado que sonaran las trompetas, que se desplegaran los grandes estandartes de seda, la orgullosa panoplia necesaria para empujar a un soldado hacia la muerte.

—¡En marcha! —les siseaba Scammell a los hombres.

Los oficiales emergieron de la espesura, caminando a la tenue luz de la luna que se escurría entre las nubes ajadas. Sam los siguió. A su izquierda, más allá del sendero, pudo ver filas de soldados surgiendo de entre los árboles como fantasmas. Las casacas rojas parecían negras en aquella oscuridad; sin embargo, los pantalones claros y las bandas blancas, cruzadas en bandolera, sí parecían luminosas, aunque no tanto como las largas bayonetas que destellaban en la noche.

El suelo estaba cubierto de hierba salvaje e irregular. Las tropas avanzaban por la oscuridad distribuidas en tres líneas angulosas y con gran afán de llegar hasta el enemigo dormido. Aunque quizá no estuviera dormido. Sam, en la línea delantera, buscó con los ojos el resplandor de alguna mecha que pudiera estar lista para disparar los cañones.

Un perro percibió en la leve brisa el olor de los sucios extraños y empezó a ladrar. Una de las siluetas, tumbada junto a una hoguera, se movió y se incorporó. Las líneas de puntas afiladas avanzaron, las botas retumbaban sobre la hierba, se oían las pesadas respiraciones.

Los ladridos del perro se tornaron frenéticos y despertaron a otro perro, que empezó a aullarle a la luna; el escándalo azuzó a los oficiales, que decidieron abandonar todo sigilo.

—¡A la carga! ¡A la carga! —La segunda frase surgió como el chillido de una *banshee* anunciando la muerte.

Y los hombres, desbocados, rugieron. Sus nervios, cargados de tensión, los impulsaban hacia delante. Los miedos de Sam quedaron sepultados bajo la euforia que provoca el peligro. Ningún cañón enemigo esparció el fuego y la muerte. Ningún fognazo de mosquete quebró la oscuridad. Los centinelas enemigos se habían quedado dormidos; los casacas rojas habían logrado sorprenderlos.

Los primeros enemigos murieron mientras dormían. Otros se despertaron solo para ver ante ellos las bayonetas resplandecientes. Las puntas cayeron. Sam, cerca ya de la primera hoguera, apuntó a la garganta de un hombre que dormía. Empujó hacia abajo y el acero penetró limpiamente en la fina piel hasta hundirse en la tierra que había debajo. La sangre salpicó a Sam y tiñó el rostro de su enemigo de negro. Más sangre, un chorro surgido de una arteria atravesada, siseó al caer sobre las brasas moribundas.

Más casacas rojas adelantaron a Sam, lanzando estocadas al suelo. El enemigo se revolvía para salir de debajo de las mantas, pero ya era tarde. Murieron con las hojas en las tripas, en las costillas, en las gargantas. Los británicos barrían el campamento, se oían los hoscos gruñidos de esfuerzo, seguidos del sordo corte del acero en la

carne.

Sam tiró del fusil para sacar la bayoneta de la tierra. El cuerpo de su víctima temblaba, espasmódico, mientras Sam intentaba recuperar la hoja del cuello lacerado. Tuvo que pisar el pecho del moribundo para arrancar el acero.

Ahora Sam estaba en retaguardia; su alma, ligera merced a la dicha de la batalla, corrió hacia delante, sin preocuparse de dónde podía estar su hermano. Vio a dos enemigos corriendo hacia un estante de mosquetes y alcanzó a uno; le hizo caer, le dio una patada en la mandíbula y atravesó la espalda del otro con la bayoneta. El sujeto chilló, se inclinó hacia atrás e intentó aferrar el arma que Sam le retorció en los riñones. La boca abierta del hombre aulló a las estrellas; luego se desplomó, agonizante, chillando, aunque sus chillidos quedaron confundidos por otros y por el rugir triunfal de los casacas rojas.

El sargento Scammell no gritaba, solo mataba con su habitual eficacia. La espada del capitán Kelly estaba empapada en sangre hasta la empuñadura. El alférez Trumbull chillaba como una niña entusiasmada, y gritaba órdenes que nadie obedecía.

Hubo fogonazos de mosquete a la izquierda de Sam.

—¡Formación izquierda! —dijo el capitán Kelly con voz calmada—. ¡Formad!  
¡La compañía avanzará a paso ligero! ¡Tranquilos, muchachos!

Solo la mitad de la compañía atendió a la orden. El resto estaba demasiado ocupado repartiendo muerte.

—¡A la carga!

Sam vio que el puñado de enemigos huía ante la amenaza de las bayonetas. Un hombre, probablemente el oficial de estos últimos, pues blandía un sable, lanzó un aullido de desafío y cargó contra los casacas rojas. Su sable restalló contra el cañón de un mosquete alzado para detener el tajo; entonces la bayoneta del sargento Scammell se hundió en las costillas del oficial. El hombre resolló, emitió un gemido, y otras dos puntas se clavaron en su cuerpo convirtiéndole en un desecho. El resto de los enemigos echaron a correr y se dispersaron por el bosque. Otro de ellos, cuya camisa blanca era fácil de ver en la oscuridad, se abalanzó sobre un caballo sin ensillar y salió al galope.

La matanza concluyó tan rápido como había empezado. Un instante de triunfo y salvajismo y, acto seguido, los gritos de oficiales y sargentos haciendo un llamamiento a la disciplina. Sam se vio rodeado de casacas rojas sonrientes y desconocidos. Habían sido las compañías ligeras de seis regimientos diferentes las que habían tomado parte en aquel ataque, y casi todos tenían las bayonetas mojadas. Un escocés cuyo tartán estaba empapado en sangre remató a un herido de una rápida y salvaje cuchillada; luego se acuclilló para registrar las ropas del caído en busca de monedas y comida.

Se establecieron las guardias, los hombres colocaron los pedernales entre las almohadillas de cuero y luego los atornillaron en los pies de gato. Un puñado de

prisioneros, capturados en la taberna, fueron arrastrados al exterior. Los casacas rojas forzaron unas carcajadas, expresión del alivio que sentían al haber sobrevivido.

El amanecer anegó la tierra con una luz gris que iluminó el campo sembrado de cadáveres destripados. Sangre sobre sangre. Un perro lamía los charcos rojos. Los prisioneros, vestidos tan solo con pantalones y camisas, observaban horrorizados los cuerpos ensangrentados que yacían retorcidos sobre la hierba pálida. Uno de ellos empezó a vomitar. Otro a llorar. Otros se enfrentaban al cautiverio con ademán orgulloso y amargo.

En el claro que rodeaba a la taberna empezaron a zumbar las moscas, atraídas por la carnicería. Un enemigo, abatido mientras corría, había caído sobre una de las hogueras moribundas. El pelo y el cuero cabelludo le habían ardido hasta alcanzar un cráneo ahora chamuscado. Un casaca roja le estaba quitando los pantalones, de un lino excelente.

Nate dio con Sam. La bayoneta de Nate estaba inmaculada.

—Ha sido como cazar jabalíes —dijo un tanto anonadado.

Sam afilaba la punta de la bayoneta con una piedra. Vio el arma limpia de su hermano.

—Me sorprende que no hayas echado a correr con estos sodomitas.

—Yo solo no lo haría.

Nate se acuclilló junto a Sam y, con discreción, pasó la bayoneta por un pegajoso charco de barro ensangrentado para que pareciese que había luchado con tanta saña como sus compañeros. Miró al sargento Scammell mientras lo hacía, pero su acosador estaba lejos.

—Pero correré —dijo con firmeza.

Sam señaló a los muertos con el mentón.

—Acabarás como ellos.

—Todos acabaremos como ellos —dijo Nate mientras observaba su bayoneta manchada—, a no ser que corramos.

El calor empezaba a alcanzar unos niveles odiosos y sofocantes. Los cadáveres empezarían a apestar si no eran enterrados pronto, aunque antes había que desvalijarlos. Los muertos fueron despojados de sus ropas, de sus monedas; se les arrancaron los dientes, que serían vendidos a hombres que fabricaban dentaduras postizas para los ricos. Otros casacas rojas rompían el pan seco y cortaban los gruesos trozos de ternera salada que constituían su desayuno.

El alférez Trumbull emergió de la taberna con un trofeo. Era una bandera enemiga; uno de los nuevos estandartes que habían hecho su aparición en los campos de batalla aquel verano. Trumbull, triunfal, empezó a agitar la bandera sobre su cabeza. Nate observó al chico de las charreteras.

—Idiota —dijo con desprecio.

—El idiota serás tú si desertas. —Sam le habló a su gemelo con severo afecto—. Te cogerán. Y si tienes suerte serás azotado. —Sam apuntó a su hermano con la

bayoneta limpia y afilada—. Pero lo más probable es que te ejecuten.

—No me cogerán.

Sam se acabó de un trago el agua tibia y salobre que le quedaba en la cantimplora. Intentó contar los muertos, pero se dio por vencido cuando llegó al centenar. No había fallecido ningún británico. Las moscas zumbaban. Los primeros oficiales del Estado Mayor llegaron a caballo para ver el resultado de la carnicería nocturna que había convertido los campos en torno a la taberna en un caos. Los recién llegados rieron con ganas.

Uno de los oficiales del Estado Mayor le arrebató la bandera al alférez Trumbull y, volviendo grupas, cabalgó con ella hacia sus compañeros. Pasó junto a Sam, y, mientras lo hacía, el sol salpicó el horizonte con un brillo resplandeciente que iluminó la bandera enemiga. Sam, a la sombra de la enorme bandera por unos instantes, se crispó ante el fulgor de sus gruesas barras blancas y rojas con un círculo compuesto de estrellas blancas sobre un cuadrante azul. El oficial pasó de largo y Sam parpadeó como si pretendiera librarse del vulgar destello del estandarte.

Los bloodybacks habían llegado de noche y habían llevado el acero a los yanquis. Sam Gilpin, casaca roja, se tumbó en la hierba y se quedó dormido.

## 2

A primera hora de la mañana del viernes 19 de septiembre de 1777, Jonathon Becket se despertó alarmado creyendo que el mundo estaba llegando a su fin.

Era un error excusable, ya que el domingo anterior el reverendo MacTeague había predicado el Segundo Advenimiento. Así que, cuando aquella noche las calles se vieron repletas de antorchas y los gritos despertaron a las gentes que dormían en sus camas, muchos de los habitantes de Filadelfia creyeron, como Jonathon, que los ángeles de alas relucientes de Dios habían llegado para erradicar el pecado del mundo.

Se oyeron trompetas y cascos de caballos cuyo eco retumbó en las largas y rectas calles de la ciudad. Los ciudadanos intentaban, torpemente, encender sus quinqués solo para descubrir que faltaba poco para el amanecer. El tumulto era idéntico al descrito en el *Apocalipsis*. Los niños lloraban, y las llamas proyectaban siluetas espeluznantes sobre las fachadas de las casas, donde las contraventanas empezaban a abrirse y la gente se asomaba para pedir nuevas a gritos.

Las noticias confirmaban que la amenaza a la que se enfrentaba la ciudad no era el fin del mundo, sino el ejército británico. Se habían avistado jinetes cruzando el Schuylkill a la altura de Upper Ferry. Los casacas rojas estaban de camino, y el pánico se apoderó de Filadelfia.

La verdad, sepultada por la alarma nocturna, era que una patrulla de caballería rebelde había estado explorando la orilla oeste del río y habían sido confundidos con los británicos, por lo que los patriotas habían huido al abrigo de la oscuridad.

Los delegados del Congreso rebelde metieron en sus baúles de viaje, y a toda prisa, documentos y objetos de valor. La Campana de la Libertad ya había sido retirada de la Casa del Estado, y los documentos de la biblioteca, así como el dinero de la Oficina Pública de Préstamos, habían sido enviados a los valles occidentales de Pensilvania. Y ahora los patriotas, los arquitectos de la revolución, los hombres que habían redactado la Declaración de Independencia, siguieron su estela.

Se uncieron los caballos a las carretas y estas fueron llevadas a las puertas de las casas, donde las fueron cargando con muebles. Las mujeres, inquietas, miraban hacia el oeste, temiendo ver en cualquier momento a los casacas rojas iluminados por la luz de las antorchas. Filadelfia había sido escogida como el hogar de la revolución, la capital de la recién nacida nación americana, y sus piadosos ciudadanos temían que la llegada del enemigo acabara siendo como el descenso de los filisteos sobre los hijos de Israel: soldados recubiertos de bronce, barbudos y terribles, en busca de venganza; en consecuencia, los niños lloraban y las fustas restallaban en la oscuridad.

Había terror y prisa, aunque no todos los ciudadanos temían a los casacas rojas. En Filadelfia había lealistas, *tories* que ansiaban que se restableciera el orden



británico. En sus casas, la inquietud que provocaba la cercanía de las tropas del rey se mezclaba con el alivio y los agradecimientos a Dios ante la perspectiva de que al fin los rebeldes fueran expulsados. Abel Becket, cuyos almacenes dominaban los muelles de la ciudad, era uno de esos lealistas que, al oír la alarma, empezó a ladrar órdenes a sus sirvientes:

—¡Atrancad la puerta trasera! ¡Poned antorchas en la entrada, junto a las escaleras que llevan a la calle! ¡Vamos, aprisa!

Era un hombre alto, de pelo negro y corto que solía desaparecer bajo una pulcra peluca blanca y rizada. Era delgado, y cincuenta años de vida le estaban pasando factura a un rostro macilento, aunque sus ojos aún brillaban con juvenil agudeza. Abel Becket era comerciante, y, del mismo modo que su astucia le había servido para sortear los obstáculos provocados por los traicioneros y recientes debates políticos, su riqueza le había permitido sobrevivir durante los escasos años de gobierno rebelde en la ciudad. Había comerciado con los rebeldes, no le había quedado otra opción, aunque aquel intercambio no solo le resultó desagradable, sino que le reportó muy poco beneficio.

—¡Arriba, señorita! ¡Arriba!

Abel Becket despachó a una de las jóvenes cocineras a la sala de la parte superior, donde la señora Becket aguardaba acompañada de una biblia y un libro de oraciones. Al tiempo que la muchacha corría escaleras arriba, Jonathon Becket, que se había puesto a toda prisa sus ropas negras, las bajaba cojeando de camino al recibidor, donde Abel Becket se disponía a recibir a las tropas británicas.

—¡Tío! —Jonathon arrastraba el pie derecho, hinchado y retorcido, recubierto de cuero como una monstruosidad—. ¿Qué ocurre, señor?

—Los británicos están cruzando el Schuylkill. La morralla rebelde huye. Solo Dios sabe lo que son capaces de hacer ahora que son presa del pánico.

Había júbilo en la voz de Abel Becket, no porque previera el caos, sino porque la derrota de los rebeldes parecía estar al alcance de la mano.

—¿Quién está en el almacén? —preguntó Jonathon.

—He hecho llamar a Woollard.

—Iré yo, señor.

—No es seguro.

A modo de respuesta, Jonathon se apartó el abrigo a un lado para dejar al descubierto la empuñadura de una pistola que le asomaba del cinturón. Por un instante, Abel Becket dudó entre la seguridad de su sobrino y la suerte que podían correr las valiosas mercancías almacenadas junto al muelle. Venció la codicia, y el comerciante abrió los cerrojos de la puerta principal.

—Ve con cuidado.

—Lo haré, señor.

Jonathon volvió a cubrir la pistola, luego salió renqueando a las calles y se adentró en una escena casi tan dantesca como la visión del Segundo Advenimiento

que había tenido al despertarse. Al igual que una colmena que hubiera sido atizada, Market Street era un caos. En la calzada opuesta arrancaba una carreta a latigazos. El vehículo estaba cargado hasta los topes, como las gabarras que descendían el Delaware en primavera: camas y aparadores, mesas y sillas, baúles y cajas, todo ello atado sin orden ni concierto, amontonado sobre el lecho de la carreta. Mientras Jonathon observaba, un clavicordio se soltó de las apresuradas ataduras, rebotó en el pescante trasero y se estrelló en un suelo repleto de baches emitiendo un cacofónico estruendo. La rueda de un carruaje, tirado por cuatro caballos al galope, rebotó sobre los fragmentos de madera tallada y marfil. Nadie pareció percatarse de la pérdida en su desesperada prisa por huir.

Jonathon se abrió paso hacia el este entre la multitud. Oyó partes de conversaciones histéricas. Se decía que la caballería británica estaba saqueando Northern Liberties, que los hesianos habían empezado a incendiar Southwark, mientras que los casacas rojas ahogaban a los ciudadanos que intentaban escapar cruzando el Delaware. La muchedumbre reaccionaba a cada uno de los rumores tomando un camino diferente para huir de la ficticia amenaza. En la esquina de Second Street, por donde carruajes y carretas se dirigían al norte, hacia Frankfort Road, un predicador gritaba que debían arrepentirse, que Dios salvaría la ciudad si había suficientes justos que alabaran su nombre, pero los aullidos del predicador quedaban ahogados por el traqueteo de las ruedas y los relinchos de los caballos aterrados. Jonathon, cuyo rostro mostraba el dolor que sentía al caminar, se abrió paso entre el caos.

Había nacido tullido veinte años atrás. Los gritos de su madre aún se oían cuando, a la luz de una vela, comprobaron que había venido al mundo con la pierna derecha retorcida y que esta jamás llegaría a desarrollarse con normalidad. Su madre murió, pero Jonathon, para sorpresa de su padre, había sobrevivido. Había momentos en los que la gente olvidaba que Jonathon era un tullido. Quizá tuviera la pierna torcida y un pie zambo, pero jamás había querido inspirar lástima. Quizá no pudiera correr, pero montaba a caballo tan bien como cualquiera, incluso mejor que la mayoría. Quizá renqueara al andar, arrastrando el pie y bamboleándose, pero era alto y había heredado los rasgos agraciados y delicados de su familia.

Ahora, en medio del pánico desatado, Jonathon fue zarandeado por la muchedumbre, llegó a caer pesadamente junto a la entrada de un comercio, pero se incorporó y siguió avanzando, terco. No todos los patriotas fueron capaces de encontrar una carroza o una carreta que los alejase de la venganza realista, y Jonathon, a medida que se acercaba a los embarcaderos de la ciudad, se vio envuelto por una marea de refugiados que se dirigían a los barcos transbordadores del Delaware para cruzar a Nueva Jersey. Había una niña pequeña llorando, se había perdido. Chillaba desesperada en un portal de Front Street. Jonathon cogió a la niña, la levantó acercándola a la luz de una antorcha fija y gritó preguntando si alguien reconocía a la chiquilla. Su voz provocó que la muchedumbre se detuviera un

instante.

—¿De quién es esta niña? ¿De quién es esta niña?

Una mujer se abrió paso contracorriente por la marea de familias y alargó los brazos para coger a la niña. Jonathon no quiso oír los agradecimientos de la mujer; siguió adelante y torció por un callejón que llevaba directo al muelle. Las puertas del almacén de su tío, por lo que podía ver, estaban intactas y los candados estaban en su lugar, pero la chalupa de casco plano que había atracada en el amarre de Abel Becket estaba repleta de hombres que, al no estar familiarizados con la nave, dificultaban la labor de la tripulación en sus esfuerzos por zarpar.

—¡Deteneos!

Jonathon llevaba cuatro años trabajando en los muelles y tenía una voz potente, capaz de llegar hasta un barco que se encontrase en medio del río.

Un hombre que pugnaba con el complicado resorte que mantenía la embarcación firmemente anclada contra la corriente reconoció la silueta renqueante a la luz bailarina de una antorcha.

—Es un Becket. ¡Ignorad a ese cabrón!

—Vienen los británicos...

—¡Aprisa!

Sus voces se unían para dar lugar a un tumultuoso balbuceo cargado de miedo. Mujeres y niños de rostros lánguidos a la luz de los quinqués de la chalupa se arremolinaban en torno al palo mayor. Más tripulantes, recién levantados de sus lechos tabernarios, recorrían el muelle a toda prisa.

—¡He dicho que os detengáis!

Jonathon sacó la pistola del cinturón, apuntó al cielo y presionó el gatillo. El disparo rasgó la noche y la sacudida provocada por el retroceso empujó hacia abajo su brazo. Los hombres de la embarcación, consternados por el repentino estruendo, se lo quedaron mirando. Jonathon, mientras el eco rebotaba en los muros del almacén y moría adentrándose en el río, habló con calma:

—La chalupa está destinada al transporte de pólvora para el ejército del general Washington. Y ya ha sido pagada. Si queréis llevaros el barco, llevaos también la pólvora. Acabo de llegar de la ciudad y allí aún no hay británicos. Si vienen, podéis zarpar. Eso sí, si no os lleváis la pólvora, los británicos se harán con ella y la usarán contra vosotros. —Volvió a colgarse la pistola del cinturón—. Además, la embarcación carece de lastre, así que os ahogaréis si no le ponéis algo de peso.

Las últimas palabras de Jonathon, o quizá su voz calmada y firme, bastaron para convencer a los refugiados. El muchacho afianzó su autoridad sobre aquellos hombres reticentes dando órdenes rápidas y seguras. Los quinqués, portadores de llamas traicioneras, recorrieron la embarcación de popa a proa. Se pusieron pasarelas para unir el muelle a la chalupa, luego sacaron rodando los enormes barriles del almacén, hacia el embarcadero, y los introdujeron con cuidado en la bodega. Cada uno de los barriles contenía cuatrocientas libras de pólvora fina, toda ella requisada a

un barco mercante británico asaltado el otoño anterior en Chesapeake Bay por un corsario. Jonathon había comprado la pólvora y luego se la había vendido al ejército rebelde obteniendo un razonable beneficio. Si Jonathon se había aventurado en las calles en esa noche de histeria, había sido para proteger el valioso cargamento y para evitar que los británicos se hicieran con él.

Los barriles traquetearon sobre las piedras, luego por las pasarelas, pero ningún casaca roja apareció para interrumpir los trabajos. Quien sí apareció fue un hombre gigantesco de hombros caídos que más parecía un buey de carga y que llegó a toda prisa exigiendo saber quién había autorizado la carga.

—He sido yo.

Jonathon había permanecido entre las sombras de la cubierta, pero ahora, renqueando, volvió al muelle.

El enfado de Ezra Woollard se desvaneció al ver al sobrino de su patrón cojeando a la luz de los quinqués.

—¿Sabe su tío que está haciendo esto, señor Jonathon?

—Me ha enviado él.

La respuesta de Jonathon era ambigua y Woollard, percibiendo la evasiva, frunció el ceño.

—¿Y por qué hacer que se lleven la pólvora?

—Porque la han pagado.

—Pero si llegan los británicos, señor Jonathon, se la podemos vender a ellos también. Dos pagos por la misma mercancía.

—El Congreso ha pagado por ella, y se la daremos al Congreso.

Jonathon era alto, pero al lado del gigantesco Woollard, capataz y encargado de almacén de Abel Becket, parecía un enano. Al igual que Woollard, Jonathon trabajaba para Abel Becket, aunque en cuestión de meses Jonathon pasaría a ser uno de los herederos de su tío y se convertiría en socio propietario del negocio de Becket. Hasta entonces Ezra Woollard había tratado a Jonathon con una cautelosa mezcla de desprecio y respeto que dejaba patente el resentimiento del capataz ante la idea de que aquel tullido se convirtiera, tarde o temprano, en su patrón.

—¿O acaso está enviando el cargamento porque, por culpa de una mujer, sus simpatías ahora son otras? —dijo Woollard con malicia.

Jonathon hizo oídos sordos a la provocación.

—Apártate de mi camino, Woollard.

—¡Por supuesto, excelencia! —Woollard hizo una irónica reverencia, dio un paso a un lado y observó el avance de los barriles por el muelle pedregoso.

Cada vez era menos el gentío que se agolpaba en los embarcaderos destinados a los transbordadores. Las llamas de las antorchas empezaban a perder brillo ante las primeras luces grisáceas del amanecer. El capitán de la chalupa dio las gracias a Jonathon.

—He estado a punto de perder mi barco. Gracias.

—Y también la pólvora.

—Hoy en día eso es mucho más valioso. No sé cuándo volveré a verle, señor Becket, pero que Dios le bendiga.

La pesada chalupa se adentró en la corriente y, con las velas desplegadas, se apropió de la brisa matinal para llevar su carga hacia el norte. Mientras observaba el destello plateado de la estela que la embarcación dejaba tras de sí sobre las aguas oscuras, Jonathan sintió un repentino cansancio, pesado como el cargamento que acababa de salvar de los británicos.

Woollard se había esfumado. Jonathon cerró el almacén con llave y, por un instante, observó con esperanza la otra orilla del río. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que quería ver, no apareció, así que dio la espalda a las aguas. Arrastraba el pie derecho al caminar. Había momentos en los que odiaba oír el sonido de su pie raspando el suelo, en los que se despreciaba por esa burla que era su pierna, aunque lo que más odiaba era que se compadeciesen de él, odiaba incluso que se dieran cuenta de que no era un hombre entero.

Ahora las calles estaban más tranquilas. Los patriotas habían huido, y los lealistas, que parecían presentir que los británicos, al final, no estaban de camino, se lanzaron a explorar la ciudad iluminada por el amanecer, para ver quién se había quedado y quién se había ido. Los tories siempre habían sido más que los rebeldes en Filadelfia, y Jonathon se dio cuenta, avergonzado, de que su ciudad le daría la bienvenida a la ocupación británica.

Renqueó hasta la esquina de Market con Fourth y una vez allí subió las escaleras de una gran casa de piedra. Las contraventanas estaban abiertas, lo que indicaba que la casa había despertado, así que llamó a la puerta. Bostezó y miró hacia occidente, como si esperara ver a los casacas rojas allí donde las calles de la ciudad se convertían en campos. No se percibía movimiento. Lo único que se oía era el canto de los gallos y los mugidos de las vacas pidiendo ser ordeñadas. Tiempo atrás los amaneceres en Filadelfia habían sido una alegre cacofonía de campanadas, pero los rebeldes se habían hecho con las campanas y las habían fundido para fabricar cañones. Jonathon se dio la vuelta y golpeó la puerta una vez más con la aldaba de latón.

La puerta se abrió esta vez nada más llamar.

—¡Por Dios, qué temprano has venido! —Martha Crowl hizo una mueca ante la cegadora luz del sol—. No he visto un amanecer desde el día de mi boda, y rogué entonces para no volver a verlo jamás. Entra, querido hermano.

Jonathon cojeó siguiendo a Martha hacia la sala de visitas que había arriba.

—Creía que os habríais marchado.

—¿Y dejar aquí todas estas cosas bonitas para que los casacas rojas las destrocen? —dijo Martha haciendo un gesto con el que abarcó la sala, que, efectivamente, estaba repleta de cosas bonitas. Un espejo veneciano coronaba una chimenea de mármol blanco, sobre la que había un reloj dorado a cuyos flancos se alzaban sendos

candelabros esbeltos de plata fina. El marido de Martha, un abogado, había comprado cuadros en Europa, dibujos magníficos en los que se representaban antiguas ciudades y paisajes arcádicos. También había comprado muebles de los mejores ebanistas de Londres. Thomas Crowl había sido un hombre de refinados gustos, y a Martha le gustaba decir que había tenido el detalle de morir pronto para que ella, de veintiséis años de edad, se convirtiera en una viuda rica. Además de su fortuna, Crowl también le había dejado a Martha una hija, Lydia, que ahora tenía seis años.

—No se ha despertado —dijo Martha—. Solo Dios sabe por qué. ¿Te apetece un té?

—Por favor.

Jonathon tomó asiento mientras Martha se acercaba a la campanilla para llamar al servicio. Era tan alta como su hermano menor, y tenía los mismos rasgos finos, que algunos consideraban demasiado huesudos como para tenerla por una belleza, pero Martha compensaba ese defecto con su elegancia natural. Sus cabellos, al igual que los de Jonathon, eran de un negro intenso, aunque esa mañana los tenía ocultos bajo la cofia. Se volvió hacia su hermano.

—Estás muy sucio.

—He estado organizando un cargamento de ochenta barriles de la mejor pólvora, para que no caiga en manos de los británicos.

—Que no han llegado —dijo Martha secamente—. Puede que ya nunca lleguen.

—Dependerá de que el general Washington sea capaz de detenerlos.

—No lo consiguió la semana pasada, ¿verdad?

Los británicos habían avanzado con cautela desde sus barcos en Chesapeake Bay, el ejército rebelde les había salido al paso en Brandywine Creek y allí, una vez más, los flancos del general Washington habían acabado superados y este, derrotado. Era la historia de siempre. El general solo había ganado una batalla: había sido el invierno anterior, en Trenton. Mil prisioneros hesianos habían recorrido las calles de la ciudad como prueba del triunfo. Verlos había alentado las esperanzas de los patriotas, que creyeron que al fin su general había dado con la receta de la victoria. Con esa esperanza habían vitoreado a las tropas que partieron hacia Brandywine, pero callaron una semana después, cuando los hombres, heridos, derrotados y desmoralizados, volvieron.

Los lealistas estaban entusiasmados, mientras que los patriotas cayeron presa de la desesperación. Martha y Jonathon compartían esa desilusión, porque aunque su tío fuera un tory y un realista, Martha se había casado con un *whig*, mientras que Jonathon había seguido con entusiasmo los fervientes debates que habían tenido lugar en la ciudad y había decidido inclinarse por el bando rebelde. Ahora esa lealtad a la causa sería puesta a prueba, porque, por primera vez desde que empezara la contienda, los británicos se acercaban a Filadelfia.

Martha vio de reojo que Jonathon se masajeaba el muslo derecho.

—¿Te duele?

—He caminado más de lo normal. No tenía tiempo de ensillar el caballo.

—Pobre Jonathon.

Martha era la única persona a la que le permitía compadecerse de él, pues, desde su nacimiento, ella había sido su más cercana compañera. El matrimonio la había alejado de casa, luego el padre de ambos había muerto y Jonathon había entrado al servicio de su tío, aunque la complicidad entre hermano y hermana jamás había cesado. Jonathon ya no era un chiquillo tullido necesitado de protección, pero Martha tenía el hábito enraizado en lo más profundo.

Llegó el té. Jonathon estaba sentado en la silla que había junto a la ventana, observando con tristeza los tejados.

—Lo de anoche fue vergonzoso. Jamás pensé que vería a la gente rebajarse hasta tal punto.

Martha esbozó una media sonrisa.

—Eres demasiado severo, hermano.

—¡Ha sido indigno!

Martha se encogió de hombros.

—Estoy convencida de que la huida de los británicos de Boston fue igual de ignominiosa.

Jonathon sonrió al instante para agradecer el consuelo, luego se apoyó en la ventana.

—¿Crees que podemos ganar?

—No sueles hacer preguntas tan estúpidas. ¿Acaso piensas que tengo el don de la profecía?

Jonathon hizo una mueca, no de dolor, sino de repentino enfado.

—¡Es que no puedo soportar la idea de tenerlos aquí! ¡Recorriendo nuestras calles! ¡Metiéndose en nuestras casas! ¡Riéndose de nosotros!

—Si es que vienen... —Martha no parecía demasiado esperanzada, pero había llegado el momento de que los patriotas se aferraran a un clavo ardiendo—. Pero he oído que quizá se dirijan al sur, a Baltimore.

Jonathon no estaba escuchando. Aún tenía la mirada perdida en los tejados, recortados contra lo que prometía ser otro día sin nubes.

—No soporto la idea de quedarme y ver cómo se regodean.

—Será duro —dijo Martha mostrándose de acuerdo.

Jonathon se volvió hacia ella.

—Así que me voy.

Martha se quedó inmóvil. Su hermano era una silueta oscura en la ventana, pero no necesitaba verle la cara para saber la expresión terca que estaba esbozando.

—¿Irte?

—He sido útil hasta la fecha —dijo Jonathon; de pronto su voz se antojaba febril—. Soy un buen comerciante, he servido al Congreso, he suministrado al ejército pieles, hierro, pedernal y pólvora, y, sin embargo, vienen los británicos. Ahora, si

comerciamos, tendrá que ser con el enemigo. Así que ya no soy útil. ¡Si me quedo aquí, tendré que aceptar oro británico y tratar con comerciantes británicos, y no puedo hacerlo! ¡No estoy dispuesto a hacerlo!

—¿Acaso eres demasiado orgulloso para hacerlo?

—Si así es como quieres llamarlo, de acuerdo.

Martha aún observaba la silueta de su hermano.

—Entonces ¿qué harás?

—¡Puedo cabalgar! —Jonathon se dio una palmada en la pierna derecha—. Es cierto que no puedo marchar, pero monto tan bien como cualquiera, y todo lo que necesita hacer un jinete es cabalgar y luchar. —Le dedicó una sonrisa a su hermana—. Voy a presentarme voluntario.

—¡Claro que puedes cabalgar! —dijo Martha a modo de reprimenda—. Pero ¿qué pasa si matan al caballo? ¿Qué harás? ¿Retirarte dando saltitos?

Jonathon rio.

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—¡Eres un necio! —Martha se puso en pie y se dirigió hacia él—. ¡Por Dios, Jonathon! ¡Eres un necio! ¿O tiene que ver con Caroline? —Jonathon no respondió, y Martha, irritada ante su calma, le espetó—: ¡No puedes casarte con ella!

Jonathon sonrió.

—Descuida, no le he pedido matrimonio.

Martha, más visceral que su hermano, sintió que su enfado crecía por momentos.

—¿Sabe leer?

—Y muy bien, por cierto.

—Sabes que Ezra Woollard quería casarse con ella...

—Y ella dijo que no.

A veces las respuestas de Jonathon eran parcas. Era una costumbre que molestaba a bastante gente, porque incluso cuando se le provocaba solía mantener la calma y siempre parecía sensato.

Martha, por el contrario, podía llegar a mostrarse muy poco razonable.

—¡Es una tendera! ¡Vive al otro lado del río! ¡Vende verduras!

—Y yo soy comerciante —rio Jonathon—. Pero en respuesta a tu pregunta, querida hermana, debes saber que Caroline ya ha intentado convencerme para que no abandone la ciudad. Piensa lo mismo que tú.

—Eso la honra —dijo Martha, mordaz—. Por Dios, ¿no has hecho ya bastante? ¡El ejército necesita hombres enteros, no tullidos!

Jonathon no se inmutó ante la provocación.

—Necesita hombres.

—No permitiré que lo hagas. —Martha volvió a su sitio junto a la ventana—. Si te vas a luchar, perderás tu herencia, y todo el trabajo de nuestro padre no habrá servido para nada. Ezra Woollard se hará con el negocio. ¡A Abel le cae bien! Y el tío Abel no tiene un hijo al que dejarle nada. ¿Es eso lo que quieres?



—Creo que quiero lo mismo que quieres tú: libertad.

—¡Dios misericordioso! —Martha miró fijamente a los ojos negros e impasibles—. Siento haberte llamado tullido.

—Pero es cierto. Arrastro el pie por la ciudad para solaz de los niños. Es algo a lo que ya me he acostumbrado. Pero ahora quiero ser soldado.

Martha se sentó a su lado.

—Supón que te ofrezco otra forma aún mejor de luchar contra los británicos.

—Dime.

Martha dudó un instante, como si estuviera buscando las palabras adecuadas que evitaran que su hermano cometiera una estupidez.

—Yo me quedo en la ciudad porque es mi hogar, porque es el hogar de Lydia, y porque no puedo soportar la idea de que me persigan los casacas rojas por montes y valles. Así que soportaré su presencia, pero lucharé contra ellos. Organizaré recepciones, Jonathon, les daré vino y contrataré músicos, escucharé sus bobadas, y todo el tiempo estaré alerta para obtener información. Tú puedes hacer lo mismo. Si comercias con los británicos, llegarás a conocerlos. Confiarán en ti, te contarán cosas. ¡Y serás testigo de lo que ocurra en los muelles! Las tropas que llegan, cuántos son... Eso es lo que tenemos que hacer por nuestro ejército, y es mucho más útil que apretar un gatillo.

—Puede.

—¡«Puede» no! ¡Es así! —Martha buscó alguna otra razón para hacer que Jonathon se quedara y, en su desesperación, recurrió a un argumento que iba en contra de todo lo que quería para su hermano—. Además, Caroline se quedará aquí. Estarás cerca de ella.

Jonathon permaneció en silencio unos instantes. Contempló las columnas de humo que surgían de las chimeneas de las cocinas. Entonces suspiró.

—Si me quedo aquí, rodeado de comodidades, me odiaré.

—Nadie podrá echártelo en cara.

—¿Por esto? —dijo Jonathon golpeándose la pierna derecha.

—Sí, por eso.

El muchacho sonrió.

—Pero tanto tú como yo, hermana, sabemos que puedo hacer casi lo mismo que cualquier otro. Y si otros pueden luchar y arriesgar sus herencias, yo también puedo poner en peligro la mía. Nadie me lo echaría en cara, salvo yo mismo.

—Eres un idiota. —Martha miró por la ventana—. Los británicos aún no han llegado, y los lealistas no están alardeando de su victoria. ¿Esperarás al menos? Eso es todo lo que te pido, que esperes.

—¿Para que tengas tiempo de convencerme?

—Para convencerte de que quedándote puedes hacerle más daño al enemigo que yéndote, por eso.

—Esperaré —dijo Jonathon—. No tenía intención de irme de inmediato, así que

tendrás tiempo para atosigarme.

—No es mi intención atosigarte. —Martha cerró los ojos—. He perdido a mi madre, a mi padre y a mi marido. ¿Y ahora te pierdo a ti?

—Dios ya se ha reído bastante de mí —dijo Jonathon con desprecio—, no creo que tenga intención de hacerme cosas peores.

—¿Te crees que vas a vivir para siempre? —preguntó Martha con amargura.

—Creo —dijo Jonathon con calma— que me apetece otra taza de té.

Y así, Filadelfia, una de las más bellas ciudades de la costa americana, esperó a oír el redoble de los tambores extranjeros. Los casacas rojas estaban en camino.

### 3

—¡Aten... ción! —La voz del sargento mayor podía oírse a campos de distancia.

Setecientas botas derechas golpearon el suelo seco de la pradera, a lo que siguió la más absoluta quietud entre las filas. La formación estaba compuesta por diez compañías, dispuestas en un cuadrado de tres lados. En cada una de las compañías los hombres más altos ocupaban los flancos y los más bajos, el centro, por lo que la larga línea del batallón subía y bajaba, subía y bajaba, como un bello seto ornamental recién podado. Los sargentos, con los bastones listos, recorrían las líneas. El sol arrancaba destellos a las hebillas de los cinturones y a los apliques metálicos de los mosquetes.

No había nubes en el cielo y el día desprendía un calor húmedo, opresor, que provocaba picores bajo las gruesas casacas rojas de los soldados. Sus caras brillaban de sudor.

Frente al batallón en formación, allí donde hubiera estado el cuarto lado del cuadrado, había un alto trípode hecho de vigas de madera. El vértice del trípode quedaba a ocho pies del suelo, y parecía diseñado para colgar de él una gran olla para el rancho. Pero bajo el trípode no había una hoguera, sino un soldado despojado de su ropa, con la excepción de sus sucios pantalones. Estaba atado de muñecas y tobillos y colgaba de la madera recién talada. Un tablón, arrancado de la capilla de una aldea cercana, había sido clavado a dos de las vigas para que la víctima no pudiera doblar su espalda desnuda y evitar el látigo. El condenado no tenía una tira de cuero cubriéndole los riñones, lo que significaba que sus oficiales querían que muriese aquella cálida tarde americana.

Dos hombres observaban cien pasos más allá. No formaban parte de la parada de castigo, así que podían expresar opiniones libremente, algo que para cualquier otro hubiera supuesto compartir destino con el prisionero.

—Lo que ha hecho mal —dijo el soldado raso Nathaniel Gilpin— ha sido dejarse coger.

—Lo que ha hecho mal —le corrigió su hermano Sam Gilpin— ha sido desertar. Imbécil.

La mayor parte del uniforme de Sam estaba apilado en la hierba. Se desabrochó las polainas negras de los tobillos y se quitó las botas. Al igual que el hombre atado al trípode, Sam estaba desnudo hasta la cintura, aunque no se enfrentaba a ningún castigo. Se remangó los pantalones y metió los pies en el pequeño arroyo, silbando mientras lo hacía, y empezó a frotar el pelaje de la yegua del capitán Kelly, Cleo. El caballo permanecía inmóvil. A Sam Gilpin siempre se le habían dado bien los animales. Se le daban bien todos los animales, demasiado bien, le había dicho su madre, como para servir en el ejército, pero a los diecisiete años se disfruta del don

de la certeza, y Sam le había partido el corazón a la mujer.

Su hermano Nate parecía obsesionado con el ajusticiamiento. Los tambores redoblaban en la pradera mientras los muchachos que blandían los látigos los hacían girar dos veces sobre sus cabezas antes de descargar su cola sobre la espalda de la víctima. Nate hacía una mueca con cada latigazo.

—Debe de doler mucho.

—¡Por supuesto que duele mucho! Esa es la idea, ¿no?

Sam hacía caso omiso al castigo. Le gustaba cuidar de los caballos, le recordaba al mundo que había dejado atrás hacía tres años, cuando se vistió de rojo. Ahora contaba veinte, era alto y tenía un rostro alegre y vivaracho. Su pelo, blanqueado con pasta de harina, era dorado y lo tenía recogido en una coleta.

—¡No mires!

Estaba cepillando el polvo de los flancos de la yegua y observando cómo el brillo volvía al pelaje del animal. Muchos de los caballos de los oficiales habían muerto bajo la terrible y tórrida travesía desde Nueva York. La flota, por razones que ningún soldado llegaría a saber jamás, había pasado días parada sobre las olas, que hicieron suyo el resplandor del sol, al tiempo que la comida se pudría, los vómitos se sucedían y los caballos, enloquecidos por el calor y la sed, destrozaban sus compartimentos a coces hasta el punto de tener que ser ejecutados. Aquellas pocas semanas en tierra habían supuesto toda una bendición para los supervivientes.

Sam acarició la larga cicatriz que la yegua tenía en los cuartos traseros y se dio cuenta de que el animal no se inmutaba. La herida estaba sanando. Una bala rebelde se le había hundido en la piel en Brandywine Creek, pero Sam había preparado un emplasto con pan mohoso y telarañas que había servido, como siempre, para obrar el milagro. Acarició el hocico de la yegua.

—Eres dura, ¿eh, Cleo? No hay yanqui que pueda matarte, ¿eh?

—¡Jesús! —Nate estaba viendo el río de sangre que teñía los pantalones blancos del reo. El hombre se retorció y se revolvía a medida que los latigazos, alternos, le desgarraban la piel. Los muchachos, después de cada latigazo, y con los dedos empapados, retiraban de las colas de cuero coágulos de sangre y trozos de carne—. Pobre desgraciado.

—¡No mires!

Pero justo cuando Sam lo estaba diciendo, el reo escupió la bola de cuero que tenía en la boca y de sus entrañas manó un grito horrísono, vacilante, que hizo que la yegua echase hacia atrás las orejas y que Sam se diera la vuelta a pesar de su reticencia. Hombres de otros batallones, que acampaban en los campos a ambos lados del camino pedregoso, se estremecieron al oír el terrible grito desesperado. Sam tembló.

—Deberían pegarle un tiro ya.

—No debería haberse dejado coger, ¿verdad? —dijo Nate.

—No debería haber desertado. Hacerlo es pedirlo a gritos.

Desertar era un pecado imperdonable, y era merecedor del más salvaje de los castigos.

—Yo lo haré bien —dijo Nate sonriendo.

Era de piel un poco más oscura que Sam, pero tenían el mismo rostro de pillos. Altos, criados en el campo, el tipo de muchachos que eran el sueño de cualquier sargento de reclutamiento, solo que ahora Nate tenía un sueño propio. Quería desertar. Quería hacerlo porque estaba convencido de que, más allá de aquella húmeda llanura costera, existía un paraíso americano donde las cosechas crecían sin esfuerzo, donde los manzanos estaban tan cargados de frutos que sus ramas se quebraban bajo el succulento peso. Y lo más importante de todo: un lugar en el que Nate pudiera vivir su vida con Maggie. No existía el hambre en el paraíso americano de Nate, ni los uniformes. No había sargentos, ni latigazos, ni polainas, no había caldo hecho con cuero, ni varas que golpearan, ni mañanas de vómitos, de niños llorando por la noche. No había ejército.

—Te cogerán. —Sam no creía en el paraíso de Nate—. Y te azotarán hasta que se te vean las costillas. No seas imbécil, Nate. —Miró a su hermano con una mezcla de amor y súplica. Siempre habían estado muy unidos, y todavía lo estaban, pero Sam no podía soportar la idea de ver a su hermano cayendo en el caos y el dolor—. Ni se te ocurra.

—Tres pueden hacerlo mejor que dos, Sam.

—Te cogerán, te azotarán y seré yo el que tenga que enterrarte. ¡No seas imbécil!

El afecto que Sam le tenía a su hermano hizo que su voz adoptara un tinte de enfado. Se dio la vuelta y empezó a desenmarañar las crines de la yegua. Recordaba lo que disfrutaba cepillando a los grandes caballos de tiro en los días de fiesta, en casa.

Tres novillas, delgadas y tristonas, fueron guiadas hasta el borde del arroyo, a treinta pasos de distancia. Detrás de los animales, y de sus carniceros, venía un grupo de las mujeres e hijos de los soldados del batallón. Los hombres empuñaron los mosquetes y apuntaron; se oyeron tres disparos secos y estruendosos en el aire cálido y húmedo. Las tres novillas se estremecieron y se desplomaron pesadamente en la hierba. Una de las bestias aún mugía. Fue rematada con un hachazo en el cuello. Las otras daban ligeras patadas con las pezuñas al tiempo que los carniceros desenvainaban sus cuchillos. La sangre fluía como el agua y los niños rieron al verlo. Las mujeres, con sus propios cuchillos en las manos, se acercaron lentamente, como animales salvajes, para llevarse su parte. Uno de los carniceros hizo un gesto con su hacha húmeda para ahuyentarlas. Una perrita pinta y mestiza gruñó, y el espeso olor a sangre nueva hizo que Cleo se revolviere y que las fosas nasales de Sam se ensancharan.

—Hoy toca ternera. —Nate se olvidó del reo por un instante—. Al menos no comeremos cerdo otra vez. Maggie está ahí.

—¡Déjala en paz, Nate!

—Es ella la que no me deja en paz. —Nate hizo amago de dirigirse hacia los carniceros, que ya estaban echando hígados y riñones en un cubo de madera, exquisiteces para los oficiales—. Me ha visto.

—¡Por el amor de Dios, Nate!

Sam llevó a la yegua unos pasos corriente arriba, como si pretendiera alejar a su hermano de la mirada de la muchacha, pero el tronco de un sauce caído bloqueaba cualquier ruta de escape en esa dirección. El olor de las hogueras recién encendidas llegaba desde los puestos del batallón mientras que, al otro lado del campo, proseguían los azotes. El hombre había sido sentenciado a mil latigazos con látigos de seis colas. Un grupo de oficiales, cuyos uniformes lucían brillantes a la luz del atardecer, detuvieron sus caballos para contemplar la agonía del desertor.

Sam seguía concentrado en su trabajo. Este no era ocuparse de la yegua del capitán Kelly, pero todos los oficiales del batallón sabían que Sam Gilpin lo hacía mejor que sus propios sirvientes, así que no les importaba pagar un chelín para que sus bestias recibieran sus cuidados. Repasó los ojos y el hocico de Cleo con un trapo húmedo, luego oyó un delator chapoteo en el agua, un poco más allá del lugar que ocupaba su «paciente».

—¡Nate! —Maggie sonrió nerviosa al saludarle. Arrastraba las faldas por el agua, que emitía destellos al sol del atardecer e iluminaba con rachas de luz su rostro delgado y bronceado. Nate se abrazó a ella, sin importarle quién estuviera mirando. La muchacha miró por encima del hombro de Nate y le dedicó a Sam una sonrisa—. Hola, Sam.

—Señora Scammell —dijo Sam saludando con toda formalidad.

—Te he traído esto.

Maggie tenía en la mano un rabo de ternera que le ofreció no a Nate, sino a Sam. Había sido Maggie la que le había metido a Nate en la cabeza la idea de desertar. Y era Maggie la que sabía que Nate no huiría sin su hermano. Maggie llevaba tiempo intentando convencer a Sam de que se uniera a ellos, pero Sam no estaba a disgusto en el ejército. De hecho, había descubierto que podía luchar tan bien como cualquiera; le gustaban los caballos, y estaba seguro de que podía evitar los castigos.

Se negó a aceptar el rabo de ternera.

—Dáselo a tu marido, Maggie.

—Jamás me casé con él por la iglesia —dijo la muchacha con repentina vehemencia.

—No te hace falta, ¿no es así? —Sam sabía que aquellas palabras le dolerían a su hermano, pero siempre había sido el más fuerte de los gemelos y, por tanto, consideraba que su labor era proteger a Nate—. Y ahora vete, Maggie. ¿Quieres que acaben azotando a Nate? ¡Mira! —dijo Sam señalando el trípode—. ¿A que no es agradable?

Pero Maggie se negaba a mirar al hombre empapado en sangre que estaba siendo ajusticiado. Tiró de Nate para resguardarse con él tras el flanco de la yegua, donde

quedarían ocultos del batallón que descansaba en la planicie. Las moscas zumbaban alrededor del pecho y el rostro sudorosos de Sam, mientras los enamorados entrelazaban los brazos y se lo quedaban mirando, como si el hábil y fuerte Sam fuera la única persona que pudiera dar respuesta a sus sueños de alejarse del ejército.

El muchacho comprendía perfectamente la obsesión de su hermano. La mayoría de las mujeres que seguían al batallón eran como burras de carga, enfermas, feas, de cabellos enmarañados y bocas apestosas..., pero Maggie era diferente. Su cabello castaño era grasiento y lacio, pero enmarcaba un rostro atractivo y melancólico que, de algún modo, incitaba a los hombres a protegerla. A Sam le daba la sensación de que siempre estaba al borde del llanto, aunque también parecía que un acto amable o una palabra cariñosa pudieran iluminar su cara de felicidad en un instante.

Y Sam quería esa felicidad para Maggie, pero en Nueva York ya había elegido al sargento Scammell, y el sargento era un hombre celoso.

—¿Por qué no esperáis a que caiga en combate? —les preguntó Sam—. Entonces podréis casaros legalmente.

—Quiero irme a casa —dijo Maggie.

Su hogar estaba en Connecticut. Era Connecticut el lugar del que Maggie hablaba cuando le llenaba a Nate la cabeza de sueños sobre el paraíso, el lugar donde las manzanas eran tan grandes que en los árboles apenas había espacio para las hojas, donde los gansos esperaban para ofrecer su carne a las mesas, donde el agua corría pura como el cristal. Maggie había huido de aquel paraíso y se había ido a Nueva York, donde se había convertido en una prostituta de a chelín en Holy Town, un lugar repleto de burdeles. Ahora se había enamorado de Nate y quería irse a casa.

—Os darán cincuenta acres a cada uno —sostenía. El rabo de ternera le colgaba a un costado. La sangre le goteaba sobre la falda—. Cincuenta acres, dos arados y un cerdo. ¡Lo han prometido!

—Es fácil hacer promesas —dijo Sam.

—Es verdad, Sam. —Maggie se aferró a Nate y miró a Sam con esos ojos grandes y tristes—. Lo han escrito en papel, ¿verdad?

—¿Sabes leer? —preguntó Sam con brusquedad.

—¡Lo han prometido! —dijo Nate enfurecido, como un niño.

Sí, los rebeldes habían prometido tierras y cerdos a cualquiera que desertase del ejército británico, pero Sam dudaba que esa tierra fuera a valer lo que un escupitajo. Y suponía que los cerdos, si es que los había, estarían escuálidos y enfermos. Sam tenía claro que en el paraíso de Nate habría más serpientes acechando sus manzanos de las que había habido en el paraíso de la biblia. Así que no desertaría con ellos.

—Pero si lo haces —dijo apoyándose contra las ancas de la yegua—, hazlo en condiciones. No te vayas de noche. Te cogerán y acabarás como ese desgraciado. —Hizo un gesto hacia el reo que ahora colgaba inerte de sus ataduras de cuero y cuya sangre regaba la tierra.

—Lo haré bien —dijo Nate con firmeza.

—¡Eres un imbécil! ¡Jamás has hecho nada bien! ¿Tienes ropa de paisano? No puedes ir paseándote por ahí con el uniforme, Nate. Ya sea un bando u otro, darán contigo. Necesitas ropa adecuada, algo de dinero, necesitas saber adónde te diriges. Tienes que tener un lugar en el que ocultarte los primeros días, hasta que la caballería se haya dado por vencida. ¿Has pensado en eso? Dime, ¿lo has pensado?

—Ya lo has pensado tú —dijo Nate, terco.

—Sí, pero yo no voy a desertar —dijo Sam con firmeza; hundió el cepillo en el agua para cepillar el pelaje de la yegua.

—¡Magnífico! —La voz provenía de un hombre alto que se había acercado como un zorro al abrigo de la maleza y que ahora estaba de pie sobre el tronco caído.

Estaba ahí, con las piernas separadas y el rostro bajo la sombra del pico plateado de su tricornio. Contemplaba a Maggie y a Nate. Era un hombre robusto, ancho de espaldas y de estómago plano. Vestía un uniforme immaculado cuyos botones, bien pulidos, brillaban resplandecientes. También era apuesto. Su rostro desprendía autoridad, y estaba dotado de una potente voz capaz de acobardar a cualquiera.

—Besar a las chicas y hacerlas llorar..., ¿es eso, Nate? —El sargento, sin preocuparse por sus botas impolutas, saltó al arroyo y se dirigió hacia los enamorados.

Maggie retiró el brazo del codo de Nate a toda prisa y alzó el rabo de ternera en un patético intento por aplacar al sargento Michael Scammell.

—Te he conseguido esto.

—A la mierda con eso. —Scammell golpeó el trozo de carne con su bastón, coronado de metal, y el rabo salió despedido hacia la hierba que crecía junto al arroyo. Volvió a utilizar el bastón, esta vez para golpear a su mujer en la mejilla—. ¡Y ahora piérdete, Maggie! ¡Y espérame! ¡En marcha! —Estas últimas palabras las gritó como si estuviera dándole una orden a un batallón al completo.

Maggie, aterrada de su marido, huyó por el arroyo.

Scammell se la quedó mirando un instante, luego se encaró con Nate.

—¿Quieres hacer algo al respecto, soldado Gilpin?

—Solo estábamos hablando, sargento.

—¡Cierra la boca! —El bastón apareció de la nada e impactó contra la mandíbula de Nate—. Si su piel me huele a ti, Nate Gilpin, te arrancaré el hígado y haré que te lo comas. ¿Entendido?

—Solo estábamos hablando.

—¡Solo hablando!

Scammell hizo un barrido repentino con la bota derecha dirigido a los tobillos de Nate para que este cayese al arroyo. Scammell no le tenía miedo al dolor físico. En Brandywine, cuando una compañía rebelde, atrapada, amenazó con efectuar una carga desesperada para romper el cerco, Scammell se había abalanzado sobre ellos con mosquete y bayoneta. Sam recordaba la fría eficacia con la que aquel hombre mataba. Un buen sujeto para tener al lado en la batalla, no tanto para tenerle como



enemigo.

Ahora Scammell se puso de pie sobre Nate, le colocó el bastón junto a la cara y se la empujó a un lado.

—¿Ves aquello?

Un cuerpo, cubierto de sangre, con tiras de piel colgándole de la columna vertebral, estaba siendo retirado del trípode. El hombre había muerto a latigazos.

—Ya ves lo que pasa, Nate Gilpin, cuando les haces un feo a tus superiores.

—Sí, sargento.

El bastón volvió a hacer girar la cabeza de Nate para que este tuviera que mirar directamente a los ojos duros y astutos de Scammell.

—Si vuelves a mirar a mi mujer —Scammell siseó las palabras—, aunque solo sea mirarla, haré que te lleven al trípode y te azotaré yo mismo, soldado Gilpin, ya me inventaré algo. Y te arrancaré la piel a tiras. ¿Me oyes?

—Sí, sargento.

—Les gustas a las chicas, ¿verdad? ¡El apuesto Nate! —El rostro de Scammell de pronto se convirtió en la viva imagen de la ira; golpeó al soldado otra vez con el bastón, y otra, y otra, haciéndole a Nate cortes en la mejilla y la frente. Entonces el sargento dio un paso atrás—. ¡Levanta y piérdete! —El desprecio del hombre fuerte por el débil era absoluto.

Nate salió del arroyo arrastrándose y el sargento Scammell se lo quedó mirando, luego se sentó en una de las ramas del sauce caído y limpió un chorro de sangre de la punta del bastón.

—¿Están pensando en desertar, Sam?

—No si puedo impedírselo, sargento.

—¡Eso no es lo que te he preguntado, maldita sea!

Sam miró a Scammell. Había otros que odiaban a aquel sargento alto y seguro de sí, pero Sam no era uno de ellos. Sabía apreciar las virtudes de Scammell, quien, por severo que fuera, sabía cómo mantener a la compañía fuera de peligro en el combate. De hecho, dado que solía dirigirse al enorme sargento con temeraria honestidad, Sam se había dado cuenta de que este, a su vez, le trataba relativamente bien.

—No van a desertar, sargento.

—Tienen que estar mal de la cabeza. —Scammell parecía verdaderamente confundido—. ¿Se creen que no me doy cuenta?

Sam no quería decir que su hermano estaba enamorado, y que los enamorados siempre están mal de la cabeza.

—Nate siempre ha sido un necio, pero no es su intención hacerle daño a nadie, sargento.

—¡Quiere llevarse a mi puta! —La mirada de Scammell resultaba extrañamente inquietante, quizá porque podía verse en sus ojos que en cualquier momento podía estallar en un arrebató de cólera—. Maggie es puta, pero es mi puta. Si ha de venderla alguien, ese alguien seré yo. No tu hermano.

—Eso ya se lo he dicho a él, sargento.

A Sam le había revuelto las tripas ver cómo Scammell le daba bastonazos en la cara a Nate, pero haber intervenido como buen hermano habría sido coquetear con el látigo por haber asaltado a un superior. La clave en el ejército era la cautela, y Sam creía que dominaba bastante bien ese arte.

Scammell abrió su cartuchera y de ella sacó un ribete de lana roja.

—Toma.

Sam lo cogió. El ribete medía unas tres pulgadas de largo, estaba bien tejido y teñido de un rojo intenso.

—¿Qué es?

—Póntelo en el sombrero. Todos vamos a llevarlos a partir de ahora, Sam —rio Scammell—. ¿Recuerdas la otra noche, cuando les dimos lo suyo a esos malditos yanquis? Los muy hijos de puta ahora se quejan. Dicen que no fue justo. Deberíamos haberlos despertado antes de matarlos. Los muy maricas han dicho que se vengarán, así que vamos a dejar claro a quiénes deben apuntar, Sam. Lo llevaremos para que sepan quién fue. ¿Dicen que somos unos asesinos? Pues lo llevaremos a gala. Esos sodomitas se lo pensarán dos veces la próxima vez que vean un ribete rojo en un gorro. ¿A que sí?

—Seguro que sí, sargento. —Sam se sintió extrañamente halagado: lo del ribete rojo se le antojó todo un honor. Lo lanzó hacia la orilla, junto a su rígido tricornio negro—. Lo coseré esta noche, sargento.

Scammell seguía sentado en la rama del sauce.

—Te estuve observando la otra noche, Sam. Lo hiciste bien.

—Los yanquis estaban durmiendo —dijo Sam con modestia, como si descartara las palabras del sargento, aunque la aprobación de este le provocó una extraña y placentera sensación.

Le estaba otorgando a Sam el estatus de soldado hecho y derecho, alguien que bien podría llegar a formar parte de los hombres duros que, con la bendición de Scammell, formaban el corazón de la compañía.

—Eres un buen muchacho, Sam, no te echas a perder.

—¿Echarme a perder?

Scammell ahuecó la mano, cogió agua y se la llevó a la boca. Luego se puso en pie.

—Si Romeo y Julieta se esfuman, Sam, quizá se me pase por la cabeza que ha sido culpa tuya por no vigilar a tu hermano. ¿Me comprendes? Y entonces me enfadaré contigo. Así que mantente alerta y no habrá problemas.

—No se irá.

—Si lo hace, morirá. —Scammell salió del arroyo—. Somos bloodybacks, Sam, y así será hasta que nos hieran o nos maten. No hay otra salida. —Scammell cogió el rabo de ternera del suelo—. Hicimos un juramento, Sam, y aquí permaneceremos hasta que les sirvamos de alimento a las margaritas. Díselo a tu hermano.

El sargento le dedicó un seco asentimiento de despedida y se encaminó hacia donde se encontraba el resto del batallón.

Sam cepilló la cola cortada de la yegua una última vez y luego se refrescó con el agua del arroyo. Las hogueras empezaron a desprender olor a comida que se mezclaba con el hedor del campamento, de miles de hombres y mujeres sin asear, al que Sam ya se había acostumbrado hasta el punto de no percibirlo. Ansiaba un plato de comida, charlar en torno al fuego, reír con los compañeros. Sabía que la estupidez de Nate podía poner en peligro esas pequeñas cosas que le producían felicidad.

Porque, para un casaca roja, no existía el paraíso; solo el ejército, el humo de la batalla y el orgullo de llevar un ribete rojo que proclamara la experiencia del portador en la masacre. Sam había recibido el Chelín del Rey a cambio de su vida. Sería un casaca roja hasta la muerte, y se enorgullecería de ello.

## 4

Las crestas de las montañas se perdían en la distancia; cada una de esas crestas quedaba oscurecida por los árboles de la cima, y cuanto más lejos quedaban, hacia el oeste, más se confundían con el resplandor de un cielo pálido. En los valles entre montañas había granjas, calzadas y hasta pequeñas ciudades, aunque desde su punto de observación todo parecía virgen.

—Como Gran Bretaña —dijo sir William— cuando llegaron los romanos.

—No creo que el símil sea demasiado afortunado —dijo lord Robert Massedene—. Recuerde que al final se fueron.

—Así es —dijo sir William con el gesto ausente.

Hacia el sudoeste algo le había llamado la atención: había una mancha de humo en el cielo sin nubes, aunque estaba demasiado lejos como para poder saber qué era lo que se estaba quemando. ¿Un bosque? ¿Una casa? Temían que fuese algo peor, pero nadie se atrevió a expresarlo en voz alta.

Los jinetes estaban en lo alto de una colina pelada. A sus pies, serpenteando por la falda hacia el vado, las tropas en marcha estaban convirtiendo una carretera de tierra en una nube de polvo asfixiante. Batallón tras batallón, los hombres cansados avanzaban a un ritmo ausente. A estos los seguían sus oficiales a caballo hacia el lugar en el que harían noche. Los cañones, cuyas relucientes cañas quedaban apagadas por el polvo, levantaban una polvareda aún más intensa que acababa por caer en las carretas de techo alto de los ingenieros y en las de avituallamiento. Las mujeres del ejército y los niños seguían a la columna por los laterales del camino. El día era cálido, con ese calor húmedo y asfixiante del verano americano, y los jinetes eran conscientes de lo que estarían sudando los hombres de a pie enfundados en sus gruesos uniformes de lana.

Un jinete vestido con una casaca roja cabalgaba a lo largo de la carretera, apartando a los grupos de mujeres y niños que seguían a los soldados, hasta que reparó en los coloridos uniformes de lo alto y tiró de las riendas para subir la pendiente. Los cascos del animal arrancaban del camino pequeñas estelas de polvo.

El jinete, un capitán, se acercó a sir William en su yegua cubierta de sudor.

—Todavía no hay noticias, señor.

Sir William había esperado oír otra cosa a juzgar por la prisa evidente del hombre, aunque tampoco se mostró contrariado ante la falta de noticias.

—Parece que tengas calor, John.

—Es un país asquerosamente cálido, señor. Solo Dios sabe por qué luchamos por este maldito lugar.

—Por su propio bien, supongo.

Sir William volvió a girarse hacia el oeste y siguió con su inútil inspección del

tórrido paisaje.

Sir William era un hombre corpulento; se sentaba pesadamente en su silla de montar, su cara severa y tiznada no pegaba bien con las llamativas ropas y galones que proclamaban su rango. Su rostro sugería que se trataba de un hombre no muy dado a pensar las cosas y de temperamento colérico, pero en verdad el teniente general sir William Howe, comandante en jefe del ejército de Su Majestad en América del Norte, era un sujeto perezoso, tranquilo y afable. Era un hombre amable, al que amigos y subalternos apodaban «el bueno de Billy», aunque también era capaz de volverse vulgar como un mozo de cuadra cuando se le provocaba, algo que no ocurría muy a menudo. Se volvió a dirigir al recién llegado:

—¿Salieron esta mañana los exploradores, John?

—Sí, señor —confirmó el capitán John Andre, ayuda de campo del general Grey, dando a entender que los exploradores se habían adentrado en el interminable paisaje que parecía estar en ebullición.

—Supongo que mirar no servirá de nada. —Sir William desmontó de un salto y gruñó al sentir una puñalada de dolor en la columna vertebral. El padre de sir William había sufrido muchos dolores de espalda, y el general temía ser objeto de la misma aflicción, aunque el pinchazo no duró mucho—. ¿Puedes comer con nosotros, John?

—Precisamente por eso me he dado prisa, señor. Su mesa deja en muy mal lugar a la del general Grey.

—Hoy no habrá más que rancho, John, pero eres más que bienvenido.

A sir William le caía bien John Andre, y le hubiera encantado acoger al joven entre sus subalternos, pero no le parecía oportuno «robar» a otro general. Era una situación incómoda, porque sir William necesitaba otro ayuda de campo ahora que el ejército serpenteaba a lo largo de las carreteras de Pensilvania y que no estaba recluido en los cuarteles de Nueva York, donde los mensajes no tardaban tanto en ir y venir.

Sir William, a medida que los jinetes iban descabalgando y los sirvientes corrían cargados de comida y vino hacia la cima de la colina, fue caminando hacia el extremo este. Desde allí observó las suaves pendientes y los bosques frondosos que se extendían hasta topar con una llanura fluvial desdibujada por la bruma cálida.

—Un paisaje magnífico —dijo con satisfacción.

El capitán lord Robert Massedene sabía lo mucho que le gustaba a su superior todo lo americano. Cualquier capilla de campo con las vigas podridas y el techo desmoronándose provocaría la admiración de sir William solo porque alguien le había dado una mano de cal y, por tanto, era muestra del triunfo del esfuerzo sobre las adversidades. Massedene sabía que hubiera sido absurdo airear su opinión de que el paisaje era de lo más común.

—Magnífico, señor.

Sir William fijó la mirada en la franja plateada que recorría la lejana planicie. Era de suponer que se trataba del río Delaware.

—¿No deberíamos poder ver Filadelfia desde aquí?

—Siempre y cuando no hayamos desembarcado en el lugar equivocado.

Lord Robert Massedene tenía veintidós años; era el hijo de uno de los amigos de sir William, lo que había supuesto que su elección como ayuda de campo fuera una cuestión de tacto, aunque el general jamás había tenido razones para lamentar aquel nombramiento forzado. Robert era bajo y recio, tenía un rostro redondo y aniñado y siempre lucía una alegre e indomable sonrisa. Era el hijo pequeño, condenado por derechos de primogenitura a no heredar nada, así que había decidido ganarse la vida con la espada que le colgaba de las cadenas de plata que llevaba a la cintura.

—La ciudad está a la derecha, señor.

John Andre se unió a ambos oficiales y señaló hacia el lugar distante y brumoso en el que se alzaba Filadelfia, oculta tras bosques frondosos.

Sir William contempló el paisaje reluciente.

—Música —dijo de pronto—. ¡Música!

Los jóvenes ayudas de campo, que apreciaban a sir William tanto como él a ellos, sonrieron ante tal explosión de inexplicable entusiasmo.

—¿Quiere que cantemos, señor? —dijo lord Robert a modo de chanza.

—Si así lo deseas, Robert, adelante. Pero estaba pensando en Filadelfia. —Sir William se dio la vuelta para comprobar el progreso de los sirvientes que preparaban la cena—. Tenemos que llevar la música a la ciudad. Quiero ver a la gente feliz. Debe brillar en medio de estos tiempos oscuros un invierno de alegría.

El general hablaba con un fervor que contrastaba con sus plácidas maneras habituales. Era primo lejano del rey, aunque detestaba las políticas que se estaban llevando a cabo, y, cuando comenzó la rebelión, juró no enfrentarse jamás a los colonos a los que tanto admiraba. La falta de recursos había sido el acicate para que sir William cambiara de opinión, ya que le era necesaria la paga de comandante en jefe para atender sus muchas deudas. Aunque, más que su puesto como comandante en jefe, lo que más valoraba era su cargo como comisionado de Paz. Ansiaba la paz, y estaba convencido de que esta llegaría cuando ocuparan Filadelfia.

John Andre sonrió.

—Aunque no habrá júbilo en la ciudad, señor, hasta que no nos hayamos hecho con los fuertes que hay a lo largo del río.

—Los tomaremos, John. —A sir William no parecía preocuparle el problema de barrer los fuertes rebeldes que bloqueaban la salida de Filadelfia al mar y que impedirían que la flota británica pudiera hacer llegar suministros a la ciudad—. ¿Hay un teatro en Filadelfia?

—Hace cuatro años lo había, señor, aunque los religiosos querían cerrarlo.

—Podríamos organizar un ciclo de drama para el invierno. ¿Qué opináis?

—Su segundo al mando —dijo John Andre con cierta sorna— sugeriría colgar primero al señor Washington.

—¿Lord Cornwallis? Sin duda —dijo sir William—, pero hasta él sabe que no se

puede conquistar un país así de salvaje. ¡Miradlo! —El general señaló al oeste, hacia las lejanas y difusas cumbres—. ¡Llega hasta los confines del mundo! No. Nuestra mejor apuesta es convencer a los rebeldes de que no tienen nada que temer de nosotros, nada en absoluto. Los seduciremos con nuestro éxito y los asombraremos con nuestra bondad. ¿No es eso lo que me dijiste?

—Siempre he sido así de elocuente. —Andre, mitad suizo, era un joven elegante y avisado que sabía cómo encandilar a sus mayores—. ¡Ah! ¡*Salmagundi* y pollo! Al menos hoy no moriremos de hambre.

Los soldados marchaban con esfuerzo por la carretera mientras, en lo alto, sir William y su «familia» militar cenaban. Además de John Andre, había tres ayudas de campo más, así como el intérprete hesiano de sir William y su secretario personal. Hamlet, el perro de sir William, recibió caricias de todos ellos, le dieron de comer la mejor carne y le tentaron a beber agua con un poco de vino. Los caballos pastaban la hierba fina de la colina y los sirvientes aguardaban a una distancia prudencial desde la que no podían oír lo que se hablaba. La escena era apacible: solo faltaban las damas para dar a la reunión cierto encanto doméstico, aunque podía parecer un tanto echada a perder por las preocupaciones de sir William, que no dejaba de mirar al oeste.

John Andre, que sabía exactamente lo que le producía inquietud, intentó reconfortarle.

—Llegará hoy, señor.

—Eso mismo dijiste ayer, John. —Sir William se había olvidado de la comida, tenía la mirada fija en el oeste—. Si el señor Washington lo supiera... ¡Apenas tenemos para una batalla!

—Tenemos munición suficiente para una victoria —dijo lord Massedene con delicadeza.

—El señor Washington puede permitirse perder una batalla más y acto seguido alzarse con una gloriosa victoria. —Distraído, sir William acarició las orejas de su perro—. A no ser que se haya dado por vencido después del último revolcón.

—El señor Washington —dijo Andre— es como el hombre que tiene un dolor de cabeza y no hace más que buscar una pared de ladrillo contra la que estrellar el cráneo. No, señor. Volverá a aparecer. Ansía la gloria militar.

—Si apareciese hoy —dijo sir William—, la conseguiría. Somos un ejército castrado.

Los ayudas de campo sonrieron ante el vulgar chascarrillo, que era, por desgracia, casi verdad. El ejército de sir William, en su maniobra de aproximación a Filadelfia, estaba agotando sus reservas de munición. No había sido el combate lo que había drenado las cartucheras, sino el miedo. Cada noche, varados en la inmensidad de las frondas americanas, los centinelas se ponían nerviosos. Disparaban a fantasmas; en poco tiempo batallones enteros se despertaban, se hacían con sus mosquetes y se unían a las descargas y fogonazos que llenaban la noche vacía de ruido y plomo. Ni

las órdenes ni las amenazas habían servido para evitar el derroche.

Era un despilfarro de un valor astronómico. Cada cartucho envuelto en papel tenía que ser transportado de Gran Bretaña a Nueva York, y de ahí en barcos más pequeños hasta Chesapeake Bay, desde donde recorrían unas carreteras en estado lamentable cargados en carretas. Los cartuchos eran como el oro, y, sin embargo, todas las noches la infantería disparaba contra la vacía oscuridad como si dispusieran de unas reservas inagotables. La amenaza de azotar a los culpables no había dado resultado, pues culpable era todo el ejército, y la única esperanza de sir William, ahora, era que llegara una caravana de carretas repletas de la preciosa munición.

La caravana se estaba retrasando.

En algún lugar, entre los árboles oscuros, en algún punto de aquel paisaje misterioso, se había perdido el convoy. Los exploradores de la reina, aunque fueran jinetes lealistas que habían nacido en aquellas tierras vacías, habían salido en busca de la caravana, pero sir William temía que, al igual que los cartuchos, hubieran sufrido una emboscada. No se mostraba temeroso al respecto porque no quería tentar la suerte, pero todos los oficiales reunidos en lo alto de la colina lo sabían.

—Nos arreglamos sin munición en Paoli's Tavern, señor —dijo Andre con sutileza.

—Me temo que los yanquis no siempre nos van a complacer con centinelas dormidos —dijo sir William.

Thomas Evans, el sirviente principal de sir William, que gozaba de una amplia libertad gracias a la elevada posición de su patrón, subió a lo alto de la colina.

—Deberíamos irnos, sir William.

—¿Preocupado por mi seguridad, Tom? —Sir William se giró para observar el flanco este de la colina, lo que le provocó otro espasmo de dolor en la espalda. La retaguardia del ejército estaba pasando de largo—. Puedes retirar los platos, Tom, pero esperaremos un poco antes de partir.

Esperaron, aunque prudentemente montados. Todos los oficiales sabían por qué esperaban. Sir William quería el consuelo del convoy. Quería ver aparecer las pesadas carretas repletas de cartuchos bajo las lonas. Quizá no fuera la labor de un comandante en jefe estar pendiente de algo tan nimio como un convoy de suministros, pero ningún oficial sabía tan bien como él el desastre al que se enfrentaban si esas carretas no llegaban.

—Deberíamos ponernos en camino, señor —dijo lord Robert algo nervioso.

El ejército estaba seguro allá donde se encontrara, pero, en cuanto desaparecía, los rebeldes volvían a ocupar la tierra como por arte de magia.

—Un minuto más, Robert.

Sir William tenía la mirada fija en el lugar en el que la carretera desaparecía bajo la espesa sombra de los árboles. De allí emergió de pronto un jinete con la casaca verde.

La mano de John Andre cayó instintivamente sobre la empuñadura de su espada,



mientras que Tom Evans sacó una carabina de caballería de la pistolera que tenía en su silla de montar. El mayor Zeigler, intérprete hesiano de sir William, avanzó para colocarse entre el comandante en jefe y el extraño jinete, pero el general hizo un gesto con la mano para que el alemán se apartase.

—No pasa nada, Otto. Es un explorador.

La mano de Andre soltó la espada y la carabina de Evans volvió a la pistolera. Aparecieron entonces más jinetes vestidos de verde, todos ellos americanos que luchaban por su rey, y, tras ellos, una bendita visión: las carretas que los exploradores habían ido a buscar. El rostro de sir William, hasta entonces tenso por la preocupación, se iluminó de pronto.

—Dios sigue siendo inglés.

Entonces el entusiasmo desapareció de la cara de los oficiales. Quizá Dios fuera inglés, pero solo había enviado tres carretas. Las lonas de la tercera estaban chamuscadas, y las tres venían acompañadas de un contingente de tropas hesianas que parecían haber atravesado el valle de las sombras. Aquel no era el convoy, eran los restos del convoy.

Un oficial con casaca roja caminaba junto a la infantería hesiana tirando de su caballo por las riendas. Miró hacia lo alto de la colina, vio los coloridos uniformes de los oficiales del Estado Mayor y, con un cansancio que podía percibirse desde lo alto, se subió al caballo. Espoleó al animal para que remontase la pendiente, pero la yegua estaba agotada y solo podía avanzar al paso.

Ninguno de los oficiales dijo una palabra. El jinete resultó ser un teniente; sus bellas facciones estaban cubiertas de tierra, sudor y manchas de pólvora. Cuando se quitó el sombrero para saludar a sir William, dejó al descubierto su pelo claro pegado a su cuero cabelludo. Su casaca roja, que tenía los distintivos de un regimiento de línea cualquiera, estaba manchada de sangre y chamuscada por el fuego. Entre los uniformes prístinos de los oficiales del Estado Mayor, con sus cordones dorados y sus charreteras, el desarrapado teniente parecía un hombre de otro mundo. Un soldado.

—Teniente Vane, señor —informó.

—¿Sabes quién soy?

Vane asintió sin energía.

—Sí, señor.

La habitual afabilidad de sir William se desdibujó al ver el menguado convoy.

—¿Vienes a decirme, teniente Vane, que solo hay tres carretas?

—Sí, señor.

No era habitual que sir William perdiera los nervios, pero, ante las calmadas palabras de Vane, parecía estar a punto de estallar.

—¿Qué has hecho con el resto?

Vane se irguió.

—Yo no he hecho nada, señor. El convoy no era responsabilidad mía.

Había orgullo en la voz de Vane, y aunque su tono de voz era respetuoso, sus

palabras tenían un poso desafiante que ningún teniente se hubiera atrevido a usar para dirigirse a un comandante en jefe. Vane se pasó una manga por la frente, esparciendo con el gesto manchas de polvo y sudor por su pelo enmarañado.

—Cincuenta carretas salieron de Head of Elk, señor, pero sufrieron una emboscada a diez millas de allí. Los rebeldes atrajeron a la escolta hacia el norte y luego enviaron jinetes por el sur. —De pronto la voz de Vane surgió cargada de amargura—. Desjarretaron a las bestias de carga e hicieron arder las carretas, señor.

Sir William miró hacia la mancha de humo que había en el horizonte. Intentó imaginar las carretas explotando, los caballos relinchando, la sangre y el horror en una carretera rodeada de bosques; entonces le asaltaron pensamientos de la crisis que tanto había temido. ¿Cómo iba a luchar sin municiones?

—No eran muchos rebeldes. —Vane interrumpió las reflexiones de sir William—. Pero el fuego se extendió de carreta en carreta y solo fuimos capaces de salvar tres de ellas.

—¿«Fuimos»? —Howe volvió a mirar al teniente.

—Mi criado y yo, señor. —Vane hizo un gesto al casaca roja que esperaba a la falda de la colina; luego, exangüe, el teniente explicó cómo habían llegado a estar con el convoy—. Volvíamos al ejército, señor, y se nos ordenó marchar con la escolta.

—Entonces ¿dónde está el comandante de la escolta? —preguntó sir William—. ¿No es él quien debería estar informando?

Vane, tras un imperceptible encogimiento de hombros, habló con aparente reticencia.

—El mayor Woodward estimó que era más sensato volver a Chesapeake Bay, señor.

—Pero... —Sir William se contuvo—. Sigue, Vane.

El teniente parecía avergonzado.

—Consideré que los recursos del ejército estaban al límite, señor, así que me pareció apropiado traer estas tres carretas. La compañía de hesianos se ofreció voluntaria para hacer el viaje conmigo. —Vane se irguió en su silla—. Quiero resaltar su valentía, señor.

El mayor Zeigler, intérprete hesiano, sintió orgullo al oír tales alabanzas de los alemanes, mientras que el resto de los oficiales observaban al teniente Vane y se preguntaban qué no estaba contando. No había duda de que Vane había discutido con el mayor Woodward y que muy probablemente habría desobedecido órdenes expresas al insistir en que el resto del convoy siguiera adelante. También era probable que Vane hubiera hecho gala de una temeraria bravura. Un teniente había desafiado a un mayor, había atravesado los tenebrosos bosques con un puñado de tropas y había pasado junto a las pequeñas granjas en las que vivían hombres con los mosquetes siempre dispuestos. Hacía falta todo un batallón para escoltar un convoy por un territorio como ese, y, sin embargo, aquel simple teniente lo había atravesado con un puñado de soldados porque sabía lo necesitado que estaba el ejército de munición.

Ahora, con el sudor recorriéndole el rostro y creando en él diminutos riachuelos a través del polvo y los restos de pólvora, Vane aguardaba bajo la luz del sol como quien espera una severa amonestación.

—Lamento que solo haya tres, señor.

—¡Sin ti no hubiera llegado ninguna! —dijo sir William con afecto.

John Andre, al ver las manchas negras en el rostro de Vane, causadas por la pólvora que desprendían las cazoletas de los mosquetes, y consciente de que ningún oficial disparaba esas armas a no ser que el peligro fuera terrible, se dirigió a Vane con amabilidad:

—¿Tuvieron que luchar para hacernos llegar esas tres carretas, Vane?

—Sí. —Vane frunció el ceño como si intentara recordar el incidente—. Fue hace un par de tardes, nada grave.

—¿Nada grave? —preguntó sir William.

—No eran más que vagabundos, señor. Estaban en la espesura, así que decidí dispersarlos antes de que pudieran comprobar lo exiguo de mis tropas.

Los oficiales de sir William imaginaron los fogonazos de los mosquetes entre los árboles, y al pequeño grupo de soldados protegiendo las carretas. Vane habló con desdén sobre el acontecimiento, pero su modestia solo sirvió para que la hazaña pareciera aún más impresionante.

—Vane... —dijo lord Robert pensativo—. Hay Vanes en Northamptonshire, ¿no es así?

—No lo sé. Mis familiares eran tenderos. —El teniente admitió su vergonzosa condición con un toque de esa actitud desafiante de la que ya había hecho gala.

—¿Eran? —preguntó sir William con delicadeza.

Vane dudó un instante.

—Mi padre murió, señor. Y con la herencia decidí pagarme un puesto en el ejército.

Saltaba a la vista que la inversión no había sido del todo fructífera, ya que Vane mediaba la veintena, una edad a la que un hombre acaudalado ya esperaría ser, al menos, capitán. Pero era evidente que el teniente Vane no disponía de los recursos suficientes como para comprar esa promoción. Su yegua era un animal lamentable y su uniforme estaba hecho jirones. No podía comprar una capitania y, además, el hijo de un tendero no podía esperar el beneficio del patronazgo del que disfrutaban los familiares de los nobles. Vane era un oficial cualquiera, de un regimiento cualquiera al que solo le esperaba el tedio ordinario de la carrera militar. Y, sin embargo, en los últimos días, Vane había hecho gala de una prodigiosa valentía.

—¿Cuánto tiempo llevas en América? —Sir William tiró de las riendas para hacer girar su caballo y, para alivio de sus ayudas de campo, al fin empezó a descender la colina.

Vane seguía a sir William.

—Desde diciembre, señor.

Sir William animó a Vane a que cabalgara a su lado.

—Entonces ¿estuviste en Brandywine?

—Así es, señor. —La voz de Vane parecía anhelar el recuerdo de la reciente batalla, en la que los rebeldes habían sido expulsados de la ruta de avance del ejército británico—. Se me ordenó escoltar a nuestros heridos de vuelta a los barcos. Temía que al hacerlo pudiera perder la oportunidad de tomar parte en el siguiente enfrentamiento, señor.

Sir William sonrió ante tal expresión de entusiasmo.

—¿Te gusta la vida en el ejército?

—Por supuesto, señor.

—¡Me alegra que te decantaras por ella y no por la de tendero, teniente! ¡Vaya si me alegro! Tres carretas son mejor que ninguna, ¿verdad?

—Aunque no tanto como cincuenta, señor.

—No.

Sir William, al serle recordados sus problemas, se sumió en el silencio hasta que los jinetes llegaron a la carretera y siguieron a los tres vehículos. El criado de Vane, que portaba un mosquete, empezó a seguirlos. Sir William sonrió a Vane.

—Tu asistente puede pasar a recogerte por el cuartel general después de la cena.

—Por supuesto, señor.

Quizá Vane estuviera demasiado cansado como para mostrar asombro al haber sido invitado a cenar con el comandante en jefe. Le dio las instrucciones pertinentes a su criado y luego se acercó a sir William, que se preguntaba en alto cómo habría de luchar sin munición.

—Llegará más —dijo el mayor Zeigler.

—Pero puede que el señor Washington llegue antes.

Sir William espoleó su caballo y recorrió el convoy alabando el valor de las tropas hesianas, que estaban tan sucias y cansadas como Vane.

—He amenazado con el látigo a cualquiera que dispare sin recibir la orden expresa —se lamentó sir William cuando dejaron atrás las carretas—, pero no funciona. ¡El látigo rara vez funciona!

—Porque no se azota como debiera. —El mayor Zeigler había ocupado el puesto de Vane a la derecha de sir William.

Sir William hizo una mueca al oír las palabras del hesiano y se giró sobre la silla para buscar a Vane. El general no había esperado una respuesta a sus palabras, solo eran una especie de invitación a que Vane se sintiera cómodo.

—¿Cómo harías para evitar que los centinelas malgasten munición, teniente?

—Obligaría a los oficiales del batallón a pagar con su propio peculio cada cartucho desperdiciado, señor.

—¡Dios bendito! —Sir William hizo girar a su montura entusiasmado—. ¡Qué espléndida idea! Métele la mano en el bolsillo a un oficial y te será leal, ¿no es así, lord Robert?

Lord Robert Massedene se mostró de acuerdo.

—¡Por Dios, Vane! Tantos ayudas de campo avispados y ni a uno de ellos se le ocurrió... —La voz de sir William fue muriendo y, acto seguido, una amplia sonrisa le iluminó la cara a medida que una idea, tan espléndida si cabe como la de Vane, tomó forma en su mente—. Merece una recompensa.

—¿Por cumplir con mi deber, señor?

—Pero el deber pocas veces se cumple. —Si algo le hacía feliz a sir William era poder hacer felices a otros, y ahora, con su regalo, estaba a punto de concederle a Vane el impagable patronazgo del que los oficiales como él carecían—. Se me ocurre que podría ser uno de mis ayudas de campo.

El teniente se quedó asombrado hasta la incoherencia. Los caballos se habían detenido y ahora estaba rodeado por la familia militar de sir William, a la que, con una sola palabra, podía ganar privilegiado acceso. En vez de eso, se quedó mirando a sir William y, al fin, logró balbucir una respuesta:

—Pero ni siquiera me conoce, señor.

—Sé que es valiente y acabo de descubrir que es listo, ¿acaso necesito saber más?

Vane parecía desbordado. Aquel era un golpe de suerte que superaba los anhelos de cualquier oficial, y, al serle ofrecido, el joven parecía superado por el asombro.

Al ver la expresión de Vane, sir William se sintió encantado.

—Tampoco es para tanto, Vane. ¡Además, es más probable que caiga en combate siendo ayuda de campo! ¿Verdad, John?

Andre, que estaba disfrutando con la confusión de Vane, sonrió al teniente.

—Bienvenido al mármol, Vane.

—¿El mármol? —Vane observó perplejo al elegante Andre.

—Tu tumba en la abadía de Westminster —explicó Andre—. Acabas de emprender el camino hacia la gloria.

—Si es que aceptas —comentó secamente lord Robert.

Esas palabras sacaron a Vane de su ensimismamiento.

—Acepto, señor —le dijo a sir William—, es un honor para el que no hay forma de expresar agradecimiento. Haré todo lo que esté en mi mano por ser digno del puesto, señor.

—Estoy convencido de que así será. —A sir William le alegró oír la respuesta del joven. Había entregado un regalo y este había sido recibido con agradecimiento—. ¡Pero no puedes ser solo un teniente, Vane! Eso no puede ser, de ningún modo. Mis coroneles no se toman en serio a los tenientes. Te nombraré capitán esta misma noche.

—Sí, señor.

Fue todo lo que alcanzó a decir Vane. Promoción, más paga, patronazgo... todo eso le había llegado en una carretera llena de baches que había acabado convertida en polvo después del paso del ejército.

—Y tampoco puedo seguir llamándote Vane. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—Christopher, señor —dijo Vane.

—Christopher, ¿eh? —Sir William miró a su nuevo ayuda de campo—. ¿Quieres que te llame así o prefieres Kit?

—Kit está bien, señor.

—Suena a nombre de gatito —dijo lord Robert con cierta malicia.

Vane se volvió y miró al lord a los ojos. Por un instante hubo un escalofrío en el día tórrido.

—Nadie me llama «gatito». Nadie.

Massedene vio lo pálidos que Vane tenía los ojos.

—No era mi intención ofender, capitán Vane.

—Prosigamos, caballeros.

Sir William, ajeno al breve intercambio, sonrió a sus jóvenes. Puede que el comandante en jefe estuviese escaso de munición, pero tenía Filadelfia al alcance de la mano, un nuevo ayuda de campo y la firme convicción de que la paz no tardaría más que unas semanas en llegar. Así que sir William, «el bueno de Bill», estaba contento.

## 5

El domingo después de que los patriotas huyeran de Filadelfia, el reverendo Donald MacTeague, por primera vez en más de tres años, leyó públicamente una oración por Su Majestad como parte del servicio. Martha Crawl, vestida de luto para maitines, permaneció de pie en protesta en cuanto oyó las primeras sílabas de la oración. Todas las miradas de la iglesia se volvieron a ella mientras recogía su biblia, su misal y el parasol. La voz del reverendo MacTeague titubeó. Martha cogió a su pequeña hija de la manita. Algunos de los feligreses en la atestada iglesia esperaron a oír una tonante denuncia, pero el ministro calló cuando Martha cerró con estruendo la tapa de su reclinatorio y salió por el pasillo central a grandes y ruidosas zancadas. Lydia, su hija de tan solo seis años, visiblemente entusiasmada con el desafío de su madre, sonrió a su tío Jonathon, quien sintió la tentación de seguir el ejemplo de la mujer, y le dedicó a su vez una sonrisa.

Instantes después hubo otra conmoción entre los feligreses cuando MacTeague leyó en alto el texto que había seleccionado: el quinto verso del último capítulo del Libro de Josué:

—¡Elegid, pues, en este día a quién habéis de servir! —Hizo una pausa, como si estuviera retando a los feligreses a elegir el camino que había tomado la viuda de Crawl. Nadie lo hizo, así que MacTeague pasó a elogiar las muchas bendiciones que caerían sobre la ciudad cuando llegaran los británicos: muelles activos, almacenes llenos, la vuelta de una moneda de calidad como lo era la inglesa, la confianza entre los comerciantes... Aquellos, dijo MacTeague, eran los regalos de Dios que traerían consigo las tropas del rey.

Durante la cena que siguió al servicio, Abel Becket cargó contra el vergonzoso espectáculo que había dado Martha.

—¡Deshonra a nuestra familia!

—¿Por ser consecuente con sus opiniones? —preguntó Jonathon.

—¿Me estás desafiando?

Abel Becket miró fijamente a su sobrino con el cuchillo de trinchar en la mano. Pero Jonathon hacía tiempo que sabía que el mejor modo de tratar con sus tíos era mostrarse honesto, de modo que sus palabras no pudieran ponerse en cuestión. Jonathon vivía bajo el techo de su tío y se había convertido en un experto a la hora de evitar las típicas discusiones que habían provocado tanta desdicha en otras casas de la ciudad. Sonrió.

—Solo he hecho una pregunta, señor.

El cuchillo volvió a hundirse en la pata de cerdo.

—¡Si tanto le desagrada la ciudad, debería irse!

—O al menos acudir a los servicios de los presbiterianos —dijo Hannah Becket

—. Esos son todos rebeldes. He oído que quieren prenderle fuego a la ciudad antes de que lleguen los británicos.

Era tiempo de rumores, nacidos de la incertidumbre, porque los británicos todavía no habían llegado a Filadelfia. Se decía que el ejército rebelde aún hacía lo posible por impedir el avance británico hacia la ciudad, aunque eran pocos los lealistas que creían que el desafío de George Washington pudiera tener éxito. A la noticia de la victoria de las tropas del rey en Brandywine Creek, le había seguido la de Paoli's Tavern. Así que los habitantes de Filadelfia que habían invitado a los patriotas a su mesa ahora proclamaban que jamás habían dudado, ni por un momento, que la autoridad real volvería a ser instaurada.

—Bendigamos la mesa —dijo Abel Becket cuando acabó de cortar la pata.

Jonathon inclinó la cabeza mientras su tío daba gracias a un Dios todopoderoso y benéfico por una mesa repleta y una prometedora cosecha. Abel Becket le pidió a Dios que protegiera a su familia, que bendijese los alimentos, y luego, en lugar de su habitual amén, añadió otra súplica:

—Y te rogamos, Señor, que le otorgues la victoria a tu fiel ejército real y que bendigas a sus hombres y comandantes. Amén.

—Amén —dijo Hannah Becket.

Hubo una pausa. Tanto su tío como su tía esperaron a que Jonathon se hiciera eco de la palabra, pero Jonathon permaneció en silencio.

—Amén —volvió a decir Abel Becket; entonces, como si no hubiera ocurrido nada, hizo un comentario sobre cómo había cambiado el tiempo de repente y sobre cómo ese frío no era propio de la estación.

—Será un invierno duro, de eso estoy segura —dijo Hannah Becket.

Y así, una vez más, se evitó el conflicto, aunque Abel Becket temía el momento en que este acabara por empañar el futuro de su negocio. Jonathon era el único heredero, pero joven, se temía, y no era tory. Y Abel Becket era un ferviente lealista. «Libertad», para él, no era más que una palabra que se habían inventado los abogados para enardecer a las masas, y si al final ganaban esos ignorantes y la autoridad del rey acababa siendo barrida de América, la ruina sería absoluta. ¿Cómo esperaban comerciar trece colonias, en el extremo del mundo conocido, sin contar con la protección de una gran potencia?

Porque el comercio, en opinión de Abel Becket, beneficiaba a América más que cualquier eslogan. El comercio traía dinero, así que Abel Becket esperaba con ansia la llegada de los británicos y la apertura de los mares. Incluso había apostado por una victoria británica, pues Abel Becket había acumulado en su almacén grandes cantidades de madera de nogal negro americano, lista para ser embarcada hacia los mercados londinenses a cambio de dinero de verdad. Los fabricantes ebanistas de Filadelfia le habían rogado que les vendiese parte del preciado material, pero Abel Becket había despreciado sus inservibles dólares de papel rebeldes. Londres era la ciudad que importaba, la ciudad del oro, el lugar que podía hacer que Filadelfia



volviera a ser fuerte.

Sin embargo, si el comercio debía volver a la ciudad, entonces los fuertes rebeldes del Delaware debían ser ocupados.

A la mañana siguiente, en su muelle, Abel Becket vio dos grandes chalupas que, propulsadas por sus velas grises, luchaban contra el frío viento del norte. Ambas naves estaban dotadas de pequeños cañones e iban tripuladas por hombres armados.

—¡Míralos! —espetó Abel Becket con desprecio contra la brisa. En uno de los barcos ondeaba una bandera escarlata que llevaba bordado el árbol de la libertad; el otro lucía la nueva bandera rebelde de barras rojas y blancas—. Se parece —dijo con sorna— a los pantalones desplegados de un payaso.

Los barcos venían de los fuertes rebeldes. Uno de ellos, el de la bandera de barras, fue empujado por el viento hasta el embarcadero en el que estaba el comerciante.

—¿Han llegado?! ¿Han llegado?! —gritó un hombre ahuecando las manos delante de la boca para formular la pregunta que estaba en boca de todos.

—¡Llegarán! —respondió Abel Becket.

A su lado, siempre servil cuando se encontraba en compañía de su patrón, Ezra Woollard se rio.

—¡Y os echarán a patadas del río, Johnny Lyle!

—¡Vete al infierno, Ezra! —Al insulto le siguió un gesto de una mano antes de que la chalupa volviese a encararse al viento.

Becket observó cómo se alejaba.

—¿Y dices que están obstaculizando el tráfico fluvial?

—Están hundiendo pontones en Billings Island, señor.

—¿Tienes los detalles?

—Y mapas.

Woollard siguió a su patrón de vuelta al almacén; pasaron junto a los montones de madera de nogal negro y los fardos de semilla de lino que estaban preparados para salir hacia Irlanda. Pero nada podría zarpar hasta que los británicos hubiesen llegado y los fuertes hubieran sido ocupados.

Ezra Woollard, a salvo en el despacho privado de Abel Becket, desplegó los planos de las defensas rebeldes sobre la mesa.

—Estaba pensando —dijo Woollard— que deberíamos hacérselos llegar a los británicos.

—Estoy de acuerdo —dijo Abel Becket.

—Ahora están al norte de la ciudad. No será una cabalgada difícil.

—Puedo prescindir de ti. —Becket se puso en pie y se acercó a la ventana, desde la que se dominaba Water Street—. Dios sabe que no habrá comercio hasta que la ciudad esté segura.

Woollard sonrió.

—Estaba pensando, señor, que puede que yo no sea el mejor de los mensajeros.

Becket se volvió.

—Nadie conoce el río mejor que tú.

—Y puedo escribir lo que sé, señor, pero no se me da bien hablar. Y los británicos son caballeros, ¿no es así? Y quizá desprecien a un hombre vulgar como yo.

Becket le dedicó a su capataz una de esas sonrisas que tan poco prodigaba.

—No tan vulgar, Woollard.

—Pero no estoy acostumbrado a tratar con caballeros.

Woollard había aprendido a ser humilde a la fuerza. De joven, y no hacía tanto tiempo, había prosperado como comerciante independiente en Filadelfia. Había hecho fortuna como tratante de brea en Nueva Jersey, y a veces hasta daba la sensación de que aúnapestaba a sulfuro.

El negocio de brea de Woollard, que consistía en una chalupa que hacía agua y que traía barriles desde Nueva Jersey para abastecer a los astilleros del Delaware, había quedado desbaratado por el bloqueo británico. Ya no se construían tantos barcos en el río, ni hacía falta repararlos, así que Woollard solo había logrado evitar la bancarrota gracias a la intervención de Abel Becket. El viejo se había hecho cargo de las deudas del ruinoso negocio de brea y había contratado a Woollard de capataz. El trato resultó ser provechoso, porque Woollard contaba con las habilidades de un comerciante y con la constitución física de un hombre acostumbrado al trabajo duro. Su cara redonda tenía cicatrices y estaba picada de viruela, su pelo era grueso y basto, era corpulento y fuerte. Al rescatar a Ezra Woollard, Abel Becket había dado con un capataz muy efectivo.

—¿Sugieres que cabalgue yo al encuentro de los británicos? —preguntó Abel Becket.

—Se le daría mejor a usted persuadirlos que a mí, señor. Pero estaba pensando en Jonathon.

—Ah. —Becket volvió a la mesa y se sentó. Observó los planos de las defensas rebeldes—. No creo que vaya a ser un mensajero bien dispuesto.

—He oído —dijo Ezra con malicia— que el reverendo MacTeague leyó ayer Josué, 24, 15.

Los ojos negros de Becket miraron al capataz.

—Así es.

—Por lo tanto, el señor Jonathon debe elegir.

—Jonathon es mi sobrino.

Abel Becket vestía de negro, como solía, y llevaba un corbatín, también negro y pasado de moda, al cuello. Su sombría ropa sumó una extraña fuerza al tono de advertencia de su voz.

—No es asunto mío inmiscuirme en asuntos familiares —dijo Woollard despreocupadamente—, pero me parece, señor, que los británicos estarán en disposición de recompensar o castigar a según qué familias en esta ciudad. Traerán el comercio, pero no se lo encomendarán a quienes no hagan gala de una lealtad

absoluta. —Hizo una pausa, como si le estuviera dando a su patrón la oportunidad de protestar, pero Becket permaneció en silencio—. Y puede que alguien les cuente, señor, que Jonathon embarcó a toda prisa ochenta barriles de pólvora fina la otra noche para sacarlos de la ciudad. Eso no les gustará.

—Estaba pagada.

—Con papel, no con el dinero contante y sonante que nos hubieran dado ellos. —Una vez más, Woollard hizo una pausa y Becket no dijo una palabra. El capataz sabía que estaba expresando con palabras los miedos de su patrón—. Y, con todos mis respetos, señor, su hermana no ayuda. A mí me parece que debería obligarse al señor Jonathon a mostrar lealtad como es debido.

Becket frunció el ceño.

—Estoy convencido de que, cuando llegue el momento, así lo hará.

—Si lo que he oído es verdad, lo dudo.

Woollard volvió a callar, y Becket fue incapaz de evitar hacer la pregunta que pedía el silencio del capataz, aunque decidió formularla de manera desdeñosa.

—¿Chismorreos portuarios, Woollard?

—Se ha encaprichado de Caroline Fisher.

Becket volvió a fruncir el ceño ante la noticia; luego hizo una mueca al ver que la revelación escondía una motivación personal.

—¿Esa chica con la que quisiste casarte?

—Eso fue antes de conocer sus opiniones, señor. Es una ferviente rebelde. Ahora me trae sin cuidado, y dejaré de hablar en cuanto usted me lo pida, pero creo que si se obliga al señor Jonathon a mostrar lealtad, entonces Caroline Fisher no dudará en desdeñarle en cuanto se entere.

Becket, inquieto al conocer todo aquello, volvió a ponerse en pie y se acercó de nuevo a la ventana, nervioso.

—Jonathon jamás me ha hablado de ella.

—No lo haría. Le daría vergüenza.

Becket vio cruzarse dos carretas bajo su ventana. Uno de los conductores, que llevaba un cargamento de pescado seco, lanzó un latigazo a un chiquillo que estaba intentando procurarse la cena de forma gratuita.

—Jonathon es joven —dijo casi para sí—, y a los jóvenes les gusta coquetear con ideas peligrosas. Pero es un buen chico. —Se volvió hacia Woollard—. Es un comerciante tan hábil como lo podemos ser tú y yo, Woollard. ¿Cuánto ganamos con el trato aquel del algodón? ¿Mil dólares? —Becket sonrió—. Es la pierna, les da lástima, y no saben que es mucho mejor persona de lo que muchos llegarán a serlo nunca.

—Por eso debemos asegurarnos de no perderle, señor. No podemos permitir que gente como Caroline Fisher y, con todos mis respetos, la señora Crawl, le llenen la cabeza de tonterías. Que escoja —dijo Woollard señalando los planos desplegados sobre la mesa—. Envíele a los británicos, señor, y nadie dudará entonces de su

lealtad.

El capataz se calló y vio la duda en el rostro de Abel Becket. Supo entonces que el comerciante estaba pensando en lo que ocurriría si Jonathon se negaba a acatar su orden, y en cómo eso provocaría un enfrentamiento que hasta ese momento la familia había logrado evitar.

Woollard soltó una carcajada.

—¡El señor Jonathon no es tan necio como para poner en peligro su pan! — Adoptó entonces un tono de confianza, casi tranquilizador—. Es un buen muchacho. Lo único que necesita es que alguien le obligue a decidirse.

—Puede. —Becket seguía mirando a la calle por la ventana—. ¿Caroline Fisher?

—Una zorra, señor. Le ruego que disculpe el lenguaje. Se merecería unos buenos latigazos. No es asunto mío, pero sería para mí una lástima ver cómo una muchacha como esa dilapida el trabajo de toda una vida. —Woollard se encogió de hombros—. Pido disculpas, he hablado demasiado, señor, pero todo esto redundará en nuestro beneficio si les caemos en gracia a los británicos. Y si quiere usted que sea yo el que vaya al norte con los planos, lo haré gustoso.

—No —dijo Becket ya decidido y dándose la vuelta—. Déjalos ahí.

—Sí, señor.

Woollard inclinó la cabeza y luego bajó las escaleras hasta el lugar que ocupaban las mesas de cuentas. Los escritorios vacíos eran testigos mudos de lo que había sufrido el comercio en los últimos años. Tan solo tres secretarios trabajaban ya en el lugar en el que, en su día, había llegado a haber una docena garabateando en sus libros de contabilidad. Los secretarios contuvieron la respiración hasta que el capataz desapareció. Pero a Woollard le traían sin cuidado los contables, lo que le preocupaba era el destino del negocio que tenía intención de poseer, para lo cual, y al margen de las más que respetables justificaciones, había que obligar a un tullido a decidirse. Jonathon tenía que elegir.

## 6

Frente a Filadelfia, en la orilla este del Delaware, había una zona de marismas que llegaban hasta unas ligeras elevaciones arenosas sobre las que crecía vegetación abundante. La tierra era pobre, aunque Caleb y Anna Fisher habían logrado hacer de ella una granja.

La granja estaba al sur del lugar en el que el río Cooper se unía al Delaware. Pero aquella tierra pobre había dado su fruto gracias a su cercanía con Filadelfia, en cuyo mercado cubierto y bullicioso Caleb vendía melones, pepinos, calabazas, calabacines, moras, manzanas, cerezas y castañas. Su esposa convertía la leche en mantequilla, hacía queso y horneaba grandes tortas de masa gorda que eran llevadas al otro lado del río para ser vendidas.

La recompensa por su trabajo era una casa de tablones de madera cálida y acogedora. La habitación principal era una cocina enorme junto a la cual había una pequeña salita en la que, todas las mañanas de invierno, Caleb Fisher leía las Sagradas Escrituras. En verano se sentaba en el porche de atrás para rezar a solas. Había dos dormitorios, ambos en el ático, y una choza en la que vivía una familia de esclavos negros que constituían toda la mano de obra de la granja. Los vecinos de Caleb le habían ayudado a levantar un granero enorme, junto al que había un bosquecillo de arces que daban sombra al cercado en el que tenían las gallinas. No era una propiedad rica, ni grandiosa, pero para Caleb y Anna era un palacio.

—El Señor ha sido generoso con nosotros —solía decir Anna, aunque había perdido tres hijos de corta edad.

El único hijo varón que había sobrevivido llegó a ser adulto y se había casado. Pero él también había muerto, con la mayor parte de su familia, en uno de los terribles incendios que a veces se cebaban con las pequeñas casas de madera que se construían en Filadelfia. Un bebé había sobrevivido al incendio: la nieta de Caleb y Anna, que vivía desde entonces con ellos en la granja y a la que sus abuelos querían más que a nadie en ese mundo. La querían hasta el punto de que Anna a veces olvidaba que ella no había dado a luz a Caroline.

Había quienes pensaban, tanto en los pequeños asentamientos de Nueva Jersey como en Filadelfia, al otro lado del río, que la muchacha era una salvaje. Decían que debería haberse casado mucho antes. Caroline ya tenía dieciocho años, y por tanto ya superaba en cuatro la edad deseable para el casamiento, pero sus abuelos no tenían intención alguna de obligarla a contraer matrimonio. Incluso la habían apoyado cuando se negó a casarse con el cada vez más próspero Woollard, cuyo joven negocio parecía destinado a convertirle en un hombre rico. Había quien creía que Caleb y Anna no querían desprenderse de Caroline porque la necesitaban para ayudar en las tierras, pero los que conocían bien a los Fisher sabían que Caroline tenía su propia

opinión sobre lo que debía ser el matrimonio. Llegaría, pero cuando ella quisiera y con quien ella quisiera.

Y tendría dónde elegir, porque era una muchacha que solía atraer a los hombres. Sus cabellos dorados se aclaraban aún más al sol hasta desprender un brillo pálido que contrastaba con su piel bronceada, desde la que dos ojos azules retaban a un mundo injusto. Sabía montar a caballo como un chico, ordeñar una vaca como una lechera y manejar una chalupa de río como un marinero.

A Caroline se la conocía más por su habilidad con la chalupa, ya que a medida que su abuelo se fue haciendo mayor, recayó sobre ella la tarea de llevar los productos de la granja a los embarcaderos de la ciudad. Una muchacha de cabellos claros llevando un bote con tal pericia llamaba la atención. Al igual que todo navegante de río, Caroline llevaba al cinto un cuchillo para poder cortar las cuerdas que se enganchaban, aunque en su rostro había algo que daba a entender que ese cuchillo podía usarse para otras cosas que nada tenían que ver con cuerdas enredadas.

No todo lo que producía la granja acababa en el mercado de la ciudad. Caroline llevaba las frutas más jugosas y los quesos más sabrosos a sus clientes especiales, entre quienes se encontraba Martha Crowl. Había sido precisamente en casa de Martha donde Caroline había conocido a Jonathon. Lo primero que vio de él fue el pie zambo aparecer por las escaleras de la cocina y, de inmediato, había sentido una punzada de lástima por el muchacho. Este había ido cojeando a su lado hasta el muelle y ambos habían descubierto que eran huérfanos y que los dos eran patriotas viviendo en casas lealistas.

Los abuelos de Caroline no eran lealistas al modo que lo era Abel Becket, quien sostenía sus ideales como si fueran un credo. Anna Fisher recordaba haber visto al anterior rey antes de embarcar hacia América. «¡Era un hombre magnífico, magnífico!». Caleb juraba que Anna jamás había visto al rey, sino a algún noble pasando por su aldea de Yorkshire, pero Anna insistía en que el rey de Inglaterra le había sonreído, y esa sonrisa había bastado para granjearse su lealtad durante casi sesenta años. La rebelión, en la inmutable opinión de Anna, había sido por culpa de los abogados de Filadelfia.

—Jamás me fie de un abogado, fueron abogados los que juzgaron a nuestro Señor y Salvador, y abogados fueron quienes le cortaron la cabeza al buen rey Carlos... Todo lo que preocupa y ha preocupado siempre a los abogados son sus bolsillos. ¿Alguna vez has conocido a un abogado pobre?

Caleb consideraba que un cristiano debía ser gobernado por un rey, porque, del mismo modo que la tierra necesitaba agua y un ternero necesitaba leche, estaba en el orden natural de las cosas. Para él la rebelión no era más que un barullo que se había montado al otro lado del río.

Pero Caroline jamás había visto a un rey, y cruzaba el río para oír los debates que tenían lugar en la ciudad. La rebelión a ella se le antojaba perfectamente razonable. Había nacido en las colonias y su simpatía hacia la causa de los patriotas era

instintiva, al igual que lo era la antigua lealtad de sus abuelos hacia el rey. A esa simpatía se unía la pasión de los jóvenes que piensan que el mundo puede convertirse en un lugar mejor, y Caleb y Anna aceptaban su entusiasmo, porque sabían que era tan inútil intentar poner diques al Delaware cuando se desbordaba como hacerle cambiar de opinión a su nieta. Caroline, al igual que Jonathon Becket, sería una rebelde.

Se habían conocido hacía un año, y sus encuentros siempre habían tenido lugar en la ciudad. Jonathon abordaba a Caroline en el muelle e insistía en ayudarla a llevar las cestas hasta el mercado. A veces la acompañaba cojeando a los astilleros, al norte de la ciudad, para decirle qué carpinteros usaban madera de mala calidad y cuáles aguaban la brea. A veces hablaban sobre la rebelión, y Jonathon le hacía una lista de los suministros que había conseguido para el ejército rebelde esa semana, y cómo su hermana sufragaba de su bolsillo la diferencia para que los pedidos del Congreso, mal pagados, le resultaran beneficiosos a su tío y este no pusiera pegas a la hora de vender productos a los odiados rebeldes. Caroline sabía que aquel joven elocuente, encantador y acaudalado intentaba decirle que estaba enamorado de ella. ¿Por qué iba a sufrir paseos tan dolorosos si no?

—Será rico —se burlaba Anna de vez en cuando.

—Un comerciante rico.

—El dinero no tiene nada de malo, hija.

Caroline hizo una mueca al oír eso.

—Tendrá que vivir en la ciudad, ¿no?

—Si es allí adonde va el dinero, sí, y suele ser el caso.

En una ocasión en la que Abel y Hannah Becket habían acudido a una reunión en la iglesia, Jonathon había llevado a Caroline a su casa; la muchacha había contemplado la riqueza silenciosa y abundante de la familia, y le había dado miedo. La mesa había estado dispuesta para la cena, y Caroline nunca había visto tal cantidad de cubertería, tantos platos, vasos de cristal tan relucientes, ni tantas velas de sebo de ballena. Estas últimas costaban a nueve dólares el trío.

—Nosotros las usamos de sebo normal —había dicho ella a la defensiva.

—También nosotros, pero en las habitaciones de arriba.

—Las hago yo misma —había dicho Caroline—, empezando por el sacrificio de la oveja.

—¡No!

Ella le había dedicado a Jonathon una mirada casi retadora.

—¿Jamás has matado una oveja?

—¡Por Dios, no!

Caroline era incapaz de imaginar que alguien pudiera vivir siendo tan ignorante con las cosas del campo, aunque, si debía ser sincera, ella tampoco se veía viviendo en una ciudad.

Pero si Jonathon se salía con la suya, ella viviría en la ciudad. El muchacho no le

había pedido matrimonio, pero lo haría, y Caroline no sabía qué responder. Tenía que admitir que había algo encantador en las atenciones que le dispensaba, y la forma en que arrastraba el pie invitaba a la compasión, pero Caroline casi temía el momento en que Jonathon hiciera su proposición.

Entonces, durante la última semana de septiembre de 1777, un jueves por la tarde, Jonathon fue a casa de Caroline por primera vez.

Llegó con la puesta de sol. Al principio, al ver al extraño jinete recorrer el sendero que llevaba al puente de tablones del Cooper, no reconoció en él a Jonathon, pero entonces él se levantó el sombrero y sonrió.

—¿Estabas viendo atardecer? —le preguntó al llegar a su altura.

—Estoy pensando con qué animales quedarnos. —Caroline asintió hacia las vacas que pastaban en las marismas junto al río—. El viento ha hecho que dejen de dar leche muy pronto este año. —Miró al cielo—. El invierno va a ser duro.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Caroline comprobó que, a caballo, Jonathon no parecía un tullido. El estribo derecho, para poder albergar su pie zambo, era el doble de grande de lo normal, pero Jonathon estaba bien sentado, erguido y alto, y la muchacha percibió lo difícil que debía de ser para él tener que caminar cuando montaba tan bien.

—¿Quieres agua para el caballo?

Caroline se agachó para pasar por debajo de la valla y guio a la yegua hacia el abrevadero de las vacas, junto al cobertizo donde las ordeñaban. Desde allí, cuando apretaba la cara contra los flancos de las reses al ordeñarlas, podía contemplar el maravilloso espectáculo que le ofrecía la ciudad al otro lado del río. En pleno verano, cuando no hacía viento, las agujas y los tejados se reflejaban sobre el agua mansa como si el río fuera un espejo. En primavera, las tejas y los guijarros perdían su color apagado al tiempo que los álamos de las calles se llenaban de hojas. En invierno, por el contrario, la nieve le confería a la ciudad un brillo glorioso. Ahora que el verano se estaba convirtiendo en otoño, Filadelfia desprendía una dorada oscuridad que se acentuaba dada la ausencia de mástiles en los embarcaderos.

—Has venido de lejos —dijo mientras secaba el sudor de los flancos de la yegua.

Jonathon que, para sí, hubiera deseado ser recibido con más entusiasmo, se deslizó para bajar de la silla.

—He salido de la ciudad a las nueve esta mañana, he cruzado por la casa de Davie Logan y aquí estoy.

Había cabalgado millas al norte, había cruzado el Delaware y luego esas mismas millas al sur a lo largo de la orilla de Nueva Jersey. Caroline, que había aprendido que el trabajo requería economizar energía, negó con la cabeza, asombrada.

—¿Qué problema hay con usar el transbordador?

—Todo. No quería que me vieran.

—¿Quién?



—Cualquiera que pudiera querer detenerme —dijo Jonathon para azuzar el misterio; luego sonrió—. Y quería verte. ¿Podemos hablar?

Caroline le llevó hacia una parte del río donde crecía una mata de hierba pálida en la que sentarse. La muchacha parecía aturdida, como si supiera lo que estaba a punto de decirle y lo que debía responder, aunque, a su vez, todo era demasiado inesperado e inquietante.

—¿Has huido? —le preguntó a Jonathon.

—No sé si ese es el modo adecuado de expresarlo. Quizá me hayan expulsado... Expulsado del paraíso.

El joven hizo un gesto hacia el otro lado de las aguas mansas. Más allá de la silueta de la ciudad, el sol tintaba el cielo del oeste con pinceladas que iban del carmesí dorado al rosa leve y suave.

—¿Expulsado?

—Me han pedido que les entregue esto a los británicos.

Jonathon metió la mano en la faltriquera y sacó una serie de documentos doblados que le enseñó a Caroline. Entonces, mientras la muchacha miraba las hojas, Jonathon rompió a hablar sobre cómo su tío había exigido su lealtad, y sobre cómo Jonathon no quería negarse frontalmente porque hubiera parecido un desagradecido después de años de amabilidad, sobre cómo el joven siempre había sabido que esa ruptura con su tutor llegaría, y sobre cómo, en vez de provocar una terrible discusión con su tío, había decidido hacerle creer a Abel Becket que cabalgaría obediente hacia el enemigo para hacerle llegar los planos.

No hacía más que hablar, pensó Caroline, como un predicador.

—Pero no los vas a entregar, ¿verdad?

A modo de respuesta, Jonathon le cogió las hojas de las manos y las hizo añicos.

—Tendré que escribirle a mi tío para informarle de que le he desobedecido. Supongo que hacerlo así es de cobardes, pero se me antoja que es mejor. —Lanzó los trozos de papel al viento—. Ahí está..., todo el trabajo de Woollard, echado a perder.

—¿Woollard?

—El repulsivo Ezra. —Jonathon se rio—. ¡Pero ahora soy libre de todos ellos! No podía quedarme allí, no soporto la idea de ver a los británicos pavoneándose. — Pareció estremecerse ante la idea—. No, ya solo puedo hacer una cosa: luchar contra ellos.

Caroline contempló cómo volaban los trozos de papel a merced de la leve brisa y hacia el resplandor ardiente del horizonte.

—¿Qué hará tu tío cuando se entere?

—Supongo que se enfurecerá.

—¿Te desheredará?

Jonathon sonrió.

—¿Acaso importa?

—A mí no, pero a ti...

Y, una vez más, Jonathon se lanzó a dar otro discurso, elocuente como cualquiera que Caroline hubiese oído proclamar desde el púlpito. Los abogados y los políticos hablaban de la libertad con la facilidad que los predicadores hablaban del arrepentimiento, pero Jonathon era capaz de conferirle a la palabra un fervor conmovedor. Creía que los británicos eran una raza tiránica y corrupta que había traicionado los elevados ideales de su propia gente en América. Había llegado el momento de que los patriotas defendieran esos ideales. Para Jonathon aquella guerra nada tenía que ver con los impuestos, ni con las tasas de importación del té: era una guerra en la que hombres honestos, al amparo de Dios, luchaban por crear un paraíso nuevo en una tierra vieja. No llegarían más parásitos desde Londres, enviados a vivir en grandes casas y a cobrar salarios que no merecían a expensas del trabajo de la gente decente; todo aquello sería sustituido por buenas personas viviendo en una tierra benigna: América. ¿Qué suponía una herencia en comparación con un ideal tan elevado?

Caroline escuchó con atención aquellas maravillosas palabras; dado que la muchacha trataba con realidades más que con ideas, hizo una pregunta directa cuando el joven dejó de hablar.

—¿Y qué harás si te desheredan?

—Seré granjero —bromeó Jonathon, y fue recompensado por una sorprendida mirada de incredulidad. Rio—. Puedo trabajar de abogado, o meterme en política. Siempre y cuando seamos libres, y siempre y cuando me estés esperando cuando vuelva de luchar.

Habló en tono casual, aunque no por ello con menos sinceridad. Caroline había sabido, al reconocer al extraño jinete, que Jonathon había llegado para pedirle una decisión. Llevaba mucho tiempo esperándola, aunque le sorprendió que quisiera entrar en combate con sus colores atados a la lanza. De pronto sintió por él una lástima incontrolable. ¿Cómo iba a vivir un tullido en el brutal mundo de los sables, la sangre y los mosquetes?

—¿Quieres que te espere? —dijo ella con la intención de ganar tiempo para pensar su respuesta.

—Es más de lo que merezco —dijo Jonathon.

Caroline, mientras pensaba, se quedó contemplando los reflejos bailarines del ancho río. Jonathon la contemplaba a ella. El aspecto de la muchacha no casaba con la elegante y refinada delicadeza de la ciudad, en la que tanto se valoraba una piel blanca, para el blanqueo de la cual la granja de los Fisher suministraba al mercado limones, pepinos y tomates con los que se preparaban emplastos a tal efecto. El rostro de Caroline era de una belleza salvaje y ruda que para algunos hombres quizá resultara ordinaria, pero que tenía a Jonathon embrujado.

—Es más de lo que merezco —repitió Jonathon—, pero te invitaría a hacer algo más que solo esperarme.

Caroline sabía cuál era esa petición, y era algo a lo que no quería enfrentarse

ahora, menos aún bajo la intensa luz del sol moribundo en una tarde en la que las emociones ya estaban demasiado a flor de piel como para actuar con sensatez. La muchacha frunció el ceño.

—No deberías irte...

—... no puedo quedarme.

Caroline se volvió a él y habló con vehemencia:

—Dios te ha concedido otros dones. ¿Puedes montar a caballo todo el día? ¿Tienes la fuerza suficiente para eso?

—Hoy lo he hecho.

—Has venido al paso. ¡Imagina galopar, girar, luchar!

Pero Jonathon era tozudo.

—Puedo hacer cuanto me proponga. Dios me ha concedido ese don, y ha de bastar.

—Rezaré para que así sea.

Caroline volvió a mirar hacia la oscura e intrincada silueta de la ciudad, donde era fácil identificar los campanarios de las iglesias y la torre puntiaguda de la Casa del Estado, en la que los abogados habían redactado la Declaración de Independencia y donde algunos de estos, lo bastante jóvenes como para luchar, recogieron sus papeles, dijeron que ya habían hecho bastante por la revolución y volvieron a sus tierras. Mientras que Jonathon, impulsado por su pasión, estaba dispuesto a cabalgar hacia el lugar al que aquellos temían ir.

Caroline volvió a mirarle.

—¿Tienes comida para el viaje?

—Puedo comprarla.

—Te prepararé algo. —La muchacha se refugió en lo práctico—. Y puedes dormir aquí esta noche. Hay una cama plegable en la cocina.

Jonathon percibió su evasiva y, con delicadeza, le cogió la mano derecha.

—Me da igual dónde dormir, lo que sí me importa es que me esperes.

Caroline supo que había evitado responder a la pregunta más importante, y no podía negarle la respuesta a la que no lo era tanto. Asintió.

—Te esperaré.

Y, en cuanto dijo esas palabras, comprendió que estaba dando a entender que decía que sí a ambas, ya que la felicidad del muchacho emergió dorada y grande como el sol inmenso que se hundía en el extremo oeste del mundo. Jonathon la abrazó de repente, apretó el rostro contra su cabello y la aferró como si jamás fuera a soltarla.

—Esperaré —dijo ella de nuevo, pero esta vez sin que él se lo pidiese: fue un regalo propio nacido de su libre y salvaje albedrío.

Mientras tanto, en la otra orilla del río, empezaban a brillar las primeras luces de la ciudad, tenues y amarillentas tras las ventanas cuyos reflejos bailaban sobre el río caudaloso y apresurado. En esa margen lejana, en las casas de los mercaderes y en los

más pequeños bloques de viviendas en el extremo de la ciudad, la vida seguía su ritmo habitual, pero Jonathon se sentía como si hubiera saltado de la oscuridad a la luz, de la confusión a las gloriosas promesas del amor. Era un patriota, y lucharía por su país contra los bloodybacks y sus mercenarios hesianos. Y lucharía por aquella muchacha cuyo amor se ganaría y atesoraría para siempre.

Jonathon había renunciado al comercio. Al fin era un rebelde.

La parada militar de la compañía tuvo lugar en una zona de hierba pisoteada junto a las tiendas de tepe y madera que ahora servían de hogar a los hombres. El sargento Scammell arengaba a la Compañía Ligera:

—Prestad atención al tío Scammell y ni se os ocurra reiros, porque os arrancaré la piel del culo a tiras. —Caminaba amenazador ante la primera fila de la formación—. Estamos escasos de munición. Así que nada de abrir fuego con los malditos mosquetes. ¿Comprendéis? Solo podréis abrir fuego si se os ordena expresamente. Y esa orden no puede venir de un cabo, tengo que darla yo. ¡Si alguno de vosotros, hijos de puta, disparáis sin que lo haya ordenado, me cobraré la piel de vuestras espaldas! —El desagrado que la orden le provocaba a Scammell saltaba a la vista, pero la fuerza con la que lo dijo hizo que los hombres asintieran, nerviosos. El sargento giró sobre sí mismo y señaló al cabo Dale, quien, bajo las órdenes de Scammell, estaría al cargo de la primera ronda de guardia nocturna—. ¿Qué es lo que no debes hacer, cabo?

—Disparar.

—¿A menos que...?

—... nos lo ordene el sargento.

—Buen chico. Si veis a un rebelde, dadle unas palmaditas en la cabeza y decidle que se vaya a tomar por el culo. Es todo una locura, pero esto es el ejército. ¡Y eso vale para todos vosotros! —Miró con odio al resto de los hombres de la compañía que, al igual que Sam, no harían guardia esa noche—. ¡Mantened las manos alejadas de los mosquetes, porque, si no, os arrancaré la piel! ¡Piquetes! ¡Conmigo!

Los piquetes de servicio siguieron alicaídos al sargento Scammell hacia sus puestos de guardia, donde los campos sembrados daban lugar a una fronda oscura. Los hombres que permanecieron en el campamento se sentaron en torno a las hogueras y bebieron su ración de ron mientras miraban con envidia la casa donde se cobijaban los refugiados de la pequeña y cercana población de Germantown.

—Allí hay mujeres —dijo Liam Shaughnessy dándole un codazo a Sam. Liam era un hombre delgado y llevaba una semana tosiendo sangre—. ¿Quieres que te sujete a una de ellas, Sam?

—No te preocupes, Liam, ya me arreglo yo.

—Nate sí que puede arreglárselas, ¿verdad? —Shaughnessy se rio, y la risa se tornó en una tos dura y áspera. Escupió al fuego y le dedicó a Nate una sonrisa—. Scammy está de guardia toda la noche. Deberías ir a darle calor a Maggie.

—¿Qué sabrás tú, Liam? —A Nate le molestaba que los hombres hablasen de Maggie con tal familiaridad.

Shaughnessy esbozó una maliciosa sonrisa.

—Se la alquiló al coronel anoche, eso me han dicho. Por dos chelines, Nate.

Nate se volvió hacia Shaughnessy, pero Sam empujó a su hermano para que no se moviera.

—¡Callaos los dos!

—¡Le voy a partir la boca a ese irlandés de mierda! —dijo Nate mientras pugnaba contra el brazo de su hermano.

Shaughnessy tiró de la banda de cuero de la que pendía su bayoneta envainada y sonrió de nuevo con malicia, como si estuviera invitándole a atacar.

—¡Por el amor de Dios, cálmate! —Sam fijó la mirada furibunda en su hermano—. Bastantes problemas has causado ya.

—Solo es una zorra —dijo Shaughnessy—. Y habrá muchas zorras en Filada, ¿a que sí? —No había muchos hombres que pudieran pronunciar el nombre de la ciudad, y tampoco se esforzaban—. ¡Estarán por todas partes! ¡Esperándonos a nosotros, Sam!

Los encantos de Filadelfia eran tema de animada y constante conversación en la compañía: todos estaban de acuerdo en que, una vez allí, todos sus sueños de soldado se verían colmados en forma de techo, calor y abundancia de mujeres.

Sam partió el tablón de una valla por la mitad y lo echó al fuego. Una brizna caprichosa hizo que el humo le fuera a la cara. Tosió.

—Si es que llegamos a Filadelfia algún día.

—Llegaremos —dijo Shaughnessy—. Y besaremos a las chicas. —Se rio.

Sam miró hacia la casa: no era mucho mayor que la de sus padres, donde, por última vez, había visto a su madre. Recordó, con dolor, lo orgullosa que solía estar su madre. «Es rápido», solía decir de Sam. Aunque cuando los gemelos de diecisiete años entraron a servir como mozos de cuadra en una gran mansión, el capataz afirmaba que Sam necesitaba que se le atase en corto. Solo a los caballos vivaces, tercos y problemáticos se les ataba en corto. Nate nunca había necesitado de tales restricciones; siempre había visto en Sam a su guía, salvo el día, hacía ya tres años, en que Nate vio marchar a los soldados con casacas rojas al ritmo que marcaba un niño con un tambor. A Nate le habían cautivado las ropas y la estudiada conversación del sargento de reclutamiento. Hasta entonces Nate siempre había sido el gemelo vergonzoso. Pero ahora, por segunda vez en su vida y en aquellos campos extranjeros donde el atardecer teñía de negro los árboles lejanos, Nate necesitaba que se le atase en corto. Y lo necesitaba porque seguía soñando con desertar.

—Uno de los cabos de la compañía del capitán Courtney ha desertado hoy. Todavía no le han cogido.

—Si es listo no le cogerán —dijo Liam mientras se quitaba un trozo de ternera de entre los dientes.

—Cogen a la mayoría —insistió Sam.

—¡Bah! —dijo Nate con desprecio—. Eso es lo que dice el ejército. Quieren que tengamos miedo. La mayoría se van con los yanquis. Pagan más y no hay latigazos.

—Hablabas con la pasión de un metodista en busca de almas—. Y uno no se alista de por vida. Ni siquiera tienes que alistarte si no quieres. Puedes limitarte a coger la tierra que te den.

—¿Quién lo ha dicho? —le retó Sam.

—¡Es un hecho! Todo el mundo lo sabe.

Empezaba a caer la noche. A su alrededor la presencia del ejército quedaba patente por las hogueras que iluminaban los pliegues oscuros del campo como una manta de estrellas caídas. Empezó a llover. El agua siseaba al caer sobre las brasas y tamborileaba sobre los tricornios que lucían orgullosos los ribetes rojos. Un perro pasó cojeando junto a la hoguera de Sam y cambió de rumbo bruscamente al ser el blanco de la patada de un soldado. Un niño lloraba en la distancia, pero alguien, de un bofetón, hizo que se callara. Los caballos de las unidades montadas relinchaban a lo lejos. Los piquetes, temerosos del castigo que los esperaba si abrían fuego, permanecían en silencio en los confines tenebrosos del campamento.

—Y cuando los yanquis pierdan —dijo Liam Shaughnessy encendiendo una pipa de arcilla con una ramita ardiendo que acababa de prender en la hoguera—, cogerán a todos los desertores y los colgarán. Así que gracias, pero no, Nate. No merece la pena.

—Yo me voy —dijo Nate, terco.

—No haces más que hablar de ello —se burló Liam—, pero no lo harás.

—Lo haré. —Nate seguía soñando con el paraíso de Maggie, más allá del horizonte—. Y te morirás de la envidia. Yo estaré calentito en la cama con una muchacha mientras tú no haces otra cosa que marchar y sudar.

—Yo estaré dándote los latigazos. —Shaughnessy se rio.

Nate hizo oídos sordos a las palabras del irlandés y se dirigió a su hermano.

—¿Tú me azotarías si desertase, Sam?

—Te arrancarías la cabeza, maldito imbécil —dijo Sam bromeando.

—Lo digo en serio, Sam. —Nate miró a su hermano con el gesto serio—. ¿Lo harías?

Sam se frotó la cara.

—Ya dije que cuidaría de ti, hermano, y lo haré. Quédate conmigo y no habrá necesidad de látigos. —Observó a su hermano y vio la tristeza en él—. Por el amor de Dios, Nate. Liam tiene razón. Habrá muchachas a centenares en Filadelfia esperándonos. Todo el mundo lo dice. Son lealistas. Quieren que vayamos.

—Es Maggie —dijo Nate sin más.

—¡Que le den por el culo a Maggie!

Sam estaba harto de mantener a su hermano atado en corto. Miró a un lado y vio a un joven americano, poco más que un niño, explorando con nerviosismo las tiendas del batallón. Liam Shaughnessy, que sospechaba que el muchacho andaba buscando comida, le dedicó una grosera advertencia.

El chico, acobardado, huyó al oír las airadas palabras. Llevaba puestos unos

pantalones marrones hechos jirones, una chaqueta que debía de haber sido desechada por alguien y un extraño sombrero de ala ancha sobre la larga cabellera. Tenía una vieja pistola al cinto. Hizo un gesto dubitativo hacia las luces que había más allá del campamento, como si quisiera decir que estaba de camino a ese pueblo.

—¿Quieres algo? —Sam habló con cierta brusquedad, haciéndose el soldado, pero su voz resultó amable comparada con la de Liam. El joven pareció aliviado.

—Los cañones —dijo patéticamente.

—¿Quieres ver los cañones?

—Sí. —El chico señaló la pequeña casa con la cabeza—. Vengo de ahí.

Quizá supusiera que al dar esa información pudiera limar la hostilidad de los casacas rojas. Sam señaló hacia el pueblo.

—Los cañones están en la plaza, muchacho. Ve con cuidado. Lo último que quieres es que te vuele la cabeza algún centinela nervioso, ¿verdad?

El chico, que tan solo sentía curiosidad por aquellas extrañas criaturas vestidas de rojo que habían ido apareciendo a lo largo del día, pareció agradecer las palabras de Sam, las cuales, aunque no fueran del todo amistosas, al menos no eran abiertamente hostiles. Sonrió de nuevo y siguió adelante con pasos inciertos, sorteando con cuidado a los grupos de hombres que descansaban. De pronto estalló una pelea en la compañía del capitán Phillip. Dos hombres borrachos se agarraban y arañaban mientras sus compañeros creaban un círculo alrededor y lanzaban vítores. Verlo hizo que el muchacho americano se pusiera nervioso. Se detuvo, incapaz de discernir si era seguro seguir adelante.

Sam se tumbó sin importarle la lluvia.

—¿Qué harás cuando haya concluido la rebelión y se pongan a buscar a los desertores?

—Es un país grande. —Nate gesticuló hacia la oscuridad—. No se puede buscar en todas partes, Sam. Y aquí uno puede ganarse la vida. La tierra es buena. No hay oficiales. Ni sargentos.

—El capitán Kelly es un buen tipo —dijo Sam haciendo gala de su lealtad—, y Scammy no es del todo malo si le sigues la corriente al muy cabrón.

Se oyó el disparo de un mosquete en el extremo del campamento. Luego se oyó otro.

—Por Dios, Nate, no quiero ver cómo te cuelgan o cómo te pegan un tiro.

Nate bajó la voz para que solo Sam pudiera oírle.

—Maggie se ha hecho con ropa de paisano, como dijiste. También ha escondido algo de comida y tiene algo de dinero. Lo vamos a hacer, Sam. Lo vamos a hacer de verdad.

—No seas necio.

—Lo haremos esta semana. —Nate susurraba con urgencia—. Tal y como dijiste, Sam. Ropa, dinero y esconderse un par de días de la maldita caballería. ¿Qué demonios está ocurriendo?



Nate giró el cuello de pronto para mirar hacia el norte. Los mosquetes, que según las órdenes recibidas debían permanecer en silencio, dada la escasez de munición, estaban abriendo fuego de nuevo.

Se oyó la voz del sargento Scammell, a lo lejos, aullando con fiereza, pero entonces los mosquetes volvieron a tronar emitiendo el sordo repiqueteo de las descargas acompasadas.

—¡Están aquí!

Liam Shaughnessy se puso en pie y corrió hacia los mosquetes. Otros, alertados por los disparos, salieron de sus refugios y se hicieron con sus armas.

Más descargas de mosquete perforaron la oscuridad desde la línea de piquetes. Lenguas de fuego saltaban hacia la tenebrosa frondosidad en el extremo del campamento. Alguien emitió un aullido de deleite y los primeros disparos surgieron del campamento. Era el antídoto del tedio, una oportunidad irresistible. Los hombres, junto a las hogueras, apretaban los gatillos, volvían a cargar y disparaban de nuevo. El muchacho americano, aturdido por la repentina conmoción, permaneció quieto y desamparado entre hombres nerviosos que pasaban a su lado para llenar la noche de fuego de mosquetería.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —gritaban los sargentos en la penumbra, pero la infección ya se había extendido.

De un lado a otro de la línea, contagiándose a los batallones cercanos, los mosquetes seguían escupiendo fuego contra los árboles. Los piquetes, a lo lejos, estarían maldiciendo y agachándose para evitar las bolas de plomo que silbaban sobre sus cabezas e impactaban contra las hojas.

—¡Dejad de disparar! ¡Dejad de disparar! —gritó la voz de un oficial detrás de Sam. El sargento Derrick, segundo sargento de la Compañía Ligera, golpeó el mosquete de un hombre con el bastón y luego el de otro—. ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Poco a poco, los disparos fueron muriendo. De vez en cuando volvían a empezar, repiqueteando como espinas en la distancia, pero oficiales y sargentos, cuyo descanso había sido perturbado, lograron imponer el orden entre los hombres, y estos fueron volviendo junto a sus hogueras.

Otros oficiales salieron del pueblo al galope exigiendo saber, iracundos, qué piquetes habían abierto fuego y por orden de quién.

Había sido el piquete del cabo Dale, y lo había hecho sin recibir la orden expresa. Scammell, que era el sargento de guardia, volvió a toda prisa a las líneas, donde, en voz lo bastante alta como para que fuera oída por el batallón siguiente, juró que habían sido las topas de al lado las primeras en disparar.

El teniente coronel Elliott, con la cara roja, fruto de todo lo que había bebido aquella noche, sabía que a los oficiales se les había amenazado con una multa si ocurría algo así, que el sargento de guardia sería despojado de sus galones y volvería a formar con los soldados rasos y que los hombres serían azotados. No le importaba

que sus hombres recibieran unos cuantos latigazos, pero sí le importaba su bolsillo, y le importaba también el destino de uno de sus mejores sargentos. Apartó a Scammell a un lado y los dos inclinaron la cabeza para hablar en confidencia.

—Le está cayendo un buen rapapolvo —dijo Liam Shaughnessy.

—Dijeron que cualquier sargento que disparara sin recibir orden expresa perdería los galones. —Nate se rio—. ¿Os imagináis a Scammy de vuelta en las filas?

La risa murió en cuanto el sargento Scammell dio media vuelta y se dirigió a la compañía con gesto ceñudo.

—¡Meteos en la cama, bazofia! ¡Y volved a colocar esos mosquetes en su sitio! —Su rostro iracundo buscaba una víctima, y su mirada fue a parar al muchacho americano, que, todavía asombrado por las descargas y el jaleo, lucía una bobalicona media sonrisa junto a la tienda de Sam—. ¡Tú! ¿Qué estás haciendo aquí?

Scammell apuntó con el bastón de punta de metal hacia el muchacho. Este parecía incapaz de articular palabra, así que Sam, que ni siquiera había ido a por su mosquete, habló por él.

—Quería ver la artillería, sargento.

Por sorprendente que pudiera parecer, Scammell sonrió.

—¡La artillería! ¿Quieres ver los cañones? ¿Es eso, chico?

—Sí, señor —asintió el muchacho.

—¡Pues haberlo dicho! Ven, yo te los enseñaré. Y te daré algo de comer. Seguro que tienes hambre. ¿A que sí?

—Sí. —El chaval, de unos quince o dieciséis años de edad, esbozó una sonrisa avergonzada ante la inesperada amabilidad del sargento.

—¿Cómo te llamas, chico?

—James, señor.

—¡Muy bien, Jimmy, hijo! Tenemos unos cañones grandes y estupendos.

Sam vio cómo el sargento se llevaba al muchacho, y supuso que el desgraciado de James acabaría convencido para unirse a uno de los regimientos del rey. Y así debía ser, en opinión de Sam. ¿Por qué no iban a ayudar los americanos en la lucha contra los rebeldes?

Sam, en cuanto el barullo nocturno acabó, se metió a la tienda, reposó la cabeza sobre el sombrero y cerró los ojos.

Se despertó frío y húmedo bajo la luz gris que precede al amanecer. La corneta aún no había entonado el toque de diana, pero ya se veían algunas siluetas caminando entre la niebla: mujeres que reavivaban las hogueras o chicos corneta restregándose el sueño de los ojos. Sam bostezó e intentó volver a quedarse dormido, pero en cuanto cerró los ojos las cornetas rasgaron el aire con su estruendo. El sargento Derrick, un hombre afable y gordo, debía de haberse despertado hacía rato, porque estaba completamente vestido, alborozado y yendo de tienda en tienda.

—¡Arriba, cabrones! ¡Arriba, despertad! ¡Sam, Nate! ¡Coged unas hachas y venid conmigo! ¡Vamos, vamos!

Derrick quería que cortaran leña. Una labor innecesaria, en opinión de Sam, porque había muchas vallas en los campos que aún podían alimentar las llamas, pero Derrick insistió, así que los hermanos, con las hachas al hombro, siguieron al sargento desde el campamento hacia el bosque envuelto en niebla, donde el amanecer producía sombras grises y misteriosas.

—¿Sigue Maggie importunando a tu hermano, Sam? —preguntó Derrick.

—Como un sarpullido, sargento.

Derrick se rio.

—Es muy tonta. Ya le dije a Scammy que no se molestara con ella, pero es una preciosidad. Eso hace que los hombres se pongan celosos. Yo tuve una vez una mujer marchando conmigo. —Se encogió de hombros y luego aferró el mosquete mientras se acercaban a los arbustos empapados de rocío que había justo antes de llegar al bosque—. Aquí no hay rebeldes —dijo alegremente, aunque se le veía nervioso. Preparó el arma. El ruido del trinquete se les antojó a los tres estruendoso.

—¿Empezamos por aquí, sargento? —Sam señaló un abedul que crecía en el extremo del bosque.

—Demasiado húmedo. —El sargento Derrick miró alrededor—. Allí, muchachos.

Caminó por el borde del bosque, como el furtivo que teme pisar un cepo. A Sam le dio la sensación de que el enorme sargento buscaba algo que nada tenía que ver con madera para la leña. Unos pocos pasos cautelosos más allá, Derrick dio con ello:

—¡Vaya, vaya! ¡Mirad eso, muchachos!

Sam tuvo que adelantar a Nate para ver lo que había provocado el evidente alivio del sargento.

Había un cadáver sobre la hierba crecida. Era un muchacho, vestido con una casaca y unos pantalones hechos jirones, estos últimos atados con una cuerda deshilachada que hacía las veces de cinturón. Un sombrero de ala ancha yacía a un par de pasos de la cabeza del chico, mientras que, junto a su mano extendida, y también sobre la hierba, estaba la pistola. El largo pelo del muchacho brillaba por efecto del rocío, y en su cuello delgado había un boquete rojo e irregular. Era el mismo chaval que, con tanta vergüenza, se había acercado la noche anterior a la hoguera de Sam, el que había querido ir a ver los cañones.

—Es uno de esos malditos yanquis —dijo el sargento Derrick en voz baja—. Con una bala en el pescuezo.

A la luz gris del amanecer Sam pudo comprobar que la pistola del chico no tenía percutor, y que las tiras de hierro que sostenían el cañón estaban sueltas y oxidadas. Era imposible disparar con esa pistola. No era más que un juguete en manos de un chico demasiado interesado por la guerra.

—Ese no era un rebelde —dijo Nate indignado.

—¡Eh! ¡Vigila esa boca, chico! —Derrick sonrió como si estuviera haciendo una confidencia, pero Nate no estaba dispuesto a plegarse.

—¡Se llamaba James! Estuvo con Scammell anoche. Habló con nosotros justo

antes de que empezaran los disparos.

El sargento Derrick se aproximó a Nate.

—Escucha. Era un rebelde. Le dispararon anoche después de que abriese fuego contra nuestros centinelas. Eso es lo que ocurrió, soldado Gilpin, porque de ese modo no le arrancarán la piel a ninguno de nuestros muchachos, ninguno de nuestros sargentos perderá sus galones y ninguno de nuestros bufones tendrá que pagar una multa. ¿Lo comprendes?

—Pero...

El sargento Derrick golpeó a Nate en el rostro con tal fuerza que el joven sintió vibrar el cráneo.

—¿No me has oído, hijo? Era un rebelde. Nos atacó, así que el jodido piquete hizo lo correcto. ¿O acaso quieres una paliza? ¿Es eso, Nate Gilpin? ¿Quieres que los sargentos te rompan la cabeza?

Sam miró más allá de Derrick. El muchacho abatido parecía estar en paz. Sus manos estaban convertidas en puños y sus piernas, un tanto elevadas. Había algo terriblemente patético en la cuerda que llevaba a la cintura. Una mosca se acercó hasta el boquete ensangrentado. Sam supuso que Scammell habría atravesado el cuello del chico con una bayoneta de modo que pareciese un agujero de bala. La sangre había empapado la casaca ajada y había tintado la hierba.

—No era un rebelde, sargento. —La voz de Sam surgió cautelosa, privada de la vehemencia de las protestas de su hermano.

Derrick se volvió hacia Sam.

—¡Claro que no era un maldito rebelde, yo lo sé, tú lo sabes y Nate lo sabe, pero el ejército no lo sabe! —El sargento, airado, observó a los hermanos, y Sam comprendió que, dado que Scammell los había visto hablando con el muchacho, era importante que mantuvieran la boca cerrada. El sargento Derrick, un tipo querido por la tropa, debía de haber recibido el encargo de prevenir a los hermanos Gilpin.

—Esos sodomitas dicen que no podemos abrir fuego —continuó Derrick—, pero no pueden culparnos si fuimos atacados, ¿verdad? ¡Pues ahí está el enemigo!

Derrick, sin embargo, había topado con una veta de terquedad con Nate. De algún modo Nate debía de pensar que si el sargento Scammell acababa humillado, Maggie sería libre.

—Yo mismo estuve hablando con él —dijo Nate—. Y Sam también, ¿verdad, Sam?

Sam no dijo nada.

Nate le suplicó a su hermano:

—¿Sam?

Sam se encogió de hombros.

—Puede que nos estuviera espionando, ¿no crees?

Sam supo al instante que había errado, que estaba justificando el asesinato, pero ahora llevaba un ribete rojo que mostraba que era uno de los soldados de élite que

habían hundido el acero en el enemigo en Paoli's Tavern. Sam se había ganado las alabanzas del sargento Scammell, y no quería que su superior perdiese la confianza en él. Además, ¿cómo se iban a oponer Sam y Nate, dos soldados rasos, al testimonio de oficiales y sargentos que insistirían en que el patético cadáver era el de un soldado rebelde?

La respuesta de Sam hizo que el sargento sonriese, luego dio unos pasos hasta salir de la arboleda, agitó los brazos y llamó a gritos al piquete más cercano. Luego se dirigió a Nate.

—Ya has oído a tu hermano, muchacho. Era un rebelde.

Nate se agachó, recogió el sombrero de ala ancha y cubrió con él el rostro del chico muerto.

—No era más que un niño. No era un rebelde. No lo era.

—¡No seas blando! ¡Era un yanqui! Nos sonríen a la cara y nos disparan una hora más tarde cuando les hemos dado la espalda.

El sargento Derrick cogió a Nate del hombro y le dio la vuelta con tal fuerza que Nate perdió el equilibrio, tropezó y cayó a la hierba junto al cadáver cubierto de rocío. Derrick se inclinó hacia él.

—Una palabra, Nate, y le diré a Scammy que compartiste sábanas con Maggie anoche. Eso lo entiendes, ¿verdad? Le diré que te estabas riendo de él mientras retozabas con su mujer. Te arrancará la piel, Nate, te dará una paliza como nunca te han dado. —Derrick movió el cadáver, ya rígido, con el mosquete—. Era un rebelde, de este modo nadie sufrirá ningún daño. Ni latigazos ni retirada de galones ni multas. ¡Y todos contentos! —Derrick se rio de repente—. Salvo su madre, claro, pero seguro que no echará de menos al pequeño cabroncete. Estos asquerosos yanquis se reproducen como conejos. Y ahora levanta, muchacho.

Los oficiales del batallón acudieron. Y tras ellos vino uno de los oficiales del Estado Mayor a lomos de un enorme caballo negro. La maleza estaba pisoteada alrededor del cuerpo del chico, y había un corro de oficiales que observaba, triunfal, el patético cadáver. El sargento Scammell, con la barbilla reluciente después de un reciente afeitado, proclamaba que el cuerpo era la prueba de que los piquetes habían sido atacados y de que, por tanto, los disparos estaban justificados.

—Ahí —indicó el teniente coronel Elliott mientras miraba al oficial del Estado Mayor.

—Vaya suerte, ¿eh, Elliott? —El oficial pidió ver el arma del muchacho y el sargento Derrick recogió la inservible pistola de la hierba.

—Está dañada, señor —dijo Derrick a modo de confidencia.

Por un instante, un instante suicida, Sam sintió la tentación de dar un paso al frente y proclamar que el americano era inocente, que había estado con él cuando empezaron los disparos. El pie derecho de Sam llegó a moverse involuntariamente, pero entonces cruzó miradas con Scammell; los ojos del sargento le observaban, duros como piedras, y llevaban implícita la promesa de una violencia extrema. Sam

se quedó helado.

El oficial del Estado Mayor palpó los enganches oxidados del arma. Saltaba a la vista que hacía meses que la pistola no se disparaba. Sonrió.

—Son peligrosos estos yanquis. —Lanzó el juguete lejos, hacia la maleza—. Un rebelde armado —dijo, zanjando así el asunto.

—Centinelas alerta —dijo Elliott triunfal—, y buenos tiradores, ¿no crees?

—Yo creo que te has salvado, Elliott. Informaré al general.

El oficial volvió grupas y salió al galope. Las pezuñas del caballo arrancaban pequeñas fuentes brillantes a la hierba húmeda.

Hubo un jocoso murmullo de alivio entre los hombres del corro. Elliott asintió hacia Scammell.

—Enterradle antes de que su madre le encuentre. Y bien hecho, sargento.

—Gracias, señor.

Poco después de que enterraran el cuerpo en una tumba poco profunda junto a los árboles, Nate negó con la cabeza.

—Eres un cabrón, Sam. Era un niño, y lo sabes.

—Y era nuestra palabra contra la de Scammy, Derrick y el coronel. Puede que tú quieras que te arranquen la piel, Nate, pero yo no.

—Ha sido asesinato —dijo Nate—. Asesinato. —Miró a su hermano, horrorizado—. ¿Serías capaz de volver a casa y decirle a madre lo ocurrido? ¿Podrías? ¿Alardearías de ello?

—¿Cómo puedes ser tan imbécil?

Pero Sam estaba muy afectado. Una vez que enterraron al muchacho y que cubrieron la tumba con hojas viejas, Sam había visto a Scammell dándole unas monedas a Derrick. Sabía que se había cometido un asesinato y que un inocente había muerto, pero eso era el ejército, y los recelos de Nate no ganaban guerras. Pero su hermano tenía razón, y Sam lo sabía. Se preguntaba cómo podía ser que el bien y el mal resultaran tan difusos como la niebla que aún estaba suspendida sobre los campos.

—Lo siento —dijo al fin sin ocultar su tristeza.

Nate rodeó el hombro de su hermano con el brazo. Por primera vez daba la sensación de que Nate era el más fuerte de los dos hermanos.

—Tienes que salir de aquí, Sam —dijo Nate con preocupación—, antes de que te cambien.

—No estoy cambiando.

—Acabarás siendo como Scammy —dijo Nate—. Tienes que salir de aquí, Sam, antes de que te tuerzan. Ven con Maggie y conmigo.

Pero Sam no respondió, porque no había nada que decir, nada que hacer. Porque era un casaca roja.

Llegaban los británicos. Ya no había duda. El ejército de George Washington, que intentaba bloquear el paso de los casacas rojas hacia Filadelfia, había sido flanqueado y superado y ahora estaba a la deriva. Ya nada se interponía entre la ciudad y las tropas del rey. De hecho, ya había llegado un mensaje, traído por el primer casaca roja en aparecer por las calles. La misiva pedía a los ciudadanos de Filadelfia que no salieran de sus casas cuando llegaran las tropas. El mensaje, enviado por el comandante en jefe del contingente británico, no había servido más que para sembrar la alarma entre las damas de la ciudad. Si el general Howe instaba a la gente honesta a permanecer en sus casas, el peligro debía de ser terrible.

Las veinticuatro horas anteriores habían sido verdaderamente inquietantes. Corrieron rumores de que había incendiarios equipados con brea y otros materiales combustibles que se habían infiltrado en la ciudad. Cuando llegaran los británicos, decían, Filadelfia ardería en llamas para preservar el orgullo de los rebeldes americanos, que podrían así sostener que su capital no había sido tomada.

Para evitar los incendios, los lealistas habían organizado partidas de vigilantes que recorrían la ciudad. Abel Becket y Ezra Woollard habían estado al mando de uno de esos grupos que buscaban en la penumbra, en las esquinas vacías de los almacenes que había a lo largo de Water Street, y que entraban en las casas abandonadas de los patriotas para asegurarse de que no había incendiarios ocultos. Nadie encontró ni rebeldes ni barriles de brea, pero por la noche dos borrachos habían estado fanfarroneando y diciendo que habían preparado yesca y pedernal, así que la pareja fue encerrada en la nueva prisión de Walnut Street.

La mañana que llegaron los británicos amaneció nubosa y húmeda, pero se abrieron jirones entre las nubes, la luz del sol iluminó el río y cesó la lluvia, algo que los lealistas interpretaron como símbolo de esperanza. La muchedumbre, a pesar de la recomendación de que los ciudadanos no debían salir de sus casas, se reunió temprano, agolpándose en el camino desde Northern Liberties hasta el centro de la ciudad. Resultaba evidente que a los británicos no les daría la bienvenida a la capital rebelde un puñado de tercios lealistas, sino una multitud compuesta por miles de personas.

Los lealistas de Jersey cruzaron el río en los transbordadores. En su camino iba una chalupa con una muchacha al timón. Caroline Fisher también se dirigía a Filadelfia, aunque no para vitorear a los británicos. La leve luz del sol proyectaba largas sombras cuando atracó la chalupa y subió al embarcadero. El encargado del muelle, que solía cuidar de la embarcación, no estaba. Lo más probable era que se hubiese unido a la masa que iba a Second Street. Para evitar la avalancha, Caroline se dirigió al sur por el muelle y luego se adentró en la ciudad por el estrecho callejón

que había junto a Dock Creek.

—¡Eh! —Oyó una voz tras ella. Caroline, acostumbrada a ser acosada, la ignoró—. ¡Caroline! —Esta vez la llamada sonó perentoria, y a esta le siguieron unas pesadas zancadas que hicieron que la muchacha se diera la vuelta para encararse a su perseguidor.

Era Ezra Woollard, sonriente y enorme, vestido con una ropa de un corte tan tosco que bien podría haber sido un cuáquero. Dejó de correr. Seguía sonriendo.

—¿Has venido a ver a los casacas rojas?

El rostro de Caroline reflejó el desagrado que le provocaba tener delante a su antiguo pretendiente.

—Hubo un tiempo en el que te hubieras liado a tiros con ellos, Ezra.

—Quizá aún podría. —Woollard jadeaba después de la persecución—. Pero la lealtad de un hombre es algo más que lo que se percibe a primera vista. —Si Woollard pretendía espolear la curiosidad de Caroline con su falsa modestia, fracasó. La muchacha no mostró interés alguno en lo que tuviera que decir. Woollard le dedicó una rápida sonrisa—. Hace mucho tiempo, Caroline.

—No había estado contando los días.

—Claro que no. Has estado demasiado ocupada con el señor Jonathon, ¿verdad? —Woollard se rio al ver el destello de ira, que consideró una recompensa a sus palabras—. Fue a verte el sábado pasado, ¿a que sí?

—No tengo por qué contarte...

—¡Oh, vamos, chica! —la interrumpió Woollard—. Me lo contó Davie Logan. El tullido cruzó el río dos veces, ¿adónde iba a ir si no? ¿Y ahora qué? ¿Adónde ha ido?

Caroline no llevaba la cabeza cubierta. Su pelo brillaba a la húmeda sombra del almacén que estaba junto a la ensenada. Miró a un lado, pero Woollard estaba tan cerca que había logrado atraparla contra una pared de ladrillo. Le miró a la cara, desafiante.

—Fue a entregarles tu mensaje a los británicos, Ezra. Lo has planeado todo con mimo. Ya sé dónde residen tus lealtades.

—No tienes ni idea, chica. —Woollard no exteriorizó sorpresa ni abatimiento cuando supo que Caroline era consciente de su traición. En su lugar, se acercó medio paso hacia ella y negó con la cabeza—. Jonathon no ha ido al maldito campamento británico, ¿verdad?

—No maldigas delante de mí, Ezra.

—¡Y tú no me des lecciones, chica!

No había ni rastro de la servil actitud con la que Woollard trataba a Abel Becket. Woollard era un hombre duro, y estaba resuelto a averiguar lo que le había pasado a Jonathon. Habían pasado cinco días desde que el joven saliera de la ciudad, y en esos cinco días nadie había sabido nada de él. Ezra Woollard estaba convencido de que si Jonathon se hubiera dirigido al campamento británico, tal y como le había ordenado su tío, habrían tenido noticias de él a esas alturas. Por tanto, y dado que el paradero



de Jonathon era un misterio, Woollard había seguido a Caroline para aprovechar la oportunidad de descubrir la verdad.

—Se ha unido al general Washington, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa, Ezra?

Woollard sonrió.

—Si se ha ido, hay una silla vacante, ¿no crees? Su tío ya no es el joven que solía ser. Así que si esa silla no la ocupa Jonathon..., quién sabe. —Dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire—. Dime dónde está.

—Ya te he dicho adónde se ha ido.

Caroline se apartó del corpulento capataz, pero Woollard alargó la mano y tiró de ella. Esa mañana Abel Becket, junto con otros prominentes comerciantes, aguardaba para rendir la Casa del Estado a los británicos, y Woollard estaba ansioso por llevarle noticias frescas a su patrón. Quería decirle a Abel Becket que Jonathon había renegado de su parte del negocio, pero Caroline —Woollard estaba convencido de que sabía la verdad— se mostraba desdeñosa y desafiante.

Woollard la empujó contra la pared con la mano izquierda, mientras que con la derecha amenazaba con golpearle el rostro. El agua chapoteaba a su espalda, y transportaba el hedor a las ratas muertas que moteaban las orillas fangosas.

—Quiero saber dónde está, y tú lo sabes. Así que dímelo, chica, o te llevaré ante los magistrados esta misma mañana y a ver qué tal te sienta un tiempo en el correccional.

—¿El correccional? —se burló Caroline.

—Me han desaparecido cosas del almacén. Quizá las encuentre en tu chalupa. ¿A quién creerán? ¿A ti o a mí?

Caroline empujó el rígido brazo izquierdo del hombre. Después, con ademán sumiso, se apoyó contra la pared y suspiró.

—¿De verdad crees que un tullido como Jonathon puede luchar?

Woollard frunció el ceño.

—Si no está con el ejército rebelde, ¿dónde está, chica?

Caroline se encogió de hombros fingiendo resignación.

—Fue a Frankfort.

—¿Frankfort?

La sorpresa de Woollard se convirtió en un repentino resuello al sentir un dolor lacerante en el brazo izquierdo. Como si hubiera sido agujoneado por el fuego, Woollard sacudió el brazo y Caroline volvió a atacar con su cuchillo. Esta vez apuntó a los ojos. Ezra Woollard se agachó y se apartó de la hoja. Fue entonces cuando Caroline, incapaz de resistir la tentación, le empujó con la mano izquierda y le vio trastabillar, agitar los brazos y caer, aullando, al barro fétido de la orilla. El agua subió y se llevó el gorro de Woollard. La risa burlona de la muchacha rebotó en las paredes altas y oscuras.

Caroline no esperó. Cruzó el puente levadizo que pasaba por Front Street y

apareció más allá de la City Tavern, adornada con banderines como muestra de bienvenida a los casacas rojas. La muchedumbre a la que había querido evitar le impedía el paso, y ahora, a lo lejos, se empezó a oír un repiqueteo, un golpeteo rítmico que perforaba el aire. Y, aunque casi inaudible, hasta allí llegaba el sonido de instrumentos. Era una banda que tocaba *Dios salve al rey*.

Caroline miró a su espalda, temiendo que volviera a parecer su perseguidor cubierto de barro, pero no había ni rastro de Ezra Woollard. Se rio al recordar los aspavientos de su caída, e intentó abrirse paso entre la masa de cuerpos que se apiñaban en las aceras junto a Christ Church.

—Atrás, muchacha —gruñó alguien.

Entonces la calle prorrumpió en vítores y Caroline, caminando de lado entre los cuerpos amontonados, vio pasar a los primeros jinetes. Todos eran americanos, ciudadanos de Filadelfia que habían salido para guiar a los británicos hasta allí.

Porque al fin las tropas del rey habían llegado. Marchaban pavoneándose con sus lucidos uniformes entre las casas, y se les vitoreaba. Tocaban las bandas, los caballos de los oficiales hacían elegantes cabriolas, mientras que sus jinetes se quitaban los sombreros emplumados para saludar a las muchachas más bellas. Cuando un oficial, más apuesto que el resto, le dedicó una reverencia a una belleza rubia que estaba asomada a una ventana en lo alto, la multitud empezó a aplaudir y a reír.

—¡Dios salve al rey! —gritó alguien en voz alta.

La consigna fue imitada y recorrió Second Street, repleta de banderines británicos, de punta a punta. Un general, cargado de cordones y distintivos militares, cabalgaba rodeado de sus ayudas de campo. Su nombre fue susurrado en toda la calle. Era lord Cornwallis, enviado por sir William Howe para tomar posesión de la ciudad. A Caroline se le antojó que cabalgaba como un conquistador insolente entrando en una capital enemiga.

Un instante después se hizo el silencio en las aceras atestadas: pasaba ante ellos una compañía de granaderos marchando a paso de ganso. En cabeza, caminando con majestuosidad, llegaba un sargento; tiraba de una cadena de plata a la que iba atado un oso negro. De vez en cuando, incitado por su cuidador, el oso se alzaba sobre las patas traseras y agitaba las zarpas en el aire. Detrás de la mascota, los soldados llevaban calados sus chacós mitrados recubiertos de latón. En los rostros lucían gruesos mostachos cuyos extremos, tratados con grasa, apuntaban al cielo. Lucían botones de plata y chalecos amarillos, así como cordones plateados que les colgaban de las chaquetas azul marino. De las correas blancas de cuero pendían, junto a sus caderas, espadas cortas de empuñadura dorada. Los cordajes de los mosquetes eran de color escarlata y los apliques, de latón brillante. Sus muslos fuertes, cubiertos por pantalones blancos y ceñidos, se les subían a la cadencia de la grotesca marcha, antes de que sus botas con polainas se estrellaran contra el suelo embarrado.

—¡Hesianos! —dijo una voz cerca de Caroline. Un siseo recorrió la muchedumbre.

Los hesianos parecían demonios. Tras ellos marchaba una banda hesiana tocando una pieza casi apocalíptica. Caroline, horrorizada al ver a esos hombres, procuró consolarse recordando a los prisioneros hesianos, capturados en Trenton las navidades pasadas, aunque ni siquiera eso sirvió para que desapareciera el miedo que le producían aquellos veteranos bigotudos que parecían gigantes; magníficos y hábiles. Su paso parecía hacer temblar la calle, y Caroline sintió lástima de los voluntarios que conformaban el ejército del general Washington. ¿Qué probabilidades tenía Jonathon ante aquellos autómatas? Pues el joven se había presentado voluntario, y estaba ahora al servicio de la rebelión. La carta que Caroline llevaba encima lo confirmaba.

Detrás de los hesianos, y a lomos de caballos moteados de barro, llegaba un contingente de *rangers* de la reina, lealistas americanos, vestidos con sus sencillos uniformes verdes de húsar y luciendo sus plumas negras. Muchos tenían familiares entre la multitud. Reían, saludaban y lanzaban besos a las mujeres.

Un vítor aún más fuerte surgió cuando apareció un grupo de oficiales británicos de caballería vestidos con pellizas con adornos de pieles, sus talegas bordadas, los botones, cordones y charreteras doradas y brillantes. Muy a su pesar, Caroline pensó que no había visto nada más maravilloso en toda su vida.

—¡Dios salve al rey! —gritó a voz en grito una mujer desde una ventana, y la consigna volvió a encontrar eco en la ciudad provocando el vuelo repentino de las palomas que poblaban los tejados.

Caroline recordó cómo, tan solo semanas antes, las masas habían vitoreado al ejército del general Washington cuando atravesó la ciudad para enfrentarse a esos hombres. Ahora, sin embargo, parecía que los vítores eran más intensos. Sintió vergüenza.

Se alejó poco a poco, como si pudiera extirpar aquella procesión de la mente, pero un estruendoso traqueteo hizo que se volviera para mirar de nuevo. Pasaban los grandes cañones, máquinas mortíferas de latón, madera y hierro, con ruedas enormes que lanzaban trozos de barro al aire, y vagonetas de las que colgaban calderos que se balanceaban y cadenas enroscadas. Las bocas de los cañones estaban teñidas de un negro irregular, prueba de que aquellas máquinas habían disparado y de que, suponía Caroline, habían matado. Sintió desesperanza por Jonathon. ¿Cómo iba a poder vivir aquel muchacho en un mundo en que gobernaban esas armas? Aunque también sintió por él una repentina oleada de orgullo, tan intensa, para su sorpresa, que las lágrimas empezaron a anegarle los ojos.

A su derecha Caroline oyó resollar y miró. Esperaba ver alguna otra maravilla del ejército británico. En su lugar contempló el primer horror del día. Llegaban las mujeres y los niños que seguían a los soldados. Se hizo el silencio entre la multitud cuando esta se percató, por vez primera, del tipo de invitados que estaban acogiendo en la ciudad.

Mujeres de mirada insolente caminaban junto a carretas repletas de enseres

mugrientos. Chiquillos sucios sonreían mientras observaban a la multitud. Una vieja desdentada que llevaba las riendas de una carreta se reía a carcajadas de los bien vestidos espectadores. Otra mujer llevaba un bebé al pecho, y otra, gorda como un barril de bacalao en salazón, caminaba y saludaba a los ciudadanos burlándose de los oficiales. Llevaba una cabra atada al cinturón y, tras ella, como una parodia de los días que precedieran al diluvio, venía un rebaño de vacas, cabras, ovejas y puercos, a los que guiaban unos muchachos con varas largas y cara de pillos.

Una mujer con la cara repleta de llagas purulentas cojeaba siguiéndolos a todos. A su lado reía una muchacha negra que no hacía gala de la actitud servil que hubiera esperado cualquier habitante de Filadelfia de alguien de su raza. Acababa de llegar a la ciudad un circo de pordioseros: el vertido residual de los suburbios, y marchaban como conquistadores. Las mujeres eran custodiadas por casacas rojas que caminaban a intervalos regulares a ambos lados del convoy, pero todos los allí presentes se preguntaban qué ocurriría cuando soltaran a esa turba por las bellas calles de Filadelfia.

Solo cuando hubieron pasado los no combatientes y el sonido de las bandas se perdió en la distancia por Chestnut Street, Caroline pudo cruzar la calle y correr por Market Street. Giró por un callejón, se coló en un jardín trasero y, desde allí, bajó unas escaleras de piedra hasta una cocina. Allí estaba Jenny, la criada negra de Martha, que se sorprendió al verla.

—¡No es día de mercado, señorita Caroline!

Caroline abrió el zurrón que llevaba encima y sacó una carta sellada y arrugada.

—Es para la señora Crawl, Jenny. Es importante.

Jenny se secó las manos en el delantal.

—¡Qué día! ¿Ha oído el jaleo de los soldados?

—Los he visto entrar marchando.

—Eso le romperá el corazón a la señora. —Jenny cogió la carta—. ¿Quiere esperar, señorita Fisher? Hay té en esa tetera.

Caroline se quedó allí mientras Jenny llevaba la carta al piso de arriba. Entonces, para sorpresa de la muchacha, la mujer negra volvió y le dijo que la señora Crawl quería verla en la salita.

—Es arriba, la primera puerta que vea —dijo Jenny. Luego, al ver que Caroline se ponía nerviosa, Jenny sintió la necesidad de explicarse—: Le vendrá bien un poco de compañía en un día como este.

Pero cuando Caroline llegó a la elegante y bellamente amueblada salita, se encontró con que la viuda de Crawl ya tenía compañía. El reverendo Donald MacTeague, quien sostenía una taza de té con sus manos rechonchas, se volvió y se sorprendió al ver a Caroline. Las chicas como aquella, pensaba el reverendo, no debían ser invitadas a las charlas de la alta sociedad, pero a Martha Crawl le gustaba provocar, y el reverendo MacTeague era demasiado caballeroso como para hacer comentario alguno. Se puso en pie, apartando a un lado con delicadeza a la pequeña

Lydia, que estaba intentando subirse a su regazo.

—La señorita Fisher, ¿verdad?

—Así es, señor.

—He tenido la oportunidad de disfrutar de las tartas de su abuela. ¿Ha visto llegar a las legiones?

—Sí.

—¡Es un día de júbilo! ¡De júbilo, sin duda!

MacTeague volvió a sentarse y luego inclinó la taza de té para acabarse su contenido. Sonrió con benevolencia a la harapienta muchacha, de quien pensó, no sin sentirse culpable, que desprendía una extraña belleza un tanto masculina.

—Pensé que sería apropiado ofrecerle mi protección a la viuda de Crowl. —Con esas palabras le explicó a Caroline su presencia allí; luego le dedicó una reverencia a Martha, quien lucía un vestido lila, de seda y de falda ancha. La viuda estaba sentada junto a la ventana y tenía la carta, aún sellada, al lado. Martha tenía los cabellos negros recogidos y decorados con lazos de seda. Estaba calmada, y más parecía haberse preparado para un baile que para el duelo por una ciudad perdida.

—El reverendo MacTeague —dijo Martha secamente— teme que los vengativos británicos me asesinen. Le supondría perder mis aportaciones a la iglesia.

—¡Se mofa de mí, querida! —MacTeague se sintió dolido—. He venido a cumplir con mi deber cristiano, nada más.

Lydia estaba junto a la ventana y se volvió entusiasmada hacia su madre.

—¿Es eso un bogavante?

—Sí, preciosa. Están mejor cocidos. —Martha observó a un casaca roja que vagaba por la acera de enfrente mientras contemplaba asombrado las altas casas de piedra y ladrillo. Martha suspiró—. Debió de ser parecido cuando los godos saquearon Roma. ¿O fueron los vándalos? ¿O los hunos?

—Al contrario. —MacTeague había colocado su taza boca abajo en el plato, indicando así de forma educada que no quería más—. Este día se parece más al momento en que Roma les fue arrebatada a los bárbaros. Supone la restauración de la legítima autoridad, y me llena de júbilo.

—Más bogavantes. —Lydia parecía encantada con la palabra—. Tenemos que cocer los bogavantes.

MacTeague esbozó una doliente sonrisa, mientras Caroline, nerviosa al verse rodeada de tanta elegancia y ante la presencia del untuoso sacerdote, permanecía inquieta cerca de la puerta. Martha, sin embargo, con un gesto que a Caroline se le antojó perentorio, le indicó que debía sentarse en el sofá que había junto a la chimenea.

—Así que ha hecho oídos sordos a la advertencia de no salir de casa, señorita Fisher —dijo MacTeague mirando a Caroline e intentando hacer lo posible por seguir conversando.

—Sí, señor.

—Una advertencia indignante, diría yo, aunque sin duda bienintencionada. No corremos ningún peligro con nuestros amigos, y es evidente que ni una huérfana de padre ni una dama viuda tienen nada que temer. —Alzó la mano y esbozó una vaga bendición sobre la cabeza de Lydia.

—No eran muchos —dijo Caroline.

—¿Muchos qué, muchacha? —preguntó MacTeague.

—Británicos. Hesianos.

MacTeague sonrió.

—No han enviado todas sus fuerzas, por Dios, no. La mayoría de las tropas están en Germantown, por lo que me han dicho. El señor Washington vaga por el norte, así que sir William tiene intención de dar allí la batalla. Nuestras plegarias servirán para apoyar su esfuerzo.

—Puede que las tuyas sí —dijo Martha—. Las mías no.

—Querida señora Cowl —murmuró el sacerdote; luego se giró en su silla para mirar a la calle, por donde ahora pasaba un elegante grupo de oficiales que caminaban despreocupados como si pasearan por el Strand de Londres—, no parece que corramos ningún peligro. ¿Puedo suponer que mis labores de protección han concluido satisfactoriamente?

Martha sonrió agradecida.

—Satisfactoria y honorablemente, caballero.

MacTeague se puso en pie.

—Puede que estemos en desacuerdo en materias terrenales, querida, no así en cuestiones más importantes. Confío en que jamás lo estaremos. —Hizo una reverencia dirigida a Martha, y luego le dedicó un asentimiento a Caroline—. Si me necesita, hágame llamar. Que tengan un buen día.

—Quiere —dijo Martha cuando el sacerdote se hubo ido— congraciarse con nuestros conquistadores. Creo que le gustaría convertirse en el primer obispo de Filadelfia. —Martha habló con desprecio; examinó a Caroline sentenciosamente. Hasta el momento, solo la había visto de lejos, llevando frutas y verduras a la cocina de abajo. El rostro de la viuda no delataba ni aprobación ni condena. De pronto dejó de mirarla y cogió la carta.

—Por la letra, supongo que es de Jonathon.

—Sí, señora. Llegó esta mañana.

Martha abrió la carta con un cuchillo de marfil, luego la desplegó. Se tomó su tiempo para leer las palabras de su hermano.

Caroline esperó. Lydia, aburrída de ver hombres con extrañas indumentarias paseando por las calles, cruzó la habitación y miró a Caroline a la cara con solemnidad. La muchacha sonrió nerviosa, y esa invitación bastó para que Lydia trepara al sofá.

Martha soltó la carta.

—¿Te ha escrito Jonathon a ti también?

—Sí, señora.

Martha suspiró.

—No debería haberse presentado voluntario.

—No.

—Como si no hubiera bastantes hombres con dos piernas en América que puedan luchar sin necesidad de que Jonathon sea sacrificado. —Las palabras surgieron airadas, pero, nada más decirlas, Martha negó con la cabeza, triste y arrepentida—. Aunque supongo que estoy orgullosa de él.

—Creo que debería estarlo —dijo Caroline desafiante.

—¿El tío Jonathon? —Ahora que Lydia había oído el nombre, quería noticias de su tío perdido.

—Se ha hecho soldado, cariño —explicó Martha.

La carta decía que Jonathon había sido nombrado ayuda de campo de un coronel de caballería llamado Jackson Weller. Jonathon contaba en la carta que el nombramiento nada tenía que ver con sus virtudes, sino con que había llegado hasta el ejército rebelde montado en un buen caballo, con su silla y arreos. Martha intentó explicarle a Lydia lo que era un ayuda de campo, y al fracasar, le ordenó a la chiquilla que bajase con Jenny a la cocina.

—Tengo que hablar con la señorita Fisher, cariño.

Cuando se fue Lydia, Caroline se sintió aún más nerviosa. Martha volvió a coger la carta.

—Dice Jonathon que se va a casar contigo.

La viuda había hablado con tono gélido.

—Sí, señora.

—Si es así —dijo Martha sin ocultar la molestia que le provocaba—, por el amor de Dios, deja de llamarme señora. ¡Me haces sentir como una anciana!

—Te pido disculpas.

—Aceptadas. —Martha volvió a examinar a Caroline—. Debo decir que a mi hermano le atrae un tipo muy particular de belleza. ¿Tú quieres casarte con él?

Caroline se encogió de hombros.

—Le dije que le esperaba.

—Lo que no responde a mi pregunta. —Martha se puso en pie acompañada del ruido de las sedas; cruzó la estancia para acercarse al sofá—. ¿Te vas a casar con él?

Caroline se sintió ofendida por el interrogatorio, y eso la llevó a adoptar una actitud defensiva y malhumorada.

—Sé que no es el deseo de tu familia.

—¿Qué te hace pensar eso? —dijo Martha con aire divertido.

Caroline se señaló sus faldas gruesas y pesadas y tiró de su chaqueta azul de lino. Comparadas con el lujo de la estancia y las elegantes ropas de Martha, se sentía pobre y despreciable, y sus gestos lo decían todo, sin necesidad de expresar el contraste en palabras.

Martha le dio la espalda a la muchacha.

—La familia de mi marido estaba muy en contra de nuestra relación. Yo no era lo bastante rica, aunque Dios sabe que mi dote no fue desdeñable. Querían que Thomas se casara con una muchacha de Virginia, sin personalidad, que le habría aportado ocho mil acres de tierras productoras de tabaco. Hubieran preferido una novia inglesa, supongo, con tierras en Inglaterra, pero estaban dispuestos a conformarse con menos. Aunque no conmigo. Yo no era buena mercancía.

Caroline no estaba segura de por qué le estaba contando esa historia.

—¿Y tu marido desafió a sus padres?

—Salta a la vista —dijo Martha con brusquedad; se encogió de hombros—. No sé si hizo bien, no éramos muy compatibles. Yo era demasiado testaruda para él. Me da la sensación de que tú eres igual. —Caroline no respondió, y Martha, que había vuelto a la ventana, dio media vuelta para mirarla—. Pero me casé con Thomas por su dinero. Quería ser rica, ¿sabes? No quería que nadie volviera a mirarme por encima del hombro. ¿Por eso te quieres casar con Jonathon?

—Es él el que quiere casarse conmigo.

—Y Jonathon tiene costumbre de conseguir lo que se propone. Es la pierna. La utiliza para chantajear al mundo. —Martha se rio entre dientes—. No se sentirá cómodo en el ejército.

A Caroline le desconcertó el repentino cambio de tema.

—Seguro que sí.

—Se parece a mí en muchos sentidos. —Martha siguió hablando como si Caroline no hubiera dicho nada—. Le gustan las comodidades. Está acostumbrado a ellas, ya sabes, y yo diría que lo merece, porque no puede ser fácil arrastrar ese pie zambo. No me lo imagino dejando la ciudad y dedicándose a la vida en una granja, ¿y tú?

—No.

—Y tú, espero que sepas disculparme, no estás hecha para la ciudad.

Caroline pensó que casi prefería enfrentarse a Ezra Woollard en un callejón asqueroso con un cuchillo en la mano que sufrir aquel lacerante examen. Decidió ponerle fin con absoluta franqueza:

—¿Quieres decir que no deberíamos casarnos?

—¡Jamás diría tal impertinencia! —protestó Martha sin acordarse de que eso era exactamente lo que le había dicho a su hermano—. Te puedes casar con quien te plazca, y lo mismo vale para Jonathon. Yo no creo en la libertad, señorita Fisher, para luego negársela a mi hermano. Pero he sido una especie de madre para Jonathon desde el día que nació, así que se me podrá disculpar la curiosidad que siento por la mujer que quiere que se convierta en mi cuñada.

—Sí. —Caroline estaba confusa y triste. Sentía que se la estaba culpando por una propuesta de matrimonio que producía mucho más entusiasmo en el hermano de Martha que en ella misma.



Martha miró por la ventana de nuevo y observó con arrogancia el paso de un oficial británico a caballo que hablaba con una muchacha en la acera de enfrente.

—No me opongo a vuestro matrimonio —dijo en una voz extrañamente tensa—, porque si me opongo puede que pierda a Jonathon. ¿No es así?

—No lo sé. —Caroline decidió que aceptar las palabras de Martha, aunque fuera a regañadientes, era mejor que mostrar desacuerdo.

—Además, tengo otra razón para desear tu amistad. —Martha seguía mirando al oficial que coqueteaba con la chica—. Imagino que será difícil enviar cartas a los hombres del general Washington ahora que han llegado los amigos del reverendo MacTeague.

Esto era un giro inesperado en la conversación, aunque en este caso Caroline sintió que le sería más fácil sobrellevarlo.

—Supongo que sí.

Martha se volvió.

—Pero tú vives al otro lado del río, con lo que te será más cómodo.

—Sí, creo que sí. Siempre y cuando los británicos no establezcan una guarnición en Cooper's Point.

—¿Y por qué iban a molestarse? —Martha, haciendo gala de la arrogancia habitual de los habitantes de Filadelfia, estaba dando a entender que no había nada en Nueva Jersey que mereciera la pena ocupar—. ¿Puedes enviar algo más que meras cartas?

—¿Algo más? —Caroline frunció el ceño.

—Estoy preguntando si podrías enviar información al ejército del general Washington. Información que pueda llegar a mis oídos y que quiera hacerles saber.

Por primera vez desde que entrara en la estancia, Caroline sonrió.

—Sería para mí un honor hacer algo así.

—Por eso he permanecido en la ciudad. Bueno, y también para proteger estas cosas. —Martha hizo un gesto despreocupado hacia los objetos de plata, los espejos dorados y los cuadros—. Pero puedo hacer más por la causa enviando nuevas de la ciudad que huyendo. Y tú puedes ayudarme.

—Me encantaría —dijo Caroline.

—Entonces, querida, debes considerarte bienvenida en esta casa. Eres, al fin y al cabo, mi futura cuñada. —Martha sonrió y le ofreció ambas manos a Caroline, quien, desconcertada por aquel último y repentino cambio en la actitud de la señora Crawl, se puso en pie, dubitativa, y cruzó la estancia. Martha, para sorpresa de Caroline, la besó.

—No le hagas infeliz —le susurró con fiereza.

—No lo haré.

—Y no seré tu enemiga. —Martha acercó a Caroline a la ventana—. Bastantes enemigos tenemos ya en la ciudad como para pelearnos entre nosotras.

Martha fijó la mirada en el oficial británico y unas lágrimas empezaron a

recorrerle las mejillas. Lloraba porque el enemigo en verdad había llegado y porque el futuro se perfilaba oscuro.

—Es la vergüenza —dijo explicando las lágrimas—, la vergüenza.

Porque Filadelfia, sin que ni uno solo de sus ciudadanos hubiera pegado un tiro para defenderla, daba la bienvenida a sus conquistadores con servil adulación.

Porque Filadelfia había caído.

## 9

El capitán John Andre, un hombre elegante y puntilloso, estaba junto a la ventana de una casa de campo que había sido requisada y transformada en el cuartel general de sir William Howe en Germantown. Contemplaba a la infantería de casacas rojas que estaba acampada en las tierras cercanas a la casa; hombres que, en su afán por procurarse madera y ciertas comodidades, habían sembrado una triste destrucción en lo que había sido hasta ese momento un bello huerto de árboles frutales. Andre pensó en la plaga que suponían esos soldados; una peste de enanos malvados y retorcidos: los desheredados, los fracasados, residuos sociales, criaturas que nadie más quería. Una tribu de hombres desdentados, con las caras picadas, lumpen, mujeres riendo a carcajadas, sus hijos sucios y de mirada taimada. El ejército del rey Jorge.

—Soldados —dijo abruptamente—. Qué criaturas tan zafias.

Christopher Vane, que estaba trabajando en un escritorio, sonrió.

—¿Te alistaste para remediar eso, John?

—Me alisté porque estaba decepcionado con el amor. La mayoría de nosotros lo hacemos por eso. Somos un ejército de condenados liderado por hombres despechados. —Andre se dirigió a la cajonera en la que sir William guardaba sus decantadores. De camino, le dedicó a Vane un fingido gesto de horror ante su laboriosidad—. ¿De verdad tienes que trabajar tanto, Kit? Haces que el resto de nosotros parezcamos unos vagos.

Vane sonrió, pero no dijo nada. A veces le daba la sensación de que muchos de los ayudas de campo eran poco más que pretorianos de salón, elegantes y privilegiados, sabelotodos y arrogantes. Aunque esta era una opinión que se cuidaba de airear, por miedo a que pudiera tener un efecto adverso a la hora de mostrarse digno de la amabilidad que sir William le había dispensado. Aun ahora, dos semanas después de su repentina promoción, Vane solía sobresaltarse de placer al pensar en su nueva capitania, y, como recompensa hacia su patrono, no había ayuda de campo que trabajara más que Vane en aquellos días de perros, grises y fríos de principios del otoño; días en los que Vane había descubierto que, como ayuda de campo del comandante en jefe, disfrutaba del respeto de los hombres. Coroneles de regimiento que unas semanas antes le habrían negado el saludo ahora le buscaban porque podía conseguirles los favores del general.

Las tropas, como la mayoría de los ayudas de campo, holgazaneaban. A lord Cornwallis, el segundo al mando, se le había encomendado la captura de Filadelfia con un reducido contingente, mientras que el grueso del ejército acampaba en los alrededores de Germantown para proteger los accesos a la ciudad. Se creía que George Washington, dolido por la pérdida de la capital rebelde, quizá intentara retomarla, aunque muchos en el ejército, entre los que se encontraba John Andre,

creían que Washington no haría nada.

—¿Por qué iba a hacerlo? Lo único que tiene que hacer es elegir otra capital rebelde. Filadelfia no sirve para nada.

—Es la ciudad más grande de las colonias —dijo Vane, mostrando su ligero desacuerdo.

—Es más pequeña que Bristol —dijo Andre en tono despectivo—, solo que con demasiadas iglesias y escasas tabernas. Por mucho que mis anfitriones se empeñaran en decir que era la Nueva Jerusalén. No me pareció propio abrirles los ojos.

—¿Has estado allí? —dijo Vane sorprendido.

—Antes de que empezara todo esto, sí. Billy tiene muchas esperanzas puestas en ella, pero te aseguro que no sé por qué iban a perder el sueño los rebeldes porque hayamos tomado Filadelfia. —Andre, después de haberse servido un vaso de ron, miró por encima del hombro de Vane y se alarmó al comprobar que este estaba revisando el libro de cuentas, un registro de todos los gastos del Estado Mayor en caballos, comida, alojamiento y otras necesidades.

—Por el amor de Dios —dijo Andre—, no seas demasiado eficiente.

—¿Porque sir William está robando dinero? —Vane sonrió—. Supongo que todos los generales lo hacen, todo lo que hago es ocultarlo un poco mejor.

—Dios mío. —Andre observó a Vane con reticente admiración—. ¡Sí que eres ambicioso!

—¿Acaso es eso malo?

—Uno no debería admitirlo nunca.

Vane se encogió de hombros.

—Mi padre perdió la mayor parte de su dinero antes de morir, mi familia se está hundiendo en la irrelevancia, así que mi única esperanza yace en trabajar duro.

Se arrepintió de sus palabras nada más decirlas. Sintió que se había sincerado ante un hombre que quizá fuera un rival. En realidad, Andre, una presencia habitual en el cuartel general de sir William, era el más agradable de todos los elegantes jóvenes que vivían en el nuevo mundo de Vane. Había sido Andre el que le había contado a Vane que el apodo de sir William era Billy, y el que ahora le estaba explicando que Billy necesitaba ese dinero para atender los caprichos de su carísima amante americana.

—Lizzie llegará en cuanto la ciudad sea un lugar seguro, y a partir de entonces apenas veremos a Billy. Está embobado con ella.

—¿Es guapa?

—Más que un ángel. E inteligente. Una mezcla del todo injusta. Al marido se lo han quitado de encima dándole un trabajo en Nueva York.

—¿Está casado Billy?

Andre se preguntó si en la observación de Vane había un tinte de pudor.

—No mientras esté en América.

—Ah.

Vane cerró los libros de contabilidad cuando oyó pasos en el pasillo contiguo. Atardecía. Era entonces cuando los ayudas de campo, tras recuperarse de su lánguida comida, gustaban de reunirse antes de la cena. Todos salvo Vane estaban aburridos, molestos por tener que permanecer en el campo cuando las delicias urbanas de Filadelfia estaban tan cerca. Lord Robert Massedene se dirigió sin más hacia los decantadores, saludó y le ofreció a Vane una copa de vino tinto.

—He ido a ver tu caballo, Vane. Impresionante.

—Es rápido. —Vane necesitaba dos caballos para cumplir con sus obligaciones, así que había pedido dinero prestado para comprar un magnífico semental negro que tenía tres calcetines blancos y una mancha blanca en el pecho. Vane también había pedido prestado para comprar su nuevo uniforme, completo, incluidas las charreteras.

—Seguro que es rápido —concedió Massedene—, pero quizá sea un poco joven.

Vane pasó a adoptar una actitud defensiva, como si al criticar a su caballo Massedene estuviera atacándole a él.

—¿Joven?

—No está bien fogueado, al menos para una batalla —dijo Massedene con firmeza—. Un disparo de cañón, Vane, y ese caballo empezará a temblar de miedo. Si entras en combate, que sea con tu vieja yegua, y búscate a un hombre que adiestre al caballo. No es más que un consejo.

Un consejo que molestó a Vane, más aún porque sabía que Massedene tenía razón: el semental era una bestia nerviosa que Vane no tenía intención de montar en una batalla hasta que estuviera bien entrenado; fue la condescendiente presunción de su ignorancia por parte de Massedene lo que le resultó molesto. Vane sentía resentimiento porque la cómoda carrera de aquel hombre, más joven que él, estaba impulsada desde su noble cuna, mientras que Vane, que se consideraba bastante más diligente, tenía que pugnar por subir peldaños.

Su aversión se veía acentuada por el hecho de que sus opiniones eran completamente opuestas en lo que respectaba a la rebelión. Lord Robert Massedene, al igual que John Andre, tan solo quería que la rebelión acabara y no le preocupaba demasiado el cómo, siempre y cuando hubiera paz. Vane, al igual que Zeigler, el intérprete hesiano, creía que el sentir revolucionario de los americanos solo podría ser erradicado mediante la victoria militar.

Era una discusión que se retomó a la hora de la cena. El mayor Zeigler, que había llegado tarde a la mesa, informó a sir William de que un maestro de escuela de uno de los asentamientos alemanes de Pensilvania se había acercado a las líneas hesianas para informar de que el ejército rebelde planeaba un ataque a la mañana siguiente. Marcharían de noche, había dicho el maestro, y atacarían al amanecer. Lord Robert Massedene desechó con vehemencia las palabras del alemán.

—Washington no se atreverá a atacarnos. Un revolcón más y sus hombres desertarán por millares.

—Me temo que se equivoca. —Vane se sorprendió a sí mismo cuando expresó su

opinión. Hasta el momento se había limitado más a escuchar y no tanto a tomar parte en las conversaciones.

Massedene esperó con el decantador de oporto en la mano; luego se encogió de hombros.

—No nos dejes así, Vane.

—Si los informes son correctos —a Vane le costó esconder su aversión por el altivo Massedene—, el ejército rebelde nos supera en número por primera vez. Así que opino que Washington atacará.

—¡Ah! ¡Informes! —rio sir William, que presidía aquella mesa repleta de jóvenes—. También recibimos en su día informes fiables que decían que los ejércitos del Señor habían sido avistados descendiendo sobre la cima de una montaña en Massachusetts. Creo recordar que tenían las alas doradas y llevaban mosquetes de jaspe. Nunca me fío mucho de los informes, Kit.

Vane, que no estaba seguro de si aquello era una regañina, se mantuvo firme y terco.

—Sigo creyendo que el señor Washington atacará, señor. Tiene que obtener una victoria para que se recupere la moral de sus tropas.

—Como hizo en Trenton el año pasado. —Andre miró a Otto Zeigler con malicia. Al igual que todos los hesianos, al alemán aún le escocía el recuerdo de aquella derrota hesiana.

—¡Nos sorprendieron! —dijo Zeigler a la defensiva—. Estábamos borrachos. Todos los alemanes se emborrachan en navidad.

Sir William sonrió.

—Al menos aquí no puede sorprendernos.

El general lo dijo con la satisfacción nacida de sus preparativos. Había redoblado los piquetes de guardia y, gracias a la llegada de las tres carretas de munición, aquellos podían dispararle a la oscuridad con impunidad. Sir William, tranquilo, acarició las orejas de su perro.

John Andre cortó el exceso de cuerda de una vela.

—No me agrada mostrarme en desacuerdo con usted, señor, pero creo que el señor Washington tiene que atacar. *Pour encourager les crapauds*.

—Cuando te pones a hablar en francés, John, me da la sensación de que estás flirteando —dijo sir William.

—Luchará, señor, para provocar la entrada de Francia en la guerra.

Sir William negó con la cabeza.

—No tengo ninguna duda de que los franceses quieren avergonzarnos, John, pero ¿por qué iba a alentar el rey Luis el republicanismo?

—¿Y por qué se iban a arriesgar los franceses a otra lección de humildad? —preguntó Zeigler.

—Porque los franceses carecen de memoria —dijo Andre, jocosamente—. Cada derrota los anima a creer que son invencibles. Es un rasgo que comparten con el señor

Washington.

Hubo sonrisas cómplices, y entonces Zeigler opinó que los franceses no entrarían en guerra a no ser que esta ya estuviera ganada, y que los rebeldes no tenían ninguna posibilidad de ganar. No tenían capital, y el general Burgoyne pronto aislaría Nueva Inglaterra del resto de las colonias y la rebelión se iría desintegrando.

—Pero la mera amenaza de una intervención francesa —dijo Andre— podría persuadir a Londres de la necesidad de firmar la paz.

—O la victoria —dijo Vane.

—Solo la paz. —Sir William le dedicó a Vane una sonrisa—. No podemos alzarnos con una victoria militar, Kit. Todo el mundo lo sabe. El ejército solo está aquí para obligar a los rebeldes a negociar.

Vane miró a sir William asombrado.

—¿No podemos vencerlos, señor?

—¡No te sientas tan abatido! ¡Claro que no podemos! Mi querido Kit, tuvimos que abandonar Boston para reunir las tropas necesarias para tomar Filadelfia. Hacen falta cinco mil hombres para guarnecer una ciudad, y otros cinco mil para forrajear por los campos que circundan esa ciudad. Así que solo tenemos hombres suficientes como para mantener tres ciudades, puede que cuatro, en medio de esta inmensidad. Además, tenemos que proteger Canadá y las Floridas. Por Dios, no. Harían falta cien millares de hombres para aplastar la rebelión. ¿Y quién iba a pagar por ello? ¿Crees que la Cámara de los Comunes aprobará subir los impuestos? Te aseguro que no, al menos mientras yo siga siendo miembro de la Cámara.

El resto de los ayudados de campo de sir William sonrieron al ver el rostro de desconcierto de Vane.

—¿Lo ves, Kit? —dijo Andre inclinándose para servirle a Vane más oportuno—. Si los colonos se dieran cuenta de eso, podrían conseguir lo que quieran en la mesa de negociaciones.

—Salvo la independencia —añadió Massedene.

Sir William seguía mirando a Vane.

—Mi querido Kit, me temo que tendrás que aceptar la lógica matemática de la guerra. Nuestro ejército es demasiado pequeño como para hacerse con un continente.

—La guerra no son solo matemáticas, señor. —Vane, azuzado por el derrotismo que estaba escuchando y quizá envalentonado por el oportuno que recorría la mesa con toda libertad, de pronto se sintió ferviente—. Tiene que ver con los hombres, con la mora, con el tiempo y con el espíritu. Por Dios, señor, somos británicos. Somos los mejores piratas que el mundo haya visto. ¿Y nos preocupan los franceses? ¿Una nación de maestros del baile? ¿O las sensibilidades de los colonos? No habría colonias sin nosotros. Los colonos son como chiquillos que se quejan de la niñera.

—¡Así se habla! —dijo Zeigler quebrando el silencio avergonzado que siguió a las apasionadas palabras de Vane—. Romper algunas cabezas y hacer unos cuántos huérfanos. Eso bastará para arrancarles tanta bilis de las tripas.

Hubo risas ante aquel alarde de ampulosidad germana. Sir William se preguntó si el señor Washington contaría con consejeros igual de beligerantes, y Zeigler exigió que el informe del maestro de escuela se tomara en serio, pero Massedene le recordó a sir William que un carnicero había contado algo similar dos días antes y que había resultado ser falso. El general zanjó la discusión afirmando que si el ejército rebelde decidía marchar y atacar, las patrullas de caballería lo descubrirían.

—Así que ignoraremos los chismes del maestro de escuela —sugirió sir William— y echaremos una partida de cartas.

Se abrió más oporto, se sacaron las cartas y las velas fueron consumiéndose hasta convertirse en tocones humeantes, antes de que Vane subiera las escaleras con dificultad hacia el almacén de telas que compartía con el mayor Zeigler y que hacía las veces de habitación. Un dolor de estómago despertó a Vane justo antes del amanecer, y tuvo que salir al jardín. Allí se puso en cuclillas junto a un membrillo que estaba envuelto por una niebla espesa y reciente. La blancura que rodeaba la casa se mezclaba con el gris del amanecer y ocultaba las chimeneas. Un cocinero silbaba en la cocina, y desde un lado del camino llegaba el casero tintineo de los baldes de agua.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Está ahí? —Era el sirviente de Vane, el soldado Smithers, que estaba encantado con la vida privilegiada que ahora llevaba como sirviente en el cuartel general.

—¡Calla, imbécil! Me muero. —A Vane se le pasó entonces por la cabeza que todo estaba en calma: al menos no había fuego de mosquetes. Malditos maestros de escuela.

—¿Huevos, señor? —Smithers, que había salido de la casa y ahora estaba de pie ante él, le sonreía desde lo alto—. ¿Dos huevos para desayunar, señor? Se los he comprado a los artilleros.

—Y ellos los habrán robado, idiota, pero gracias de todos modos. —Christopher Vane, a quien le encantaban los huevos fritos, superó la repulsión inicial que sintió fruto del efecto de los licores—. Fríelos, y quizá me hagan volver a la vida.

Se oyeron descargas de mosquetería, ahogadas por la niebla, al norte. Era difícil calibrar a qué distancia estaban, pero murieron unos segundos más tarde. Vane supuso que los piquetes se habían limitado a limpiar los cañones de sus mosquetes a la oportunidad más nimia. Se puso en pie, se abrochó los pantalones y gruñó al sentir un intensísimo latigazo recorrerle la cabeza. Recordaba las interminables botellas de oporto de la noche anterior, y se preguntó si algún día aprendería a moderarse.

El sirviente de sir William apareció entonces en el jardín con un orinal repleto.

—¡Buenos días, señor!

Vane, que sabía que ser saludado por Tom Evans con tal alegría era muestra de su aceptación dentro de la familia militar de sir William, gruñó con dramatismo:

—Es una mañana de mierda, Evans.

—Se sentirá mejor cuando pegue un trago de ron, señor. —Tom Evans echó el



contenido del orinal en la hierba; luego frunció el ceño al oír crepitar otra descarga de mosquetería—. ¿Están un poco nerviosos esta mañana?

—Es la niebla. Pone inquieta a la tropa.

Hamlet, el perro de sir William, apareció entre la niebla moviendo el rabo y ladró para llamar la atención de Vane. Luego, feliz, se fue a explorar los nuevos olores que abundaban en ese jardín que una vez había sido bello.

Vane se acercó al surtidor de agua y se mojó la cara. Los mosquetes callaron y luego volvieron a sonar. Esta vez en un *crescendo* de ruido sostenido como un trueno. Vane se incorporó. El agua le chorreaba por la cara. Miró, impotente, hacia el norte, a través de la niebla. A duras penas lograba ver las siluetas de los árboles que había a treinta pasos de distancia.

—¡Kit! ¡Kit! —Era la voz de sir William, que le llamaba desde una ventana del piso superior.

—¡Señor! —Vane entró corriendo en la casa—. ¡Smithers! ¡Smithers! Deja los huevos. Ensilla a la yegua.

Corrió escaleras arriba, se abotonó la casaca y se ciñó la espada. No pudo encontrar la pistola, y maldijo mientras buscaba entre las mantas caídas, aunque al fin la encontró metida en una bota. Otto Zeigler asomó la cabeza desde su jaleo de mantas en el suelo.

—¿Qué ocurre?

—O los piquetes se han vuelto locos o nos están atacando. ¡Mi sombrero, por Dios, joder, mi sombrero!

—Toma. —Zeigler lo había estado usando de almohada.

Vane cogió el sombrero, se abalanzó sobre la puerta y chocó con sir William, que aún se estaba abrochando el cinturón de la espada mientras descendía las escaleras. Un mensajero, cubierto de barro, ya había dado con el general, quien, sorprendentemente calmado en medio del pánico desatado, detuvo a Vane alzando la mano.

—Ve al puesto de avanzada de Beggarstown, Kit. Averigua qué está ocurriendo. Te veré allí.

—Sí, señor.

Smithers aún estaba apretando la cincha de la yegua. Entrelazó las manos, y Vane las utilizó de estribo para montar.

—Voy a Beggarstown. Tráeme algo de comida si puedes.

Lord Robert, con la casaca desabrochada y el sombrero en la mano, corrió hacia los establos.

—¡Tenías razón! —gritó, pero Vane no tuvo tiempo de responder.

Impulsó los talones hacia atrás y giró la cabeza de la yegua hacia el largo camino, flanqueado por chopos, que servía de acceso a la vivienda. Los cascos del animal arrancaban grandes trozos de tierra del sendero mientras Vane instaba a los soldados a que se apartaran de su camino.

Tiró de las riendas cuando llegó a Skippack Road y galopó hacia el norte. La plaza del mercado estaba repleta de soldados confusos, ninguno equipado para la batalla, y Vane les gritaba que se apartaran de su camino mientras se dirigía a la calle principal envuelto por una niebla cada vez más espesa.

Pasó al galope junto a la residencia de los Chew, el extremo norte del campamento británico. Luego continuó hacia el incesante repiqueteo de los mosquetes que llegaba de la línea de piquetes. Se palpó el chaleco buscando el reloj; no lo tenía encima. Maldijo, pero supuso que debían de ser las cinco de la mañana. Un perro salió corriendo del jardín de la casa de oración y empezó a ladrar a los talones de la yegua; entonces, repentina y paralizadora, una bola de mosquete apareció entre la niebla cegadora y zumbó junto al rostro de Vane. Un casaca roja herido, que dejaba un rastro de sangre que le manaba del muslo destrozado, se arrastraba por la carretera. Eran las primeras señales de la batalla.

Vane pasó galopando junto a dos heridos más que hacían lo posible por ponerse a salvo. A su derecha, difusa, vio una compañía de casacas rojas formando ante una arboleda. Salió de la carretera, saltó una zanja inundada de agua y se dirigió a la retaguardia de la formación. Los hombres estaban dispuestos en tres filas, todos muy juntos, como las piezas de un puzle infantil.

—¡Fuego! —gritó el capitán, y una descarga escupió fuego y humo hacia la niebla. El olor a mofeta que desprendía la pólvora quemada tomó al asalto las fosas nasales de Vane.

—¿Qué ocurre?

—¡Rebeldes, señor! —respondió un sargento que se encontraba en la retaguardia de la compañía.

El capitán daba la orden de fuego con calma, como si estuviera en una parada militar en casa. Los hombres, con las caras ya renegridas por la pólvora que estallaba en las cazoletas, mordían los cartuchos nuevos para abrirlos. Tenían ribetes de tela rojos en los sombreros, lo que indicaba que se trataba de una de las compañías ligeras que habían tomado parte en la acción de Paoli's Tavern hacía dos semanas.

—¿Qué rebeldes? ¿Dónde?

De pronto la pregunta de Vane se antojó superflua, ya que una ráfaga de bolas de mosquete fustigó las líneas. Un cabo aulló y se desplomó; otro hombre dio una sacudida hacia atrás con un boquete en la frente.

—¡Cerrad filas! ¡Cerrad filas! —El sargento ignoró a Vane.

—¡Apunten! —gritó el capitán—. ¡Fuego!

Había otra compañía británica, más allá de la carretera, aún en formación dispersa. Los hombres seleccionaban sus objetivos en la niebla y disparaban con una rodilla en tierra. Vane tiró de las riendas y espoleó a su montura para volver a la carretera.

La niebla no se lo estaba poniendo fácil, pero Christopher Vane sabía que su labor consistía en ayudar a su superior a comprender la situación. Así que avanzó hacia el

enemigo y superó las posiciones más avanzadas de las tropas británicas. No sabía si su cometido era avanzar tanto, pero estaba resuelto a hacer todo lo que sir William pidiera y más. El capitán Vane, arrancado del anonimato militar, se convertiría en el mejor ayuda de campo que cualquier general pudiera desear.

Avanzó con su yegua al paso, dispuesto a volver grupas y picar espuelas en cualquier momento. Paso a paso, nervioso, avanzó. Vane podía sentir que el animal temblaba. Quizá fuera miedo. Tenía las orejas de punta, y estas reaccionaban a cada siseo de bala en la niebla gris y húmeda. Vane se preguntaba si le había contagiado su nerviosismo al animal, pero entonces decidió que el mero hecho de plantearse era prueba suficiente de que no tenía miedo. Una vez más, el extraño y sosegado júbilo de la batalla, que conociera por primera vez en Brandywine, le sorprendió y alegró. Se sintió valiente, inmortal, bendecido por una vida amable; pero entonces una repentina ráfaga de viento dispersó la niebla y, a través del hueco momentáneo que se abrió, pudo ver los uniformes marrones con franja roja del ejército rebelde. Las tropas enemigas estaban dispersas, pero durante un destello, poco más, Vane vio una masa de hombres, a lo lejos, marchando bajo una estridente bandera. Sus sombreros estaban moteados de blanco.

Entonces el silencio del amanecer dejó paso a un ruido rabioso y furibundo. Una bala hizo que un chorro de barro salpicase el hombro derecho de la yegua, y otra le pasó al lado de la cabeza cuando volvía grupas. Hundió los talones en los flancos y dejó que la yegua saliera disparada. Oyó los insultos de los rebeldes a su espalda, pero Vane había hecho su trabajo y había divisado al enemigo. Pasó al galope junto a los británicos más adelantados y vio a un grupo de hombres montados galopando hacia él por la carretera. Eran los otros ayudas de campo de sir William.

—¿Y el general?! —gritó Vane.

—¡Mirad! —Un mayor de dragones a caballo señaló hacia la compañía a la que Vane se había aproximado primero, y Vane giró para mirar en aquella dirección. La compañía había adoptado formación dispersa para ofrecer menos blanco al enemigo, pero era tan intenso el fuego al que estaban siendo sometidos desde la oscura niebla, más espesa aún merced al humo, que los hombres estaban empezando a ceder terreno y a ponerse a cubierto detrás de los árboles.

—¡Formad! ¡Formad! —Sir William, haciendo gala de una ira poco común en él, estaba detrás de los soldados en retirada—. ¡No es más que un grupo de exploradores! ¡Formad! ¡Capitán! ¡Haga formar a sus hombres, por favor! ¡Quiero ver firmeza!

Sir William vio a Vane y le hizo un gesto con la mano. De repente, una bala de cañón disparada desde el frente rebelde impactó contra las ramas que el comandante en jefe tenía sobre la cabeza. Ramas, hojas y astillas llovieron sobre sir William mientras su caballo se revolvía. Otra bala de cañón le abrió un boquete a un casaca roja en el pecho, separándole las costillas limpiamente como hubiera hecho un carnicero.

—¡No es una partida de exploradores, señor! ¡Vienen en masa! —le gritó Vane a sir William, quien, cubierto de hojas caídas, logró controlar a su caballo—. Los he visto, señor. Vienen por la carretera.

A su alrededor silbaban las balas de los mosquetes; impactaban contra las hojas, siseaban, crepitaban y arrancaban astillas a los troncos.

—¡Atrás! —le gritó Howe al hombre al que, un instante antes, le había ordenado que aguantase la posición—. ¡Atrás! Informa a los flancos. ¡Formad en torno a la casa de oración!

—¡Debe irse, señor! —Vane intentó hacerse con los arreos del caballo de Howe, pero el general se lo impidió. Se quedó mirando el sudario nebuloso, sucio y gris de aquel amanecer mientras la Compañía Ligera corría a toda prisa hacia la retaguardia.

—¡Por Dios, qué espectáculo, Kit! —Howe, por alguna razón, estalló de entusiasmo al ver a los primeros rebeldes emerger de la niebla. Sus bayonetas eran lo más brillante del amanecer, eran incluso más luminosas que los trozos de papel blanco que todos llevaban en los sombreros. Sir William, a quien le gustaba todo lo americano, estaba impresionado por su enemigo—. ¡Qué bien vienen, Kit! ¡Muy bien! ¿A que sí?

Vane intentó colocarse entre el general y el enemigo, pero sir William insistió en que quería ver el espectáculo sin interrupciones. Así que su ayuda de campo aferró las riendas y tiró, a la fuerza, del caballo del general.

—¡Atrás, señor, se lo suplico!

La línea avanzada británica se encontraba ahora en completa retirada. Los heridos estaban siendo arrastrados hacia el pueblo, mientras que los muertos eran abandonados donde yacían. A ambos lados de la carreta, con las banderas desplegadas, los rebeldes avanzaban con las bayonetas desnudas.

Howe dejó que Vane lo alejara del campo de visión enemigo.

—¡Ordenaré a Musgrave que forme aquí y contendré a esos pordioseros! Tú retírate con estos muchachos. ¡Mantén vigilados los flancos! —Sir William golpeó con fuerza el brazo de Vane—. ¡Espero que disfrutes del día, Kit!

—Lo mismo digo, señor.

Sir William sonrió y, como si estuviera protegido por una mano invisible en aquella penumbra surcada de balas, salió disparado seguido de su séquito, pasando junto a un jinete solitario que cabalgaba hacia el enemigo. El jinete sonrió aliviado al ver a Vane.

—¿El desayuno, señor? —Era el soldado Peter Smithers, y llegaba montado en el nuevo caballo del capitán, el joven, caro y negro semental con tres calcetines blancos y una mancha blanca en el pecho. Smithers le entregó dos rebanadas de pan entre las cuales había metido los huevos fritos—. ¿El desayuno...? —No pudo acabar la palabra, porque una bala de cañón de los rebeldes, perdida en la niebla, le arrancó la cabeza limpiamente, como un verdugo con un hacha. En un instante Smithers sonreía satisfecho y al siguiente no era más que una fuente de sangre brillante que manaba de

un tocón de hueso blanco rodeado de carne escarlata.

Los sesos de Smithers salpicaron el rostro de Vane y el desayuno cayó al barro. La sangre, que surgía cada vez con menos fuerza, empapó los pantalones blancos de Vane. Acto seguido, el cuerpo descabezado se desplomó sobre el lodo, contra el que se habían estrellado las yemas amarillas y brillantes de los huevos. El joven semental, aterrado por el olor y el tronar de las balas, se alzó sobre las ancas traseras, con los ojos en blanco y los dientes al descubierto.

—¡Jesús! —Vane se quedó observando el tronco de su sirviente con la boca abierta—. ¡Peter! ¡Peter!

Sintió el demencial impulso de desmontar para consolar al caído, luego alzó la mirada y vio cómo su semental negro desaparecía en la niebla. Christopher Vane pensó en el dinero que había pedido prestado y dio media vuelta con la yegua dispuesto a seguir a su aterrado caballo. Entonces oyó el grito de triunfo de los rebeldes, demasiado cerca, y decidió picar espuelas y cabalgar hacia un lugar seguro. «Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea». La pérdida le enfureció, le irritó, y peor aún era pensar que un asqueroso rebelde pudiera hacerse con su carísimo semental. Miró hacia atrás mientras se alejaba, se quitó la gelatina grisácea de los ojos y vio los rostros de éxito de sus enemigos. Parecían lanzar vítores mientras avanzaban. Otro golpe de viento volvió a cerrar la niebla.

El enemigo había surgido de la niebla del amanecer, y entre ellos y Filadelfia no había más que un ejército desorientado que acababa de ser sorprendido. El señor Washington tenía su batalla.

# 10

A Martha Crowl la despertó un distante repiqueteo, interrumpido de vez en cuando por una percusión más sonora que parecía rasgar el aire frío y vaporoso. Era el lejano murmullo de la batalla: el repiqueteo eran los mosquetes; los ruidos más intensos era la artillería. Martha se puso una bata de lana a toda prisa y corrió escaleras abajo hacia la cocina.

Jenny negó con la cabeza. Ninguno de los sirvientes tenía noticias, salvo el mozo del establo, que había oído que los británicos estaban atacando los fuertes del río.

—Hacia el norte no, eso seguro —dijo Martha—. El sonido viene del norte, ¿no?

Se dirigió a la puerta principal, la abrió y comprobó que sus vecinos también estaban en sus escaleras escuchando el lejano estruendo. Un grupo de jinetes, parte de la guarnición de la ciudad, recorría Fifth Street al galope mientras que los casacas rojas marchaban por Fourth; todos iban en pos del sonido de las armas, lo cual era prueba suficiente de que, fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, era lo bastante alarmante como para que sir William hubiera pedido ayuda.

Animada al reparar en ello, Martha volvió a entrar en casa, se vistió y desayunó con Lydia, que quería saber si los disparos significaban que estaban cociendo los bogavantes. Martha fingió no comprender la pregunta e insistió en que Lydia estudiase la cartilla. La lección fue interrumpida por unos golpes en la puerta, unos golpes tan insistentes que Martha dio un respingo, alarmada, pensando que por fin los británicos habían venido a detener a la conocida patriota.

Pero era su tío, Abel Becket, vestido de negro como siempre, aunque con el rostro blanco de ira. Jenny le acompañó a la sala de arriba, donde, sin previo saludo, le lanzó una carta a Martha.

—¿Lo sabías?

—Buenos días, querido tío. Da los buenos días, Lydia.

Lydia saludó haciendo una reverencia:

—Buenos días, tío.

Abel Becket, enfrentado a la cortés inocencia de la niña, logró emitir una respuesta más calmada.

—Buenos días, preciosa. ¿Has rezado ya esta mañana?

—Sí, señor. —Lydia, cuyos cabellos negros estaban recogidos con lazos de papel, sonrió a su tío abuelo—. He mandado que cuezan los bogavantes.

—¿Que has hecho qué?

—No importa —dijo Martha con premura—. ¿Te apetece un poco de té, tío?

Abel Becket rehusó. En su lugar exigió hablar en privado con su sobrina, y luego esperó paciente a que Jenny llegara y se llevara a Lydia a la cocina.

—¿Lo sabías? —volvió a preguntar, airado, cuando la niña, con las manos

cargadas de libros y muñecas de trapo, se fue.

Martha se sirvió con delicadeza un poco de té. Llevaba un vestido de mañana y una cofia con lazos bordados sobre el pelo negro. Se tomó su tiempo con el colador y la tetera, intentando calmarse, pues, aunque ella no estuviera bajo la tutela de su tío, aunque jamás hubiera vivido bajo su techo, le aterraba cuando se enfadaba.

—Si te refieres a si sé dónde está mi hermano, sí. ¿Te ha escrito? Le dije que lo hiciera.

Las calmadas palabras de la muchacha pusieron a Becket nervioso, y este, cogiendo la carta, se acercó a la ventana a zancadas. El papel vibraba en consonancia con el golpeteo de los disparos.

—Puede que sea tu hermano, chiquilla, pero ya no es mi sobrino. —Martha se encogió de hombros como si no le importara. Entonces Becket volvió a lanzarle la carta—. ¡Lee!

—Creo que ya sé lo que dice, tío. ¿Estás seguro de que no quieres té? Es de contrabando, ha logrado burlar el bloqueo británico, así que igual te parece un poco fuerte.

Becket decidió ignorar la provocación.

—¡Jonathon me dice, señora, que después de mucho orar ha llegado a la conclusión de que no tiene más remedio que luchar en favor de los traidores! ¡Luego sugiere que le compre su parte de la herencia y que te dé a ti lo que resulte! —Hizo una pausa, como si pretendiera subrayar lo intolerable de la propuesta—. Yo no voy a responder. Pero tú sí puedes hacerlo, Martha. Le dirás que ha renunciado a sus derechos, que es un traidor y que yo no doy dinero a los traidores. ¡Está desheredado!

—La ley —dijo Martha con cautela— puede no estar de acuerdo.

—¿De verdad crees que la ley amparará a un rebelde? —preguntó su tío, acalorado—. ¿Incluso si llegara a vivir y tratase de ser perdonado?

Martha pudo percibir la angustia en la voz de su tío. Sabía lo orgulloso que había estado de las aptitudes de Jonathon para el negocio, y sabía que la actitud de su hermano le había causado un profundo pesar.

—Si la rebelión triunfa —dijo ella con calma—, puede que la ley no perdone a los lealistas.

—¿Triunfar? —Abel Becket dio un brinco al decir la palabra—. Y si triunfara, ¿qué tipo de país germinaría? ¿Alguna vez has pensado en eso? ¿Has pensado por un momento, en toda esta locura tuya, en el desastre al que nos pueden llevar esos abogados?

—¿A la libertad? —aventuró Martha con dulzura.

—¡Libertad! —La palabra aguijoneó la furia de Abel Becket—. ¿Acaso carecíamos de libertad antes de que los rebeldes se alzarán? ¿Cuántos almacenes ha llenado la libertad? Aquí se ganaba dinero. Los hombres levantaban granjas fabulosas y hacían buenas carreteras, y casas como esta. ¿Acaso carecías de libertad, chiquilla, cuando te mudaste a esta casa? Se levantó a base de trabajo, no a base de palabras

bonitas. ¿Y dónde estaría todo ese trabajo sin Inglaterra? ¿Ha de abrirnos sus mercados Francia? ¿O España? ¿Acaso debemos tratar con los países papistas en nombre de la libertad?

Martha se preguntó qué le habría ocurrido a su tío, un hombre siempre amable, para convertirse en alguien tan partidista. Se encogió de hombros.

—Hubo un tiempo en el que fuiste un ferviente defensor de los derechos de los colonos. Firmaste las protestas, te negaste a comerciar con té, participaste en la manifestación contra el gobernador. Y, sin embargo, ahora eres uno de ellos. De verdad, tío, no lo comprendo. —Martha habló con delicadeza, aunque podría haberle acusado de cosas peores. Le podría haber recordado que, durante los años de gobierno rebelde en la ciudad, había estado sirviendo suministros al ejército continental y había aceptado el dinero de los rebeldes sin tener el valor de otros lealistas, que habían acabado encarcelados por atreverse a airear sus opiniones—. ¿Por qué arriesgas tu fortuna por un rey extranjero?

Abel Becket miró a su sobrina como si dudara de su cordura.

—No entiendes nada —dijo al fin—. ¡Nada! Protesté contra las restricciones al comercio, y volvería a hacerlo si fuera necesario. Pero lo que no hice, lo que no haría jamás, sería luchar por la locura que unos soñadores llaman independencia. La vida es comercio. Trabajamos para vivir, para que haya comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas. Vivimos, trabajamos y adoramos a Dios. —Ahora hablaba con febril vehemencia—. Sé más de este mundo que tú. Conozco a los británicos. En Londres hay corrupción y pecado, Dios lo sabe, pero también hay hombres justos y comerciantes que podrían comprar esta ciudad y todas las ciudades de América. ¿Estamos dispuestos a erigirnos como rivales suyos? ¿Vamos a desafiar toda autoridad por el rencor de unos pocos? —Hizo un gesto hacia el rumor de las armas—. ¡Te han lavado el cerebro unos idiotas que piensan que la muerte de nuestros jóvenes les ha de granjear votos! ¿Votos para qué? ¿Para que se enriquezcan los abogados?

—¿Para obtener la libertad? —sugirió Martha.

—¡Jamás has estado privada de libertad, jamás! ¡La libertad la proporciona la riqueza, chiquilla, nada más! La riqueza proviene del comercio. El comercio te da de comer, te viste, y os mantiene alejadas a tu hija y a ti de los suburbios y rodeadas de un lujo por el que nunca habéis trabajado. ¡Y el comercio es Londres!

—¿Y tienen que gobernarnos desde Londres para poder comerciar con Londres? —preguntó Martha con sequedad.

—Si Londres no comercia con nosotros, no somos nada. ¡Nada! ¡Por Dios! ¿Por qué no puedes comprenderlo?

Martha sí comprendió algo de pronto, algo que le asaltó la mente con la firmeza del joven que ve una debilidad en una persona mayor que, hasta el momento, siempre le había parecido fuerte y segura de sí. Comprendió que su tío tenía miedo. Había clavado sus colores al mástil lealista, y ahora el ruido de la batalla podía significar



una victoria rebelde.

—Pobre tío mío, me aseguraré de hablar en tu favor si hoy pierden tus amigos.

—¡No necesito tu compasión! —A Abel Becket le dolió su amabilidad. Se detuvo y recogió la carta de la alfombra—. Lo que sí te pido es lealtad hacia tu familia. ¡Quiero que le escribas a tu hermano para que se olvide de esta locura! Dile que sé que le han empujado a ello, pero que todavía puede volverse atrás. Suele prestar atención a tus opiniones.

—No siempre. —Martha, al ver que la amenaza de su tío se había diluido bastante, se encogió de hombros—. No hace caso de todos los consejos que le doy, tío. Le dije que no debía casarse con esa Fisher, pero es evidente que piensa hacerlo.

Saltó a la vista que Jonathon no había informado a su tío del proyectado matrimonio.

—¿Esa zorra? —estalló Abel Becket.

Martha deseó no haber mencionado el nombre de la muchacha.

—Eso me ha dicho Jonathon.

—¡Está loco! ¡Tiene que casarse con alguien de provecho! —Becket dio dos pasos de frustración y se volvió de nuevo—. ¡Esa muchacha no es nada!

—A mí empieza a caerme bien, y te aseguro que no es ninguna zorra. —Martha frunció el ceño de pronto—. ¿Hundió Ezra Woollard su chalupa?

La repentina pregunta desconcertó a Abel Becket, aunque su expresión mostraba claramente que no sabía nada del barco hundido.

—El día que llegaron los británicos —explicó Martha—, la chalupa de Caroline Fisher fue sabotada con bloques de piedra lanzados desde el muelle. Cree que Ezra Woollard es el responsable.

—Eso es una tontería.

—El barco se hundió. He tenido que comprarle otro.

—Entonces eres estúpida. ¿Te crees que el dinero se puede tirar como si fueran huesos?

Martha sonrió con dulzura.

—¿Cómo voy a mantener las comunicaciones con mis amigos más allá de la ciudad si no tengo a nadie que pueda cruzar el río? ¿Cómo iba a poder escribirle a Jonathon?

—Escríbele. —Abel Becket dejó la carta sobre una mesa tallada—. Él te escuchará. Escríbele y dile que vuelva inmediatamente. ¡Inmediatamente! De lo contrario no es miembro de esta familia. Si me desobedece, estará renegando de mí. ¡Dile eso!

—Si cree en la victoria —dijo Martha, oponiéndose—, dudo que atienda a esas amenazas.

—Entonces dile que su victoria dará lugar a un país tullido. ¿Y qué futuro tendría un cojo en un mundo hecho pedazos? —Abel Becket hizo un gesto hacia las ventanas, que temblaron ante un ataque renovado de la artillería—. ¡Has enviado a tu

hermano a morir para nada!

—Jonathon está haciendo lo que considera correcto.

—Está enfermo, muchacha, enfermo. Le ha nublado el juicio la cháchara absurda de mujeres ignorantes. Dile que vuelva. Dile que abandone esta locura. Dile que le perdonaré, pero solo si vuelve de inmediato, porque no compartiré los frutos de mi trabajo con un rebelde. Tampoco permitiré que la reputación de mi familia se vea comprometida por albergar en su seno simpatizantes de los rebeldes.

Martha sonrió.

—¿La comprometo yo?

—Tú eres una mujer. Y a una mujer no se la juzga por sus antojos. ¿Le escribirás a tu hermano?

Martha recogió la carta arrugada, la aplanó y la dobló y luego se la entregó a su tío.

—Dile tú lo que le quieras decir, yo no lo haré. No creo que deba luchar, pero tampoco puedo animarle a abandonar la causa en la que creo. —Hizo una pausa, intentando atenuar su negativa—. Por caprichosa que pueda parecer. Escribe la carta, tío, yo me aseguraré de que le sea entregada.

Abel Becket se negó a coger la carta.

—¿No me ayudarás a desintoxicarle de esta locura?

—¿Cómo puedo hacerlo, si la comparto?

—En ese caso, te consideraré responsable de su caída en desgracia. Que tenga un buen día, señora. —Becket recogió su sombrero—. Me temo que no tenemos más asuntos que tratar.

Cerró la puerta de un portazo al irse, dejando hechos jirones años de afecto. Eran enemigos.

Martha volvió a la ventana e intentó comprender el son de la lejana cadencia de los disparos, su mensaje, aunque fue incapaz de discernir quién se alzaría con la victoria. Escuchó y se lamentó por su familia, la cual, al igual que la costa, se veía sacudida no por una rebelión, sino por una guerra civil.

# 11

El toque de diana de Sam fue el repiqueteo de los disparos al amanecer, seguido de los urgentes gritos de los sargentos recorriendo el campamento. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo, pero el hecho de que fueran algo más que unos piquetes nerviosos resultó evidente cuando empezó el ensordecedor bombardeo de la artillería.

No hubo tiempo de desayunar: tan solo hubo confusión, un remolino de hombres poniéndose las botas, los cinturones, el equipo, corriendo a formar. Algunas de las mujeres del batallón se acercaron a toda prisa a las líneas con pan y ron para sus hombres. Los niños pequeños lloraban, aterrados al oír el tronar de los cañones en la niebla.

Maggie se acercó tímidamente a la compañía.

—¡Nate está allí, querida! —dijo en alto el cabo Dale para que cundiera la risa, pero el sargento Scammell, ocupado junto al capitán Kelly, no lo oyó.

La muchacha sonrió a Nate avergonzada, pero no se aproximó a él. En su lugar, le entregó al sargento un bulto envuelto en tela que este le arrancó de las manos de camino a la compañía.

Nate observaba el avance enemigo; se inclinó hacia Sam y le susurró al oído.

—Desertaremos hoy —dijo Nate.

Sam miró a su hermano con asombro.

—Es una maldita batalla. No seas imbécil.

—Maggie se esconderá entre la maleza. Yo me uniré a ella. Será fácil en medio de la batalla, ¿no crees? Nadie sabe lo que está pasando.

—Si Scammy muere hoy, será tuya de todos modos —dijo Sam.

—Los yanquis no pueden matar a Scammy —repuso Nate.

—A alguien van a matar. Mira el jaleo que están montando.

Un oficial del Estado Mayor pasó a su lado a toda prisa; luego, una ráfaga de órdenes hizo que el batallón virase al norte, y, en columnas por compañía, marcharon en la niebla sobre un camino embarrado. La furia cacofónica de la mosquetería no cesaba a la izquierda de Sam. Envuelto en el sudario distorsionado de la niebla, intentó hacerse una idea de lo que estaba pasando, pero era imposible.

El batallón viró entonces a la derecha, hacia un claro en el que estaban desplegadas dos piezas de artillería ligera. A medida que la formación se detenía y giraba para mirar al frente, ambas piezas dispararon. La deflagración provocó el brutal retroceso de estas, cuyas colas se hundieron en el barro haciendo que las ruedas dieran un brinco al tiempo que una gran nube de humo gris blanquecino se sumaba a la niebla espesa. Entonces, aunque no llegara respuesta del norte, aunque no hubiera indicación alguna del efecto que habían tenido los dos disparos, las dotaciones engancharon las piezas a los caballos, arrearon a las bestias y emprendieron el

regreso al campamento.

El capitán Kelly, montado en su yegua Cleo, se adelantó unos quince pasos con respecto a la compañía.

—Carguen. —Habló casi en voz baja, como si se estuviera disculpando.

Sam sacó uno de los cartuchos envueltos en papel y arrancó la bala con los dientes. Sintió en la lengua el sabor arenoso y salino de la negra pólvora. Levantó el rastrillo del mosquete y echó una pizca de pólvora en la cazoleta, luego lo bajó. Acto seguido posó la culata en el suelo para verter el resto de la pólvora en el cañón. Metió después el papel arrugado y escupió dentro la bala. Luego sacó el largo pistón de latón y lo hundió con fuerza en el cañón para que la bala, el papel y la pólvora quedaran, compactos, en el fondo. Volvió a colocar el pistón en su lugar y alzó el mosquete para inspeccionarlo. Aún tenía restos de pólvora en los labios.

El sargento Scammell parecía ansioso y satisfecho ante la cercanía del combate. Tiró del pedernal de Sam, comprobó el rastrillo del mosquete y pasó a Nate.

—Cuida de tu hermano, Sam —dijo mirando a Nate a los ojos.

—Sí, sargento.

—No queremos que el tortolito se nos pierda, ¿a que no?

Scammell se rio y siguió adelante. El alférez Trumbull, quien, a sus trece años, era el oficial más joven del batallón, recorría, yendo y viniendo, el frente de la compañía.

—Confiemos en que podamos utilizar las bayonetas, sargento Scammell.

—Por supuesto, señor. ¡No hay nada como el pincho, señor!

Scammell le dedicó un saludo exagerado al joven, retirándose el sombrero hasta tocarse el muslo derecho. El alférez Trumbull no pareció darse cuenta de la burla. Los hombres sonrieron.

La yegua del capitán Kelly empezó a expulsar un chorro de orina humeante sobre la hierba mientras el capitán observaba la niebla con preocupación y se echaba un poco de rapé en la mano. Sam podía oír el martilleo provocado por los disparos de las grandes piezas de artillería, pero era imposible saber dónde estaban o quién las había desplegado. Entonces el capitán estornudó.

—Está todo arreglado —susurró Nate de nuevo—. Maggie ha encontrado un lugar donde escondernos.

—¡No seas zoquete!

—¡No! Daré con el lugar. Puedes venir conmigo, Sam.

Sam giró la cabeza y miró a su hermano.

—No quiero ir, Nate. Aquí no estoy mal. Hay cosas peores que ser soldado.

—¡No estamos en una reunión de la parroquia! —gritó el sargento Derrick desde la retaguardia de la compañía—. Cerrad la puta boca.

Otro oficial del Estado Mayor, montado en un caballo gris, pasó al galope como un jinete misterioso y, superando las posiciones del batallón, fue engullido por la niebla.

—¡Descansen! —dijo el capitán Kelly.

Sacó un reloj, abrió la tapa y bostezó como un león.

El teniente coronel Elliott se acercó a Kelly al trote y ambos inclinaron sus cabezas emplumadas. Su risa repentina le resultó extrañamente reconfortante a Sam. Los oficiales del batallón solo aparecían cuando la acción era inminente; la mayor parte del tiempo eran los sargentos los que estaban al cargo de los hombres. Sin embargo, la presencia de los oficiales parecía servir para que el batallón se aprestase a lo que pudiera acontecer. Y Kelly era un buen hombre al que seguir, nunca titubeaba a la hora de alabar a los hombres, y siempre les concedía a sus tropas el beneficio de la duda.

—¿Qué ocurre, sargento? —dijo en alto un hombre llamado George Cullen, uno de los compinches de Scammell.

—¿Te crees que el señor Washington ha tenido el detalle de decírmelo, George? ¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

Sam tomó prestada una piedra de Liam Shaughnessy y afiló con cadencia obsesiva la punta de su bayoneta. Sintió una extraña confianza en sí mismo. Consideraba que se había ganado el ribete rojo que ahora lucía con orgullo. Antes, en las batallas en torno a Nueva York, así como en Brandywine, había tenido miedo del enemigo, pero esta vez pensó que, quizá, ahora fuera el enemigo el que le temía más a él. El miedo no le había abandonado del todo, no había valor que pudiera proteger a un hombre de una bala de cañón o de un certero disparo rebelde, pero Sam se consideraba tan buen soldado como cualquiera a quien pudiese enfrentarse, o, mejor aún, porque llevaba un ribete rojo. A su alrededor oía los habituales comentarios jocosos que provocaban ondas de risillas en la formación. Un hombre de la compañía contigua, que sufría los perniciosos efectos de una resaca, vomitó. Otro temblaba sin control. Pero Sam se sentía bien. Se sentía como todo un soldado.

Elliott dio la vuelta a su caballo.

—¿Qué vais a hacerles, muchachos?

—¡Matarlos! —Las respuestas surgieron desiguales.

Elliott ahuecó la mano junto a la oreja.

—¡No os oigo!

—¡Matar a esos hijos de puta, señor! —gritó Scammell, y los hombres primero lanzaron vítores y luego se hicieron eco de sus palabras.

Elliott rio al oír las voces desafiantes.

—Son rebeldes, muchachos, y necesitan una buena lección. ¡Y lo vais a hacer vosotros! ¡Vais a enseñarles cómo luchan los soldados de verdad! ¡Lo haréis por vuestro rey! ¡Por el buen rey Jorge, y por esos, muchachos, por esos! —Elliott señaló las pesadas sábanas de seda que eran los colores del batallón, que habían sido sacadas de sus tubos de cuero y desplegadas al viento húmedo.

Observar los estandartes con sus bellos flecos hizo que los hombres volvieran a lanzar vítores, y Sam, de pronto, se sintió rodeado de la camaradería y el afecto de

sus compañeros. Olvidó los planes de Nate de desertar en medio del caos del combate, porque hoy Sam sabía que los casacas rojas eran invencibles. Rezó para que el enemigo emergiese de la niebla, porque así los bloodybacks volverían a dejar patente que en toda la maldita creación del Señor no había soldados que supieran masacrar a sus enemigos como lo hacían ellos.

Sam tenía el alma en llamas y el mosquete cargado. Era un casaca roja invencible. Sam estaba listo.

Jonathon oyó un intenso vítor a su derecha. Era un regimiento de Virginia, incitado al ardor guerrero por su coronel. Luchaban, decía el oficial, por la libertad y para hacer que las viudas lloraran en Inglaterra. Ese era el día en el que humillarían a los odiosos ingleses; matarían a aquellos idiotas, a esos petimetres, y los enviarían de vuelta a casa, derrotados y cargados de vergüenza.

—¿Porque qué sois? —gritó el coronel.

—¡Americanos! ¡Americanos!

—¡Pues acabad con esos bastardos! ¡Acabad con esos bastardos! ¡Acabad con esos bastardos!

Y los de Virginia repitieron la consigna como un aullido desafiante que amenazara a la niebla misma.

Jonathon se sentía perdido, confundido, entusiasmado y aterrado. Ninguna de sus habilidades como comerciante podía ayudarle a superar aquello: su primera batalla. Tampoco estaba del todo seguro de que fuera una batalla, aunque el coronel Jackson Weller, que era quien había aceptado a Jonathon como ayuda de campo, dijo que lo era. Además, los oficiales hablaban con emoción del ataque masivo que el general Washington había planeado para ese día. Por primera vez desde su creación, el ejército continental, reforzado por las milicias de los estados, superaba en número al enemigo. Los patriotas avanzarían en cuatro grandes falanges para golpear la línea británica, y los británicos, según Weller, no sabrían de dónde venían los americanos. En cuanto el general Howe pensara que sabía cuál era el ataque principal, se desencadenaría otro desde otra dirección y, en cuestión de horas, los bogavantes estarían troceados, cocinados y servidos al general Washington como especialidad culinaria para su degustación.

—¡Vamos a ganar, Johnny! —dijo Jack Weller, y Jonathon se había mostrado de acuerdo, aunque ahora, en medio de la niebla, era incapaz de discernir lo que estaba ocurriendo.

Sabía que los hombres del coronel Weller tenían el cometido de servir de enlace entre las dos columnas desplegadas más al este. A medida que las columnas avanzaban, los jinetes zigzagueaban entre ellas, aunque la niebla hacía que una tarea aparentemente sencilla se convirtiera en un aterrador misterio. Ninguna de las dos columnas estaba en movimiento, aunque en algún lugar del campo de batalla se

combatía, pues Jonathon podía oír disparos hacia el este. El sonido era un retumbar intenso y lacerante que aceleró el pulso de Jonathon y que pareció aprisionarle el aliento en la garganta. Le horrorizaba la idea de que una bola de cañón destrozara su cuerpo ya tullido.

—¿Recuerdas lo que te dije, hijo? —El sargento Spring acercó su caballo al de Jonathon y se inclinó para darle un golpecito a la espada que blandía el de Filadelfia.

—Creo que sí, sargento.

Spring era como un padre, un jinete experto que también era predicador metodista. No le gustaba nada que el coronel Weller jurase; también le reprendía cuando se emborrachaba, y solía pedirle a Dios que al coronel le fueran perdonados sus escarceos con mujeres, pero le seguía con ávida lealtad. Se decía que el sargento Spring había matado a seis casacas rojas en una sola escaramuza después de Brandywine.

—Dijiste una plegaria junto a cada uno de ellos, ¿verdad, Spring? —bromeó Weller con su sargento.

—Son hijos de Dios, aunque sean ingleses.

—Son los retoños de las mofetas y los cerdos —dijo Weller—. Yo me siento mejor cada vez que mato a uno.

Ahora, ante la inminente batalla, el sargento Spring guardó su Nuevo Testamento y sonrió a Jonathon.

—¿Estás listo?

—Sí —mintió Jonathon.

Lo cierto era que tenía la boca seca y el estómago revuelto y que uno de los músculos de su pierna buena daba pequeñas sacudidas sin control. Tenía la ropa sucia, húmeda, estaba incómodo. Los muslos le dolían después de una noche cabalgando, y las correas de la espada, a las que no estaba acostumbrado, no hacían más que engancharse en un costado desgajado de la silla. Quería vomitar, quería vaciar las tripas, pero también quería dar la impresión de ser un hombre temerario.

El sargento Spring, que sabía cómo eran los jóvenes cuando se enfrentaban a la batalla por primera vez, sabía reconocer el valor. Se inclinó y le cogió el sable a Jonathon.

—Utiliza el filo, hijo, no la punta. Da tajos, no estocadas. Y deja que sea el caballo el que haga el trabajo por ti.

Jonathon agradeció que le repitiera la lección una vez más.

—Sí, sargento.

—Y no cargues el peso sobre el estribo derecho. No queremos que te caigas por haberte inclinado demasiado a un lado. —El consejo fue el único y discreto comentario en referencia al pie zambo de Jonathon—. Si no puedes alcanzar a uno, vete a por otro que esté más cerca.

—Así lo haré.

Spring sonrió y le devolvió el sable.

—Y no vayas a cortarle las orejas a tu caballo, hijo.

—No, sargento.

De pronto a Jonathon le aterró la idea de que, efectivamente, pudiera ocurrir eso. Llevaba un tiempo sintiéndose culpable por la yegua, pensaba que quizá le acusaran de habérsela robado a su tío, pero el coronel Weller había dicho que robar caballos era una transgresión nimia para quien luchaba por robarle todo un país a un tirano.

Y aquel día, si Dios así lo estimaba, Jonathan golpearía a ese tirano. Su grito de guerra no sería «libertad», sino el nombre de la muchacha a la que amaba. Caroline le había escrito una carta a Jonathon y este la había entendido como una muestra de afecto. Lo había intuido en sus últimas palabras, con las que, una vez más, prometía esperar a que volviera. Así que Jonathon cabalgaba por ella, y su recuerdo le daba el valor necesario para sobreponerse a la húmeda incomodidad de la vida del jinete.

Jonathon no había trabajado tanto en su vida, jamás le había dolido todo tanto, jamás había dormido tan poco, y nunca había sido tan feliz. Para quienes le daban consejos en Filadelfia, su pierna era un obstáculo, pero allí, entre soldados, no parecía importar. Si tardaba en llegar hasta el lugar en donde estaban los caballos, oía bromas bienintencionadas, pero nadie le llamaba tullido, y nadie se preguntaba por qué se había presentado voluntario. Era aceptado, y hoy recompensaría la amistad de sus camaradas demostrando que un muchacho acaudalado de ciudad podía luchar tan bien como cualquiera.

—¡Johnny! ¡Johnny! —gritó el coronel Jackson Weller cabalgando por la niebla.

—¿Señor?

—¿Sabes dónde están los patanes de Forrest?

—Sí, señor.

—Pues es más de lo que saben muchos. —Weller empezó a garabatear sobre un papel con un trozo de carbón—. Son de la milicia, así que lo más seguro es que los muy sodomitas no sepan leer. Son una recua de campesinos ignorantes..., pero no les digas que he dicho eso. —Le dio la vuelta al papel y siguió escribiendo.

Jonathon esperó. Su admiración por Weller había aumentado en los últimos días. El coronel era un hombre grande, más aún que Woollard; tenía la cara demacrada y una voz áspera, así como un temperamento difícil que hacía que los hombres temieran contrariarlo. Las malas lenguas decían que Weller había sido un haragán y un adicto al juego antes de que la rebelión le diera una salida a su indómita energía. Hoy Weller llevaba un jubón marrón y un fajín rojo a la cintura que proclamaba su rango. Su rostro duro quedaba a la sombra de un sombrero de ala que llevaba un trozo de papel. Este, en aquel maremágnum de uniformes y ropas caseras, era el distintivo de los patriotas. Acabó de garabatear en el papel y se lo entregó a Jonathon.

—Si Forrest no puede leer, dile que avance de todos modos. Primero por el barranco y luego directo al pueblo. Díselo y vuelve.

—Sí, señor.

—Y, Johnny...



—¿Señor?

—Hoy te quiero a mi lado. Me siento mejor cuando voy en compañía de un hombre bueno.

Jonathon, cuyo rostro llevaba arrugado de preocupación toda la mañana, se rio de pronto.

—¡Sí, señor!

Tiró de las riendas de su yegua ruana y salió trotando hacia el oeste. En algún lugar, a su espalda, una banda de flautas rebelde empezó a tocar la tonada jacobita *White Cockade* a modo de burla hacia el monarca hannoveriano del enemigo. Luego, con un grito, y a la sombra de su gran bandera, los de Virginia empezaron a avanzar, y Jonathon, que cabalgaba en la niebla, estaba resuelto a convertirse en un hombre digno de la muchacha que le esperaba. Lucharía, doblegaría sus miedos y haría su parte por la causa, no con la punta de la espada, sino con el filo. Porque aquel día, con la ayuda de Dios y en defensa de la libertad concedida por el Señor a los hombres, Jonathon se convertiría en soldado.

Justo cuando Sam empezaba a pensar que el batallón estaba condenado a esperar para siempre en esa desmoralizante niebla blanca, el coronel Elliott se volvió desde lo alto de su caballo e hizo una señal con la espada al capitán Kelly. El sable del capitán salió de la vaina chirriando.

—¡Compañía Ligera! ¡Formación dispersa! ¡Solo cien pasos!

Sam era parte de la Compañía Ligera, los que disfrutaban del honor de ser los primeros en enfrentarse al enemigo. Su labor era actuar de pantalla para las otras nueve compañías, una pantalla cuyo cometido radicaba en estorbar el avance enemigo con fuego de mosquete, cometido para el que se requería puntería. El enemigo intentaría derrotarlos con tropas ligeras propias. Sam y Nate avanzaban, pero era imposible ver a ningún rebelde con aquella niebla.

—¡Basta! —El capitán Kelly había acompañado a la compañía a caballo. El alférez Trumbull repitió la orden con su voz quebrada y chillona.

Sam puso una rodilla en tierra. A diez pasos de distancia y a ambos lados había otros hombres, mientras que más atrás, a intervalos regulares, estaban los compañeros de los de la línea frontal. Nate era el compañero de Sam, y avanzaría una vez que su hermano hubiera disparado. El mosquete cargado de Nate cubriría a Sam mientras este volvía a cargar su arma. Y así dispararían, avanzarían y dispararían. Las nueve compañías restantes, esperando tras ellos, invisibles en la niebla, nunca se hubieran dispersado de ese modo: formarían en tres filas compactas para efectuar descargas de mosquetería.

El capitán Kelly pasó lentamente con su caballo por la línea de soldados. Le dedicó a Sam una sonrisa.

—Mala mañana para luchar, Sam.

—Sí, señor.

Hablaron un instante sobre caballos, charlando como lo hubieran hecho de haber estado en la campaña inglesa, como si estuvieran esperando a que los perros sacaran al zorro de su madriguera. Nada parecía disipar la niebla frente a la línea de soldados.

—Bien. Cuídate. —Kelly asintió y giró el caballo para mirar al oeste, hacia el lugar de donde provenían los disparos.

—Estamos en el lugar equivocado —gruñó Liam Shaughnessy, uno de los hombres de avanzada, a la izquierda de Sam.

—¡Ojos abiertos y lenguas quietas! —gritó el sargento Scammell.

El alférez Trumbull se aproximó al frente cortando ortigas con la espada y se detuvo cerca de Sam.

—Eres Gilpin, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Sam.

—Muy bien, muy bien —dijo Trumbull sin mucho sentido. Luego se dirigió al flanco derecho donde la tierra descendía hacia un valle boscoso que no era más que un borrón por culpa de la niebla.

El uniforme le quedaba demasiado grande al alférez, ancho y muy apretado a la cintura. Parecía un niño que llevara la ropa de su hermano mayor.

—Estamos en el lugar equivocado —dijo Liam de nuevo—. Deberíamos estar allí, matando a esos hijos de puta. —Hizo un gesto a su izquierda, donde tanto el pueblo como los fogonazos de los mosquetes quedaban ocultos por la neblina.

—Deberíamos estar en casa —dijo Nate—. ¿Cuándo fue la última vez que bebiste un trago de buena cerveza? Esa cerveza de píceas sabe a orina de caballo.

—Seguro que tú lo sabes, Nate, ¿a que sí? —rio Shaughnessy.

Sam tenía la mirada fija en la espesura blanca. Posó la culata de latón del mosquete en el suelo y se apoyó en el arma como un pastor sobre su vara. Palpó la vaina en la que tenía la bayoneta; estaba en su sitio. Luego tocó la bala de la suerte que llevaba en el bolsillo superior. La bala, desgastada después de tanto tiempo, había impactado contra su bandolera en Long Island y había caído a tierra sin causarle daño alguno. La había recogido y desde entonces la guardaba cerca del corazón. Recordaba aquella batalla. Luego pensó en Brandywine; ambas se habían luchado a plena luz, no en la niebla. Aquello se parecía más a la oscuridad de Paoli's Tavern. De pronto deseó que hubiera artillería cerca del batallón. Recordaba el modo en que la artillería británica había destrozado las líneas enemigas en Brandywine.

—¿Todo bien, Sam? —preguntó Nate.

—Así que aún estás aquí, ¿eh? —Sam le sonrió a su hermano.

—Por el momento.

—No seas necio, Nate. Te echaré de menos.

—Pues vente conmigo.

El alférez Trumbull estaba vagueando por ahí, dándoles tajos a las ortigas y soñando cosas de niños sobre la gloria militar. Esperaba que su uniforme le hiciera parecer temible, aunque se sentía insignificante en comparación con el gigantesco sargento Scammell. Trumbull cortó otra ortiga y miró hacia la maleza que crecía en el pequeño valle frondoso. Allí vio, entre las hojas húmedas, a hombres vestidos con uniforme marrón que llevaban mosquetes con las bayonetas caladas. Tenían distintivos blancos en los sombreros. Trumbull no pudo más que quedarse mirándolos, impactado e incrédulo. Por un momento pensó que estaba soñando.

—¿Señor? —Su voz surgió convertida en un graznido infantil. Se volvió hacia el capitán Kelly, que no era más que una silueta borrosa en la niebla—. ¿Señor?

Ninguno de los integrantes de la Compañía Ligera le oyó. Los hombres miraban al frente mientras que, desde su flanco derecho, hombres vestidos con ropas pardas y trozos de papel en los gorros empezaron a cargar.

—¡Señor! —El tercer intento de Trumbull fue un chillido desesperado.

—¡Flanco derecho! ¡Apuntad! —El aullido de Scammell provocó una oleada de

pánico cálido en el pecho de Sam al tiempo que veía al enemigo aparecer de pronto por el valle.

—¡Fuego! —El grito de Scammell hizo que Sam girase a la derecha. Levantó el mosquete, apuntó y apretó el gatillo. Sintió la coz de la culata en el hombro y la quemazón de las pavesas de pólvora en la mejilla.

—¡Conmigo! —Scammell, como siempre, estaba completamente calmado en combate.

Habían sido sorprendidos y superados por el flanco, pero Scammell actuaba como si el ataque no fuera más que un inconveniente.

El alférez Trumbull alzó la espada, que fue apartada a un lado, y un hombre alto ensartó al muchacho con la bayoneta. El alférez chilló; entonces otra bayoneta se le hundió en la garganta, y los americanos avanzaron como la marea, dejando atrás el cuerpo, en su ansia por atacar el flanco expuesto de la compañía.

—¡Reagrupaos! ¡Reagrupaos! —El capitán Kelly galopó hacia el peligro y señaló hacia el batallón que recibiría aquel ataque con una mortífera descarga—. ¡Vamos! ¡Vamos!

El corneta, solo en la niebla, tocó retirada.

Una bala de mosquete impactó en Cleo. La yegua relinchó, la sangre empezó a manarle de la boca y el capitán sacó los pies de los estribos mientras el animal retrocedía, se retorcía y caía.

Nate aferró a Sam y tiró de él hacia atrás.

—¡Corre, Sam!

—¡Moveos! —Scammell, aún calmado en medio del pánico, le gritaba a la Compañía Ligera, pero los aullidos de los rebeldes estaban aún más cerca. A Sam le pareció que chillaban como demonios. Corrió, preocupado, porque no había cargado el mosquete. De pronto la niebla que tenía delante, en la que el batallón parecía un muro rojo apagado, se convirtió en una miríada de llamas y lenguas de fuego. La descarga de mosquetería restalló en sus oídos. Fue como si se le hubiera desatado una tormenta en el cráneo.

—¡Jesús! —Nate, sin un rasguño a pesar de la descarga, corrió en otra dirección.

Ahora había tropas ligeras americanas entre los rebeldes y el batallón, y Sam, confuso, se alejó de ambos. Creyó oír a Scammell gritándole, pero toda la confianza en sí mismo se había evaporado ante el repentino ataque. Oyó el rascar de las quetas en los mosquetes y los gritos de los heridos, y vio a un oficial americano gritando que aquellos hombres llevaban ribetes rojos. Sam, aislado de su batallón por la carga repentina, corrió a ciegas en busca de algún lugar en el que refugiarse.

Otra descarga a su espalda. Más llamas. Entonces Sam vio una valla; se abalanzó hacia ella para estar a cubierto y empezó a cargar el mosquete. Hubo más hombres de la Compañía Ligera que, apartados de sus compañeros, buscaron refugio tras los endeble tablones de madera. Liam Shaughnessy estaba allí, jurando y escupiendo sangre. Nate esbozaba una nerviosa sonrisa, mientras que el sargento Derrick,

jadeando por el esfuerzo, maldecía tanta confusión.

El cabo Dale llegó con otra media docena de hombres a la valla.

—Kelly ha muerto. Han acabado con él a bayonetazos.

—Nos matarán a todos si no agachas la cabeza —espetó Derrick.

Sam escupió una bala en su mosquete y empujó la carga con la baqueta. Pasó los dedos por la cazoleta para dejarla lista. Luego apuntó. Podía oír el crepitar de las descargas entre ambas formaciones, y siguió oyendo los gritos, los horribles chillidos de los hombres heridos.

Todo había ocurrido muy rápido. Sam había imaginado que vería emerger las primeras siluetas de la niebla, que lucharía como le habían entrenado para hacerlo antes de que el corneta ordenara repliegue hacia el batallón que barrería al enemigo con sus certeras descargas. Sin embargo, en un súbito acceso de violencia, los yanquis habían aparecido por donde no se los esperaba y ahora Sam estaba aislado, perdido, acurrucado y temeroso en un campo de batalla extraño. La yegua del capitán Kelly, a la que Sam había cuidado con tanto mimo, daba sacudidas con las pezuñas en el suelo mientras le abandonaba la vida. Hombres ensangrentados y moribundos yacían chillando en la niebla.

—Menudo caos, ¿eh, Sam? —El sargento Derrick había recuperado el aliento; sus ojos eran la viva imagen de la locura y el miedo.

—¿Qué hacemos?

—Quitarnos los ribetes, eso es lo que vamos a hacer. —Derrick se quitó el sombrero y arrancó la tira de tela roja—. ¡Escuchadme! ¡No pienso morir por un maldito trozo de tela! ¡Quitáoslo!

Los hombres, acuclillados y aterrados detrás de la valla, obedecieron. Sam arrancó el ribete, símbolo de su orgullo, y lo lanzó al pastizal.

—¡Muy bien, muchachos! —Ahora que los distintivos habían desaparecido, el sargento Derrick parecía más calmado—. Esperaremos a que esos yanquis hijos de puta avancen, luego bordearemos el flanco derecho y llegaremos al batallón.

—¡Detrás! ¡Detrás! —El cabo Dale, cuya voz creció en intensidad y pánico, giró para mirar al norte.

Sam también se volvió; sintió el terror en el pecho, y vio más hombres vestidos de marrón en la niebla. Era otro grupo de enemigos que avanzaba a la derecha del primer ataque. Se colocó la culata en el hombro. Entonces oyó los cascos de unos caballos a la derecha y vio las siluetas de hombres a caballo azuzando a sus monturas para ponerlas al galope.

—¡Corred! —gritó el sargento Derrick, presa del pánico.

—¡Fuego! —gritó Sam—. ¡Fuego, Fuego, Fuego!

Quizá fueran media docena de hombres los que obedecieron a Sam. Formaron una línea irregular, se colocaron las culatas en el hombro y dispararon. El latón magulló el hombro de Sam y la cazoleta le escupió la pólvora incandescente en el ojo derecho. Floreció el humo, que olía a suciedad, y a través de este, a través de la niebla

húmeda, Sam vio que un jinete alzaba un brazo, se inclinaba y caía de lado desde su montura. Un trompeta chillaba en la mañana, los cascos de los caballos se antojaban tambores infernales y la luminosa sorpresa de sables desenvainados cayó sobre los casacas rojas.

—¡Corred! —Shaughnessy estaba ya a diez pasos de distancia, alejándose a toda prisa.

Sam aferró a su hermano del brazo y tiró de él hacia la derecha. Los caballos llegaron al galope. No eran más que un puñado de jinetes, pero dispersaron a los casacas como una manada de lobos gruñendo en medio de un rebaño.

Sam se apartó de las atronadoras pezuñas. Tropezó, y esa caída le salvó la vida. Un sable pasó siseando a un palmo de su cabeza. Rodó y oyó el horrendo, el terrible sonido pastoso de una hoja hundiéndose en carne.

—¡Nate!

—¡Estoy aquí! —Nate estaba tumbado boca abajo, protegiéndose de los cascos de los caballos.

—¡Madre! —La palabra, patética y horrible, surgió del sargento Derrick, que caía, empapado en sangre, producto de una herida en el hombro. Su grito desesperado se convirtió en chillido cuando otro sable, afilado como una cuchilla, le abrió las tripas.

Las descargas se sucedían a su espalda. Los jinetes volvieron grupas ante la amenaza y ahora, desde el norte, apareció un segundo batallón de tropas rebeldes. Estos echaron a correr desde sus filas con las bayonetas caladas.

—¡No! —gritó Nate al tiempo que levantaba la mano para evitar la estocada asesina.

—¡Arriba! —gruñó el rebelde.

El americano era delgado y moreno; su rostro le pareció a Sam duro como el cuero seco.

Los hermanos se pusieron en pie. Otros supervivientes de la Compañía Ligera también habían caído prisioneros, y, al igual que Sam, estaban siendo despojados de sus armas, munición, comida, todo lo que pudiera serles de utilidad a los rebeldes.

—¡Moveos! —El rebelde de la cara de cuero apoyó la bayoneta en las costillas de Sam—. ¡Muévete, cabrón!

Sam avanzó a duras penas por el pastizal. A su espalda hubo un vítor de los rebeldes que se confundió con una repentina descarga. Oyó a un oficial yanqui gritar la orden de carga con la voz de un ángel vengador. Pero Sam no podía hacer nada. Era un prisionero. Temblaba. Los rebeldes estaban nerviosos, sus dedos tensos sobre los gatillos, así que Sam se apresuró a seguir sus órdenes. El sargento Derrick yacía sin vida: sus tripas azuladas estaban esparcidas por la hierba y tenía el torso cubierto de sangre brillante. Liam Shaughnessy sangraba por el estómago, resollaba, se estaba muriendo. El olor a sangre era espeso como el humo.

—¡Sentaos, cabrones!

Eran diez prisioneros de la Compañía Ligera. Se sentaron. El intercambio de disparos en la niebla siguió unos instantes, y luego murió de repente. Había gritos, los heridos chillaban, se ladraban órdenes. Un hombre aullaba el nombre de Jesús una y otra vez, hasta que su voz fue silenciada de golpe. Después todo pareció quedar en silencio. Entonces, entre la neblina, arrastrando los pies, apareció una masa derrotada y desmoralizada de casacas rojas capturados, que fueron empujados hacia el grupo de Sam.

—¡Jesús! —Nate, paralizado al ver que habían capturado a tantos, se los quedó mirando.

Los recién llegados relataron cómo el batallón se había enfrentado a la primera oleada enemiga y cómo, acto seguido, los habían sorprendido por el flanco izquierdo. La mayor parte del batallón, después de disparar, se había retirado antes de la carga rebelde. Aun así, habían caído prisioneros unos sesenta. Fueron despojados de sus armas y munición y se les ordenó que se quitaran las botas.

Una docena de americanos quedaron al cargo de los prisioneros. Los centinelas eran hombres seguros de sí que mascaban tabaco mientras ordenaban a los casacas rojas que recogieran a los heridos y amontonasen a los muertos. Las tripas del sargento Derrick fueron recogidas en una casaca roja y retiradas de allí a rastras. Liam Shaughnessy sufrió una sacudida, como un pez pescado con un anzuelo, y murió.

Un jinete americano, a pie, que quizá fuera un oficial, si el fajín rojo que llevaba a la cintura significaba algo, empezó a dar vueltas entre los prisioneros. Llevaba el sable desenvainado y miraba a cada uno de los hombres capturados como si buscara una cara que esperara reconocer. Su propio rostro parecía duro como la madera curtida. Se detuvo junto a Sam y Nate.

—¡Vosotros dos, poneos las botas y venid aquí!

Los hermanos, en apariencia seleccionados al azar, fueron llevados a cincuenta pasos de distancia, al lugar en el que los americanos habían reunido a sus heridos junto a la carretera. Uno de ellos respiraba burbujas de sangre; moriría en breve. Otro, con una bala en el escroto, se revolvía de un lado a otro y lloraba quedamente. Un tercero, que calzaba botas de montar y tenía una vaina sin sable junto a la cadera, yacía en la hierba con la cara blanca. Respiraba entrecortadamente y se lamentaba; su muslo derecho era un amasijo de sangre cuyo fluir había sido acotado por una cuerda fuertemente atada cerca del escroto.

—Cuidad de ellos —dijo el oficial americano—. Si esa pierna vuelve a sangrar, apretad la cuerda.

—Sí, señor. —Por un instante Sam había llegado a creer que el americano pensaba ejecutarlos con el sable.

—Que no pase frío. Si quiere agua, dádsela. —El oficial dejó caer una cantimplora al suelo; luego desató un caballo que había atado a la valla al otro lado de los heridos. Montó con agilidad—. Volveré. Mantenedle con vida, malditos hijos

de puta, o juro que os crucificaré a los dos. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Sam.

Entonces, mientras el oficial espoleaba a su caballo para ponerlo al galope, Sam se volvió hacia el americano y vio que no podía ser mucho mayor que él. El herido tenía un rostro pálido, fino y bello, y el pelo negro. Estaba intentando incorporarse, pero el dolor le hacía aullar.

—Tranquilo —dijo Sam—. Tranquilo. Cálmate.

Sam siempre había sido un genio con los caballos enfermos, y ahora se dio cuenta de que tenía el mismo efecto en aquel muchacho herido, quien, con los ojos centelleantes, observó alarmado la casaca roja de su cuidador para, acto seguido, relajarse.

—Vamos a ver —dijo Sam—. Voy a echarle una mano para que te incorpores. Despacio.

Tiró del joven y le ayudó a apoyar la espalda contra una de las estacas de la valla. Uno de los centinelas americanos se acercó, no vio nada de qué preocuparse y se volvió para seguir vigilando a la masa de prisioneros.

Sam se humedeció la mano derecha con agua y frotó con ella el rostro del muchacho. No le resultó extraño ayudar a un enemigo.

—Vas a quedar como nuevo —dijo Sam—. Solo es un agujero de bala.

El americano esbozó una débil sonrisa.

—Mi primera bala.

—A mí nunca me ha alcanzado ninguna —dijo Sam—. Y me da que ya nunca lo hará.

—Y la batalla —dijo el americano—. Es mi primera batalla.

El hombre, que respiraba burbujas de sangre, hipó, se atragantó, giró la cabeza a un lado y de su boca manó una erupción de sangre. Había muerto. El segundo ahora estaba inconsciente; gemía, mientras que el americano de Sam tenía lágrimas de dolor en las mejillas.

—Vamos, vamos. —Sam le secó las lágrimas—. ¿No querrás llorar delante de un inglés?

—Bogavantes —dijo el muchacho.

—¿Bogavantes?

—Así es como os llaman. Como os llamamos. —El americano respiraba mejor ahora, mucho mejor. Sam vio que la ropa del joven era de buena calidad: un abrigo de la mejor lana, camisa de lino y un magnífico cinturón de cuero para la espada.

—¿Eres un oficial?

—Creo que no. —El muchacho sonrió débilmente.

—Digo yo que lo sabrás, ¿no? —bromeó Sam.

—Era ayuda de campo.

—En ese caso debería llamarte «señor» —dijo Sam intentando mantener alto el ánimo del muchacho.



—Jonathon —dijo Jonathon Becket—. Me llamo Jonathon Becket.

—Como el arzobispo, ¿eh? —dijo Sam.

—Ese murió —dijo Jonathon débilmente.

—No te pongas sentimental —dijo Sam con severidad—. Yo soy Sam, él es Nate. Somos gemelos. Yo nací primero y soy el listo. —De pronto Sam se alegró de que aquel no fuera el jinete que había abatido al disparar presa del pánico. Sam había visto a ese hombre muerto, así que Jonathon debía de haber recibido una bala disparada desde otro lugar en la nebulosa confusión—. No estás tan mal —dijo Sam a modo de consuelo—. Tienes la pierna un poco desgarrada, pero el hueso no está roto.

—Es médico. —Nate le dedicó una sonrisa al americano—. Se alistó en el ejército porque no soportaba ver sangre.

Jonathon se rio, pero la risa le hizo esbozar una repentina mueca de dolor.

—Duele, Sam. Duele.

—No deberías unirte al ejército si no puedes aguantar una broma. —Era el chiste más viejo entre soldados, pero funcionó. Jonathon abrió los ojos y sonrió.

—Te vas a poner bien. —Sam estaba observando la pierna herida de Jonathon y, bajo la sangre, comprobó que tenía la pierna retorcida y un pie zambo enfundado en una bota grotesca. «Que Dios se apiade de los rebeldes si tienen que reclutar tullidos para la guerra», pensó Sam—. He visto heridas peores —dijo para animar al americano.

—Solo has cuidado de caballos, Sam —dijo Nate a modo de reprimenda.

—Una vez curé a un caballo que se había empalado en la estaca de una valla —dijo Sam—, y estaba trotando como un campeón en menos de un mes. Yo te haré andar, yanqui.

Vio temblar a Jonathon, así que se retiró la gruesa casaca de lana, su casaca roja, y se la puso en el pecho a su enemigo para que entrara en calor.

—Es mi primera batalla —repitió Jonathon.

Parecía estar a punto de llorar, no de dolor, sino avergonzado por haber fracasado de forma tan estrepitosa en su primer combate.

—Ya tendrás otras batallas —dijo Sam.

—Si pierdo la pierna no.

—¿De qué estás hablando? ¡Esa herida no es nada! —El desdén de Sam era al tiempo amable y cierto—. ¡Tienes que ser un oficial si montas este espectáculo por un rasguño como ese!

Sam sabía que la herida era mucho peor que un rasguño, pero también sabía que su enemigo necesitaba consuelo, y que se aferraba a cada una de sus palabras con esperanza.

Jonathon hizo amago de reír.

—Tampoco es que fuera una pierna muy funcional, para empezar.

Sam sonrió.

—Es la que te dio Dios, yanqui, así que casi mejor que te aferres a ella. Volverás

a luchar, Johnny. De eso ya me encargo yo. Acabarás luchando, aunque sea para el bando equivocado. Te lo prometo.

Sam hizo una promesa mientras, a su alrededor, al abrigo de una niebla cada vez más densa por efecto del humo, el ejército rebelde avanzaba.

El capitán Christopher Vane había empezado a creer que Dios tenía grandes planes para él. ¿Por qué, si no, había sobrevivido las primeras horas de una batalla en la que había visto cosas que, antes de aquel día, solo habían vivido en sus pesadillas?

Había visto avanzar a los rebeldes y arrollar a la Infantería Ligera en retirada. No se hicieron prisioneros cuando el asalto anegó la calle principal de Germantown, el recuerdo del ataque nocturno en Paoli's Tavern aún estaba reciente. Los hombres cargaron y ensartaron a los defensores con sus bayonetas. Vane había visto los dientes rabiosos del enemigo, había oído el siseo de su respiración y el rechinar de las bayonetas en las costillas. Había visto a un casaca roja suplicando clemencia solo para acabar ensartado contra un árbol con tal violencia que la bayoneta de su asesino se había doblado por la mitad. Vane, espoleando a su yegua hacia delante, había descargado su sable sobre el cráneo del americano. Acto seguido, rodeado del macabro baile de la muerte, Vane había logrado huir de los camaradas enloquecidos de aquel hombre, cuyo ataque matutino amenazaba con alcanzar la mismísima Filadelfia.

Una bala de mosquete le había arrancado parte de la costura inferior de la casaca, y otra había impactado contra la chaqueta que llevaba al hombro y le había arrancado una de las charreteras, mientras que una tercera le había hecho sangre en el dorso de la mano. Permaneció junto a la Infantería Ligera, que se batía en retirada, obedeciendo así las órdenes de sir William, y dos veces logró rechazar bayonetazos con el sable. La segunda vez, contraatacando con tal velocidad que le había arrancado un ojo al americano y este había retrocedido llevándose las manos a la cara. Había abatido a dos hombres con sus pistolas. El mundo se había convertido en un minúsculo círculo de niebla en el que los hombres jadeaban, gritaban, disparaban, se apuñalaban y morían. Vane, una vez más, se asombró de la exultación que le producía la batalla. Cada instante era un reto y cada peligro superado, una victoria.

—¡Muévase, señor! ¡Muévase! —le gritó a Vane una voz—. ¡Apártese, señor, maldita sea, apártese!

Vane se volvió. Le sorprendió ver un batallón británico en formación compacta a lo largo de la carretera, con las tres filas de mosquetes apuntando a su caballo. Espoleó al animal hacia el flanco del batallón, apartándose justo cuando la primera descarga escupía fuego y llamas contra la niebla.

—¿Quiénes sois? —le gritó al teniente.

—¡El 40.º, señor!

Esos eran, por tanto, los hombres que sir William había desplegado para contener el avance rebelde, y Vane sintió un júbilo feroz cuando el batallón adoptó la mortífera cadencia de fuego por compañía. Ahora, en vez de descargas únicas, las compañías

disparaban de forma escalonada: cada media compañía abría fuego justo después de la media que tuviera a la derecha; de este modo, los mosquetes escupían balas y fuego continuamente a lo largo de todo el frente. Los hombres actuaban con precisión automática. Disparar, cargar, baqueta, disparar, cargar, baqueta... Los únicos movimientos inadecuados se daban cuando un casaca roja caía de espaldas alcanzado por el fuego enemigo.

—¡Formación cerrada! ¡Formación cerrada! —gritó el sargento.

Los hombres, sin siquiera mirar a sus compañeros abatidos, que caían de espaldas o de bruces, cerraron filas sin quebrar la cadencia de tiro. Los soldados de la fila delantera hundieron la rodilla en tierra, la segunda permaneció de pie; estos apoyaron sus botas izquierdas contra las derechas del compañero arrodillado que tuvieran delante, mientras que aquellos de la fila trasera apoyaban las botas derechas contra las izquierdas de los hombres de la fila central.

El fuego de mosquetería bombeó más humo en la niebla, haciéndola más densa aún, y, a través de ella, con la sangre hirviendo ante la inminente victoria, cargaron los americanos. Pagaron cara su temeridad. Aquel no era un batallón de Infantería Ligera, disperso en formación de escaramuza, sino uno bien entrenado que era capaz de disparar a un ritmo mortífero y de esparcir sangre y tripas por la calle embarrada.

—¡Formación cerrada! ¡Formación cerrada!

Un sargento arrastró a un casaca roja herido para sacarlo de la línea y le empujó, sangrando, a retaguardia. Un tamborilero dejó caer sus baquetas al suelo y corrió a ayudar al herido.

Las banderas del batallón, de pesada seda, daban sacudidas al recibir el impacto de las balas. Un grupo de sargentos armados con alabardas de hoja ancha custodiaban los preciados colores.

—¡Manteneos firmes! —gritó un coronel—. ¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Manteneos firmes, muchachos! —Penetró con su montura entre las líneas para mirar a través del humo y la niebla—. ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! ¡Cargad!

Se hizo el silencio en el batallón. Los hombres que no tenían los mosquetes cargados mordieron sus cartuchos. Las baquetas se hundieron en los cañones. El enemigo seguía escupiendo fuego desde la niebla, y los hombres seguían cayendo, pero las descargas escalonadas habían logrado repeler el primer ataque rebelde. El coronel, ignorando deliberadamente los disparos dirigidos a su casaca ricamente ornamentada, desenvainó su sable.

—¡Calen bayonetas!

—¡Calen bayonetas! —Los sargentos se hicieron eco de la orden.

Los americanos se habían retirado para reagruparse. Ahora, con un vítor, desencadenaron una nueva y valerosa carga. Vane los oyó antes de verlos. Oyó los vítores y el chapoteo de las botas en el barro. Luego vio emerger de la blancura a las filas rebeldes que se abalanzaban sobre ellos a la carrera. Su formación, carente de la experiencia de los casacas rojas, era poco más que una masa informe, aunque sus

bayonetas no dejaban de brillar amenazantes.

—¡Esperad! —gritó el coronel—. ¡Esperad, muchachos! ¡Esperad!

El grito de los americanos pareció crecer y convertirse en un aullido de sed de sangre y odio que reverberó hasta que, justo cuando Vane pensaba que el coronel del 40.º había dejado la orden de fuego para demasiado tarde, la espada de este centelleó al descender y la orden fue aullada al cielo:

—¡Fuego!

Setecientos mosquetes abrieron fuego a la vez dando lugar a una terrible descarga que hizo trizas a los atacantes. Vane vio hombres dar una sacudida y caer como marionetas ensangrentadas.

—¡Línea frontal, en pie! —El coronel estaba ahora de pie sobre los estribos y con la espada en alto—. ¡El batallón avanzará! ¡A mi orden! —Proyectó la espada al frente—. ¡Adelante!

Las brillantes alabardas descendieron y los casacas rojas avanzaron, no a la carrera como la masa informe de los rebeldes, sino con pesada y mortífera eficacia. Los rebeldes heridos fueron rematados con las bayonetas. Los británicos no lanzaron vítores, ni uno de ellos gritó, ninguno rompió el lento, silencioso y punzante avance. Los enemigos supervivientes no esperaron a recibir la carga, sino que, poco a poco y con cautela, fueron retrocediendo.

—¡Alto! ¡Cargad! ¡Primera línea, rodilla en tierra! ¡Esperad la orden! —El coronel aguardó mientras las baquetas subían y bajaban. Alzó la espada—. ¡Líneas traseras! —Cayó la hoja—. ¡Fuego!

Otra descarga completa y compacta tosió entre fogonazos, esta vez barriendo las ya desordenadas líneas rebeldes, sometidas a la disciplina del 40.º. La infantería estaba llevando a cabo una labor impecable, pero resultó no ser suficiente. El coronel, con el frente silenciado por el momento, trotó hacia el flanco derecho, donde vio a Vane.

—Eres Kit Vane, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Contento con el cargo de ayuda de campo?

Vane se rio.

—Sí, señor. —Claro que estaba encantado.

El coronel Musgrave observó a sus dos líneas traseras mientras estas cargaban.

—Los muy sodomitas me están envolviendo por la izquierda. No puedo hacer nada para evitarlo. —Fijó la mirada en la opaca blancura—. Estos malditos yanquis se han levantado con las colas en alto esta mañana, ¿verdad?

Vane sonrió.

—Sin duda, señor.

—Así que me voy a encerrar. —Musgrave señaló hacia una enorme casa de ladrillo a su espalda—. Voy a apiñar ahí a los muchachos y voy a invitar a esos malnacidos a que nos saquen. ¿Se lo harías saber a sir William?

—Por supuesto, señor.

El coronel Musgrave, con la peluca en su sitio y su corbatín blanco impecable y bien atado, miró hacia el norte.

—Me temo que esta es su línea de avance principal, Vane. Juraría haber visto al gordo de George. Maldito adefesio, monta como una verdulera embarazada, aunque al menos es valiente. —Musgrave sacó una cajita de rapé, abrió la tapa y le ofreció a Vane un pellizco—. Pero después de esta pequeña lección, seguro que traen cañones, ¿no crees? Así que creo que la casa es la mejor opción. Intentad acudir cuando podáis.

—Por supuesto, señor. —Vane rehusó el rapé, luego miró a su espalda—. ¿Cree que los tenemos detrás?

—No me cabe la menor duda. Será una cabalgada divertida, Vane. Muerte o gloria, ¿eh? Buena suerte. —Musgrave se rio amargamente; ahuecó las manos y gritó —: ¡Flanco izquierdo, viraje a retaguardia! ¡Con calma! —Asintió orgulloso—. Son buenos chicos, Vane, los mejores, pero ya va siendo hora de que los ponga a cubierto. Saluda a sir William de mi parte.

—Así lo haré, señor.

—Dile que si el 40.º sale vivo de aquí, me deberá una botella de oporto. —Musgrave, en vez de retirarse ante los rebeldes, tenía pensado convertir una casa de ladrillo en un fuerte. Quizá acabaran ahí atrapados y hechos picadillo, quizá acabara viéndose abocado a la rendición, o quizá se hiciera un nombre como el coronel que logró detener un victorioso avance enemigo.

A media milla de la casa, el comandante en jefe esperaba en el centro de su principal línea defensiva, radicada en el extremo sur de Germantown. Sir William estaba jugueteando con su reloj. Le dedicó una airada mirada a la niebla, que no daba señales de disiparse. Sir William se preguntaba si el señor Washington también se sentía contrariado por el tiempo; luego le asaltó la irracional superstición de que, de algún modo, quizá le hubieran pedido a Dios que intercediera por ellos, y así habían logrado que la niebla cubriese el campo de batalla. Los americanos gustaban de rezar: era una de las pocas cosas que a sir William le molestaba de ellos. Le había resultado divertida la punzante observación de Christopher Vane cuando dijo que, para ser unas gentes tan obsesionadas con la razón, la dependencia de los americanos en las oraciones era bastante ilógica.

John Andre, con el caballo babeando espumarajos, salió al galope de la niebla, vio a Howe y tiró de las riendas. Su caballo se detuvo tembloroso, no sin antes deslizar los cascos por el suelo.

—Saludos del general Grey, señor. —Hizo una pausa para calmar a su caballo—. Lunkel's Mill aún está en nuestras manos.

—Gracias a Dios.

—Pero necesita hombres, señor. Los puestos avanzados han sufrido mucho. El batallón de Elliott le está apoyando, pero ha perdido un buen puñado de hombres.

—Que Dios los asista —dijo Howe, y se percató de pronto de que, al igual que sus enemigos, también estaba recurriendo al hábito de la oración.

Y era necesario rezar, porque si los temores de sir William eran correctos, la batalla ya estaba perdida. Lentamente, como la niebla que le envolvía, sir William empezaba a hacerse una idea del progreso de la batalla, y esta no resultaba alentadora. Las columnas americanas estaban avanzando por, al menos, tres carreteras, y la niebla hacía que fuera prácticamente imposible medir su progreso. Sir William temía oír en cualquier momento una erupción de mosquetería a su espalda, porque cabía la posibilidad de que ya le hubieran cercado.

Sin embargo, y aunque sir William hubiera jurado una vez que no lucharía contra los americanos, tampoco tenía intención de perder ante ellos. Quizá ahora tuvieran la iniciativa, pero sir William no era un comandante cualquiera. Los flancos, decidió, tendrían que aguantar. El derecho, muy debilitado por el ataque rebelde, solicitaba refuerzos, pero sir William no atendió la petición. Aquel enfrentamiento se decidiría en el corazón del campo de batalla, así que reforzaría el centro de la línea con la esperanza de que el asalto rebelde no tuviera lugar antes de que pudiera reunir los hombres suficientes para, en primer lugar, resistir el avance y luego pasar al contraataque. Sir William esperaba la llegada de tropas procedentes de la guarnición de la ciudad al tiempo que retiraba las reservas de los flancos. También vio rostros de preocupación en su séquito, así que, para darle a la situación un aire de normalidad que calmara sus miedos, se giró sobre la silla y buscó con la mirada a su sirviente.

—Evans.

—¿Señor?

—¿Está Hamlet a salvo?

Tom Evans, que montaba en uno de los caballos de refresco de sir William, levantó al perro del general.

—Bien a salvo, señor.

—Buen chico. Mientras él esté a salvo, no podemos perder, ¿a que no?

Se oyeron risas forzadas, y sir William volvió a mirar al frente. Ante él una batería de artillería apuntaba hacia la amplia y nebulosa calle principal, aunque los cañones, en reposo, permanecían ocultos por la infantería vestida de rojo que disparaba contra la vanguardia enemiga, que aparecía y desaparecía en la blancura como un fantasma. Entonces, sorteando a dicha vanguardia, cabalgando como un hombre dispuesto a ganar una fortuna en una carrera de obstáculos, apareció un oficial solitario luciendo una casaca roja. Su caballo, cuyas pezuñas trituraban el barro, mostraba los dientes y tenía los ojos en blanco. Los británicos lanzaron vítores y John Andre, de pie sobre sus estribos para poder ver mejor, se rio de pronto.

—¡Por Dios, sí que lo está disfrutando!

—¿Es Vane?

—Es Kit, señor.

La niebla se cerró detrás de Vane, quien, con el sombrero torcido y una de las

charreteras arrancada por una bala, pasó del galope al trote. Hizo una reverencia a un lado y a otro a los casacas rojas, que le vitoreaban; luego, con el rostro iluminado por los deleites del día, se quitó el sombrero ante sir William.

—Buenos días de nuevo, señor. Han logrado desplazar a Musgrave a un lado.

—¿Ah, sí?

—Pero está convencido de que el ataque principal viene de aquella dirección. Cree haber visto al señor Washington con ellos.

—Nuestro intrépido George jamás está muy lejos de la acción, ¿verdad?

Aquella información le era útil a sir William, pues confirmaba sus sospechas de que el combate por Germantown decidiría la batalla, aunque no era consuelo. Aún no había logrado reunir a los hombres suficientes como para detener un empuje firme.

—¿Qué hay de Musgrave? —preguntó sir William.

Vane giró en la silla para mirar calle abajo.

—Se ha atrincherado en una casa grande, señor.

—Pasarán de largo —dijo sir William con tristeza; había contado con el 40.º para atenuar la fuerza del ataque rebelde.

—¿Ha logrado Musgrave entorpecer su avance?

—Ha estado un buen rato descargando un infierno sobre ellos, señor.

—Confiemos en que al menos les haga falta una hora para reagruparse.

Parecía una esperanza vana en la que basar la victoria, pero era la única que sir William tenía en aquel momento.

Vane, que había cabalgado y luchado toda la mañana rodeado de horrores, ansiaba que sus esfuerzos fueran reconocidos por sir William. Pensó que estaba a punto de recibir esa alabanza cuando el comandante en jefe se fijó en el uniforme ensangrentado de Vane, pero, antes de que sir William pudiera decir una palabra, una bala perdida pasó entre ambos. El general frunció el ceño como si le estuviera molestando una avispa; luego se volvió al oír un aullido a su espalda. Tom Evans había sido alcanzado por la bala. Solo le había hecho un rasguño, pero la impresión bastó para que soltase a Hamlet, que, ladrando y brioso, salió corriendo hacia el enemigo.

—¡Detenedlo! —gritó sir William—. ¡Detenedlo!

Hubo un torbellino de artilleros y casacas rojas lanzándose a por el perro, que ladró, hizo quiebros y se adentró en la niebla. Desapareció.

—¡Por Cristo crucificado! ¿Acaso no puedes hacer nada bien? —Sir William tiró de las riendas para dar media vuelta—. ¡Por el amor de Dios, Evans!

—Lo siento, señor. —Evans se estaba masajeando el hombro.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Bastardo!

Ver perder los nervios a sir William no era algo común. El perro había sido un regalo de su amante de Boston, y perderlo era para él doloroso. También tentaba al destino la broma de sir William, que había ligado la seguridad del perro al resultado de la batalla. Los soldados solían ser muy supersticiosos, y el desafortunado



comentario del general parecía invitar al desastre. A Christopher Vane, que jamás había sido testigo del mal humor de sir William, la virulencia de este le desconcertó. Luego se preguntó si lo que realmente había azuzado tal reacción había sido no ya la pérdida del perro, sino el hecho de que sir William sabía que tan solo una delgada e inquieta línea de tropas se interponía entre George Washington y la victoria.

El general dio vueltas por detrás de los cañones mientras sus ayudas de campo permanecían tras él. John Andre frunció el ceño al ver los pantalones de Vane.

—¿Te han alcanzado? ¿Es grave?

—Es la sangre de otro —dijo Vane sin más. Pensar en su sirviente muerto le recordó la amarga pérdida de su joven semental—. Billy ha montado un escándalo por un perro y yo he perdido mi caballo de refresco. —Vane lo dijo enfadado al tiempo que Andre y él desmontaban junto a los arzones de los cañones—. ¡Cien guineas perdidas en la niebla!

—Lo lamento.

—¡Cien guineas! No debería haber comprado el maldito animal. ¡Y he perdido mi reloj!

Andre no pudo evitar reír ante la angustia de su colega. Gran Bretaña estaba a punto de perder una batalla, quizá perdiera trece colonias, y Vane solo podía pensar en su caballo y su reloj. Entonces Andre vio que había ofendido a Vane y quiso disculparse de inmediato.

—Lo lamento de verdad, Kit.

—No tanto como lo lamento yo. ¡Y ni siquiera he desayunado!

—Al menos a eso podemos ponerle remedio.

Los artilleros tenían un rancho de lentejas y cerdo salado sobre un armón, y, a cambio de algunas monedas que les dio Andre, permitieron de buena gana que los oficiales hundieran las cucharas en la olla tibia hasta hartarse. En algún lugar, hacia el oeste, las tropas se movían difuminadas en la niebla. Era tropas británicas avanzando, apresurándose para taponar el punto por donde se esperaba que llegaran las fuerzas rebeldes, de un momento a otro, en cantidades arrolladoras. Oyeron a su espalda el sonido de cascos de caballo, y Vane y Andre se dieron la vuelta. Vieron a lord Robert Massedene llegando al galope y cubierto de barro.

Massedene habló con sir William y luego se unió a sus colegas del Estado Mayor. Desmontó, rígido.

—Estamos trayendo a todos los hombres disponibles de la ciudad. Solo Dios sabe si llegarán a tiempo. ¿Eso es comida?

Andre le dedicó al lord una reverencia.

—Buenos días, Robert.

—Buenos días, John. —Massedene inclinó la cabeza hacia a Vane con cortesía—. Parece que has estado luchando, Vane.

Una repentina erupción al sur impidió que Vane respondiera. Fuego de cañón y mosquetería adoptó un infernal *crescendo*, aunque, por culpa de la niebla, era

imposible ver la mortífera labor que estaba desempeñando. Era el ruido de la masacre, aunque no podía discernirse quién estaba muriendo y quién ganando.

Massedene, que había sido enviado a la ciudad urgentemente para pedir refuerzos a la guarnición de la ciudad, se volvió hacia el estruendo de cañones y mosquetería.

—Por Dios, ¿tan mal nos va?

—Me temo que el señor Washington nos ha cogido con el pie cambiado. —Andre hablaba en voz muy baja—. Nos enfrentamos a una situación ligeramente desesperada, creo.

Massedene miró al norte.

—¿Cuántos son?

—Solo Dios lo sabe. —Vane, decidido a no mostrar ni un ápice de preocupación ante Massedene, imitó la indiferencia de Andre—. Tantos como las putas de a penique que merodean a las puertas de los barracones.

—Nunca me he paseado por lugares tales —dijo Massedene despreocupado—, pero si tú lo dices...

Vane se sintió despreciado. Miró furioso hacia un lado y vio que el sol se había convertido en un disco pálido. La niebla empezaba a disiparse y los rebeldes tenían el devenir de la guerra en las palmas de unas manos manchadas de pólvora. Todo lo que necesitaba hacer ahora el odiado George Washington era estrujarlos.

# 14

El caballo, con los estribos vacíos rebotando en el aire, apareció trotando entre la niebla.

Era un animal joven, un semental negro con una mancha blanca en el pecho y tres calcetines blancos. Vio a los prisioneros y viró, y sacudió su bella cabeza dando lugar a un elegante remolino de crines. Uno de los centinelas dio un respingo y corrió hacia el caballo. La bestia le esquivó con facilidad. Otros centinelas, conscientes del valor del precioso animal, corrieron a ayudar. Sam pensó que parecían niños jugando a algún juego escandaloso.

—Son de Virginia —dijo Jonathon. Sonrió cuando el animal trotó hacia el norte y se perdió en la niebla para escapar de sus torpes y ruidosos perseguidores—. Yo no, yo soy de Filadelfia.

Los entusiasmados centinelas, habiendo perdido su presa, volvieron a donde estaban los prisioneros. El americano herido que tenía una bala alojada en el escroto estaba hecho un ovillo, tumbado de lado. La sangre le empapaba los pantalones.

—No puedo hacer nada por él —dijo Nate, impotente.

Aún se oía el repicar de los mosquetes a lo lejos. Los prisioneros permanecían sentados, en silencio.

—¿Eres de Londres? —le preguntó Jonathon a Sam.

—No.

—Hubo un tiempo en el que no soñaba más que con ir a Londres. —Jonathon gruñó por una repentina punzada de dolor.

—Jamás he estado en Londres —dijo Sam—. Me hubiera gustado, pero nunca he estado. —Jonathon giró la cabeza para observar, asombrado, a un inglés que nunca había estado en Londres, pero Sam se encogió de hombros—. Está muy lejos de mi pueblo.

Sam se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de volver a ver su casa, o si algún día volvería a verla. Estaba pensando en todas las historias que se contaban en torno a las hogueras del campamento: historias que hablaban sobre los terribles campos de prisioneros donde los británicos morían de hambre, de fiebres o de disentería.

—¿Qué nos pasará ahora?

—No lo sé. —Jonathon se encogió de hombros con tristeza—. Solo llevo once días en el ejército.

—Pues sí que has sido listo —dijo Nate, aunque sin mala intención.

Sam se volvió cuando oyó una erupción de disparos al sur, luego otra hacia el oeste. Era imposible saber qué estaba pasando, pero le daba la sensación de que la niebla empezaba a disiparse. Aunque a duras penas, pudo ver al semental negro, con la cabeza erguida, a unos setenta pasos al norte. Supuso que el animal tenía miedo y

que necesitaba que alguien lo calmara, pero entonces una ráfaga de niebla densa volvió a ocultar al caballo.

—¡Jesús! —Una punzada de dolor le recorrió a Jonathon el escroto y las tripas. Se retorció. Sam le había vendado la herida con la camisa rasgada de un hombre muerto y había aflojado el torniquete. Jonathon, al sentir el dolor en la carne expuesta, siseó de agonía.

—Voy a perder la pierna.

Sam le afeó tal muestra de pesimismo.

—¡No! ¡Volverás a bailar!

Jonathon intentó reír, pero en vez de eso gimió de dolor.

—¿A ti te parece que alguna vez he podido bailar?

—Tampoco es tan grave cojear un poco. —Sam observó el pie zambo envuelto en cuero—. ¿Siempre lo has tenido así?

Jonathon se sintió extrañamente halagado por el hecho de que Sam hablase de su pie con tanta naturalidad.

—Desde que nací.

—Debe de ser muy útil para partirle la boca a gente que te cae mal. —Sam vio que el dolor de la herida seguía atormentando a Jonathon y, dado que no tenía nada mejor que ofrecerle, desenroscó la cantimplora—. Es una lástima que no sea cerveza, ¿verdad? Echo de menos una buena cerveza. Bien espesa.

Jonathon quería distracción del dolor.

—Sigue hablando.

Así que Sam empezó a hablar sobre su casa. Sobre Parson Harvey, quien solía disparar a los grajos desde el campanario de la iglesia con un trabuco. Sobre cómo se oían los cuernos de las cacerías en invierno, reverberando en los fríos campos; sobre la fiesta del arado, cuando se hacía un banquete en la casona.

—¿Teníais escuela? —preguntó Jonathon.

—La mujer de Parson nos enseñaba las letras, pero poco más. —Las cosas realmente útiles las había aprendido Sam de su padre. Cómo herrar a un caballo o cómo preparar a un perro; o cómo solían llegar a casa con la tripa llena en aquellas mañanas de enero para salir de caza con la nobleza. Cómo detectar los cepos en las zonas de caza de faisanes, cepos que podían arrancarle la pierna a un hombre. Cómo cazar un faisán lanzando una vara. Cómo pescar un lucio a lazo, cómo cazar un pájaro cantor para el mercado de Londres y cómo seleccionar un buen terrier ratonero en una camada.

—Tuve un terrier estupendo —dijo Sam con melancolía—. Podía cazar una docena de ratas en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y chicas? —preguntó Jonathon.

—Nunca cazó ninguna. —Sam sonrió—. Había chicas. Las noches de verano. Cuando volvíamos de los trigales. —La añoranza hizo que su voz surgiese quejumbrosa.

—¿Por qué te alistaste en el ejército? —preguntó Jonathon con cierto asombro.

—El tonto de mi hermano me retó a hacerlo. —Sam golpeó a Nate en el hombro.

Recordaba cómo Nate había llegado a casa a la carrera con noticias del oro que el ejército ofrecía a los nuevos reclutas. «El sargento me las ha enseñado, en serio —había dicho Nate—. ¡Guineas! ¡He mordido una! Y en un año puedes llegar a ser oficial. Allí había un capitán, impecable, y hace un año no era más que un granjero. ¡El sargento me lo ha contado!».

Nate y Sam tenían diecisiete años entonces y sabían, con la certeza que da la juventud, que habría oro. Y Sam estaba convencido de que habría algo más que oro: que pasearía por la plaza del mercado con cordones de plata que colgarían de una chaqueta bordada, y que llevaría a una bella muchacha al brazo. Un futuro así parecía mejor que el ruidoso eco de los establos en los que, en invierno, el hielo cubría las piedras y que, en verano, se llenaban de moscas.

—Este imbécil me retó —le repitió Sam a Jonathon con tristeza.

Nate le había retado antes, así que los gemelos corrieron a la ciudad, recogieron el Chelín del Rey y descubrieron que el botín prometido acababa gastado en botas, cepillos, medias y en harina para el pelo.

—Eso sí que dolió —rio Sam.

—¿El qué? —preguntó Jonathon.

—El pelo. Mira. —Sam se giró para mostrarle al muchacho americano la gruesa coleta que le colgaba, rígida, de la cabeza—. Primero hay que dejarlo crecer, luego te lo echan hacia atrás. ¡Por Dios, cómo tiran! Te lo digo en serio, tiran tanto que no puedes ni cerrar los ojos. Luego te lo empapan en sebo, lo retuercen en torno a un cojinete de cuero y te lo llenan de harina. El resultado, una coleta.

—También lo llaman de otras formas. —Nate sonrió, y Jonathon, al ver la gruesa y rolliza coleta de pelo blanco, soltó una carcajada.

—Lo peor fue el collarín —dijo Nate con el perverso orgullo de un hombre que describe su calvario. Se dio un golpecito en la rígida banda de cuero que llevaba al cuello—. Al principio produce llagas en el pescuezo.

Su primera lección como soldados había sido cómo mantenerse erguidos mientras el collar de cuero laceraba la piel bajo el mentón dando lugar a dos ronchones sanguinolentos que acababan por convertirse en sendas franjas blancas y callosas. Después habían aprendido a marchar levantando la rodilla y golpeando el suelo con fuerza, a disparar sus grandes e incómodos mosquetes, a cómo mantenerse en formación mientras eran acosados por la muerte.

Dormían en camastros de dos en dos, con la cabeza de uno en los pies del otro, y por las noches las ratas les mordisqueaban las coletas rígidas de harina. Comían la bazofia que el rey les daba. Los azotaban, les daban latigazos, les chillaban. Se gastaban el poco dinero que tenían en cerveza, frecuentando locales en los que ningún hombre decente se hubiera atrevido a entrar, y se esperaba que saciaran sus instintos con prostitutas a las que ningún otro hubiera puesto las manos encima. Y

sabían que era para siempre, pues la única salida era acabar muerto o herido. Sam le había roto el corazón a su madre. Si no hubiera sido un necio, había dicho la mujer, si hubiera pensado un poco, podría haber llegado a ser cochero y llevado un abrigo de tres capas. En vez de eso, lo había echado todo a perder por un reto. Se encogió de hombros.

—¿Y tú? ¿Por qué te alistaste? —le preguntó a Jonathon.

—Porque quiero que gane nuestro bando —dijo Jonathon—. Porque los tiranos de Londres quieren convertirnos en esclavos.

—¡Eres tan necio como este! —exclamó Sam señalando a su hermano—. ¡Nadie quiere esclavizaros! Jamás he oído una estupidez como esa. ¿Esclavos? Sois vosotros los que tenéis esclavos, no nosotros. En Inglaterra no hay esclavos negros, ni blancos. ¿Esclavizaros? ¡Qué tontería!

—Ve a decirle eso a George Washington. —Nate le sonrió a su hermano—. Seguro que dejará de luchar en cuanto hayáis charlado un poco. ¿Qué sabrás tú de eso, Sam?

—Soy inglés, y estoy orgulloso de serlo —dijo Sam con beligerancia.

—Y yo —murmuró Nate—, pero lo dejo.

Nate miró a los centinelas rebeldes, quienes, aburridos de su labor, estaban sentados en el suelo y miraban al sur.

—No lo hagas —dijo Sam. No podía soportar la idea de perder a su hermano—. Por favor, Nate.

—Maggie, Sam, Maggie. —La respuesta de Nate fue lacónica—. Se lo prometí. Estará esperándome, así que me voy. Te guste o no. Es mejor que ser un maldito prisionero, Sam.

—¿Quieres desertar? —preguntó Jonathon, que había estado pendiente de la conversación.

Nate sonrió.

—Es mi sueño, querido yanqui. Encontrar un lugar en América en el que vivir. A mi leal hermano le pone nervioso la idea, pero a mí no. Nathaniel Gilpin está harto del ejército del rey Jorge, y, en mi opinión, Sam, deberíamos irnos ambos, renunciar a nuestras casacas rojas y correr como condenados.

Jonathon se rio.

—Deberíais.

—¿Y bien, Sam? —preguntó Nate.

—Y obtendrás la libertad —dijo Jonathon con la firmeza de un joven revolucionario.

—Yo ya soy libre —dijo Sam en clara contradicción con lo que había estado predicando—. Y a él no le interesa la libertad. Es por una chica.

—Una yanqui —le dijo Nate a Jonathon con repentino entusiasmo—. Me está esperando en un bosquecillo, por allí. Es guapa como un retrato.

—La mía también —dijo Jonathon con calidez—. Se llama Caroline.

Hubo un repentino estallido de mosquetería al sur, hacia donde habían ido los regimientos de Virginia. El ruido se convirtió en un repiqueteo continuo que daba a entender que se estaba librando un brutal combate. Había hombres muriendo en la niebla, cada vez menos densa. Al oeste, en algún lugar, ardía una casa: sus llamas parecían pálidas bajo el manto blanco.

El semental negro había vuelto a acercarse.

—Si consigues que monte ese caballo —le dijo Jonathon a Nate—, iré contigo. Puedo ayudarte a cruzar nuestras líneas.

Sam se volvió para mirar al semental, que temblaba a cuarenta pasos de distancia. Tenía los orificios nasales dilatados y los ojos blancos. Mostraba el aspecto de un animal dispuesto a huir ante la menor provocación.

Nate miró a su hermano.

—Podrías cogerlo, Sam. Hace lo que quiere con los caballos. —Esto último se lo dijo a Jonathon—. A mí no se me dan tan bien. —Nate se dirigió a Sam de nuevo—. Puedes hacerlo, Sam. ¿Lo harías?

—¿Para que puedas huir? —preguntó Sam con desdén.

—Sam, por favor. —De pronto Nate se puso muy serio—. No puedo soportarlo, Sam. Scammy no deja de darle palizas a Maggie, un día la va a matar. Y yo la quiero, Sam. Quiero estar con ella. Está allí. —Señaló al sur hacia un lugar, entre los retales dispersos de niebla, donde un lejano borrón negro indicaba la existencia de un bosquecillo—. Puedo encontrarla.

—Yo te ayudaré —dijo Jonathon con contundencia—. Solo necesito un caballo.

Sam miró a su hermano.

—Nate...

—¡Es mi vida, Sam! —Nate, de pronto, estaba furioso—. Tú y yo no estamos encadenados. Sé un soldado si quieres, Sam. Sé el mejor soldado que puedas llegar a ser, pero deja que yo sea lo que quiera. Sam, por favor...

Sam dudó. Jonathon, que había estado observando a los hermanos mientras discutían, se apartó a un lado la chaqueta. Junto a su pistola de empuñadura de latón colgaba una bolsita con correas de cuero.

—Necesito un caballo —le dijo a Sam—. Y te pagaré si vas a buscarlo.

—Creía que estabas herido —dijo Sam.

—Puedo montar, aunque no pueda andar. —Jonathon arrugó la frente—. Por favor, Sam.

—Estáis locos los dos —dijo Sam, pero se puso en pie, e, ignorado por los centinelas, se agachó para pasar por debajo de la valla.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Nate.

—Con los caballos no —dijo Sam cortante.

Caminó muy lentamente hacia el precioso caballo negro. Estaba asustado. Sus músculos daban pequeñas sacudidas bajo el pelaje negro, brillante y salpicado de barro. Sam supo al instante el valor de aquella bestia nerviosa, de buen cruce, que

debía de haberle costado una pequeña fortuna a algún oficial.

—Tranquilo, chico, tranquilo.

Sam se detuvo a veinte pasos del animal. Debía de haber pertenecido a un oficial británico, porque tenía bordado el anagrama real en la parte trasera del sudadero azul oscuro.

—No pasa nada, chico. No pasa nada. No tienes de qué preocuparte. Solo soy Sam.

El muchacho soltaba su tranquilizadora verborrea a medida que se acercaba al semental, tembloroso y de mirada nerviosa. El animal puso las orejas en punta y con la pezuña delantera derecha horadó la tierra.

—Hace años que no veo un caballo como tú. Buen chico. Buen chico. Tranquilo. Tranquilo. —Sam arrancó un puñado de hierba y, sin dejar de hablar, alargó la mano para ofrecérselo al animal. Dejó que el caballo le olisqueara—. Buen chico. Buen chico.

El caballo, aún tembloroso, dio un paso hacia Sam y este, con mucho cuidado, acercó la mano que tenía libre al bocado. Lo agarró y dejó que el animal comiera de su mano.

—Tranquilo, chico, tranquilo. Tranquilo.

Calmó al semental acariciándole los flancos para que el nerviosismo le fuera abandonando. Había estado perdido en la niebla, aterrado por el ruido de los cañones y los mosquetes, y ahora temblaba al recibir las caricias de Sam.

—Muy bien, chico. A ver qué tal andas. ¿Te parece?

Sam agarró el pomo de la silla con la mano izquierda y se impulsó para subir a lomos del animal. El caballo se revolvió un poco y volvió a agachar las orejas, pero Sam sabía cómo calmar a un animal nervioso.

—Buen chico, buen chico. Tranquilo.

Rozó los flancos del caballo con los talones y este, obediente al toque, dio unos pasos adelante.

El ruido de la batalla parecía envolver ahora a Sam; resultaba más estruendoso que en cualquier momento anterior del día, pero estaba a lomos de aquel magnífico caballo y, por unos instantes, se olvidó de todo. Montar constituía un placer puro.

—¡Sam! —dijo Nate.

Ahora los centinelas rebeldes estaban observando a Sam, y uno de ellos se llevó la culata de su mosquete al hombro, aunque estaba demasiado lejos como para disparar. Sam volvió a hundir los talones en los flancos del caballo. Podía cabalgar de vuelta a sus líneas. Podía olvidarse de la locura de Nate y volver al lugar que le correspondía. Evitar el campo de prisioneros, cabalgar hacia el sur, volver a la calidez del batallón y la camaradería.

Hizo girar al caballo hacia el sur.

Un milagro empezaba a materializarse en la niebla.

Casacas rojas.



Líneas de casacas rojas marchando bajo sus banderas para recuperar la victoria del lugar en que habían saboreado la derrota.

Sam se los quedó mirando.

A la cabeza de la formación marchaban los soldados de vanguardia y, liderándolos, Sam reconoció al sargento Scammell. El joven sonrió. El puñado de prisioneros también vio a sus salvadores. Estos se pusieron en pie y lanzaron vítores al tiempo que sus captores huían.

—¡Sam! —El grito de Nate fue desesperado, frenético.

—¡Demasiado tarde! —respondió Sam.

Se puso de pie sobre los estribos y saludó al batallón. Algunos de los escaramuzadores dispararon a los centinelas que se batían en retirada y uno de los americanos fue alcanzado, cayó de rodillas y luego de bruces. De pronto se oyó el maullido de una gaita, feroz y gloriosa, delatando la presencia de un regimiento de escoceses en el flanco de la carretera.

—¡Sam! —Nate estaba apoyado contra la valla, haciendo aspavientos para que su hermano le llevase el caballo—. ¡Sam!

—¡Hemos ganado, Nate! ¡Hemos ganado! —La exaltación de Sam era completa—. ¡Hemos ganado!

Ahora era el sargento Scammell el que le hacía gestos a Sam mientras le gritaba algo incomprensible. Nate, al ver a su odiado enemigo, dio media vuelta y empezó a correr. Corrió hacia el norte, en dirección opuesta a los casacas rojas, hacia la libertad que llevaba atormentándole desde que, semanas atrás, el ejército tocara tierra en Chesapeake Bay.

—¡Nate! —gritó Sam, que tiró de las riendas para darle la vuelta al caballo—. ¡Nate!

Pero su gemelo huía. Nate había saboreado un instante de libertad y quería más. Se quitó la casaca mientras corría y lanzó la pesada prenda de lana a un lado, como si esta fuera a retrasarle en su afán de alcanzar el paraíso que buscaba.

—¡Soldado Gilpin! ¡Alto! —gritó Scammell, que marchaba a la cabeza y bastante adelantado con respecto al batallón.

Nate, con las botas hundiéndose en el barro pegajoso, siguió adelante.

El sargento Scammell tiró del percutor del mosquete. Se colocó la culata de latón al hombro y apuntó.

—¡Baje el arma! —Jonathon Becket, tumbado junto a la valla y a quince pasos de Scammell, le estaba apuntando con la pistola.

Pero el sargento Michael Scammell no le temía miedo a un muchacho rebelde herido.

—¡Alto! —gritó.

—¡Sargento! —gritó Sam.

Scammell abrió fuego.

El pedernal cayó sobre el rastrillo, la cazoleta dio un fogonazo y el arma

retrocedió escupiendo una nube de humo.

Sam vio el resplandor de la pólvora en la cazoleta y luego la lengua de fuego que surgió de la bocacha al tiempo que se giraba, gritaba y chillaba. Pero Nate ya encorbaba la espalda hacia atrás y, en el centro mismo de la columna, se le empezaba a extender una mancha roja que le empapaba la sucia camisa gris.

—¡Sam! —Fue el grito de un hombre a las puertas del infierno. Nate, de rodillas, aún intentó avanzar, pero fue incapaz—. ¿Sam?

Scammell estaba a treinta pasos de distancia. Un tiro largo para un mosquete. Quince pasos no era mucho para una pistola, pero el tiro de Jonathon, efectuado por una mano debilitada, falló por mucho. El sargento Scammell se acercó al muchacho y le miró desde la altura con ojos brillantes como ágatas. Luego hundió el talón de la bota en el muslo herido de Jonathon. El americano aulló.

Nate temblaba, de bruces en el suelo. Tenía la camisa empapada en sangre. Sus dedos agarrotados arañaban el suelo mientras giraba la cabeza hacia su hermano.

—¿Sam? ¿Sam?

—¡Nate!

Sam ya había espoleado al caballo. Saltó la valla, tiró de las riendas y bajó de la silla deslizándose. Dejó que el animal volviera a correr libre. La caballería lealista había aparecido en los pastos que había al otro lado de la valla; algunos ya estaban en la carretera que había más allá, pero Sam no tenía ojos para nadie. Solo para su hermano.

—¿Nate?

—Sam.

Nate lloraba. Los sollozos se convirtieron en espasmos agónicos entre los que Sam solo oía la palabra «madre» una y otra vez.

Sam incorporó a su hermano, le dio la vuelta y le acunó.

—¿Nate?

Pero Nate era incapaz de oírle. Dobló la espalda, como un hombre quebrado por el potro, y su chillido de insufrible agonía perforó la niebla antes de que la sangre que le anegaba el esófago acabara por ahogarlo. Sam, abrazado a su hermano como si creyese que podía insuflarle a Nate su propia vida y su propia fuerza, sintió una terrible sacudida cuando este dejó de gritar.

La sangre manó como el agua y se hizo el silencio. Los ojos de Nate se tornaron vidriosos. No hubo más movimiento, salvo por los dedos de la mano izquierda de Nate, que, poco a poco, se arquearon. Estaba muerto.

—¿Nate? —preguntó Sam—. ¿Nate?

La cabeza de su hermano colgaba del brazo izquierdo de Sam. La sangre le goteaba del rostro sin vida y le caía sobre el pelo.

—¿Nate?

Una sombra cubrió a Sam. El sargento Scammell había cogido al caballo negro por los arreos y ahora observaba al muchacho muerto.

—Estaba huyendo, Sam.

—Le ha asesinado.

—¡Estaba huyendo! —Scammell escupió las palabras—. ¡Y ahora ponte la casaca roja antes de que me dé por decir que tú también estabas intentando desertar, Sam Gilpin!

Sam dejó a su hermano en el barro. Acarició la mejilla de Nate, sintió la sangre pegajosa y se puso en pie.

—Le ha asesinado.

—Estaba desertando.

—¡Le ha asesinado!

Scammell miró a Sam gélidamente a los ojos.

—Cuidado, Sam.

—Hijo de puta.

La zarpa de Scammell voló hacia Sam para hacerle entrar en razón, pero el mundo de Sam había cambiado. Todo había cambiado.

—Hijo de puta.

Golpeó a Scammell con fuerza, un golpe que hizo que el rostro del sargento se inclinara a un lado y a raíz del cual Scammell soltó al caballo.

Sam se hizo con las riendas. El sargento había perdido el equilibrio. Intentó descolgarse el mosquete que llevaba al hombro con la bayoneta calada. Sam le dio una patada al sargento en las tripas y, cegado por las lágrimas, dio un salto para subirse al caballo.

En Sam había locura, lágrimas y pena para llenar un mundo. Oyó gritos. El campo era un borrón de casacas rojas, banderas, humo disipándose y lágrimas. Vio el rostro sin vida de su hermano y hundió los talones en los flancos del caballo como si pretendiera galopar hasta el fin del mundo.

El semental alejó a Sam del humo y de los casacas rojas. Scammell gritaba furioso a su espalda, pero Sam no tenía miedo, porque Nate estaba muerto y todos los caballos del rey, y todos sus hombres, ya no eran más que lo que una mota de polvo en el ojo.

Era un casaca roja, y su hermano, con todos esos sueños acerca del paraíso que había más allá de las colinas, estaba muerto.

Sam, cabalgando sin rumbo, empezó a llorar.

Tocaban las bandas. La niebla se convirtió en una cacofonía de flautas y tambores, de chinescos y flautines, su son interrumpido por los cañonazos intermitentes y acompañado por el incesante repiqueteo de los mosquetes.

El sonido se coló en los oídos de sir William mientras esperaba a que su perdición irrumpiera por la calle principal del pueblo. Los soldados de la vanguardia enemiga, heraldos de la inminente derrota británica, eran cada vez más numerosos. Y, sin embargo, los momentos se sucedían uno tras otro sin que aparecieran las columnas rebeldes bajo sus banderas desplegadas. Se oía fuego de artillería, pero ni un solo disparo estaba dirigido a la posición de sir William. Casi daba la sensación de que las fuerzas de George Washington estuvieran llevando a cabo una guerra privada en la omnipresente blancura.

—No será que... —Sir William se oyó a sí mismo empezar a expresar la esperanza de la victoria, pero decidió detener la lengua para no tentar al destino.

La niebla empezaba a disiparse y a dejar al descubierto un caos de cuerpos. Los heridos se arrastraban para llegar a un lugar seguro, los muertos yacían donde habían caído, mientras que los vivos tenían la mirada perdida y vacua de quien soporta la lotería de la muerte. Pero en medio del caos, convocadas siguiendo las órdenes de sir William, las tropas, listas para avanzar, empezaban a formar para el contraataque. Sir William miró el reloj. La tapa chascó al cerrarse. El general sonrió.

—Que la manada se ponga manos a la obra.

Las banderas de tres regimientos se alzaron al cielo. Los oficiales calmaban a sus caballos y los sargentos hinchaban los pulmones.

—¡Derecha! ¡Paso ligero!

Las baquetas cayeron sobre el cuero recién tensado de los tambores. El ataque, pesado y decidido, avanzaba. Las trompetas los empujaban hacia la victoria. La artillería montada protegía sus flancos, y los inmensos cuadrados de seda los guiaban hacia la caldera de ruido en la que estaba el foco del poder de los rebeldes.

George Washington había tenido la victoria en la palma de la mano y la había dejado escapar.

En el centro del campo, allí donde los rebeldes hubieran podido desbordar las defensas de sir William, Washington había decidido entretenerse atacando la casa en la que el 40.º de Musgrave se había atrincherado. Los proyectiles de los cañones rebeldes rebotaban en los muros de ladrillo y sillería y recibían como respuesta insultos y fuego de mosquete. Los muertos se amontonaban en el jardín y en el huerto, y todos eran rebeldes.

A las afueras del pueblo, donde los hombres marchaban en apoyo del combate que se libraba en el centro, la niebla provocó el fratricidio. Dos regimientos rebeldes,

habiendo confundido a los otros con el enemigo, habían abierto fuego. Los rebeldes se masacraron entre ellos mientras que, por los flancos, el contraataque de los casacas rojas barría a los supervivientes.

Descargas homicidas desgarraron las líneas rebeldes hasta hacerlas jirones. El ataque avanzó inmisericorde. Sin órdenes, perdidos y derrotados, los americanos empezaron a ceder terreno, y la retirada se convirtió en desbandada.

Dios vestía casaca roja aquel día.

El centro americano había estado a punto de hacerse con la victoria, pero había vacilado. La derecha había topado con un barranco defendido por hesianos, y se había detenido. La izquierda rebelde había superado las líneas británicas y había alcanzado el campamento, donde la tentación de hacerse con un buen botín detuvo su avance mejor de lo que lo hubiera hecho cualquier fuego de mosquetería. Sus oficiales habían intentado azuzarlos para que siguieran adelante mientras se preguntaban cuándo llegaría el apoyo prometido. Nunca llegó, y los de Virginia se quedaron allí varados.

El capitán Christopher Vane cabalgó hacia el flanco asediado. Allí dio con un mayor de brigada que le ofreció un trago de brandy y señaló hacia el campamento que moteaba el paisaje.

—Repleto de hombres de Virginia —dijo con alegría. Una bala, disparada por un buen tirador, pasó entre ambos oficiales. El mayor no le iba a dar al enemigo la satisfacción de que pareciera que se había percatado de la amenaza.

—Están atrapados.

—¿Atrapados?

—Hemos enviado dos batallones por el norte. Dentro de diez minutos tendrán que rendirse, Kit. —El mayor alzó la botella de brandy a modo de brindis—. ¡Por un día glorioso!

—¡Sin duda!

Vane sintió el júbilo de la victoria cuando las descargas británicas barrieron el campamento. Las balas de plomo se hundían en los bloques de tierra y hacían saltar pavesas en las hogueras que habían sido abandonadas al amanecer. Los de Virginia, que se habían adentrado tanto en las líneas británicas, cada vez estaban más apiñados en un reducido infierno en el que volaban las balas y en el que el humo se hacía más denso. A su alrededor, dando lugar a una nueva niebla, esta vez de humo de pólvora, casacas rojas y hesianos abrían fuego. Tenían las caras cubiertas de negro, los labios también renegridos y las bocas abiertas mostrando unos dientes amenazantes. Mataban y seguían matando. Los hombres se arrancaban las uñas al tirar de los pedernales. Cargaban y volvían a cargar, haciendo que lloviera la muerte sobre un círculo cada vez más reducido. Los rebeldes respondían a su vez, pero su fuego se iba ahogando bajo la vengativa y homicida mosquetería de los vencedores.

La resistencia de los rebeldes acabó cuando los cañones hesianos, cargados con latas que al ser disparadas se quebraban y despedían miles de perdigones, abrieron

fuego. El humo se acumuló en grandes nubes que volaban hacia el campamento, donde las tiendas estaban siendo destrozadas y convertidas en trozos de tierra, madera y hombres gritando. Desde algún lugar, en medio de aquel nebuloso sudario de horror, una voz ordenó a gritos el alto el fuego a los alemanes.

Los cañones, que retrocedían cinco yardas cada vez que escupían su letal carga, quedaron en silencio. El humo, espeso como gachas de avena y apestando a sangre, se fue disipando junto con la niebla. Una camisa blanca, patética y rasgada, ondeaba entre las filas rebeldes.

—Creo que con eso será suficiente —dijo el mayor, jocoso—. ¿Quieres venir conmigo, Kit?

Cabalgaron juntos hacia el campamento con los sables envainados y, desde los alrededores, otros oficiales emprendieron el trote hacia el regimiento rebelde. El coronel de los de Virginia, rodeado, superado en número, privado del apoyo que le había prometido su general, estaba ayudando a los oficiales a hacer pedazos su bandera para echarla al fuego. Algunos de sus hombres lloraban por la vergüenza que les provocaba la situación. Otros se dedicaban a destrozarse los mosquetes contra el suelo, rompiendo así las culatas para que no pudieran ser usados contra los patriotas. Otros, los heridos, se limitaban a sangrar y a sufrir.

—¡Capitán Vane! —Un coronel hesiano, al reconocer al ayuda de campo de sir William, picó espuelas para acercarse a él—. ¡Enhorabuena!

—¡Lo mismo digo!

Vane se inclinó para estrechar la mano del coronel. Los primeros casacas rojas y hesianos, victoriosos, empezaron a rebuscar entre las ropas y los zurrones de los rebeldes, a la caza de monedas, ron, comida o algún tipo de trofeo. Vane los observaba. Luego vio a los oficiales enemigos, con los rostros abatidos, acercarse con sus espadas para rendirlas. Vane disfrutó del espectáculo, pero sabía, quizá mejor que cualquiera de los presentes, lo ajustada que había sido la victoria. De no haber sido por los fallos cometidos por Washington, quizá hubieran sido los casacas rojas los que ahora estuvieran entregando sus hojas a los vencedores.

Aquel terrible pensamiento hizo que Vane volviera grupas y se alejara de los oficiales que venían a rendirse. Recorrió las deprimentes líneas de los vencidos y vio, a lo lejos, hacia el norte, a otros batallones británicos que marchaban en persecución del enemigo. Picó espuelas y se deleitó con el repentino olor a libertad, respiró un aire limpio que no apestaba a humo ni a sangre. Los cascos de su yegua batían la tierra. A su izquierda, pálida en la niebla que todavía se aferraba a aquellos parches de tierra que aún estaban húmedos, ardía una casa.

Los campos estaban repletos de los tristes desechos de la batalla. Había mosquetes abandonados sobre la hierba. Cuerpos amontonados y a veces solitarios que parecían extrañamente pequeños. La mayoría, observó Vane con indiferencia, tenían los puños cerrados. Un hombre herido, que se taponaba un agujero rezumante en las tripas, caminaba hacia el sur arrastrando los pies. Un caballo, con una pata rota,

intentaba salir de una zanja, luego relinchó aterrado cuando una mujer, que vagaba por el campo de batalla buscando cualquier cosa de valor, le rebanó el cuello. El caballo tembló, coceó y murió, y la mujer, acompañada de dos niños pequeños, y sin perder el tiempo, desabrochó la carísima silla de montar. Otras mujeres, aquellas que acompañaban al ejército, atraídas también por el olor a botín, acudían con cuchillos desnudos para encargarse de muertos y moribundos. Los niños actuaban como exploradores para las mujeres, buscando hombres que estuvieran demasiado heridos como para resistirse a las puñaladas y los puñetazos. Tanto rebeldes como británicos eran ejecutados y despojados de todo. Se oían gritos. Era el rumor del campo de batalla después de la victoria.

Una descarga de mosquetería astilló la niebla cada vez menos densa, y Vane vio a un grupo de rebeldes huyendo del avance británico. Había jinetes de uniforme verde a lo lejos, hacia el este. Los lealistas americanos cabalgaban por Old York Road buscando rebeldes para abatirlos a sablazos. Vane oyó un vítor y volvió a mirar al norte. Allí, un grupo de prisioneros británicos, liberados gracias al cambio de marea de la batalla, daban la bienvenida a sus salvadores.

Y Vane vio a su semental.

Vio al caballo negro con sus calcetines blancos montado por un hombre con camisa blanca. Saltaron una valla y el hombre se salió de la silla; cayó y aferró el cuerpo de un hombre muerto. Otro sujeto, un casaca roja, se hizo con las riendas del animal.

Christopher Vane se quedó ensimismado, apenas podía creer su suerte. Gritó, pero estaba demasiado lejos como para que le oyeran. Tendría que pagarle una recompensa a quienquiera que hubiera encontrado al semental, aunque era mejor eso que perder al caballo. Espoleó a la yegua. Esta, agotada después de un día de esfuerzos, emprendió un trote desganado.

Entonces Vane vio al hombre de la camisa blanca volverse y golpear al casaca roja. Vane gritó impotente. El casaca roja trastabilló a un lado y el otro se subió al caballo y empezó a galopar hacia el norte.

La yegua, exhausta, nunca alcanzaría al semental negro. Vane gritó inútilmente, entonces vio la que sería su salvación. Desde el valle frondoso al otro extremo de la carretera, y persiguiendo a los centinelas rebeldes que intentaban huir, aparecieron los uniformes verdes de los húsares lealistas.

Los sables, brillantes en la niebla ya escasa, cayeron. Un hombre, gritando, cayó ensangrentado. Los rebeldes intentaron rendirse, pero no hay guerra más amarga que la que se libra entre compatriotas, y los húsares americanos no estaban dispuestos a dar cuartel. Seis lealistas, con los sables teñidos de rojo, saltaron la valla hacia la carretera para cercar a sus víctimas y, al hacerlo, ahuyentaron al semental.

El muchacho que cabalgaba a lomos del animal dio media vuelta dispuesto a saltar la valla de nuevo. Vane se percató de que el joven montaba con clase, pero el semental se negó a saltar, y eso le dio a Vane, que había estado hundiéndose las

espuelas en los flancos de su yegua sin misericordia, el tiempo suficiente como para saltar la valla y girar. Con absoluta calma, como si se hubiera encontrado con un amigo en un camino de Inglaterra, el capitán se inclinó y se hizo con las riendas del caballo.

El semental, al reconocer a su compañera de establo, relinchó y agachó la cabeza. Ambos animales se olieron los hocicos, y Vane se encontró mirando a los ojos grandes, enloquecidos por la batalla, de un joven apuesto.

—Buenas tardes —dijo Vane—. Creo que es por la tarde. Algún cabrón me ha robado el reloj, o puede que lo haya perdido. ¿Eres inglés?

—¿Señor? —Sam temblaba como una hoja en medio de una tormenta—. Sí, señor.

Vane acarició las orejas del semental.

—Es mi caballo. Te lo agradezco. Supongo que querrás una recompensa.

—¿Su caballo?

Era evidente que las luces del muchacho habían quedado esparcidas al viento, como si hubiera estado demasiado cerca de la boca de un cañón en el momento en el que disparaba.

—No me lo podía permitir —dijo Vane en tono coloquial—, pero pensaba que igual me hacía ganar una o dos carreras. —El muchacho parecía estar a punto de perder los nervios—. No debería tenerlo junto a una yegua, pero me da pena caparlo. ¿Qué opinas?

El muchacho miró al hombre muerto que yacía en el barro. Más allá los últimos rebeldes morían bajo los sables de los húsares. Uno de los jinetes se echó a reír.

—Se llama Héctor —dijo Vane—. No es un nombre muy adecuado, pero el hombre que me lo vendió no tenía imaginación, ni un poco. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —Sam no parecía darse cuenta de que su montura había sido capturada—. Sam, señor. Sam Gilpin.

—¿Gilpin? Un apellido muy inglés. —«Y una cara muy inglesa», pensó Vane. No era el típico hombre hosco, delgado y desdentado, sino un perfecto sajón. El rostro mismo de Inglaterra, pensó Vane, y se preguntó por qué un chico así se habría unido al ejército—. Debes de saber montar bien, soldado Gilpin. Héctor es un animal vivaz, ¿no crees?

—Sí, señor —Sam no le quitaba la vista de encima a Nate. Tenía los ojos hinchados, y las manchas de pólvora de su cara estaban surcadas de lágrimas.

—¡Gilpin! ¡Bájate de ese maldito caballo! —El sargento Scammell, que había echado a correr detrás de Sam, se descubrió la cabeza ante Vane en reconocimiento a la presencia del oficial—. ¡Baja, cabrón!

—Será mejor que hagas lo que dice —dijo Vane con amabilidad.

—¿Señor? —Sam frunció el ceño, luego miró a Scammell—. ¡Le ha matado! ¡Le ha asesinado!

—¡Y tú me has dado un puñetazo, cabrón, y te va a caer una buena tanda de



latigazos, Sam Gilpin! —Scammell tenía la cara amoratada.

—¡Era mi hermano! —El grito de Sam surgió cargado de dolor e impotencia.

Scammell aferró a Sam de la pierna, se la retorció, tiró de ella y el muchacho cayó de la silla.

—¡Bastardo! —Scammell empezó a propinarle patadas a Sam mientras el capitán Vane, que aún no podía creer su suerte al recuperar al caballo, tiró de las riendas del animal para apartarlo de aquellos dos hombres y llevarlo hacia un grupo de oficiales montados.

El teniente coronel Elliott le fue presentado a Vane. Este le ofreció una botella de ron y su enhorabuena. Intercambiaron noticias, y risas de alivio recorrieron la carretera embarrada. Un regimiento de escoceses, ataviados con *kilts*, marchaba hacia el norte por los pastizales. Desde el pueblo que quedaba al oeste, los cañones abrían fuego contra los americanos en retirada.

—Parece que hayas estado en medio de todo el asunto, Vane —dijo Elliott.

Vane se miró la sangre seca de los pantalones. Los acontecimientos de la mañana parecían lejanos.

—Mi sirviente, señor. Tuvo la desfachatez de ponerme perdido al morir.

—¿Sabía cocinar?

—No muy bien.

—Entonces no le echarás de menos. Siempre hay que tener un sirviente que sepa cocinar. —El teniente coronel Elliott miró hacia el norte—. Por Dios, sí que corren como mujerzuelas esos yanquis.

—Así es.

Llegó un grito desde la carretera y Vane se volvió. Estaban levantando a la fuerza a un prisionero americano. Este era un tullido herido que no podía tenerse en pie, así que un teniente ordenó que le hicieran una camilla entre dos mosquetes rebeldes capturados y dos casacas.

Luego un aullido hizo que Vane mirara hacia el lugar en el que había recuperado su caballo del muchacho de pelo rubio. El airado sargento tenía al chico acorralado contra la valla. Vane frunció el ceño.

—Ese muchacho de ahí, Sam Gilpin..., ¿qué tal es?

Era evidente que a Elliott le pareció extraño que se le hiciera una pregunta así, pero Vane era ayuda de campo de sir William, y había que bailarle el agua.

—Hace maravillas con los caballos. Solo Dios sabe por qué no está en caballería.

—O por qué se alistó, para empezar —dijo Vane—. Parece que no se lleva muy bien con su sargento.

Elliott sonrió.

—Scammell es el tipo de persona a la que es mejor no enfadar, Vane.

El sargento Scammell le estaba escupiendo palabras a Sam a la cara.

—¡Me has golpeado, Sam Gilpin! ¡Me has golpeado! ¡Te voy a subir al trípode y voy a hacerte azotar hasta que te brillen las costillas!

Sam le observaba con odio asesino.

—¡Le ha disparado!

—¡Estaba desertando! Y tú no se lo has impedido. ¡También haré que te azoten por eso, cabrón! —Scammell le dio uno, dos y tres puñetazos a Sam en la cara—. ¡Hijo de puta!

—¡Basta! —dijo una voz a la espalda de Scammell.

Era una voz grave y autoritaria que hizo que el sargento se volviera para mirar al oficial que había detenido la demencial huida de Sam.

—¿Señor? —Scammell adoptó la posición de firmes.

Christopher Vane no estaba muy seguro de por qué, un instante antes, le había pedido permiso a Elliott para intervenir. Quizá fuera porque había visto la habilidad de Sam con el semental, quizá por la euforia de la victoria. Fuera lo que fuese, Vane ahora tenía el destino de Sam en las manos.

—¿Estabas huyendo, Gilpin?

—El muy cabrón estaba desertando, señor —dijo Scammell a modo de confidencia.

—¿Se lo he preguntado a usted, sargento?

—No, señor. —Todo el desprecio que Scammell sentía hacia los oficiales quedó patente en aquellas dos palabras.

—¿Y bien? —Vane volvió a mirar a Sam.

—Ha matado a mi hermano, señor.

—¡No te he preguntado eso! —dijo Vane con voz autoritaria—. ¿Estabas desertando?

—¡No, señor! —En realidad Sam no había sabido adónde se dirigía. Tan solo que le habían poseído la rabia y la impotencia.

—¡Está mintiendo, señor! —El sargento Scammell había sido golpeado por Sam Gilpin, y el sargento Scammell no era el tipo de hombre que fuera a dejar pasar un insulto así. Temía que la intervención de aquel oficial interfiriera con la justicia natural, sentía que tenía que dejar claras sus razones—. Es un maldito embustero, señor, y va a ir directo al trípode.

Vane había tomado nota del desprecio con que el sargento se había dirigido a él y no pudo resistir la tentación de bajarle los humos.

—No puede azotar a mi sirviente. Al menos no sin mi autorización, sargento.

—¿Su sirviente, señor? —El sargento Scammell insufló tanta indignación a su voz como se atrevió.

Vane decidió tomarse la pregunta como un gesto amable.

—Gracias, sargento. —Miró a Sam—. ¿Sabes cocinar, Sam Gilpin?

Sam observó, sin comprender, al oficial cubierto de sangre.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Vane una vez más.

—¿Cocinar, señor? No, señor.

—Pero puedes aprender. Y sabes montar. Toma. —Le lanzó las riendas del

semental a Sam—. Y sígueme.

Sam no se movió, tan solo le miraba.

—¿Y bien? —Vane estaba disfrutando de su papel divino. Al igual que sir William le había arrancado de las monótonas labores de todo oficial de regimiento, Vane haría uso ahora de su patronazgo como oficial del Estado Mayor para rescatar a ese soldado raso—. ¿Prefieres unos latigazos? —preguntó Vane.

Sam, de pronto, se apartó del sargento, no fuera que aquel quijotesco oficial cambiara de parecer, y se apresuró a recoger la casaca roja que había dejado caer Jonathon. Luego puso un pie en el estribo del semental y subió a la silla con agilidad. Aferrando la casaca, miró hacia el cadáver de su hermano y vio que dos soldados le estaban despojando a Nate de todo hasta dejarlo desnudo, listo para ser enterrado en una fosa común. Se hacía lo mismo con todos, pero verlo resultaba desgarrador. A Sam le hubiera gustado decir una plegaria, incluso haber cavado él mismo una fosa individual, pero no había tiempo. Su nuevo patrón estaba impaciente.

—Vamos —dijo el capitán Vane—. Tengo un hambre de lobo.

El sargento Scammell no pudo hacer nada. Los británicos habían logrado alzarse con la victoria y Sam había sido rescatado. Recorrió los campos de sangre envuelto en nubes de humo acre. El señor Washington había desencadenado la batalla, sir William la había ganado, Sam ya no era gemelo de nadie y todo, merced al fuego y al acero, había cambiado.

# SEGUNDA PARTE

La señora Elisabeth Loring, la gloriosa Lizzie Loring, estaba de pie junto a sir William Howe y sonreía con cordial elegancia a los invitados de su amante.

El propio sir William vestía un resplandeciente abrigo de color rojo intenso engalanado con cordones, cadenas y lazos dorados. Llevaba un corbatín de seda blanca anudado y abultado por un broche de oro entre los cuellos bordados, también en oro. Una estrella dorada y de esmalte brillaba sobre un fajín azul que tenía atado cómodamente a la cintura. Con su peluca, elegante, feliz y junto a su amada, sir William era el hombre más orgulloso de Filadelfia.

Un minueto envolvía la estancia en dulzura. Los músicos llevaban pelucas empolvadas que enmarcaban unos rostros absortos y perlados de sudor. Sus uniformes blancos lucían estridentes cuellos de color escarlata y solapas frontales carmesís, así como charreteras doradas que hacían suya la luz de los altos candelabros que iluminaban la tarima donde se encontraban.

La señora Loring, la bella señora Loring, vestía una polonesa de seda azul turquesa, con corpiño sobre tontillo con brocado de marfil. La polonesa tenía lilas bordadas y escote. Bajo sus pechos colgaban hileras de perlas que abrazaban los contornos sedosos, mientras que en las inclinaciones superiores de estos, osadamente descubiertos y delicadamente empolvados, lucía dos lunares artificiales de terciopelo en forma de corazón. Su cabello dorado estaba recogido en una composición barroca de rizos y pequeñas guirnaldas moteadas de lágrimas de perla que colgaban de ganchitos de plata y lazos de seda carmesí. El elaborado peinado, que, al igual que el vestido, era muchísimo más elegante que cualquiera que hubiera en el salón, se alzaba quince pulgadas desde lo alto de su cabeza.

El champán, que a causa de la presencia de los fuertes rebeldes que bloqueaban el Delaware había sido transportado por tierra desde los barcos de aprovisionamiento en Chesapeake Bay, era servido en delicadas copas de cristal que chocaban y tintineaban arrítmicas bajo el son dulce de violines, violas y flautas. Habría dos centenares de invitados, quizá más, pero era tal la prodigalidad del comandante en jefe que nadie podía estar seguro. Estaban allí para celebrar el restablecimiento de la monarquía en la ciudad más grande de las colonias. Una gran hoguera, en la chimenea de mármol, calentaba el salón hasta tal punto que las puertas de cristal que daban al jardín habían sido abiertas de par en par y algunos invitados habían salido a la terraza, iluminada por quinqués. En lo alto resplandecía una lámpara de araña, con lágrimas de cristal y dotada de tres filas de carísimas velas blancas. Las llamas temblaban ante la brisa nocturna que se colaba por las ventanas.

—¡El señor y la señora Becket! —Un mayordomo uniformado, de magnífico aspecto, junto a las puertas dobles por las que se accedía al salón, anunció a los recién

llegados con sonora voz.

—¡Por Dios, pero si es el señor Becket! ¡Es un placer, caballero, un auténtico placer! —Y sir William, que jamás había visto a aquel hombre, sí que destilaba alegría al conocerle, tratando a Abel Becket como si fuera un viejo y querido amigo al que hubiera echado de menos—. Y usted, querida, cuánto me honra su visita, señora. —Sir William hizo una reverencia y cogió la mano regordeta y enguantada de Hannah Becket—. Permitan que les presente a la señora Elisabeth Loring.

Lizzie ofreció sus dedos enfundados en guantes de encaje al señor Becket y este pareció quedarse ensimismado por aquellos generosos pechos que le quedaban al caer de la mirada. Su rostro era incapaz de esconder la repulsión que le producía; apartó la cabeza, pero no podía ignorar a la amante del hombre de cuyos esfuerzos dependía el restablecimiento del comercio en la ciudad. Apenas rozó los guantes de encaje.

—Señora Loring.

—Llámeme Elisabeth.

—Por supuesto, señora.

Abel Becket jamás había visto tanto del pecho de su mujer como la señora Loring se empeñaba en enseñarle al mundo.

—Comerciante lealista —susurró Ambrose Serle, secretario personal de sir William, al oído del general durante el desigual encuentro—, de peso.

—Debe decirme —a sir William le resultó divertida la conmoción experimentada por sus invitados ante los esplendores de Lizzie— cómo podemos serle de utilidad al comercio, señor Becket. Ustedes, los comerciantes, son nuestra fuerza en las colonias y no debemos ignorarlos.

—Puede ocupar los fuertes, sir William. —Abel Becket decidió que lo mejor era hablar con franqueza—. El río se congelará, señor. Se congelará. Y si no tenemos ocasión de sacar nuestras existencias, acabaremos arruinados. Y si la ciudad no puede ser reabastecida, compartiremos ruina.

—Retomaré los fuertes —dijo sir William—. De hecho, ese es mi principal objetivo en las semanas que siguen.

—¿Semanas? —Abel Becket, que temía que su compra de nogal negro americano pudiera acabar siendo su ruina, no pudo contener su indignación.

—¡Tranquilo, señor Becket! —dijo sir William alegremente—. Deje que sea yo quien se preocupe de los fuertes mientras usted disfruta del champán. Una bebida escasa, pero a mí me encanta, y la señora Loring es testigo de que ha viajado como debe.

Abel Becket se apartó de las impresionantes redondeces de la señora Loring, y se preguntó cómo podía un hombre, más aún un comandante en jefe y comisionado de Paz, traer a su amante y presentársela a gente respetable. Si ese era el modo en que se hacían las cosas en Londres, quizá fuera mejor que... Pero esa deriva mental era demasiado peligrosa, demasiado rebelde, así que se alejó, llevándose a su esposa consigo, y cruzó la estancia atestada hacia el refugio y compañía del reverendo

MacTeague.

—¡Qué hombre más aburrido! —le dijo Lizzie a sir William.

Sus ojos grandes y luminosos dejaron de mirar a la espalda en retirada de Abel Becket, y se centraron en el oficial de casaca roja cuya vaina y espada colgaban de unas cadenas de plata nuevas, y que lucía las brillantes charreteras que proclamaban su estatus como ayuda de campo.

—¿Es ese tu nuevo muchacho?

—Así es. ¡Capitán Vane!

Vane se acercó a sir William, quien le presentó a la señora Loring. El joven hizo una pronunciada reverencia ante su belleza.

—Señora...

Lizzie dejó reposar sus dedos enfundados en la mano de Vane.

—Me dice sir William que hizo gala de una bravura ejemplar en Germantown, capitán.

—Sir William es muy amable, señora. —Tales alabanzas eran miel para los oídos de Vane, que fue incapaz de ocultar su júbilo.

—Demasiado amable, dicen algunos. —Lizzie sonrió—. Particularmente con los americanos.

Vane sabía que estaba siendo puesto a prueba, aunque no sabía con qué objeto. Sonrió.

—Salta a la vista el porqué, señora.

Sir William quedó encantado con el cumplido de Vane, aunque también era cierto que sir William estaba encantado con aquella espléndida noche en su conjunto. Hizo un gesto hacia el elegante salón.

—Magnífico, ¿verdad, Kit? A la par de cualquier recepción londinense.

El salón, con intrincada decoración de escayola, quizá no fuera merecedor de las exageradas alabanzas de sir William, pero era indudable que en lo ornamental resultaba impresionante. Los espejos, decorados con elegantes paneles de estuco, multiplicaban el resplandor de las velas de sebo de ballena desprendiendo destellos de luz quebrada. La casa, requisada para albergar al Estado Mayor de sir William en Filadelfia, era la más lujosa de las grandes casas de la ciudad.

—¡Pásalo bien, Kit! —Así despidió sir William, afable, a su nuevo ayuda de campo. Y justo en el momento en que los músicos se arrancaban a tocar la popular tonada *Tiempo de Juventud*, el general empezó a mecerse sobre sus tacones rojos.

En ese momento sir William se sentía anegado de un júbilo cálido y generoso. Hamlet, su perro, aún no había aparecido, pero eso era lo único que empañaba la satisfacción del comandante en jefe, quien, no obstante, seguía confiando en que la placa de plata que el animal llevaba al cuello aún garantizase su feliz retorno. Por lo demás, se sentía dichoso.

Había obtenido una victoria, Filadelfia estaba a salvo, su esposa estaba en Inglaterra y el marido de Lizzie en Nueva York.

Sir William tenía, por tanto, garantizados sus deleites nocturnos, no así sus ayudas de campo, que buscaban sus propios y similares consuelos. Christopher Vane intercambió pareceres con John Andre, quien, al igual que él, había estado explorando los encantos femeninos que poblaban las atestadas habitaciones. Vane hizo un gesto hacia una muchacha con un vestido verde que se ensanchaba a la altura de las caderas merced a un miriñaque pasado de moda.

—Tiene una sonrisa encantadora, ¿no crees?

Andre esbozó una dramática mueca.

—Tiene unos dientes horribles, y el aliento le huele a cloaca. La he hecho reír hace un momento y me he desenamorado al instante. ¿Qué te parece la del vestido de franjas azules?

Christopher Vane sintió un escalofrío.

—Si Helena provocó que se botaran mil naves, John, por esa chica no se habría hecho a la mar ni un barco de juguete.

—Es difícil contentarte. —André señaló hacia la puerta—. ¿Qué hay de aquella, la que lleva el vestido de algodón color crema? ¿No te he visto coquetear con ella con cierta torpeza?

Vane sonrió.

—Me estaba deshaciendo de ella, amigo mío. ¿Te atrae esa criatura? Se llama Peggy Shippen. Quizá mereciera dos o tres botes de remos.

—Eres injusto como un demonio, Kit. —La muchacha tenía los cabellos dorados, piel fina y ojos azules—. Yo le dedicaría una flotilla. —John Andre se atusó la casaca—. Con tu permiso.

La señorita Shippen era demasiado rolliza para el gusto de Vane. Sonrió.

—Te deseo el júbilo de la victoria, John, y la rápida rendición del enemigo.

Vane, solo una vez más, recorrió las suntuosas habitaciones sonriéndoles a las esposas de los comerciantes y picando de los grandes platos de ostras que había por doquier para deleite de los invitados. Observó a las muchachas, pero no vio a ninguna que le mereciera el esfuerzo que suponía todo flirteo. Lord Robert Massedene estaba bailando con una muchacha alta y pelirroja que Vane hubiera considerado atractiva de no haber sido porque ya estaba envuelta en brazos del aristócrata.

—¿Cómo le suelen llamar, capitán Vane? ¿Christopher, Kit o Kitten?

Vane dio media vuelta y se sorprendió al ver a Lizzie Loring sonriéndole. Hizo una reverencia.

—Lo último nunca, señora.

—Supongo que no. Entonces... ¿Kit?

—Eso es.

—Yo, Lizzie.

La mujer se colgó del codo de Vane y le hizo cruzar la estancia hasta una mesa repleta de comida.

—Billy está ocupado con los comerciantes, y a mí me aburren. —Cogió una ostra



y dejó que se deslizara en su boca—. Las mejores del mundo —suspiró.

—¿Señora?

—¡Las ostras, Kit! Seguro que no se niega a admitir que es en América donde se encuentran las mejores ostras.

Vane, a quien solía molestarle el hábito de los colonos de decir que todo lo americano era mejor, más grande y más bonito que cualquier otra cosa del mundo, no se vio capaz de contradecir a aquella deslumbrante belleza americana que ejercía tal influencia sobre sir William.

—Están muy bien, señora.

—¿«Muy bien»? —Lizzie repitió la tímida alabanza con indignación—. Nuestras ostras, Kit, son seleccionadas en el lecho del cielo, se alimentan de la leche de los ángeles y solo los dioses son dignos de saborearlas.

La mujer rio y volvió a colgarse del brazo de Vane. Acto seguido le llevó a la terraza, desde la que se veía un grupo de luciérnagas que brillaban junto a los oscuros arbustos que escondían las cabañas de los esclavos y los establos.

—¿Ninguna chica, capitán?

—Esta noche soy el ayuda de servicio.

—¿Se toma su deber muy en serio? —dijo Lizzie con despreocupado desprecio, aunque, dada su íntima cercanía, la mujer le hizo sentir al capitán el placer de convertirse en el blanco de las miradas celosas de otros hombres.

Lizzie dio dos pasos de baile al son de la música y luego cogió una copa de champán de la bandeja de uno de los criados que pasaba por allí.

—¿Cree que esto marca el principio de la paz, capitán?

—¿Y usted, señora? —preguntó Vane con cautela.

—Billy sí. Y tiene intención de permanecer en las colonias en cuanto se haya firmado el tratado.

—¿Los rebeldes han accedido a negociar?

—Lo harán —Lizzie se atusó las lustrosas faldas y se apoyó delicadamente contra la balaustrada de piedra, bajo los quinqués, en torno a los cuales revoloteaban nubes de mariposillas nocturnas—, siempre y cuando se les trate con dignidad. Hoy, capitán, se negó usted a permitir que una delegación de mujeres se entrevistara con sir William.

Vane supo entonces que aquella mujer bella e inteligente le había abordado con un propósito, y sintió resentimiento de que pudiera interferir de ese modo en sus obligaciones solo por ser la puta de un general.

—El general estaba ocupado —dijo Vane fríamente.

La delegación había ido a rogar por los civiles patriotas que, habiéndose quedado en Filadelfia, habían sido encarcelados ilegalmente por los lealistas antes de que llegaran los británicos. Vane había recibido a las esposas de los desafortunados prisioneros y prácticamente se había limitado a encogerse de hombros al escuchar su petición. Sin embargo, era evidente que las mujeres habían encontrado a su

vengadora en la amante de sir William.

—Todos serán puestos en libertad mañana —dijo Lizzie.

—Eso será si sir William...

—Ya lo ha decidido.

Vane aceptó la derrota.

—No me cabe duda de que las cárceles no tardarán en llenarse de nuevo.

Lizzie le observaba como si de verdad deseara comprender lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—He oído, capitán, que es usted uno de esos hombres que consideran que los rebeldes deben ser castigados por la osadía de desafiar al rey Jorge.

Vane hubiera querido decir que sus opiniones no eran asunto de la señora Loring, pero sabía que, a juzgar por el poder que ejercía aquella mujer, no debía mostrarse tan altanero.

—Si cedemos ante los rebeldes en la mesa de negociaciones, señora, animaremos a otros a seguir su ejemplo. Y entonces el imperio se verá anegado por vándalos. No, señora, los rebeldes deben ser castigados para aleccionar a los demás.

Lizzie Loring fingió valorar sus palabras un instante.

—Pero entonces, si azota usted a los niños, ¿cómo pretende mantener el orden en una guardería desafecta y que le odia?

—Que nos odien.

—¿Mientras los teman? —se burló Lizzie—. Es usted un hombre orgulloso, capitán Vane. ¿Tiene que ver con el hecho de que sea hijo de un tendero?

Vane miró a Lizzie a los ojos. Estos reflejaban la luz de los quinqués desprendiendo diminutos destellos luminosos. Se preguntó quién habría estado chismorreando sobre él. ¿Massedene?

—No, señora.

—Los ingleses sienten un absurdo desprecio hacia los comerciantes, ¿no es así? Seguro que anhela ser aceptado. —O bien Lizzie era ajena al hecho de que estaba hurgando en los miedos más profundos de Vane, o creía que su belleza le daba el derecho a decir lo que le viniera en gana. La mujer sonrió—. Sí le rogaría que apoyara las ambiciones de sir William, capitán. Quiere sellar la paz sin más derramamiento de sangre, y creo que ese deseo merece el apoyo de su familia militar.

—Por supuesto, señora —dijo Vane en tono neutro.

Comprendía que Lizzie Loring quisiera que su amante estuviera cómodamente rodeado de hombres que mostraran su acuerdo, pero Vane no iba a cambiar de opinión solo porque aquella mujer con los senos a medio descubrir le sonriera con dulzura. No obstante, también sabía que sería peligroso convertirla en enemiga dada la influencia que ejercía sobre el comandante en jefe.

—Le aseguro, señora, que ningún ayuda de campo cumple su deber con más diligencia que yo. ¿Le sirve eso?

Pero Lizzie Loring no parecía estar escuchándole. En su lugar, distraída por un

revuelo proveniente de una de las puertas acristaladas que daban acceso a la casa, Lizzie miró a la derecha, y Vane siguió su mirada para ver qué era lo que había captado su atención.

El mundo se había detenido.

Allí había una mujer alta, delgada, joven, imperiosa y espléndida. Llevaba un sencillo vestido escarlata de algodón, pero dada su esbelta figura cualquiera hubiera dicho que se trataba de una prenda de alta costura a la última moda. Su pelo era negro como el de una bruja, y lo llevaba rizado con delicadeza en torno a un rostro bello y estrecho que desprendía carácter debido a una mueca de enfado.

Un teniente cuya labor consistía en acompañar a los invitados por la mansión apareció junto a la mujer y, al ver a Vane, cruzó con ella la estancia.

—Señor, permita que le presente a la señora Martha Cowl.

El teniente estaba nervioso.

—A su servicio, señora. —Vane le dedicó una reverencia.

—El capitán Vane, señora —dijo el teniente—. El ayuda de servicio de sir William.

—Puede llamarle Kit. —Era evidente que Lizzie había sentido la hostilidad de Vane hacia ella—. Yo soy Elisabeth Loring.

Ambas mujeres se miraron, y entre las dos surgió un destello de camaradería, ya que Martha le dirigió a Lizzie una rápida pero íntima sonrisa que se clavó en el alma de Vane como un dardo. El capitán no pudo evitar preguntarse mediante qué magia se comunicaban esas mujeres.

—La señora Cowl desea hablar con el comandante en jefe, es urgente —explicó el teniente—. Ya le he comunicado que sir William está...

—... sir William estará encantado de conocerla —interrumpió Lizzie al tiempo que con un gesto de la mano despedía al teniente—. Sé a ciencia cierta que lleva media hora secuestrado por unos comerciantes tediosos. ¿Quiere que vayamos a rescatarlo?

Y sí, sir William estaba atrapado, y también estaba demasiado cerca de la chimenea, lo que le hacía temer que las medias de seda se le estuvieran chamuscando. Sin embargo, no se atrevía a moverse, porque no quería que la legación de comerciantes de Filadelfia, que le tenía rodeado, se lo tomase como una ofensa. Le estaban aburriendo, pero sir William sabía que debía mostrar un cortés interés por sus preocupaciones. Aquellos, después de todo, eran los hombres sobre los que descansaba la riqueza de las colonias, y los más acérrimos defensores del poder real.

—Les aseguro —dijo sir William por tercera o cuarta vez— que los fuertes del río caerán en nuestras manos. Se lo prometo, caballeros.

—¡Deben ser ocupados! —dijo un fabricante de muebles con tristeza.

—¡Y lo serán! —Sir William deseó que uno de sus ayudas de campo acudiera a rescatarlo, pero lo más seguro era que todos estuvieran con las jóvenes invitadas.

Abel Becket exigía saber la fecha en la que el río sería seguro para el tráfico

fluvial.

—Tengo mercancías listas para ser enviadas a Inglaterra, madera de castaño, sir William, y ya van con retraso.

—Me hago cargo, me hago cargo. —Sir William, con el trasero ardiendo por la proximidad a las llamas, se preguntaba por qué el destino le estaba castigando con la compañía de aquel tratante de maderas—. El río quedará expedito dentro de poco.

—Espero que antes de que lleguen las heladas —continuó Becket—. O los franceses...

Ese último comentario molestó a sir William, que frunció el ceño, un gesto muy poco común en él.

—Los franceses, señor Becket, no quieren verse envueltos en la rebelión. Sí, no niego que les encantaría ver humillada a Gran Bretaña, pero ¿pagando el precio de apoyar el republicanismo? Francia es una monarquía. —Esto último fue dicho con cierto paternalismo, como si no pudiera esperarse que un comerciante americano de provincias supiese gran cosa sobre la política europea—. Además —sir William relajó el gesto—, la rebelión acabará pronto. Hemos tenido la suerte de asestarle al señor Washington otro golpe. No creo que sus hombres puedan soportar el invierno, por Dios que no. Y dentro de muy poco, caballeros, tendremos noticia del éxito del general Burgoyne. Nueva Inglaterra les será arrebatada a los rebeldes.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el reverendo MacTeague, que estaba con la oreja puesta en la conversación.

—Creo que la paz no solo es probable, sino inminente. —Sir William ignoró al rollizo sacerdote, que no hacía más que dar la lata en el Estado Mayor pidiendo permiso para officiar un servicio para dar gracias a Dios por la victoria de Germantown. Sir William no quería hacer nada solemne, solo quería alegría, como la pieza que ahora tocaban los músicos con energía: *El mundo al revés*. Un brillante destello azul pasó por delante de una de las puertas que daban a la terraza. Sir William vio, con alivio, que Lizzie le llamaba discretamente—. Les ruego que me disculpen, caballeros —murmuró, como si cuestiones militares de vital importancia merecieran su atención inmediata.

Y, en cierto sentido, así era, porque Martha Crowl, que había sido llevada a la biblioteca vacía de la casa, acusó a sir William, a bocajarro, de crueldad. ¿Había visitado sir William los hospitales en los que se había hacinado a los heridos rebeldes? La viuda exigía saberlo.

Sir William, que admiraba a las mujeres con carácter, aun cuando estas le interrumpían en medio de una celebración, confesó que no lo había hecho.

Pero Martha Crowl sí se había tomado la molestia de visitar los hospitales, y ahora pasó a relatarle a sir William los horrores de los que había sido testigo en las salas atestadas, de la agonía y el abandono que sufrían los heridos. Lizzie Loring, sentada en una esquina de la estancia, escuchaba acompañada del capitán Vane.

—Y mi propio hermano —dijo Martha— está muriéndose en uno de esos

hospitales.

Hubo silencio en la biblioteca, salvo por el tintineo de la música que llegaba tenue hasta el pasillo.

—Lo lamento profundamente —dijo sir William al fin. Frunció el ceño buscando palabras más adecuadas. No encontró ninguna—. Lo lamento profundamente.

—He intentado que lo cambiaran de sitio —dijo Martha—, del mismo modo que he intentado aliviar los males de todos nuestros heridos, sir William. Y ambas peticiones me han sido denegadas. Los médicos dicen que no se encargarán de los americanos heridos hasta que los británicos hayan sido tratados, pero es que tampoco permiten que nuestros propios médicos accedan a los hospitales. Esto no es propio de hombres civilizados, sir William.

—No. —Sir William estaba visiblemente afectado por las noticias de las que Martha le estaba haciendo partícipe, y Vane se percató de que miraba a la señora Loring en busca de apoyo. El general también se sentía intrigado por el posesivo «nuestros» que usaba Martha—. ¿Puedo preguntarle, y le ruego que me disculpe, si simpatiza con la causa rebelde, señora Crowl?

—Soy una patriota, señor, y estoy orgullosa de serlo.

—Agradezco su honestidad. De verdad. —Sir William hizo otra pausa—. ¿Debo suponer que si está aquí, sola, es porque su marido está luchando con el señor Washington?

—Mi marido está muerto, señor, pero si estuviera vivo ahora se contaría entre las tropas del general Washington.

Sir William tomó nota del énfasis con el que había sido pronunciada la palabra «general» y sonrió.

—Nos negamos obstinadamente a reconocer su rango, señora, debe disculparnos. —Se giró para mirar a Christopher Vane—. ¿Eres el ayuda de servicio, Kit?

—Sí, señor.

—Quizá puedas dar orden a los hospitales para que le sea facilitado el acceso a cualquier civil que desee atender a los heridos rebeldes.

Vane asintió.

—Por supuesto, señor. Redactaré la orden esta misma noche.

Sir William volvió a dirigirse a Martha.

—¿Y dice que su hermano se está muriendo?

—Si no se le amputa la pierna, sí. —Martha dudó, pero fue incapaz de resistir la tentación de echar sal a la herida de sir William—. Y ni siquiera lo hubiera sabido de no haber insistido en recorrer los hospitales. —Martha, al igual que todas las mujeres que buscaban saber sobre sus seres queridos, había salido a averiguar si alguno de los prisioneros había visto a Jonathon en la batalla, pero, en vez de noticias, había acabado dando con su hermano—. Insistí en que me dejaran acceder —dijo desafiante.

Sir William sonrió.

—Celebro que así fuera, señora.

—Pero no me permitieron llevarme a Jonathon.

—Se remediará de inmediato. —Se volvió—. ¿Kit?

—De inmediato, señor. —Vane miró a Martha—. ¿Dónde se encuentra su hermano, señora?

—En la Casa del Estado, capitán.

—¿Adónde quiere que lo llevemos? —Vane garabateaba notas en un pequeño cuaderno.

—Mi casa es el edificio de piedra caliza en la esquina de Fourth con Market. ¿Puedo sugerir que lleven a Jonathon por la parte de atrás? Hay unas escaleras que conducen a la cocina. Allí habrá un cirujano esperando.

Vane esbozó una sonrisa condescendiente ante la insinuación de que sería él quien cargaría con el rebelde herido por las calles.

—Mi sirviente lo llevará, señora. ¿Cómo se llama su hermano?

—Jonathon Becket.

Sir William esbozó un gesto de sorpresa.

—¿No será el hijo de Abel Becket?

—Su sobrino, sir William, aunque el señor Becket ha desheredado a aquellos de su familia que son patriotas —dijo Martha con desprecio. Acto seguido relajó el tono e hizo una reverencia dirigida al comandante en jefe—. Se lo agradezco, sir William.

El general devolvió la reverencia.

—Solo lamento que se haya visto en la necesidad de venir a esta casa, señora.

—Y yo estoy encantada de haber venido. —Martha parecía sorprendida ante tan fácil victoria. Luego se sonrojó cuando Vane le ofreció su brazo.

—Dijo que la cuestión era urgente, señora. Deberemos, pues, actuar con urgencia.

—Sí, capitán. —Martha, obediente de pronto, tomó el brazo que se le ofrecía y salió de la estancia.

Sir William resopló apreciativo.

—¡Espero que Vane sepa lo que tiene entre manos! Toda una belleza, si es que alguna vez vi una. Exceptuándote a ti, por supuesto.

—Esperemos que sepa insuflarle al capitán algo de sentido común.

—¿No te cae bien Kit? —Sir William parecía sorprendido.

—Es un hombre orgulloso y con ambición. Es una combinación peligrosa, William.

—Pero yo soy general y él es capitán, así que creo que podemos dormir tranquilos. ¿Volvemos con nuestros invitados?

Sir William esbozó su benevolente sonrisa, capaz de iluminar esa tierra salvaje. Soñaba con la paz, soñaba con las risas que habrían de engalanar esa paz con alegría, a cuyo fin, mientras el capitán Vane acompañaba a la viuda, sir William volvía al baile.

—Por el amor de Dios...

El oficial de servicio en la Casa del Estado era un teniente ya mayor y perezoso a quien el aliento le apestaba a ron. Un hombre desencantado que creía que le estaba siendo negado aquello que merecía. El teniente sostenía la autorización del soldado Sam Gilpin cerca de la llama de una vela.

—¿Sir William Howe? —dijo el teniente insinuando incredulidad.

—Lo ha firmado él, señor —dijo Sam procurando ser útil.

En realidad el secretario personal de sir William había falsificado la firma, pero solo porque no quería importunar más a sir William en su noche de fiesta.

—Existe una cosa que se llama luz del día, ¿lo sabías? Dios dijo «hágase la puta luz», y se hizo. ¡Pero no! Sir William tiene que mandarte a la puta medianoche, ¿verdad? —El teniente le devolvió a Sam el documento sellado y, a regañadientes, dio por buena su autenticidad—. ¿Has venido aquí a buscar a un yanqui de mierda y a llevarte al muy cabrón?, ¿es eso?

—Sí, señor.

—Mucha suerte, hijo. Han estado cayendo como gorriones, así que el sodomita al que buscas estará muerto seguramente. —El teniente bostezó—. Llévate un puto quinqué, y no vayas a provocar un incendio. Y no despiertes a los heridos. Bastante lata dan ya.

Sam accedió así a la Casa del Estado. Encendió el quinqué con la vela del teniente de servicio. La vida del sirviente de un oficial, se estaba percatando, estaba repleta de sorpresas, ya fuera servir dos desayunos al capitán y a la prostituta que se había llevado arriba la noche anterior, o ir de un lado para otro haciendo extraños recados como aquel. Todo había empezado cuando el capitán volvió pronto de la recepción del general, despertó a Sam, que dormía en el suelo de la cocina, y le ordenó que saliera de inmediato a buscar a un herido rebelde en la Casa del Estado.

Sam, parpadeando al despertar, se incorporó.

—¿Un rebelde, señor?

—Veinte años. Se llama Jonathon Becket. Debe de haber caído herido cerca del lugar en el que golpeaste al sargento. —A Vane le gustaba recordarle a Sam aquel crimen para garantizar su gratitud—. Ve y encuéntralo. Alguien debe de tener una lista de sus nombres. Despiértalos, que se muevan. Usa la autorización de sir William ¡y date prisa!

—¿Jonathon Becket, señor? ¿Como el arzobispo?

—¿Ahora quieres hablar sobre crímenes históricos? Por el amor de Dios, Sam, ¡despierta!

—Es que le conozco, señor. Tuve que cuidar de él. Si es que se trata del mismo...

—¡Dios me ha hecho un regalo! —Vane azuzó a Sam con repentino buen humor—. Cuando Dios te hizo, Samuel Gilpin, se superó a sí mismo. Levanta, escoria, ve y encuéntralo. Hay una mujer en juego. Ponte alas en los pies y un cartucho encendido en el culo. En resumen, Sam, ¡date prisa!

Y así es como Sam acabó en la Casa del Estado. No se había hecho recuento de los heridos, así que Sam tendría que recorrer las improvisadas salas de hospital una a una, aunque la labor no se le antojó desagradable. A lo largo de los últimos días a Sam le había atormentado el recuerdo del joven americano herido que había intentado ayudar a Nate a escapar y que, como recompensa a sus esfuerzos, había acabado siendo agredido por el sargento Scammell. Sam se sentía culpable. Si se hubiera hecho antes con el caballo, o si hubiera aceptado desertar con Nate, quizá su hermano no estaría muerto, y Jonathon, que ahora parecía guardar una curiosa relación con Nate, quizá no estuviera tendido en ese hospital.

Si Jonathon Becket aún vivía..., algo que, a juzgar por el hedor y la suciedad que reinaban en la Casa del Estado, parecía poco probable. Sam empezó su búsqueda por el piso superior, sorteando heridos rebeldes que se lamentaban, juraban y lloraban. El edificio apestaba a carne ulcerada, a heridas gangrenadas, a vómito, mierda y muerte. Los hospitales de verdad, si se los podía llamar así, habían sido reservados para los heridos británicos, así que aquellos rebeldes, bajas de Germantown, habían sido hacinados en la Casa del Estado, y allí aguardaban una muerte agonizante. Algunos dormían, otros ya estaban muertos y otros parpadeaban al percibir la repentina luz del quinqué de Sam, y, desesperados, alargaban patéticamente las manos hacia la tenue llama.

—Amigo —dijo una voz entre las sombras—. Amigo.

El hombre que hablaba estaba envuelto en una manta llena de parásitos. Sam, asqueado de la peste que le envolvía, acercó el quinqué, pero aquel hombre no era Jonathon. La mano del hombre intentó agarrar a Sam de la manga.

—Agua, por favor.

Sam le ofreció su cantimplora. El hombre la aferró con una fuerza casi demoníaca y succionó como si llevara una semana sin beber. La estancia al completo, despertándose lentamente y viendo una muestra de compasión, empezó a llenarse de horrisonas súplicas de ayuda.

—¿Cómo se te ocurre? ¿De verdad era necesario? —dijo una voz petulante desde la puerta de entrada.

Sam dio media vuelta y vio que le miraba un cabo con casaca roja parpadeando soñoliento.

—¿Cabo?

—¿No ves que molestan? —El cabo tenía un tono de voz extrañamente educado—. ¡Vamos, muchachos! ¡A dormir! ¡Os vendrá bien! ¡El sueño es la dulce enfermera de la naturaleza!

Pero los rebeldes se habían despertado y levantaban las manos, pedían agua y



comida, cosas que Sam no podía darles. Le arrebató la cantimplora vacía al rebelde, cogió su quinqué y huyó de la sala.

—No sirve de nada darles esperanzas —dijo el cabo a modo de reprimenda—. Quizá creas que les haces un favor, pero a la larga es muy cruel. Es lo que les dije a las mujeres que querían cuidar de ellos. ¿Por qué?, les pregunté, ¿para qué prolongar su sufrimiento? Pero a las mujeres les gusta meterse en todo, ¿no crees?

Sam se apoyó en la pared, junto a una ventana abierta. Las nubes, de un negruzco plateado, pasaban junto a una luna clara. Respiró el aire puro y fresco. Una cucaracha se movió por la repisa de la ventana. Sam se palpó la casaca y pensó en su hermano y, como siempre, sintió que se ahogaba en lágrimas al recordarlo. Sam intentaba consolarse pensando que la rápida muerte de Nate era mejor final para un soldado que aquella tortura lenta y cruel.

—Solo querían agua —dijo.

—Ya beben una vez al día —dijo el cabo con severidad—. Hasta ir a buscarla es un problema. No disponemos de hombres suficientes. Y tampoco es que sea nuestro trabajo cuidar a los heridos del enemigo. ¡Yo soy flautista!

Sam intentó quitarse el denso hedor a muerte de la garganta.

—¡Se están muriendo de hambre!

—Pues me temo que es todo culpa del señor Washington. —El cabo se desentendió del problema agitando una mano curiosamente fina y elegante—. Las costumbres de la guerra dictan que debe ser él quien suministre lo necesario para el sustento y cuidado de sus hombres cuando caen prisioneros, y si él no se molesta en organizarlo, nosotros no estamos obligados a hacerlo. —Dijo estas últimas palabras en un curioso tono cantarín, como si se las hubiera aprendido de memoria—. Y no es que no me den pena, no vayas a pensar eso. ¡Claro que me la dan! Les leo salmos.

—Eso seguro que los anima —dijo Sam con amargura.

—Quise entrar en la Iglesia. —El cabo, ahora completamente despejado, parecía haber decidido que, ya que estaba despierto, haría su guardia. Se abotonó la casaca y se abrochó el cinturón—. Era la Iglesia o el teatro, pero he acabado tocando para el rey Jorge. O, mejor dicho, de enfermero de estos zafios colonos. ¡Qué castigo! —Miró a Sam de arriba abajo y dio la sensación de que le gustaba lo que veía—. ¿Se supone que tienes que estar aquí o es una visita social?

—Busco a un muchacho que fue herido en Germantown.

—Lo más seguro es que esté muerto. Caen como moscas, ya sabes. Tenemos que sacar los cuerpos. Es asqueroso, repugnante. Pero para ellos en realidad supone todo un descanso. No se puede disfrutar mucho de la vida si acabas tullido.

—El muchacho al que busco ya estaba tullido —dijo Sam—. Tenía la pierna torcida y el pie zambo.

—¡Ah! —dijo el cabo con repentino entusiasmo—. ¿El chico bien parecido de pelo negro? Al menos ayer estaba vivo. Creo. —Le hizo un gesto a Sam para que le siguiera y al llegar a las escaleras posó la mano en el brazo de Sam para advertirle—.

Ten cuidado de dónde pisas, no es el más salubre de los lugares.

Llevó a Sam por un pasillo que, al haber sido convertido en la letrina de los guardias, estaba repleto de excrementos y orina. Dos ratas, ahuyentadas por la luz del quinqué, corrieron a refugiarse en la oscuridad mientras el cabo abría una puerta alta e invitaba a Sam a pasar a una habitación de paredes cubiertas de ricos paneles.

—Estos —dijo el desencantado músico con su voz delicada— son los afortunados. No han sufrido heridas de consideración, ¿ves? —Empujó el brazo de Sam hacia arriba y el quinqué iluminó un poco más la estancia de techos altos—. Esta es la mismísima habitación en la que los rebeldes firmaron su Declaración de Independencia —rio el cabo.

—¿Su qué? —Sam jamás había oído hablar de declaración alguna.

—No importa. —El cabo miró a los heridos, quienes, al sentir el brillo de la llama, dieron comienzo a sus terribles lamentos en petición de ayuda—. No parece que les haya servido de mucho, ¿verdad? El muchacho al que buscas estaba allí, bajo la ventana.

Era difícil ver en qué modo aquellos hombres, cuyas heridas eran leves, eran más afortunados que el resto de sus camaradas, salvo quizá por el hecho de que tardarían más en morir. La habitación olía a putrefacción. Apestaba a sudor febril, a fluidos corporales, a carne pudriéndose sobre los huesos. Allí había fiebres y cólera. Era un vertedero de cadáveres.

Pero bajo la ventana, con los ojos brillantes como brasas, Sam vio el rostro agraciado y delgado del muchacho junto al que había estado en Germantown, y vio, también, que Jonathon había enfermado mucho más allá de la herida de la que había cuidado Sam. Los ojos del muchacho brillaban de fiebre, el cuerpo delgado temblaba, y Sam sintió una sacudida de pena y culpa al sortear cuerpos apiñados para acabar arrodillándose junto al muchacho.

—¿Jonathon?

No hubo respuesta. Sam vio un piojo trepando por el cuello de la camisa de Jonathon. El chico apestaba a sus propios excrementos, a sangre y a sudor.

—¿Jonathon?

—¿Entonces le has encontrado? —preguntó el cabo.

—Sí.

En el momento en que Sam dijo esa palabra, los ojos de Jonathon parecieron iluminarse de conocimiento. Lentamente estos se fijaron en los de Sam y un gesto de confusión anegó el rostro del americano. A la confusión le siguió una mirada de alivio al comprender que había llegado ayuda, una mirada que hablaba por sí sola del infierno que había soportado en ese lugar. Sam sabía que rompería a llorar de pena si no decía algo.

—Te voy a sacar de aquí, Johnny.

—¿Te lo llevas? —dijo el cabo, sorprendido.

—Órdenes de sir William Howe —dijo Sam. A lo largo de los últimos días había

aprendido el poder que le daban aquellas palabras mágicas.

—Un yanqui afortunado, entonces —dijo el cabo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Te arreglas? Yo no puedo ayudarte, ya sabes, no con lo que me duele la espalda.

—Me arreglo.

Sam levantó a Jonathon de su ciénaga, el cuerpo cubierto de mugre y suciedad no pesaba demasiado en brazos. Le llevó hasta la casa, en Market Street, donde, tal y como le había indicado el capitán Vane, esperaba un cirujano en una cocina iluminada por velas. Con él había una mujer alta y elegante y una criada negra. Ambas gritaron conmocionadas al ver entrar a Sam con su terrible carga.

—¡Dios mío!

El cirujano se hizo eco del horror de la criada.

—¡Dios mío!

Sam dejó el cuerpo sobre la mesa. Acto seguido, dado que no sabía qué más hacer, se dirigió hacia la puerta solo para ser increpado por la voz airada del médico.

—¡Tú has causado el daño, así que puedes ayudar a repararlo!

—¿Yo?

—Eres un casaca roja, ¿no? Uno de esos hombres refinados que han venido a salvarnos de nosotros mismos. —El médico escupió las palabras con rabia—. ¡Así que ven aquí! Tu maldito capitán es demasiado delicado como para echar una mano, te toca hacer algo por un patriota.

El médico empezó a despojar a Jonathon de sus ropas, cortando con unas largas tijeras las capas de tela podridas, sucias de excrementos y rígidas de pus. La bella dama estaba pálida, mientras que la criada negra ayudaba con dedos rápidos y diligentes.

—¿No están haciendo nada por ellos ahí dentro? —preguntó el médico furioso.

—No, señor —dijo Sam con absoluta tristeza.

—Bárbaros. Escoria. Basura —dijo el médico al retirar la última capa de lino.

Sam observaba con fascinado horror el amasijo de carne retorcida que era el pie derecho de Jonathon.

—¡No te quedes ahí pasmado! —espetó el médico—. ¡Dios mío! Hay que amputar. Agua, Jenny. Sábanas. Dios mío.

La pierna estaba hinchada, podrida. Apestaba.

—¿Puedes...? —empezó a decir la dama.

—Puedo, Martha, pero vas a tener que dejarme hacer en paz.

El médico estaba casi completamente calvo, y tenía un rostro regordete y malhumorado. Abrió un maletín de madera, con el interior forrado de terciopelo, que tenía hendiduras con las formas de las herramientas que contenía: una sierra, cuchillos, taladros, fórceps y pequeños bisturís. En los dientes de la sierra aún había restos de sangre seca.

El médico se inclinó sobre el maltrecho muslo de Jonathon y olisqueó la carne

rancia.

—No hay piel suficiente para cubrir el muñón. ¿Tenéis brea?

—No —dijo Jenny.

—En ese caso, un espetón al rojo vivo, un hierro incandescente..., cualquier cosa. ¡Tú! —le dijo a Sam—, ven aquí.

Sam, obediente, se acercó al borde de la mesa de la cocina, donde el médico estaba atando una larga tira de cuero en torno al paciente y la mesa.

—Ténsala bien —dijo el cirujano—. No quiero que se mueva.

Le puso otra tira de cuero a la cintura y dos más alrededor de la pierna buena.

—¡Espetones, Martha, espetones!

Martha metió tres espetones al fuego mientras Jenny accionaba los fuelles de cuero. El cirujano se quitó la chaqueta y se puso encima un delantal con manchas de sangre.

—Le va a doler.

—¿Serviría de algo un poco de brandy? —preguntó Martha.

—Dudo que pueda beberlo —dijo el médico—, pero a mí me vendrá bien. —Miró a Sam con el gesto agresivo—. Está atado, pero dará sacudidas como un pez fuera del agua. Tienes que hacer que se esté quieto, ¿comprendes? Y no mires a lo que estoy haciendo, límitate a agarrarlo bien.

—Sí, señor.

—¡Martha! ¡El brandy, y más luz, más luz!

Esperaron. Jonathon gemía y movía la cabeza de un lado a otro. Entonces Martha entró en la cocina con dos candelabros altos de plata. También traía una botella negra, de brandy, que el médico le arrebató de las manos.

—Ahora ve hacia la cabeza de tu hermano, Martha. Cógele la cara, reconfórtale. Lo más seguro es que no te oiga, incluso puede que muera, pero podemos intentar deshacer lo que nuestros monárquicos señores han hecho. ¡Jenny, no descuides el fuego!

—No, señor.

El cirujano había enganchado un afilador de cuero a un gancho de metal y ahora deslizaba el cuchillo por él arriba y abajo.

—Dicen —no le hablaba a nadie en particular— que lleva unos veinte minutos amputar una pierna. Son tonterías de los soldados. Yo lo he hecho en noventa segundos, y así será ahora. Si lleva más tiempo, todo el organismo se resiente. No es agradable para nadie, menos aún para el pobre paciente, pero si queremos darle un cuarto de oportunidad de sobrevivir, lo mejor que podéis hacer para ayudarme es no gritar, no desmayaros y no mostrar ninguna de esas debilidades femeninas. Esto también vale para nuestro valiente soldado británico. Agarra fuerte y piensa en Inglaterra, pero no dejes que el pensamiento te haga vomitar. ¿Están los espetones al rojo vivo?

—Sí, señor. —Jenny, acobardada por la ampulosidad del médico, habló con

humildad.

—Que Dios nos bendiga. —El médico posó el cuchillo, ya afilado, y se sirvió una generosa cantidad de brandy, que se bebió de un trago—. Si Dios se apiada de él, caerá inconsciente. Agarradlo.

Sam puso los brazos sobre el abdomen de Jonathon. Martha colocó sus dedos largos y blancos en las mejillas, aún más blancas, de su hermano. El médico cogió el cuchillo.

—Que Dios nos conceda valor —dijo el médico en tono sombrío. Acto seguido hundió la punta del cuchillo, brillante y fina como una pluma, en la carne de Jonathon.

El americano dejó escapar un grito que bien podría haber sido el de un alma sumiéndose en la perdición eterna. Al mismo tiempo su cuerpo empezó a convulsionarse con tal ímpetu que Sam tuvo que hacerle frente con la fuerza acumulada durante años de vida en la aldea.

—¡Que no se mueva! —gritó el médico como si pretendiera ahogar los horriblos chillidos de agonía y desesperación. Sam empujó el cuerpo mientras el cuchillo cercenaba el muslo, del que ahora manaba una riada de pus y sangre que caía al suelo.

El médico descartó entonces el cuchillo y aferró la sierra; gruñó, y los dientes del utensilio resbalaron, se trabaron y empezaron a emitir un ruido de serrado. Jonathon, por suerte, se desmayó. Sam miraba en dirección opuesta a la operación, a los ojos negros de la dama, que, sin saberlo, le estaba mirando a él. La sierra, veloz, empezó a oler a quemado.

El cirujano dejó escapar un último gruñido de esfuerzo con la sierra; luego con un segundo cuchillo retiró la carne que quedaba.

—¡Los espetones, rápido, chica, rápido!

Jenny le entregó el primero al médico, y el cuerpo de Jonathon volvió a convulsionarse cuando el hierro al rojo vivo cauterizó la carne violentada.

—¡El otro!

Un siseo más y, de nuevo, el olor a carne chamuscada se le coló a Sam por las fosas nasales.

—¡El otro!

Y Sam cerró los ojos, como si la oscuridad fuera a ahuyentar el terrible olor y el desquiciante escándalo.

—¡Noventa y ocho segundos! —El médico sudaba—. ¡Vendas!

Las vendas habían sido empapadas en acetato de plomo para combatir la infección.

—Tú. —Una vez más se dirigía a Sam—. Saca la pierna y entiérrala.

Sam recogió la pierna, grotescamente retorcida a la altura del tobillo, y la sacó al jardín. No había luz, ni forma alguna de encontrar una pala, no había forma de saber en qué lugar del pequeño jardín debía enterrar el miembro amputado. Lo dejó caer

sobre la hierba y, entristecido, se sentó apoyado contra el muro.

Un grito le hizo levantar la cabeza. Era una niña pequeña, en pijama y aterrada, que había aparecido junto a la puerta de entrada. Llamaba a su madre y Sam, temeroso de que la criatura viera la pierna amputada, corrió hacia la puerta y cogió a la niña en brazos.

—No pasa nada, no pasa nada.

—La puerta estaba cerrada.

La chiquilla, despertada por los terribles chillidos, había intentado bajar a la cocina.

—No pasa nada —dijo Sam para calmarla.

A espaldas de la niña Sam pudo ver una habitación tan lujosa que le recordó a la casona de Squire, en Inglaterra. Le explicó a la niña, con toda la delicadeza de la que fue capaz, que lo que había oído era el grito de alguien que se había hecho mucho daño pero a quien ahora estaban curando.

—¿Quién? —dijo la niña, con esa capacidad de adaptación típica de su edad y reconfortada por las palabras de Sam.

—Alguien llamado Jonathon.

—¿El tío Jonathon?

Sam oyó el horror en la voz de la chiquilla y se apresuró a apaciguarla.

—Se pondrá mejor, te lo prometo.

De pronto Sam recordó la coz del mosquete, la nube de humo, el júbilo de haber abatido a otro enemigo y no pudo evitar pensar en cómo habían llegado las cosas hasta ese punto; la recompensa de sangre, serruchos y gritos en la noche que recibía un soldado. Quizá Nate había sido afortunado. Y entonces Sam supo que la muerte de su hermano y la supervivencia de Jonathon estaban entrelazadas; también supo que debía mantener la promesa que acababa de hacerle a una niña si quería que el alma de su hermano encontrase el paraíso más allá de las estrellas más lejanas. Debía salvarle la vida a un rebelde, así lo había prometido.

A través de Jonathon, Sam expiaría sus pecados.

Creyendo que los placeres sencillos bastarían para poner fin a la rebelión y para seducir a los colonos desafectos, sir William, con la ayuda de Lizzie Loring, decidió convertir la vida social de Filadelfia en un auténtico despliegue de ostentoso encanto. A una fiesta le seguía otra, las comidas acababan dando paso a cenas a la luz de las velas, mientras que los músicos, en vez de exhortar a las tropas de rojo a adentrarse en el humo de la batalla, animaban a que la gente bailara sobre los suelos pulidos de la ciudad. Filadelfia vería, y el resto de América acabaría por comprenderlo, que los tiranos británicos de la propaganda rebelde eran, en realidad, portadores de alegría y de la única esperanza posible de riqueza y paz en las colonias.

Y, sin embargo, la guerra no pudo ser olvidada del todo durante las primeras semanas de ocupación británica en Filadelfia. Aún persistía la cansina molestia de los fuertes rebeldes en el río, y la ciudad tenía que estar rodeada de puestos de vigilancia para proteger a los habitantes de las incursiones rebeldes. No obstante, en el interior de aquel perímetro protector, sir William quería júbilo, y a sus ayudas de campo, que hacía no mucho habían cabalgado entre la muerte y las descargas de mosquetería, se les encargó la tarea de convertirse en maestros de ceremonias.

El capitán Vane recibió la noticia con entusiasmo. Porque el capitán Vane estaba enamorado.

En la noche en la que la pierna de Jonathon fue amputada, Vane esperó a recibir el agradecimiento de la viuda, y este, cuando llegó, aunque breve, fue amable. En los días que siguieron, Vane asedió a la viuda con flores, regalos y cumplidos. Estaba enamorado, y amaba con la pasión de un joven hambriento de compañía femenina. Creía que había encontrado en una mujer todo aquello que añoraba en secreto. Le dijo a Sam que estaba enamorado, ya que ningún hombre era capaz de ocultarle tales secretos a un sirviente, y también compartió la feliz noticia con John Andre.

—¿Y dices que es bella? —bromeó Andre.

—Como un ángel negro.

—¿No le apesta la boca?

—Le huele a pétalos de rosa mezclados con rocío.

—Entonces tendrá los dientes podridos.

—Puros como el marfil.

—¿Es pobre?

—Bendecida con una riqueza que va más allá de los sueños de cualquier hombre, John.

Andre parecía alarmado.

—Debe de tener alguna imperfección, Kit.

—Tiene una hija —concedió Vane—. Pero es una niña muy dulce.

Andre se rio.

—En ese caso, te deseo toda la felicidad del mundo, Kit. Te lo mereces. Pero seguro que es una rebelde.

—Las ideas de una mujer —dijo Vane, quitando importancia— cambian con facilidad. Es bien sabido.

—Pero rara vez del modo en que nos gustaría. Eso también es bien sabido. —Andre sonrió—. Entonces ¿cuándo me vas a presentar a esa joya? ¿O prefieres que no se esponga a mis muchos encantos?

—La llevaré a la Bacanalia de Billy.

—Procuraré no desmayarme cuando la vea aparecer.

La Bacanalia de Billy era el nombre que le habían dado a una fiesta al aire libre con la que se pretendía dar la bienvenida al otoño, aunque en realidad no era más que una excusa para disfrutar de un lugar al que llamaban el Cuello, un entorno precioso, poblado de árboles viejos, que se encontraba donde confluían ambos ríos. Allí había lujosísimas casas cerca de los márgenes, levantadas por las familias acaudaladas de Filadelfia para el veraneo. Fue en el jardín de una de esas casas donde sir William ordenó que se sirviera una merienda-cena para que los invitados pudieran comer y beber mientras iba anocheciendo. Los músicos tocaban bajo pérgolas ricamente decoradas y de los árboles colgaban faroles chinos que parecían lunas pálidas al sol del atardecer. Los invitados recorrían el Schuylkill en las bateas que solían usarse para cazar patos y que solían estar amarradas a lo largo de la orilla.

El día era nublado, pero no había llovido. Por la tarde se disputó un partido de críquet entre los oficiales de caballería y los de infantería. Pocos fueron los que vieron el partido, pues resultaba más placentero verse los unos a los otros. Lizzie Loring, radiante con un vestido blanco de satén con corsé escarlata, llevaba un parasol cerrado bordado con guirnaldas de flores a juego con la pamelita. Paseaba del brazo de sir William, y a derecha e izquierda, tanto los oficiales como las damas que los acompañaban les dedicaban reverencias.

Martha llegó vestida con una polonesa azul oscuro y con el cabello negro peinado y recogido hasta casi alcanzar la altura del de Lizzie Loring. Ambas mujeres habían entablado cierta amistad desde que se vieran por primera vez, y Lizzie tiró de su amante con delicadeza para ir a su encuentro. Sir William hizo una reverencia.

—¿Cómo se encuentra su hermano, señora Crowl?

—El cirujano quiere sangrarlo. ¿Piensa que es buena idea, sir William?

—No soy ningún experto. —Sir William le dedicó una sonrisa al capitán Vane, que caminaba orgulloso junto a la viuda—. Pero hay en Londres quien dice que los sangrados no son buena idea. Aunque tampoco puedo decir que a mí me hayan hecho ningún mal.

—Yo creo que la sangría es una práctica aberrante. —A pesar de la pregunta, resultaba evidente que Martha ya había tomado una decisión al respecto—. El pobre muchacho ya ha perdido demasiada sangre, así que le diré al médico que se lleve sus



sanguijuelas.

—¿Pero se está recuperando? —preguntó Lizzie con inquietud.

—Al menos no empeora —dijo Martha—. Pero el sirviente del capitán Vane le cuida mucho, y eso parece hacerle bien.

—Sam es un buen tipo —dijo Vane—. Y un genio con los caballos enfermos, sir William.

—No me cabe duda de que su hermano no tardará en volver a trotar —dijo sir William cordialmente antes de invitar a Vane y a Martha a compartir su carruaje para ir a visitar las baterías que protegían el punto en el que confluían el Delaware y el Schuylkill.

Allí se habían congregado otros invitados a los que se les ofrecía vino y ostras. Aunque lo que había atraído a la pequeña muchedumbre hasta ese lugar no habían sido los refrigerios, sino las distantes nubes de humo blanco que surgían entre las marismas que había al sur. A cada nube que se veía en el horizonte le seguía, segundos más tarde, el sonido amortiguado de los cañones.

Los invitados contemplaban una guerra que, dado que el otoño amenazaba lluvia y vientos helados, se había reducido a una pugna de fuego sobre las aguas, de sangre en las marismas saladas, de hombres solitarios que gritaban como las gaviotas que buscaban comida a orillas del agua grisácea.

Los fuertes del río debían ser ocupados, así que sir William había desplazado tropas hacia la inmensidad de las marismas que había al sur, donde las baterías, desembarcadas y protegidas del agua por sacos de arena, llenaban el aire salado con nubes blancas de pólvora. El río giraba y corría entre islitas cubiertas de hierba de camino a la bahía del Delaware, donde lord Howe, hermano de sir William y almirante de la flota de América del Norte, esperaba con los barcos que no tardarían en unir Filadelfia, una vez más, con el mar.

Los británicos dominaban la margen norte del río. Allí, en las marismas de Province Island y de Carpenter's Island, los ingenieros habían fabricado grandes rampas con troncos desde las que sus cañones bombardeaban Fort Mifflin. Este se alzaba sobre la muy propiamente llamada Mud Island, isla del barro, ocupando el centro mismo del amplio cauce del Delaware. Los grandes cañones, que retrocedían ante el empuje de sus explosivas cargas, hundían las rampas en el barro salado, tras lo cual los pesados armatostes se inclinaban, y era necesario reforzar las provisionales estructuras con más tablones, troncos, cuerdas y tierra. Además, los cañones americanos, que disparaban parapetados en las defensas de madera de Fort Mifflin, causaban bajas entre artilleros y zapadores.

Más allá de Mud Island, más allá de los traicioneros bancos de arena del río, más allá de Bush Island, donde los americanos tenían una batería bien atrincherada, estaban los parapetos de nueve pies de altura de Fort Mercer, en la costa de Nueva Jersey. Tanto Fort Mifflin como Fort Mercer, bastiones en un húmedo lodazal, estaban siendo asediados no solo por tierra, sino también por mar. Las lanchas

cañoneras británicas y las fragatas, cuyas velas grises temblaban cuando sus baterías abrían fuego, sumaban sus disparos al bombardeo. A sir William le habría gustado que se hubieran desplegado más naves en el caudaloso río, pero los americanos habían hundido obstáculos corriente abajo, y la sola labor de hacer que un navío de guerra remontara las aguas hubiera resultado ser un proceso dolorosamente lento. La guerra progresaba a ritmo de tortuga; no había lugar para la gloria de los sables centelleantes al galope o de las banderas ondeando al sol naciente. Aquella una era una labor tediosa, llevada a cabo por ingenieros y artilleros, por matemáticos y medidores que pesaban y distribuían la pólvora como si fuera oro. Un poco más de lo necesario y la bala acabaría volando por encima del objetivo y cayendo al río sin causar daño alguno.

Martha, que observaba el distante humo de los cañones desde la comodidad del carruaje abierto de sir William, le sonrió al comandante en jefe.

—Tendrá que explicarme lo que está ocurriendo, sir William. De lo contrario, no dejaré de ser un misterio para mí.

—No es más que una labor lenta y ardua, querida. Rendiremos Fort Mifflin con la artillería, y luego usaremos esos mismos cañones sobre Fort Mercer.

—Algo que llevará mucho tiempo, sin duda.

—Eso me temo. Salvo que se rindan. Ojalá lo hicieran, porque ya han dejado patente su valentía, y no podrán hacer mucho más.

Martha sabía que sir William estaba alabando a la guarnición rebelde por ella, así que sonrió a modo de agradecimiento.

—Aunque estoy convencida de que aún pueden llevar a la ruina a los comerciantes de la ciudad, sir William.

—Eso dicen los comerciantes. —Sir William le devolvió la sonrisa—. Pero el río acabará quedando expedito.

Pero mientras la salida al mar del Delaware siguiera bloqueada, los cargamentos acumularían polvo en los almacenes medio vacíos y la escasez de comida amenazaría a la ciudad. Algunos comerciantes lealistas pedían que se concentrasen los esfuerzos en Fort Mercer, defendiendo que, una vez fuese capturado al asalto, la artillería del fuerte podría ser utilizada para convertir Fort Mifflin en polvo, y Martha le preguntó a sir William por qué se negaba a aceptar ese consejo. Sir William, halagado por el interés de Martha, negó con la cabeza.

—Una operación de ese calibre llevaría el mismo tiempo. Se tendría que transportar la artillería por el río, levantar terraplenes, cavar zanjas. Habría que fabricar escalas y abrir una brecha. No, lentamente y de forma segura: así es como se hacen las cosas.

—¿Y mientras tanto nos moriremos de hambre? —insistió Martha.

—No permitiré que se muera de hambre, señora Crowl. No, tengo intención de levantar un puente de pontones sobre el Schuylkill. —Sir William hizo un gesto hacia la rápida corriente del río—. Traeremos la comida desde Chesapeake Bay.

—Parece un proyecto titánico —dijo Martha con cierta malicia—. ¡Solo para derrotar a un puñado de colonos revoltosos!

Sir William no picó el anzuelo, pero Lizzie Loring, que aún sospechaba de la beligerancia del capitán Vane, no pudo resistirse a darle un tirón a esa cuerda.

—¿Está de acuerdo, capitán Vane?

Vane quiso ganar tiempo, confiando en que sir William cambiaría de tema.

—¿Estar de acuerdo, señora?

—Con la idea de que el esfuerzo necesario es desproporcionado si tenemos en cuenta la posible recompensa.

Vane, habiendo perdido la esperanza de que sir William retomara la cuestión, se vio obligado a responder.

—Si perdemos las trece colonias, estaremos alentando la insurrección en otros lugares. Habrá rebeliones republicanas en Canadá, en las Indias Occidentales, incluso en Irlanda. Es como una enfermedad contagiosa, y debe cortarse de raíz.

—¡No sabía que fuéramos tan peligrosos! —dijo Martha, lo que provocó la sonrisa de sir William.

La cuestión quedó zanjada cuando sir William sugirió que debería prestar un poco de atención al partido de críquet antes de que el ocaso pusiera fin al juego. Martha dijo que era un juego imposible de comprender y que prefería volver caminando hacia el lugar donde se daría el baile.

—Me temo —dijo Martha colgándose del brazo de Vane— que nunca estaremos de acuerdo en cuestiones políticas, Kit.

—Podemos intentarlo.

Vane estaba tan encantado con que le hubiera cogido del brazo que la política era la menor de sus preocupaciones. Hizo un gesto con la mano que tenía libre hacia el sendero herboso que se apartaba del camino principal, y que corría bajo la sombra de los árboles prometiendo un remanso de intimidad.

—¿Tomamos aquel sendero?

Martha, que sabía muy bien lo que él quería, no estaba dispuesta a concedérselo. Su amistad con Vane era útil, ya que este la protegía del veneno que esparcían los lealistas, molestos por que hubiera permanecido en la ciudad. Martha también era consciente de que un ayuda de campo del comandante en jefe era alguien al que podían escapársele detalles sobre las intenciones de los británicos, que luego ella podía hacer llegar a los rebeldes. Sin embargo, no iba a pagar por esos secretos con intimidad, aunque, por el momento, tampoco quería frenar las ensoñaciones amorosas del capitán. Ignoró su invitación a tomar el sendero de la sombra diciendo que estaba impaciente por ver a sus amigos, y que estos la esperaban en el lugar en el que los músicos afinaban los instrumentos para el baile. Vane ocultó su desilusión, pero se consoló pensando que a la viuda parecía agradecerle su compañía.

Orgulloso de su belleza, se la presentó a John Andre, quien, igual de orgulloso, hizo lo propio con Peggy Shippen, tras lo cual la señorita Shippen proclamó que

Filadelfia había mejorado mucho durante las tres semanas que la ciudad llevaba ocupada por los británicos.

—¿Mejorado? —preguntó Martha.

—Es mucho más divertida. —Peggy miró a su alrededor, al césped radiante de uniformes y vestidos de seda—. Y mucho más civilizada.

—¿Civilizada? —saltó Martha—. ¿Insinúa, señorita Shippen, que adolecemos de falta de civismo?

—¿Cómo podría faltar nada en América —Andre decidió desviar la conversación — cuando cuenta con usted, señora Crowl?

Martha se rio.

—A América no le falta nada, capitán Andre, salvo la independencia.

—¿Vamos a ponernos serios? —se lamentó Andre.

—No discutas con la señora Crowl sobre América —dijo Vane—. Comparte la creencia de los colonos de que en América se encuentra todo lo mejor.

—Cierto —dijo Martha—. Tal y como le podrá decir cualquier americano, nuestra arquitectura es la de mejor calidad, nuestra comida no tiene igual y nuestros paisajes no conocen parangón. No hay caballos tan rápidos como los nuestros, y tampoco encontrará sirvientes más honestos ni fieles más tediosamente devotos. No creo que quiera poner en duda tanta modestia, capitán Andre.

Andre, que había disfrutado con las exageraciones de Martha, hizo una reverencia a modo de rendición.

—¿Acaso no les falta nada?

—Una aristocracia —intervino Vane.

—¡Ah! —Martha sonrió—. ¿Qué tipo de carencia es esa?

—La aristocracia —dijo Vane con tiento— es la fuente del buen gusto. El buen gusto procede del placer, no del dinero.

—Los placeres suelen costar dinero —dijo Martha con brusquedad—. Pero aceptemos la distinción. ¿Qué resulta del dinero cuando no hay buen gusto?

—El dinero sin buen gusto, querida Martha, solo conduce a la vulgaridad.

Peggy Shippen se mostró de acuerdo, pero Martha fingió pensar un instante y luego frunció el ceño.

—Creo que no le comprendo del todo.

—Pongamos esta casa por ejemplo. —Vane señaló hacia el césped y la casa de veraneo en torno a la cual se daba la fiesta—. No puede negarse su esplendor, tampoco el gasto que ha debido de suponer. ¡Pero esos dorados, puestos como si fueran escayola...! El ojo no tiene dónde descansar. Un único detalle sería mucho más expresivo.

—¿Y la aristocracia está dotada de un gusto natural? —preguntó Martha en un tono peligroso.

—¿Buen o mal gusto?

La voz surgió a espaldas de Martha. La viuda dio media vuelta y vio a un hombre

bajo de cara redonda. El hombre le sonrió y luego miró a Vane para ser presentado.

Vane, reticente, accedió.

—Señora Crowl, permita que le presente a lord Robert Massedene.

—Su humilde servidor, señora. Sospechaba que Kit tenía ojo para la belleza, pero jamás me había percatado de su loable admiración por la nobleza.

Martha sonrió.

—¿Tiene un gusto natural, milord?

—¿Yo? Ninguno en absoluto. La aristocracia, señora, ha cimentado sus dinastías siendo mejores ladrones que los demás. Aquello que brillaba lo tomaban para sí. La aristocracia de verdad jamás ha perdido esa sana vulgaridad.

—¿Ladrones bien vestidos? —preguntó Martha, divertida.

—Que ahora quieren robarles esta tierra. Espero que sean capaces de resistirnos.

Era evidente que Martha estaba encantada con el aristócrata.

—¿No quiere ganar, milord?

—¿Ganar el qué? —Massedene fingió alarma—. América, mi querida señora Crowl, es una jungla con un clima insoportable. Demasiado cálida en verano, demasiado fría en invierno. Solo es adecuada para los insectos, las culebras y para esos baptistas trastornados. Solo Dios sabe por qué luchamos por ella.

—Por su propio bien, por supuesto —dijo Vane un tanto bruscamente, molesto ante la absurda intervención de Massedene—. Y porque la mayoría de los colonos desean que sigamos siendo nosotros los que gobernemos.

—¡Yo no! —dijo Martha. Luego, percibiendo los celos de Vane, los aplacó colgándole la mano del brazo mientras volvía a mirar a lord Robert—. Lo que no comprendo, milord, es por qué está aquí si tanto le desagrada América.

—Dinero, querida. Necesito el dinero. Los hijos menores no nos rebajamos a comerciar, así que debemos ganarnos el prestigio con la espada. Es un destino completamente absurdo, pero no todos tenemos sentido común.

Vane sabía que el comentario sobre el comercio estaba destinado a él. Oyó que empezaba un minueto, y, sin preocuparse de que pudiera parecerle grosero a Massedene, giró a Martha hacia la música.

—¿Me permite?

—¿Por qué no? —Martha se volvió para sonreír y decirle adiós al aristócrata, y luego siguió a Vane al baile—. No le cae bien lord Robert Massedene, ¿verdad?

—No le tengo particular aprecio.

Martha dejó patente su incredulidad con una sonrisa.

—Estaba realmente enojado, Kit. ¿Estaba celoso?

—Provoca usted sentimientos en mí.

Vane, habiendo recuperado la alegría gracias a su sonrisa, cogió a Martha en sus brazos y juntos se unieron a los invitados que bailaban dispersos por el césped, mientras la música ahogaba los distantes cañonazos que provenían de la tierra llana en la que estaban muriendo hombres. El sol, inmenso, rojo y espléndido, dejó atrás un

banco de nubes e hizo palidecer los pequeños faroles chinos que colgaban de los árboles. Estos ya estaban adoptando los extraordinarios y vívidos colores del otoño americano.

Sir William Howe, que volvía del partido de críquet en el carruaje que conducía su fiel sirviente Tom Evans, le pidió a este que se detuviese para observar a los invitados que se habían animado a bailar.

—Es tal y como lo imaginaba —le dijo a Lizzie.

Esta hizo una mueca.

—Dicen, querido, que si no tomas los fuertes con premura habrá hambre. Y la gente hambrienta no es buena compañía.

—Cierto.

Y la sonrisa de sir William se hizo más grande, porque el general estaba engañando a los rebeldes. En sociedad hablaba abiertamente sobre sus planes, lentos y seguros, para tomar los fuertes, pero en secreto preparaba un audaz golpe con el que confiaba en liberar la ciudad y que habría de concluir con la paz.

Porque dentro de tres días, sir William pretendía llevar a cabo lo que los comerciantes de la ciudad le habían instado a hacer. Dentro de tres días Fort Mercer sería asaltado desde tierra. Tres mil hesianos cruzarían el Delaware de noche. Dado que sus preparativos para el cruce no podían ser ocultados, se había hecho correr el rumor de que aquellas tropas tenían por objeto recorrer Nueva Jersey en busca de comida y forraje. En realidad marcharían hacia el sur y, al amanecer, estarían listos para tomar al asalto un Fort Mercer desprevenido. Era un plan intrépido, y si los rebeldes llegaban a saber de él, fracasaría.

Por tanto, solo había compartido el secreto con un puñado de hombres. El comandante hesiano, el general Donop, lo sabía, pero no estaba muy satisfecho con el hecho de que, para mantener la operación en secreto, se le hubiera prohibido fabricar escalas con las que superar los parapetos de nueve pies de alto de Fort Mercer. Lord Cornwallis y sus más allegados conocían el plan, ya que Cornwallis era el segundo al mando, y habría sido una descortesía no hacerle partícipe. Los ayudas de campo de Howe también lo sabían, ya que eran ellos los que debían redactar las órdenes, que serían cursadas en el último momento. Así como el almirante Howe, ya que el puñado de embarcaciones que pudieran sortear los obstáculos del río distraerían a los defensores de Fort Mercer abriendo fuego mientras los hesianos lo asaltaban por tierra. Más allá de aquellos hombres, en quienes sir William confiaba plenamente, ningún otro oficial había sido informado.

Pero ahora, mientras observaban a los invitados que bailaban en el césped, sir William le confió el secreto a Lizzie Loring. Se lo dijo porque sabía que estaba deseosa de que la contienda acabara, y se lo dijo también porque ni siquiera un comandante en jefe podía resistir la tentación de alardear ante su amante de la inteligente treta que había organizado.

—Si levanto un puente de pontones, todo el mundo sabrá que el asedio durará

mucho tiempo, así que, aunque el sitio vaya a concluir dentro de tres días, tengo que seguir hablando sobre mis planes para el puente. —Sir William se rio alegremente—. ¿Comprendes?

—A la perfección, querido. —Lizzie se colgó del brazo de su amante y se acomodó contra su cuerpo fornido—. ¿Quiere decir eso que atacarás dentro de tres días?

—Dentro de tres días, aunque, como es lógico, confío en que guardes el secreto.

—Por supuesto, aunque me costará no alardear de tu perspicacia.

A sir William le agradó el elogio. El enemigo, dijo, estaría durmiendo, entonces caerían sobre ellos con ímpetu salvaje y, estaba convencido, en cuanto los fuertes hubieran sido tomados, habría paz.

—¿De verdad? —preguntó Lizzie entusiasmada.

—De verdad. —Sir William dio un golpecito en la puerta del carruaje para indicarle a Tom Evans que siguiese adelante—. El río quedará abierto al mar, mi amor, y la riqueza empezará a fluir de nuevo. Los lealistas querrán su parte, vendrán a nosotros, y la rebelión irá disolviéndose.

Sir William había llegado a las colonias centrales porque le habían dicho que un gran número de lealistas aguardaban una bandera en torno a la cual poder agruparse. La caída de los fuertes y la llegada de la riqueza serían las señales, e incluso el terco señor Washington, que aún acechaba en algún lugar al noroeste de la ciudad, se convencería de lo fútil que era seguir con la rebelión. La paz llegaría con los barcos. La paz y la abundancia, todo dependía de la rápida caída de aquellos dos tenaces fuertes.

Por tanto, el secreto debía mantenerse si se quería que el asalto abriese el río a la riqueza y la paz. Sir William, observando la feliz escena, soñaba con el fin de la guerra y con las recompensas que habría de traer la paz. Se imaginaba convertido en el ínclito, poderoso y noble William, duque de Filadelfia y conde de Pensilvania, vizconde de Brandywine y Chesapeake, barón de Germantown, caballero de la Nobilísima Orden de la Jarretera y honorable miembro del consejo de Su Majestad. Se acabarían entonces las preocupaciones pecuniarias.

—¡Qué maravilla! —dijo en voz alta.

La repentina exclamación de sir William no tenía nada que ver con su soñado ascenso a las más altas cotas de la nobleza, sino con que, al doblar un recodo del bosque, el general fue testigo de la repentina y gloriosa aparición de la ciudad bañada por el sol del atardecer, que surgía de los confines del mundo y cuya luz se extendía bajo las nubes apagadas, de modo que los edificios parecían brillar como el oro, cautivadores, bajo un cielo oscurecido.

—La nueva Jerusalén —dijo sir William.

—¿Repleta de fariseos? —preguntó Lizzie.

Pero no había nada que fuera a acabar con el buen humor de sir William. Estaba sintiendo una repentina oleada de puro júbilo que interpretó como premonición

espiritual de la victoria. Contempló la ciudad del amor fraternal y supo que, cuando se abriera el acceso al mar y el comercio empezara a prosperar, podría llevar una vida luminosa, justa y feliz en aquella ciudad de nombre evocador.

—Creo que cuando la rebelión haya concluido, viviré aquí. —Hizo una pausa y le dedicó una sonrisa a su compañera, e, ignorando la existencia de su propia esposa y del marido de Lizzie, reformuló su feliz deseo—. Viviremos aquí, mi amor.

Y animado por tales expectativas, sir William guio a su amante hasta la fiesta de la puesta de sol, donde bailaban los enamorados.



# 19

—¿Huevos? —sugirió el sargento de intendencia.

—Solo dos para mí —dijo Sam—. Al capitán Vane ya no le gustan los huevos.

—¡Menudo tiquismiquis que está hecho tu pimpollo! ¿Ahora no quiere huevos? ¿Tú quieres huevos, Tom?

Tom Evans, el sirviente principal de sir William, confirmó que se llevaría huevos, alforfón, pepinos, ostras, almejas, nuez moscada, legumbres y cordero.

—Le apetecen costillas asadas. Un par para esta noche.

—Qué afortunados Billy y Lizzie. —El sargento empujó una puerta que daba a un pequeño corral en el que había una docena de corderos salpicados de barro—. ¿Me matas un par de ellos, Sam?

Sam desenvainó la bayoneta y complació al sargento. Luego recibió una pierna de cordero para su oficial. Habría escasez de comida si los fuertes no caían, pero aquel almacén era una cornucopia: había barriles de cerdo y buey salados, barriles de limas, toneles con licores y cubas con arroz. Había melaza, azúcar en caña en brillantes envoltorios púrpura, pasas de Corinto, cajas de ginebra. Había cestos con sal, cajas de queso, barriles de mantequilla; todo ello lo custodiaba un comisionado que se estaba convirtiendo, rápidamente, en uno de los hombres más ricos de la ciudad. El oro pasaba de mano en mano a cambio de comida, y el capitán Vane confiaba en que Sam le encontrara, a diario, exquisiteces que Vane compraba con lo que obtenía vendiendo objetos de la casa en la que se alojaba con otros dos oficiales y que eran propiedad de un patriota ausente.

—No es robar, Sam —le había dicho Vane—; se trata de castigar a un infame rebelde.

—¿Cómo sabe que es infame, señor?

—¿Nunca has oído hablar de Benjamin Franklin?

—No, señor. —Sam había visto un retrato del propietario que había encima de la chimenea—. Es un tipo con una pinta un poco extraña, señor.

—Pues ese tipo con una pinta un poco extraña, Samuel, está intentando meter a los franceses en la guerra. Espero que alguna puta de París le pegue una buena enfermedad. Ahora llévate ese reloj y no aceptes menos de tres libras por él.

Sam secó la sangre de la bayoneta, luego sacó el reloj de su mochila y se lo ofreció al sargento de intendencia, que sacudió la pieza, con incrustaciones de oro y marfil, para asegurarse de que no había nada suelto en el interior.

—¿Dos libras?

—Queríamos cuatro, sargento.

—Pues estás meando contra el viento. ¿Cuatro libras por esta mierda?

—Es de los que solo tienes que dar cuerda una vez a la semana, vale mucho.

—Dos libras.

—¿Dos diez?

—Dos cinco.

—Hecho.

Sam cogió las monedas que quedaron al descontar el cordero, los huevos y las dos botellas de Burdeos.

—¿Le quedan píldoras del doctor Keyser, sargento?

—Hasta que no llegue la flota nada, Sam.

—¿Regaliz?

El sargento soltó un bufido ambiguo.

—¡Hay muy poco, Sam! Te costará cinco chelines.

—¡Oh, vamos!

—Cinco o nada.

Sam dudó, pero luego decidió que le diría al capitán Vane que por el reloj solo le habían dado dos libras. Vane no estaría muy contento, pero dado que de todos modos el reloj había sido robado, el enfado no le duraría mucho.

—Es un atraco —gruñó Sam mientras se alejaba del almacén con Tom Evans—. ¿Cinco malditos chelines por un trozo de raíz?

Tom Evans nunca pagaba un penique. Se rumoreaba que el atestado almacén solo existía porque sir William tenía parte en los beneficios. Tom Evans, por lealtad, nunca había confirmado el rumor. De hecho, como correspondía a un hombre que compartía cierta intimidad con el comandante en jefe, Evans casi nunca hablaba con los sirvientes del resto de los oficiales. Sin embargo, tenía debilidad por Sam Gilpin, que siempre se mostraba respetuoso y servicial.

—¿Sabes cómo preparar una pierna de cordero, Sam?

—La trinchas, enciendes un fuego y le vas dando vueltas.

Evans se escandalizó ante tal filisteísmo y le dio a Sam una serie de instrucciones sobre cómo asar la pierna y sobre cómo preparar un aliño de aceite y vinagre para acompañarla.

—¿Tiene pensado Vane comerlo hoy?

Sam negó con la cabeza.

—Esta noche está con Billy. Lo quiere para mañana.

—¿Preparándose para la batalla? —Evans le propinó una patada a un perro que se había acercado a olisquear la carne que llevaba en el saco.

—¿Batalla? —preguntó Sam.

—¡Por Dios! ¡Debes de ser muy simple, Sam Gilpin! Dentro de dos días va a atacar los fuertes. Los hesianos están cruzando el río y tu pimpollo irá a la isla con los granaderos —rio Tom—. ¡Tendrás que mantener la cabeza agachada, Sam!

La noticia no sorprendió a Sam del todo. Ya se había percatado de que el capitán Vane estaba muy callado últimamente. Vane solía encerrarse en una salita de la casa y allí pasaba horas escribiendo, y siempre se aseguraba de que Sam no viese los

documentos que redactaba.

—¿Cómo lo has sabido, Evans?

—¡Todo el mundo lo sabe!

Evans estaba ansioso por dejar patente su estatus dentro de la jerarquía de los sirvientes militares, y disfrutó aireando la información que había obtenido mientras conducía el carruaje de sir William la noche anterior. Admitir que había puesto la oreja hubiera sido rebajarse, y lo que quería era recordar a Sam su inferioridad.

—Todo el mundo lo sabe —repitió, burlándose—. Bueno, todos los que son alguien.

—Supongo que se han olvidado de decírmelo —dijo Sam jovialmente.

Evans se rio.

—¡Vas a tener que poner cuidado, Sam! Tu pimpollo es de los que disfrutan con los revolcones. El sirviente que tenía la diñó, ¿verdad?

—Es un buen tipo.

A Sam le gustaba bastante trabajar para el capitán Vane. No era una labor demasiado onerosa. En la casa, el resto de los sirvientes de los oficiales solían dividirse las tareas con Sam, y él, por lo general, se ocupaba de todos los caballos. A veces Sam cocinaba, aunque no tanto como el sirviente del capitán Andre, que era un tipo quisquilloso y exigente cuando se ponía a preparar comidas. Por lo demás, Sam se ocupaba de limpiar los uniformes de Vane, algo que tenía que hacer con especial mimo ahora que el capitán estaba enamorado.

De hecho, a Sam le daba la sensación de que tanto Vane como él pasaban más tiempo en casa de la señora Crawl que en su propio alojamiento. El capitán, por supuesto, accedía por la puerta principal para seguir con el asedio a la viuda mientras que Sam entraba por la puerta del servicio para cumplir la promesa que había hecho en el campo de batalla. Sam le llevaba a Jonathon comida del almacén del comisionado de intendencia, y remedios que le preparaba él mismo.

Las medicinas eran esenciales, pues a Jonathon le estaba costando sanar. Las fiebres que visitaban Filadelfia en primavera y otoño amenazaban la recuperación de Jonathon, y, para mantenerlas en jaque, Sam hervía corteza de sauce y luego le daba a beber el caldo al herido. A la señora Crawl le hacían gracia los remedios de Sam, aunque no confiaba demasiado en ellos, así que contaba con que Sam trajese el regaliz y las píldoras del doctor Keyser que este había prometido llevar esa tarde.

Sam se anunció a la puerta de la cocina de Martha con burlona fanfarria.

—Dos rabos de cordero, una caja de velas y el regaliz prometido. —Sam hizo una mueca al recibir una bofetada de calor húmedo—. ¿Qué demonios estás haciendo, Jenny?

Jenny, con la ayuda de otras dos muchachas, estaba calentando agua al fuego y luego vertiéndola en una tina recubierta de zinc que había sobre las baldosas de la cocina.

—¡Mira qué aspecto traes!

—He matado un par de corderos. —Sam guardaba su mejor uniforme para cuando tenía que atender al capitán. El resto del tiempo vestía su vieja casaca roja, con restos de batalla, y sus pantalones grises—. ¿Dónde pongo los rabos de cordero?

—En la mesa —dijo la mujer negra con alegría—. Y límpiate las botas antes de entrar, Sam Gilpin.

Sam se miró los pies.

—¡No están tan sucias, Jenny!

—¡Están asquerosas! —Jenny vertió el contenido de la última olla en la bañera humeante y después les hizo un gesto a las otras dos sirvientas para que salieran de la cocina—. Tus botas están como tú —dijo a modo de regañina—. ¡Sucio!

—¡Asqueroso, apestoso, repugnante, sucio, rancio, fétido! —La señora Crowl acababa de entrar en la cocina—. ¿Me oyes, Sam Gilpin? Horrible, indecente, inmundo, británico. ¡Estás sucio!

Sam, dolido por los insultos, se miró la casaca.

—¡No está tan mal! Tiene un poco de sangre, eso es todo.

—¡Tu casaca no, idiota! ¡Tú! Quítate la ropa.

—¿Qué?

Martha le sonrió.

—Vas a darte un baño, Samuel.

—¡No, señora! Por favor, señora. —Sam empezó a dar pasos atrás por la cocina: al fin comprendía por qué había una bañera humeante en la cocina—. ¡No!

Martha atrancó la puerta trasera.

—Me caes bien, Sam, que Dios me asista. Puede que seas un soldado británico, pero, por alguna razón, me caes simpático, pero si vas a visitar esta casa te quiero limpio. ¡Y quiero que sigas visitándonos! ¡Eres bueno para Jonathon, pero apestas!

—¡No más que cualquier otro!

Martha alargó la mano hacia Jenny entregándole un rodillo de cocina de madera.

—¡Atiza a ese británico, Jenny!

—¡No! —Sam decidió resistirse a las dos mujeres—. ¡No me pienso bañar! ¡Les he traído el regaliz!

—Sam, querido Sam. —Martha estaba haciendo un esfuerzo por no reírse—. ¿Cuándo fue la última vez que te diste un baño?

—¡Nunca me he bañado, con agua caliente, no!

—¡Dios misericordioso! ¿Quieres decir que llevas encima la roña de toda una vida?

—¡Me lavo! —dijo Sam indignado.

—¿Quieres decir que a veces dejas que te caiga lluvia encima? —preguntó Martha con dulzura—. ¡Mírate el pelo, Sam! ¡Hay cosas corriendo debajo de toda esa suciedad! Y hueles.

Sam, terco, negó con la cabeza.

—Es malo para la salud, ¿no es así?

Martha sonrió.

—Ilumíname, Sam.

—Bañarse —Sam señaló la bañera— te da fiebres. Todo el mundo lo sabe. ¡Podría morir!

—En ese caso, acabaré con un casaca roja por América.

Martha avanzó amenazante hacia el soldado acorralado. Sam, al borde del pánico, mostraba las palmas de las manos para mantenerla alejada.

—¡Señora, por favor!

—Yo me baño, Sam —dijo Martha a modo de confidencia—, una vez a la semana. Entera, ¿verdad, Jenny? —La sirvienta se estaba divirtiendo demasiado como para poder articular palabra—. Y Jenny también se baña, Sam —dijo Martha con tono seductor—. No se nos huele a una milla de distancia, ¿verdad que no? Los cerdos no huyen aterrados al olerlos, los hombres no se desmayan, los caballos no se encabritan. ¡Hasta el capitán Vane se baña! Pero tú... ¡estás asqueroso! ¡Quítate la ropa!

Sam se irguió por completo y adoptó una pose digna del sirviente de un capitán.

—Señora, no me voy a desvestir en...

—¡Maldito asno pretencioso! —dijo Martha—. ¡Jenny! Échale encima un caldero de agua.

—¡No! ¡Por favor, no! —Sam vio que Jenny cogía un caldero—. De acuerdo. Pero lo haré yo solo.

Martha asintió.

—Una reserva razonable. Considérate un caballo, Sam. Frótate bien con el cepillo primero. Luego el jabón. Es un jabón bastante caro, Sam, pero puedes usar cuanto sea necesario. Y no te olvides del pelo. ¡Deshazte esa estúpida cosa que te cuelga por la nuca y métela al agua! Te quiero limpio, Sam.

—Sí, señora.

—Te dejaremos tranquilo —dijo Martha—, y si huyes, jamás dejaré que vuelvas a entrar. Se acabará la cerveza de Jenny y se acabará eso de sentarse al fuego mientras el resto de los casacas rojas enferman en las marismas.

—Sí, señora, muy bien, señora.

Sam esperó a que las mujeres se fueran y valoró brevemente la posibilidad de emprender una innoble huida por las escaleras de la cocina hacia el jardín. Luego pensó en la amenaza de la señora Crowl en cuanto a la privación de aquellos placeres y se resignó a sufrir su ordalía. Puso la oreja en la puerta de la cocina y cuando estuvo seguro de que no había nadie dispuesto a tenderle una emboscada, se desvistió lentamente antes de meter, con mucho cuidado, un pie en el agua.

Estaba caliente. Jamás había metido el pie en agua caliente y lo sacó por instinto.

—¡Vamos a entrar! —dijo alegremente la voz de Martha desde el otro lado de la puerta.

—¡No!

Pero la puerta se abrió y Sam solo pudo escapar metiéndose en el agua ardiendo. Aulló de la conmoción. El agua se derramó por los bordes y Martha y Jenny, firmes en su propósito, entraron en la cocina a grandes zancadas.

—¡Lávale, Jenny!

—¡No!

Sam se agarró las rodillas, pero Jenny metió la mano en la bañera, le cogió del tobillo y tiró, de modo que Sam resbaló y su cabeza acabó bajo el agua. El soldado tuvo que dar manotazos para volver a la superficie.

—No hay nada de qué avergonzarse —dijo Martha, y rompió a reír al ver el rostro de indignación del británico. Jenny, que tampoco podía parar de reír, empezó a frotarle la espalda.

—¡Dios bendito! —dijo Martha—. ¡Es blanco!

Lo que provocó aún más risas al tiempo que la moral de Sam se desplomaba a cotas aún más bajas, porque Martha, fingiendo estremecerse de terror, había recogido sus ropas y las había metido en un caldero de agua fría. Lo último que cogió fue la casaca.

—Las casacas rojas —dijo con desprecio— solo las llevan los malnacidos de las Carolinas y los tutores de baile.

—Pues bien que le enseñamos a bailar a su George Washington —dijo Sam, belicoso. Luego se vio obligado a arrebatarse a Jenny el cepillo antes de que llegara a un lugar vergonzoso. Al menos el jabón y la mugre estaban logrando preservar su modestia—. No es justo —dijo.

—Pobre Sam. —Martha sonrió—. El bueno de Sam. ¿Qué demonios haces tú en el ejército?

—Luchar contra ustedes.

Martha se rio.

—¿Y te gusta?

Sam pensó su respuesta. No había estado mal del todo hasta que Nate había muerto, y suponía que, ahora que el dolor por el fallecimiento de su hermano remitía, empezaba a gustarle de nuevo. Era mejor ser el sirviente del capitán Vane que el objetivo del sargento Scammell. Una semana antes, mientras entrenaba al joven semental, Sam se había topado con su antigua compañía, que volvía de patrullar por las marismas. Maggie, por lo que le habían dicho, había huido hacia lo desconocido, y Scammell culpaba a Sam de ello. Este había evitado al sargento, pero sabía que algún día tendría que enfrentarse a él.

—¿Y bien? —insistió Martha—. ¿Te gusta?

—No está mal —dijo Sam sin mucha convicción—. Siempre y cuando no te peguen un tiro.

—No siempre puedes controlar algo así, ¿no crees? Mira a Jonathon.

—¡Porque fue tonto! —dijo Sam—. ¿Por qué se fue a luchar? Es rico. Podría haberlo tenido todo y se va a que le metan una bala en la pierna.

—¿Crees que es más importante ser rico que honorable? —preguntó Martha.

—Eso, señora, es algo que solo preguntaría un rico.

—Muy bien, Sam. —Martha abrió el paquete que contenía el regaliz y echó la raíz a una olla; la infusión con agua caliente servía para combatir la fiebre—. ¿Qué hay de las píldoras del doctor Keyser?

—No hay, señora. Bastante suerte he tenido con el regaliz.

—Malditos británicos —dijo Martha sin levantar la voz—. Jonathon estará muerto antes de que hagáis llegar suministros a Filadelfia.

—Para nada. —Sam volvió a entregarle el cepillo a una Jenny impaciente—. Van a tomar los fuertes pasado mañana, así que el río estará abierto antes de que acabe la semana. Entonces traeré las píldoras del doctor Keyser, lo prometo.

Martha se lo quedó mirando, pero Sam no se percató de la repentina mueca de alarma de la dama. El joven empezaba a sentir un extraño placer en toda aquella situación igual de extraña. Se recostó contra el respaldo alto de la bañera mientras Jenny le frotaba entre los dedos de los pies.

—¿Pasado mañana? —preguntó Martha inocentemente.

—Los hesianos van a cruzar el río y los granaderos van a atacar el fuerte de la isla. El capitán va, así que supongo que tendré que encargarme de mantenerlo con vida.

Martha miró al soldado fijamente.

—¿Cómo lo sabes, Sam?

—¡Todo el mundo lo sabe! —Sam repitió la respuesta desdeñosa de Tom Evans, que, con toda inocencia, se había creído.

—¿De verdad?

Martha se colocó detrás de Sam y empezó a deshacerle la coleta embadurnada de harina. Por alguna razón, el tacto de la dama se le antojó más vergonzante que los íntimos cuidados de Jenny, y se alegró cuando, de un tirón, Martha al fin logró quitarle el cojinete de cuero al que estaba enrollada la coleta.

—Pero ¿quién te lo ha dicho, Sam?

—El sirviente de Billy. —Sam se había aprendido el apodo del capitán.

—¿Entonces solo son habladurías?

—¡No! —dijo Sam, indignado—. El capitán lleva días escribiendo cosas. Órdenes, supongo. Y siempre encerrado.

—A mí no me ha dicho nada —dijo Martha fingiendo tristeza—. Y sir William tampoco... —Su voz fue muriendo a medida que se iba dando cuenta, absolutamente convencida de que su instinto no le fallaba, del gran engaño que se había logrado extender por la ciudad.

El silencio de Martha le hizo sospechar a Sam que quizá, al contrario de lo que había dicho Tom Evans, no todo el mundo lo sabía. El soldado se volvió alarmado.

—No te preocupes, Sam. No le diré al capitán que has dicho nada.

—¿De verdad, señora?

—Ni una palabra. Que Dios te bendiga, Samuel Gilpin.

Y, para asombro de Sam, la viuda se inclinó y le dio un beso en la frente recién lavada. El soldado se sonrojó, pero Martha le asintió a Jenny, quien, sonriendo, tiró del pie de Sam hacia arriba. En ese preciso instante Martha le empujaba la cabeza para meterlo bajo el agua. Gritó, tragó agua sucia con jabón y volvió a emerger chorreando y protestando. Jenny pasó a atacar el pelo con un cepillo para arrancarle la gruesa capa de grumos de harina, grasa, sudor y mugre.

—¿Eres realista? —Martha, obviando el misterio de la actitud reservada de esos últimos días del capitán Vane, asintió hacia el brazo de Sam, en el que, en vivos colores, lucía un tatuaje con el escudo de armas del rey.

—¡Por supuesto que lo soy! —dijo Sam.

—¿Por qué?

Sam intentó, entre salpicadura y salpicadura de agua en la cara, describir la seguridad que se respiraba en la campiña inglesa, lo acogedor de un país en que todos los hombres eran libres, dentro de un arco de orden. Sam trabajaba para los Squire, que a su vez estaban al servicio de un conde, que a su vez servía a un duque que a veces iba de paseo con el rey por Windsor.

—Una vez iban a ahorcar a uno del pueblo. —Sam hablaba de un hombre que había sido condenado por robar caballos—. Pero el rey le perdonó. ¡Squire y el rector escribieron una carta y el rey le perdonó la vida!

—El bueno de Jorge —dijo Martha con delicadeza—. Pero Sam Gilpin nunca llegará a ser conde, ni duque.

—Decían que podría haber llegado a jefe de cocheros si no hubiera cogido el Chelín del Rey.

—¡Oh! —Martha fingió estar muy impresionada—. Mientras que aquí, Sam Gilpin, hay un buen mercado para un hombre que sepa de caballos, carruajes y arneses. Se puede ganar mucho dinero. —Sonrió—. Tienes el pelo del color del oro. ¿Quién lo habría dicho? —Martha cruzó la cocina y cogió una enorme sábana de algodón—. No tienes nada que Jenny y yo no hayamos visto antes. Hay ropa en la despensa. Pertenece a mi finado marido, así que te quedará holgada, pero puedes llevarla mientras se seca el uniforme.

—Sí, señora.

—¿Le subes el regaliz a Jonathon?

—Sí, señora.

—Y Lydia quiere oír una de esas terribles historias que le cuentas cuando se va a la cama.

—Será un placer, señora.

—Te lo agradezco —dijo Martha junto a la puerta—. Lo haría yo, pero tengo que escribir una carta. ¿Vendrá esta noche el capitán Vane?

—No lo sé, señora. Está con Billy.

—¿Tengo la noche libre? —dijo Martha burlándose; luego se fue.



Sam esperó a que Jenny estuviera de espaldas antes de salir de la bañera y coger la sábana de algodón. Entró en la despensa para vestirse y salió gruñendo.

—Me siento como un pollo desplumado.

—Nadie se ha muerto nunca por estar limpio, Sam. —Jenny, señora de su cocina, le dio un codazo para apartarle de su camino—. Y eres un chico guapo, no lo echés a perder. ¡Mírate con esa ropa! ¡Pareces un rey!

Sam sonrió avergonzado. Hacía tres años que no vestía ropas de civil, pero ahora llevaba una camisa, pantalones y medias que en un tiempo habían pertenecido a un abogado. La ropa limpia sobre la piel limpia le hizo sentir extraño, aunque no era una sensación desagradable.

El pelo le brillaba, y Jenny hizo que se volviera para poder atárselo con una pajarita negra, como lo hubiera llevado un caballero.

—¡Estás para cocinarte! —dijo Jenny con alegría—. Ahora ve a ver al señor Jonathon.

Jonathon, tumbado en una amplia cama, ni siquiera reconoció a Sam al principio, pero sonrió en cuanto oyó su voz.

—¿Qué te han hecho?

—Me han emperifollado como si fuera un potro al que van a llevar al mercado. ¿Qué tal estás?

Jonathon estaba pálido, delgado, y tenía el rostro brillante de sudor. La habitación apestaba por culpa del muñón cauterizado, que aún supuraba.

—Puedo sentir el pie que me han amputado. Y duele.

—Lo lamento.

—Tampoco es que fuera un pie en el sentido más estricto de la palabra.

—Los he visto mejores —dijo Sam; luego dio la vuelta a la cama y se detuvo. Miró su reflejo en un alto espejo que había montado en la puerta de un armario—. ¡Por los fuegos del infierno!

Jonathon esbozó una mueca de diversión.

—Sam, Sam el caballero.

El soldado estaba observando a un hombre de constitución recia, fuerte, de cabellos dorados y rostro feliz. Se giró para verse de perfil y se rio ante su propia vanidad.

—¡Si pudiera verme mi madre ahora!

—Algún día te verá.

—Puede. —Sam pensó de pronto en la tristeza que le causaría a su pobre madre recibir la noticia, en unas semanas, de la muerte de su hijo. Le dio un tirón a la camisa blanca—. Nada que ver con una casaca roja, ¿eh?

—Es mejor.

Sam dejó de mirar su reflejo.

—¿Necesitas que te lave?

Jonathon negó con la cabeza.

—Jenny ya lo ha hecho antes. Dime, ¿qué está ocurriendo?

Así que Sam se sentó junto a la cabecera de la cama y relató las nuevas de la ciudad. Cómo un coronel de caballería había salido de una casa, completamente desnudo, perseguido por un marido enfurecido. Habló sobre las patrullas que hacían lo posible por mantener las calles limpias de ladrones y borrachos por las noches. Intentó describir el baile de la noche anterior, bajo los árboles, en el Cuello, donde, para su pesar, Sam había hecho de camarero.

—Odio hacer eso. Vestido de etiqueta para servirle vino a un puñado de borrachos.

—¿Preferirías luchar?

—Eso es lo que hacen los soldados, ¿no?

—Me resulta extraño que seas el enemigo.

Sam se encogió de hombros.

—No lo soy, ¿no? Al menos hasta que vuelvas a empuñar un arma. —Esa era la promesa de Sam, el sueño que le había ofrecido a Jonathon.

Al americano le gustaba ese sueño, aunque estaba perdiendo la fe.

—Sigo siendo un prisionero. Nunca me dejarán salir de la ciudad, ¿verdad?

Dejó de hablar y giró la cabeza sobre la almohada hacia las voces que llegaban desde la escalera. Sam oyó hablar a Martha, y se preguntó a qué nueva indignidad iba a someterle.

Pero no tenía nada que ver con indignidades. En su lugar, entró en la habitación, con Martha, una muchacha de melena dorada que sostenía en alto una cajita de cartón.

—Píldoras del doctor Keyser. Mi abuelo las ha encontrado.

—¡Caroline! —Jonathon alargó los brazos hacia ella y Sam vio cómo la muchacha se inclinaba y besaba al herido.

Y Sam, que seguía mirando, comprendió por qué Nate había estado dispuesto a arriesgarlo todo por una chica.

Aquella era mucho más bella que Maggie. Era una muchacha de aspecto salvaje y ojos azules cuyas facciones hablaban de fuerza y tesón, pero que en ese momento no mostraba más que felicidad con Jonathon.

—Encontramos las píldoras en la caja en la que mi abuela guarda la biblia —dijo Caroline.

—Tus píldoras y el regaliz de Sam. —La emoción de Jonathon dio lugar a una oleada de color en sus mejillas—. Este es Sam.

—Que no te engañe su ropa —dijo Martha secamente—. En realidad es un monstruo tiránico que ha venido a esclavizarnos. Ella es Caroline Fisher, Sam. —Martha hizo una pausa—. Se va a casar con Jonathon.

—Algo me han contado. —Sam le sonrió a Jonathon, que le había hablado mucho de ella.

Caroline le dedicó a Sam una sonrisa.

—Así que es usted el hombre que se ha portado tan bien con Jonathon. Gracias.

—No he hecho mucho —dijo Sam avergonzado—. No hago más que decirle que estará bailando en cuestión de un mes. Market Street arriba y Market Street abajo, ¿verdad, Jonathon?

—Nunca he podido bailar —dijo Jonathon.

—Solo hay que dar saltitos al son de la música —dijo Sam—. Ya te haré yo una pata de palo.

—¡Patapalo! —rio Caroline.

—En mi pueblo había un tipo con una pata de palo —dijo Sam—. Era capaz de bailar en medio de un vendaval.

—¡No! —dijo Caroline.

—Una vez le serramos una pulgada de la pata —Sam sonrió—. Creyó que estaba borracho. Recorrió la calle como una carreta con un eje roto. —Se rio, y sintió que se relajaba—. Me dieron unas buenas collejas por aquello.

—Con razón —dijo Martha.

—¡A él no le importó! ¡Se tomó la broma muy bien! Fue él el que llenó las escaleras del campanario de jabón para que el sacristán se resbalara en una boda. ¡Cayó como un saco de harina! —Sam, de pronto, se dio cuenta de que estaba acaparando la conversación y, avergonzado se detuvo. Miró a Martha—. Perdón, señora.

—Es un placer escucharte, Sam. —Martha había estado observando a Sam y a Caroline, y había visto cómo la muchacha sonreía al escuchar la historia de Sam y cómo este se sonrojaba al mirarla. Y Martha, sintiéndose de pronto más mayor y más sabia que sus veintiséis años, pensó en lo que podría suponer aquello. Aseado, pensó, Sam resultaba bastante atractivo, más aún con su ropa prestada—. ¿Quieres ir a meterle el miedo en el cuerpo a Lydia con una de tus historias de antes de dormir, Sam?

—Sí, señora. —Sam sonrió y le dedicó a Caroline una nerviosa despedida: luego, obediente, salió de la habitación.

—Pero no te vayas de casa. —Martha le había seguido hasta la puerta. Dudó un instante y sonrió—. Caroline no debería recorrer sola las calles. ¿Puedes acompañarla al muelle?

Martha esperaba que Caroline, siempre celosa de su independencia, protestara. Pero no dijo ni una palabra.

—Será un placer, señora —dijo Sam.

Así que, dos horas más tarde, aunque vestido ahora con un uniforme húmedo y con el pelo una vez más blanqueado con harina y prieto en torno al cojineté de cuero, Sam caminaba junto a la chica de Jonathon. El soldado llevaba un petate para Caroline; eran unas velas, un regalo de Martha para los abuelos de Caroline. Caía una leve llovizna, pero Sam ni se daba cuenta. Quería mirar a la muchacha como si, en los círculos intermitentes de luz que desprendían los quinqués, pudiera grabar su aspecto

en la memoria para siempre.

Hablaron de Jonathon.

—Nunca volverá a luchar ¿verdad? —dijo Caroline.

—No con una pata de palo —dijo Sam—. Pero en la guerra hay más cosas que apretar gatillos. ¡Hay más papeleo del que pueda imaginar! Y él es un hombre con estudios, ¿no es así?

—Sí —dijo Caroline, anhelante.

—Los nuestros siempre están con sus garabatos —dijo Sam con desprecio—. No se puede poner el pie en un estribo sin una tonelada de papel. Una pérdida de tiempo. Caroline caminó en silencio unos pasos.

—¿Mejorará Jonathon?

—Claro que sí —dijo Sam con inapelable firmeza.

Caroline le sonrió.

—Tiene suerte de contar con usted.

Sam se encogió de hombros.

—Fue bueno con mi hermano. Estoy en deuda con él.

—Jonathon dijo que su hermano había muerto.

—Sí. —Era extraño, pero ahora no se le hacía difícil hablar de Nate, no con esa muchacha. Sam empezó a contarle a Caroline lo de Nate y Maggie, sobre cómo habían planeado desertar y buscar juntos su paraíso perfecto, y sobre cómo el sueño había acabado con una bala en la espalda de su hermano.

—¿Qué le pasó a la chica? —preguntó Caroline.

—Me dijeron que huyó. Es lo mejor.

Caroline dio unos pasos sin decir palabra. La luz de un establecimiento de ginebras iluminó su cabello y dibujó sombras en sus mejillas y bajo sus labios.

—Pobre Nate —dijo de pronto.

—Fue un idiota. —Sam sonrió con tristeza—. Solo se hizo soldado por la casaca roja, y por el dinero que jamás nos dieron. Pero no debería haberse alistado. Nate odiaba luchar. Solía echar a correr con solo ver un palo.

—¿Un palo? —preguntó Caroline.

—Sí, cuando jugábamos a las espadas —explicó Sam—. Es un juego al que jugamos en Inglaterra. Peleas, y el primero en hacerle una herida al otro en la cabeza gana.

Habían llegado a un callejón oscuro y estrecho que llevaba a la zona algo más iluminada de los muelles. Los dientes de Caroline brillaron nítidos cuando le sonrió a Sam.

—¿Debo suponer que era bueno jugando a las espadas?

—Me encantaba.

Salieron del callejón y llegaron a los amplios embarcaderos iluminados por antorchas. Cada uno de los puestos de centinelas tenía su antorcha. Estaban dispuestos a lo largo del muelle y formaban parte del gran perímetro que los

británicos habían establecido en torno a Filadelfia.

Caroline llevó a Sam hacia el extremo norte, hacia una de las baterías de cañones. Los artilleros reconocieron a la muchacha y la saludaron amistosamente.

—¿Te has echado novio, chica?

—Lo lamento —dijo Sam disculpándolos.

—No me molestan. —Caroline bajó unos escalones oscuros y deshizo los amarres de la embarcación.

—¿La lleva usted sola? —preguntó Sam asombrado.

—Yo solita. —La muchacha sonrió desde la oscuridad del embarcadero. A su espalda, reflejando los leves destellos de la luz de la luna, el agua se mecía en tonos plata y negro. Alargó la mano para que Sam le diera el petate con las velas—. Usted y yo, Sam, ¿lograremos que Jonathon se ponga mejor?

Sam le entregó el paquete y sintió la calidez de la complicidad implícita en el gesto.

—Claro que sí. —Observó mientras la muchacha tiraba de una única vela para izarla—. ¿Cómo sabe adónde va?

—Allí hay una luz. Es mi casa.

—Vaya con cuidado.

Caroline sonrió a modo de agradecimiento; luego sacó un pequeño remo y lo hundió en el agua. Sam dio unos pasos atrás y vio un rectángulo blanco en el último escalón. Bajó a toda prisa, lo recogió y palpó el pegote de cera que sellaba una carta.

—¿Se le ha caído esto?

Caroline ya estaba apartándose del embarcadero. Su rostro, al mirar atrás, esbozó un gesto de alarma.

—Se me ha caído del paquete —dijo.

—Tenga.

Sam alargó el brazo al máximo para superar el espacio cada vez más grande que separaba la embarcación del muelle y a punto estuvo de caer al agua. Caroline también alargó el brazo y le sostuvo con la mano. Los dedos de ambos se entrelazaron y la carta de Martha casi cayó al río. Sam dio un respingo para incorporarse y le entregó la carta a Caroline. Luego pidió disculpas por su torpeza.

—Gracias, Sam. —Los ojos de Caroline brillaban con intensidad sobre las aguas lúgubres.

—Buenas noches, señorita. —Sam estaba pensando en el tacto cálido y firme de la muchacha.

—¡Buenas noches, Sam!

Caroline, con asombrosa destreza, remaba para apartar la embarcación del abrazo del embarcadero y hacia el viento. Dijo adiós con la mano cuando la chalupa tomó impulso y se sentó al timón.

Sam no se movió. Contempló el progreso de la sombra oscura por el río, observó hasta que la chalupa no fue más que un borrón entre las sombras de la otra orilla.

Sintió algo que no hubiera podido describir, pero supo que tenía algo que ver con la felicidad. Entonces recordó que Jonathon estaba prometido a Caroline y se estremeció por lo que estaba pensando. Volvió a subir los peldaños y regresó caminando hacia la ciudad penumbrosa. Pero, lo quisiera o no, tenía la cabeza embotada con aquella melena rubia, el recuerdo de los dedos fuertes de la muchacha tocando los suyos y las risas tan fácilmente compartidas. Y el mundo de Sam, por la mejor y más elevada de las razones, aunque sin esperanza, de pronto se hizo más luminoso.

Durante la mañana en la que estaba proyectado el asalto a los fuertes rebeldes, sir William Howe se despertó con una maravillosa sensación de bienestar, bastante poco acorde a sus cuarenta y ocho años de edad y en abierto desafío al oporto y las ostras fritas; estas últimas las había ingerido casi a medianoche, aun sabiendo que se despertaría lamentándolo. Pero sucedió al contrario, casi volvía a sentirse joven.

Abandonando a Lizzie en una cálida maraña de sábanas, se dirigió al vestidor, donde Thomas Evans le afeitó y le informó de que hacía un día espléndido. Sí que lo era, repuso sir William mientras respiraba los aromas entrelazados del jabón de afeitar y el café recién hecho. Un vendedor ambulante, de aquellos que se levantaban temprano, anunciaba sus mercancías a voz en grito, algo que le trajo a sir William recuerdos del alegre y bullicioso caos de las calles de Londres.

El pensamiento provocó en el general destellos de agradable melancolía. Las orillas del Támesis en primavera, cuando el río bailaba a la luz del sol. La Casa China de Ranelagh Gardens. El teatro de Drury Lane, donde David Garrick era el rey, o el Little Theatre en Haymarket, donde Samuel Foote animaba a las mujeres del público a destensarse los corsés, no fuera que sus risas provocaran desgarrones en ellos. Sir William soñó con el Club Almack's en aquellas noches de invierno. Recordó cuando observaban a las prostitutas de Covent Garden y se preguntaban cuál de ellas moriría de alguna enfermedad venérea y cuál se casaría con alguien de la alta sociedad. ¡Y los cafés! ¡Por Dios, había más cafés en el Strand que en toda Pensilvania!

—Le veo pensativo, señor.

Lord Robert Massedene, el ayuda de campo de servicio, traía los asuntos del día. Sir William ya se estaba vistiendo: medias, pantalones, camisa, chaleco, casaca, peluca, zapatos y espada.

—Estaba recordando el café de Somerset, Robert. ¿Te acuerdas de aquel camarero tan rollizo y tan poco servicial?

—El café de Slaughter House —dijo Robert Massedene, burlón—. Turk's Head, el Piazza...

—El asador de Clifton, ¿eh?

—Dolly's —repuso Massedene.

—¡Donde las putas beben cerveza negra para desayunar! —La conversación no hizo más que animar a sir William—. ¡Y pensar que tenemos que conformarnos con el Café Londres de Market Street...!

—Donde anoche, señor, oí rumores de que el general Burgoyne se había rendido.

Pero hoy nada podía mellar el buen humor de sir William.

—¡Rumores, Robert! ¡Siempre hay rumores! ¿Cuántas veces nos han dicho que el señor Washington había muerto? ¡De anginas, de fiebres, de disentería, de cólicos,

hasta en combate!

—Esa, señor —Robert Massedene dejó los papeles sobre la mesa de sir William —, sería una muerte que lamentaría profundamente.

Sir William cerró los ojos mientras Evans concluía el perfecto empolvado de la peluca y rio.

—¿Cree que le reemplazarían por alguien mejor?

—¿Acaso podrían encontrar a alguien peor?

—Lo dudo, Robert. Hace que me sienta como un buen general. —Sir William sonrió para mostrar que su modestia no debía ser tomada demasiado en serio. Acto seguido se dirigió a la mesa, en la que le esperaban una jarrita con café, jamón en lonchas, pan y mantequilla. Miró hacia los informes que Massedene había dejado sobre la mesa.

—¿Tengo que leerlos yo, Robert, o me vas a hacer un resumen?

—Donop salió a la hora prevista, señor. Los navíos de su hermano están remontando el río. El sol ha salido, como siempre. Dios, por lo que dicen los predicadores, está en su cielo.

—Amén a eso. —Sir William untó mantequilla en el pan y aguzó su oído experto para escuchar los lejanos cañonazos que hacía que se estremecieran levemente las ventanas—. No parece que se haya intensificado el fuego de artillería, Robert. ¿Crees que Donop marcha con retraso?

—Lo sabremos pronto, señor —dijo Massedene en tono reconfortante—. El capitán Vane será el primero en hacernos llegar noticias, estoy convencido.

—¡Cómo le gusta el olor a pólvora! —A sir William le había resultado curiosa la insistente petición de Vane de acompañar a los granaderos en su asalto a Fort Mifflin —. ¿Tanto le aburre la vida?

—Está ansioso por labrarse una reputación, señor. Y anhela la victoria.

—Y a la viuda, diría yo —rio sir William.

—Sin duda, señor. ¿Puedo tentarle a probar un poco de sábalo salado?

—De ningún modo. —Sir William se estremeció con solo imaginarlo; luego pensó en Vane y la señora Crowl—. Sería un buen partido para él. Es rica.

—Y bella —dijo Massedene secamente.

Pensar en el matrimonio de Vane avivó el entusiasmo de sir William.

—Espero que les vaya bien, ¡por Dios que sí! Es lo que necesita la ciudad, Robert. ¡Romance en una ciudad en guerra! ¡Una historia de amor que nos una! ¿Estás de acuerdo, mi querido Robert?

—No puedo más que preguntarme si la viuda estaría dispuesta, señor.

—¿Por qué no iba a estarlo? Vane es un tipo bastante digno. Puede que no sea de alta cuna, pero tampoco es que sea desdeñable. ¡Hay cosas peores por ahí!

—También las hay mejores, señor.

Sir William miró a su ayuda de campo fijamente y, al comprender, esbozó una creciente sonrisa.



—¡Estás celoso, Robert! ¡La viuda también te ha conquistado a ti!

Massedene lo negó, aunque sin excesiva firmeza.

—Al que me cuesta tragar es a Vane, señor. Su visión de la vida es la de un tendero. Hay pérdida o hay ganancia, y entre ambas, nada. Aunque procuro ser cortés con él.

—Seguro que sí —dijo sir William con premura.

—Tampoco niego que sea un hombre valiente, señor, y confío en que hoy nos haga llegar las noticias de la victoria.

—¡Ah, claro! —dijo sir William recordando el asunto que le ocupaba aquel día.

El general llevó la taza de café hasta la ventana como si esperara ser testigo de la victoria más allá de los tejados. Se preguntó si la cadencia de los disparos de artillería había aumentado. Se permitió un silencioso deseo por la seguridad de su ayuda de campo Christopher Vane.

Vane, acucillado junto a un dique para resguardarse del viento helado, aguardaba a que comenzara el ataque. El capitán llevaba esperando desde las primeras luces grisáceas del amanecer, desde que un puñado de fragatas y cañoneras, con las velas teñidas de rosa por efecto del sol naciente, habían sorteado a duras penas los obstáculos hundidos en el lecho del río y se habían arrastrado corriente arriba. Y seguía esperando.

—¡Donop llega tarde!

—¿Señor?

Sam, tembloroso, se acurrucó junto al dique armado con mosquete y bayoneta.

Vane no repitió lo que había dicho. Se preguntaba por qué se había presentado voluntario para esa misión, y decidió que, en realidad, no podía soportar que una operación de esa naturaleza fuese puesta en riesgo por no estar él ahí. Vane sabía que estaba pecando de soberbia, pero eso no significaba que no fuera verdad. Desde que sir William le arrancase de las sombras, Vane sentía que estaba destinado a la grandeza, y sabía que aquel período de su juventud no era sino parte del aprendizaje que había de catapultarlo a la fama. Esa grandeza, por supuesto, había sido puesta en peligro al presentarse voluntario para ese combate, pero no creía que el destino tuviera la muerte en combate escrita junto a su nombre.

—¿Tienes miedo, Sam?

—No, señor.

Vane se volvió.

—¿En serio?

—No más que cualquier otro, señor.

Vane sonrió.

—Te he visto pasar miedo, Sam. Te he visto aterrado. Ese sargento..., el que te estaba golpeando cuando tuve la amabilidad de rescatarte.

Sam pensó en ello.

—Cualquiera le tendría miedo a Scammy, señor. Es un cabrón.

—Cuéntame alguna de sus cabronadas, Sam. Diviérteme.

Vane, aburrido, quería pasar el rato, y Sam se encontró describiendo al sargento Scammell. Se sorprendió a sí mismo al oírse hablar con reticente admiración sobre la valentía de Scammell, pero esa admiración se desvaneció cuando habló de la noche en la que Scammell había estado de servicio con los piquetes antes de la batalla.

—¡Mató a ese chiquillo, señor!

—¿De verdad? —Vane se sintió intrigado por el relato.

—Pero no haga nada, señor —dijo Sam alarmado—. No debería habérselo dicho.

—No se me ocurriría apartar del ejército a un hombre tan valioso —dijo Vane—. Necesitamos hombres sin escrúpulos, Sam, si es que queremos acabar con esta rebelión. —Vane se puso en pie y miró hacia la otra orilla preguntándose por qué Donop seguía sin atacar—. ¿Por qué te bañaste el otro día, Sam?

—¿Bañarme, señor?

Vane bajó la mirada y observó a su sirviente.

—Me he dado cuenta, Sam. Un día estabas cubierto de mierda y al siguiente olías a recibidor de prostíbulo. ¿Has conocido a una chica?

—No, señor.

—Pues yo creo que sí. ¿Quién es? ¿Una putita?

—Solo es una chica, señor —dijo Sam sin mucha convicción.

—¿Qué tipo de chica? ¿Alguna sirvienta?

—Sí, señor —dijo Sam aprovechando la invención del capitán. Luego pensó que debía decir algo más para decorar sus palabras y dijo la verdad—. Es preciosa, señor.

—Seguro que sí.

Vane se preguntó qué tipo de pasión sentían los soldados rasos. Algo insulso, seguramente, la mera llamada de la carne, nada comparado con el éxtasis sacramental que Vane sentía por Martha Crowl. Pensar en Martha y en volver a casa de su amada con su espada victoriosa como tributo provocó que el capitán sonriera. Esa noche, pensó, cuando todo ese asunto hubiera concluido gloriosamente, guiaría a la viuda, con delicadeza, desde el corsé de la amistad hacia las pasiones del amor. Pensar en ello resultó tan excitante como lo era anticipar la acción que, inexplicablemente, aún no había comenzado en torno a los fuertes acosados.

Las sombras de las nubes se movían a lo largo de las aguas y estas escondían el sol. Una garza recorría la orilla mientras el capitán Vane caminaba impaciente de un lado a otro del dique. En cualquier momento esperaba oír el fuego de la artillería montada que acompañaba a los hesianos de Donop, pero la mañana avanzaba fría y dolorosamente, y no acababa de oírse el rugir de los cañones al otro lado de las calmadas y grisáceas sábanas de agua. Dos fragatas y tres cañoneras, desde donde llegaban gritos solitarios informando de la profundidad del agua, avanzaban lentamente contracorriente.

A mediodía las nubes amenazaban lluvia, y un viento repentino hizo que se revolvieran las aguas. La proa de una nave rebelde emergió de una de las intrincadas ensenadas que había a lo largo de la costa de Nueva Jersey. Esta efectuó un disparo con la pieza montada en proa y recibió, como respuesta, el estruendo tonante de un fuego lateral de artillería que dio lugar a una enorme nube de humo sucio en el centro del río. La nave rebelde, indemne, se retiró gallarda.

—¡Esto es una locura! —Los nervios del capitán Vane, a pesar de la feliz expectativa de la noche, estaban al límite por la espera.

La comida se sirvió a la una y media. Vane comió con los oficiales de las compañías de granaderos que debían participar en la rendición de Fort Mifflin. En ese momento pensó en volver a la ciudad para ver si sir William, por alguna extraña razón, había suspendido el ataque de los hesianos, pero la curiosidad lo mantuvo junto al dique, más allá del cual, varadas pesadamente en la orilla, unas gabarras esperaban para transportar a los granaderos hasta Mud Island. Los granaderos eran las fuerzas de choque del batallón, y seis batallones habían aportado compañías para la toma del fuerte de la isla. Los hombres, hartos de esperar, dormían bajo el dique o afilaban unas bayonetas ya afiladas. Vane, inquieto, abrió de golpe la tapa de su nuevo reloj, un artilugio que, en su día, colgara de una cadena bajo la barriga de Benjamin Franklin.

—¡Se suponía que debía ser un ataque sorpresa!

—Aún puede tener éxito —dijo un mayor bigotudo mientras cortaba un trozo rancio de cerdo salado.

—Deberían haber atacado al amanecer.

El mayor se metió el trozo de carne en la boca y masticó lentamente.

—Esto es el ejército. ¿Acaso hay algo que ocurra con puntualidad?

Sir William Howe, aún en Filadelfia, donde había decidido permanecer por si su ausencia alertaba al enemigo, también estaba inquieto debido al paso de las horas.

—¿Se ha perdido ese hombre? ¿Ha vuelto a Alemania? ¡Maldita sea!

Lord Cornwallis, un hombre eficiente y adusto que comía esa tarde con Howe, no dijo nada, pero su silencio delataba que, de haber ostentado el mando, quizá hubiera organizado mejor la operación. Cornwallis quería volver a Londres, y sir William sintió una sacudida de celos. ¿Por qué debía volver Cornwallis a casa? ¿Qué maldades urdiría en los salones y antecámaras en las que se llevaba a cabo la verdadera labor de gobierno?

Lord Robert Massedene cortaba un trozo de carne mientras esperaba a que el fuego de artillería diera comienzo a los sonos de la batalla.

—Puede que Fort Mercer se haya rendido sin luchar —aventuró el ayuda de campo.

—¡Ja! —prorrumpió Cornwallis.

—¿Milord? —dijo sir William para llamar al orden a su segundo.

Cornwallis observó a sir William con agresividad. Al fin, y después de una prolongada deliberación, se limitó a decir:

—A tu cocinero se le suele pasar la carne.

—Había pensado —dijo sir William ignorando a su antipático segundo— en ir a ver una pelea de gallos esta tarde. ¿No hay una arena en Front Street?

—En Moore's Alley, señor, junto a la tienda de Carr. —Lord Robert le ofreció la salsa—. Y dicen que se baten unos animales extraordinarios.

Pero no hubo pelea de gallos, porque a las tres de la tarde, con la comida aún siguiendo su curso natural, el grito de la guardia y el repiqueteo de unos cascos anunciaron si bien no noticias, al menos agitación. Sir William, delatando unos nervios que estaba haciendo lo posible por ocultar, tiró su servilleta al suelo y, seguido de oficiales a medio comer, bajó al patio, donde había un hombre a caballo con los ojos vendados. Dos dragones también a caballo escoltaban al extraño y, milagro, este llevaba al perro perdido de sir William atado a uno de los estribos con una correa larga.

—¡Hamlet!

El perro ladraba frenéticamente intentando soltarse de la correa. Sir William corrió a ayudarlo. Luego le espetó a uno de los dragones:

—¡Liberadlo! ¡Liberadlo!

—¿Al rebelde, señor?

Sir William, con el perro ahora en sus manos, se percató de que el hombre de los ojos vendados era, efectivamente, un rebelde. El hombre había venido, según relató uno de los tenientes de dragones, ondeando una bandera blanca, y los ojos le habían sido vendados para que no pudiera informar sobre las defensas que protegían los accesos norte de la ciudad.

El hombre, liberado de su venda, le dedicó a sir William una reverencia.

—Soy el coronel Mitchell.

—Sir William Howe —se presentó el general.

Mitchell sonrió.

—Este es su perro, supongo. Lo encontramos con nuestro ejército, señor, pero su collar delató dónde residían sus lealtades.

—¡Y me lo ha devuelto! ¡Por mi honor, caballero, que le doy las gracias! ¡Mis más sentidas gracias!

—Viene acompañado de los saludos del general Washington, y por orden expresa suya.

—Es muy amable de... —sir William hizo una pausa: no quería dignificar al comandante rebelde mentando su rango, pero la gratitud le hizo sentirse benévolo— del general Washington; le hará llegar que estoy en deuda con él. Confío en que no haya recibido mal trato.

—De ningún modo, señor.

—¿Comerá con nosotros? Tenemos carne asada y un excelente burdeos un tanto revuelto después del viaje. Y creo que también hay pastel de calabaza.

Mitchell sonrió ante el entusiasmo del general, pero negó con la cabeza.

—Si no le ofende, señor, debo irme.

—¿No hay forma en que pueda mostrar mi agradecimiento? —Sir William, encantado con el gesto de Washington, acarició al animal, que, por suerte, no parecía haberlo pasado mal en su aventura—. ¿Ningún regalo que pueda ofrecer a cambio, coronel?

Mitchell esbozó una pícaro sonrisa.

—El general Washington no pide nada, ya que considera que tomará cuanto desee.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Bien dicho, caballero! —Howe miró a sus oficiales confiando en que estuvieran participando de su júbilo, aunque, salvo Massedene, ninguno parecía verle la gracia. Pero Howe estaba disfrutando de ese extraño cara a cara.

—Le hará partícipe al general —esta vez la palabra surgió con más facilidad— de mis respetos, así como de mis mejores deseos para su esposa y mi pesar por el hecho de que el destino nos haya convertido en enemigos.

—Al menos —Mitchell parecía un tanto desconcertado ante tan afable recibimiento— ya no necesitamos contar con el general Burgoyne entre nuestros enemigos.

—A ustedes también les ha llegado el rumor, ¿eh? —La felicidad de Howe por haber recuperado a su perro no se vería comprometida por tales chismes—. Solo espero que el bueno de Johnny nunca dé con el tipo que va contando por ahí tales memeces de él.

—Es algo más que un rumor, señor. Se ha rendido en Saratoga.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —Sir William era todo alegría—. Muchas gracias, caballero, mis más sinceras gracias. Lamento la necesidad de tener que vendarle de nuevo los ojos. Seguro que lo comprende.

El coronel rebelde se fue y sir William volvió al comedor, donde, pleno de felicidad, le dio de comer carne asada a su mascota pródiga. Juguetó y cepilló al animal, y solo se detuvo cuando desde el sur y el oeste, al fin, empezaron a tronar los cañones, informando así a la ciudad de que se libraba una batalla donde el agua se mezclaba con el barro en torno a dos fuertes.

Y donde, superando el dique, Christopher Vane avanzaba con los granaderos que debían ocupar el fuerte castigado.

La batalla había estallado de repente. En un instante los barcos se habían alejado y posicionado fuera de alcance, y al siguiente una erupción de fuego de artillería, al otro lado de Fort Mercer, informaba a las tropas que esperaban de que al fin, después de tanto tiempo, los hesianos estaban atacando.

Las naves volvieron a acercarse, las velas aletearon como alas monstruosas y

fueron recogidas. Luego las bordas empezaron a tronar desde los costados ajedrezados de los barcos. En las marismas, todos y cada uno de los cañones, desde todas las baterías británicas, abrieron fuego. Los oficiales de granaderos berreaban órdenes, azuzaban a sus hombres para que se apresurasen, corriendo por el barro, a embarcar en las gabarras que esperaban, y cuyas tripulaciones estaban compuestas por hombres de la flota. La garza, con las patas extendidas hacia atrás, echó a volar con desdén entre las nubes cada vez más extendidas de humo que planeaban en finas tiras sobre el río. Este no tardó en verse alimentado con más humo proveniente de los chorros de llamas que escupían los inmensos cañones cada vez que daban sacudidas hacia atrás. Los morteros, achaparrados, terribles, desde sus lechos, disparaban cargas que describían parábolas sobre las aguas poco profundas. Los proyectiles, cuyas mechas dibujaban trazos en el aire, estallaban en llamas dentro del recinto de Fort Mifflin.

Sam corría junto a los granaderos que vitoreaban el ataque mientras Vane le seguía por el barro y hacia la última gabarra de la izquierda. Ya podía ver el humo al otro lado del fuerte, señal inequívoca de que los hesianos estaban atacando en Nueva Jersey, aunque le preocupaba bastante más Fort Mifflin, ahora completamente rodeado por la artillería británica.

—No están respondiendo al fuego, señor —dijo Sam, esperanzado.

—Puede que estén reservándose para nosotros, Sam —bromeó Vane, jubiloso. Aunque podía ser que el fuerte hubiera recibido tal castigo de la artillería que los defensores quizá estuvieran esperando la oportunidad de rendirse—. ¡Estamos en las picas, Sam, en las picas! —dijo Vane, extasiado ante la inminencia del combate.

—¿En las picas, señor?

—En la primera fila del teatro, Sam, donde ponen las picas para que los espectadores no se abalancen sobre las actrices. Pero vamos a darles a nuestros yanquis un buen revolcón, ¿eh?

—¡A ello! ¡Remad! —dijo el contramaestre encargado de la gabarra de Sam, como si creyese que se trataba de una carrera contra las otras once embarcaciones cuyos remos subían y bajaban a medida que avanzaban por las aguas.

Las gaviotas, conmocionadas por el fuego de artillería, volaban descontroladas sobre sus cabezas.

Una nota discordante se coló entre el tronar de los cañones. Fue un estallido más profundo, que delataba la presencia de una pieza de grandes dimensiones. Sam vio una gran nube de humo sobre los terraplenes de Fort Mifflin. Una fragata que navegaba lentamente junto a los muros que emergían del agua pareció estremecerse cuando la bala enemiga impactó de lleno en ella.

—¡Ese fuerte no está muerto! —dijo un teniente desde la proa de la embarcación.

—¡Lo estará pronto! —El entusiasmo de Vane era desbordante.

La espera había concluido, y cargaría junto con aquellos hombres de magnífico aspecto contra los escombros chamuscados de un fuerte batido por el fuego artillero.

Ahora, tan cerca ya del combate, y sin quererlo, empezó a soñar despierto. Martha, de algún modo, había llegado hasta el fuerte y estaba en peligro de muerte y él, el capitán Vane, acudía a rescatarla. Lloraría agradecida y se derretiría de afecto, ese afecto que tan desesperadamente quería de ella.

—¡El *Augusta* ha encallado! —El contramaestre aplastó de pronto el sueño de Vane. El marino estaba señalando hacia la fragata que había recibido el primer disparo del enemigo.

—¡No! —dijo Vane, aunque, a pesar de su negación, del *Augusta* empezaban a bajar botes de remos con los que la tripulación intentaría remolcar la nave para apartarla de la orilla—. Tampoco importa —murmuró Vane para sí.

—¿No importa? —Sam, acuclillado junto al capitán, buscaba ser reconfortado.

—Aún puede disparar, ¿no? —Vane hizo una mueca al recibir un chorro de agua de uno de los remos—. Y no es que los yanquis estén haciendo gran cosa.

Nada más decir esas palabras, toda la línea de defensas de Fort Mifflin que miraban al río estalló en llamas y humo. Las baterías americanas estaban centrando su fuego en la nave varada. La segunda fragata acudía al rescate y respondió con las baterías de proa.

—¡Creí que íbamos a ocupar un fuerte ya abatido! —protestó Sam.

—¡A más enemigos, más gloria! —dijo Vane en voz alta.

La gabarra de Sam varó sobre el barro y la voz grave de un sargento ordenó a los hombres que desembarcaran.

—¡En pie, hijos de puta!

—¡Formación dispersa! —gritó un mayor en la gabarra de al lado. El resto de las embarcaciones fueron encallando en el barro y las coloridas casacas rojas de los granaderos se desperdigaron—. ¡Adelante!

—¡A la brecha, Sam! —Vane alzó el rostro al percibir el olor a pólvora y el retumbar de los pesados proyectiles que surcaban los aires—. ¡Adelante, nobles ingleses! —rio, y desenvainó el sable.

A Sam le parecía una locura. Estaban a media milla del fuerte, y la mayor parte de aquella distancia no era más que barro pegajoso y charcos. Algunos hombres se hundían hasta las rodillas. Fluían pequeños riachuelos, pasaron junto al esqueleto de un bote abandonado, y todo era lodo pringoso que succionaba las botas de la cadena de hombres que se aproximaban al fuerte envuelto en humo. El resto de los combates, en el otro extremo del fuerte y sobre las aguas, parecían ajenos, como si estuvieran ocurriendo en otro lugar, como si no tuvieran nada que ver con Sam.

Los granaderos, en Mud Island, llegaron al fin a suelo más firme y se pusieron a cubierto tras unos bancos de arena. Ahora esperarían, explicó Vane, a que Fort Mercer hubiera sido capturado para que la artillería de este abriera fuego sobre Fort Mifflin. Los rebeldes, que habían sido testigos del avance de los granaderos, empezaron a disparar de forma esporádica. Las balas silbaban sobre sus cabezas, pero la distancia era demasiado grande como para que el fuego resultara efectivo, aunque

no tanto como para no oír los insultos que los rebeldes espetaban desde los parapetos.

—¡Ignoradlos! —Un mayor paseaba junto a los hombres acucillados—. ¡Haremos que se traguen sus palabras dentro de poco! ¡Cargaremos contra la empalizada, muchachos! ¡Sufriréis bajas, pero para eso os alistasteis! ¡El cielo de los soldados está alfombrado de putas, así que no tengáis miedo! ¡Hacedles comer plomo a esos cerdos! ¡Que saboreen el infierno!

Esperaron. El duelo artillero llenaba el aire de truenos; era como si sobre sus cabezas rodaran gigantescos barriles sobre pasarelas. Sam, que observaba el fuerte desde la cresta de la duna, vio que las empalizadas salían despedidas como si fueran leña. Los proyectiles de los morteros estallaban dando lugar a llamas escarlata y humo en el interior del fuerte. En lo alto de la plaza, indemne, la bandera rebelde seguía ondeando al viento humeante.

Al igual que la bandera que coronaba Fort Mercer. Las baterías de aquel fuerte, lejos de haber sido capturadas por los hesianos, disparaban contra la fragata varada. Otra nave, bastante más pequeña y algo más alejada río abajo, también había encallado y estaba siendo sometida a fuego enemigo.

—¡Está ardiendo! —dijo Sam mirando al *Augusta*.

El capitán Vane aún estaba ansioso por entrar en combate, pero se volvió a tiempo para ver una lengua de fuego, pura como un rayo, alzarse desde el centro de la nave y crecer hasta llegar a superar en altura el palo mayor.

Por un instante, mientras todos observaban el navío malogrado, dio la sensación de que todos los cañones del río habían dejado de disparar. La lengua de fuego se retorció, perdió fuerza, y justo cuando parecía que la fragata estaba a salvo, la nave entera estalló en un estruendoso espectáculo de fuego. Uno de los mástiles, despedido hacia el cielo como una flecha, empezó a dar vueltas en el aire y se hizo pedazos. Los tablones que habían formado parte de la cubierta volaron por los aires. Una vela, ardiendo y retorciéndose como un murciélago gigante del infierno, aleteaba de forma grotesca en el cielo. La nave al completo, su masa imponente, sólida y elegante, se convirtió en una vorágine de apestoso humo negro y muerte. Los escombros, escupidos desde la nube ardiendo, cayeron chapoteando al agua.

Pasaron unos extraños segundos de aturcido silencio.

Entonces la reverberación de la deflagración llegó hasta ellos convertida en un ruido ensordecedor que, al igual que un terremoto, pareció sacudir el suelo. Una ola superó la orilla y se adentró en la isla. Más explosiones, perforando los tímpanos de los soldados que observaban, sacudieron las marismas cuando explotó la santa bárbara de la nave.

Cenizas, escupidas por las llamas y llevadas por el viento, llovieron como nieve negra sobre las aguas. Las grandes costillas de la estructura se veían iluminadas por el fuego que devoraba el casco abierto. El agua, que volvió al cauce después del empuje de la explosión, dio lugar a columnas de humo negras como las nubes del infierno.

—¡Jesús! —Vane miraba con la boca abierta.



La segunda nave varada también estaba en llamas, el fuego centelleaba entre la delicada tela de araña que formaban mástiles y jarcias. Unos botes de remos huían del navío condenado con la tripulación.

Entonces, desde el fuerte rebelde, surgieron vítores: triunfales, alegres, burlones. Un hombre se puso en pie sobre el bastión más cercano y ahuecó las manos hacia los granaderos.

—¡Eh, hijos de puta! ¿Qué tal esa bienvenida americana?

—¡Que le den por el culo! —Vane, con la moral ahora convirtiéndose en desesperación, le arrebató el mosquete a Sam, se colocó la culata en el hombro y disparó al provocador rebelde.

—¡Has fallado! —rio el hombre, que saltó para bajar del parapeto, y una pequeña pieza de artillería cargada con metralla y que estaba reservada para el asalto de los granaderos abrió fuego.

La metralla, silbando y chascando, pasó por encima de sus cabezas.

—¡Atrás! —gritó el mayor de granaderos, que sabía que todo había salido mal ese día—. ¡Atrás!

El capitán Vane quería seguir adelante, quería cargar contra el insolente fuerte. Quería cargar, pero no le dieron elección.

—¡Atrás! —repitió a gritos el mayor de granaderos, y Vane retrocedió.

Recorrió a duras penas el barro pegajoso, retirándose con la infantería mientras eran perseguidos por las descargas artilleras del americano burlón. Sam ayudó a un granadero cuya pierna había recibido el impacto de la metralla. Otro había caído de bruces sobre el lodo, se hundía, y se hubiera ahogado de no estar muerto ya, alcanzado por una bala en la columna vertebral. La metralla se incrustaba en el barro y lo levantaba, y cada paso de la retirada de los granaderos se vio marcado por más insultos.

Se abalanzaron sobre las gabarras. Dos hombres habían muerto, tres estaban heridos. La segunda nave varada, un balandro incendiado por su propia tripulación para evitar que el enemigo pudiera reflotarlo, explotó, aunque, dadas las calamidades del día, prácticamente nadie le prestó atención. El humo de las dos naves recorrió el río y, al atardecer, las naves seguían ardiendo, iluminando las orillas con una luz tenebrosa.

Y tanto en Fort Mercer como en Fort Mifflin seguían ondeando las banderas de barras de los rebeldes.

—¡Sir William se va a enfurecer! —El mismo Vane parecía estar al borde del llanto mientras, con Sam a su lado, cabalgaba desde el Schuylkill hacia la ciudad—. ¡Ha salido mal, Sam, terriblemente mal! ¡Odio ser portador de estas noticias!

Pero Vane no necesitaba hacerle llegar las noticias, porque el general ya lo sabía.

Sir William, preso de la desesperanza, estaba sentado junto al fuego. Hamlet dormía a

sus pies. Intentó sonreír cuando Vane, cubierto de barro y exhausto, entró en la estancia, pero solo logró esbozar una mueca.

—Sé lo que ha ocurrido, Christopher.

—Lo lamento, señor.

William negó con la cabeza.

—No importa.

—Los fuertes acabarán cayendo, señor —dijo Vane, sorprendido de estar ofreciendo consuelo. Se percató de la presencia de Hamlet, pero no era el momento de hacer comentarios, porque jamás había visto a sir William tan abatido.

—Claro que sí, los fuertes caerán —dijo el general—. Pero ¿para qué, Kit? ¡No podemos ganar! No podemos ocupar cada ciudad, cada pueblo, cada puente, cada maldita granja. Y si lo hiciéramos, ¿cómo íbamos a gobernarlos? Han saboreado la victoria. Ya jamás se darán por vencidos. ¡Jamás!

—¿Victoria, señor? Solo han logrado repeler un ataque. Volveremos a intentarlo.

—No. —Lentamente, sir William alzó una única hoja de papel como si pesara una tonelada—. Lo ha traído un cúter desde Nueva York, luego por tierra.

Christopher Vane, cuya sombra era alargada merced a la luz parpadeante de las velas, cruzó la estancia y cogió el papel. Leyó una vez, luego otra y cerró los ojos.

—Dios mío.

La vergüenza era demasiado lacerante. Sus ojos empezaron a anegarse de lágrimas. Oyó la risa de la viuda en su corazón. Derrota.

—Saratoga —sir William dijo el nombre con amargura—, solo Dios sabe dónde demonios está Saratoga.

Vane abrió los ojos; esperaba ver el mundo completamente cambiado, pero sir William seguía sentado en su silla de cuero, ante el fuego, y el viento frío seguía golpeando las ventanas y traía consigo, desde la calle, la canción de un hombre borracho. Vane volvió a mirar la misiva.

—¿Todo el ejército? ¿Rendido?

—A los rebeldes. —Sir William, en un arrebato de cólera, asustó a su perro al arrebatarle el documento a Vane. Lo lanzó al fuego—. Le pedí a Dios que no fuera cierto. ¡Se lo pedí a Dios! —Sir William se calló. De pronto pareció haber envejecido más allá de sus cuarenta y ocho años—. Lo he hecho lo mejor que he podido, Kit. He hecho lo posible por no luchar, pero he ganado todas las batallas en las que he participado. He refrenado a los hombres más beligerantes del Gobierno confiando en que acabaría por persuadir a los rebeldes de negociar. He intentado proteger a sus mujeres y sus casas. ¡Les he ofrecido una amnistía, compensación por sus pérdidas, la paz! ¡Hablan de tiranía y yo me he conducido con decencia! ¡Decencia cristiana, inglesa, caballerosa! —De pronto se sacudió, presa de un escalofrío—. Quizá debería darles lo que quieren. ¡Fuego, hierro y odio sin fin!

Sir William estaba predicando el evangelio de Vane, pero este no podía tomar ventaja de ello. Sentía demasiada lástima por aquel hombre bueno y abatido.

—Pero no lo hará, señor.

—No. Y ahora los franceses se unirán a la contienda. Era todo lo que necesitaban. ¡Saratoga! —Sir William cerró los ojos—. Cien mil hombres. ¡Cien mil hombres! Esa era la cantidad que necesitaba, y me dan treinta mil para controlar todo lo que hay desde las Floridas hasta Canadá. Treinta mil, menos los seis mil de Saratoga. ¡Jesús! —Le dio un golpe al reposabrazos de la silla y el perro gimoteó—. Si caminase sobre las aguas y multiplicase los panes y los peces, ¿se sentirían satisfechos en Londres?

Pero Vane era incapaz de dar una respuesta. Dios se había quitado la casaca roja, y las esperanzas del ejército no eran más que cenizas flotando en un viento helado hacia un mar vacío.

El capitán Vane caminaba por las calles frías. No podía creer el informe sobre Saratoga, del mismo modo que era incapaz de creer lo que había visto con sus propios ojos en las marismas. Fue a cambiarse el uniforme, cubierto de barro, antes de buscar el consuelo de la viuda, confiando en que valorase su amistad lo suficiente como para compadecerle, incluso para amarle, en esa noche aciaga. Vane se preguntaba cuántos hombres habrían muerto, soldados cuyos nombres serían publicados en los porches de las iglesias a lo largo y ancho de Gran Bretaña e Irlanda para informar de los hijos y esposos que habían muerto para mantener la plaga del republicanismo alejada de América.

Vane dobló la esquina del callejón que llevaba a la casa en la que se alojaba y tuvo que hacerse a un lado cuando John Andre, apestando a ron y completamente borracho, salió a la calle tambaleándose.

—¿Kit?

—Sí, soy yo, John. ¿Estás bien?

Andre pareció valorar la pregunta.

—Estoy borracho, pero voy a casa de la señora Taylor. Es lo mejor que podemos hacer, Kit, después de la derrota. Emborracharse y echar un polvo. ¿Te apetece venir?

—He dejado las putas, John.

—¡Dios Todopoderoso! —Andre miró a John con incredulidad. Entonces se volvió hacia la calle y les gritó a las sombras—: ¡Está enamorado! ¡Está enamorado!

—¡John! —protestó Vane.

—No importa, Kit. Solo estoy borracho. ¿Puedes creer las noticias de Sara... Sara... como se llame?

—No.

—Yo tampoco. —Andre dio con una petaca de ron que llevaba en el bolsillo de atrás—. Quizá no sea cierto. ¿Por qué no te casas con la viuda?

—Me gustaría.

—Yo estuve a punto de casarme una vez. ¿Te lo he contado?

—Muchas veces, John.

Andre se apoyó en uno de los muros del callejón y bebió de la petaca, que, acto seguido, como buen compañero, ofreció a Vane.

—Se llamaba Honora Sneyd. —Andre parecía estar riéndose, pero Vane vio de pronto que su amigo, en realidad, estaba sollozando lágrimas ebrias—. ¡Sneyd! —dijo Andre—. Era una belleza tísica, Kit. ¿Por qué amamos a los desvalidos? Deberíamos buscar mujeres robustas, que tengan los muslos de un granadero, pero siempre nos enamoramos de las más frágiles, maldita sea. Me dejó. Que Dios la maldiga. Que Dios maldiga a todas las mujeres.

—Vete a la cama —dijo Vane.

—A la mía no —dijo Andre con la dignidad del borracho—, esta noche no. Esta noche, dado que la señorita Shippen muestra una modestia que desprecio, yo me voy a casa de la señora Taylor, aunque tú no vayas. —Chupó de la petaca, pero estaba vacía, así que la lanzó a la calle, donde repiqueteó sobre los adoquines—. ¿Le has pedido ya la mano a la viuda?

—Aún no.

—Los corazones débiles jamás se ganaron a una mujer que valiera la pena. Si no lo haces tú, Kit, lo harán otros. ¡Luego no digas que no te he avisado!

Andre, con mucho esfuerzo, empujó la pared y se dirigió tambaleante hacia la luz de las antorchas. Vane corrió tras él.

—¿Qué has querido decir?

Andre, con la mano de Vane sobre el hombro, se volvió.

—He querido decir, apreciado amigo, que las mujeres pueden hacer que nos sintamos tristes como gusanos. La tuya, querido Kit, da una recepción esta noche. ¿Te ha invitado?

—¿Una recepción?

—Música, vino, alegría. Mi amigo, que es el tuyo, lord Robert Massedene, me lo ha dicho.

—¡Por los clavos de Cristo!

Vane echó a correr. Sus pies se vieron dotados de la velocidad que dan los celos, que, como una marea de bilis, le envenenaban. Torció hacia Market Street, apartó a una patrulla de su camino y corrió hacia la casa de Martha.

Una vez allí vio las ventanas iluminadas por la luz de las velas. La música se desparramaba por la calle y enfurecía a un grupo de lealistas incapaces de cobrarse venganza por aquella inapropiada celebración debido a la presencia de cuatro casacas rojas armados que, con rostro estoico, hacían guardia a la entrada de la casa.

Vane subió las escaleras y abrió la puerta. Las risas llegaban desde la salita de arriba. El capitán abrió justo a tiempo para oír anunciar un brindis:

—¡Por Saratoga!

—¡Por Saratoga!

Quizá fueran una docena de los patriotas más conspicuos de la ciudad los que había en la habitación, iluminada por toda una batería de velas blancas y altas. Todos los invitados bebían, salvo Robert Massedene, quien, divertido y en silencio, observaba a los demás. Tres músicos, dos violinistas y un flautista, estaban sentados en el hueco de la ventana. Ante ellos, proponiendo el brindis, estaba Martha, ataviada con un ostentoso vestido de seda escarlata con lazos a juego con los que llevaba en el pelo.

—¡Capitán Vane! ¡Aún lleva el barro de las marismas encima!

—Donde he visto morir hombres hoy, señora. —La presencia de Massedene había enfurecido a Vane casi tanto como aquel alardeo de la victoria rebelde.

—¿Han sido casacas rojas los que han muerto? —le preguntó a Vane un hombre mayor, un respetable médico de la ciudad.

—¿Y qué pasa si lo han sido? —Vane se volvió con agresividad hacia el médico.

—He venido a celebrar una derrota británica —dijo el médico con fría dignidad—. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo?

—¡Que le jodan!

—¡Basta! —Lord Robert Massedene cruzó la habitación. Su voz, cuando llegó hasta Vane, era suave y apaciguadora—. Quizá sea mejor que te vayas, Kit.

Vane sabía que su ira lo estaba llevando al borde del duelo, pero también sabía que los duelos desataban la formidable, aunque rara, furia de sir William. Así que, haciendo ímprobos esfuerzos por contener sus impulsos, miró a Martha.

—¿Desea que me vaya?

—Creo que debería tomar una copa de vino, Kit. —Ella le sonrió, y con su natural y silenciosa elegancia le cogió del brazo y le llevó hasta la pequeña habitación en la que solía desayunar y que estaba detrás de la sala. Martha cerró la puerta tras ellos—. Le habría invitado, pero me he enterado de lo de Saratoga esta tarde.

La palabra se clavó como un cuchillo en el orgullo de Vane.

—¿Me habría invitado para celebrar eso?

—¿Por qué no? —dijo Martha, divertida—. Yo voy a las fiestas en las que se celebra el poder de Gran Bretaña, Kit. ¿Acaso me va a negar la oportunidad de disfrutar de una victoria de los patriotas?

Vane giró la cabeza para mirar por la ventana a las luces de la ciudad.

—Dudo que espere que pueda disfrutar de algo así, aunque cualquiera diría que las lealtades de lord Robert son más flexibles.

—No lo creo. Me informó sobre la rendición con mucho pesar, pero tuvo la amabilidad de ofrecirme su protección esta noche. Usted no estaba disponible; de lo contrario, por supuesto, se lo hubiera pedido primero. ¿Habría sido tan amable como lo ha sido él?

Vane apartó la vista de la ventana y, como si le estuviera suponiendo un gran esfuerzo, dijo lo que le pedía el corazón.

—Sería amable con usted. —Hizo una pausa confiando en que ella dijera algo, y comprobó que, a la luz tenue de las velas, las sombras que se dibujaban en su rostro le conferían un aura misteriosa y encantadora, de modo que la sola idea de perderla se volvió insoportable—. Sería todo amabilidad con usted, querida Martha.

Martha sonrió agradecida.

—Yo también confío en que sigamos siendo amigos, aunque deberá ser aceptando que mis opiniones no cambiarán, del mismo modo que sospecho que las tuyas tampoco.

Vane pensó en todos los hombres a los que había declarado su amor pasional por aquella mujer, y pensó también en la deshonra que supondría perder su estatus como acompañante habitual de la dama.

—Yo desearía ser algo más que amigos. Lo sabe.

Martha hizo una pausa. Luego asintió.

—Lo suponía, capitán Vane.

—¿Y? —dijo el capitán con la voz anhelante y la ira de unos instantes atrás ya en el olvido.

Ahora fue Martha la que se acercó a la ventana para mirar a la noche. Su rostro se reflejaba en los cristales oscuros al hablar.

—Nunca quise que los británicos entraran en Filadelfia, Kit, y lloré el día que llegaron. Quizá debiera haber huido, pero no tuve valor. No podía soportar la idea de ser arrastrada con Lydia por Pensilvania, siempre temiendo que los casacas rojas aparecieran en la siguiente e incómoda aldea. Así que me quedé. —Se volvió hacia él—. Deseo, de hecho, sé, que algún día se irán. Hasta entonces no me enemistaré con hombre alguno, pero tampoco puedo ser más que amiga de cualquier hombre que quiera ver a mi nación derrotada.

Vane escuchaba con creciente desesperación.

—No nos iremos. Los casacas rojas envejeceremos y moriremos en Filadelfia, no nos iremos.

Martha negó con la cabeza en delicada contradicción.

—Abandonaron Boston para tomar Filadelfia. ¿Qué abandonarán para ocupar Charleston? ¿O para defender las Indias Occidentales cuando los franceses se unan a la contienda? Y lo harán. Las noticias de hoy los traerán a este lado del Atlántico porque quieren las islas del azúcar. Una de esas islas vale lo que el comercio de dos de estas colonias, y Londres prefiere rendir Filadelfia doce veces antes que rendir Antigua. Así que ya han sido derrotados, Kit, han perdido. ¿No lo comprende?

Vane, sin energía, negó con la cabeza.

—No hemos perdido. ¡No perderemos! —No era más que una terca declaración de fe, algo a lo que aferrarse mientras se desvanecían sus esperanzas de vivir una historia de amor.

—Han perdido —dijo Martha, implacable—. Y si no lo aceptan, la pérdida será peor. Sir William lo sabe. Quiere la paz. ¿Qué ganan empeñándose con la guerra?

—Ganaremos —dijo Vane, obstinado—. Ahora perdemos porque nos lideran hombres que quieren ser benévolos con los rebeldes. ¡Pero eso ha de cambiar! ¡Traeremos soldados de verdad a estas costas!

—¿Como usted?

Vane se irguió.

—Como yo. Y ganaremos.

Martha negó con tristeza.

—Querido Kit, ahora solo quiere matar rebeldes para apaciguar su orgullo.

—¡Eso no es cierto!

—¡Claro que es cierto! —Esta vez fue Martha la que se mostró airada—. Nos desprecia, Kit, y no puede soportar haber sufrido una derrota a manos de gente a la

que desprecia.

—Yo no la desprecio a usted.

Martha hizo un gesto de impaciencia.

—Considera que tenemos un gusto descuidado y vulgar. Carecemos de aristocracia. Se ríe de nuestros mercaderes y de su opulencia. Nos mira por encima del hombro, Kit.

Vane afeó el gesto al recibir el latigazo.

—Jamás la he mirado por encima del hombro.

—¡A mi gente, a mi ciudad! ¿De verdad le extraña que tantos americanos odien la tiranía de Gran Bretaña? ¿Cómo se sentiría usted si unos extraños vinieran en barco a alardear de su superioridad por las calles de Londres?

—Aquí no hay tiranía.

Martha suspiró como si le estuviera explicando algo muy sencillo a alguien lento de entendederas.

—¡Es la tiranía de la ignorancia, Kit, de la estupidez y de la arrogancia!

—Pues yo creo, señora —dijo Vane con parecido desdén al recibir el aguijonazo—, que los colonos dependen de nuestra benévola protección para mantener alejados a los salvajes. Y creo que los franceses no son los mejor cualificados para ser jueces de lo que es la tiranía, la estupidez o la arrogancia.

—¡Ahí! ¿Lo ve? ¡Me habla como si fuera mi padre! —Martha lo dijo lo bastante alto como para que el murmullo de voces en la habitación contigua quedara en suspenso, aunque, casi al instante, volvió a reanudarse.

Vane parecía estar temblando de rabia. Sin embargo, cuando hablaba no era rabia lo que expresaba, sino la terrible súplica de un hombre herido. Para Vane, perder a aquella mujer suponía sufrir el rechazo público. De modo que, desesperado, puso en jaque su furia y buscó su compasión.

—Nunca haría tal cosa. Yo la quiero.

Martha oyó la agonía, y supo que en aquel hombre habitaba un alma vacía y dolida. Creía que el mundo le despreciaba por su baja cuna, y buscaba consuelo en los adornos del éxito. Vane, Martha lo sabía, siempre iba a querer un uniforme más llamativo que el de quien tuviera al lado, y una mujer más bella que la de su rival. Martha habló con la dulzura de la música que sonaba en la habitación contigua.

—Me honra, Kit, pero no puedo devolver ese amor. Sin embargo, seré su amiga, siempre y cuando comprenda que, sencillamente, ya no los necesitamos. Ni para que nos protejan ni para que, por mucho que le cueste creerlo, se erijan en árbitros de nuestro gusto infantil.

Pero Vane, dolido por la negativa, no oyó la amabilidad en su voz.

—Pero bien que se apresuró en buscar nuestra ayuda cuando su hermano necesitó ser rescatado. ¡Eso sí que es muy americano! Declarar la autosuficiencia y luego lloriquear pidiendo auxilio en cuanto un salvaje con la cara pintada asoma entre los árboles.



—Eso es una estupidez, Kit, y lo sabe. —La voz de Martha surgió firme—. Pedí ayuda porque estaba en manos de los británicos darla. ¡Porque habían sido los británicos los que habían metido a Jonathon en el hospital!

—¡Y le liberamos! ¿Y cómo se nos agradece?

—¡Por Dios! —Martha cerró los ojos exasperada. Cuando los abrió no había más que desprecio en su mirada negra—. Qué patéticas esperanzas albergaba aquella noche, capitán Vane.

El capitán vio que cualquier anhelo que hubiera podido tener estaba condenado, que incluso antes de aquella noche habían estado condenados, y que todo lo que había querido Martha había sido llevar al lado a un casaca roja para mantener alejados a los hostiles lealistas de la ciudad. También vio que la mujer sentía lástima por él, y reparar en ello encendió la furia que tanto había pugnado por ocultar.

—Maldita sea, mujer.

Martha dio un paso atrás y abrió la puerta que daba a la escalinata trasera por la que accedía el servicio.

—Por lo visto, ya no somos amigos, capitán. Buenas noches. No vuelva a pasar por aquí.

—¡Que Dios la maldiga!

Vane cogió su sombrero y bajó las escaleras a toda velocidad hasta llegar a la calle. Se abrió paso entre la pequeña multitud que había fuera y creyó oír risas burlonas en la casa que dejaba atrás.

Un viento nocturno y frío llegaba desde el río oscuro. En algún lugar ladraba un perro y lloraba un niño. Las nubes, recortadas en plata, surcaban los cielos ante la luna. Se oía el eco de las botas de los centinelas en Chestnut Street, y las llamas de sus antorchas producían largas sombras desde sus soportes. Vane empezó a caminar más lentamente, sin saber hacia dónde se dirigía. Aunque tampoco era que le importara. Había sido rechazado. Había sido objeto del desprecio, el desdén y la lástima de Martha, y su deseo de venganza era ahora puro y salvaje.

Una prostituta se asomó desde la puerta de una tienda.

—¿Coronel? ¿Coronel? —Llamaban coronel a todos los oficiales—. ¿Se siente solo?

—¡Aparta de mi camino! —estalló Vane de rabia.

Le propinó una bofetada con el dorso de la mano y la mujer salió despedida contra el postigo de la tienda. Christopher Vane había venido a Filadelfia, había saboreado la derrota, y las risas de una mujer parecían hacer eco en la noche que se iba quedando atrás. No habría paz con esa gente hasta que la victoria les extirpase el precio de su atrevimiento. El capitán Christopher Vane, en su guerra inconclusa, había dado con su enemiga, y esta le había lacerado el orgullo. Por tal ofensa, Vane juró, llegaría el día en que ella se arrastraría ante él del mismo modo que él, aquella noche, había suplicado su amabilidad y había sido rechazado.

El reverendo MacTeague, consciente de que las esperanzas de los lealistas habían recibido un duro golpe debido a los asombrosos acontecimientos del norte, eligió Eclesiastés, 7, versículo 6 para el domingo siguiente.

—«Porque como un crepitar de espinos bajo la olla, así es la risa del necio. Y también esto es vanidad».

El indecoroso júbilo, dijo, con que unos pocos miembros de la comunidad habían recibido las tristes noticias de Saratoga, no debía ser tenido en cuenta, no más que un matojo de maleza ardiendo. Tal vanidad sería castigada y sus carcajadas tornarían en lamentos. Pero el sermón resultó poco reconfortante para los lealistas, cuya fe en la invencibilidad del ejército del rey había quedado hecha añicos.

El hambre se sumó a la desgracia de la derrota lealista. Los barcos mercantes, con el paso bloqueado por los fuertes rebeldes, languidecían en la bahía del Delaware mientras que los convoyes de carretas del ejército, que avanzaban lentamente desde Chesapeake Bay por carreteras que las lluvias otoñales habían convertido en lodazales, eran incapaces de suministrar más que la décima parte de la comida que necesitaba la ciudad. De hecho, la prioridad de las carretas eran la pólvora y la munición para los cañones, no la comida para las tripas hambrientas. Así que los almacenes de la ciudad se fueron vaciando y los precios se doblaron. Del campo llegaban algunos productos, pero muchos granjeros temían a las patrullas rebeldes que cumplían encantadas con el castigo decretado por George Washington: doscientos cincuenta latigazos a cualquier hombre o mujer que comerciara con el enemigo. Aquellos granjeros, que no estaban dispuestos a vender su comida por el dinero de papel de los rebeldes, escondían las cosechas hasta que las partidas de casacas rojas en misión de forrajeo llegaban con oro británico.

El reverendo MacTeague, invitado a comer con Abel Becket unas dos semanas después de las terribles noticias de Saratoga, se sirvió de mala gana un poco de cerdo salado.

—No soy capaz de comprender cómo han podido ocurrir estos desastres, de verdad que no.

—Los calvinistas —dijo Becket con tristeza— tienen una relación más cercana con Dios.

—¡Las sandías han sido la causa de la caída de Saratoga! —declaró Hannah Becket.

—¿Sandías, señora? —El reverendo MacTeague estaba acostumbrado a que la señora Becket hiciera continua referencia a la comida, pero no lograba establecer una conexión lógica entre el desastre de Saratoga y las sandías.

—Es un hecho incontrovertible, reverendo, que las sandías provocan fiebres. Los

más eminentes médicos lo sostienen. Estoy convencida de que los rebeldes se han buscado el modo de que los hombres del general Burgoyne coman sandía.

El reverendo, por una cuestión de tacto, decidió no ponerlo en duda.

—Es más que probable, señora.

—Bien es cierto que aquí no podríamos comer sandía —Hannah Becket, una mujer rolliza, ya se había animado con su tema de conversación preferido—, ¡aunque a alguien pudiera gustarle! ¿Qué vamos a hacer con la comida? ¡Lengua salada a tres chelines la libra! ¡El alforfón agotado! ¿Bacalao? No hay. ¿Hemos de alimentarnos tan solo de esperanzas?

—Los fuertes caerán —dijo su marido.

—Eso dices, y para ello le rogamos a Dios. Pero ¿qué hay de la miel de caña? Nada. ¿Queso? Meras tiras. Un puñado de guisantes secos cuesta un chelín, ya casi no hay azúcar de caña. ¿Pies de ternera? Todo un lujo hoy en día, y ya sabes que disfruto de una buena gelatina.

—Yo he visto unos pepinos estupendos, señora —sugirió MacTeague modestamente.

—¡Pepinos! ¡Pepinos! ¿Acaso esperan los británicos que muramos de hambre comiendo verde?

—¡Los fuertes caerán! —repitió la voz de Abel Becket exigiendo silencio a su esposa.

Si los fuertes no caían mediante un asalto repentino, acabarían haciéndolo por hambre y a base de fuego de artillería. Y tenían que rendirse, porque de lo contrario un buen número de comerciantes de Filadelfia, entre ellos el propio Becket, acabarían arruinados. Tal posibilidad, exacerbada ahora por el desastre de Saratoga, convirtió a Abel Becket en un compañero de sobremesa poco agradable. Después de comer, ambos hombres se retiraron al despacho de Becket.

MacTeague le daba sorbos al té.

—La salud de su sobrino ha mejorado notablemente.

Abel Becket atizó el fuego. La leña estaba verde y ardía mal.

—Su futuro es suyo. Me ha despreciado.

—Lesserby no está de acuerdo.

La mención de su abogado provocó el recelo de Becket.

—No entiendo por qué tiene que meterle a usted...

—Soy su pastor, al igual que lo fui de su hermano y al igual que lo soy de Jonathon. Al principio temía por él, pero ha mejorado.

A Abel Becket le traía sin cuidado la salud de Jonathon.

—¿Qué quería Lesserby?

El sacerdote sonrió con falsa inocencia.

—Lesserby me ha hablado de sus charlas con él. Ahora se me ha confiado el papel de humilde mensajero, y se me encarga que le diga que, en virtud de las últimas voluntades de su hermano, no hay certeza legal de que a Jonathon se le pueda

desheredar de su parte del negocio. —MacTeague le dio otro sorbo al té—. Creo que cumple los veintiuno en abril, ¿no es así?

—En abril. —Becket frunció el ceño hacia las débiles llamas de la chimenea.

—Y seguro que vivirá hasta abril —dijo MacTeague.

—Rezo por ello —dijo Becket de forma automática.

—Por supuesto, por supuesto.

Más allá de las ventanas se oyó el ruido lejano y amortiguado de la artillería, que continuaba con su asedio en las marismas. Luego volvió a hacerse el silencio.

Abel Becket había supuesto que Jonathon moriría. Ahora que sabía que su sobrino sobreviviría, comprendió lo que significaban esas noticias. Se volvió para mirar al sacerdote.

—Jonathon estará bajo la influencia de su hermana.

—No cabe duda —asintió MacTeague.

En abril Becket se vería obligado a pagarle a Jonathon una cuarta parte de los beneficios como socio minoritario..., si es que había beneficios, algo que ahora estaba en manos de los hombres que luchaban en las miásmicas y poco profundas aguas del río.

—Y el dinero —dijo MacTeague— será destinado a fines contrarios a nuestros intereses. ¿Sabe de las indiscreciones de su sobrina hace dos semanas?

—¡Indiscreciones! —Becket estalló de rabia—. ¡Presuntuosidad, MacTeague! ¡Perversidad!

La celebración de Martha, que parecía tácitamente bendecida por sir William debido a la presencia de lord Robert Massedene, había causado profundo malestar entre los lealistas de Filadelfia.

—No dejaré que se apropie de los beneficios de Jonathon, si puedo remediarlo —dijo Becket.

—Según Lesserby, no tiene otra opción.

—¡Pero Jonathon es un rebelde!

El sacerdote se encogió de hombros.

—La señora Crowl también tiene un abogado. Si lo hace, tendrá un juicio entre manos. Costará dinero, mucho dinero, y Lesserby no se muestra optimista. Nada optimista.

—Sí, costará dinero —dijo Abel Becket con voz sombría. Los abogados de Filadelfia eran el mismísimo demonio, y el doble de caros.

—A menos que... —dijo MacTeague tentativo.

Becket miró al rollizo y suspicaz sacerdote con dureza.

—¿A menos que...?

MacTeague se puso en pie, dejó la taza de té sobre la repisa de la chimenea y se acercó a la ventana.

—La opinión médica en cuanto a lo eficaz del sangrado está dividida, Becket. Hay una nueva corriente que aboga en su contra, aunque yo no estoy de acuerdo con

lo que propugnan. Su sobrina, sin embargo, comparte la nueva corriente de opinión. Le niega a Jonathon los beneficios de la escarificación, y, aunque se encuentra bastante recuperado, aún no lo está del todo. ¿Pudiera ser porque carece de los cuidados médicos apropiados? Eso es lo que me pregunto. —El sacerdote dio media vuelta—. Permita que le recuerde, con toda humildad, que es el tutor legal de Jonathon hasta abril. Si su opinión es que solo vivirá si es sometido a sangrado, deberá someterse a ello. —El reverendo se encogió de hombros—. Aunque dudo que el tratamiento pueda ser llevado a cabo con el debido sosiego en casa de la señora Crawl.

Becket comprendió al instante.

—¿Debo traerle aquí?

—¿Acaso no debe un muchacho pasar su convalecencia en el feliz entorno de su propio hogar? Y si Jonathon estuviera aquí, Becket, no podría hacer partícipe a su hermana mayor de sus intereses en el negocio, ¿no es así? —MacTeague volvió a su silla y, con delicadeza, volvió a colocarse el plato y la taza de té sobre el regazo—. Sí hay, no obstante, un obstáculo. El muchacho quizá no esté al alcance de nuestras leyes. Oficialmente sigue siendo prisionero de los británicos, y estos han accedido a que sea atendido en casa de la señora Crawl. Podrían insistir en que permanezca allí.

—¡Pero es una rebelde!

—¡Y una rebelde muy querida! —MacTeague negó con la cabeza—. Nuestra ciudad está en manos de hombres que valoran más el entretenimiento y las cursilerías que la medida. En una sociedad así la señora Crawl es todo un ornamento. ¡Esa criatura de sir William ha intimado con la señora Crawl! —Por un instante breve y desleal, MacTeague estuvo tentado de pensar que Saratoga quizá hubiera sido un castigo divino por la inmoralidad británica. Se deshizo de tal pensamiento al momento—. Pero sí puedo sugerirle algo.

—Por favor —le invitó Becket.

—Estoy pensando en el puente que hay proyectado en Middle Ferry. ¿Les va a vender el material?

—Si no aumentan el precio ofrecido, no. —Becket desconfiaba del puente de pontones que, después del fallido asalto a Fort Mercer, tendría que levantarse sobre el Schuylkill. No había duda de que el puente facilitaría el goteo de suministros que llegaban por carretera, pero no serviría para transportar los pesados cargamentos de nogal negro.

—Los británicos se muestran impacientes de repente. —MacTeague cerró los ojos y se pasó los dedos por la cara—. Necesitan clavos, brea, cuerda, madera, y todo ello antes de que las aguas se congelen. Un regalo, señor Becket, haría que estuvieran muy agradecidos con el donante. —Los ojos del sacerdote se abrieron para mirar a Becket fijamente.

—¿Un regalo?

—Piénselo. Creo que el oficial que más animadversión siente hacia la señora

Crowl, en el Estado Mayor de sir William, es el capitán Christopher Vane. — MacTeague rio entre dientes.

—¿Vane? —preguntó Becket.

MacTeague, que consideraba parte de su labor estar al tanto de los chismorreos de la ciudad, saboreó el momento.

—Por lo visto, tuvo la mala fortuna de declararle su afecto a su sobrina y, después de muchos esfuerzos, no recibió más que displicencia. Le mandó a tomar viento fresco. —Saltaba a la vista que MacTeague lo estaba disfrutando—. No está nada contento, señor Becket, nada, nada contento. Pero quienes son heridos por las flechas de Cupido rara vez lo están. El nuevo acompañante de la señora Crowl es un lord, nada menos, pero creo que el capitán Vane está a su altura. Y estoy convencido de que a cambio de un poco de madera vieja y cuerda desgastada, el capitán Vane estaría encantado de organizar el traslado del prisionero a esta casa de leales. —MacTeague miró al reloj de la chimenea y fingió sorprenderse—. ¡Qué tarde! Mi mujer estará preparando la cena. Le ruego que me disculpe. Ha sido una comida estupenda.

MacTeague resultó haber juzgado con mucha certeza la capacidad de compra de unos cuantos clavos, olmo, brea y cuerdas, de modo que, al amanecer, dos mañanas más tarde, Ezra Woollard acudió con dos hombres a la puerta trasera de la residencia de Martha, mientras Abel Becket, con otros cuatro, se dirigía a la puerta delantera. Los hombres eran trabajadores sin ocupación debido a que los muelles se hallaban vacíos, y estaban ansiosos por ganarse las monedas que Abel Becket les había prometido. La mañana era fría. Retales de niebla flotaban sobre los tocones de los chopos y plátanos que hasta hace poco flanqueaban las calles pero que habían sido talados para obtener leña.

Becket golpeó la puerta principal. Jenny, la sirvienta negra, abrió y fue apartada a un lado por la marea de hombres fornidos. Jenny chilló. Uno de los sirvientes subió corriendo desde el sótano con una pistola en la mano, solo para toparse de bruces con el cañón decorado con filigranas de latón del trabuco de Abel Becket.

—Levanta esa arma —dijo Becket— y te mato. ¿Sabes quién soy?

—Sí, el señor Becket.

—Abre la puerta de atrás.

El sirviente se volvió al oír a Ezra Woollard aporrear la puerta. El eco recorrió las cocinas. Luego el hombre miró a Jenny, que le gritaba que mantuviese la puerta cerrada. Abel Becket le propinó un bofetón a la muchacha, pero Jenny volvió a gritar:

—¡Mantenla cerrada! ¡Mantenla cerrada!

—¡He dicho que te calles! —Becket la golpeó de nuevo y le rompió el labio. Entonces uno de los corpulentos y leales estibadores agarró a Jenny y la empujó contra la pared. El sirviente, aterrado al ver la sangre y seguro de que había más por venir, corrió a abrir la puerta de la cocina.

—En el nombre de Dios, ¿qué estáis haciendo? —Martha, vestida con una bata de seda y el pelo recogido en una redecilla, apareció en lo alto de las escaleras. Lydia, con un pijama de franela, se agarraba a las faldas de su madre.

—He venido a por mi sobrino. —Abel Becket se encaró con su sobrina desde la base de las escaleras.

—No digas ridiculeces. No está en condiciones de moverse. Y tampoco desea hacerlo.

Se oyeron más pasos cuando los hombres de Ezra Woollard, a toda prisa, subieron las escaleras desde la cocina. De pronto el recibidor se vio repleto de hombres corpulentos, aunque su valor flaqueó al toparse con el rostro desafiante de Martha.

Su voz retumbó fría y displicente.

—Suelta a Jenny. ¿Me oyes, animal? Suéltala o haré que te lleven a la cárcel. Esta es mi casa, no habéis sido invitados y os iréis ahora mismo.

Por un instante su voz consiguió paralizarlos. El hombre que aferraba a Jenny la soltó y la sirvienta echó a correr, solo para ser detenida por el brazo de Abel Becket.

—¡Agarradla! —Empujó a Jenny hacia atrás; luego subió las escaleras hacia su sobrina—. Si intentas impedir que me lleve a Jonathon a un lugar donde pueda ser atendido como es debido, seré yo el que haga que te metan en la cárcel. Está a mi cargo, así lo dice una orden judicial. Así que apártate.

Martha permaneció inmóvil.

—Está recibiendo el tratamiento médico adecuado, tío. Y tú estás haciendo el ridículo. Vete. Y llévate a esos zoquetes contigo.

Abel Becket se detuvo a dos escalones de ella.

—Los médicos aconsejan que se le practiquen sangrados. Aparta.

Martha siguió sin moverse, y sus palabras, aunque no alzara la voz, llegaron a todos y cada uno de los hombres del recibidor.

—Si le sangras lo matarás.

—Aparta.

—¿Tantos hombres necesitas para tratar con una mujer? —El desdén de Martha era majestuoso—. Puedes irte al infierno, Abel Becket.

Becket recorrió los últimos dos peldaños y Martha le empujó. Abel se agarró al brazo de su sobrina para recuperar el equilibrio y, por espacio de uno o dos segundos, tío y sobrina forcejearon de manera grotesca en lo alto de la escalera. Lydia, aterrada por lo que estaba pasando, chilló, y Ezra Woollard les gritó a los hombres contratados que le ayudaran. Sus pies batieron las escaleras, y Martha fue apartada a un lado por la avalancha. Abel Becket, oliendo ya el aroma de la victoria, empujó a la mujer. Martha cayó arrastrando con ella a su hija, que no hacía más que sollozar. Los estibadores abrían puertas buscando, pero Abel Becket, que conocía bien la casa, les gritó que subieran a la segunda planta.

Jenny, libre desde el momento en que los hombres cargaron escaleras arriba, había huido hacia la puerta principal. Martha se volvió a poner en pie y abrazó a

Lydia contra sí. Luego la apartó cuando su tío gritó, desde el piso de arriba, que había dado con Jonathon.

Martha metió a Lydia en la sala e intentó subir las escaleras que llevaban al piso superior, pero Woollard la detuvo.

—Tiene todo el derecho, señora Crowl.

—¿Qué sabrás tú de lo que es justo o injusto, Woollard? ¡Aparta de mi camino!

—¡Mantenla alejada! —gritó Becket.

Entonces Martha oyó, por encima de los llantos aterrados de Lydia, el quejido de dolor de su hermano al serle retirada de encima la ropa de cama.

—¡Jonathon!

Martha gritó el nombre de su hermano y luego intentó apartar a Ezra Woollard a un lado, pero al gran hombre no le costó detenerla. Martha trató de golpearle, arañarle los ojos, pero el capataz se limitó a reírse, la cogió de los hombros con sus enormes manos y la empujó de espaldas contra la pared del pasillo. Lydia, que miraba desde la puerta de la sala, y viendo cómo trataban a su madre, salió corriendo y empezó a propinarle al capataz débiles puñetazos en el muslo. El hombre le dio a la niña una bofetada y esta salió despedida por el pasillo, dolorida y sumida en llanto.

Jonathon aulló de dolor al ser levantado por uno de los estibadores.

—¡Dejadle en paz! —gritó Martha, pero el cuerpo impotente y cubierto de sábanas de su hermano ya estaba siendo llevado hacia las escaleras, donde su único pie se enganchó con uno de los pilares de la barandilla dando lugar a otro aullido de angustia.

—¡Mírale! —le gritó Becket a Martha desde arriba—. ¡Eres una bruja! ¡Necesita que le sangren, mujer, que le sangren!

Martha intentó escabullirse para apaciguar a Lydia, pero Woollard, cuyo fétido aliento le soplaba en la cara, la estaba aferrando con fuerza. Las manos del capataz, prietas sobre sus hombros, hicieron que su bata se abriera a la altura del cuello. Woollard sonrió.

—Una bruja medio desnuda, ¿eh?

Los estibadores que había cerca se rieron. Martha gemía intentando liberarse, pero Woollard cargó todo su peso sobre ella.

Entonces se oyeron nuevas voces en el recibidor de abajo y Ezra Woollard giró la cabeza y vio que un oficial con casaca roja corría escaleras arriba. Jenny, que no se había dejado llevar por el pánico, había llamado a una de las patrullas británicas cuyo cometido era mantener la paz en las calles de Filadelfia.

Un joven y nervioso teniente apareció en lo alto de las escaleras. Se crispó al oír los chillidos de la niña y luego frunció el ceño al ver a Martha tan desaliñada e indefensa. Sin embargo, era demasiado joven y estaba demasiado confundido como para saber qué hacer.

Martha forcejeó sin éxito contra las manos que la tenían inmovilizada.

—Estos hombres han irrumpido en mi casa —le gritó Martha al teniente—.



¡Están secuestrando a mi hermano, deténgalos!

—Está loca —dijo Woollard a modo de confidencia—. Mal de la cabeza.

—Creo que debería soltarla, señor —dijo el teniente con una autoridad inefectiva y titubeante.

Woollard negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Déjanos en paz.

Un sargento con casaca roja, aún más robusto que Woollard y que lucía una cicatriz en el rostro, pasó junto a su teniente.

—El oficial —dijo el sargento como si estuviera cansado— ha dicho que sueltas a la dama. Así que suéltala. —La autoridad del sargento era veterana, practicada, y llegaba reforzada por la presencia de un mosquete—. ¡Ya me has oído!

Woollard, como si hubiera sentido un picotazo, soltó a Martha, que se atusó la prenda y corrió a coger en brazos a la aterrorizada chiquilla. Apretó a la niña contra su pecho, pero miró al oficial.

—¡Están secuestrando a mi hermano!

—¡Quitaos!

Sobre ellos, Abel Becket apartaba a los estibadores para abrirle camino al hombre que cargaba con Jonathon. Se detuvo en seco cuando vio el uniforme rojo.

—¿Quién es usted?

—Teniente Jarvis, señor. Del séptimo.

Becket miró con desdén el mosquete del sargento y luego a los hombres de Jarvis, que, con las bayonetas caladas, miraban hacia lo alto de la escalera. El comerciante sacó un papel del bolsillo y lo blandió ante el nervioso Jarvis.

—Esta orden, teniente, debidamente firmada en el Estado Mayor, confía a Jonathon Becket a mis cuidados.

—¡No!

Martha intentó arrebatarle el papel provocando un nuevo estallido de llantos de su hija. Pero Becket apartó a Martha a un lado y colocó la orden en manos del teniente.

Jarvis leyó. Sus simpatías, al igual que las de sus hombres, estaban con Martha, pues era mujer y era bella, pero el documento llevaba un sello reconocible para él. Lo volvió a leer intentando buscar algún resquicio en el implacable texto.

—¿Tiene dolores el muchacho, señor?

—Tiene dolores, teniente, porque en esta casa no está recibiendo el tratamiento adecuado.

—¡Mentiroso! —le gritó Martha a su tío, y Lydia se hizo eco de la palabra con un patético y asustado chillido.

—Sea como sea, señor —Jarvis dudaba, pero no quería abandonar la causa de la mujer—, quizá sea mejor darle unos días más para que se recupere. No es bueno andar moviendo a los heridos de un lado a otro, señor, si puede evitarse.

—Quizá sea mejor —dijo una nueva y lánguida voz desde el recibidor— que obedezca la orden del comandante en jefe, teniente.

La voz era burlona, casual, triunfal. El capitán Christopher Vane, quien, a juzgar por su uniforme immaculado, sabía que quizá se fuera a dar ese episodio en ese lugar y a esa hora, subió las escaleras. Se quitó el sombrero.

—Buenos días, señora Crowl. ¿No puede hacer que se calle esa maldita niña?

Martha le arrebató a Jarvis la orden de las manos.

—Firmado, en representación del comandante en jefe, por el capitán Vane. — Leyó las palabras con desprecio—. ¿Cuánto le pagan, capitán?

—Me está ofendiendo, señora. Su hermano necesita la debida atención médica y ahora va a recibirla. ¡Vosotros! ¡Abrid paso! —Esas palabras estaban dirigidas a los hombres de Jarvis que había en el recibidor—. ¡Señor Becket! —Vane fingió ver a Becket de repente—. ¡Buenos días, señor!

Jarvis, superado en rango, no pudo más que mirar mientras el pálido y quejumbroso Jonathon era llevado abajo. Los estibadores sonreían, saboreando la victoria sobre tan conspicua rebelde. Se había roto una mesa en el pasillo y dos de las delicadas columnas del balaustre, hechas de madera de caoba, se habían partido. Christopher Vane, el último en bajar, miró la madera quebrada.

—Esto no lo cubrirá el ejército. Se ha resistido a cumplir una orden expresa, señora.

Martha seguía abrazando a Lydia con fuerza.

—No cogería su dinero aunque me lo ofreciesen de rodillas. ¡Está matando a ese chico!

El capitán Vane, victorioso, se detuvo en el cuadrado de luz matinal que penetraba por la puerta abierta que daba a la calle. Sonreía burlón, casi esbozando un gesto compasivo, pero Martha oyó el patético eco de su voz suplicante en su nuevo tono arrogante.

—Siempre puedo hacer que vuelvan a traer a su hermano aquí, señora.

Martha, en lo alto de las escaleras, se estremeció.

—¿Acaso no han bastado las treinta monedas de plata que le ha dado mi tío, capitán?

Vane apartó la mesa rota a un lado con el pie.

—Yo estaba pensando en otro tipo de compensación, señora.

—¡Fuera de aquí!

Jonathon ya no estaba y Martha no podía hacer nada. Los estibadores, en triunfal procesión, cargaban con su hermano por Market Street mientras los hombres de Jarvis, derrotados por Vane, hacían lo posible por dispersar a la pequeña multitud que había llegado atraída por el jaleo. Vane aún se quedó por allí, saboreando su éxito. Jenny, con el labio sangrando, pasó junto al oficial británico y subió para coger a Lydia y reconfortarla.

—¡Fuera de aquí! —le dijo Martha una vez más a Vane.

Pero Vane quería disfrutar de su victoria hasta el final.

—Puede que así aprenda, señora, a no celebrar cosas en momentos inapropiados.

—Celebraré su derrota, capitán. ¡Ahora salga de esta casa!

Vane sonrió.

—Es que estaba pensando en alojarme aquí, señora. Ahora tiene una habitación libre, ¿no es así? ¿No cree que podríamos ser felices?

—¿En una casa en la que una vez se arrastró suplicando mis favores? —Martha se rio—. Si se atreve a venir a esta casa de nuevo, capitán Vane, la quemaré con usted dentro. ¡Váyase!

Vane seguía sin mostrarse dispuesto a obedecer, así que Martha cogió un jarrón de una mesa que había en el pasillo y lo lanzó al recibidor.

Vane se apartó despreocupadamente a un lado y vio cómo el jarrón estallaba en fragmentos; luego salió por la puerta. Una patriota había recibido una lección de humildad y el capitán Vane había logrado cumplir parte, aunque no la totalidad, de su venganza.

El capitán Vane se dirigió a los pequeños establos donde Sam pasaba la mayor parte del tiempo, y le dijo que no debía volver a visitar la casa de la señora Crawl jamás.

Sam, asombrado por una orden tan abrupta, no dijo nada. Podía ver en el rostro del capitán que esta no admitiría réplica.

Al día siguiente, quizá debido a que Vane necesitaba sentir la lealtad de su sirviente en un momento en el que creía que la ciudad al completo se reía de su fracaso, Vane le ofreció a Sam una explicación barata.

—Los médicos insistían en que Jonathon fuese trasladado de allí, Sam. ¡Y los abogados! No es buena idea pelearse con abogados.

—Sí, señor.

La respuesta obediente pero privada de entusiasmo de Sam molestó a Vane.

—¡Por el amor de Dios, Sam! ¡Si vas a estar enfurruñado todo el día te cambiaré por otro! ¿Acaso quieres volver con ese sargento?

Sam, que estaba machacando raíces de jengibre en un mortero para preparar un remedio para un caballo enfermo, decidió defender a la viuda.

—Lo que pasa es que la señora Crawl me trataba con mucha amabilidad, señor.

Vane percibió el dolor en la voz de Sam, y, dado que al capitán le gustaba la eficiencia de la que el joven hacía gala, amplió su explicación.

—La señora Crawl es una rebelde, Sam, y los rebeldes suelen ser amables cuando se está cara a cara, pero traicioneros cuando les das la espalda. No creo que vayas a entenderlo, pero sí espero que confíes en mí. Es lo mejor, Sam.

—Por supuesto, señor.

Sam sabía, tan bien como Vane, por qué se habían llevado a Jonathon; no tenía nada que ver con los médicos, ni con los abogados, tenía que ver con que la viuda había echado al capitán de su casa. Había sido una pelea de enamorados, y Sam no tenía intención de que algo así se interpusiera en sus visitas a la casa de la viuda. Fingió cumplir la orden de Vane, pero la libertad de la que Sam gozaba al ser el sirviente de un oficial le daba muchas oportunidades de pasar por la cálida cocina en la que Jenny siempre le recibía bromeando y donde, más importante aún, podía fingir que sus encuentros con Caroline eran casuales.

El calor de la cocina se fue volviendo más agradable a medida que los días se hacían más fríos. Grandes bandadas de gansos anunciaban la cercanía del invierno. Sus alas llenaban el aire de un aleteo que se extendía por los cielos otoñales. Cada día se veían bandadas dirigiéndose al sur y, al atardecer descendían por millares incontables sobre las marismas en las que los fuertes rebeldes aún desafiaban los esfuerzos de sir William.

Desde que repelieran el ataque, los combates se habían recrudecido. Un puente de

pontones, levantado con la madera que había proporcionado Becket, unía ambas orillas del Schuylkill a la altura de Middle Ferry, y las carretas llevaban suministros, munición y hombres hacia las marismas. Pesados cañones, desembarcados de los navíos, fueron llevados a reforzar el asedio. Se hicieron baterías flotantes, tan repletas de cañones que se hundían y tenían que ser elevadas y reforzadas antes de ser trasladadas a las orillas desde las que escupirían su fuego devastador sobre Fort Mifflin. Nuevos morteros fueron ubicados en sus lechos, junto a los diques, para bombardear las defensas con sus cargas parabólicas.

Las marismas apestaban a humo de pólvora. Los hombres morían hundidos en agua hasta la cintura. Luego se trajeron más cañones, y aún más, que tuvieron que ser arrastrados hasta allí en aquellos días, cada vez más fríos, de octubre. En la ciudad nadie podía recordar un octubre tan gélido, ni un año en el que las hojas de los árboles brillaran con tanta intensidad y belleza.

Las fiebres fueron a peor. En la ciudad, los soldados temblaban en sus húmedas casuchas y sus cadáveres eran enterrados en fosas comunes junto a sus enemigos, que morían en hospitales infectos. La comida era cada vez más escasa. Algunos campesinos, dispuestos a arriesgarse a los doscientos cincuenta latigazos del general Washington, atravesaban las defensas con maíz y cerdos. Pero nunca había suficiente comida. La leña también escaseaba. Los había que entraban en las casas vacías en busca de muebles para poder quemar, y se oían descargas de mosquetería por la ciudad cuando las patrullas intentaban detener a los ladrones. Y cada día que pasaba traía consigo vientos más fríos y hogueras más pequeñas. Las opulentas fiestas de sir William quizá distrajeran a los más acaudalados, pero la mayoría de la población, así como el común de los soldados, sufría.

El final del mes quedó marcado por tormentas que llegaban de las marismas y que arrancaron las tejas de muchos de los tejados de la ciudad. Las últimas hojas del otoño cayeron sobre el barro. El 25 de octubre, el decimoséptimo aniversario de la ascensión al trono del rey Jorge III, tuvo lugar un solemne servicio religioso en agradecimiento del largo reinado del monarca, pero la voz del reverendo MacTeague quedó ahogada por el terrible vendaval que envolvía la iglesia de St. Paul's. El río empezó a verse cubierto de placas blancas. El puente de pontones del Schuylkill se partió y las embarcaciones que lo formaban fueron arrastradas por la corriente, acompañadas de tablones quebrados. Mientras tanto, en las marismas, el viento traía consigo un agua salada que ahogaba las baterías y convertía la pólvora en barro gris y congelado.

Con noviembre llegó la calma, pero también las heladas, que convirtieron la hierba quebradiza de las marismas en un mar de picas blancas y brillantes. Los hombres tiritaban, veían cómo se iban formando capas de hielo en los charcos, y se preguntaban si la corriente del río se estaba deteniendo para acabar rodeando la ciudad en hielo y traer el hambre a la guarnición. Los comerciantes maldecían a los pocos hombres que tercamente se aferraban a los dos fuertes destrozados; lamentaban

el dinero invertido en los cargamentos destinados a Inglaterra, y se preguntaban de dónde habrían de sacar el dinero para sobrevivir el invierno.

Sin embargo, a Sam le fue bien en aquella ciudad de sufrimiento gracias a su habilidad con los caballos. Era raro el día en que no se acercaba alguien por el establo de Sam con algún animal enfermo. Incluso uno de los caballos de sir William Howe, un semental castaño que sufría de cólicos y que sir William había dado por perdido, le fue llevado al joven, y este había logrado curarlo. A otros animales les quitaba los callos de las pezuñas quebradizas, que luego trataba con antimonio. Hervía linaza y hacía con ella una especie de gelatina para las bestias enfermas, incluso reparaba las sillas de montar que lastimaban los lomos de los caballos. Una tarde el capitán Vane observaba cómo Sam reparaba el armazón de una de las sillas.

—¿Qué haces con el dinero, Sam?

El dinero estaba metido en una bolsa de cuero y escondido bajo una de las baldosas sueltas del suelo de la cocina, pero Sam no estaba dispuesto a admitir su existencia.

—No me dan dinero, señor. Ustedes, los oficiales, son todos unos tacaños.

El capitán se rio. Los chismes sobre Vane y Martha habían ido muriendo, hasta que todo el asunto se fue olvidando, así que la vieja complicidad entre sirviente y oficial había renacido. Era difícil que dos hombres vivieran en tan cercana coyuntura sin que hubiera complicidad, en particular en lo que respectaba al capitán Vane, que ahora usaba a Sam para labores que iban más allá de lo que un oficial solía pedir de un sirviente.

Las labores extraordinarias que habían hecho que Sam conociera tan bien los secretos del capitán Vane eran consecuencia directa del rechazo de la viuda. Ya que, a medida que las noches se iban haciendo más frías, Vane enviaba a Sam al burdel más selecto de la ciudad, el de William's Alley, con orden de traerle una muchacha.

—Ya sabes el tipo de chica que me gusta, Sam. Nada de rubias insípidas.

Una de esas noches en las que las estrellas parecían fríos luceros sobre las calles oscuras, Sam fue enviado a hacer ese recado. Llevaba una antorcha, ya que sir William había ordenado que cualquier hombre que recorriera las calles sin una fuera tenido por ladrón y abatido a tiros si no se detenía cuando se le diera el alto.

Hacía muchísimo frío, pero Sam llevaba un abrigo de centinela con capucha y guantes gruesos. Llamó a la puerta de la casa, que, por una cuestión de discreción, tenía las ventanas cerradas. Tembló cuando una sirvienta le dejó entrar al lujoso recibidor.

—¡Qué frío hace!

Sam apoyó la antorcha sobre las escaleras de acceso y la giró para extinguir las llamas.

—¿Quién es? —dijo una voz desde la salita.

—El hombre del capitán Vane —repuso la sirvienta, y la puerta de la salita se abrió de inmediato.

Salió entonces una mujer de baja estatura, alegre, con aspecto de madre. Sus manos repletas de anillos se alzaron a modo de bienvenida.

—¡Sam! Estás aterido. Entra, muchacho. Gracias, Marie.

La señora Taylor, al igual que Tom Evans, había desarrollado un particular afecto por el siempre servicial Sam. El muchacho había curado a uno de los caballos de su carruaje.

—¿Cómo está el capitán? —preguntó.

—De mal humor. No le gusta el frío.

—Esto no es frío, muchacho, solo un poco de fresco. Escucha lo que te digo: todavía hará mucho más frío. —La señora Taylor le sirvió a Sam un té de una tetera que colgaba de un trípode sobre el fuego—. Confío en que el capitán mantenga una buena temperatura en su habitación, no puedo arriesgarme a que las chicas se me resfríen.

—Está lo bastante caliente, señora. —Sam sonrió agradecido cuando la señora Taylor le invitó a sentarse—. Le gustaría que fuera Belinda, si es posible.

—¡Qué lástima! Belinda ya está ocupada. Está en casa del general Grey. —A la señora Taylor le gustaba alardear de la excelsa compañía de sus chicas, y Sam la animaba a tales indiscreciones, ya que aquellos chismes eran muy apreciados por sus clientes en los establos—. A ver qué podemos hacer. —La señora Taylor cogió una agenda forrada en negro, dio con la página del día y luego alzó la cabeza al oír unas risas provenientes de una de las habitaciones del piso superior.

—Lord Robert Massedene —explicó—. Qué joven tan divertido.

—Y un caballero —dijo Sam con sinceridad.

Su aprecio por lord Robert Massedene había nacido en los días después de que Jonathon le fuera arrebatado a la señora Crowl. Sam había oído rumores, entre los sirvientes de la casa de sir William, de que el lord había hecho lo posible para que el herido le fuera devuelto a su hermana. No había servido de nada. La necesidad de sir William de levantar un puente de pontones era una cuestión más urgente que la felicidad de Jonathon. Además, a sir William se le había asegurado que Jonathon recibiría la mejor atención médica de la ciudad, y ni las palabras de lord Robert ni las de Lizzie Loring lograron persuadir a sir William para que ofendiera a un notable lealista en favor de una notoria viuda patriota.

Así que Jonathon había sido abandonado a la custodia de su tío y a Sam ya no se le permitía visitarlo.

—He intentado ir a verle —le dijo a la señora Taylor, quien, empática, escuchó sus desgracias—, pero me dijeron que me fuera.

—Abel Becket es un hombre estricto —dijo la señora Taylor—. La leche de la caridad humana se agria en él. Es la guerra, ya sabes. Cambia a la gente, Sam, pero no cabe duda de que es buena para el negocio.

—El señor Becket ni siquiera permite que Caroline pase a verle —dijo Sam indignado.

—Claro que no, ¿cómo iba a hacerlo? —dijo la señora Taylor cargada de razón—. Quiero decir que es una criatura intrigante, pero está lejos de ser una novia adecuada para un Becket. Él es un joven culto.

—Ella sabe leer —dijo Sam a la defensiva.

—Yo sé leer, querido, pero dudo que eso me convierta en una candidata aceptable. —La señora Taylor suspiró—. Aunque, para ser sinceros, no habrá matrimonio, Sam, con nadie. Por lo que tengo entendido, el joven se está muriendo.

—¿Muriéndose? —Sam había oído que su salud había empeorado, se lo había dicho Jenny, quien se lo había oído decir a las sirvientas de Hannah Becket, pero era la primera vez que a Sam le decían que Jonathon estaba tan delicado.

—No es la pierna, querido —dijo la señora Taylor—, sino las anginas.

Sam miró a la amable mujer.

—¿Está segura?

La señora Taylor se encogió de hombros con ademán coqueto.

—No debería decirte esto, pero eres un joven discreto. Su sacerdote suele visitarnos, querido. ¡No para eso, claro!, sino para reconfortar espiritualmente a las chicas. Y le gusta hablar.

—¿Anginas?

—Eso dice.

—¡Yo puedo curar eso! —dijo Sam con firmeza.

—Si te permitieran intentarlo —dijo la señora Taylor, incrédula, antes de volver a centrar la mirada en la agenda—. Tengo una nueva chica de..., bueno, de cabello oscuro. Sacharissa.

—¡Ese no puede ser su nombre! —A Sam le divertían los nombres fabulosos que la señora Taylor se inventaba para sus empleadas.

—Es el nombre de una heroína poética. Me sorprende que seas tan ignorante, Sam Gilpin. El problema es que a Sacharissa no le gusta salir de esta casa, pero le vendrá bien un poco de ejercicio. Y puedo asegurarle que caminará segura contigo.

—Claro que sí —dijo Sam.

—Y no puede quedarse aquí sin hacer nada, ¿verdad? Muy bien, Samuel. ¿Qué nos envía el capitán Vane esta vez?

—Esto, señora. —Sam sacó del profundo bolsillo del abrigo de centinela un tubo de cuero de marroquinería del que la señora Taylor sacó un catalejo decorado con marfil y filigranas de latón.

—Qué bonito —dijo la mujer.

—Cree que vale por tres noches, señora.

—Sí, no voy a negar que lo vale. —La señora Taylor garabateó unas notas en la agenda—. ¿Es otra de las posesiones del señor Franklin?

—Sí, señora.

—Se lo guardaré. —La señora Taylor estaba haciendo acopio de las posesiones más valiosas de los patriotas y decía que algún día se las devolvería. Se puso en pie



—. Iré a buscarte a Sacharissa.

Sam también se puso en pie, y buscó, sin esperanzas, cierto consuelo.

—¿Tan mal está Jonathon, señora?

—Muy mal. —La señora Taylor se encogió de hombros—. Los médicos le sangran cuatro veces al día. Dicen que es el único modo de curar las anginas, pero... —Se encogió de hombros y dejó la frase inacabada—. Sírvete más té mientras preparo a Sacharissa para el paseo.

Sam esperó. Sobre el marco de la chimenea descansaba un trabuco de boca ancha que la señora Taylor utilizaba para ahuyentar a visitantes indeseados. Sobre este había una tela bordada con mimo que Sam había logrado descifrar con mucho esfuerzo. Decía «Reine la paz en esta casa». Bajo el texto, y bajo un muy elaborado alfabeto, la tela estaba firmada con preciosas puntadas de color escarlata: «Margaret Taylor, siete años, 1733».

—Estarás segura, chiquilla, no te preocupes —dijo la voz de la señora Taylor desde la puerta. Sam se volvió y se encontró mirando a los ojos marrones no de Sacharissa, sino de Maggie.

—¡Dios mío! —dijo Sam.

—Sacharissa, querido —dijo la señora Taylor.

—¿Sam? —dijo Maggie.

El soldado la observaba asombrado.

—¿Maggie?

—Señor —dijo la señora Taylor—. Qué nombre más horrendo, y mira que de nombres sé un rato.

—¡Creía que te habías marchado! —dijo Sam—. ¡Dijeron que habías huido!

Hubo un destello de terror en los ojos de la muchacha.

—¿Está Scammy contigo?

—No. Llevo semanas sin verle. Ya no estoy con él, ¿sabes?

—Ya te he dicho —dijo la señora Taylor mientras animaba a Maggie a dar unos pasos adelante— que vas a hacerle compañía al capitán Vane. Un caballero joven y gentil.

—¿Dónde está Nate? —Maggie parecía estar haciéndole oídos sordos a su patrona. Vestía un delicado manto de lana y tenía el pelo bien recogido en lo alto de la cabeza. Estaba limpia, guapa y extrañamente cambiada. Le habían lavado los dientes, le habían pintado la cara, y a Sam se le antojó que no habría desentonado en cualquiera de esas elegantes recepciones a las que a veces asistía en calidad de camarero.

—¿Y Nate? —insistió Maggie. Luego, como si presintiera la respuesta en el rostro de Sam, se sentó en un sofá y rompió a llorar.

—¡El polvo de ladrillo! —gritó la señora Taylor alarmada, y se sacó un pañuelo de la manga. Enjugó con delicadeza los ojos de la muchacha. La escasez que se vivía en la ciudad había obligado a la mayoría de las mujeres a usar polvo de ladrillo en

vez de maquillaje, pero antes de que la señora Taylor pudiera evitarlo, las lágrimas ya habían arrastrado consigo parte del polvo cuidadosamente aplicado.

—¿Qué pasó? —lloró Maggie.

—¿No lo sabías? —preguntó Sam.

—Creía que le habían capturado intentando desertar —dijo Maggie—, creía que vendría... —Su voz fue muriendo.

Sam no sabía cómo contarle lo ocurrido. Se sentía desamparado, quería permanecer en silencio, pero el rostro ahora emborronado de Maggie le miraba suplicando una respuesta. Encogiéndose de hombros, Sam se lo dijo:

—Scammy le disparó por la espalda. —Sam sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos—. Está muerto.

La señora Taylor palmeó a Maggie en el hombro.

—Sácalo todo, querida, antes de ir a trabajar.

—¡No puedo ir! —sollozaba Maggie.

—Lo que no puedes hacer es morirte de hambre. ¡Claro que puedes ir a trabajar!

—¿Y si me ve?

La señora Taylor suspiró.

—¿Conoces a ese sargento, Sam?

—Sí, señora. Pero no le pasará nada. —Del otro bolsillo del abrigo, Sam sacó una pequeña pistola—. ¿Ves, Maggie?

—¡Sacharissa! —insistió la señora Taylor.

—¡Pero Scammy sabe que estoy aquí! —chilló Maggie.

—No lo sabe, querida. —La señora Taylor se encogió de hombros, y luego la persuadió de que se pusiera los guantes, el gorro y el chal—. Arréglate la cara cuando llegues allí, querida. Estarás a salvo.

Sam volvió a encender la antorcha con una de las velas del burdel, cogió el brazo tembloroso de la muchacha y la ayudó a bajar las escaleras hacia el callejón. Maggie hizo que Sam le contara más cosas sobre la muerte de Nate.

—¿Qué te pasó a ti? —preguntó Sam cuando acabó de relatar la espeluznante historia—. Me dijeron que habías huido.

—No llegué muy lejos —dijo Maggie con voz de extrema tristeza—. No sirvo para nada, salvo para esto, Sam.

—Eso no es verdad. —Caminaron en silencio junto a la casa de oración, de donde salían a la noche siluetas indefinidas.

—Esperé a Nate —dijo Maggie con amargura—. Estuve allí dos días. Luego caminé hacia el norte, junto al río. Me persiguió un perro.

—Pobre Maggie.

—Llegué hasta Frankfort, pero no me sirvió de nada. Tuve que irme, Sam. No se puede ganar dinero como sirvienta —resolló—. La señora Taylor es muy amable.

—A mí me cae bien —dijo Sam afectuosamente.

—¡Pero Scammy sabe que estoy aquí! —El terror de Maggie era palpable.

—Pero no te reconocería —dijo Sam—. Estás preciosa, Maggie. Pareces toda una dama.

El consuelo de Sam no sirvió de nada.

—¡El coronel vino y me reconoció!

—Elliott no se lo dirá a Scammy. —Sam no estaba del todo seguro de estar diciendo la verdad—. Sea como sea, Scammy se habrá olvidado de ti a estas alturas.

—Él nunca olvida. Y le gusta ganar dinero, Sam. Había noches en las que se sacaba una guinea. Ahora me dan tres —dijo Maggie con evidente orgullo.

—Eso está muy bien, ¿no?

—Estoy ahorrando, ¿sabes? —Su voz vibraba ahora con vivaz patetismo—. No puedo huir como si tal cosa, Sam, necesito tener dinero. Puede que me embarque.

—¿Para volver a Connecticut?

—¡A Londres! —Por lo visto, Maggie tenía un nuevo sueño que ya no tenía nada que ver con los cincuenta acres y los tres cerdos; era un sueño más luminoso y tenía por objeto una gran ciudad—. O quizá conozca a un oficial, Sam, alguien a quien le guste. Aunque no podrá ser si Scammy me encuentra.

—No dará contigo —dijo Sam.

Caminaban por el centro de Fourth Street, donde el frío de la noche había congelado los surcos dejados por las carretas en el barro, dando lugar a extrañas y pequeñas cordilleras. Era más seguro ir por en medio de la calle que arriesgarse a caminar por las aceras, demasiado cercanas a los callejones oscuros y los sombríos portales de las tiendas. Las llamas de la antorcha de Sam iluminaban la escarcha sobre el lodo endurecido.

Maggie temblaba.

—¿Cómo es ese capitán?

—No es mal tipo. —Sam pensó en Vane mientras ayudaba a Maggie a superar las rugosidades del camino—. A veces hace cosas un poco raras, pero procuro ignorarlas. Límitate a hacer lo que te diga y no discutas.

Maggie le miró; sus ojos brillaban por efecto de las lágrimas que reflejaban la luz de la antorcha.

—¿Es...?

La muchacha dudó, pero Sam sabía lo que le estaba preguntando.

—No es un hombre rudo, te lo prometo.

Maggie le sonrió.

—¿Tienes chica?

Sam se detuvo un instante. Pensó en el cabello luminoso de Caroline y negó con la cabeza.

—No.

Maggie se aferró a su brazo con más fuerza.

—Si quieres..., ya sabes. Quiero decir, que siempre te has portado muy bien conmigo.

Sam se rio.

—Pero si me porté fatal, Maggie.

—No sabes lo que es portarse fatal, Sam.

La muchacha dejó de caminar de repente. Una patrulla de infantería que recorría Arch Street en busca de personas que estuvieran violando el toque de queda logró meterle el miedo en el cuerpo. Sam sintió que la muchacha temblaba.

—No pasa nada —dijo Sam—. Vas conmigo.

La patrulla les pasó por delante. Los hombres, al igual que Sam, llevaban abrigos de centinela con capucha, y eso los hacía parecer monjes fantasmagóricos. El último hombre de la patrulla se detuvo un instante para mirar a Maggie y Sam hizo que la muchacha se apresurara. El hombre siguió mirándola hasta que Sam la metió en la penumbra de Cherry Alley.

—¡Me ha reconocido! —dijo Maggie.

—¡Le has gustado, eso es todo!

Sam empujó la puerta de atrás de la residencia de Vane y ayudó a Maggie a quitarse el manto.

—Es arriba.

—Siempre lo es —dijo intentando retocarse un poco la cara.

Una vez le sirvió a la pareja vino y ostras, Sam volvió a la cocina, donde tenía una olla en la que hervía una mezcla de cera, sebo y hollín negro para hacer betún. Mientras observaba las burbujas viscosas que estallaban, deseó que Maggie no hubiera vuelto a aparecer en su vida. De pronto sintió que la guerra era como un vendaval que engullía a gente inocente para destruirla. Había matado a Nate, había convertido a Maggie en la patética Sacharissa y ahora amenazaba a Jonathon con una muerte lenta y desagradable.

Pero al menos esto último Sam podía intentar curarlo. No mediante sangrados, sino mediante un método mucho más antiguo. Sam tendría que encontrar los ingredientes necesarios para hacer que aquella magia antigua funcionara. Empezaría a la mañana siguiente, y rezaría para que los médicos no mataran a Jonathon antes.

Un ruido en el callejón le hizo dirigirse a la puerta. Miró a la oscuridad, diciéndose que probablemente hubiera sido un gato saltando sobre la tapa suelta del barril en el que se recogía el agua de lluvia, pero, afectado por el miedo de Maggie, Sam tembló receloso. ¿Acaso merodeaba Scammell entre las sombras buscando a su mujer? Cerró la puerta. Había muchos asuntos por resolver. Jonathon, Scammell, Maggie..., incluso Caroline. Aunque Caroline, se dijo, no era cosa suya. Era de Jonathon, y tenía que salvar a Jonathon.

A dicho fin Sam pasó la semana siguiente buscando los ingredientes que necesitaba para obrar el milagro, y, mientras lo hacía, el combate que se libraba en el río llegó a su inevitable final. Muchos de los obstáculos que habían evitado que los barcos de lord Howe remontaran el río habían sido retirados, y la flota, cuyos mástiles se alzaban sobre las marismas, logró aproximarse a los tercios fuertes.

El *Fury* y el *Roebuck*, el *Somerset* y el *Liverpool*, el *Pearl*, el *Isis* y el *Vigilant* abrieron fuego sobre el esqueleto renegrido del *Augusta*. Los costados de los inmensos barcos eran como acantilados ajedrezados cubiertos de una niebla de humo de pólvora que, minuto a minuto, era perforada por lenguas de fuego que escupían hierro sobre los fuertes. Las gaviotas chillaban. La respuesta de los fuertes americanos fue muriendo poco a poco.

No podía durar. Fort Mifflin fue el primero en caer, no debido a un asalto, sino a la desesperanza de unos defensores sometidos a una auténtica picadora de carne. Una a una sus piezas de artillería fueron estallando; sus heridos se congelaban y morían sobre charcos de sangre. Los muros acabaron chamuscados, se abrieron brechas. Los proyectiles de los morteros esparcían muerte y terror mientras que las sólidas balas de los cañones hacían volar astillas que destripaban a los hombres. Era una noche oscura y fría. La guarnición de la isla se escabulló en botes fluviales, y, por la mañana, el fuerte estaba en llamas, aunque la bandera aún ondeara sobre aquellas.

Cinco días después, pasado todo un mes desde el fallido asalto, Fort Mercer decidió no seguir luchando. La guarnición se amontonó en los últimos botes disponibles, y un amanecer helado intentó remontar el río por el recodo que pasaba junto a la ciudad. Desde el muelle de Pest House hasta el final de Vine Street, las baterías británicas de Filadelfia abrieron fuego. Las embarcaciones rebeldes volaron convertidas en astillas y los hombres cayeron a las aguas gélidas solo para ser recogidos por las embarcaciones más pequeñas que los seguían a remo bajo el fuego de artillería. Solo los botes más pequeños lograron abrirse paso; los grandes se hundieron en las aguas calmadas.

Una docena de prisioneros, incapaces de llegar hasta las embarcaciones de sus compañeros, fueron recogidos de la orilla y llevados, con los dientes castañeteando, hasta el cuartel general del primero de granaderos, justo detrás de la batería de Pest House. Allí, el mayor Zeigler, intérprete hesiano de sir William, habló con los rebeldes capturados. Quería saber cuál había sido la suerte del general hesiano Donop, que había resultado herido y hecho prisionero durante el asalto fallido a Fort Mercer.

Después del interrogatorio, Zeigler fue en busca de sir William. El general Donop, informó el hesiano, había muerto tres días después de su captura.

—Una mala muerte, sir William, dolorosa.

—Lo lamento, Otto.

El hesiano se encogió de hombros.

—La guerra es cruel. *Ja?* Para nosotros y para los rebeldes. Pero sabían que íbamos a atacar.

Sir William, que estaba junto a la ventana de su cuartel general, se volvió para mirar al intérprete.

—¿Lo sabían?

Zeigler sacó una pequeña libreta y pasó las hojas.

—*Ja*. Un teniente rebelde me lo ha dicho. Se jactaba de ello, por supuesto, pero dice que lo supieron el día anterior. Fueron capaces de llevar tropas hasta un bastión abandonado desde el que mataron a muchos de los nuestros. —Zeigler cerró la libreta—. Eso no es bueno, señor.

—No. —Sir William frunció el ceño. Tan solo un puñado de sus hombres habían sido partícipes del ataque secreto, pero sir William, con creciente desesperanza, recordó habérselo contado a Lizzie, y con el gesto amargo al reparar en que había sido culpa suya, volvió a mirar por la ventana—. No volverá a ocurrir, Otto.

—¿Lo sabía, señor? —Zeigler estaba confundido por la calmada reacción ante las noticias relativas a la traición.

—¡Otto, mira! —dijo sir William obviando las tristes nuevas de felonía. De pronto señaló hacia la ventana. Más allá de los tejados de la ciudad, difuminados por las columnas de humo que surgían de las cocinas que preparaban las frugales cenas de Filadelfia, se veían los primeros mástiles de los barcos de guerra que se acercaban. Los mercantes los seguían, lo que significaba que Filadelfia estaba salvada, que el camino al mar había quedado expedito y que la fortuna de los comerciantes estaba a salvo.

Y Sam, con la ayuda de Caroline, estaba planeando obrar un milagro.

La copa medía algo más de cinco pulgadas de alto; estaba hecha de madera oscura y robusta que había sido pulida con mimo hasta brillar.

—Es raíz de hiedra —explicó Sam—. La he encontrado detrás de la Casa del Estado.

Martha giró la copa con las manos. Debía de haber llevado horas de trabajo obsesivo hacer algo como aquello. Las paredes del recipiente eran finas y brillantes y parecía emerger del estrecho tallo que descansaba sobre una base elegante.

—¿La has hecho a torno, Sam?

—No, a cuchillo, pero ha sido Caroline la que la ha pulido.

Las palabras de Sam sugerían, de algún modo, que si había mérito en la fabricación de la copa era todo atribuible al trabajo de Caroline. Sam sonrió a Caroline al hablar, y ella a él.

Martha fue testigo del intercambio de miradas, y vio cómo el esfuerzo por devolver la salud a Jonathon había hecho que los dos jóvenes adquirieran tan cercana complicidad, tan cercana, que Martha no tuvo arrestos para decirles a ambos que ella ya daba la vida de su hermano por perdida.

—Es una preciosidad —dijo al posar la copa.

—Bastará —dijo Sam con modestia.

Estaba sentado a la mesa de la cocina de la señora Crawl con Caroline enfrente y sendas tazas de té entre ambos. La lluvia fustigaba furiosa, a su espalda, las escaleras que llevaban al sótano. Jenny y las sirvientas de la cocina estaban haciendo una vinagreta para las ostras en la despensa, llenando la cocina de olor a nuez moscada y vinagre.

Las cocinas eran ahora las estancias más cálidas en la mayoría de las casas. La falta de leña suponía que las lumbres tenían que ser racionadas, y las cocinas, donde el fuego servía tanto para cocinar como para dar calor, eran las únicas habitaciones donde no se escatimaba combustible. Comida y otros productos habían llegado en los mercantes que seguían a la flota del almirante Howe. Pero se suponía que la ciudad debía abastecerse de su propia leña, así que los bellos bosques del Cuello, talados por los soldados, estaban desapareciendo, al igual que las esperanzas de Martha respecto a la salud de su hermano. Y la confianza de Sam en una magia antigua no servía para avivar esas esperanzas.

Podía percibir la fe de Sam y de Caroline patéticamente expresada en aquella bella copa, pero también percibía más, mucho más. La magia de la Inglaterra rural de Sam exigía una copa de madera de hiedra sin usar, pero Martha sabía que la copa no tenía por qué estar tan bien hecha. Cualquier receptáculo mal acabado hubiera satisfecho la fórmula mágica, pero Sam y Caroline, trabajando juntos, no se hubieran

contentado con cualquier cosa. La copa, pensaba Martha, era el reflejo de lo que el uno significaba para el otro, pero eran demasiado tercios para admitirlo. Descartó tales barruntos.

—Entonces tenemos la copa —dijo Martha—. Ahora solo necesitamos llenarla.

—Hay un tipo llamado Cathcart —dijo Sam—, ¿lord Cathcart?

—Decimoséptimo de dragones —asintió Martha—, le conozco.

—Tiene una yegua preñada. Está furioso, ya sabe, con el invierno y todo eso. Creo que está a punto de parir, podría incluso ser esta noche.

—¿Bastaría?

—Bastará —dijo Sam—, siempre que yo llegue antes a ella. Estoy pasando allí las noches, pero si el capitán requiere mi presencia en casa... —Se encogió de hombros.

—Esperemos que no.

Martha escuchaba la lluvia. Llevaba cayendo desde que se rindieran los fuertes, la tormenta estaba inundando sótanos y convirtiendo las calles en lodazales. No había forma de mantener una casa limpia con ese tiempo. Los visitantes llegaban salpicados de barro hasta la cintura. El barro se extendía por alfombras y escaleras y se aferraba a las ropas. Gran parte de ese barro se quedaría donde estaba hasta la limpieza a fondo de primavera.

—Y si es esta noche, sigo pensando que debería... —Sam, recurriendo empecinado a un argumento ya manido, fue interrumpido por Caroline.

—Lo voy a hacer yo —insistió la muchacha; luego, para evitar que Sam protestara, miró a Martha y recitó sus bien ensayadas palabras—: Voy por el callejón que hay detrás de la escuela. Es la cuarta portilla a la izquierda. Trepo el muro...

—... que tiene cristales rotos en lo alto —interrumpió Sam.

—No me dan miedo los cristales —dijo Caroline—. Trepo por el costado derecho, junto a los establos, y no despierto a los esclavos. Sigo el pasaje que hay en la parte trasera de los establos. Hay una ventana sobre el ahumador que lleva a las escaleras de servicio. Subo un piso, abro la puerta y voy a dar al descansillo. La habitación de Jonathon es la que queda enfrente.

—Y hay un perro en el jardín —dijo Sam en un tono que daba a entender que Caroline no sabría cómo encargarse de un can hostil.

—¡Seré yo la que entre en esa casa, Sam! —Caroline miró al casaca roja, desafiante—. ¿Qué pensaría Jonathon si no lo intentara?

Para que la magia funcionara, hacía falta una copa, una poción, y que bien Sam, bien Caroline, entraran en casa de Abel Becket. Esto último no podía hacerse abiertamente, ya que Abel Becket le había negado el acceso a Sam, así como a cualquiera que pudiera avivar el patriotismo de su sobrino. Así que allanarían la casa, y Caroline insistía en asumir el riesgo. Sam prepararía el elixir, pero Caroline lo entregaría.

—En ese caso, deja que vaya contigo —dijo Sam.



—¿Y quién vigila la entrada principal de la casa? —exigió saber Caroline.

—Puedo hacer eso y luego ir a la parte de atrás.

—Para entonces ya no estaré allí —dijo Caroline con desdén—. Pero puedes esperarme ahí por si tengo algún problema al salir.

Sam, sabedor de que había perdido la discusión, asintió a regañadientes.

—Supongo que es lo mejor.

Martha sonrió al ver que se ponían de acuerdo.

—La mejor noche es la del jueves, porque el señor Becket suele ir a una reunión con algunos comerciantes.

Sam se encogió de hombros.

—Dependerá de la yegua, señora. Puede que tengamos que ir cualquier día.

Martha miró a la muchacha.

—Que no te coja el señor Becket.

—Y si lo hace, pártete la boca a ese sodomita —dijo Sam, que se sonrojó al instante por haber usado esa expresión—. Lo lamento, señora.

—A mí no me importaría partírle la boca —dijo Martha—, ni a él ni a tu apreciado capitán.

—Es un buen tipo —dijo Sam a la defensiva.

Se sentía atrapado por la animadversión que sentían entre ellos Martha y el capitán Vane, pues, aunque apreciara a Martha, Vane nunca se había portado mal con él. Además, Sam era consciente de que Vane le había salvado del desastre, y de que le debía la vida privilegiada y lucrativa que suponía ser el sirviente de un oficial. Esa vida bien podía llegar a su fin si Vane se enteraba de que Sam frecuentaba aquella casa, pero suponía que el capitán no se enfadaría si nunca llegaba a saberlo.

Y nada iba a evitar que Sam los visitara, porque era allí, en esa cocina humeante, donde compartía una feliz intimidad con Caroline. Sam intentaba convencerse de que solo tenían la obsesión de curar a Jonathon, una obsesión que había dado la copa como fruto. No se atrevía a soñar con más.

El reloj del recibidor tocó las cuatro y Sam hizo una mueca.

—Tengo que irme, señora. Esta noche quiere que vaya de *macaroni*.

—¿De *macaroni*? —preguntó Martha.

—Emperifollado, señora. Tengo que servir en una fiesta.

—Pobre Sam. —Martha esperó hasta que Sam hubo salido al torrencial aguacero, y se volvió para ver cómo Caroline envolvía la preciosa copa en un trozo de tela de saco—. ¿Estás segura de que no es mejor que sea Sam el que entre en casa de mi tío?

Caroline negó con la cabeza.

—Si me cogen, lo peor que puede pasarme es que me echen, pero a Sam le arrestarían por ladrón. Además, Jonathon querría que fuera yo.

—Supongo que sí.

Martha, a medida que el invierno se recrudecía y los patriotas hacían lo posible por mantenerse unidos en una ciudad ocupada, se había ido acercando a Caroline.

Admiraba la valentía de la muchacha, la usaba para hacer llegar mensajes al otro lado del río, pero seguía temiendo un matrimonio que la enfermedad de Jonathon, por sí sola, quizá se encargara de evitar. Martha decidió adentrarse en el escabroso tema.

—Te gusta Sam, ¿verdad?

—Sí, me cae bien. —Caroline, con la mirada fija en la mesa, lo dijo casi desafiante.

—¿Más que Jonathon? —Martha se arrepintió al instante—. Lo lamento, estoy siendo injusta.

Caroline alzó la mirada.

—Estoy prometida a Jonathon, ¿no?

—Sí. Pero a veces las promesas son trampas que nos tendemos a nosotros mismos.

—Solo si las rompemos —dijo Caroline, terca y a la defensiva.

Martha hizo una pausa.

—¿Quieres a Jonathon?

—Le quiero —lo dijo sin emoción alguna.

Lo cierto era que Caroline, de forma bastante irracional, se culpaba a sí misma de que aquel tullido se hubiera marchado a la guerra, y ese sentimiento de culpa había provocado en la muchacha una mezcla de pena y afecto que, si no era amor, sí constituía un sucedáneo convincente.

El silencio de Martha dejó constancia de su escepticismo. El viento y la lluvia castigaban la casa en un *crescendo* de furia que le hizo volver la cabeza hacia las escaleras, como si hubiera oído la voz de su hija.

—Puede ser —dijo Martha rompiendo el silencio—, aunque es mejor no casarse por amor. Yo lo hice así, y fui muy feliz. Intercambiamos votos, convertimos esta casa en la más elegante de la ciudad y me hizo rica. Hubiera preferido un hijo en vez de una hija, pero eso podría haberse remediado a tiempo. —Martha esbozó una mueca de dolor al recordar y luego se acercó un poco más al tenue resplandor del fuego.

Caroline había escuchado las palabras de Martha y creyó entender lo que quería decir.

—¿Entonces Jonathon y yo podemos ser felices?

—Jonathon será feliz. —Martha hablaba con dolor—. Es apasionado, y, mientras crea que tú le quieres, estará agradecido.

—Pero le quiero de verdad —insistió Caroline.

—Pero el gusano de la manzana —siguió diciendo Martha como si la joven no hubiera hablado— empieza a mordisquearte cuando llega el arrepentimiento. Cuando ves al hombre con el que quizá te habrías casado, y sabes que estás ligada a uno con el que no deberías haberlo hecho. Hubo momentos... —Martha hizo una pausa; pensaba que estaba a punto de desvelar demasiado, pero se encogió de hombros—. Hubo momentos en los que deseé que muriese. Luego murió, y fue horrible. Horrible.

Caroline no dijo nada.

Martha secó una gota de té derramada.

—¿Qué harías si Sam permaneciera en América? Puede que lo haga, ¿sabes? ¿Le cerrarías la puerta de tu casa? ¿Convencerías a Jonathon de que no volviera a verle? Porque si no lo haces, querida, será Sam con el que sueñes en las largas noches.

Caroline no quería enfrentarse a esas preguntas.

—Sam es un casaca roja —dijo sin más—, y está orgulloso de ello. Algún día volverá al lugar al que pertenece.

—Lo curioso de América —dijo Martha cambiando, aparentemente, de tema— es que cualquiera puede pertenecer aquí. Y a mí me cae muy bien Sam, así que quizá intente persuadirle para que se quede en América.

—No lo hará —dijo Caroline.

—¿Quiere decir eso que descansarías mejor por las noches si no se quedara? —dijo Martha provocadora.

Pero Caroline no quiso entrar en ese tema. En su lugar se giró para escuchar el repiqueteo de la lluvia.

—¿Podría dormir aquí esta noche?

—Sería un placer.

Caroline durmió en la habitación, junto a la cocina, destinada a los partos y en la que los hijos del servicio pasaban sus primeros meses de vida, pero Sam no logró pegar ojo en toda la noche. Se había vestido de *macaroni*, y a las tres de la mañana asistió a un ebrio pero feliz capitán Vane a llegar a la cama. Después, acompañado de los juramentos del resto de los sirvientes, que estaban intentando dormir en la cocina, Sam se puso su viejo uniforme y el abrigo de centinela y se adentró en la noche.

La lluvia caía ahora sesgada, empujada por un viento que aullaba revoltoso y cuyas ráfagas, en las esquinas de la ciudad, aplanaban las llamas de la antorcha de Sam. Una teja, desprendida de un tejado, golpeó una contraventana y el joven, sobresaltado por el ruido repentino, se volvió. Le atormentaba la sospecha de que estaba siendo vigilado, temía las sombras que veía moverse por el rabillo del ojo. Se dijo que no eran más que fruslerías, que Maggie le había metido en la cabeza un miedo absurdo al sargento Scammell, aunque se mantenía alerta por si en un momento dado aparecía su enemigo. No ocurrió, tan solo eran sombras producidas por el viento y la lluvia.

Siguió adelante, giró por un callejón y empujó una portilla. Allí vio el reflejo de un quinqué sobre la puerta de un establo. Al instante Sam temió haber llegado tarde, pero el mozo de cuadra de lord Cathcart, esperando junto al cubículo de la yegua, negó con la cabeza.

—Casi te lo pierdes, Sam.

Sam echó el cerrojo a la puerta.

—¿Está al caer?

—En cualquier momento. Pobre bicho. —El mozo tembló—. Es una noche demasiado fría para nacer.

Sam se agachó para pasar por debajo de la cadena. La yegua temblaba de miedo, pero el muchacho la tranquilizó. El viento aullaba entre los tejados. El resto de los caballos, nerviosos por el tiempo y por la yegua, se movían inquietos en sus cubículos.

El potro llegó media hora después. Reptó sobre la sangre y la paja y luego pugnó por ponerse en pie sobre sus patas escuálidas. Sam se acuclilló junto al vientre de la yegua y aproximó una cantimplora de madera a las tetas hinchadas del animal. La yegua dio un respingo, pero Sam la tranquilizó y usó los dedos para ordeñar la primera leche materna. Cuando el pequeño recipiente estuvo lleno, puso al potro a mamar.

Sam le pagó al mozo algunas de las monedas que había obtenido cuidando a los caballos de los oficiales; más tarde se adentró con la cantimplora en el amanecer gris y húmedo. Había tallado la copa, y ahora tenía el ingrediente: los calostros. Estos, servidos en una copa virgen de hiedra, eran capaces de revivir a los muertos. No había medicina más fuerte, y jamás un remedio había sido preparado con tanto cariño. Ahora todo lo que hacía falta era introducir la mezcla mágica en la bien custodiada vivienda en la que estaba Jonathon. Allí iría Caroline, y lo conseguiría con la ayuda de Sam y un poco de suerte.

—El teatro solo necesita una mano de pintura —dijo el capitán John Andre con alegría— y tendremos toda una temporada de júbilo y deleite. Los sacerdotes de la ciudad se pondrán furiosos, así que esto solo puede traer cosas buenas. Quizá quieras formar parte del reparto, Kit.

—Yo no soy actor, John. —Vane tuvo que alzar la voz para hacerse oír sobre las conversaciones y la música.

La caída de los fuertes y la llegada de la flota eran razón suficiente para celebrarlo, así que la espaciosa residencia de sir William volvió a llenarse de oficiales y de damas. Los uniformes azul marino con frente blanco de la Marina se mezclaban con las llamativas casacas del ejército. Saratoga empezaba a ser olvidada, o al menos ahogada en vino, bajo la luz esquirlada por los cristales de las lámparas de araña, que aliviaban la penumbra del lluvioso atardecer.

—Empezaremos en Año Nuevo. —Andre le dedicó una reverencia a una muchacha que pasó por delante de ellos y volvió a mirar a Vane—. El problema, como siempre, son las mujeres. Puedo encontrar hombres para actuar, pero no hay suficientes mujeres. ¿Crees que las chicas de la señora Taylor estarían dispuestas?

—Pierden mucho vestidas —dijo Vane secamente—. Y me da que ella también. —Hizo un gesto hacia Lizzie Loring, quien, resplandeciente, vestida con sedas verdes, charlaba con algunos invitados en el centro del salón. Sin embargo, Lizzie, por vez primera, no era el centro de atención. A su lado había un hombre de altura considerable y uniforme extraordinario.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Vane asombrado.

—El general Charles Lee, aunque le llaman Charlie. —Saltaba a la vista que Andre veneraba a aquel hombre—. Te presentaré.

—¿Pero de qué diablos es el uniforme que lleva?

La señora Elisabeth Loring le estaba haciendo la misma pregunta al general Charles Lee, cuya figura esbelta y extremadamente delgada estaba embutida en un grotesco abrigo amarillo arlequinado, rematado con sedas blancas y enormes charreteras brillantes. Una faja roja, en la que estaba enganchada una placa de nácar decorada con un águila negra, envolvía un chaleco azul claro. Tenía un pañuelo de terciopelo escarlata en torno al cuello, sus pantalones eran de satén blanco y las botas, que le llegaban a las rodillas, estaban decoradas con tiras de cuero color escarlata. De una de las mangas, sueltas, a la altura del hombro, le colgaba una pelliza con filigranas de oro. La vaina del sable lucía motivos de plata.

—Es —dijo altivo el general Lee— el uniforme de la caballería polaca. Me lo confeccionó un sastre de la Marina. ¿No es fabuloso?

—¡Jamás ha estado en el ejército polaco! —dijo Lizzie.

—Si no fuera tan bella, y yo no estuviera locamente enamorado de usted, la golpearía por dudar de mi palabra. Fui, señora mía, soldado en el ejército polaco. Tres años en la caballería, contra el turco infiel. ¡Hola, John! —El antaño guerrero polaco sonrió a Andre, quien, antes de la expedición de sir William a Filadelfia, había navegado hacia el sur y había intimado con Lee—. ¿Sigues vivo? ¿Ningún rebelde ha logrado librar al mundo de un tipo como tú?

—Sigo vivo, Charlie, y encantado de verte. ¿Permites que te presente a Kit? Es el nuevo ayuda de campo de Billy.

—¿Otro hijo de Albión para la carnicería? —Lee le dedicó a Vane un alegre saludo, y este, tras devolvérselo, le hizo una reverencia a Lizzie Loring.

Pero Lizzie, que se había unido a la causa de Martha Crawl en la batalla por el destino de Jonathon, ignoró el saludo de Vane y se dirigió al general Lee.

—¿También renunció al servicio en el ejército polaco, Charlie?

—Renuncio al servicio de todos los ejércitos, pero solo una vez que me he asegurado de su victoria.

Lee, nacido en Inglaterra, había servido con polacos y británicos y ahora era general en el ejército rebelde. Se había labrado una reputación salvando Charleston de los británicos y había ascendido hasta convertirse en segundo al mando del mismísimo George Washington. Después, durante la retirada por Nueva Jersey, se había entretenido más de lo debido con una prostituta en una taberna y había sido capturado por la caballería británica. A Lee le encantaba confirmar la historia.

—Se rumorea que Su Excelencia, celoso de mi triunfo en Charleston, organizó la presencia de la prostituta, pero lo dudo. El pobre hombre ni siquiera cree que tales mujeres puedan existir.

—¿Su Excelencia? —preguntó Christopher Vane.

—El general Washington exige que se le trate con la más absurda de las dignidades. ¡Cómo odiaría el muy soso este uniforme! —Lee soltó una carcajada aguda y extraña y luego miró a su alrededor, al salón atestado—. ¡Qué afortunados son!

—¿Afortunados? —preguntó Lizzie.

—De tenerme aquí alegrándoles la velada. —Aunque en realidad el afortunado de estar en Filadelfia era Lee, ya que al ser capturado se había considerado que siendo un antiguo oficial británico debía ser ejecutado por traición. El hecho de que aseverase que había renunciado formalmente a su cargo británico, unido a que gozaba de la simpatía de sir William, le había bastado para salvar la vida. Ahora Lee era un prisionero muy apreciado. Existía el rumor, uno de los muchos que envolvían su enjuta figura, de que Lee había sugerido que tomar Filadelfia era el mejor modo de acabar la guerra.

Pero sir William ya no quería formar parte de aquella contienda. El general quería irse a casa, a cuyo fin había redactado su dimisión, documento que se haría llegar al Gobierno en Londres. Sir William no había perdido ninguna batalla, pero era un

hombre derrotado.

Mientras sus invitados disfrutaban en las lujosas habitaciones del piso inferior, el comandante en jefe permanecía en la biblioteca, a solas, salvo por la presencia de su hermano, y contemplaba por la ventana, a través de la lluvia constante, la delgada torre de la Casa del Estado, en cuya cima había una veleta con forma de gallo. Pensó cómo, si hubiera tenido tiempo, le habría gustado echar abajo esa torre y levantar en su lugar una cúpula.

—Y el reloj —dijo en alto.

—¿El reloj, Willie? —El almirante lord Howe alzó la mirada y dejó de leer la carta de renuncia de su hermano.

—Junto a la Casa del Estado. Quizá no lo hayas visto. Es ridículo, está metido en una especie de cajonera de ladrillo. Una cúpula con un reloj de cuatro caras sería mejor. De fondo azul, con las manillas de oro. Quedaría bien. —Sir William se encogió de hombros—. Si no me reemplazan, quizá lo construya. Sería agradable dejar Filadelfia mejor de lo que la encontré.

—Sin duda. —Lord Howe compartía la predilección de su hermano por los americanos, una predilección que había sido cimentada cuando los ciudadanos de Massachusetts, al morir el hermano mayor de los Howe en las guerras franco-indias, habían pagado por un monumento que ahora estaba en la abadía de Westminster. Lord Howe, mayor y más corpulento que sir William, dejó caer la carta.

—¿Cuánta gente sabe esto, Willie?

—Tú, yo, mi secretario, que hizo una copia, y Lizzie, por supuesto, pero nadie más.

—Quiero que vuelvas a considerarlo.

Sir William, hundido por Saratoga y agotado tras el largo asedio de los fuertes, dejó de mirar por la ventana y se giró para excusarse. En Londres nadie le escuchaba: Londres creía que la mayoría de los colonos eran leales, y quizá lo fueran, pero no tanto como para empuñar las armas. La guerra podía ganarse, dijo sir William, pero no con tan escasas fuerzas y tan dispersas entre Halifax y las Floridas.

—Necesitaría cien mil hombres aquí, Richard. ¿Y para qué? ¿Para que vuelvan a rebelarse dentro de diez años? —Aquel lamento no era nuevo.

Gage, el primer general en luchar contra los rebeldes en esa guerra, había dicho que la labor era imposible. El comandante del ejército británico había advertido que no podía conquistarse tal extensión de tierra. Otros, como el conde de Effingham, el vizconde Pitt y el almirante Keppel, habían renunciado a sus cargos para no tener que luchar contra los suyos en un país tan grande que constituía un desafío hasta para los cartógrafos. Casi la mitad del Parlamento estaba en contra de la guerra, y sir William, miembro de aquel, quería volver a casa para unir su voz a la de aquellos que se oponían a la contienda.

—Si es que Londres acepta tu renuncia —dijo lord Howe sin convicción.

—¡Si no lo hacen, al menos que me permitan negociar!

Sir William volvió a mirar a las nubes oscuras que había sobre la lluvia rabiosa.

—Si las negociaciones sirven para mantener alejados a los franceses —dijo lord Howe lentamente—, puede que Londres acepte.

—Tenemos que ofrecerles a los rebeldes todo lo que quieran. Ni impuestos sobre los beneficios, ni aranceles ni gobernadores enviados desde Londres..., y a lo único a lo que tienen que renunciar es a la independencia. —Sir William dio media vuelta para mirar a su hermano—. Si podemos convencer al rey de que se ha derrotado al republicanismo, quizá no se percate de que los rebeldes han obtenido todo lo demás.

—¿Y qué pasa si creen que pueden obtener la independencia? —Lord Howe se acercó a su hermano y observó, con el ojo profesional del marino, la veleta de la Casa del Estado y las nubes—. Los malditos franceses están ansiosos por unirse al baile.

—Que les jodan a los franceses —dijo sir William—. ¡Solo Dios sabe lo que el señor Washington pensará de ellos! Si cree que nosotros somos unos tiranos, espera a que esté bajo los amables cuidados del rey Luis. ¿O acaso piensa que esos malditos gabachos traicioneros piensan ayudarle por caridad?

Lord Howe negó con la cabeza.

—He oído que a los franceses se les han ofrecido sus viejas tierras en Canadá. Y todas nuestras islas azucareras.

Sir William, a pesar de su tristeza, tuvo que reírse ante la presuntuosidad de los rebeldes.

—Recibieron un buen revolcón cuando intentaron tomar Canadá por sí mismos, así que supongo que les da lo mismo invitar a los franceses a que lo hagan ellos.

—No se trata de Canadá. —Lord Howe encorvó sus anchos hombros bajo unas charreteras que, por mucho que se pulieran, nunca quedaban libres de salitre—. Si los gabachos entran en la contienda, Willie, necesitaré hombres para proteger las islas.

—¡Hombres! —Sir William se dirigió a la mesa y destapó un decantador—. ¿Y de dónde vendrán? ¿Abandono Filadelfia para guarnecer las islas azucareras? ¿Acaso no saben en Londres lo que está ocurriendo aquí?

Lord Howe cogió un vaso de vino y se aventuró a recordarle a su hermano que Londres prefería perder la más rica de las colonias americanas a los beneficios de una sola isla azucarera.

—Que se vayan al infierno las colonias yanquis, Willie, pero defendamos el azúcar. Aunque podríamos mantener ambas cosas.

—¿Ambas?

—Siempre y cuando los gabachos no intervengan.

—Ah, claro, sí. Claro. —Sir William sabía lo que venía ahora.

—Destruyendo a ese maldito Washington.

—El invierno se encargará de eso. —Sir William miró por la ventana, oscura. Ya era de noche—. Dicen que los pájaros migraron al sur pronto, Richard. Eso significa que el invierno será duro.

—Los rebeldes soportarán el invierno si saben que vienen los franceses.



Aguantarán. —La voz del almirante se volvió insistente—. Pero si los franceses oyen que el señor Washington ha acabado balanceándose de una soga, se lo pensarán dos veces, Willie. No querrán arriesgar sus tropas. Están indecisos porque temen recibir la tunda de costumbre. Les preocupa que Saratoga pueda haber sido una señal falsa. Si puedes aplastar a Washington antes de que lleguen las nieves, puede que los franceses dejen las espadas en sus vainas.

Sir William se inclinó hacia su perro, que dormía junto al fuego.

—No estoy seguro de que fuera una señal falsa. —Se apresuró a evitar que su hermano mayor le interrumpiese—. No derrotaron a Johnny en combate.

Sir William había recibido informes fiables de lo ocurrido en Saratoga. Burgoyne, acosado y desgastado por la vanguardia enemiga, había quedado aislado en medio de un territorio inmenso y hostil donde era incapaz de recibir suministros. El hambre y la sed habían sido las aliadas de los soldados rebeldes que habían derrotado a Burgoyne, y el primero de aquellos espectros ya había atormentado a sir William en Filadelfia.

—Debería haber marchado a su encuentro, ¿no crees? —La confesión de sir William, dicha en voz baja, más parecía dirigida a su perro, aunque el almirante decidió responder.

—No podías saberlo, Willie. No entonces.

Pero sir William no podía ser consolado tan fácilmente. Pensaba en todos los sueños hechos añicos. Si los británicos marchaban sobre Filadelfia, habían dicho los lealistas americanos, las colonias del centro se alzarían en favor del rey y los rebeldes acabarían siendo derrotados por sus propios compatriotas. No había ocurrido nada de eso. En su lugar, sir William dominaba Filadelfia y los rebeldes el territorio circundante, casi hasta las mismísimas aceras de la ciudad. No había paz, ni ducado, ni una nueva Jerusalén. Sir William miró a su hermano.

—¿Sabías que Washington me devolvió a Hamlet?

—¿Que hizo qué? —Había veces que al almirante le costaba entender a su hermano.

Sir William hizo una mueca de dolor al incorporarse por culpa de un latigazo en la espalda.

—Bajo bandera de paz. Creo que fue un acto de lo más honorable.

—Pues dale las gracias antes de matarle. Y hazlo antes de que llegue la primavera, Willie. Los franceses no se moverán hasta que mejore el tiempo.

Sir William asintió con severidad, como si el esfuerzo que suponía lanzar otro ataque contra los rebeldes fuera, aunque necesario, demasiado oneroso como para obtener placer alguno. Dobló su carta de renuncia y la guardó en un cajón. Hizo un gesto hacia las puertas de la biblioteca.

—Creo que deberíamos ir bajando. Tus admiradores están esperando para dedicarte un aplauso.

Y, efectivamente, el almirante que había logrado abastecer la ciudad recibió un caluroso recibimiento. Los aplausos recorrieron el salón de baile, y se vieron

reforzados por «hurras»; a esto le siguieron varios gritos de «bravo» cuando los hermanos, del brazo y uniformados, bajaron las amplias escaleras.

A medida que los aplausos fueron muriendo, Christopher Vane se sorprendió al ver al general Lee a su lado. Lee se inclinó hacia Vane.

—Espero que sepa disculparme, capitán. Sé que apenas nos conocemos, pero me preguntaba si podría suplicarle un favor.

—Por supuesto.

Lee tiró de uno de los lazos que sobresalían de sus mangas amarillas.

—John me ha dicho que hable con usted. —Bajó la voz hasta hablar en un susurro confidente—. Cuando acabe toda esta farsa, ¿sería tan amable de indicarme una casa decente a la que ir? John me ha dicho que conocía una. En los barcos no hay nada que merezca la pena, a no ser que a uno le gusten los alféreces. Y a mí no me gustan.

Vane sonrió.

—Hay una. La de la señora Taylor.

Los ojos de Lee miraron a un lado y a otro como si temiera que alguien le estuviera escuchando.

—¿Limpia?

—Mucho.

—¿Chicas rojas? —preguntó Lee ansioso.

—¿Rojas, señor?

—Estuve casado con una princesa de la tribu de los seneca. Bueno, más o menos casado, y ella era una especie de princesa. He desarrollado cierta predilección hacia ellas —dijo Lee como si se estuviera disculpando.

A pesar de que el hombre simpatizara con la causa rebelde, a Vane le resultó gracioso.

—No he visto a ninguna roja, pero tiene blancas, negras, mulatas y hasta una china.

Lee esbozó una sonrisa lobuna.

—¿Me haría el favor de hacer las presentaciones?

—Será todo un placer, caballero.

—Proponerle a Lizzie un revolcón no serviría de nada. Le es demasiado leal a Billy. —De pronto Lee se irguió todo lo que era de alto y miró hacia el recibidor de la entrada—. Por mi santo trasero, ¿quién es esa?

Vane miró. La viuda Crawl, colgada del brazo de lord Robert Massedene, había acudido a la celebración. Vane no dijo nada. Había contado con que la derrota de Martha respecto a Jonathon hubiera supuesto un golpe de gracia social para la mujer y, sin embargo, respaldada por su nueva amistad con lord Robert Massedene y Lizzie Loring, la viuda seguía alardeando de su patriotismo ante sus enemigos.

—¿Y bien? —preguntó Lee.

—Es una de los vuestros, una rebelde.

Lee oyó el disgusto en la voz de Vane y lo achacó a los celos.

—¿La ha seducido Robert?

Vane tuvo que hacer un esfuerzo para que la rabia no se dejase notar en sus palabras.

—La protege, señor, de lo contrario los lealistas la sacarían de la ciudad a patadas.

Lee observó a Martha desvergonzadamente. La viuda, como siempre, lucía un aspecto magnífico. Vestía una de aquellas polonasas de falda abierta que Lizzie Loring había puesto de moda en Filadelfia, y su cabello, aunque no lo llevara tan alto como el de Lizzie, estaba magníficamente esculpido y decorado con lazos enojados.

—Eso sí que es una mujer con la que disfrutar del invierno —dijo Lee reverencialmente.

Martha miró hacia el exótico uniforme polaco y Vane apartó la cara, aunque demasiado tarde por una fracción de segundo. La viuda le había visto y, sin recelo alguno, empezó a cruzar la estancia hacia él. Los invitados se giraron a mirar. La sociedad de Filadelfia al completo, así como todos los oficiales de la guarnición, sabían de la mala sangre que había entre ambos.

El general Lee se preparó para presentarse, pero Martha ignoró al espigado general rebelde.

—Capitán Vane...

—Señora... —Vane hizo una reverencia. Deseaba que el corazón se le calmara. Ahora necesitaba estar despejado, no dejarse llevar por la hostilidad. Temía que las palabras adecuadas solo le llegaran a los labios una vez que la viuda se hubiera ido.

—¿Sabe algo de mi hermano? —dijo Martha en voz alta para que cualquier interesado pudiera oírla.

—Algo he oído, señora. Tengo entendido que su pierna ha mejorado mucho, algo que me llena de júbilo.

—Tanto su júbilo, capitán, como la celebración de la victoria de esta noche, son prematuros. —Martha le miraba con desprecio—. Sufre de fiebres y anginas. Confío en que esté satisfecho con lo que ha hecho.

—Rezaré por él —dijo Vane con desdén.

—Guárdese sus oraciones, asesino. —Se había hecho el silencio en la estancia, como si un ángel hubiera pasado volando por encima de la tumba de Vane. Ahora, incluso sir William y lord Howe observaban a la viuda—. Si mi hermano muere, necesitará todas esas oraciones, porque le aseguro que no obtendrá misericordia por mi parte. —Martha hizo una pausa; luego, a modo de burla, y lo bastante alto como para alcanzar hasta el último rincón del gran salón, disparó su último y lacerante dardo—: Kitten.

La viuda se dio la vuelta y se alejó. De pronto el salón retomó las conversaciones mientras los invitados fingían que nadie había recibido un baño de vergüenza.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo Lee. El rebelde se alejó un paso, como si temiera que

le contagiara algo.

Vane miró a Lee.

—¿Desea que nos vayamos ya, caballero?

—¿Ahora? —Lee no había tenido intención de salir de allí, al menos hasta dentro de unas horas.

—Ahora, señor. —La rabia de Vane se vio exacerbada por la impotencia. Había chocado con la viuda, le había hecho daño al quitarle a Jonathon, pero esta había hecho uso de sus contactos para volver y humillarle en sociedad—. Yo me voy ahora, caballero.

Lee miró alrededor y se encogió de hombros.

—Supongo que es eso o un alférez. Muy bien, capitán. ¡Vayamos en pos de la refriega!

Salieron a la noche.

Azotado por el viento helado, el capitán Vane soñaba con el consuelo de la venganza.

Caroline esperaba entre las sombras de un callejón que daba a la parte trasera de la enorme casa de Abel Becket. Los dientes le castañeteaban, pero contó en alto hasta trescientos.

Una deprimente patrulla de infantería, arrebujada bajo la lluvia gélida, pasó encorvada por el extremo del callejón, y Caroline se ocultó bajo el arco que llevaba a los jardines de la escuela.

—Doscientos tres —susurró—, doscientos cuatro...

El sonido de la música, que llegaba amortiguado por el siseo de la lluvia, surgía del cuartel general del comandante en jefe británico. No estaba muy lejos de allí. Caroline no recordaba un tiempo en el que se hubiera oído tanta música en la ciudad: había bandas militares en Centre Commons, orquestas en las grandes mansiones y marineros cantando en las tabernas.

—Doscientos diez, doscientos once, doscientos doce...

La ciudad estaba anegada de música, borrachos y jugadores. Los predicadores de Filadelfia escupían vitriólicos sermones en contra de los oficiales que apostaban, pero sus diatribas tan solo servían para animar más a los jugadores. Dos de los oficiales de la guarnición habían abierto un libro de registros, en el Café Londres, en el que apuntaban la duración de los sermones. El más largo hasta la fecha había sido la perorata de cuatro horas y media de un malhumorado sacerdote presbiteriano que, al acabar el servicio, recibió el burlón aplauso de un grupo de oficiales que solían ganar en las timbas. Sir William prohibió, a partir de entonces, tales actos de provocación, aunque no suprimiría la fiebre del juego que se había apoderado de la ciudad. El abuelo de Caroline, leyendo las escrituras aquella mañana, al otro lado del río, había dicho que el juego era una invención del diablo. Caroline se preguntaba ahora lo que pensaría Caleb Fisher si supiera de los merodeos nocturnos de su nieta.

—Doscientos sesenta, doscientos sesenta y uno...

Un carruaje pasó por el callejón salpicando agua. Los quinqués iluminaban unos caballos moteados de barro y unos arreos empapados y goteantes. Caroline supo que se trataba de la carroza de los Galloway. Muchos de los mercaderes de la ciudad ya no asistían a las hedonísticas recepciones de sir William, que ofendían al alma firmemente protestante de Filadelfia. Caroline simplemente despreciaba tales frivolidades, y esto hacía que deseara aún con más firmeza la derrota de los británicos. Martha Crawl asistía a las fiestas, por supuesto, pero para Caroline la viuda era una criatura exótica que vivía una especie de vida diferente.

—Doscientos noventa y nueve —contó—, trescientos...

Caroline se preparó, confiando en que Sam hubiera contado a la misma velocidad que ella.

Sam estaba en otro callejón, uno que desembocaba en Market Street, casi enfrente de la gran mansión de Abel Becket. Eran casi las diez, aunque la calle no estaba oscura, ni mucho menos. Sam no llevaba una antorcha encendida a modo de protección, pero el principal puesto de guardia de la ciudad estaba cerca, y la luz de los quinqués que lo rodeaban daba lugar a un juego de sombras en la calle embarrada. La oscuridad también quedaba ahuyentada, en torno a la residencia de sir William, por los brillantísimos quinqués ante los cuales podía verse caer la lluvia en densas columnas plateadas. Era como estar viviendo los días anteriores al diluvio universal: lluvia y más lluvia, lluvia que tamborileaba sobre los techos de los carruajes que esperaban a la puerta para llevar a los invitados del general a casa, lluvia que caía por los canalones, que anegaba las calles y que empapaba a Sam hasta el tuétano de los huesos.

Contó hasta trescientos, respiró profundamente, y salió del callejón.

La primera piedra de Sam impactó contra el cristal de una de las ventanas del salón de Abel Becket. El proyectil chocó contra las contraventanas interiores, cerradas ya a esas horas, y se oyó el grito de una mujer. La segunda repiqueteó, inocua, contra los muros de caliza que separaban las ventanas. La tercera hizo añicos el quinqué que colgaba de la entrada principal, mientras que la cuarta chocó contra la puerta en el momento mismo en que un sirviente la estaba abriendo.

Sam volvió a ocultarse en el callejón. Los pasos de una patrulla, atraída por el ruido de cristales rotos, chapotearon sobre el lodo y el barro mientras sus antorchas daban lugar a grotescas sombras bailarinas en la calle. Pero Sam, habiendo atraído al servicio doméstico de Abel Becket al extremo opuesto de la parte trasera de la casa, había huido al amparo de la oscuridad y corría para esperar a Caroline.

La noche de Sam había empezado en casa de Martha, donde le había entregado a Caroline los calostros para luego ir con ella hasta el callejón que daba a la parte trasera de los establos de Abel Becket. Sam había traído una vieja manta de caballo que, antes de ir a romper ventanas, había doblado y lanzado sobre los cristales rotos que había incrustados en lo alto del muro. Ahora, al oír romperse las ventanas, Caroline dio un salto para posar el brazo sobre la lana, doblada hasta lograr un grosor considerable. Una pica de cristal roto atravesó las capas de tela y le rasgó la piel. La muchacha siseó de dolor, pero trató de ignorarlo mientras, con las botas, hacía lo posible por buscar un lugar de apoyo en los ladrillos empapados. Su mano encontró un punto en el que agarrarse y se impulsó hacia lo alto. Llevaba una pesada mochila, lo que hizo que la escalada resultara incómoda. El brazo le sangraba.

Permaneció en lo alto un instante, dubitativa, y luego saltó al espacio que había detrás de los establos. Los perros de la zona, alertados por la rotura de los cristales, ladraban desde todos los jardines de la calle, y la perra que había atada junto al almacén de pienso de Abel Becket le gruñó a la sombra que de pronto se materializó en su territorio. Caroline metió la mano en la mochila y le lanzó al animal el cuarto de pata de cordero que Sam había robado para tal propósito. La perra olisqueó la

carne y empezó a comer. Caroline acarició al animal y esperó a que le lamiera la mano a modo de aceptación. Los caballos de Abel Becket daban vueltas en sus cubículos atrancados.

Caroline se detuvo un instante para permitir que sus ojos se hicieran a la oscuridad del recinto; acto seguido, envuelta en ropas negras, corrió hacia el ahumador y se encaramó al tejado empinado de este. Sus botas resbalaron, pero la pesada chimenea de metal detuvo su caída. Miró por la ventana de guillotina que daba a las escaleras del servicio.

Tal y como Martha le había advertido, la ventana estaba atrancada. Caroline metió la hoja del cuchillo por el hueco del marco y le dio unos empellones al cerrojo de metal. Parecía más difícil que la ventana de casa de Martha con la que había practicado. La lluvia hacía que el mango del cuchillo se le escurriera. Por un instante Caroline sintió que la desesperación se apoderaba de ella; fue entonces cuando el cerrojo cedió ante la presión de la hoja. Los contrapesos de la ventana hicieron ruido cuando la muchacha empujó la ventana hacia arriba. La cortina de lona aleteó con fuerza al ser expuesta al viento húmedo y se detuvo de pronto cuando Caroline, ya dentro y a salvo, cerró la ventana. Se quedó muy quieta, con el cuchillo en la mano, y aguzó el oído.

Oyó voces, alarmadas y atraídas por los cristales rotos de la ventana. Gritaban desde la parte frontal de la casa. Oyó el tintineo de sartenes en la cocina, a los pies de las escaleras, pero no percibió sonido cercano alguno. La sangre le había llegado a la muñeca; se la secó en la gruesa falda y, a oscuras, subió las escaleras.

Una débil ranura de luz indicaba la presencia de la puerta que daba al descansillo. Caroline palpó la puerta hasta dar con el pestillo, lo deslizó y afeó la cara cuando oyó chirriar los goznes. Pero nadie la vio, y nadie dio la voz de alarma cuando salió al pasillo. Podía oír a un hombre en el piso de abajo explicando que, probablemente, hubieran sido unos borrachos los responsables de la rotura de las ventanas y que si el señor Becket redactaba la relación de daños y se la hacía llegar al oficial de guardia, le serían reintegrados los gastos.

Caroline, que chorreaba agua y sangre sobre la gruesa moqueta, cruzó el pasillo y abrió la puerta de Jonathon. Estuvo a punto de dar un paso atrás al percibir el fétido hedor a enfermedad. En cuanto entró en la habitación, supo que olía a muerte inminente.

La última vez que había visto a Jonathon el muchacho estaba recuperándose. El dolor que sentía en el muñón había desaparecido, había engordado un poco y el color le había vuelto a las mejillas. Ahora Jonathon parecía aún más débil que un gatito recién nacido. Temblaba mientras dormía, sudaba, tiritaba, y su piel tenía un color blanco amarillento a la luz de la única vela que ardía en la mesita que tenía junto a la cama.

—¿Jonathon? ¿Jonathon? —Caroline susurró su nombre al tiempo que se quitaba la mochila empapada de la espalda y la dejaba sobre la cama—. ¿Jonathon?

Podía ver las cicatrices de sangre coagulada en el brazo del joven, costras y costras que seguían un patrón extrañamente regular. Posó la mano sobre la frente del enfermo y le sorprendió el calor que desprendía.

—¿Jonathon?

Los ojos del muchacho se abrieron un poco y luego volvieron a cerrarse. Después se abrieron de nuevo. Se la quedó mirando, y a Caroline se le antojó que no la reconocía.

—¿Jonathon? —Caroline le sonrió, y sintió tal lástima que los ojos empezaron a llenársele de lágrimas—. Soy Caroline.

—¿Estoy soñando? —La voz de Jonathon, por culpa de las anginas, surgió áspera como una lija.

—No estás soñando, Jonathon. Estoy aquí.

Caroline empezó a llorar porque la expresión de su rostro hablaba de alivio, de asombro, de alegría, y eso le partió el corazón en dos a la muchacha. Le abrazó y sintió en la mejilla el calor febril y rabioso del rostro del joven. Jonathon sollozaba su nombre una y otra vez, incrédulo y a la vez pleno de dicha.

Caroline se apartó de él con delicadeza.

—Tienes que incorporarte.

Jonathon frunció el ceño.

—No puedo.

—Claro que puedes. —Le cogió de las axilas y lo levantó, percatándose entonces de lo poco que pesaba—. ¿Qué te están haciendo?

Jonathon, con un gesto tan imperceptible que ni siquiera hubiera espantado a una mosca, señaló un extraño artilugio que había junto a una biblia, sobre un baúl, bajo la ventana. Caroline no le prestó atención al aparato en ese momento, ya que estaba demasiado ocupada acomodando a Jonathon entre almohadas. Vio que sábanas y mantas estaban manchadas con la sangre que le estaban extrayendo, y sintió una repentina ira al verle reducido por los médicos a esa patética situación de debilidad. Aunque no estaba tan débil como para no reírse de repente.

—¡Has venido!

—Claro que he venido. Lo he intentado en otras ocasiones, pero los sirvientes de tu tío no me dejan entrar. —Caroline hablaba en susurros al tiempo que deshacía el nudo de la mochila y sacaba de ella la copa cuidadosamente envuelta y la cantimplora.

—Yo... —Pero fuera lo que fuese que quisiera decir Jonathon, quedó ahogado en una terrible tos. Pasado el ataque, hizo lo posible por volver a respirar. Su pecho delgado subía y bajaba cubierto por una toalla de franela roja con la que le habían envuelto las costillas—. Me estoy muriendo.

—No te estás muriendo —dijo Caroline con firmeza—. ¡Vas a volver al ejército! —Había empezado a verter los calostros en la copa.

—¿Y tú? —preguntó Jonathon.



Caroline sabía lo que quería.

—Iré contigo. Pero solo si bebes esto.

Jonathon giró la cabeza en dirección opuesta y miró a las contraventanas. Se adivinaba la luz de unas antorchas y se oían voces de hombres en las aceras de la calle.

—¿Qué ocurre?

—Sam ha roto algunas ventanas para que yo pudiera colarme en la casa. Levanta la cabeza, ya.

Jonathon obedeció. Caroline, con cuidado, le sostuvo la nuca y le llevó la copa a los labios. Su cabello negro estaba empapado en sudor.

—Bébetelo todo ahora. —Era como cuidar de un chiquillo.

Jonathon, sin dudar, bebió de la copa. Le llevó un tiempo, ya que tenía la garganta hinchada por la enfermedad. Hizo una mueca de dolor con el último trago. Luego vio que Caroline vertía más líquido cremoso y amarillo en la copa.

—¿Qué es?

—La magia de Sam —dijo Caroline—. Calostros de yegua. ¡Sigue! —Una vez más, acercó la copa a la boca de Jonathon, y luego le secó los restos de las comisuras de los labios. Sintió de nuevo que le ardía la piel—. Un último trago. —Vertió lo poco que quedaba en la cantimplora e hizo que Jonathon se lo acabara—. No ha sido tan terrible, ¿a que no?

Jonathon, exhausto tras el nimio esfuerzo de beberse los calostros, tembló mientras Caroline volvía a acomodarle en la cama. Le agarró la mano como si no fuera a soltarla nunca.

—¿Qué día es?

—No lo sé. ¿Miércoles? No tienes por qué preocuparte del día que es, Jonathon. Solo tienes que preocuparte de ponerte bien. —Se inclinó hacia el baúl y, con la mano que tenía libre, cogió el extraño objeto de metal—. ¿Qué es?

—Un escarificador.

—¿Un escarificador?

—Una máquina de sangrado.

Jonathon miró el objeto con odio. A Caroline se le parecía a un rallador grande de nuez moscada. Era una caja de acero, de tres pulgadas cuadradas por cada lado, uno de los cuales estaba provisto de un mango, mientras que en el opuesto había unos huecos, como si fuera un colador. El mango disponía de una especie de gatillo, justo detrás de una pequeña palanca de la que Caroline, retirando la mano del febril agarre de Jonathon, tiró, como si estuviera preparándose para disparar un mosquete.

—Apártalo de la otra mano. —La voz de Jonathon era débil, pero respiraba mejor.

Caroline obedeció y, con cierta expectación, apretó el gatillo. El objeto dio un respingo, como cuando se acciona un cepo para ratones, y una docena de cuchillas, dispuestas simétricamente, todas ellas afiladas como gubias, salieron de los agujeros.

Cada una de las pequeñas cuchillas estaba tintada de sangre negra y coagulada, y Caroline comprendió de dónde procedían los patrones de cicatrices en el brazo de Jonathon. La máquina estaba diseñada para sangrar a los pacientes, para provocar una dolorosa efusión de sangre.

—Son bárbaros —dijo Caroline.

—Es lo último en Londres.

—No lo volverán a usar contigo. —Caroline metió el escarificador en el bolsillo de su falda.

—Se enfadarán si se pierde —dijo Jonathon.

—¿Crees que te culparán? Debes mostrarte desafiante.

—Ahora mismo no estoy para desafiar a nadie. —Se recostó, agotado. Su mano empezó a buscar la de la muchacha. Su voz, al hablar, casi quedaba ahogada por la lluvia persistente que golpeaba las ventanas—. ¿Crees que saldré de aquí algún día?

—Saldrás —dijo Caroline, y empezó a contarle los preparativos que había llevado a cabo. Había hecho una especie de mezcla seca y solidificada que al añadirle agua caliente se convertía en sopa y que duraba mucho. Sam los ayudaría a encontrar caballos con los que Jonathon y ella cabalgarían hacia el norte para unirse al ejército de Washington. Hizo que sus palabras sonaran a esperanza. Intentó ofrecerle a Jonathon algo a lo que aferrarse.

—No puedo cabalgar —dijo Jonathon.

—¡Claro que puedes! No podemos navegar contracorriente hasta que el río se calme llegada la primavera, así que tendremos que ir a caballo si lo que quieres es salir pronto de aquí. De todos modos, dice Sam que había un hombre en su pueblo que solo tenía una pierna y que montaba a lo amazona. Eso harás.

—Mi tío no permitirá que me vaya.

—No lo sabrá. Si hemos podido entrar aquí, podremos sacarte. Y mejorarás, Jonathon. Sam dice que todo el mundo mejora con los calostros.

—¿Cómo está?

—Le gustaría verte.

Caroline permaneció con Jonathon hasta que se quedó dormido. En una ocasión oyó pasos al otro lado de la puerta, pero no llegó a entrar nadie. Caroline acariciaba la frente de Jonathon e intentaba trasladar parte de su fuerza vital a aquel muchacho al que le había jurado la vida.

Esperó hasta que el reloj del recibidor dio las once y media. Entonces, con mucha delicadeza, le besó en la frente ardiendo. Jonathon murmuró algo en sueños, pero no llegó a despertarse. Caroline le dejó la copa de hiedra como recuerdo de la clandestina visita.

La luz de una vela bailaba en la caja de la escalinata principal. Caroline recorrió el pasillo y llegó hasta la penumbra de las escaleras del servicio. Bajó hasta la ventana, la abrió y salió trepando por ella al exterior, donde la lluvia repiqueteaba contra tejas y baldosas y anegaba los jardines.

La perra reconoció a Caroline y le lamió la mano. Caroline, temiendo los cristales rotos de lo alto del muro, se dirigió a la puerta de los carruajes. Retiró el pestillo de una pequeña puerta y fue a dar a una de las grandes portillas acabadas en puntas de lanza. La abrió y se adentró en la absoluta oscuridad del callejón.

—¡Caroline! —Era la voz de Sam, ahogada y desesperada—. ¡Corre! ¡Corre!

Entonces las sombras cobraron forma y se movieron, y Caroline se vio superada por la amenaza que se escondía en la penumbra.

Después de tirar las piedras, Sam había corrido hacia el callejón, había girado hacia Fourth Street y allí se había ocultado en la penumbrosa entrada a una tienda de libros. Al otro lado de la calle, iluminada por antorchas que siseaban bajo la lluvia, una patrulla había dado con un establecimiento ilegal de bebidas alcohólicas. Barriles y botellas estaban siendo sacados a la calle, y soldados y marinos, desconsolados, estaban siendo escoltados hacia el sur, hacia el muelle de Pest House, donde serían encerrados en celdas inundadas de agua para pasar la noche. Sam, en caso de ser descubierto por las calles sin una antorcha, recibiría un trato similar.

En una habitación, en lo alto de un taller de muebles, en Fourth Street, un grupo de oficiales tocaba música. Algunos tocaban flautas y violines, el resto cantaba, y Sam se quedó escuchando las delicadas melodías mientras el barullo provocado por la redada iba muriendo. De una de las ventanas del edificio en el que estaban los músicos salía un leve resplandor, provocado por la luz de las velas, que iluminaba la lluvia plateada que caía sobre las aceras.

Un ciudadano sin piernas pasó junto a la puerta de la tienda de libros propulsándose con sus brazos musculosos, chapoteando de modo grotesco sobre el denso lodo de la calle. Dos mujeres, refugiadas, al igual que Sam, en otro de los portales, se rieron quedamente. Los integrantes de la patrulla que había efectuado la redada se acercaron a ellas con algunas botellas de ron confiscadas que servirían como pago de sus servicios.

Sam esperó media hora. Luego, cuando al fin la calle se vio libre de patrullas y centinelas, salió a la lluvia y corrió hacia el norte. Cruzó Market Street y corrió por el barro temiendo ser sorprendido por los hombres que hacían guardia en sus casetas. Luego se adentró en el callejón y recorrió a grandes zancadas la parte trasera de la escuela. Pudo identificar la forma de la manta de caballo sobre el muro coronado de cristales, lo que confirmaba que Caroline aún estaba en el interior de la vivienda de los Becket. No se oía ninguna voz de protesta en la casa, así que, temblando bajo la lluvia gélida, se refugió bajo el arco que llevaba a la escuela para esperar a Caroline.

Percibió un repentino movimiento a su lado, un parpadeo en el sombrío refugio, y, esperando un impacto, se giró para enfrentarse a lo que fuera aquello.

La culata de un mosquete se le hundió en las tripas; un segundo sujeto, surgido de otra dirección, golpeó a Sam con un mosquete en la cabeza haciendo que su gorro saliera despedido.

Sam resbaló y cayó, y una bota le propinó un puntapié en el muslo. Intentó incorporarse, alargó las manos hacia la oscuridad y volvió a recibir el impacto de una culata. Esta vez la noche oscura se convirtió en un destello blanco y escarlata al recibir el golpe en la cabeza. Pudo oír la respiración y los gruñidos de sus asaltantes,

y entonces un hombre pesado se abalanzó sobre él. Le apoyó una rodilla en el vientre, y Sam sintió el frío acero de una bayoneta en la garganta.

—Una palabra, Sam, y estás muerto.

Sam permaneció en silencio. Le daba vueltas la cabeza, y sus ojos parecían estar ofreciéndole un espectáculo de luz y sombras. El dolor en el cráneo era terrible, pero no estaba tan aturdido como para no reconocer la voz del sargento Michael Scammell.

—¿Quién es esa zorra, Sam?

—¿Zorra?

La bayoneta se hundió un poco en el cuello de Sam abriéndole la piel. Scammell soltó una carcajada.

—Has venido hace una hora con una puta. Te has ido, ella ha saltado el muro y ahora la estás esperando. Estás robándole a la gente respetable, ¿eh?

—Ella vive aquí.

—¡No me jodas, Sam! —Scammell siseó las palabras.

Quienquiera que estuviera acompañando al sargento Scammell se acuclilló junto a Sam, con el mosquete alzado, listo para golpear a Sam en la cabeza si intentaba sacudirse a Scammell de encima. Sam tenía la cabeza en el barro. La bayoneta impedía que pudiera moverse.

—Tu puta no me importa —dijo Scammell—. Me importa la mía. Te vieron por la calle con Maggie hace un par de semanas. Te he estado observando desde entonces, Sam. —Scammell se rio—. Trabaja para la señora Taylor, ¿verdad?

—No lo sé, sargento.

—¡Lo sabes! Y sé que lo sabes. Elliott estaba allí, ¿a que sí? Pagó tres guineas. Quiero ese dinero, Sam, y tú me lo vas a conseguir, porque ella es mía, muchacho. — La voz de Scammell pendía sobre Sam en la oscuridad—. ¡Es mía! No tenía nada cuando la conocí, nada. Era una zorra de a penique, y yo la convertí en una de a guinea. ¿Me comprendes, chico? Es mía.

Si Scammell volvía a dar con Maggie, pensó Sam, su precio volvería a caer a los cinco chelines. La cabeza de Sam, aunque le doliera como una maldición, empezaba a despejarse. Pudo ver las siluetas oscuras de los dos hombres que tenía encima. Pero tenía un rayo de esperanza, porque había apoyado el pie derecho en el tablón suelto de una puerta. Se preparó, listo para escabullirse, aunque sabía que tenía que calcular muy bien los tiempos y esperar a que se diese la oportunidad adecuada. Incluso entonces, pensó, era poco probable que escapara de ambos. Se preguntaba quién era el ayudante de Scammell, y se dio cuenta de que debía hacer que el sargento siguiera hablando hasta que se diera esa oportunidad, por mínima que fuera.

—Maggie no quiere estar con usted, sargento.

—Me importa una mierda lo que quiera Maggie —dijo Scammell—. Lo que importa es lo que quiera yo. ¡Es mía, chico, mía!

—Si sabe dónde está —dijo Sam débilmente—, ¿por qué no va a cogerla?

—Porque la asquerosa vieja que la lleva no deja que entre nadie. Es territorio de oficiales, demasiado selecto para un puto sargento. Pero tu pimpollo te manda allí a por las putas, ¿verdad? Así que la vieja dejará que entres. Y me vas a traer a Maggie hasta aquí.

Sam no dijo nada. Scammell se rio.

—Esto es lo que vas a hacer, Sam Gilpin. Vas a ir a casa de la señora Taylor y le vas a decir que tu pimpollo quiere que Maggie vaya ahora. Y en vez de llevársela a él, me la traerás a mí. ¿Comprendes?

—Puede que no quiera venir, sargento.

Sam se giró lentamente. En uno de los pequeños bolsillos del abrigo de centinela llevaba la pequeña pistola que siempre tenía encima cuando recorría la ciudad. Acercó la mano derecha al bolsillo, pero la rodilla de Scammell le impedía llegar a ella, y cualquier movimiento brusco podía alertar al sargento de su existencia.

—Vendrá —dijo Scammell—, porque harás que venga, chico. ¿Quién es tu puta, Sam?

—No es una puta.

Scammell se rio.

—Todas son unas putas. Todas y cada una de ellas. Te he estado observando. ¡Te he visto con ella! Es guapa, ¿eh? Igual me la quedo a ella en vez de a Maggie.

Sam se revolvió y Scammell, que estaba preparado para que lo hiciera, le echó un puñado de barro a la cara. La suciedad se le metió a Sam en la boca y Scammell le metió aún más lodo viscoso por la boca. Se volvió a reír.

—Así estarás calladito.

Sam dio una arcada, se atragantó y escupió, pero la bayoneta giró y le presionó, amenazante. El muchacho se quedó quieto, escuchando.

La lluvia castigaba el callejón. Salía a chorros de los canalones de la escuela y creaba remolinos en los sumideros abiertos. Sam movió la mano lentamente, como si estuviera acariciando a un gato, e intentó llegar a la pistola, pero Scammell, al percatarse del movimiento, giró aún más la hoja y el muchacho, una vez más, se quedó inmóvil.

Sam oyó que se abría la ventana. Se preparó para actuar, pero Scammell le presionó los ojos con los pulgares, amenazando con hundírselos en las cuencas, y el joven supo que había sido derrotado. No se movió. La ventana dio un golpe al cerrarse. Oyó gimotear a un perro y la cadena de este tintinear sobre unos adoquines.

Podía distinguir la silueta, en lo alto del muro, de la manta doblada. La observó, temiendo ver la sombra de Caroline aparecer en cualquier momento. Aunque quizá el hecho de que llegara distrajera a Scammell un segundo. Luego se oyeron los cerrojos de la gran portilla y el chirriar de los goznes.

—¡George! —dijo Scammell, y Sam supo al momento quién era el otro hombre.

George Cullen: el hombre que alardeaba de haber matado a tres mujeres antes de huir para alistarse en el ejército y escapar así de la justicia. A Cullen le gustaba causar

daño, y siempre se presentaba voluntario cuando había que marcar con un hierro al rojo a aquellos hombres que robaban a sus compañeros. Cullen, al que le encantaba asistir a los azotes y que solía agazaparse entre las tiendas del campamento como un perro trastornado, con la boca abierta y los ojos fuera de sí. Ese Cullen.

La portilla se abrió. Sam escupió el barro que tenía en la boca, giró la cabeza para apartar los ojos de los dedos amenazantes e hizo un movimiento brusco con la pierna derecha.

—¡Caroline! ¡Corre, corre!

La bayoneta abrió un surco en la mandíbula de Sam cuando Scammell se inclinó involuntariamente hacia delante. Caroline chilló, pero el grito murió de pronto cuando Cullen la cubrió con un abrigo y la empujó al suelo embarrado del callejón.

Sam se revolvía para quitarse a Scammell de encima. Intentó alcanzar el rostro del sargento con la mano izquierda mientras que con la derecha intentaba coger la pistola que llevaba en el bolsillo. El sargento le golpeó con el puño izquierdo y le colocó la hoja de diecisiete pulgadas de largo en la garganta.

—Si no te estás quieto, hijo de puta, me cepillaré a esa zorra ante tus propios ojos, ¿es eso lo que quieres?

Sam, una vez más, se quedó inmóvil, pero ya tenía la pistola en la mano. El arma se había enredado entre la tela. Sin embargo, y muy lentamente, Sam tiró del martillo percutor al tiempo que giraba el cañón de la pistola hacia Scammell.

Caroline se retorció y pataleaba, pero Cullen la abofeteó dos veces a través de la espesa lana de la prenda empapada. Acto seguido, y sin miramiento, la levantó y la empotró contra el muro de ladrillo. La muchacha resolló de dolor y dejó de resistirse.

—Muy bien, Sam —dijo Scammell victorioso—. Es tu puta, ¿verdad?

—No.

—Te vi, chico. Embobado con ella. Y es guapa. Conozco a unos cuantos oficiales que pagarían un buen precio por una chica como esa. ¿Te gusta, George?

Cullen se rio. Tenía a Caroline agarrada por el cuello y contra la pared. Con la mano izquierda empezó a subirle las faldas.

—Deliciosa —dijo Scammell—. Deliciosa. Bien. Escúchame, Sam. Ve a por Maggie y tráemela. Si no lo haces, no volverás a ver a esta zorra en la vida. Me la cepillaré, y también lo hará George, y se la venderé a todos los pimpollos del batallón. ¿Quieres eso, Sam? ¿Quieres que la monten los oficiales?

Caroline se revolvió de pronto, porque la mano de Cullen ya le estaba palpando la cintura. Cullen gruñó, la abofeteó y le empujó la cara contra la pared. Luego volvió a introducir la mano bajo el abrigo.

—La muy zorra estaba intentando coger esto.

Cullen le quitó el cuchillo que siempre llevaba encima y lo tiró al suelo.

—Tienes una hora, Sam —dijo Scammell.

—¡Puede que Maggie esté trabajando!

—Entonces tendrás que encontrarla, ¿no crees? —Scammell redujo la presión que

ejercía con la bayoneta en el cuello de Sam—. ¿Lo vas a hacer?

Sam apretó el gatillo.

No se atrevía a dejar a aquellos hombres con Caroline ni un minuto, menos aún una hora. Ahora tenía que luchar, y rezó para que el pedernal, al caer, no se viera enredado en la tela. Rezó para que la lluvia no hubiera atravesado el abrigo, de lo contrario el agua habría convertido la pólvora de la cazoleta en una pasta grisácea.

La pistola disparó.

El sonido quedó amortiguado por la tela y la lluvia.

El pedernal hizo chispa sobre el metal, el fuego viajó hasta la carga y la bala atravesó las gruesas capas de lana y pareció desviarse al topar con un botón de metal. La pequeña pelota de plomo atravesó el interior del muslo de Scammell como un látigo al rojo vivo, y el sargento dio una sacudida de espaldas. Sam se incorporó, intentó empujar a Scammell a un lado y sacó la pistola de su bolsillo humeante. Scammell lanzó una estocada con la bayoneta, pero falló, y Sam golpeó al sargento en la cabeza con la pistola; volvió a golpearle una vez más y, de pronto, se vio libre. Se arrastró hacia la izquierda para coger uno de los dos mosquetes.

Scammell, con el dolor y la sangre extendiéndosele por el muslo, intentó agarrar a Sam de las piernas, pero Sam le propinó una patada, cogió el mosquete y se puso en pie.

—¡Un movimiento y la mato! —Cullen le había puesto a Caroline la bayoneta en el cuello.

La muchacha, al oír la pelea, había intentado liberarse, aunque tan solo había logrado retirarse de la cara la tela que la cegaba. A la tenue luz del callejón, su cabello dorado parecía muy luminoso.

Cullen había inmovilizado a Caroline apoyando su rodilla izquierda contra el vientre de la muchacha. Scammell, con dificultad, se puso en pie blandiendo la bayoneta.

—Si quieres recuperarla, Sam, ve a por Maggie.

Cullen sonreía porque había logrado salvar el meticuloso plan de Scammell. Entonces, de pronto, chilló al sentir una punzada de dolor en la pierna, y se llevó la mano a la carne. Caroline, al intentar liberarse y aprovechando la confusión, había cogido el escarificador, lo había empujado contra el muslo de Cullen y había accionado el mecanismo. Acto seguido arrastró las cuchillas hacia abajo creando surcos de carne desgarrada por la que empezó a manar la sangre. Cullen, por instinto, se llevó la mano al origen del intenso dolor. En el instante en que su asaltante le retiró la bayoneta del cuello, Caroline se escabulló.

—¡Corre, Sam!

Sam atizó a Cullen en la cabeza con el mosquete, luego abandonó el arma y echó a correr con ella. Le cogió la mano y tiró de la muchacha. Doblaron la esquina al final del callejón, se alejaron de la caseta de los centinelas y corrieron por Fourth Street. Ladró un perro. Un centinela, al ver dos siluetas corriendo en la oscuridad, les dio el



alto.

Sam giró en la esquina de Arch Street. Scammell y Cullen, ambos renqueantes, llegaron hasta la acera, pero al ver a una patrulla volvieron a ocultarse en un portal.

—¡Por aquí! —Caroline le tiró de la mano.

Había visto otra patrulla en Arch Street, así que obligó a Sam a seguir corriendo por Fourth; luego torcieron y se adentraron en Race Street. Dejaron a un lado la tétrica iglesia reformista alemana.

Caroline empezó a reírse. Tenía la cara empapada, el viento le laceraba las mejillas y los casacas rojas la perseguían.

—¡Aquí! —Sam había visto una portilla abierta y tiró de ella. Perdieron el equilibrio, resbalaron en el lodo y cayeron, a través de aquella, en un callejón oscuro cubierto por un tejado de madera. Sam empujó la portilla para cerrarla y se acuclilló. Aguzó los sentidos, pero solo era capaz de oír el bombeo de su sangre en las orejas y el sonido de su respiración en la garganta.

Entonces una voz, a su espalda, hizo que Sam resoplara y se volviera.

—¿Quiénes sois?

Era la voz amable de un hombre oculto en la espesa penumbra del callejón.

Sam se dispuso a enfrentarse a esa nueva amenaza, pero Caroline se lo impidió.

—Estamos huyendo de los bogavantes —dijo.

—Sé bastante bien lo que significa huir —dijo el extraño. Parecía tener cierta edad—. Estoy a punto de cerrar, hijos. No os será difícil trepar la portilla cuando se hayan ido los soldados. Que Dios os bendiga.

El hombre pasó a su lado, salió y cerró la portilla. Sam oyó una llave penetrando en un candado. Los pasos de la patrulla más cercana se oyeron más allá, y Sam oyó también la voz del anciano deseando a los soldados buenas noches. Y no, no había sido importunado por ningún gamberro.

—¿Dónde estamos? —le susurró Sam a Caroline.

—Es la sinagoga de la ciudad —susurró ella de vuelta.

—¿La qué?

—No importa.

Retiró la mano de la de Sam y le puso un dedo en los labios. La lluvia repiqueteaba contra los tablones que tenían sobre la cabeza, se filtraba entre las juntas de la tosca techumbre y caía sobre los charcos del callejón.

Sam se sentó y apoyó la espalda contra el muro de la sinagoga. Caroline se sentó a su lado. La muchacha temblaba, así que Sam se quitó su pesado abrigo y se lo colocó sobre los hombros. Ella, envuelta en la prenda y en su brazo, se apoyó en él, y Sam pudo oler su cabello mojado y sentir el calor de su rostro en la mejilla. La rodeó con su otro brazo y Caroline hundió la cara entre las telas de su uniforme rojo. Todo resultó ser muy natural. Sam la abrazó con fuerza, para darle calor. Más allá de la portilla que daba al callejón se oían pasos cada vez más lejanos.

—No deberíamos... —susurró Caroline envuelta en sus ropas.

—No —dijo Sam, aunque no se movió.

Caroline se apartó, obligando a Sam a que retirara un brazo. Había empezado a reírse al huir de los casacas rojas, pero ahora estaba al borde del llanto.

—El estado de Jonathon es lamentable, Sam. ¡Están matándolo!

Caroline cogió el escarificador, al que se había aferrado durante su huida, y lo lanzó hacia el fondo del pequeño callejón.

—Mejorará. —Sam habló con absoluta confianza en sí mismo—. Los calostros no han fallado jamás.

Caroline no parecía haberle oído.

—Le dije que volvería al ejército, pero jamás lo lograré, Sam. Nunca. Le he mentado para hacerle sentir mejor.

—Está bien contar mentiras para eso —dijo Sam con firmeza—, y te tiene a ti, eso le dará fuerzas. ¡Eso es mejor que los calostros! —Aún tenía el brazo rodeándole los hombros y, sin embargo, Sam sabía que Caroline jamás podría ser suya, porque ambos le habían hecho promesas a Jonathon, y las promesas no podían romperse—. Mejorará —dijo Sam—, te lo digo yo.

Caroline sonrió al oír lo obstinado de su voz.

—¿Nunca te rindes, Sam?

—Jamás. —Hubo un destello de luz producido por los quinqués de un carruaje que pasó junto a la sinagoga salpicándolo todo. Sam esperó a que el ruido de cascos y ruedas se hubiera alejado—. Si te rindes, viene a cogerte el Hombre Verde.

—¿El Hombre Verde?

—Un trasgo, un duende. —La voz de Sam surgió dulce en la oscuridad—. Tiene el alma de un demonio y la piel verde. Vive en los bosques, ¿sabes? Y te come si tienes miedo. A veces se le puede oír. Sus pies son como troncos de árbol pisando las hojas, y su voz suena a galerna.

Caroline escuchó sus palabras, plenas de convicción, y supuso que el Hombre Verde era la típica historia que las madres de la campiña inglesa les contaban a sus hijos para que se fueran a dormir.

—¿El Hombre Verde vive en Inglaterra?

—Aquí no le he oído nunca —dijo Sam—, solo en Inglaterra. Mi abuelo vio una vez uno en el bosque. Una cosa horrible. —La voz de Sam adoptó de pronto el énfasis en la «r» típica de su pueblo, como si por un momento sintiera que volvía a estar en casa—. Una criatura grande, moviéndose en la arboleda, entre la oscuridad. Si no le tienes miedo, no te molesta.

Caroline se quedó en silencio un instante. Parecía no importarle tener el brazo de Sam en torno a los hombros, e incluso sintió cierta seguridad al sentir su cercanía. Poco a poco, cansada, se fue apoyando de nuevo en él.

—¿Echas de menos Inglaterra?

Sam sonrió.

—Ahora no.

—¿No? —dijo Caroline, descreída.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Sam respondió abrazando de nuevo a la muchacha. Ella, aunque sabía que no debía hacerlo, se dejó atraer.

—Le prometí a Jonathon —dijo Caroline en voz muy baja— que nos ayudarías a encontrar caballos cuando nos vayamos.

—Lo haré.

—Aunque puede que sea mejor el río —dijo ella.

—Sí, ir en bote quizá sea una buena idea —dijo Sam.

—Pero tendríamos que esperar hasta la primavera —dijo Caroline suavemente—. Hay rápidos entre Filadelfia y Trenton. —Se calló y luego se encogió de hombros en los brazos de Sam—. No debería volver al ejército, no con una pierna solo. Quizá cambie de idea.

—Quizá —dijo Sam.

—Martha dice que debería estudiar derecho. Dice que no importa si un abogado solo tiene una pierna.

—No será impedimento para contar el dinero, ¿a que no?

Caroline se movió un poco y miró a Sam a los ojos.

—Pero los abogados viven en las ciudades, ¿no?

—Algunos viven en el campo —dijo Sam.

—Jonathon no. Haga lo que haga, será el mejor en ello, y los mejores abogados no viven en el campo.

Sam supuso que tenía razón.

—Yo no podría vivir en una ciudad —dijo—. Me alegra haber visto una, pero no podría vivir en ella. Es como estar en una cárcel.

—Sí.

Se hizo el silencio entre los dos. Caroline seguía temblando y Sam la abrazó con fuerza y le acarició el cabello con ternura, aunque con tal delicadeza que Caroline casi se convenció de que no había sido intencionado. La muchacha dejó descansar la cabeza en su hombro una vez más. La lluvia seguía castigando el endeble refugio y el agua se deslizaba por la pared que tenían delante.

—¿Seguirás siendo soldado, Sam?

—No tengo elección.

—¿Pero con individuos como esos dos? —Caroline se estremeció.

—No son todos así. Tenía un oficial estupendo, el capitán Kelly, pero murió. Era un tipo simpático. La mayoría son buenos chicos. Tejedores.

—¿Tejedores?

—En casa no hay trabajo, así que se alistan en el ejército. —Sam sonrió—. Tenemos tejedores suficientes como para hacer una manta que cubra Filadelfia.

Caroline se apartó un poco de él otra vez, aunque no tanto como para obligarle a soltarla.

—¿Pero de verdad quieres seguir siendo soldado, Sam?

La urgencia en la voz de la muchacha hizo que Sam dudara.

—No tanto como antes, supongo.

—¿Qué es lo que te gustaría?

Sam volvió a dudar. Lo que quería era lo que tenía ahora: a aquella chica entre sus brazos. Pero eso era algo que no podía decir, por un muchacho que estaba en cama sudando su enfermedad. Sam se encogió de hombros.

—Me gustaría que me dejaran en paz, imagino.

Caroline frunció el ceño.

—¿No quieres la libertad?

Sam sonrió.

—Eso es solo una palabra, ¿no? No significa nada.

—La gente lucha por ella.

—La libertad es una jarra de cerveza, un hogar y un granero lleno.

—¿Es eso lo que quieres, Sam? —Volvía a mostrarse insistente.

Esta vez fue Sam quien la miró a ella.

—Un trozo de tierra no sería mala cosa, y algunas yeguas para criar potros. —Se calló un segundo, pesaroso—. A veces sueño con eso.

—Aquí podrías tenerlo, Sam.

—¿Tres cerdos y cincuenta acres?

Caroline frunció el ceño. No comprendía.

—¿Cincuenta acres?

—Es lo que nos ofrecen los rebeldes, pero no te lo dan. Al menos eso he oído.

—Pero supón que lo hicieran.

—Podría encontrar un trozo de tierra en Inglaterra si fuese lo que quiero. Pero no lo es.

Caroline no dijo nada, no porque no quisiera que Sam siguiese hablando, sino porque quería que le dijera lo que deseaba, y quería que lo dijera sin que ella tuviera que animarle a ello. En aquella noche gélida quería ese regalo. Y Sam, a su lado, pensativo, se lo dio.

—Lo que quiero no puedo tenerlo.

Caroline habló en un susurro.

—Así que a veces te rindes. El Hombre Verde vendrá a por ti, Sam, y te engullirá.

—¿De verdad?

Se habían acercado demasiado al tema prohibido, e, infeliz, Caroline se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo sé.

Y Sam, que no pudo evitarlo y lo deseaba con todas sus fuerzas, la besó.

Solo tuvo que inclinarse unas pulgadas. Lo hizo lentamente, para que ella se retirara si así lo deseaba. Pero la muchacha permaneció inmóvil y él le besó la mejilla. Luego le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo más hacia sí, como si quisiera consolarla y darle calor en la oscuridad, para siempre. Caroline suspiró. La

suciedad en el rostro de Sam le raspó la piel, pero la muchacha se sintió reconfortada.

Sam podía oler su pelo. Sentía los latidos de su corazón en el cuello, bajo los dedos de su mano derecha.

El joven no tenía nada que decir. Sabía, igual que lo sabía ella, que no había nada que decir. Tenían que mantenerse fieles a la palabra dada a Jonathon, y el beso no había sido más que un momento robado a lo que podría haber sido pero que no podría ser jamás. Y así permanecieron, abrazados el uno al otro. La lluvia caía con fuerza sobre la ciudad dormida, y corría hacia el río negro, y empapaba los bosques lejanos en los que, salvo por los rebeldes, no acechaba ningún Hombre Verde.

Llegó la estación muerta.

Los vientos trajeron el granizo de un cielo doliente sobre una tierra congelada. El río lucía un color grisáceo, como el terrazo de Gales, y traía consigo la promesa de hielo en el silencio largo y oscuro del invierno americano. Las calles rectas de Filadelfia, privadas de árboles, se habían convertido en avenidas de un pálido intenso por las que los soldados, uniformados de rojo y encogidos por el viento, caminaban lentamente, temblando. El viento cortaba caras, castigaba la piel y teñía los dedos de azul.

Los últimos barcos mercantes ya habían zarpado rumbo a Inglaterra. Aún había comercio entre Filadelfia y Nueva York, así como hacia el Caribe, pero el invierno amenazaba con poner fin a la navegación entre Filadelfia y el mar. Los riachuelos más pequeños ya se habían congelado. El río fluía cada vez con más lentitud, mientras que la hierba de las marismas se había helado hasta el punto de convertirse en rígidas púas. Lord Howe se dirigió hacia el norte con la flota, hacia la seguridad de Rhode Island, dejando atrás tan solo un puñado de pequeñas embarcaciones para ahuyentar a los navíos rebeldes que en ocasiones intentaban interrumpir el cada vez más escaso tráfico marítimo.

En la ciudad, el frío abatía el ánimo. Los mercaderes debían esperar ahora a que sus cargamentos, enviados a Londres, volvieran con beneficios al año siguiente. Algunos ya se habían arruinado. Sus mercancías se habían hundido al toparse con los obstáculos rebeldes que aún no se habían retirado del lecho del río. Algunos ciudadanos, considerando que el futuro de Filadelfia era desesperado, habían subastado sus bienes y habían abandonado la ciudad antes de que la nieve y el hielo convirtieran la incomodidad en miseria.

La mayoría de los hombres de sir William aún tenían su campamento a las afueras de la ciudad. Estaban hacinados en cabañas que desfiguraban la tierra en torno a Centre Commons, aunque los equipos de intendencia militar ya buscaban por las calles casas vacías y tiendas que pudieran servir como cuarteles de invierno. La comida escaseaba, y más aún la madera para las hogueras. Las cosas no habían sido así, decían los lugareños, cuando los rebeldes habían estado al mando en Filadelfia.

Sin embargo, el mayor clamor contra el gobierno de sir William llegó cuando ordenó la confiscación de una docena de las iglesias de la ciudad. Todas ellas, menos una, eran templos de adscritos a cultos no reconocidos, y la orden provocó la organización de una legación de sacerdotes, decanos y seglares que se dirigieron al cuartel general. Había luteranos, metodistas, presbiterianos, secesionistas, baptistas, un ministro un tanto tosco de la iglesia reformista alemana que no hablaba inglés, dos anglicanos y tres cuáqueros, quienes, aunque su iglesia no hubiera sido requisada,

acudieron a protestar contra la marea de impiedad que ahora sacudía Filadelfia.

Sir William les ofreció té y charla banal y luego les informó de que sus iglesias serían convertidas en establos.

—¿Establos? —dijo un presbiteriano bien conocido por sus sentimientos antibritánicos. El sacerdote miró a sir William iracundo—. ¿Caballos en las casas de Dios? ¡Puede utilizar almacenes vacíos para estabular a los animales!

Sir William, acompañado de Christopher Vane, suspiró paciente.

—Los caballos necesitan cubículos. No pueden estar dando vueltas por un espacio diáfano, no son ovejas. Sus iglesias están compartimentadas para los fieles, lo que las hace ideales como estabulación. Es más, los caballos necesitan grandes puertas. No, me temo que tendrá que ser en las iglesias. —Sir William dedicó a sus interlocutores una afable sonrisa. Estos, vestidos con la sobriedad de los cuervos, le miraban con indisimulada hostilidad.

Abel Becket, que había acompañado al reverendo MacTeague porque la iglesia de St. Paul's era el templo anglicano seleccionado para la profanación, hizo hincapié en el hecho de que el teatro de South Street llevaba tiempo sin ser usado para representaciones gracias a los esfuerzos de los hombres piadosos de la ciudad. El edificio estaba ahora vacío. Había sido usado como hospital para oficiales heridos que, o bien se habían recuperado, o ya estaban enterrados. Era seguro, suplicaba Becket, que aquel edificio cumplía las condiciones para hacer las veces de establo.

—Al menos salvaría una de las casas de Dios, sir William.

—Puede ser —concedió sir William—, pero aún les sentaría peor si organizase obras de teatro en una de sus iglesias.

—¿Obras de teatro? —El presbiteriano podía oler la sulfurosa presencia del demonio en la ciudad.

—¡Por supuesto! El invierno es tiempo de diversión. —Sir William sonrió—. Y a mí siempre me enseñaron que aunque pueda orarse sin necesidad de una iglesia, no puede haber teatro en condiciones sin un escenario.

Después de la reunión, que fue tan mal como se esperaba, el comandante en jefe indicó amablemente a sus invitados el camino hacia la puerta. Christopher Vane se acercó a Abel Becket.

—¿Puedo preguntar qué tal se encuentra su sobrino, caballero?

Becket, disgustado por cómo había ido la reunión, optó por ser maleducado, aunque las noticias resultaban ser alentadoras. Por lo visto Jonathon se estaba recuperando rápidamente.

—¡Es verdaderamente notable! —MacTeague había oído la respuesta y ahora se dirigió a Vane—. Lo que demuestra el poder curativo de un hogar afectuoso y de la oración constante. Jonathon ahora come alimentos sólidos e incluso practica con su flauta.

—Me alegro muchísimo —dijo Vane—. Es evidente que hicimos lo correcto al mudarle.

La recuperación de Jonathon se había convertido en el pilar principal de la victoria de Vane sobre la viuda.

—Confío —le dijo Vane al reverendo MacTeague— que ofrecerá una oración de agradecimiento por la recuperación del muchacho en el servicio del domingo.

—¿En un establo? —preguntó MacTeague, aunque, dado que se le había prometido una renta generosa por la confiscación de su iglesia, asintió—. Se ofrecerá una oración. Puede estar seguro de que la feliz redención de Jonathon será proclamada.

Vane vio que sir William había sido arrinconado por un presbiteriano y un baptista que exigían saber, de malos modos, si estaba asegurado un suministro adecuado de comida para los tres meses siguientes. Vane se volvió a dirigir a Becket.

—¿Y su sobrino se da cuenta de los errores que ha cometido?

—¡Se dará cuenta! —dijo Becket con firmeza—. No recibirá ni un penique de su patrimonio si no hace su juramento de lealtad, capitán.

—Si pudiera ser útil en este sentido... —dijo Vane. Luego dio media vuelta porque el pastor baptista, cuya voz era áspera como la de una codorniz, estaba amonestando al comandante en jefe.

—Están atrapados en la ciudad —dijo el baptista—, están rodeados de patriotas, sir William, y moriremos de hambre si no se marchan.

—Estamos lejos de estar atrapados. —Sir William estaba resuelto a no perder los nervios.

—¡Pues yo digo que sí! —espetó el baptista—. ¡Y si no prestan más atención a los mandamientos del Señor, sir William, su ira se desatará sobre ustedes!

Sir William, en un intento de deshacerse de invitados tan incómodos, abrió la puerta delantera él mismo. Caía una leve nevada, aunque no llegaba a cuajar.

El reverendo MacTeague, ansioso por proyectarse como un hombre más civilizado que su homólogo baptista, rio entre dientes.

—Yo rezo por que sea su ira la que se desate sobre el señor Washington, sir William.

—¿Con este tiempo?

El baptista se rio con desdén.

—Pues la nieve no parece desalentar al señor Washington.

Sir William tuvo que luchar contra un acceso de ira. Había vivido en América lo suficiente como para saber que los colonos podían ser muy directos, incluso cuando hablaban con quienes tenían por encima, y sabía que los sacerdotes expresaban una preocupación extendida entre todos los lealistas de la ciudad. El ejército rebelde, habiendo abandonado sus cuarteles de invierno y habiendo sido reforzado con hombres llegados triunfales de Saratoga, había marchado hacia las inmediaciones de la ciudad. Quizá esperaban tentar a sir William a ofrecer combate, o quizá era una demostración de fuerza para dejar patente que los británicos estaban aislados. Abel Becket expresó su opinión de que tal actitud desafiante debía ser castigada, pero sir



William desbarató sus esperanzas.

—Es diciembre, señor Becket. El invierno no es, y nunca ha sido, temporada de guerra.

Sir William al fin cerró la puerta a la legación y rugió con exagerada desesperación.

—Los predicadores americanos casi consiguen que crea que este es un país de bárbaros. Ignorancia y pasión, Kit, una mezcla peligrosa. Puede que debamos ganar esta guerra, aunque solo sea por salvar a América de sus predicadores.

Sir William se rio para dar a entender que sus palabras no debían ser tomadas en serio y aireadas por la ciudad, porque luego acababan siendo escupidas con malicia desde púlpitos inmisericordes.

Vane cruzó la estancia para calentarse al fuego de la chimenea.

—Confiemos en que le crean, señor.

Sir William estaba intentando volver a engañar a los chismosos y espías de la ciudad. Quizá el invierno no fuera temporada de campaña, pero a la noche siguiente, el 4 de diciembre, bajo la oscuridad moteada de estrellas, de la que parecía colgar la luna, plateada como un círculo sólido de metal, el ejército estaba en marcha. Los batallones seguían la carretera endurecida por la helada y atravesaban Northern Liberties, dejando atrás las posiciones defensivas donde las llamas de las antorchas, que iluminaban los puestos de guardia, permitían ver caras ateridas de frío. Los soldados llevaban a la espalda raciones de comida para cuatro días y cartuchos para toda una batalla en sus cartucheras.

Los cañones hacían crujir la tierra helada bajo sus ruedas reforzadas con hierro, mientras que la caballería buscaba el terreno, algo más llano, a los bordes del camino. Compañía tras compañía, escuadrón tras escuadrón, batería tras batería, todos marchaban hacia el norte desde Filadelfia en una noche helada bajo las estrellas: un millón de diamantes diminutos en la oscuridad.

Sir William, vestido con su abrigo, bufanda y guantes para protegerse del frío, cabalgaba detrás de la brigada que marchaba en cabeza. Soñaba con sorprender al enemigo, un sueño del que su segundo al mando, lord Cornwallis, se burlaba, maleducado.

—¡Ha ordenado a los panaderos de la ciudad que preparen cuarenta mil hogazas de pan! ¿Cree que a Washington no se lo han contado una decena de veces? ¿Una veintena? ¡La maldita ciudad está repleta de espías!

Sir William atribuía el tono colérico de lord Cornwallis al agravio que suponía estar en marcha esa noche desagradable. Le costaba soportar a su segundo. No cabía duda de que Cornwallis era enérgico y capaz, pero sir William a veces sentía que solo existía para criticarle.

—Si colgara a un puñado de descontentos —continuó Cornwallis—, quizá lograra desalentar al resto. No hay nada como un puñado de cuerpos colgando de una soga para recordar a la gente a quién le deben lealtad.

—Una victoria será una lección más saludable —dijo sir William con amabilidad.

Siempre que la acción resultaba inminente, al general le invadía el optimismo. Quizá la guerra hubiera roto los sueños de sir William y le hubiera llevado a redactar su carta de renuncia, pero jamás había sido derrotado en el campo de batalla. Y sabía que su hermano tenía razón. Si lograba quebrar a George Washington mediante un ataque sorpresa, los franceses se acobardarían y se negarían a apoyar una causa perdida, con lo que los líderes de la rebelión no tendrían más opción que pedir la paz que sir William tanto deseaba y en pos de la cual marchaba aquella noche oscura. Confiaba caer sobre ellos como un rayo en un amanecer invernal. Quizá esta vez su victoria fuese completa, y quizá los franceses quedaran tan deslumbrados por las llamas del rayo que mantendrían a sus tropas a resguardo en Francia.

Solo que, a las tres de la mañana, cuando los batallones que marchaban en cabeza llegaron a lo alto de una pequeña cordillera, divisaron un resplandor a lo lejos. Eran las hogueras de un campamento que ardían en la oscuridad, una densa concentración de ellas, millas y millas de llamas, y aún más puntos de luz cuando las baterías rebeldes dieron la alarma informando de la cercanía de los británicos.

—Preparados y aguardándonos —dijo Cornwallis con la satisfacción del hombre cuya profecía ha resultado ser cierta.

—Y, sin duda, temerosos de nosotros —dijo sir William amablemente.

—En ese caso, ataque. ¡Ataque!

Pero el rayo dudó. Sir William sabía el caos que suponía luchar de noche, y no quería lanzar a sus valientes soldados por unos caminos plateados por la luna y la helada hasta saber a ciencia cierta lo que los rebeldes habían preparado con vistas al enfrentamiento.

—Esperaremos a que amanezca.

—Ordene que marchen por la carretera, ahora —le animó Cornwallis—, ¡con la bayoneta calada!

—Cuando amanezca.

Pero, al amanecer, sir William comprobó que los americanos, advertidos de su avance, habían levantado fortificaciones de tierra sobre una elevación y bloqueaban la carretera con trincheras de estacas puntiagudas.

—¡Podemos abrirnos camino! —insistía Cornwallis.

—No me cabe duda —dijo sir William—, pero ¿a qué precio? No podemos reponer pérdidas. Cada hombre que muera será un regalo para el enemigo. Dejaremos que sea el señor Washington quien nos ataque.

Pero el señor Washington, consciente de las derrotas que había sufrido a manos de sir William, no tenía intención de abandonar sus fortificaciones. Durante dos días ambos bandos esperaron. Lenguas de humo se alzaban al cielo tras las líneas británicas, allí donde los forrajeadores daban con granjas que saqueaban e incendiaban. La helada decoraba los árboles de un blanco delicado y brillante hasta que una lluvia fría, al comenzar el segundo día, arrastró el hielo de las ramas negras

de diciembre.

Al tercer día llegaron más suministros de la ciudad, y sir William ordenó un cauteloso ataque de sondeo por el flanco derecho.

—No puedo arriesgarme a un ataque frontal sin sufrir muchas pérdidas —les dijo a sus ayudas de campo—, así que maniobraremos y le invitaremos a que coquettee con el desastre.

Esa tarde aumentaron sus esperanzas. El general Washington, al ver que la caballería británica estaba aislada en la carretera de Bethlehem, ordenó a la milicia de Pensilvania que atacara.

Solo que la caballería no estaba aislada. Dos batallones de casacas rojas le cubrían el flanco, y, durante diez minutos, ambos cuerpos de infantería intercambiaron fuego de mosquetería; entonces los británicos calaron bayonetas. Avanzaron en silencio, amenazantes, en orden cerrado, y la milicia rebelde se batió en retirada. Un puñado de mosquetes americanos abrieron fuego sobre la tierra endurecida, cayeron unos pocos casacas rojas de las filas, pero las largas puntas de acero siguieron avanzando. La milicia no estaba entrenada para enfrentarse a ese tipo de ataques, y su miedo a las hojas puntiagudas acabó por convertir la retirada en huida.

Pero los británicos no los siguieron, y volvió a hacerse el silencio en el campo de batalla. Los cuervos picoteaban a los muertos, que habían sido despojados de sus uniformes. Sir William realizó otro cauteloso ataque sonda por el este, pero fue incapaz de dar con una ruta que superara el flanco enemigo. Y tampoco estaba logrando tentar a los rebeldes a que abandonaran sus posiciones y se adentraran en campo abierto, donde el entrenamiento superior de las tropas británicas hubiera diezmado al enemigo.

—Volveremos a la ciudad —anunció sir William cuando llegó el tercer día de maniobras infructuosas.

—¿Que haremos qué, señor? —preguntó horrorizado Christopher Vane.

—Hace demasiado frío como para permanecer aquí más tiempo. —Sir William temblaba en su caballo mientras observaba el desalentador paisaje.

—¡Deberíamos atacar! —Vane, cuyo habitual recato había quedado afectado por el frío y la frustración de aquellas jornadas de idas y venidas inútiles, se oyó a sí mismo dando lecciones a su comandante en jefe—. Si sobrevive al invierno, señor, las esperanzas rebeldes recibirán un espaldarazo. ¡Tenemos que acabar con él ahora!

—¡Cuidado, Vane! —advirtió sir William, estupefacto ante la temeridad del capitán.

Pero la lengua de Vane no habría de permanecer en reposo. Al fin, después de tanto tiempo, el ejército británico había marchado para aplastar a los rebeldes, y ahora, después de días de maniobras insustanciales, sir William quería marchar de vuelta.

—¡Morirán miles, señor! —insistió Vane—, pero habrá mil páginas en los libros

de historia en los que se hablará de cómo acabó aplastada la rebelión. Si nos limitamos a volver, seremos el hazmerreír de todos los patriotas de la ciudad. ¡Ataquemos, señor! Nos tiene más miedo que... —Vane se calló. De pronto se percató de que había ido demasiado lejos. Tembló y le ofreció a sir William una sonrisa avergonzada—. Pido disculpas, señor. Me he dejado llevar.

Pero sir William, que observaba a su capitán en el frío atardecer de un día de invierno, no se iba a ablandar. Habló con voz gélida:

—No tengo miedo, capitán Vane, y si pretendes seguir contando con mi afecto, te agradecería que te abstuvieras de darme pueriles lecciones sobre el desarrollo de las operaciones militares. —Sir William tembló, como si en su interior estuviera en ebullición un estallido aún más colérico, pero logró contener su mal humor—. Buenos días, Vane.

Sir William tiró de las riendas de su caballo y se alejó del capitán. Por vez primera, las disculpas de Vane, expresadas con su melancólico encanto, no habían surtido efecto. Sintió un escalofrío de alienación, aunque también resentimiento, porque la pusilanimidad de sir William suponía que George Washington viviría para luchar otro año más.

Sir William marchó de vuelta a Filadelfia y ordenó que las tropas se alojaran en sus cuarteles de invierno. Las viejas cabañas junto a Centre Commons, demasiado endebles para soportar el cruel frío invernal, fueron echadas abajo y la madera fue cortada para hacer leña o para hacer los catres que se apiñaban en cada casa abandonada. La población de Filadelfia aumentó drásticamente. No solo se habían acuartelado allí las tropas, sino que también llegaban refugiados de la campaña asolada en busca de techo y comida. Tanto lo uno como lo otro escaseaba.

Tan solo los ricos se libraban de las privaciones. Las tiendas, abastecidas por los barcos que habían logrado remontar el río después de la captura de los fuertes, ofrecían productos de lujo a los más acaudalados. Se podían comprar velas de sebo de ballena a cinco chelines la caja. Dientes postizos de excelente calidad, hechos con las dentaduras de los caídos en Brandywine y Germantown, a ocho guineas el juego. Además podían conseguirse cadenas de reloj, tiras sanitarias, polvos para el cabello, pelucas, medias de seda y ungüentos. Siempre había vino, brandy, ginebra y ron disponibles, aunque el queso, la harina, el arroz y la carne ya habían llegado a ser tan escasos como en los días anteriores a la caída de los fuertes. Los precios no hacían más que subir, los pordioseros se multiplicaban y los cielos, cada vez más cercanos y oscuros, amenazaban nieve, y esta exacerbaría las penurias.

Era la estación muerta, un tiempo en el que los débiles de la tierra morían. Sin embargo, Jonathon se estaba recuperando.

Martha oyó hablar de la mejoría de su hermano gracias al chismorreo de los sirvientes del reverendo MacTeague. Le hizo llegar la buena nueva a Caroline,

aunque la muchacha ya lo sabía, porque una de las sirvientas de cocina de la residencia de Abel Becket ahora hacía de correo clandestino entre Caroline y Jonathon.

—Han sido los calostros de Sam —dijo Caroline.

—Estoy segura de ello. —Martha percibió orgullo en la voz de la joven—. Así que Jonathon tendrá su pata de palo cuando llegue la primavera —dijo con alegría para ver cuál era la reacción de Caroline.

La respuesta no fue entusiasta. De hecho, Caroline estaba atizando los pequeños trozos de leña de la cocina con un espetón.

—Primavera. —Dijo la palabra sin más.

—La estación en la que las promesas se hacen realidad.

Caroline sonrió y asintió avergonzada.

—Quiere ir a Trenton. Dice que quiere ser secretario en el ejército. Sabe que no puede luchar.

—¿Y tú irás con él?

Caroline asintió.

—Se lo he prometido.

—¿Y qué hay de tus abuelos?

Caroline se quedó mirando a las llamas.

—Siempre han sabido que un día me marcharía. La mayoría de las chicas se casan a los quince. —Miró a Martha casi desafiante al decirlo—. Si no antes.

—Supongo que sí.

—Y puedo hacerle muy feliz.

—Sí, puedes. —Martha se puso en pie y se acercó a la pequeña ventana que daba al jardín trasero. El granizo golpeaba el cristal—. ¿Cómo está Sam? Hace muchísimo que no le veo.

—Sam está ocupado. Está cuidando caballos y ahorrando.

Martha oyó la calidez en la voz de Caroline, ausente un instante antes. Martha se volvió.

—¿Ves a Sam con frecuencia?

—A veces —dijo Caroline, evasiva.

La viuda volvió al fuego y alargó las delicadas manos hacia las llamas.

—¿Quieres que te dé un consejo? —No esperó a que le respondiera, y decidió hablar de todas formas—. Quizá sea mejor que permanezcas al otro lado del río. Si veo a Sam, le diré que no puedes venir a la ciudad hasta que haya pasado el peligro del hielo.

Caroline no respondió. Se limitó a fijar la mirada en las llamas diminutas.

—O puedo decirle que aquellos hombres que os atacaron te han metido el miedo en el cuerpo —sugirió Martha—. Diga lo que diga, nos ahorrará mucha confusión.

Caroline frunció el ceño.

—Yo no estoy confundida. —Hizo una pausa y recordó la noche en el callejón,

junto a la sinagoga. Negó con la cabeza—. Sam es un casaca roja.

Martha podía percibir el eco de lealtades encontradas.

—Sam es un casaca roja al que le has cogido cariño, y no puedo decir que te culpe. Pero hay una promesa que tienes que cumplir.

—Lo sé.

—Pues quédate al otro lado del río —dijo Martha con firmeza—. Si algo no se puede hacer es rascarse una herida a medio curar. Déjala estar.

Caroline miró a la viuda.

—¿Qué hay de tus mensajes?

Martha se encogió de hombros.

—Ahora solo hay chismorreos. No habrá combates hasta que llegue la primavera. Pero si tuviera algo importante que enviar, haré que te lo haga llegar alguien del servicio.

Caroline volvió a centrar la mirada en el fuego.

—Le diré a Sam que no puedo volver a la ciudad hasta que se derrita el hielo. No sería justo que se lo dijera otra persona.

—Es un casaca roja —dijo Martha de buen humor—, seguro que está acostumbrado a recibir malas noticias.

Caroline no sonrió.

—Y, de todos modos, no puedo ver a Jonathon —dijo anhelante—. Es lo mejor para todos.

—Lo es.

Caroline se fue, y esa noche cayó la primera nevada intensa. Nevó toda la noche y todo el día siguiente. Eran copos de nieve pesados, suaves y gruesos. Caían en remolinos sobre los tejados, se amontonaban en las calles y cubrían los montones de estiércol. Cubrió los caminos congelados y los surcos de las carretas con una capa brillante y clara. Las casas de la ciudad, iluminadas por el reflejo de la nieve, parecían más radiantes, y durante unos días al menos, subió la moral de los habitantes. A lo largo de los doce días de navidad hubo peleas de bolas de nieve en Centre Commons, mientras que los trineos altos, tirados por caballos, con los arcos dotados de campanillas tintineantes, raudos sobre sus patines reforzados con acero, aparecían por las calles. Había carreras de trineos en el Cuello, y se celebró una fiesta del hielo en una de las casas abandonadas de veraneo a orillas del Schuylkill.

Al llegar el Año Nuevo, el río se había congelado, así que la gente se animó a patinar sobre el hielo brillante.

Y, cada día, Sam buscaba indicios de que el hielo fuera a derretirse, pero cada vez parecía más grueso. Enero se convirtió en febrero, y el invierno resultó ser el más duro que se recordara. La nieve se ensuciaba, pero nuevas nevadas le devolvían su frescura. Los suministros escaseaban y los hombres morían de escorbuto. Se les caían los dientes, temblaban, se acurrucaban contra las paredes desnudas y, sencillamente, morían. Solo las ratas parecían estar engordando. Un par de ratas, bien destripadas y

despellejadas, servían para hacer un cocido decente.

—Es conejo, señor —le solía decir Sam al capitán Vane. Y el capitán tampoco se molestaba en averiguar cómo era que su sirviente había logrado encontrar conejo en esa Filadelfia invernal. Partidas de forrajeadores se adentraban en la tempestad en busca de las granjas más cercanas para hacerse con suministros que pudieran haber sido ocultados. Y, a veces, en los días fríos y cortos, se oía el eco del fuego de mosquete en la tierra inmisericorde, que hablaba de alguna brutal escaramuza entre casacas rojas y rebeldes.

Aquellos rebeldes no eran más que patrullas, ya que el general Washington había ordenado que el ejército continental se retirara a sus cuarteles de invierno en un lugar llamado Valley Forge. Lizzie Loring pensaba que el nombre describía un lugar agradable.

—¿Agradable? —le preguntó sir William.

—Todas esas forjas en un mismo valle. Debe de ser acogedor.

—Creo recordar que incendiamos las forjas el verano pasado, y los desertores dicen que es un lugar de lo más espantoso.

Lizzie estaba de pie junto a la ventana de la habitación. De las repisas colgaban carámbanos bajo un cielo gris en el que el sol, muy bajo sobre el tejado de la Casa del Estado, lucía de un amarillo enfermizo.

—¿Será eso lo que digas cuando nos abandones? —dijo volviéndose—, ¿que América es un lugar de lo más espantoso?

Sir William se sintió emocionado por la tristeza de su voz, pero no pudo ofrecer mucho consuelo.

—Puede que no acepten mi renuncia.

—¿Y si lo hacen?

—Puedes venir a Inglaterra.

—No creo que a lady Howe le hiciera mucha gracia. Y a ti tampoco.

—No. —Sir William llevaba un gorro y una pesada prenda de noche. Acarició al perro, que dormía hecho un ovillo a sus pies—. Pero si hay paz, querida, me quedaré.

—¿Habrá paz?

Sir William miró a su amante con desesperanza.

—Si los franceses no intervienen, sí.

—¿Y si lo hacen?

Sir William pensó en la respuesta mientras removía la mezcla de oporto, azúcar, limón y especias que se calentaba junto al fuego.

—Será una guerra diferente, amor mío. Una guerra en la que ganarán importancia las islas azucareras y las flotas. Puede que los españoles se unan a los franceses. Será una guerra europea a la antigua usanza... y todo por tres peniques de impuestos en el té. —Dijo esto último con amargura.

—Y te irás. —Lizzie, sumida en su propia tristeza, no le estaba prestando atención a la de sir William—. Y le dirás a Inglaterra que jamás mereció la pena

luchar por América, y que es un lugar de lo más espantoso, repleto de gente ignorante, predicadores vociferantes y un clima asqueroso.

—No —dijo sir William—. No diré tal cosa. —Se puso en pie, se acercó a ella y la envolvió en sus brazos—. Diré que es el lugar en el que encontré la mayor felicidad de mi vida. Y que luego la perdí.

Era invierno. La tierra, cubierta de blanco, esperaba a que llegara la primavera.



# TERCERA PARTE

El edificio era cavernoso, oscuro, las paredes hacían eco. Apestaba a pintura, pero esa noche de principios de abril de 1778, ese olor se mezclaba con el de los perfumes y los polvos cosméticos.

Sedas de vivos colores recorrían la oscuridad. Una mujer se rio y alguien le chistó para que callara.

Solo había cuatro lámparas de aceite cubiertas, que ardían en el interior del edificio. Las pequeñas llamas desprendían un brillo bailarín y amarillento sobre una escena pintada que representaba colinas verdes, bosques frondosos y un riachuelo que corría hacia una aldea con casas de piedra en la que había una iglesia de campanario espigado. El decorado colgaba como una enorme cortina y ocupaba el escenario del teatro de Filadelfia. A los oficiales que había de pie, en la oscuridad del foso, les evocaba recuerdos de la campiña inglesa.

Desde algún lugar del teatro, un tambor oculto empezó a tocar una marcha lenta y amenazante.

Una trompeta, algo más cercana aunque también oculta, emitió un estruendo que estremeció al público con deliciosa expectación. Había más de doscientas personas, de pie, en la oscuridad, observando el escenario iluminado. Las manos de los enamorados, al abrigo que proporcionaba la oscuridad, entrelazaban los dedos.

Cesó el trompeteo. Y el tamborilero hizo una última floritura. Entonces, salvo por el repiqueteo de la lluvia que caía sobre una ventana elevada, se hizo el silencio.

Una pausa, lo bastante larga como para avivar la expectación del público. Entonces surgió una voz incorpórea desde el escenario, aparentemente vacío.

—¡Una vez más, deseoso de obtener gloria escénica, el actor de Howe se presenta ante ustedes!

Al decir «se presenta», las cuatro luces que había ante el escenario se apagaron de repente y otras lámparas, ubicadas detrás de la escena pintada, fueron descubiertas. La campiña inglesa estaba pintada sobre telón de gasa, era una gran sábana. La imagen se desvaneció. Era un astuto truco teatral que siempre lograba arrancar aplausos, y así ocurrió aquella noche. En un abrir y cerrar de ojos, las colinas desaparecieron y fueron reemplazadas por un hombre vestido de negro cuyo rostro quedaba oculto por una máscara cadavérica de papel maché blanco.

El hombre adelantó el pie derecho, se llevó el puño derecho al pectoral izquierdo y, a medida que la gran sábana transparente era izada de forma imperceptible, su potente voz declamatoria volvió a retumbar en el foso del teatro.

—Desde más allá de las colinas, de los valles y los pantanos, contra el viento y la marea, y tras huir muchas veces por la mínima, he llegado hasta aquí, pues los verdaderos vagabundos, descendientes de Tespis, mientras dura el verano, no

conocen el descanso.

El tambor oculto volvió a redoblar, débilmente al principio, aunque cada vez con más fuerza. El actor fingió pánico.

—Late cada corazón de los yanquis al oír nuestro tambor. ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Alarma! ¡Se aproximan los hombres de Howe!

Al decir la última palabra, se retiró la máscara de papel maché y la tiró hacia un lado. Hubo más aplausos, más intensos que los anteriores, cuando el muy conocido capitán John Andre se descubrió y le dedicó una reverencia al público. En ese instante dos puertas, una a cada lado del proscenio, se abrieron y aparecieron filas de hombres uniformados que llevaban largos candelabros encendidos y brillantes, para iluminar el interior del teatro.

Andre volvió a alzar una mano pidiendo silencio. Sonrió.

—¡Damas, caballeros, amigos! La Sociedad de Caballeros del Ejército y la Armada, a la que tengo el honor de representar esta noche, les da la bienvenida al teatro.

Más aplausos. Los candelabros estaban siendo ubicados en mesas cubiertas de lino que estaban repletas de comida y vino.

—¡Un teatro en el que, este invierno, hemos tenido el placer de ofrecer las gemas más selectas del arte dramático! ¡*La pareja constante!* —Hubo vítores socarrones al oír mencionar el título de la obra, vítores que Andre acalló levantando la mano—. ¡*La maravilla!* ¡*El secreto de una mujer!*

Hubo más vítores y risas, y Andre, una vez más, alzó la mano para acallarlos. Se acercó al borde del escenario mientras los músicos aparecían por las alas para organizar sus sillas y sus atriles tras él. Esa noche, en vez de una representación teatral, habría un baile para recaudar fondos para las viudas y huérfanos de aquellos que habían caído sirviendo al rey. Los bancos del foso habían sido apartados y ubicados bajo los palcos para dejar espacio para el baile mientras que, en el recibidor, dos oficiales hesianos habían puesto varias mesas para jugar a las cartas pensando en aquellos que no podían soportar una noche de entretenimiento sin apostar. Era una noche de alegría, y el capitán Andre dio las gracias a todos aquellos que habían pagado por asistir. También arrancó unas carcajadas imitando a los predicadores que sostenían que el teatro había corrompido a la juventud de Filadelfia y animó a los invitados a que disfrutaran de la velada.

Al discurso le siguió un aplauso.

—¡Lo ha hecho muy bien! —Sir William Howe aplaudió con entusiasmo—. Ha escrito él el poema, ¿sabes? John es un muchacho con mucho talento.

—Sin duda. —Charles Lee le sonrió a Lizzie Loring—. Me asombra que nunca haya pisado el escenario de John, señora Loring.

—¡Por Dios, no, Charlie! ¡No soy actriz!

Sir William vio a Martha, que iba del brazo de lord Robert Massedene, y agitó la mano para llamar su atención.

—Además de mis muchos pecados, querida señora Crowl, ¿considera que he corrompido a la juventud americana?

—Querido sir William —Martha, que llevaba un esplendoroso vestido azul de seda y tenía el pelo recogido, alzado y repleto de lazos del mismo color, le ofreció al comandante en jefe la mano para que se la besara—, ¿a quién ha corrompido? —preguntó.

—La clerecía dice que a todo el mundo.

—Deberían agradecer el negocio, ¿no cree? Los sacerdotes necesitan pecadores, del mismo modo que los carniceros necesitan cerdos. Querida Lizzie —Martha intercambió besos con Lizzie, luego miró a sir William—, si en verdad quiere evitar corromper a nuestra juventud, ¿por qué no envía a Charlie de vuelta al ejército del general Washington?

—Eso ya está dispuesto, se hará de aquí a dos semanas. —Sir William le sonrió al general rebelde—. ¡Te echaré de menos, Charlie, por Dios que sí!

—Y yo a ustedes, sir William. Me temo que vuelvo a una triste existencia. Nuestro congreso está planteándose prohibir las carreras de caballos, las cartas, las peleas de gallos, las obras de teatro o cualquier diversión excesivamente onerosa. —Negó tristemente con la cabeza—. A veces me pregunto por qué lucho en favor de la rebelión.

—¿Y bien? ¿Por qué lo haces? —Sir William sentía auténtica curiosidad.

Lee, espigado, luciendo su vistoso uniforme polaco, se encogió de hombros.

—Supongo que para que mi nombre figure en los libros de historia.

—¿Crees que la historia recordará una guerra tan nimia?

—Eso espero.

Los músicos ya lo tenían todo listo. Observaron el arco del violín de su director, que tocó una, dos y tres veces las cuerdas. Era la misma orquesta que había tocado a lo largo del invierno en otras fiestas de la ciudad, ya fuera en el cuartel general o en las casas de los mercaderes lealistas más ricos que disfrutaban de tales entrenamientos. Tocaban para los mismos invitados que habían ido de celebración en celebración para olvidar el frío y el hambre.

La ciudad no había llegado a sufrir el aguijón del hambre, pero había faltado poco. Las partidas de forrajeo habían luchado encarnizadas batallas en el interior de Pensilvania. Habían sufrido emboscadas y bajas, aunque siempre habían logrado volver con comida. Los granjeros, a quienes se les había ordenado que no vendieran comida a los británicos, la escondían de los rebeldes con la esperanza de intercambiársela a los ingleses por oro, y así, con aquellos preciosos cargamentos que traían las partidas de forrajeo, la ciudad sobrevivió.

Cuando empezó el baile, Martha apartó a Charles Lee a un lado.

—Quería hablar un instante con usted, Charlie.

Lee había entablado amistad con Martha a lo largo del invierno, atraído por su belleza y por el hecho de que compartían causa. Charlie miró hacia atrás, a lord

Robert Massedene.

—¿No se pondrá celoso Robert?

—Robert y yo solo somos amigos —dijo Martha con firmeza—, nada más. Es un hombre encantador, pero no me he quedado en la ciudad para acabar sometida a un enemigo.

—¿Quiere decir eso que puedo albergar esperanzas? —dijo Lee, travieso—. Me gustaría llevar conmigo a Valley Forge a una bella esposa, y ver cómo el general Washington finge no darse cuenta.

—No seré yo, querido Charlie, pero ¿en serio vuelve con el general Washington?

—¿Acaso lo ha dudado alguna vez? —bromeó Lee. Sabía perfectamente que algunos de los patriotas creían que había estrechado demasiados lazos con sus captores británicos—. Me van a intercambiar por el general Prescott, le hicieron prisionero en la bendita Saratoga, pero lo que no sé es si Su Excelencia quiere de verdad que vuelva.

—¿Y por qué no iba a quererlo?

—Al bueno de George no le caigo nada bien, aunque, a decir verdad, no le cae bien nadie que tenga éxito contra los británicos. Eché a perder su estima cuando gané en Charleston, y le apuesto lo que quiera a que Gates y Arnold se han ganado el desprecio de Su Excelencia después de lo de Saratoga.

Martha cogió un vaso de vino de una mesa.

—¿Quiere decir que el general Washington es un hombre celoso?

—Digo que hace gala del rencor de una mujer y del mismo apetito que las damas por la lisonja.

Martha escuchó impasible las críticas palabras. Había visto el mismo tipo de celos entre los mandos británicos, entre sir William y lord Cornwallis, que había partido recientemente. Supuso que a los hombres ambiciosos y con autoridad les era imposible convivir en armonía.

—El general Washington debe de tener alguna virtud, Charlie.

Lee se encogió de hombros.

—Es valiente como un león, y terco como un buey. Aunque Dios sabe que un hombre que haya sufrido tal cantidad de derrotas necesita serlo.

—Todo lo que tiene que hacer es sobrevivir hasta que lleguen los franceses. Si es que vienen —dijo Martha anhelante.

—Sí —dijo Lee con semblante serio.

La rumorología había sido intensa a lo largo del invierno, pero los franceses seguían mostrándose indecisos. Valoraban las pérdidas que podían sufrir a lo largo y ancho del globo terráqueo si acudían en ayuda de los rebeldes. Otro rumor, muy extendido por la ciudad, era que sir William había ofrecido su renuncia y que sería relevado. Lee, presionado por Martha para ahondar en lo dicho, se encogió de hombros.

—Imagino que Lizzie se lo habría dicho, ¿no? Pobre Billy. Jamás ha tenido las

ideas claras sobre si hacernos la guerra o el amor. —Lee observó a sir William con aprecio—. Lo que le gustaría sería firmar la paz, pero me temo que eso no va a ocurrir.

—Debemos alentar esa esperanza en él —dijo Martha con aspereza—. Si Billy pensara que la paz está al alcance de la mano, no lucharía, ¿verdad?

Lee la observó pensativo.

—Esa, querida señora Crowl, es una propuesta a todas luces deshonesta. Me gusta.

Martha, agradecida por el cumplido, sonrió.

—Si Billy se va, ¿quién le sustituirá?

Lee abrió los brazos para dejar patente su ignorancia al respecto.

—Puede que Henry Clinton.

Martha jamás había conocido al general Clinton, un hombre nacido en América y que ahora estaba al mando de la guarnición de Nueva York.

—¿Es un hombre capaz?

—Tanto como Billy, si es que eso significa algo. Y, al igual que Billy, siempre se ha opuesto a la guerra. Pero el mando a veces produce cambios en los generales. La victoria, como objetivo, suele sobreponerse a los escrúpulos, y me temo que sir Henry quizá esté más ansioso por obtener la victoria que Billy.

—¿Pero es un hombre capaz? —insistió Martha.

—No es desdeñable —concedió Lee—, así que habrá que buscar un general que pueda ganar batallas si es que queremos derrotarle.

Martha observó a las parejas que bailaban y daban vueltas ante el escenario.

—¿Usted, Charlie?

—Mi humilde deseo es servir a la sagrada causa de la libertad. —Tal bobada solo sirvió para confirmarle a Martha que, de hecho, era el mando de las fuerzas rebeldes lo que Lee ambicionaba. Charlie sonrió con malicia—. Aunque tengo entendido que nuestra nueva esperanza dorada es un implume aristócrata francés. ¿Ha oído hablar de él? ¿Lafayette? Qué cosas se nos imponen, señora Crowl. Jóvenes, recién salidos de la cuna, se convierten en generales merced a los caprichos de Su Excelencia. Pero no importa. —Lee suspiró exageradamente—. Puede que el pequeño Lafayette consiga enseñarle a George a bailar. Los franceses suelen ser buenos maestros de baile. —Lee le ofreció el brazo—. ¿Bailamos?

Martha dio un paso atrás del brazo que se le ofrecía.

—Pero aún no le he pedido el favor, Charlie.

—Querida Martha, llevo esperando todo el invierno.

Martha sonrió ante el flirteo. Vio a Christopher Vane abriéndose paso entre la multitud y, para que no la viera, dio media vuelta y buscó la penumbra de las columnas que sostenían la galería.

—Es un favor para mi hermano.

—¿Lo había olvidado! ¿Cómo está?

—Magníficamente recuperado. Le han puesto una pierna de madera, y no tardarán en soltarle por las calles de la ciudad. O eso tengo entendido.

Hizo una pausa cuando un oficial de la Marina pasó entre ellos. La flota había vuelto cuando el hielo, en marzo, se hubo derretido, trayendo consigo pólvora, cartuchos y raciones para la inminente campaña. Martha volvió a mirar a Lee.

—Jonathon quiere volver a unirse al ejército continental.

Lee frunció el ceño.

—¿Con una sola pierna?

—En realidad nunca tuvo dos, pero puede desempeñar labores administrativas, ¿no?

—Supongo que sí.

Unos hurras repentinos hicieron que ambos se volvieran. Christopher Vane estaba bailando un *reel* escocés. Sir William aplaudía a su ayuda de campo. Durante el invierno había habido cierto distanciamiento entre ambos, después de la infructuosa marcha hacia Germantown, pero sir William no era un hombre rencoroso, y Kit Vane, para pesar de Martha, volvía a disfrutar del favor de sir William. El comandante en jefe rio encantado cuando vio que un grupo de oficiales rebeldes, en libertad bajo juramento y libres de recorrer la ciudad, se unieron al baile. Sobre ellos, en el escenario, un oficial escocés bailaba solo sobre dos espadas cruzadas.

—Los británicos en todo su esplendor —dijo Martha con frialdad.

—Más esplendorosos que George, que no le quepa duda —dijo Lee impertinentemente.

Martha volvió a centrarse en el asunto de su hermano.

—Dado que va a volver, Charlie, me preguntaba si sería tan amable de ayudarle.

—Con mucho gusto. ¡Por supuesto! A no ser que las cosas hayan mejorado mucho, que lo dudo, se alegrarán de contar con un hombre inteligente en la oficina del comisionado.

—Y su esposa.

—¿Su esposa?

—Jonathon tiene intención de casarse.

Lee se percató del tono poco entusiasta con que Martha había hablado.

—¿No está de acuerdo con el matrimonio?

—La muchacha me cae muy bien.

—¿Pero? —indagó el general rebelde.

Martha quiso evitar el asunto.

—Jonathon no podrá irse hasta finales de abril. Debe quedarse para firmar unos papeles o perderá su herencia. ¿Se habrá ido para entonces?

—Me temo que sí. ¿Quería que viajara conmigo?

—No podría. Oficialmente es un prisionero. Tendría que sacarlo de la ciudad a escondidas.

Lee se rio.

—Se le da bastante bien sacar cosas de la ciudad, ¿no es así, querida?

Martha sonrió.

—No sé de qué me está hablando.

—Yo tampoco —dijo Lee alegremente—, pero haré cuanto esté en mi mano para ayudar a su hermano. Será un honor. Tanto él como su esposa necesitarán alojamiento, y él necesita un puesto. ¿Quiere que le escriba informándola de lo que pueda organizar?

—Sería muy amable por su parte.

—¿Cómo me comunicaré con usted?

—A través de la casa de los Fisher, en Cooper's Point.

—Es fácil hacerle favores. —Lee hizo una reverencia—. Ahora puede devolvérmelo bailando conmigo, así les daremos la oportunidad a los chismosos de hablar mal de nosotros.

Lee le ofreció el brazo a Martha, y juntos se unieron al baile, ahora más vistoso aún porque se había distribuido parte del vestuario del teatro entre los invitados. Lizzie Loring vestía una capa de gasa brillante de lentejuelas. A sir William le habían entregado un sombrero enorme con plumas con el que hizo una exagerada y galante reverencia dedicada a los presentes, cuyos aplausos y risas retumbaron en el teatro.

Christopher Vane soltó el brazo de una de las mujeres para enlazarse a otra, y comprobó que se vería obligado a ofrecerle una mano a Martha. Así que, con un elegante paso a un lado, abandonó el baile.

Se dirigió al espacio que había bajo los palcos, cogió una copa de vino y vio al mayor Otto Zeigler, el intérprete hesiano de sir William, solo y triste entre las sombras.

—Estoy borracho —dijo Zeigler, sin más, como respuesta al saludo de Vane.

—¿Y por qué no, Otto? —Vane miraba a Peggy Shippen, envuelta en una capa púrpura, que observaba ensimismada el rostro del capitán Andre.

—Deberíamos estar luchando, no bailando —gruñó el hesiano.

—Sin duda.

—Los ingleses no sabéis cómo luchar en una guerra. Sabéis bailar, *ja*, pero no sabéis luchar. ¡Os traicionan y no hacéis nada! ¡Nada!

—Nos...

Vane se volvió, pero Zeigler se había ido abruptamente y se dirigía al recibidor, donde, con asombrosa habilidad, los oficiales hesianos repartían cartas y ganaban dinero a espuestas. Zeigler se sentó, sacó un puñado de monedas y se unió a la partida.

Christopher Vane ya se había olvidado del baile. Fue al recibidor y se puso de pie detrás del intérprete. Observó un tiempo mientras Zeigler, borracho hasta el punto de no importarle nada, perdía dinero a una velocidad endiablada. *El faro* no era un juego de sutilezas, solo de suerte; en él los jugadores intentaban adivinar el orden en que saldrían las cartas. Zeigler apostaba continuamente a que saldría el faraón, el rey de



corazones, carta sobre la que se doblaba lo apostado.

Vane se inclinó hacia Zeigler.

—¿A qué te refieres con «traicionados», Otto?

Zeigler buscó más monedas en el bolsillo y encontró dos guineas.

—Mis últimos fondos —dijo—. Si los pierdo, me vuelo los sesos de un tiro.

Una buena cantidad de oficiales ya se habían suicidado por culpa de las deudas acumuladas a lo largo del invierno.

—¿A qué te refieres con «traicionados»? —volvió a preguntar Vane.

—¿A quién demonios le importa? —Zeigler dudó entre apostar sus dos guineas al faraón o al tres de diamantes. Entonces, con el ademán del hombre condenado, se decidió por la carta menor.

—¡Dímelo, Otto!

—¿Estoy pensando en suicidarme y me atosigas?

Christopher Vane, sonriendo, cogió las dos guineas del tres de diamantes y las colocó sobre el faraón.

—Me siento afortunado esta noche, Otto.

—Por el amor de...

La mano de Zeigler se abalanzó sobre la mesa para volver a cambiar las monedas a la carta más segura, pero Vane agarró al hesiano de la muñeca con fuerza y no le soltó hasta que la banca empezó a desvelar sus cartas. Vane suponía que había unas sesenta o setenta guineas en juego, pero solo el dinero de Zeigler estaba sobre el faraón.

—Puedes llegar a ser muy cabrón, Vane. —Zeigler, con la muñeca liberada, observaba cómo se iban dando la vuelta las cartas—. Es lo único que me queda. Si lo pierdo, no tendré nada. Salvo una bala.

—Ya te lo he dicho, me siento afortunado. Me haré cargo de tus pérdidas, y podrás quedarte con las ganancias.

La sexta carta de la baraja era el rey de corazones. El dinero se amontonó sobre la mesa, la banca dobló lo que había y una pequeña montaña de oro fue empujada hacia el hesiano borracho.

—¡Por los clavos de Cristo! —Zeigler se quedó ensimismado contemplando su fortuna.

Vane recogió las monedas y las echó a su pañuelo.

—Ven, hablemos.

—¡Ese dinero es mío!

—Te lo daré cuando hayamos hablado.

Zeigler gruñó, pero obedeció. Se hizo con una botella de Burdeos y caminó tambaleante hasta una mesa en la que Vane le esperaba.

—Donop —explicó Zeigler cuando Vane le volvió a formular la pregunta— fue traicionado.

Vane tuvo que pensar un instante antes de recordar que Donop era el general

hesiano que había liderado el ataque sobre Fort Mercer en otoño. El general había resultado herido durante la terrible carnicería que supuso el asalto fallido, fue capturado y murió tres días después.

—Sabían que íbamos a atacar. —Zeigler se sirvió una copa de vino—. No tienes copa. Necesitas una copa. Los caballeros no beben de la botella delante de las damas. —Se volvió y miró a las mujeres que había sentadas en torno a la mesa de apuestas—. Ni siquiera delante de las putas.

—¿Por qué piensas que Donop fue traicionado?

—¡No tienes una copa! —dijo Zeigler con ebria indignación.

Vane, paciente, fue a coger una copa y se sirvió un poco de vino. Luego volvió a sentarse.

—¿Por qué?

—¡Porque me lo han dicho! ¡Por eso! ¡Tienes mi dinero!

—Y te lo daré. ¿Quién te lo dijo?

Zeigler eructó.

—Por Dios. Apostaremos a guinea por botella. ¿Qué te parece, Kit? Y nos las beberemos, *ja*? El primero en caer desplomado pierde —rio, encantado con el reto—. ¿De acuerdo?

—¿Quién te lo dijo, Otto?

Zeigler arrugó la frente intentando recordar.

—Una vez me bebí diecisiete botellas contra un ruso. Nadie bebe más que un alemán, Kit, ¿lo sabías? Y era un tipo grande. Voy a por las botellas —declaró con absoluta decisión, pero de pronto se sintió incapaz de levantarse de la silla. En vez de eso, se acabó el vino que tenía en la copa, y negó con la cabeza—. No deberían habernos vencido. Nos traicionaron, Kit. ¡Nos traicionaron!

—¿Quién te lo dijo?

—Los prisioneros rebeldes —dijo Zeigler indignado, como si ya hubiera explicado todo el asunto—. Los que capturamos en el río. Hablé con ellos y me enteré de lo de Donop. Me lo dijo uno de ellos.

Hizo una pausa, y Vane pidió a Dios que el momento de lucidez continuara. Zeigler volvió a eructar. Sudaba, y parecía que le faltara el aire. Debía de llevar bebiendo desde el mediodía.

—¿Qué dijo el prisionero?

—Fue hace mucho tiempo —dijo Zeigler sin energía.

—Sé que fue hace mucho tiempo, pero ¿qué dijo, Otto?

—¡Dijo que lo sabían! —volvió a decir el hesiano, indignado—. ¡Se lo habían dicho! ¡Estaban preparados! ¡Estaban esperando! —gritó, y atrajo las miradas de los jugadores.

—¿Avisaron a Fort Mercer?

—*Ja!* Mira —Zeigler rebuscó en sus bolsillos y sacó un pequeño cuaderno que dejó en la mesa de un golpe a modo de prueba. Luego pasó las hojas—. Me lo dijo un

tal teniente Lynch. ¡Mira! ¿Lo ves? Lo tengo apuntado.

La nota estaba escrita en alemán, y por tanto para Vane resultaba incomprendible.

—¿Qué dijo?

—¡Dijo que los habían avisado! ¡Quiero mi dinero!

—¿Cómo iban a avisarlos? Nadie lo sabía.

Zeigler cogió la copa de Vane.

—Nadie guarda los secretos, Kit. Todos tienen putas, ¿no es así? —Cogió una baraja destinada a ser utilizada, ya avanzada la noche, para jugar al *whist*—. Bla, bla, bla, en la cama, amigo mío. Bla, bla bla. ¡No hay secretos! —Tiró las cartas al suelo de rabia—. ¡Y cuatrocientos compatriotas míos muertos en una zanja!

—¿Y Lynch no te dijo quién le había hecho llegar el mensaje?

—No. Al principio empezó a alardear, pero luego, ¿cómo se dice?... se volvió una tumba.

—¿Guardó silencio? —dijo Vane.

Tenía sentido. Vane había visto prisioneros recién capturados mostrarse desafiantes, incapaces de aceptar que habían sido derrotados, y Vane les había escuchado burlarse de sus captores y vanagloriarse. Probablemente, aquel teniente Lynch, sacado del río a rastras, había querido restregar la victoria en la cara de sus captores y así sería como había surgido tal indiscreción.

—No estás bebiendo —acusó Zeigler a Vane.

—Sí que estoy bebiendo.

Vane se sentía horrorizado ante las revelaciones de Zeigler. Tan solo un puñado de oficiales, los más cercanos a sir William, había sabido del plan de ataque a los fuertes. Uno de ellos habría sido, en el mejor de los casos, indiscreto; en el peor, un traidor. Vane recordó también que la marcha hacia el norte de sir William había apestado a traición. ¿Por qué, si no, se habían encontrado a Washington atrincherado y esperando? Vane frunció el ceño.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie, Otto?

—¡Sí que lo hice! Se lo dije a Billy. Pero a Billy le da igual.

El alemán empezó a reírse y, solemne, declamó el verso burlón que había recorrido la ciudad.

—Sir William, cómodo como una garrapata, pasa el tiempo entre ronquidos. No sueña con el dolor, pues disfruta del calor en la cama con Lizzie Loring.

Vane, cada vez más impaciente debido a la inactividad de sir William, había cantado el injurioso verso varias veces, pero sonrió apreciativamente como si fuera la primera vez que lo oía.

—Seguro que Billy ha hecho algo, Otto.

—Dijo que me olvidara de ello. ¡Que me olvidara de ello! ¡Cuatrocientos hombres muertos y yo tengo que olvidarme de ello!

Vane miró a un lado, más allá del arco. Sir William estaba bailando con Martha Crowl, y la escena provocó en el alma celosa de Vane una sacudida de celos. ¿Olvidar

la traición? Era algo muy habitual en sir William creer que una respuesta amable podía hacer que se desvaneciera la ira. El ejército rebelde llevaba todo el invierno en Valley Forge, a poco menos de tres días de marcha, y sir William seguía sin hacer nada. Vane, que veía que la victoria se le escapaba sumido en la inactividad, había dado alas al vejatorio verso para provocar la vergüenza del comandante en jefe y, con ella, la acción. Y, sin embargo, sir William estaba bailando con Martha Crawl, a quien se le permitía alardear de su patriotismo en los más altos círculos del Estado Mayor británico.

Zeigler rio con amargura.

—Los ingleses no se toman la guerra en serio, Kit. Me cae bien Billy, de verdad, pero no se puede ser amable con el enemigo. —De pronto se enfureció—. ¡Amable! ¡Amable! ¡Amable! Hay que golpearlos, descuartizarlos, aterrorizarlos. ¡No deberíamos estar aquí bailando! ¡Deberíamos estar masacrando yanquis!

—Eso no puede ser si nos traicionan.

—Pues colgad a los traidores.

Zeigler se llevó la botella a los labios y se acabó el vino.

—¿Dónde está mi dinero?

—Toma. —Vane empujó el pañuelo sobre la mesa, pero se quedó con algunas monedas—. ¿Sigue vivo el teniente Lynch?

—¿A quién le importa? —Zeigler hipó; luego dejó descansar la cabeza sobre el montón de guineas—. Voy a dormir.

Christopher Vane cogió la libreta, arrancó la hoja con el nombre del prisionero y se la metió al bolsillo. La guerra aún no estaba perdida. Los franceses aún dudaban, y seguía existiendo la posibilidad de obligar al enemigo a entablar combate a principios de la primavera. Si aplastaban a Washington, los franceses temerían otro revolcón, aunque eso no podría darse si volvían a traicionar a los británicos. Y Vane, observando a la viuda, iluminada por la luz de las velas, estaba decidido a que, esta vez, la traición no sirviese para arrebatarnos la victoria a las armas reales.

Nubes blancas surcaban los cielos. Al fin la luz del sol daba calor. Las noches seguían siendo frías y el viento aún cortaba como una cuchilla, pero la muerte había abandonado la tierra y las aguas volvían a resplandecer. La primavera llevaba el verdor al litoral y Filadelfia se preparaba para una nueva temporada de campaña.

Los artilleros practicaban su puntería disparando contra barriles flotantes en el Delaware, la infantería corría cargada con mochilas repletas para fortalecer los músculos, agarrotados después del invierno, y los sables de la caballería desprendían chispas al ser afilados para la matanza.

Caballos y hombres tenían que volver a estar fuertes, y Sam se aseguró de que los animales a su cargo estuvieran en condiciones para el combate. Los llevaba al Cuello y los hacía cabalgar sobre la tierra húmeda para reforzar su musculatura. En la iglesia luterana que había sido su establo de invierno, restregaba sus pelajes con paja y luego los cepillaba hasta que brillaban. Entrenó al joven semental del capitán Vane para la batalla, disparando mosquetes cerca de él, gritándole, intentando asustarlo, pero siempre reconfortando al animal, dándole a entender que, fuera cual fuese el peligro que pareciera acechar, viviría y sobreviviría. Sam le enseñó al semental a caminar hacia atrás y a cocear, para que cualquiera que pretendiera atacar al jinete se viera obligado a alejarse. El entrenamiento tenía lugar todas las mañanas; y todas las mañanas Sam pasaba con sus caballos junto a la casa de Jonathon. Una vez, poco después de que el hielo del río se derritiese, Sam había visto a Jonathon por una de las ventanas del piso de abajo. Le saludó con la mano, pero Jonathon no le vio.

Un mes después, a la mañana siguiente del baile benéfico del teatro, Sam estaba limpiando el interior de los cascos del semental negro. Una brisa roía las ventanas rotas por las que salía el humo de un brasero que había ubicado en el altar de la iglesia. Sam silbaba fuera de tono mientras trabajaba. Estaba solo. Se había quitado la casaca roja y la había cambiado por un delantal de herrero. Los gorriones que habían anidado en la iglesia durante el duro invierno bajaban volando a picotear restos de avena.

Oyó que se abría la puerta principal de la iglesia, y, suponiendo que era otro de los mozos de cuadra, gritó un alegre y maleducado recordatorio para que no dejara la maldita puerta abierta.

—No eres más que otro inglés arrogante —dijo una voz—. Cómo os gusta andar dándonos órdenes a los colonos.

Sam dejó caer el gancho, soltó el casco del animal y miró hacia el fondo de la nave.

—¡Jonathon! —Apartó el taburete de una patada y corrió a su encuentro—. ¡Mírate! ¡Patapalo!

—Hola, Sam. —Jonathon sonrió encantado y un tanto avergonzado con el reencuentro.

Sam no sentía vergüenza alguna. Se abrazó a Jonathon, que había entrado con su pierna buena y una de palo con la punta de cuero. Dos muletas le daban estabilidad.

—¡Te lo dije! —aulló Sam, triunfal—. ¡Te dije que andarías!

—Este es mi primer paseo digno de ese nombre —explicó Jonathon—. Me la pusieron hace dos semanas, y llevo desde entonces dando saltitos por casa. —Se apoyó contra uno de los cubículos vacíos para que el peso de su cuerpo no descansara sobre el muñón. Este solía escocerle debido a la fricción ejercida por la cazoleta de cuero que tenía atada al muslo—. Es mejor que la pierna que tenía, pero es muy molesta.

—Claro. —Sam vio que había una nueva dureza en el rostro de Jonathon: surcos provocados por el dolor—. Lleva tiempo acostumbrarse a una pata de palo, ya sabes.

Fuera como fuera, Jonathon sonrió.

—Tengo que darte las gracias, ¿verdad? Fue todo cosa de los calostros.

Sam se encogió de hombros quitándole importancia.

—Fue Caroline la que hizo la mayor parte del trabajo.

—Pues ella dice que fuiste tú. —Jonathon miró hacia el fondo de la nave, hacia la puerta de la sacristía—. Dijo que nos veríamos aquí.

Sam sintió que el pulso se le aceleraba de repente, pero sabía que debía ocultar su repentina emoción.

—¿Aquí? —preguntó con naturalidad, como si le diera igual una cosa y la contraria.

—Me han puesto un guardián —dijo Jonathon, burlón, aunque, más allá de la puerta entreabierta, Sam pudo ver a un sirviente apoyado contra el porche de acceso. Jonathon cerró la puerta del todo con la muleta—. Mi tío sigue pensando que tengo intención de huir, así que solo se me permite abandonar la casa si me sigue un mozo de cuadra. Pero está harto de los caballos, así que no entrará.

—¿Entonces? ¿Cómo hace Caroline para...?

—Nos escribimos. —Jonathon aún tenía el rostro demacrado por culpa de la enfermedad, pero tenía color en las mejillas y había brillo en sus ojos. Sonrió, satisfecho de su astuto método de comunicación—. Una de las sirvientas de la cocina lleva mis cartas a casa de Martha, y Martha se las envía a Caroline.

—Llevo sin ver a Caroline... —dijo Sam encogiéndose de hombros— ¡meses!

—Dice que le aterran esos dos hombres. ¿Recuerdas? También tengo que darte las gracias por eso.

—Estuvo fantástica —dijo Sam afectuosamente; luego recordó cómo Caroline y él habían pasado la húmeda noche de su huida abrazados, la intimidad, tan lejana. Guardó silencio.

Jonathon volvió a mirar hacia la sacristía, impaciente.

—Dijo que entraría por la parte de atrás.

—Eso solía hacer antes... —dijo Sam; una vez más, su voz fue muriendo—. Seguro que la has echado mucho de menos.

—Más que a la pierna. —Jonathon rio con amargura, y acto seguido volvió a coger las muleras y empezó a dirigirse hacia el altar.

Sam caminaba a su lado. Vio que el semental giraba las orejas hacia atrás y supo que alguien había hecho ruido en la sacristía. Sam se dijo que sus sueños invernales sobre Caroline no habían sido más que eso: sueños. La ausencia provocaba que el corazón amase con más fuerza y que la ausente se antojara aún más deseable. Sam intentó convencerse de que cuando Caroline cruzara la pequeña puerta arqueada solo vería a una muchacha corriente, y se desvanecerían los celos que tanto le avergonzaban.

La puerta se abrió. Allí estaba ella.

Jonathon se apresuró torpemente con las muletas y, por un instante, Caroline miró más allá del joven y fijó la vista en Sam.

Y Sam, que llevaba tanto tiempo esperando a que se derritieran los hielos, sintió de pronto que se le hacía un nudo en la garganta.

—Hola.

—Hola, Sam —dijo Caroline, que se dirigió a Jonathon. Sam se dio la vuelta al tiempo que ellos se abrazaban junto a las escaleras del altar.

El inglés acarició al semental e intentó no escuchar el alegre reencuentro que estaba teniendo lugar a sus espaldas.

Pero Jonathon no estaba dispuesto a permitir que Sam no formara parte del jubiloso momento. Bombardeó al inglés con preguntas. ¿No estaba Caroline guapísima? ¿Acaso no era un día inmensamente feliz? ¿No era maravilloso estar todos juntos de nuevo?

Sam tenía que responder, así que se vio obligado a mirar a Caroline, y vio que nada había cambiado. Nada. Se sonrojó.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Casi cuatro meses, Sam.

Caroline no era una muchacha corriente, no podía ser desterrada de los sueños de Sam, y el joven pudo ver que su imagen de ella, invocada innumerables veces durante las silenciosas noches nevadas, había estado equivocada, como la de una talla de madera. No había recordado la vida de su rostro, ni los ojos azules, desafiantes, salvajes y alegres, ni la definida mandíbula.

—He estado muy ocupada —dijo Caroline sin convicción—. Están pariendo las ovejas.

—Claro, es verdad.

—Pero Jonathon quería que nos viéramos. —Caroline parecía necesitar dar explicaciones respecto a su repentina aparición—. Dije que deberíamos encontrarnos aquí.

—Eso me alegra.

Caroline retiró la mano de las de Jonathon y se dirigió al cubículo más cercano, donde empezó a acariciar al caballo gris y capado de lord Robert Massedene.

—Necesitamos que nos ayudes, Sam —dijo la muchacha con voz plana, casi hostil.

—Lo que sea.

Se volvió hacia él.

—Nos iremos pronto.

—Dentro de tres semanas —dijo Jonathon, impaciente.

Era evidente que habían estado planeando su huida en su correspondencia secreta, pero ahora se veían obligados a decírselo a Sam.

—¿Os dirigís al norte? —Sam había esperado mucho para ver a Caroline y ahora se iba. Apenas podía soportar mirarla.

—En barco hasta Trenton —dijo Jonathon—. No puedo luchar, pero sí puedo hacer labores administrativas.

—¿Para los rebeldes?

—Sí. —Jonathon rio quedamente, avergonzado—. Por supuesto.

Sam forzó una sonrisa.

—Puede que tenga que dispararte de nuevo.

—Puede.

—Lo complicado —interrumpió Caroline con su voz resuelta y átona; casi parecía que la amigable charla le molestara— es sacar a Jonathon de la ciudad. Sigue siendo un prisionero, así que no puede salir.

—Ya imagino —dijo Sam.

Sir William, a lo largo de las últimas semanas, había establecido un sistema de salvoconductos para quien quisiera cruzar el perímetro de guardia británico. La idea era disuadir a los oficiales rebeldes, en libertad bajo juramento, de cualquier intento de huida. De hecho, cada uno de ellos había dejado una fianza de cien libras para sellar la promesa, aunque muchos seguían intentando volver al ejército de Washington.

—Pero los centinelas te conocen, Sam. —Caroline miró a Sam a los ojos, casi desafiante. Era como si esperara que el joven se negase a cumplir sus demandas—. Si estuvieras ayudando a un oficial borracho a subirse a un bote, nadie se daría cuenta, ¿no crees?

—Sí.

—Así que necesitaremos un uniforme.

Sam se secó las manos en el delantal de cuero.

—¿A qué hora del día pensáis hacerlo?

—Por la noche. —Jonathon miró hacia la puerta principal de la iglesia; saltaba a la vista que temía que el mozo de cuadra de su tío los hubiera oído conspirando.

—En ese caso será mejor un uniforme naval —dijo Sam—. Son los únicos que se acercan al río por la noche. Para volver a sus barcos, ya sabéis... —Su voz fue



perdiendo fuerza.

—¿Puedes conseguirme uno? —preguntó Jonathon.

Sam asintió.

—Y la pata de palo tampoco importará mucho. Hay un par de tipos de la Marina así.

Jonathon sonrió.

—Sabía que nos echarías una mano, Sam.

—Lo que soy es un imbécil —dijo Sam devolviendo la sonrisa.

Jonathon volvió a mirar hacia la puerta principal y luego a Sam con cierta vergüenza.

—¿Te importa si nos metemos en la sacristía?

—Ahora guardamos allí los arreos —dijo Sam.

Caroline volvió a colocarse al lado de Jonathon.

—Gracias, Sam.

El joven oyó la despedida en su voz.

—Me ha alegrado volver a verte, Caroline.

El tono formal se le hizo extraño, pero usar cualquier otro hubiera dejado al descubierto una breve intimidad pasada que Caroline, mediante su actitud, hacía lo posible por negar.

—¿Podrías llevar el uniforme a casa de la señora Crowl? —preguntó Caroline con una voz distante y dolorosa para Sam.

—Sí.

—Haré lo posible por volver, Sam. —Jonathon le ofreció la mano. El inglés se la estrechó y sintió la fuerza de Jonathon. Al serle necesario suplir la pierna con la fuerza de los brazos, había desarrollado los músculos de estos.

—Conseguiré el uniforme —prometió Sam, que se quedó mirando a Caroline mientras esta ayudaba a Jonathon a acceder a la sacristía. La puerta se cerró tras ellos.

Sam permaneció inmóvil unos instantes, luego volvió hacia el semental. Le acarició el hocico.

—No se te ocurra soñar, ¿eh? Los sueños no son más que tonterías. Solo sirven para decepcionarte.

Se sentó en el taburete, levantó la pezuña y limpió el interior de los cascos para que le proporcionaran al animal un agarre firme. Sam había esperado mucho, había permitido que sus esperanzas alcanzaran una altura absurda y vertiginosa. Y ahora se habían estrellado. Cerró los ojos de pronto, como si temiera empezar a llorar.

Sam seguía con los ojos cerrados cuando la puerta de la sacristía se abrió tras él. Oyó pasos sobre los adoquines del altar. No se atrevió a mirar por miedo a la decepción.

—Hola, Sam.

Abrió los ojos. No hubo decepción.

Caroline le estaba mirando. La muchacha se encogió de hombros, como si la

explicación que estaba a punto de dar no fuera del todo necesaria, aunque sí obligatoria.

—Jonathon ha salido por detrás. No se atreve a estar demasiado tiempo fuera de casa para no levantar sospechas.

Sam colocó la herradura en el casco con unos tacos. Más tarde llevaría al caballo a la herrería para que le aseguraran bien la herradura, pero bastaría por el momento.

—¿No se atreve a que le vean contigo? —dijo Sam sin apartar la mirada de los cascos del animal.

—Teme a su tío. Teme perder su herencia. —Caroline se sentó en las escaleras del altar—. Estará mejor cuando lleguemos a Trenton.

—¿Te casarás allí con él? —Sam, que observaba cómo pisaba el semental, intentó hacer que su voz sonara despreocupada, aunque percibió cierta amargura en sus propias palabras.

—Se lo prometí —dijo Caroline con cautela.

Sam palmeó al caballo en las ancas.

—Así está mejor, ¿verdad, chico? Ahora ya no te resbalarás.

El animal relinchó a modo de respuesta. Caroline estaba en silencio. Se oyeron las ruedas de un carruaje y el chasquido de un látigo proveniente de Race Street.

—¿Cómo estás, Sam? —dijo Caroline para romper el silencio.

—Contento de que haya llegado la primavera. Todo el mundo lo agradece. El invierno pone los nervios a prueba, ¿no crees?

—Sí.

—Y aquí tenéis inviernos duros. Pero ha llegado el momento de luchar, ¿verdad, muchacho? —le preguntó al caballo, que, afectuoso, restregó el hocico contra la mejilla de Sam.

Caroline se puso en pie y subió las escaleras del altar. La luz del sol entraba por la ventana rota que había sobre ella, haciendo que le resplandeciera el cabello.

—¿Qué será de ti, Sam?

—¿De mí? —Sam se rio como si la respuesta no importara, aunque en realidad le había dado bastantes vueltas al asunto a lo largo del invierno—. Me las arreglaré.

—Dime.

Sam dudó un instante y se encogió de hombros.

—Le curé un cólico al caballo del general y su sirviente dice que puede que me den un trabajo en sus establos.

—¿Eso es bueno? —preguntó Caroline con tristeza.

—Podría suponer una salida del ejército.

—Creía que uno se alistaba de por vida.

Sam sonrió.

—Y así es, pero, si les caes bien, te arreglan los papeles, ¿sabes? Si el general me quiere para sus establos en casa, entonces buscará la forma de licenciarme. Cuando haya acabado la guerra, claro.

—¿Es eso lo que quieres?

Sam llevó al semental hacia su cubículo.

—Es mejor que cargar con un mosquete.

Caroline asintió. Pasaron unos segundos en los que no dijo nada, y luego habló con voz queda, casi imperceptible.

—Confiaba en que vinieras con nosotros, Sam.

Al principio Sam pensó que había oído mal, pero luego, volviéndose hacia ella, vio en su rostro que no.

—¿A Trenton?

—Allí es a donde vamos.

Por un instante Sam no supo qué decir. Se encogió de hombros, soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Quieres que luche contra los míos?

—Hay muchos casacas rojas que han cambiado de bando, Sam.

—Ya. Mi hermano quería hacerlo, y mira dónde está ahora. Los he visto, con las espaldas abiertas por el látigo, con la sangre chorreándoles por las piernas.

—¿Tienes miedo? —dijo Caroline con un toque de desdén.

—No. No tengo miedo.

Sam cerró al animal en su cubículo. No le ató una cuerda a la cabezada, se limitó a atrancar la puerta baja.

—Me pasa un poco como le pasa a Jonathon. Solo hay una cosa que me haría desertar, y no tiene nada que ver con la libertad de que habláis todo el rato.

Caroline no dijo nada. Acercó las manos al carbón del brasero.

Sam sabía que había llegado el momento de decir las palabras que llevaba semanas ensayando en la mente, pero ahora que debía decirlas, le resultaba imposible, así que optó por dar un rodeo.

—No hice más que esperar a que se derritiera el hielo.

Caroline estaba ensimismada con las llamas. Parecía que no hubiera oído sus palabras. Pero al fin, con la voz queda como antes, respondió con una evasiva a la altura de la de Sam.

—Logramos que Jonathon mejorara, Sam.

—Así es.

—Y sabíamos lo que eso significaba.

—Sí, lo sabíamos.

Caroline siguió observando las llamas que envolvían el carbón incandescente.

—No te pido que vengas por mí, Sam.

—¿Entonces por qué? ¿Por cincuenta acres de tierra y tres cerdos? —dijo Sam con desprecio.

Sus palabras hicieron que Caroline volviera a mirar al joven a los ojos y su voz se tornó en urgente súplica.

—Es un país completamente nuevo, Sam, con el futuro por delante, algo para

siempre. Algo bueno y luminoso. No es como el viejo mundo, Sam. ¿No lo ves? Se trata de empezar de nuevo, sin podredumbre ni corruptelas. Será un país limpio. — Todos sus anhelos y pasiones se proyectaban en su voz—. El país de Dios, Sam. Un país bueno. Podrías ser feliz, podrías...

Caroline dejó de hablar cuando la puerta principal de la iglesia se abrió con estrépito y un oficial, vestido con una casaca roja y espada al cinto, entró en el templo. Su voz imperativa y estridente rebotó en los muros del edificio.

—¡Sam! ¡Sam! ¡Sam! —dijo el capitán Christopher Vane mientras pasaba a grandes zancadas junto a los cubículos de los caballos—. ¿Has acabado? Necesito que... —Vane se calló cuando vio a Caroline. Se detuvo abruptamente, la miró, se retiró el sombrero y le dedicó una pronunciada reverencia—. Creo que no nos han presentado, señorita.

Caroline permaneció en silencio. Vane, que debía de estar de muy buen humor, se incorporó.

—¿No nos vas a presentar, Sam?

El joven sentía una vergüenza lacerante, pero logró balbucir una presentación:

—La señorita Caroline, señor. El capitán Vane.

—¡Caroline! —Vane dijo el nombre como si fuera el de un ángel. La observó con absoluta desvergüenza, asombrado por su impactante belleza. Quizá fuera una campesina, pero lograba hacer latir los corazones, y Vane, pasmado, sintió el impulso de los caballeros de leyenda, capaces de cargar contra dragones y atravesar las escamas con sus lanzas. Aquella muchacha, pensó, era demasiado bella como para ser una simple sirvienta.

—¿Eres la misteriosa chica de Sam?

Caroline asintió rauda.

—Sí, señor.

—¡Mi querido, Sam, no me extraña que guardaras el secreto!

—No debería estar aquí, señor —dijo Caroline mientras se dirigía a la puerta de la sacristía.

—Por favor, Caroline —dijo Vane, encantador—. No querría apartarte de Sam.

—No, señor. Tengo que irme.

Caroline asintió hacia Sam, y le faltó poco para correr hacia la sacristía.

Vane esperó hasta que oyó que la puerta que daba al exterior se cerraba de un portazo.

—¡Por Dios, Sam! Puede que sea rubia, pero es una preciosidad.

—Es guapa, señor.

—¿Guapa? —Vane empezó a dar vueltas alrededor de su sirvienta—. ¡Por Dios, chico! Hay hombres que matarían por menos. ¿Es aquí donde la conociste? No me extraña que pases tanto tiempo en los establos, Sam. Yo también lo haría. Si algún día te cansas de ella... —Vane vio enfado en la cara de su sirvienta, y se aprestó a negar con la cabeza—. Olvídalo, Sam. Soy un insensible. Lo lamento. —Vane sonrió—.

Pero he de ser sincero. Eres un necio, Sam.

—¿Necio?

—Un soldado nunca debería encariñarse de una chica bonita. Elige siempre una fea. El placer en sí es el mismo, y son más fáciles de dejar. Además, son más agradecidas. —Vane se rio, y luego acarició el hocico del semental—. ¿Cómo va?

—Ya pisa bien, señor.

—¿De verdad?

Sam sonrió.

—Aparte un poco, señor.

El sirviente esperó a que Vane, un tanto confundido, obedeciera. Luego silbó. El caballo relinchó, saltó la puerta baja, trotó obediente hacia Sam e inclinó la cabeza buscando sus caricias.

Vane volvió a reírse.

—¿Le estás enseñando trucos?

—Es muy bueno, señor. El mejor. —Sam llevó al caballo una vez más a su cubículo y ató la cuerda a la cabezada—. Ahora está bien, señor. ¿Quería sacarlo?

—No, no. Solo estoy pasando el rato, Sam. —Vane miró a su alrededor, al interior desnudo de la iglesia, como si fuera la primera vez que entraba allí—. Es una iglesia sombría, ¿no crees?

—Sí, señor. —Sam se preguntaba por qué el capitán estaba hablando de cosas insustanciales.

—Sombría, sombría, sombría. —Vane se volvió para observar la nave—. Una iglesia necesita misterio, Sam. Necesita un lugar oscuro detrás del altar. Es como un país. Necesita un toque vengativo y fantasmagórico, reyes y nobleza, una historia que apeste a inexplicable, pero aquí no hay nada de eso. ¡No! Aquí todo es dulce razón. Y yo le pido a ese, su Dios rentable, que siga siendo un pueblo sombrío y aburrido, porque como se tope con un misterio no habrá nada en su credo que sea capaz de explicarlo. ¿Cómo se llamaba el sargento ese que te metía el miedo en las tripas?

La última pregunta la hizo tan de repente, llegó tan abruptamente en medio de la diatriba de Vane, que Sam fue incapaz de comprender.

—¿Señor?

—Ese que estaba casado con... ¿cómo se llamaba? ¿Sacharissa?

—¿Scammell, señor? —dijo Sam horrorizado.

—¡Ese, ese! Gracias, Sam. —El capitán dio media vuelta dispuesto a irse.

—¡Señor!

Vane dio media vuelta.

—¿Sam?

El joven estaba alarmado. Desde la noche en la que Scammell había intentado retener a Caroline como rehén a cambio de que le entregara a Maggie, Sam no había visto ni oído hablar del sargento Michael Scammell, y le hubiera gustado seguir en la inopia.

—No le va a denunciar, ¿verdad, señor?

—¿Denunciarle? —Vane era el rostro mismo de la inocencia.

—Por lo que le conté. Aquello del muchacho en Germantown, señor. El que mató.

—¡Fue asesinato, Sam! —dijo Vane en tono burlón—. ¿Acaso crees que no debería ser castigado?

—Deberían colgarle, señor, pero si se entera de que se lo he dicho, me arrancará la cabeza.

Vane se rio.

—No voy a denunciarle, Samuel, así que cálmate. Mis razones tienen más que ver con una cuestión de capricho. Se me informa de que la bella Sacharissa ha estrechado lazos con un oficial. Está cautivada, y el oficial en cuestión no quiere problemas con su marido. ¿Me sigues ahora?

—Nunca se casaron por la iglesia, señor.

—Sea como sea, he prometido arreglar las cosas entre ellos, así que no temas. No voy a provocar que la ira del sargento Scammell caiga sobre ti.

—Es un cabrón, señor —dijo Sam a modo de advertencia.

—Es gracias a los cabrones que obtenemos victorias. Ellos y los buenos caballos, como tú, amigo mío. —Vane palmeó el cuello del semental—. Gracias, Sam.

El joven vio irse al capitán y se preguntó por qué sentía tanto frío de pronto en la columna vertebral. Tembló. Acto seguido, y sin saber muy bien por qué, fue a buscar su bayoneta, romo después de la inactividad del invierno y, con su habitual mimo y habilidad, se puso a afilarla. Había llegado la primavera, y llegaba de nuevo la guerra.

El capitán Christopher Vane se dio cita con el sargento Scammell junto a un edificio de piedra cuyas ventanas estaban desfiguradas por barrotes de hierro oxidados. Vane, aunque solo hubiera visto a Scammell una vez, y aquella fue en medio del desastre que era un campo de batalla, le reconoció al instante. Era un hombre alto, de ojos avispados, de rasgos atractivos aunque demasiado salvajes como para ser considerado bien parecido. Scammell daba la sensación de ser una persona a la que nada podía sorprender en aquel mundo cruel.

—¿Es usted el sargento Scammell? —preguntó Vane para ocultar la conmoción que había sentido al reconocerle.

—¡Señor!

Scammell aún lucía una cicatriz en la pierna producto de un disparo en una noche de invierno. Sabía que aquel oficial era el hombre a cuyo servicio estaba el sujeto que le había herido. Precisamente por eso Scammell desconfiaba.

—Me llamo Vane, capitán Vane.

—Le recuerdo, señor. —Los ojos de Scammell diseccionaron el rostro de Vane, buscando una debilidad que poder explotar—. ¿Alguna orden, señor?

—No hacer nada y no abrir la boca a no ser que yo se lo diga. —Vane se giró y tiró de una cuerda. Se oyó el lamento de unas campanillas en algún lugar del lúgubre edificio.

Scammell contemplaba la calle: miraba con desprecio a los civiles que se apresuraban a resguardarse de la llovizna. El teniente coronel Elliott, desconcertado, le había dicho que el capitán Vane necesitaba su ayuda. Scammell supo que tal petición, al no ser una orden, probablemente no presagiara ningún problema. Sin embargo, además de curiosidad sentía cierto nerviosismo.

—¿Le ha hablado Sam de mí, señor?

—Me ha dicho que asesinó a un muchacho en Germantown —dijo Vane sin preámbulos, y vio un bienvenido destello de miedo en el rostro del corpulento sargento.

—Debería haber asesinado a más de uno —dijo Scammell con voz queda y desafiante.

Vane ignoró sus palabras. Pensó que quizá había dejado al descubierto demasiado pronto el poder que podía ejercer sobre aquel hombre amedrentador. Sin embargo, hacer tal revelación aseguraría la lealtad del sargento. Y Vane necesitaba lealtad. Tal necesidad le avergonzaba en extremo, pero tanto la ambición como los celos empujaban a Vane, inexorablemente, en esa dirección. Se estaba perdiendo una guerra por culpa de los titubeos, había llegado el momento de que alguien actuara de forma más brutal. Vane volvió a tirar de la cuerda y la puerta se abrió de inmediato.

Un centinela británico dejó entrar a los dos hombres en un amplio recibidor donde parecía habitar una horda de dementes que babeaban, farfullaban y que, tan rápido como les permitieron sus cadenas, se apresuraron a investigar a los recién llegados.

—Bienvenidos al Parlamento, señor —le dijo el centinela a Vane a modo de confidencia.

—¿Qué es eso? —Vane se apartó de un hombre medio desnudo que babeaba y que estaba intentando lamerle el agua de las botas.

—Así es como llamamos a los lunáticos, señor.

De una patada, el centinela empujó a una mujer contra la pared. Esta se sacó un pecho descomunal y se lo ofreció al capitán Vane. Scammell, siguiendo al oficial, rio ante el espectáculo.

Vane esperó a que el centinela abriese la puerta enrejada que llevaba a la zona del asilo que había sido habilitada como cárcel para los oficiales americanos capturados. La nueva prisión de Walnut Street estaba llena, y el asilo disponía de celdas, barrotes y candados, por lo que resultaba ser tan segura como cualquier prisión que se preciara de serlo. Y también apestaba a prisión. Vane arrugó la nariz de asco mientras seguía al centinela por un pasillo flanqueado por celdas que hedían a excrementos. No había nada que produjera calor en aquella sección del asilo; a cada prisionero se le entregaba una manta repleta de chinches y un asqueroso jergón de paja para la celda. Los prisioneros, aquellos que habían sobrevivido al crudo invierno, vestían harapos, y la mayoría estaban acurrucados y temblando de fiebres en una esquina de sus celdas. Vane, a quien esperaban, fue llevado a una gran habitación con paredes de piedra donde había una mesa y una silla. Un teniente de aspecto amargado, uno de los oficiales de servicio de la prisión, ordenó que trajeran al prisionero James Lynch.

—¿Le apetece un té, señor? —le preguntó a Vane.

—No he venido a hacer una visita social, teniente —dijo Vane con brusquedad—. Déjenos.

Mientras esperaba, Vane sacó de un maletín unos papeles, un tintero y plumas, y lo organizó todo sobre la mesa. El sargento Scammell, mientras observaba al oficial, entrelazó los dedos, puso las palmas de las manos hacia fuera y estiró hasta que le crujieron los nudillos. El sonido hizo que Vane alzara la mirada. Scammell sonrió. El capitán tuvo la sensación de que aquel hombre podía leerle el alma, así que fingió ocuparse de sus papeles.

La puerta se abrió, y un prisionero vestido con una fina chaqueta de lino y sucios pantalones de calicó fue empujado dentro. El hombre tenía la cara pálida, debido al largo tiempo pasado entre rejas, y el pelo enmarañado, aunque atado a la nuca de forma patética, como si pretendiera darse un aire de respetabilidad. Temblaba de frío.

—¿Otra vez usted? —dijo el prisionero rebelde con desprecio.

Vane aún estaba organizando los papeles sobre la mesa y ni siquiera se molestó en mirarle.

—Efectivamente. Buenos días, teniente.



El teniente Lynch giró la cabeza y observó de arriba abajo al sargento que esperaba tras él. El rostro de Scammell le provocó un escalofrío al oficial rebelde; luego se dirigió a Vane.

—Quiero la libertad bajo juramento.

—Eso dijo en nuestro último encuentro.

Aquel había tenido lugar hacía cuatro días, a la mañana siguiente del baile benéfico, y el resultado había llevado al capitán Vane a solicitar los servicios del sargento Scammell. Seguía confiando en que tales servicios no fueran necesarios.

Lynch insistió:

—¡Tengo derecho a ello! ¡Soy un oficial!

Vane fijó la mirada en él. Lynch tenía la cara picada de viruela, magullada y escuálida. El hambre y la enfermedad casi habían logrado quebrarlo, pero su expresión aún era desafiante. Vane se encogió de hombros.

—La libertad condicional le será concedida, teniente, previo pago de cien libras.

Lynch, que ni siquiera podía imaginar una fortuna semejante, escupió hacia el immaculado capitán Vane a modo de protesta.

—¡Es un derecho! ¡No hace falta dinero!

Vane sonrió.

—Ha perdido ese derecho al actuar de manera deshonrosa, teniente. Si los oficiales americanos pudieran mantener sus juramentos, tales garantías no serían necesarias.

—¡No necesito lecciones de honor de un inglés! —Lynch seguía teniendo cierto deje irlandés, y toda la arrogancia de aquella raza.

—Pues a mí me parece que sí —dijo Vane en tono jocoso.

La libertad bajo juramento servía para que un oficial rebelde pudiera vivir libremente en la ciudad, aunque también implicaba la promesa solemne de no volver a unirse al ejército de Washington. Demasiados oficiales americanos, haciendo caso omiso a su palabra por considerar el juramento una práctica anacrónica, y viendo la posibilidad de huir al alcance de la mano, habían prestado juramento y luego habían desaparecido. George Washington, en sus cartas a sir William, había reprobado tales actos, pero se había negado a entregar de nuevo a esos hombres al cautiverio. La mayoría de la correspondencia entre ambos estaba dedicada a cuestiones relativas al bienestar de los prisioneros, y ambos bandos, haciendo gala de un cinismo similar, aseguraban al otro que los reos recibían las mejores atenciones.

Vane sonrió.

—¿Dispone de cien libras, teniente?

—Sabe que no.

—En ese caso, seguirá siendo el huésped de Su Majestad. —Vane abrió el tintero y hundió la pluma en él como si pretendiera dar a entender que la charla distendida había concluido y que, ahora, debían centrarse en el asunto a tratar—. Es el teniente James Lynch, y era oficial en la guarnición de Fort Mercer. ¿Es así?

—¿Por qué no nos dan de comer? Solo nos dan bazofia, cabrón. ¡Eso no es comida!

El sargento Scammell se apoyó contra la pared; parecía ansioso de darle a aquel rebelde una lección de modales. Vane ignoró al sargento.

—Se supone que es su señor Washington el que tiene que proveer vuestras raciones, no nosotros. ¿Sería tan amable de responder a la pregunta, teniente?

—Sabe perfectamente quién soy. ¿Cuántas veces necesita preguntármelo, inglés?

—Tantas como sea necesario —dijo Vane impasible. Escribió el nombre de Lynch en una hoja nueva de papel—. ¿Recuerda el ataque de los hesianos a Fort Mercer?

—Recuerdo haber matado a unos cuantos de sus hijos de puta.

—¿Quién les avisó del ataque?

—Nadie.

Hasta el momento el interrogatorio había seguido la línea de la primera entrevista: protestas virulentas relativas a las condiciones de la prisión intercaladas con negativas. Vane dejó que el exceso de tinta gotease de la punta de la pluma y luego la puso al lado de la hoja de papel.

—Le dijo al mayor Zeigler que les habían avisado. Quiero saber quién les hizo llegar el mensaje.

—No hubo mensaje.

Vane se puso en pie, se acercó a la pequeña ventana de barrotes y miró hacia el patio, donde crecían pequeños parches de hierba nueva y verde a la sombra de un árbol muerto y negro.

—Había un bastión cerca de Fort Mercer que la guarnición había abandonado. La noche antes del ataque fue reocupado. No se habría llevado a cabo nada parecido, teniente, si no hubieran recibido aviso de que era inminente un ataque. —Vane se volvió, sus botas rascaron la piedra—. Sé que les avisaron. Alardeó de haber recibido el mensaje cuando le capturaron. Tengo constancia escrita de sus palabras.

—Mentí. No nos avisaron. Les dimos una buena paliza, inglés, y los sacaremos a patadas de este país.

Vane suspiró y volvió a la mesa. Quería el nombre del mensajero. El mensajero le llevaría al siguiente eslabón de esa cadena de traición. Buscó entre los papeles que tenía en la mesa y sacó uno sellado con lacre.

—Esto, teniente, es un salvoconducto en virtud del cual estoy autorizado a llevarle hasta nuestro punto de avanzada en Wissahickon Road. Allí le serán entregados un caballo, ropas y dinero. Desde allí podrá dirigirse a donde desee dentro de las colonias. —Colocó el documento sobre la mesa para que Lynch pudiera leer lo que ponía—. Todo lo que tiene que hacer es decirme quién les avisó del ataque a Fort Mercer.

Lynch miró el documento y luego a Vane.

—Que le jodan.

Vane se acercó al rebelde.

—Pero qué oficiales más distinguidos se ve rebajado a aceptar el señor Washington. No me extraña que sus hombres corran como conejos en combate. — Vane miró a Lynch fijamente, como si le estuviera retando a que le atacase. Lynch pareció estar a punto, pero se contuvo. El capitán suspiró.

—Sargento Scammell.

—¿Señor?

—¿Ha oído las preguntas que he formulado?

—Con total claridad, señor.

—Quizá usted sea más venturoso a la hora de colegir una respuesta.

Scammell comprendió lo que se requería, aunque no el significado exacto de algunas de las palabras.

—Puede ser, señor. Aunque antes me gustaría hablar en privado.

Vane se volvió, asombrado por la actitud un tanto desafiante del sargento, aunque incapaz de hacer nada al respecto. La orden que le acababa de dar era ilegal, y Scammell lo sabía, así que Vane no pudo más que asentir y señalar hacia la puerta con el mentón.

—Fuera.

Estuvieron fuera cinco minutos, tiempo durante el cual Lynch pudo reflexionar sobre lo que le aguardaba. Cinco minutos en los que el capitán Vane selló un pacto con el diablo y en los que el sargento Scammell descubrió la desesperada necesidad de victoria que ardía en las entrañas del capitán.

Concluidos los cinco minutos, la puerta de la celda volvió a abrirse y el sargento Scammell agachó la cabeza para entrar. Entró a solas, echó el cerrojo y miró a Lynch a los ojos.

—Tiene un minuto para contármelo todo, chupapollas.

—Soy un oficial, se dirigirá a mí...

Scammell no se molestó en esperar un minuto y empezó a trabajar.

Christopher Vane se alejó del ruido. Quería respirar aire puro, limpio de olor a excrementos y horror. Apartó a los lunáticos a patadas y salió a la calle, donde, apoyado en los muros del asilo, llenó los pulmones con el aire húmedo y frío de abril.

Lo que estaba haciendo estaba mal, y lo sabía. Era deshonroso, y eso le atormentaba. Sin embargo, a pesar del deshonor y del pacto sellado con el sargento, podía llegar la llave que abriera la puerta de la victoria. Había un traidor, y era alguien cercano a sir William, y no podría haber victoria final si no se apresaba al traidor. Y la victoria, quiso convencerse Vane, justificaba cualquier acto, pues esta desalentaría a los franceses y aplastaría la insolente rebelión. Aquella primavera, a pesar de las vacilaciones de sir William, que manaban de su deseo de paz, el ejército tendría que hacer un gran esfuerzo para atrapar y destruir al ejército rebelde, pero todo esfuerzo sería en vano si eran traicionados. Así justificaba Vane lo que estaba ocurriendo en aquella habitación húmeda, fría y desnuda. Y, sin embargo, el miedo a ser descubierto le estaba revolviendo las tripas.

El tintineo de unos arreos hizo que girara la cabeza. Por la calle, tirado de dos caballos grises, venía un faetón alto de ruedas amarillas y caja color escarlata. Sentado en el pescante del conductor, llevando las riendas con el aplomo de cualquier conductor, estaba sir William Howe. Tras él se encontraba Lizzie Loring.

Christopher Vane no quería ser visto, y se volvió. Se estaba ocultando de los suyos, como un criminal, y sintió la necesidad de volver a entrar en el manicomio para poner fin a la salvajada que podía acabar destruyéndole.

Una vez dentro, oyó los horrisonos sonidos que, poco a poco, iban muriendo. Llevó un total de veinte minutos, pero al final el sargento Scammell emergió de la celda con todas las respuestas que el capitán Vane buscaba.

—Fue un cerdo llamado Davie Logan, señor. —Scammell tenía las manos empapadas de sangre—. Es barquero, señor, río arriba. Tiene un solo ojo y la nariz rota.

Vane se quedó mirando al enorme sargento.

—¿No es de la ciudad?

—Río arriba, señor. Unas cuantas millas.

—Jesús —dijo Vane quedamente. Esperaba que el sujeto fuese alguien de Filadelfia. Esperaba haberle oído el nombre a Martha Crawl, y ahora tenía un nombre que no significaba nada de un sujeto que vivía lejos de su área de influencia. Juró para sí—. ¿Está seguro?

—Completamente —dijo Scammell con voz adusta.

—¿Cómo está el prisionero? —preguntó Vane con indiferencia.

—Agonizando, señor.

Vane miró a Scammell alarmado.

—¿Agonizando?

Scammell, que ya le había tomado la medida al oficial, sonrió desdeñoso.

—¿Y qué demonios esperaba? ¿Cómo iba a explicar una paliza a un yanqui?

—¡Le ordené que le atemorizase!

—Y así lo he hecho —dijo, implacable, el sargento.

—¡Por Dios! —Vane se acercó a la puerta de la celda, miró dentro y a punto estuvo de vomitar de nuevo. Tuvo que apoyarse en el marco de la puerta—. Dios mío.

—Diré que le atacó, señor. —El sargento Scammell no parecía afectado por el amasijo sangriento y espasmódico que yacía en el suelo—. Que tuvimos que matarle, ¿verdad? Se volvió loco.

Vane era incapaz de articular palabra. Su intención había sido atemorizar a Lynch, había querido que confesara el nombre, pero jamás había pensado en tamaña salvajada. Hizo lo posible por contener las arcadas, y luego pensó que, al igual que el sargento Scammell, podían acabar en la horca por aquello. Se dobló por la mitad. Sentía náuseas.

Scammell pasó a su lado y desenvainó su bayoneta. Se inclinó y Vane apartó la mirada a toda prisa. La respiración de Lynch, que hasta ese momento había sido

pesada y quejumbrosa, se detuvo de repente.

Scammell se puso en pie.

—No habrá problemas, señor.

—Jesús. —A Vane le costaba respirar.

—Le atacó, luchó como un maldito lunático y tuve que matarle. —Scammell secó la sangre de la bayoneta y salió de la celda.

Ahora era él quien estaba al mando.

Vane asintió lentamente.

—Sí, sargento.

—No es el primer prisionero que se va al infierno, señor.

Vane necesitaba consuelo inmediato.

—Seguro que no.

—¿Qué hay de Maggie, señor? —Scammell, más alto que Vane, observaba al oficial como si fuera un confidente—. ¿Esta noche?

El tono conspirador y confidencial del sargento laceró la autoestima de Vane. El capitán se irguió para retomar el control en aquella terrible relación.

—Se le devolverá cuando se la haya ganado, sargento.

Los ojos del sargento se encendieron de ira desafiante, pero después el ya instintivo respeto hacia la oficialidad se sobrepuso.

—¿Cuando me la haya ganado, señor? —preguntó el sargento mirando la celda—. ¿Acaso no es eso prueba suficiente?

—Cuando descubra que este hombre le ha dicho la verdad.

—Ha dicho la verdad —dijo Scammell, terco.

—Eso tendré que averiguarlo por mi cuenta, ¿no cree? —Vane percibió que recuperaba su voz autoritaria—. Mientras tanto, sargento, no hablará de esto con nadie.

—No soy el chico de un coro —dijo Scammell con voz cáustica.

—No, no lo es.

Vane se alejó de la celda para contar la mentira sobre el crimen cometido, aunque también con el nombre de Davie Logan en la cabeza. Aquel era el siguiente peldaño en ese camino de sangre. Logan. Vane se preguntó cómo demonios iba a encontrar a ese Logan, pero debía dar con el sujeto, pues, del mismo modo que Lynch los había llevado a Logan, Logan llevaría al siguiente traidor, y este al siguiente, hasta que el último del eslabón estuviera a merced de Vane y ya fuera incapaz de traicionar la causa del rey.

Una causa por la que Vane había emprendido el camino del horror. Pero lo había hecho a sabiendas, porque era el camino que podía llevar a la victoria.

El general Charles Lee se despidió de Filadelfia en abril. Ya no vestía su uniforme de general de caballería polaco, sino el más austero atuendo del ejército continental. Se le había facilitado un carruaje de viaje para su comodidad, cuyo techo iba repleto de regalos de los oficiales británicos. Había cajas de vino acolchadas con serrín, dos jamones, un barril con ostras encurtidas y un par de botas de montar de la mejor calidad manufacturadas por el zapatero londinense de sir William.

—Le vendrán bien para huir más aprisa, Charlie.

—Le echaré de menos, de verdad que sí. —Lee se abrazó a sir William y luego besó a la señora Loring—. Querida Lizzie, ¿no puedo convencerla para que me acompañe?

—Le capturaremos de nuevo, y pronto, Charlie.

—¡Qué fácil es hacer promesas! —Lee volvió a abrazarse a sir William.

La pena por la despedida era genuina.

—Informe al general Washington de mi propuesta de paz —le recordó sir William.

—Lo haré, y le animaré a aceptar.

Lee se subió a la silla de una de las yeguas de sir William. Lee cabalgaría la primera docena de millas en el animal prestado, y solo entonces usaría el carruaje, que, a pesar de lo caluroso del día, tenía cortinas de cuero tras las ventanas.

Media docena de oficiales del Estado Mayor, Christopher Vane, John Andre y lord Robert Massedene entre ellos, harían la primera parte del recorrido con el general rebelde destinado al intercambio. La noche anterior una fuerza mixta de infantería británica y caballería lealista había avanzado y atacado un campamento rebelde en torno a una posta llamada Crooked Billet. Los oficiales del Estado Mayor, de permiso, acompañarían a Lee hasta allí y luego volverían a la cabeza de aquellas tropas. Seis sirvientes, incluido el soldado Sam Gilpin, llevaban vino y comida para celebrar un almuerzo de despedida al aire libre.

—¿A quién tiene oculto en el carruaje, Charlie? —preguntó sir William en tono jocoso.

—A una docena de sus desertores, señor.

Sir William se rio.

—Que Dios le bendiga, Charlie.

—Igualmente, señor.

Ambos se dieron la mano, y entonces el cochero hizo chascar el látigo y los caballos emprendieron el trote sobre los adoquines del patio exterior hacia Market Street. Lee y los oficiales británicos cabalgaban en cabeza, mientras que los sirvientes iban a la zaga del carruaje.

El séquito de Lee se entregó a una feliz cabalgada. Los oficiales hicieron alarde de su habilidad como jinetes por las calles de la ciudad, luego galoparon a través de Northern Liberties. Por vez primera, el territorio que se extendía hacia el norte estaba libre de patrullas rebeldes, y los jóvenes casacas rojas podían cabalgar a placer.

Era el primer día del año que disfrutaban de tan despreocupada libertad. A lo largo de la primavera, las patrullas rebeldes habían tendido emboscadas y atacado a las partidas de forrajeadores que aún buscaban comida oculta en las granjas del norte. A medida que el tiempo fue mejorando, y a medida que la tierra se tornó más benigna para las operaciones a caballo, la actividad rebelde había aumentado. Las encarnizadas escaramuzas habían dejado casacas rojas muertos en granjas y maleza. En los bosques que crecían entre prado y prado, los americanos estaban en casa, y las compañías británicas, entrenadas para las maniobras propias de la batalla a campo abierto, eran vulnerables. Los rebeldes, acostumbrados ahora a la victoria, abucheaban a sus enemigos, torpes en ese estilo de guerra.

Pero la victoria también había hecho que se confiaran demasiado. El día antes de que Lee partiera para unirse al ejército de Washington, las patrullas rebeldes se concentraron hasta sumar más de mil quinientos hombres. Tenían proyectado barrer la campiña hasta llegar a las líneas defensivas de la ciudad y atacar a las partidas destinadas a la tala de leña y encargadas de suministrar combustible a la atribulada ciudad.

Pero un granjero lealista había llevado a la ciudad aviso de la concentración, y los británicos, concedores del paradero del enemigo, habían organizado un ataque nocturno.

—Por lo visto —dijo lord Robert Massedene, que se acercó al trote a Vane y señaló hacia una columna de humo que se alzaba en el horizonte primaveral—, hemos tenido éxito.

—Si hubiéramos fracasado ya lo sabríamos —dijo Vane con cierta descortesía.

Aún le caía mal Massedene, y esa animadversión estaba alimentada, aún más, por los celos que le había provocado la viuda durante el otoño anterior, aunque, al trabajar tan de cerca en el Estado Mayor de sir William, no podían ignorarse. Vane trataba al lord con distante educación, mientras que Massedene, para secreto desagrado de Vane, seguía actuando como si no pasara nada.

—Esta mañana tienes mejor cara, Vane.

—¿Mejor cara?

—Todos creíamos que habías cogido unas fiebres estos días atrás. Tenías a Billy preocupado.

Vane recordó al instante el bulto ensangrentado y espasmódico de la celda del asilo. La culpa se le enrolló en las tripas como una serpiente; sintió frío, y espoleó a su caballo para que Massedene no le viera la cara.

—Un mero resfriado, milord, nada más.

—Billy creía que estabas deseoso de entrar en acción.

—¿Acaso no lo estamos todos? —dijo Vane.

Había un tinte de petulancia en su voz, una petulancia que compartía con muchos en el ejército de sir William.

Había llegado la primavera, pero el general no marchaba contra el ejército rebelde. Las tropas seguían holgazaneando en sus cuarteles de invierno, preguntándose si los rumores sobre los franceses, sobre la renuncia de sir William y sobre las negociaciones de paz eran ciertos. Algunos oficiales, resentidos con el hecho de no poder desenvainar las espadas, refunfuñaban y decían que sir William amaba más América de lo que amaba Gran Bretaña. Otros, como Vane, le animaban a marchar. Pero el general pedía paciencia.

—Dentro de poco les ofreceremos un tratado de paz muy generoso. No provoquemos su odio ahora que buscamos su amistad.

Sin embargo, el granjero lealista que había sido testigo de la concentración de tropas rebeldes en la posta de Crooked Billet había forzado la mano de sir William. Tal alarde de fuerza por parte de los americanos, tan cercano a la ciudad, no podía ser ignorado. Y así, a mediodía, los oficiales que cabalgaban en cabeza del carruaje pasaron por el lugar en el que había tenido lugar la carnicería nocturna.

Seis casacas rojas habían resultado heridos durante la operación, pero más de un centenar de rebeldes yacían sin vida. Charles Lee, montado en la yegua de sir William, observó los cuerpos con horror.

—¿Qué ha ocurrido?

—Huyeron —dijo, riéndose, un mayor de los rangers de la Reina, ataviado con su uniforme verde. La caballería lealista luchaba una guerra encarnizada contra sus compatriotas rebeldes—. Los centinelas estaban dormidos, como ocurrió en Paoli's Tavern.

Christopher Vane cabalgó al paso entre los cuerpos. Las hogueras del campamento rebelde aún humeaban. Había un saco de harina de maíz junto a una de las hogueras, y a su lado un par de botas demasiado destrozadas como para servir de botín. El dueño de las botas, con los calcetines llenos de agujeros, yacía sin vida por un corte de sable a cinco pasos de distancia. Los casacas rojas le habían arrancado las ropas en busca de monedas, pues algunos hombres las escondían entre las costuras de las chaquetas y los pantalones. Una cantimplora británica de latón, atravesada por una bayoneta, le colgaba del cuello ensangrentado.

—¿Quiénes eran? —preguntó Lee.

—Los hombres de Lacey —dijo el mayor de los rangers, satisfecho de jactarse de su éxito ante el general rebelde.

—Nos traicionaron —dijo Lee con amargura.

—Que sirva por las veces que nos han traicionado a nosotros —dijo el mayor con dureza.

Lee sacó a su yegua prestada de allí. La posta de Crooked Billet aún ardía. Una de las vigas del techo se desplomó provocando un remolino de pavesas que hizo que el



animal se asustara. Un granero, en la parte trasera de la posta, que había sido utilizado como almacén de paja, no era ahora más que un montón de cenizas. Entre las brasas, envueltos en humo, Lee pudo ver un grupo de cadáveres renegridos. El aire olía a carne asada.

—¿Patriotas? —preguntó Lee.

El mayor asintió.

—Se les incendió la paja cuando abrieron fuego. —Rio como si considerase que el destino de los rebeldes era bien merecido.

Lee espoleó su montura para alejarse de la terrible escena. Vane permaneció allí. Los cadáveres calcinados le resultaban fascinantes. Estaban chamuscados y encogidos por las llamas, tan solo eran reconocibles como humanos por la forma de sus cuerpos. Se volvió al oír los cascos de un caballo a su espalda. Era Sam Gilpin, que, atraído por su misma curiosidad, se acercaba a ver los cadáveres.

—Eso te enseñará, Sam, a no abrir fuego cuando estés en un granero repleto de paja.

—No abrieron fuego, señor. —Vane levantó una ceja y Sam, que contemplaba el horror, sintió la necesidad de explicarse—. Los empujaron dentro una vez que había empezado el fuego.

Vane soltó una abrupta carcajada.

—No digas tonterías, Sam.

—Eso es lo que están diciendo, señor. —Sam señaló con el mentón hacia una docena de hombres con el uniforme verde que descansaban más allá de la posta—. Están jactándose de ello, señor.

—¿Empujados dentro?

—Lo negarán, señor. Pero el mayor tuvo su parte en ello —dijo Sam, haciendo un gesto con la cabeza hacia el oficial de los rangers, que había adoptado el papel de guía triunfal de la masacre para Charles Lee.

Vane supo que Sam decía la verdad. Los soldados rasos alardearían de algo así con otros soldados rasos como Sam, pero el horror sería negado con vehemencia por los oficiales.

—¿Te han dicho por qué lo han hecho?

—Uno de ellos disparó a uno de los nuestros por la espalda.

—En ese caso lo merecían. Así aprenderán a no ser traicioneros.

Sam hizo una mueca al oír el cruel comentario.

—Habla como el sargento Scammell, señor.

El joven, que seguía intrigado por la diatriba de Vane en los establos, había dicho el nombre del sargento a sabiendas, pero lo que no se esperaba fue el efecto de sus palabras. Vane tiró de las riendas del caballo y se encaró con Sam. Los músculos del cuello del capitán se tensaron.

—¿Cómo te atreves, Gilpin? ¡Maldito cerdo insolente!

—Señor, yo...

—¡Y cierra la puta boca cuando te hablo! ¡Por Dios, te olvidas de quién eres! ¿Crees que por el hecho de ser mi sirviente no estás sujeto a la disciplina? ¡Podría ordenar que te azotaran, soldado Gilpin, hasta que la sangre te empape las botas! ¡No lo olvides!

Lee y Andre, alarmados por el estallido de furia, se dieron la vuelta para escuchar. Sam no dijo nada. Era consciente de lo febril y sensible que estaba el capitán Vane desde el día en que conoció a Caroline en la iglesia, aunque aún no había visto en él una explosión tal de cólera.

—¡Me pones enfermo! —gritó Vane—. ¡Eres un cateto! ¡Un ignorante y un descarado! ¡Me tienes harto! ¡Apártate de mi vista!

—Lo lamento...

—¡Vete a la mierda!

Sam hizo dar media vuelta a su yegua. John Andre, preocupado por la situación, espoleó el caballo y se acercó a Vane, pero este hundió los talones en los costados del semental y pasó de largo para dirigirse al mayor.

—Debería decirles a sus hombres que se callaran la boca, mayor.

El ranger miró a Lee, pero el general rebelde estaba lo bastante lejos como para no oír lo que se decía.

—¿Por qué?

—Sabe perfectamente por qué. —Vane aún hablaba con rabia.

El mayor, que había sido granjero en Pensilvania antes de empuñar el sable, se sintió insultado por el tono de voz de Vane.

—¿Quién es usted para darme órdenes, capitán?

Vane respiró profundamente para calmarse.

—Me llamo Christopher Vane, señor. Formo parte del personal del Estado Mayor de sir William.

—Yo soy Moir, mayor William Moir.

Moir era un hombre corpulento de cara demacrada y manos lo bastante grandes como para estrangular a un buey. Los ojos de Moir no paraban quietos, se movían de un lado otro sin cesar. Era una costumbre adquirida en los bosques, donde, al igual que todos los rangers, jugaba al gato y al ratón con los hábiles exploradores americanos. Tenía arrugas en torno a los ojos.

Vane, que no quería ofender al oficial americano, sonrió.

—Mayor, me trae sin cuidado que haga quemar vivos a todos los rebeldes que hay de aquí a las montañas. Yo mismo le ayudaré a echar a esos hijos de puta a las llamas, pero haga que sus hombres guarden silencio al respecto.

Moir hizo un seco asentimiento. Miró sin emoción hacia el granero humeante donde yacían los cuerpos.

—Los muy cabrones nos dispararon por la espalda. Ya nos habíamos hecho con la posta, pero dispararon igualmente.

—En ese caso hizo lo correcto, pero sir William no se mostraría satisfecho si lo

supiera.

Moir esbozó una leve y desagradable sonrisa.

—Hay muchas cosas de las que pasan aquí que a sir William no le gustarían. No es que esta guerra sea entre caballeros, capitán.

—Puedo asegurarle que sir William no se enterará por mí. —Vane sintió que se desprendía de una pesada carga. Al menos no era el único que consideraba que la brutalidad era un claro camino hacia la victoria.

Por muy querido que fuera sir William, su estrategia tenía a los soldados encorsetados hasta la asfixia. Una rebelión no se derrotaba siendo considerado con los rebeldes, sino a base de brutalidad y fuerza.

—A cambio, mayor, quizá pueda ayudarme.

Los ojos de Moir, por vez primera, se quedaron inmóviles al observar suspicazmente al elegante capitán Vane.

—¿Un favor?

—¿Conoce esta zona?

—Me crie aquí.

Vane sintió esperanzas renovadas. Había obtenido un nombre en una celda sangrienta del manicomio, pero nadie de la ciudad sabía de quién se trataba, y el capitán Vane había empezado a sumirse en la desesperación.

—Estoy buscando a un hombre llamado Davie Logan. Es tuerto y tiene la nariz rota...

—Conozco a Davie —le interrumpió el mayor—. Le rompió la nariz un predicador borracho, en el molino, y perdió el ojo cuando la esposa del predicador le atacó con un espetón de chimenea.

Vane, a pesar de su emoción, sonrió divertido.

—¿Un predicador?

—Un baptista empapado en ron —dijo Moir con desprecio—. ¿Por qué le busca?

Vane no respondió a la pregunta.

—Tengo entendido que es barquero.

—Cualquiera que tenga un bote en el río dice ser barquero —dijo Moir—. Davie es algo más. Suele llevar comida a la ciudad.

—¿Y mensajes? —sugirió Vane.

Una vez más Moir miró fijamente a Vane. Pensó unos instantes y luego asintió.

—Puede ser. —Su tono de voz daba a entender que jamás había valorado tal posibilidad, pero que ahora, al pensarlo, tenía sentido—. ¡Por Dios, sí! ¡Lleva comida a la ciudad! ¿Por qué iban a dejarle esos cabrones hacerlo si no es a cambio de algo? ¡Dios! —Moir se golpeó la enorme palma de la mano con un puño igual de grande; luego miró a Vane con preocupación—. ¿Está seguro?

—Sé que avisó a los defensores de Fort Mercer de nuestro ataque el otoño pasado. Un prisionero lo ha confesado.

Moir no parecía convencido.

—Esos hijos de puta son capaces de decir cualquier cosa por un mendrugo de pan.

Vane decidió que tenía que ofrecer algo a cambio de los conocimientos de Moir. Se giró en la silla y miró hacia los cuerpos chamuscados.

—Hay cosas que pasan en la ciudad de las que sir William no tiene ni idea. —La silla crujió cuando Vane se volvió de nuevo para mirar al mayor—. El prisionero dijo la verdad. ¿Cómo puedo dar con Logan?

—Es un cabrón escurridizo. En cuanto presiente el peligro se hace al río. —Moir miró hacia el norte—. Y hay unas cuantas casas rebeldes entre nosotros y él.

—Pero si hace entregas de comida a la ciudad, ¿no le encontraré allí?

—Es un lugar grande —dijo Moir sin más—. Y puede que no haga el recorrido completo. Quizá se encuentre con otro barco a mitad de camino. —Se encogió de hombros y Vane sintió que sus esperanzas, una vez más, se desvanecían. Moir negó con la cabeza—. Hay poco que entregar en esta época del año, capitán. Puede que Davie no baje el río hasta dentro de un par de meses.

Vane miró pensativo a las pequeñas columnas de humo.

—¿Podría dar con él una patrulla de rangers?

—Nada me produciría mayor placer —dijo Moir, ceñudo—. Pero para ir hasta allí necesitamos un permiso expreso de sir William.

—Lo obtendré.

—No se lo darán. —Moir se rio—. Por lo que parece, ahora tenemos que hacernos los simpáticos con esos cerdos. Solo se nos permitió venir hasta aquí porque esos necios tuvieron a bien subirse solos al cadalso. —Moir chasqueó los dedos de pronto—. Hay un hombre que conoce a Davie Logan y que trata con él. Ezra Woollard.

—¿El capataz de Becket?

—Ezra se entera de todo lo que ocurre en el río. —La alabanza de Moir fue poco entusiasta—. Si hay alguien que conozca los movimientos de Davie, ese alguien es Woollard.

—Por Dios, que me ha sido de gran ayuda. —Vane había llegado a un callejón sin salida hasta toparse con aquel enorme hombre de Pensilvania.

Moir hizo un gesto hacia el granero.

—Y no diré nada...

—Mi querido mayor Moir, abrieron fuego estando dentro de un granero lleno de paja. —Vane, alertado por un gesto de alarma de Moir, se volvió y comprobó que Charles Lee se acercaba.

El general rebelde alzó la mano.

—Espero que sepa disculparme, Vane. No puedo soportar la idea de comer aquí.

—Le echaremos de menos, señor —dijo Vane, quien, olvidándose de momento de las revelaciones de Moir, y volviendo a adoptar la pose elegante de un oficial del Estado Mayor, llevó a su caballo hasta el carruaje—. Quizá nos encontremos en el

campo de batalla.

—A no ser que Billy logre sellar la paz —dijo Lee esperanzado mientras observaba el granero con horror—. Vendremos a comer cuando seamos amigos de nuevo, Vane. Seré un gran hombre en un país nuevo. Puede que incluso le pongan mi nombre a alguna ciudad.

John Andre se había unido a ellos.

—Iré a su ciudad, Charlie. Estoy convencido de que será un lugar dedicado a la diversión.

Lee tiró de las riendas de su caballo: le había acudido a la mente un horrible pensamiento.

—¡Dios mío! ¿Creen que le pondrán a alguna ciudad el nombre de George? ¡Qué lugar más aburrido sería! —rió, y se dejó caer del caballo prestado deslizándose—. Que Dios le guarde, Vane.

—Hasta ahora no lo ha hecho mal, señor. —Vane estrechó la mano de Lee.

El resto de los oficiales del Estado Mayor se abrazaron a Lee o le dieron un apretón de manos. Aún le fueron entregados más regalos al general rebelde, así como una lluvia de parabienes y una saludable batería de bienintencionados insultos. El cochero, que volvería a la ciudad cuando hubiera concluido la entrega, observó con estoicismo el paisaje soleado que tenía delante y en el que las moscas se arremolinaban sobre los cuerpos calcinados.

—¡Podrán comer conmigo cuando caigan prisioneros! —Lee les dedicó a los oficiales una reverencia y abrió la puerta del carruaje.

John Andre, que se acercó a la carroza, creyó ver en el interior la silueta de una mujer cubierta con un chal.

—¿Quién es, Charlie?

—Parte del botín que me llevo de Filadelfia. —Lee cerró la puerta con presteza, pero subió la cortina y bajó la ventana. Acto seguido golpeó la puerta del vehículo dos veces—. ¡Suerte, bastardos!

—¡Suerte, Charlie!

El carruaje empezó a avanzar y Andre intentó ver quién era la mujer del chal, pero esta mantenía el rostro oculto. La carroza dio unos botes al borde de la carretera y luego traqueteó hacia el norte. Cuando estaba a unas veinte yardas de distancia, una bandera rebelde surgió de la ventana.

—¡Menudo cabrón! —rió Andre ante el último gesto de despedida de Lee.

Entonces, de pronto, la otra ventana se abrió y una muchacha asomó la cabeza.

—¡Sam! ¡Sam!

Sam, que estaba desplegando la comida en un prado más allá de la carretera, alzó la mirada.

—¡Adiós, Sam! —Era Maggie, sin el chal y con el cabello suelto, feliz más allá de lo que podía haber soñado, y viajando para ser presentada ante el general Washington como la señora Lee—. ¡Ven a visitarnos, Sam!

Sam se la quedó mirando y se echó a reír. Le dijo adiós con la mano y le lanzó un beso. Maggie había encontrado su paraíso más allá de las colinas y se dirigía hacia él en un carruaje.

Christopher Vane observaba horrorizado.

—¿Qué ocurre, Kit? —le preguntó Andre a su amigo con preocupación.

—Sacharissa —dijo Vane como si estuviera en trance.

Andre se rio.

—¡Lo es! ¡Un hombre afortunado este Charlie!

—¡Maldito sea! ¡Se la prometí a otra persona!

—Hay muchas más en el lugar de donde viene —dijo lord Robert Massedene secamente.

Pero Vane estaba pensando en el sargento Scammell, en su pacto con el diablo, y se preguntaba cómo iba a honrar tan horrible pacto. Aunque ese problema podía esperar, ya que estaba cerca del siguiente eslabón en la cadena de traición que le llevaría hasta el enemigo que había en el entorno de sir William. En un campo en el que el olor a carne asada le había dado consuelo, Vane tenía esperanza.

A la mañana siguiente, después de su excursión a Crooked Billet, Sam volvió de ejercitar a los caballos y se encontró al sargento Scammell de pie en la cocina.

—¡Señorita Sam! —dijo el sargento mientras cortaba un trozo de queso—. ¿Te estoy ensuciando la cocinita?

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—No seas grosero, Sam. Esas no son formas de saludar a un viejo amigo. — Scammell dio la vuelta a la mesa blandiendo el cuchillo del queso como si fuera un arma. Apoyó la punta de la hoja en la tripa de Sam, pero el soldado ni se movió ni dio muestras de tener miedo. Scammell se rio—. No se me ha olvidado, muchacho. Te debo una paliza.

—Cuando sea, sargento.

—No, chico. Cuando yo quiera. —Scammell apretó el cuchillo con la fuerza suficiente para atravesar la vieja casaca de Sam y rozarle la piel, luego lo retiró y lo lanzó a la mesa.

—He oído que mi puta se fue con un pimpollo yanqui ayer.

—Al fin ha encontrado un hombre —dijo Sam.

Scammell hizo oídos sordos al insulto.

—Mucho más de lo que hubiera encontrado en tu hermano. ¿Es este tu uniforme? —Scammell palpó la nueva casaca roja de Sam, que colgaba sobre el hogar. Sam la había limpiado y planchado porque tenía que servir en una cena elegante que daba sir William esa tarde. Todos los sirvientes de los oficiales del Estado Mayor debían acudir.

—No —dijo Sam—. No es mío.

—Entonces no importará si se mancha, ¿verdad? —Scammell cogió un trozo de carbón de la mesa.

—No lo haga —advirtió Sam.

Scammell se volvió, miró a Sam a los ojos y, suavemente, volvió a dejar el trozo de carbón en la mesa.

—Te estás volviendo un insolente, Sam. Me han contado que ayer enfadaste a tu pimpollo. Si lo haces otra vez, te mandará de vuelta conmigo, ¿sabes?

Sam no dijo nada. El capitán Vane, desde su estallido de cólera el día anterior, se había mostrado distante con Sam, y el soldado temía exactamente lo que estaba diciendo Scammell. Sam no comprendía lo que le había pasado al capitán, tampoco la conexión que Vane tenía con aquel sargento astuto y medio loco.

Scammell rio entre dientes.

—Tu pimpollo es un buen tipo. No es tan blando como creía. Unos pocos más como él y no estaríamos lloriqueando por las esquinas de esta puta ciudad. Les

estaríamos dando a los rebeldes una buena tunda. —Scammell peló la corteza del queso y la dejó caer al suelo—. ¿Cómo esta esa putita tuya? Hace tiempo que no la veo por ahí..., y eso que mantengo los ojos abiertos.

—No es mía.

—Quizá me ponga a buscarla. —Scammell miró a Sam de reojo—. Me haría ganar un buen puñado de peniques. Puede que tu pimpollo me la consiga, Sam. Tenía pensado devolverme a Maggie...

—Mentira —dijo Sam descreído y en tono burlón.

—¡Señor! —Scammell dejó caer el queso y adoptó la posición de firmes cuando el capitán Vane abrió la puerta.

Vane parecía avergonzado de ver a Sam.

—Has vuelto pronto.

—Después de lo de ayer no les hacía falta mucho ejercicio, señor.

Vane gruñó.

—Supongo que no. Tome.

Esa última palabra estaba dirigida al sargento e iba acompañada de una bolsa de monedas que tintineaba.

—¡Señor! ¡Gracias, señor! —De pronto Scammell se volvió muy correcto.

—Puede retirarse, sargento.

—¡Señor!

Scammell dio media vuelta, pisó la corteza de queso con su bota derecha y acto seguido pasó junto a Sam y se dirigió al pequeño jardín trasero.

Sam sintió que la tensión se evaporaba de su cuerpo cuando el sargento se fue. El capitán Vane, incómodo por el hecho de que Scammell hubiera sido visto en la casa, palpó la casaca colgada de Sam.

—¿Le he oído decir que yo le iba a devolver a su esposa?

—Sí, señor. —La voz de Sam aún vibraba con resentimiento después de lo ocurrido el día anterior.

Vane frunció el ceño al oír el tono de Sam.

—Hay cosas que son difíciles de comprender en una guerra, Sam. Cosas crueles.

Era evidente que el capitán estaba usando un tono conciliador para enmendar lo sucedido en la posta. Pero Sam no estaba de humor como para recoger la rama de olivo.

—Pero Maggie era una muchacha agradable, señor.

—¿Agradable? —dijo Vane a toda prisa—. ¿Agradable? Tú eres agradable, Sam. Yo puedo ser muy agradable cuando quiero, puede que incluso George Washington lo sea a veces. Billy lo es. ¿Y de qué sirve eso en la guerra?

—No lo sé, señor.

—¡La guerra no es agradable! —Vane volvía a estar irritado—. La guerra es sangrienta, Sam. Es el último refugio de la política. Es lo que hacemos cuando nada más funciona. Yo solía pensar que era bella; banderas, caballerosidad, jinetes



gloriosos, pero no lo es. Es sangre, dolor y cuerpos chamuscados. No es agradable, Sam. Nada agradable. Pero es necesaria, y esta lo es, para que todos esos bastardos no establezcan una república en las colonias. Y si intentamos ser agradables, lo conseguirán. ¿Quieres perder esta guerra?

Sam, al oír la extraordinaria intensidad de la voz del capitán, no pudo evitar preguntarse por qué el sargento había recibido dinero de él.

—No, señor. No quiero perder.

El ánimo de Vane, tan voluble e impredecible en aquellos días, de pronto se tornó más sosegado una vez más.

—Lo lamento, Sam. No debería haberte gritado ayer. —Vane se había dado la vuelta para no tener que mostrar la cara mientras ofrecía la vergonzante disculpa. Volvió a tocar la casaca limpia.

—¿Hoy vas de *macaroni*?

—Sí, señor —dijo Sam algo más afectuoso.

—Supongo que yo también tendré que emperifollarme. —Vane hizo una pausa—. Y, Sam...

—¿Señor?

—Me alegra que Sacha... Maggie se fuera con Lee.

—Gracias, señor.

—Y ahora piérdete, granuja. —Era evidente que Vane estaba contento de que las tensiones entre ambos hubieran acabado—. Y no vayas a derramar vino durante la cena.

Sam sonrió.

—No, señor.

Fue una cena pródiga. Hicieron falta seis mesas largas, dispuestas en forma de herradura, para acomodar a todos los invitados; oficiales de rango superior y sus ayudas de campo. El almirante, lord Howe, había acudido a la ciudad desde Delaware Bay, lugar en el que estaba anclada la flota, y se había traído consigo a un puñado de oficiales de Marina. Sam, junto con el resto de los criados, servía vino y filetes de buey, pavo y cordero.

La cena tenía una razón de ser, pero sir William no quería darla a conocer hasta que el vino hubiera alegrado el humor de sus hombres. En su lugar, se limitó a escuchar las conversaciones que circulaban a su alrededor, y se asombró al comprobar la belicosidad de sus mandos. Se brindó por la escaramuza de Crooked Billet, y sir William percibió que aquellos hombres necesitaban ser liberados de sus cadenas. La posibilidad de que los franceses pudieran entrar en la guerra no parecía preocuparles lo más mínimo. La mayoría dudaban que fuera a ocurrir, mientras que otros incluso agradecían que pudiera darse.

—Que vengan —gruñó un coronel—, si algo se nos da bien a los ingleses es matar gabachos.

Un capitán de la Marina vitoreó las palabras del coronel y propuso que, si los

franceses declaraban la guerra, debían hacer una fiesta para celebrar la oportunidad de poder masacrar a los enemigos tradicionales de Gran Bretaña.

—¡Una fiesta como no se haya visto en América!

El coronel alzó su copa.

—¡Por los franceses, caballeros, que vengan a la matanza!

Hubo un aplauso de entusiasmo. El almirante lord Howe, que compartía la esperanza de paz de su hermano menor, no se unió al brindis.

Lord Robert Massedene se encogió de hombros y se dirigió a sir William.

—¿Celebraría una fiesta así, señor?

—¿Para celebrar la inminente debacle de los franceses? Sería fantástico, pero no estaré aquí para hacer tal cosa, Robert. Mi renuncia ha sido aceptada, y sir Henry Clinton me sustituirá en cuanto pueda venir desde Nueva York. ¿Le importa pasarme la salsa?

Pidió la salsa con el mismo tono de voz indiferente con el que acababa de confirmar el rumor de que se marchaba.

La salsa permaneció en su sitio.

Hubo silencio en torno a sir William, un silencio que se fue extendiendo a medida que el susurro iba recorriendo las mesas.

—Eso sí —sir William fingió no haberse percatado del silencio repentino—, seguiré en América como comisionado de Paz, pero creo que sería injusto de cara a sir Henry que me quedara en Filadelfia. Me temo que tendrá que ser Nueva York. No es una ciudad que me guste particularmente, pero —finalizó, pensando en que después de años de lucha, y a pesar de las victorias, los británicos seguían recluidos en tres pequeños enclaves en una esquina del continente— tampoco es que haya mucho donde elegir, ¿no es así? ¿Puedo suplicar que me pases la salsa, Robert?

—La salsa, señor. —Lord Robert Massedene se la entregó.

Un coro de protestas desbordó a sir William. La cena había sido organizada para dar a conocer su inminente partida, y la consternación que causó le emocionó en lo más profundo. Hombres que hasta entonces habían abogado por una política más enérgica ahora protestaban por su marcha. Sir William alzó la mano para que bajaran la voz; nadie obedeció, y el general tuvo que enjugarse las lágrimas de los ojos.

—Hasta ahora todo el mundo criticaba que no hacía más que roncar, ¿no es así, Kit?

Vane se sonrojó. Nunca hubiera pensado que el injurioso verso que tanto se había preocupado de propagar pudiera llegar a oídos del general.

Al verle sonrojarse, sir William se echó a reír.

—¡Nos hizo mucha gracia, a los dos!

Christopher Vane estaba desconcertado.

—Le echaremos de menos, señor. A los dos.

—Cuanto antes me vaya, antes me olvidaréis —dijo sir William, confiando en que no fuera cierto.

—Pero no dejaremos que se vaya, señor. —Vane golpeó la mesa con un cucharón, pidiendo el silencio de todos los oficiales—. No dejaremos que sir William se vaya... —dijo de nuevo— ¡sin una fiesta de despedida que sea recordada para siempre en estas colonias!

La propuesta fue recibida con vítores. Sir William negó con la cabeza.

—¿Vais a celebrar que me voy?

—Celebraremos los triunfos, señor —dijo Vane con firmeza.

Sir William se rio.

—Sería una fiesta diminuta, Kit. ¿Qué serviríais? ¿Una cura de humildad?

—¡No! —Vane protestó con tal vehemencia que Sam, ocupado en una de las mesas, se volvió para mirar a los invitados. Vane, que tenía en mente pedirle un favor a sir William, se lanzó a declamar un bien ensayado panegírico—. Desde que llegó a América, señor, nos hemos enfrentado seis veces al enemigo en batalla campal. En todas y cada una de esas ocasiones, nos hemos alzado con la victoria. Se capturó Nueva York y Filadelfia. Desde Bunker Hill hasta Germantown no hemos conocido la derrota. ¡Por tanto, propongo una celebración que esté a la altura de los triunfos de la antigua Roma!

—¡Secundo la moción! —dijo un capitán de navío, y todos los invitados, esta vez incluido el almirante, golpearon la mesa con los cubiertos para apoyar al orador y provocar una placentera sensación de vergüenza en sir William.

—¡Por Dios, Kit, haces que parezca algo! —dijo sir William con cierto aire nostálgico.

Vane levantó la mano para que se hiciese el silencio en el salón.

—Hablaré en favor de la moción, señor.

—¡Ponte de pie, Kit! —gritó alguien, y la orden halló eco en otras voces hasta que Vane empujó la silla hacia atrás y pidió silencio con un gesto.

—En Bunker Hill, señor, se hizo con el campo de batalla y lo mantuvo. En Brooklyn Heights provocó la huida del enemigo. En White Plains logró desalojarlos de sus fortificaciones. Tres mil enemigos se rindieron en Fort Washington. En Brandywine fueron superados, sucumbieron al pánico y acabaron derrotados. En Germantown repelió su repentino ataque y su temeridad sufrió el castigo de la derrota. Ha conquistado su mal llamada capital. Jamás ha sido derrotado. —Una vez más Vane detuvo los aplausos. Luego miró alrededor del salón—. ¿Se opone alguien a la moción?

—¡No! —Hubo un rugido de aprobación. La habitual modestia de sir William quedó sepultada bajo la marea de afecto que le rodeaba.

—Creo, señor —dijo Vane ofreciendo una reverencia—, que la moción ha tenido éxito. Celebraremos sus gloriosas victorias como merecen.

Sir William le dedicó a Vane una sonrisa triste pero agradecida.

—Quizá podamos celebrar la paz en su lugar, Kit.

—La victoria es la paz —dijo Vane; era su nuevo credo, y una vez más un vótor

inundó el salón.

Finalizada la cena, y mientras la mayoría de los invitados trasegaban tranquilamente brandy y oporto, sir William dio su habitual paseo por el jardín. Le gustaba pasear solo, pero esa noche Vane suplicó el privilegio de acompañar a su general.

—¡Con sumo placer! —Sir William, aunque suspicaz después de tanta lisonja vertida por el capitán, sonrió—. Ha sido todo un detalle que aplaudieran, querido Kit, pero poco apropiado.

Vane sonrió.

—¿Poco apropiado, señor?

—Tres mil enemigos capturados en Fort Washington no suman los seis mil perdidos en Saratoga. —Sir William caminó en silencio unos pasos mientras su perro, que era por quien daba el paseo de la noche, escarbaba bajo un arbusto—. Nuestra única oportunidad de éxito es que los rebeldes se avengan a aceptar la propuesta de paz.

—Si usted lo dice, señor... —Vane, aunque no estuviera de acuerdo, se cuidó de airear su opinión.

—Y los franceses están ansiosos por unirse al baile —dijo sir William con tristeza.

—Puede que los rebeldes consideraran la propuesta de paz si sufrieran otra derrota.

Sir William rio con amargura.

—Creo que ya tuvimos esta conversación hace unos seis meses. Una victoria más y llegará la paz, ¿no es eso lo que decíamos? Pues bien, obtuvimos nuestra victoria, pero no nos sirvió de mucho, así que quizá tengas razón. Quizá debería dejar que vosotros, inconscientes, tomarais las riendas por un tiempo. ¿No es eso lo que te gustaría, Kit? Sé que quieres algo, ¿o acaso ese fabuloso panegírico ha sido fruto de tu buena voluntad?

Christopher Vane forzó una sonrisa.

—Creía que estaba siendo muy sutil, señor.

—No. —Sir William recorrió el césped en silencio unos segundos y luego miró a su ayuda de campo de reajo—. Cuando te tomé a mi servicio, Kit, el verano pasado, después de que hicieras alarde de tanta valentía, ¿qué creías que iba a ocurrir?

—¿Ocurrir, señor?

—Tus ambiciones. ¿Qué ambicionabas?

Vane sintió vergüenza.

—Complacerle, señor.

—Tu trabajo me complace. Y mucho. Eres muy eficaz —dijo sir William esbozando una sonrisa—. A veces me inclino a pensar que tiene que ver con el hecho de que te educaste como contable, aunque quizá eso sea injusto.

Vane odiaba que le mencionaran el origen comercial de su familia, pero tampoco

podía negarlo.

—No es injusto, señor, no.

—Pero me has decepcionado en otros aspectos. —Sir William miró a Vane con gesto amable, como si quisiera dejar patente que no debía tomarse a mal sus críticas—. Ves la guerra como si se tratara de una cruzada personal, y no es así. No somos más que instrumentos al servicio de la política. —El comandante en jefe dejó de caminar y se volvió para mirar a Vane a los ojos—. Me adulas para ablandarme, y me temo que pueda ser para servirte de mí en alguna de tus venganzas personales. ¿Quién es esta vez?

Vane estaba horrorizado por la reprimenda. Por un instante se sintió tentado de abandonar su propósito, pero tenía el hedor de la traición metido en la nariz, y estaba convencido de que, destapando aquello queapestaba, podría inclinar la balanza de la derrota y convertirla en victoria.

—No sé si es una venganza o no, señor. Lo que sí sé es que nuestro ataque contra los fuertes del río, el pasado otoño, fracasó debido a la traición. También sé quién llevó el aviso a los fuertes.

Pareció que había sorprendido a sir William, porque el comandante en jefe se quedó mudo de pronto. Su única reacción fue la de hacer una leve mueca, luego se frotó la espalda. Hacía días que le dolía.

—Estoy hablando de traición, señor —dijo Vane, insistente.

—Supongo sí.

—El hombre que entregó el mensaje, señor, debe de tener informantes en la ciudad. Quiero permiso para encontrar a ese sujeto e interrogarle.

—¿Un hombre, dices? —El interés de sir William parecía más cortés que urgente.

—Sí, señor.

Sir William arqueó la espalda y miró a las ramas más altas de un manzano en floración.

—¿Cuántos miles de personas viven en Filadelfia? ¿Treinta mil? ¿Y otros diez mil a unas millas a la redonda? Es probable que un tercio de ellos simpatice con la causa rebelde. No veo cómo encontrar a uno entre tantos puede redundar en nuestro beneficio.

—¡Señor! —dijo Vane con una firmeza un tanto excesiva, pero que obligó a sir William a mirarle a los ojos—. Solo un puñado de personas conocían los planes. ¡Solo un puñado! Eso no son miles.

Sir William, obligado a aceptar su lógica, empezó a caminar de nuevo.

—¿Y cómo has averiguado la identidad de ese hombre?

—Un prisionero rebelde confesó, señor.

—¡Ah! —Al fin sir William mostraba un destello de interés—. ¿Y qué pudo provocar la deslealtad de ese prisionero?

—Quería recuperar la libertad, señor.

—¿Y se la has dado? —Sir William parecía asombrado ante tal muestra de

venalidad.

—Dije que le plantearía su caso, señor, eso es todo.

—¡Te aseguro que no le concedería la libertad a un hombre capaz de tal deslealtad! ¡De ninguna manera! Además, los hombres así son capaces de decir cualquier cosa para obtener sus fines. Cualquier cosa.

—Yo creo a ese hombre, señor.

Y era cierto, pues el teniente James Lynch estaba enterrado en la fosa de la peste, al oeste de la ciudad. Las autoridades de la prisión, que tenían sus propios pecados que ocultar, no habían mostrado escepticismo cuando Vane les contó lo ocurrido. Lynch había atacado a un oficial británico y Lynch había muerto. El asunto estaba cerrado.

Sir William pareció aceptar la fe de Vane en las declaraciones del prisionero.

—¿Y qué te confesó ese desleal prisionero?

—Me dijo el nombre del sujeto que llevó el aviso a Fort Mercer, señor. Un barquero llamado Davie Logan. Vive río arriba, está tuerto y tiene la nariz rota.

Los últimos detalles surgieron de los labios de Vane sin convicción, pero a sir William le resultaron graciosos.

—¿Y qué es lo que quieres hacer con ese barquero tuerto?

—He hablado con los rangers, señor, y dicen que no debería ser difícil dar con él. Están deseosos de hacerlo, señor. Sé que Logan no es importante, pero sí deberíamos saber quién le facilitó la información. Si pudiera averiguarlo, señor, tendríamos a la persona que ha estado filtrando nuestros planes a lo largo del invierno.

Sir William hizo una nota mental sobre la insinuación de que la persona que hubiera traicionado el ataque a los fuertes también era responsable de todos los contratiempos sufridos durante el invierno, aunque no hizo mención de ello. En vez de eso, sir William hundió la punta de la bota en el césped.

—¿Has hablado con los rangers?

—Sí, señor.

—Un tanto precipitado, ¿no te parece?

El general lo dijo con amabilidad, pero Vane detectó en sus palabras una reprimenda más. Había hecho lo posible, con las lisonjas, por restablecer su pasada y estrecha relación con el comandante en jefe, y ahora quiso ofrecer la única excusa posible por haber animado a los rangers a la venganza.

—Solo quería aprovechar su conocimiento del terreno, señor —dijo, y al percibir la tibieza de su propia voz, Vane esbozó una sonrisa de arrepentimiento y se refugió en la confesión de la verdad—. No es cierto, señor. Lo que quería hacer, y para ello me hace falta su permiso, es cabalgar hacia el norte con los rangers para dar con ese tal Logan. Lo podemos hacer en un día, señor, y los rangers consideran que no será complicado.

Sir William, con las manos enlazadas a la espalda, dio unos pasos en silencio.

—Me temo que lo que voy a decir no te va a gustar, Kit, pero debo prohibirte que

sigas indagando en esta cuestión.

—¿Prohibir? —dijo Vane, incapaz de dar crédito.

Sir William se encogió de hombros como si pretendiera disculparse.

—No debes emocionarte con estas cosas. El enemigo tiene espías, como los tenemos nosotros. ¿Cómo hubiéramos sabido si no lo de aquellos pobres desgraciados de Crooked Billet?

—Pero el traidor está en su círculo, señor. ¡Demasiado cerca para su seguridad!

La respuesta de sir William fue interrumpida por la apertura de una de las puertas que daba a la terraza de la parte superior. Lord Howe, resplandeciente con su atuendo de almirante, tenía el ceño fruncido.

—Maldita sea, Willie.

—¿Richard?

—El abrigo y el sombrero. Desaparecidos los dos. Ese chico tuyo, Evans, jura que los colgó en el recibidor. Había venido a ver si los habías cogido.

—Me temo que no he sido yo. —Sir William mostró las manos en un gesto de ignorancia.

—¡Malditos ladrones! —gruñó el almirante mientras volvía a meterse en la casa.

Sir William, recuperando el hilo de la conversación interrumpida, miró a Vane con tristeza.

—Puede que te deba una explicación, Kit.

—Se lo agradecería, señor.

El general arrugó la frente.

—Otto Zeigler me dijo más o menos lo mismo hace tres o cuatro meses. No sabía nada de ese tal Logan, pero sabía lo suficiente como para causarme pesar. —Sir William se encogió de hombros—. No hice nada entonces, y tengo razones para no hacer nada ahora.

Vane, presintiendo que el general le estaba haciendo una confidencia, permaneció en silencio.

Sir William miró hacia la hierba pálida que tanto había sufrido durante los meses de helada.

—Como bien dices, tan solo un puñado de personas sabía lo del ataque; todos ellos oficiales en los que confío plenamente. Pero sí se lo dije a otra persona.

—Ah. —Vane sintió el bochorno intenso del joven al que se le muestran las debilidades de un hombre mayor.

—Así es. No es que Lizzie sea una traidora, eso es una tontería. Pero puede llegar a ser indiscreta, y ha estrechado lazos con Martha Crawl. —Sir William sonrió lleno de remordimiento—. Sé que no soportas a la viuda, pero a mí me cae bien. Me cae muy bien.

—¿Ama a tus enemigos? ¿Haz el bien a quienes te odian?

—Lo que más me gusta de la señora Crawl —dijo sir William regodeándose— es que es casi la única de entre mis enemigos que no me cita las sagradas escrituras

continuamente. Eso sí, no tengo ninguna duda de que compartiría mis planes con sus amigos.

—¿Y no piensa castigarla? —dijo Vane con cierta desfachatez.

—Fue culpa mía, Kit. Yo mismo me traicioné, y no puedo culpar a una rebelde declarada de haberse aprovechado de mi estupidez. —Sir William se encogió de hombros—. Me atrevo a decir que si dices con tu barquero tuerto y le convencieses para que hablara, te llevaría hasta la señora Crawl, pero no veo qué se ganaría con ello. No puede volver a traicionarnos, salvo que yo vuelva a ser indiscreto. No, Kit, debo pedirte que no hagas nada. —Vio la decepción en el rostro de su ayuda de campo—. Además, no tengo intención de molestar a un simple barquero ahora que las negociaciones de paz están al alcance de la mano. La señora Crawl me ha sido muy útil en estas negociaciones, muy útil.

—¿Útil? —Vane era incapaz de ocultar su asombro.

—Es muy útil tener una piedra de toque enemiga —dijo sir William con alegría—, y ahora que Charlie ha vuelto con los rebeldes, no creo que haya otra mejor que la señora Crawl. —El general se rio—. Y tengo entendido que Charlie se llevó a su cortesana con él.

—Sí, señor. —A Vane aquello le había costado cinco guineas.

—Él se encargará de instar al general Washington a aceptar la paz. —Sir William, ahora que la paz que quería era tan necesaria, estaba dispuesto a concederle a su antagonista el rango correspondiente—. La señora Crawl está esperanzada con el tratado. Sus opiniones me alientan, vaya si me alientan.

—Eso haría, señor, alentarle —dijo Vane con rencor—. Siempre y cuando creamos posible la paz, es poco probable que marchemos a la guerra.

Sir William sonrió, tolerante, ante el escepticismo de su ayuda de campo. La sonrisa, lejos de aplacar a Vane, no hizo más que empujarle a uno de esos estallidos de los que luego se arrepentía. Se sentía dolido por el hecho de que sir William le negase salir de cacería con los rangers, y, aunque aún podía recurrir a la baza de Ezra Woollard, Vane supuso que contar con la ayuda del mayor Moir y de sus vengativos jinetes lealistas haría que las cosas fueran más rápido.

—¿Debo suponer, señor, que quizá sir Henry Clinton tenga una opinión diferente respecto a estos traidores?

El rostro de sir William se tornó rojo de ira al instante.

—Sir Henry aún no me ha sustituido, y no lo hará hasta que yo considere oportuno dejar el mando. ¡No hablarás de este asunto con sir Henry ni con ningún otro! —Sir William estaba emparentado con el rey, aunque de forma distante, y había momentos en los que era capaz de exhibir la frígida arrogancia de un monarca. Aquella fue una de esas ocasiones—. ¡No pretendas ser lo que no eres, capitán Vane! ¡Estás a mi servicio porque así lo quise, y del mismo modo puedo devolverte a la nada!

Vane sabía que había ido demasiado lejos. Se sonrojó.



—Pido disculpas, señor.

Pero sir William no se vio aplacado por los remordimientos del capitán.

—¡Olvidarás este asunto! ¡Es una orden!

Vane estaba horrorizado por la reprimenda. Aquel hombre afable, para proteger a su amante y en pos de una quimera de paz, estaba ordenando a Vane que ignorara un acto de traición. Vane fingió que acataba la orden.

—Sí, señor. Por supuesto.

—Si me desobedeces, capitán Vane, te devolveré a tu regimiento. Y ya no habrá ascensos, ¡ninguno!

Volvió a hacerse el frío; volvió a abrirse una brecha entre dos hombres que habían estado muy cercanos cuando, en los esperanzadores días del último otoño, sir William había estado convencido de que con la toma de Filadelfia las colonias volverían a disfrutar de paz y felicidad.

Pero la paz no había llegado, y la felicidad ahora consistía en quemar vivos a rebeldes en graneros llenos de paja. Y, sin embargo, sir William seguía soñando con la amistad de los colonos. No obstante, los sueños de sir William no eran los del capitán Vane, y a este no le engañarían tan fácilmente. Sir William había mencionado a la viuda, y esa mención solo había servido para afilar el deseo de venganza del capitán, quien, si no podía contar con una patrulla de caballería para remontar el río, quizá tuviera que buscar ayuda más cerca de casa, en la persona de un capataz de almacén.

Sir William quería la paz, pero Vane quería la victoria, y se alzaría con ella.

Abel Becket, ataviado con su corbatín negro y pasado de moda sobre su habitual traje austero, se mostraba inusualmente locuaz mientras caminaba junto a Jonathon por el muelle, a la sombra de un mercante amarrado.

—Llevó productos acabados a las plantaciones de Antigua. Relojes, cronómetros e instrumentos de navegación londinenses. Cajas de reloj con acabados de nácar provenientes de Suiza, cristal francés, hojas de espada de Austria, productos de lujo, y todos a Antigua. ¡Tenlo en cuenta!

—No he olvidado nuestro negocio, señor.

Jonathon se puso al lado de su tío y levantó la cabeza para observar el casco cubierto de sal del *Deirdre-Ann*, un mercante cuyas bodegas estaban recibiendo el cargamento del almacén de Becket.

—Compramos productos terminados con especias dejadas en garantía en Londres. Los entregaron en nuestro nombre en Antigua. —Abel Becket repitió el nombre de la isla maravillado al pensar que un lugar tan pequeño pudiera ser capaz de permitirse tantos lujos—. Y los plantadores de Antigua nos han pagado con melaza, ron, añil y caoba sin tratar.

—Como siempre hacen, señor.

Abel Becket fingió ignorar el tono sardónico de su sobrino.

—Y de aquí llevarán la caoba ya tratada, castaño, roble y linaza a Europa. Comercio, Jonathon, comercio. Esa es la savia de estas costas.

Jonathon se preparó para el sermón que sabía que estaba a punto de soportar, ya que su tío no perdía la oportunidad de ridiculizar la simpatía que su sobrino sentía por la causa rebelde.

—¡No la libertad, Jonathon, sino el comercio! «Libertad» es una palabra vacía, una palabra que utilizan los políticos para enardecer a las masas. Y cuando acabe la rebelión, muchacho, las masas seguirán siendo masas, el precio del pan se habrá doblado, y solo los abogados serán ricos. «Libertad» es una palabra que se utiliza en la acuñación de monedas, pero las monedas las produce el comercio, Jonathon, el comercio.

—Eso te gusta decirme, tío.

A estas alturas Jonathon estaba acostumbrado a la propaganda. Observaba los mercantes que esperaban en el río su turno de amarre, pero no le interesaban esos grandes navíos comerciales: lo que quería era ver la chalupa de Caroline. Sin embargo, la única nave en movimiento era un balandro británico que, con las velas desplegadas, estaba abandonando su embarcadero para dirigirse al sur en una interminable labor de patrulla para disuadir a las naves rebeldes que aún merodeaban por la parte baja del río.

—¿Puedes subir bien por la pasarela? —le preguntó Abel Becket a Jonathon en un poco común destello solícito.

—Puedo, señor.

A Jonathon el muñón aún le producía molestias, pero estaba resuelto a soportar el dolor. Todas las mañanas embadurnaba con mantequilla la cazoleta de la pata de palo para evitar la fricción, aunque, en cuestión de minutos, ya le daba la sensación de que se le estuvieran clavando alfileres al rojo vivo en la carne. Había insistido en abandonar las muletas, y ahora se limitaba a llevar un bastón.

La pasarela era empinada, aunque dotada de listones de madera unidos con cuerdas para crear una especie de pasamanos. Jonathon se obligó a subir ignorando el tormento de su muñón y a ocultar cualquier debilidad delante de los marineros británicos, que, bajo la atenta mirada de Ezra Woollard, cargaban la madera en la bodega del *Deirdre-Ann*. A cada lado de las trampillas abiertas había cañones, prueba del peligro que suponían los corsarios americanos. Había munición para la artillería amontonada en unas rejillas junto a los mástiles.

Woollard le dedicó una sonrisa cómplice a Jonathon.

—Te veo ágil como una ardilla, Jonathon.

Jonathon suprimió la instintiva animadversión que sentía hacia el capataz de su tío, quien, en sus años prósperos, había pedido a Caroline en matrimonio.

—Hago lo que puedo, Woollard.

—¡Estarás trepando por los flechastes dentro de nada!

Woollard rio entre dientes, luego se volvió para gritar una orden a los hombres que estaban cargando la preciada madera con cuerdas entrelazadas en intrincados nudos. Tiempo atrás aquellas escenas habían sido el pan de cada día de Jonathon. Solía supervisar el acarreo para evitar desfalcos por parte de los capitanes de los barcos y los estibadores, pero ahora le traía sin cuidado. Vio a hombres rudos subir toneles de carne desecada de buey y barriles de agua dulce por la pasarela de popa, y cómo los cargaban en la bodega.

—He pensado en abrir una tienda de suministros navales —dijo Abel Becket—. Hay capitanes que lo único que quieren es holgazanear por el puerto, y que son capaces de no hacerse a la mar aduciendo que se les ha roto la hebilla del zapato.

—Por supuesto, señor.

Becket sonrió a su sobrino.

—He pensado que quizá quisieras hacerte cargo de ese proyecto. Podrías utilizar la vieja tienda de cuerdas. Solo hace falta darle una mano de cal y agua.

—Eso estaría muy bien, señor.

Jonathon debía mostrar entusiasmo por volver al trabajo, pero no era más que una fachada: en menos de una semana le serían entregados los papeles de la herencia de su padre, los firmaría y, ese mismo día, si Sam había encontrado el uniforme de la Marina, Jonathon se iría de Filadelfia y se olvidaría del comercio y del establecimiento de suministros navales. Viajaría al norte con Caroline, en busca del

ejército rebelde, y solo cuando las batallas hubieran acabado y la guerra estuviera decidida, volvería a reclamar lo que quedara de su patrimonio, si algo quedaba.

Sin embargo, confesar su plan a su tío era coquetear con el desastre, ya que Becket no toleraría tal cosa. Por tanto, durante unos pocos días más, jornadas que contaba como pueda contarlas un reo en espera de ser liberado, Jonathon debía disimular, fingir fascinación con la compra de cáñamo, brea, añil, lienzo y madera, cuando solo soñaba con Caroline y solo añoraba la victoria.

Becket agachó la cabeza para pasar por debajo de unas cuerdas y se dirigió a popa. Una vez allí, y después de llamar de forma mecánica a una puerta alta y bien pulida, la empujó para entrar.

—Buenas tardes, capitán.

—¡Señor Becket! ¡Es un placer, señor! —Un hombre alto, de pelo gris y con el rostro de marino curtido por los vientos, marcó la página de la biblia que estaba leyendo y alargó la mano a modo de saludo—. Y este debe de ser su sobrino.

—Así es. —Abel Becket, en ese momento, incluso parecía estar orgulloso de Jonathon—. El señor Carroll, Jonathon, capitán del *Deirdre-Ann*.

—Una nave magnífica, señor. —Jonathon suponía que esas eran las palabras que se esperaban de él.

—Lo es sin duda. Seis años hará en Pentecostés. Está construida con el mejor roble inglés. —El capitán Oscar Carroll tenía una voz dulce que contrastaba de forma extraña con sus duras facciones. También sufría de un tic que hacía que su ojo izquierdo sufriera espasmos desconcertantes que más parecían descargas de guiños cómplices—. Tu tío me dice que eres un comerciante prometedor, Jonathon, algo poco común.

—Es usted muy amable, señor.

—Es una vida cómoda la del comerciante, aunque no tanto como la de un lobo de mar, ¿eh? —El capitán Carroll hizo un gesto alrededor de su camarote como prueba de su aseveración, y, efectivamente, el camarote era un lugar cómodo y acogedor. Estaba recubierto con paneles de roble pálido en los que había dibujados monstruos marinos. Las ventanas de la galería daban a los barcos amarrados en el río, y Jonathon, habiendo sido invitado a sentarse, observó anhelante en busca de la pequeña chalupa de velas oscuras. Su tío hablaba de Londres con el capitán inglés, de los mercaderes que tenían sus oficinas en Fish Street Hill y en Pudding Lane. Los ánimos en Londres, decía el capitán Carroll, estaban caldeados. La rebelión había trastocado el comercio. Algunos comerciantes se quejaban de la incapacidad del ejército a la hora de poner de rodillas a los rebeldes, mientras que otros aseveraban que nunca debería haberse mandado al ejército, para empezar.

—En Londres hay partidarios de los rebeldes. Nos está costando una cantidad desorbitada de dinero y hay quien piensa que no merece la pena.

—Al diablo nunca le faltan acólitos —dijo Becket apesadumbrado. Hizo una pausa cuando entró un sirviente con una lata caliente de té dulce—. ¿Han tenido

problemas con los corsarios? —Becket formuló la pregunta con nerviosismo.

Carroll negó con la cabeza.

—Este año yo no he visto ninguno, pero he oído que capturaron un barco de Bristol en las islas hará cosa de un mes. —El capitán, cuya cara temblaba por culpa de los espasmos involuntarios, empezó a llenar la cazoleta de una pequeña pipa y luego la encendió con una vela que solo estaba encendida para ese propósito—. Pero la ruta del norte es segura.

—¿Alguna noticia de los franceses?

—Están alerta. —Después de la enigmática respuesta, Carroll expulsó una nube de humo aromático que subió arremolinada hacia las vigas del camarote—. Lo que sí dicen en Londres es que quizá se abandone Filadelfia, señor Becket. —Era evidente que el capitán estaba aireando un rumor para ver cómo reaccionaba aquel prominente lealista—. He oído decir que si los franceses declaran la guerra, necesitaremos tropas en las islas, y solo el Señor sabe de dónde vamos a sacar a esos hombres.

—De la guarnición de Filadelfia no —dijo Becket en un tono que desafiaba toda réplica.

—Si usted lo dice... —Pero el capitán Carroll no parecía muy convencido.

Abel Becket, al percibir vacilación en las palabras del inglés, hizo valer sus argumentos.

—Estará conmigo si digo que los ingleses tienen intención de mantener las colonias. Si es así, ¿cómo van a abandonar la ciudad más grande de América? No, capitán, Filadelfia está segura.

—Por el bien de todos ustedes, así lo espero. Ayudé a sacar a los ciudadanos lealistas de Boston, y no fue un día de júbilo, señor Becket, nada de eso.

—No abandonarán Filadelfia —dijo Becket con absoluta vehemencia.

—Me alegra oír eso. —Carroll, dejando de un lado el asunto, se dirigió a Jonathon, que hasta el momento había permanecido en silencio. El rostro espasmódico del capitán parecía guiñarle el ojo de continuo—. He oído decir que te hirieron luchando con los rebeldes, Jonathon.

—Así es, señor.

—La necedad en la juventud lleva a la sabiduría en la edad adulta, ¿no es así, señor Becket?

Abel Becket no respondió; en su lugar, se dirigió a su sobrino:

—Has aprendido la lección, ¿verdad, Jonathon?

—He aprendido que no hay que avanzar contra la infantería cuando tiene los mosquetes cargados.

El chascarrillo de Jonathon fue recibido por el capitán con una sonrisa.

—Al menos en Londres no habrá infantería para molestarte, eso seguro.

El nombre de la ciudad quedó suspendido en el aire como el humo de la pipa del capitán.

—¿Londres? —La voz de Jonathon surgió como un graznido.

—¿Nos disculpa un instante, Carroll? —dijo Abel Becket.

El capitán miró al tío y luego al sobrino y asintió.

—Por supuesto, por supuesto. —Carroll salió a cubierta, a la luz primaveral donde sus hombres continuaban cargando la mercancía.

La puerta se cerró. Una luz ondulante bañaba el techo del camarote, reflejo de las aguas a popa. Se oía el ruido de cubierta, los pies de los hombres, el crujir de las poleas, pero Jonathon, que presentía lo peor, era ajeno a todo salvo a la expresión severa de su tío.

—¿Londres?

—¿De verdad has llegado a creer en algún momento que voy a permitir que te hagas con una parte del negocio para que se la entregues a los rebeldes?

Jonathon empezó a temblar.

—¿Londres? —Parecía incapaz de decir nada más.

—Estás enfermo, muchacho —dijo Abel Becket con voz severa—. ¡Enfermo de deslealtad! Tu hermana te contagia, y esa zorra con la que te escribes... ¡Claro que sé lo de las cartas! Necesitas una buena cuarentena, y por Dios que la vas a tener.

—No puedes...

—Soy tu tutor. Hago lo que es mejor para ti. —El tío se encaró con el sobrino—. Por Dios, chico, no sabes el favor que te hago. ¡Londres! ¡La ciudad más grande del mundo! Yo jamás he tenido una oportunidad así. ¡Jamás! —Abel Becket sacó unos papeles de un bolsillo interior—. He puesto dinero a tu disposición, lo suficiente como vivir una vida frugal durante doce meses, y te he hecho una carta de recomendación dirigida a John Martin, de Angel Passage. Vivirás con su familia y trabajarás en su casa de cuentas. —Abel Becket le dedicó a su sobrino una extraña sonrisa—. El señor Martin, un buen amigo mío, tiene una hija. Por lo que tengo entendido, no es del todo fea y...

—¡No!

La protesta de Jonathon no se debió solo al hecho de que pretendieran casarle con una londinense, sino a todo aquel despropósito planteado con tal brusquedad.

—Ten cuidado.

—Yo me quedo aquí...

—Harás lo que te diga. —Abel Becket dio un puñetazo sobre la mesa que hizo que la lata de té se tambaleara y que se movieran las piezas de un tablero de ajedrez—. Me desobedeciste una vez, y no volverás a hacerlo. ¡Y te mereces un castigo! El Señor consideró apropiado privarte de la pierna, y si vuelves a recorrer el camino de la desobediencia, estoy seguro de que se cobrará tu vida. Irás a Londres, y allí, en el corazón comercial del mundo, aprenderás el arte de los negocios. Toma, tu dinero y tu carta de recomendación. —Becket empujó los papeles hacia él—. Tus cosas las han subido a bordo hace una hora. He incluido en tu equipaje una biblia que leerás todos los días.

Abel Becket dejó de hablar cuando Jonathon, a pesar del dolor que sentía en el

muñón, se había abalanzado hacia la puerta de la cabina, pero antes incluso de haber alcanzado la mesa, la puerta se abrió y apareció un oficial británico esbelto y vestido de rojo. Jonathon, atónito al verle, se quedó inmóvil.

El capitán Christopher Vane parecía ajeno al ambiente viciado del camarote. Asintió a modo de saludo.

—Los papeles que quería, señor. —Cogió un documento doblado del bolsillo y se lo entregó al mercader—. El salvoconducto oficial. No ha pasado por las manos de sir William, pero servirá. —Vane miró a Jonathon—. Tú debes de ser Jonathon. —El joven no dijo nada—. Eres un joven muy afortunado.

—¿Afortunado?

Vane hizo un gesto hacia el documento que Abel Becket ahora examinaba.

—Eres libre, Jonathon. Ya no eres prisionero del ejército de Su Majestad, y por tanto puedes abandonar la ciudad. Verá que está todo en orden. —Esto último iba dirigido a Abel Becket, quien, sonriendo, se metió el documento en el bolsillo.

—Muchísimas gracias, capitán Vane.

Vane dudó.

—¿Y el señor Woollard? —preguntó el oficial.

—Le he ordenado que le diga todo lo que quiera saber. —Becket esperó a que el inglés se hubiera ido, y luego miró a su sobrino—. ¿Todavía quieres escapar? Ya has oído al capitán Vane. Ahora eres un hombre libre. Puedes salir de este camarote, pero dudo que ni el capitán Vane ni Ezra Woollard vayan a permitir que abandones el barco.

Jonathon permaneció inmóvil. Sabía que en ese momento no podía hacer nada.

Abel Becket, al ver que la actitud desafiante de su sobrino había sido quebrada, sonrió.

—El señor Martin te mandará de vuelta dentro de un año, siempre y cuando considere que has abandonado cualquier simpatía por la rebelión; de no ser así, tiene mi venia para retenerte en Londres. —Becket se inclinó hacia delante—. El Señor te salvó la vida por una razón.

—¿Qué voy a hacer en Londres? —dijo Jonathon apesadumbrado.

—¿Acaso creías que dejaría que te casaras con esa furcia, con esa Fisher? ¿Creías que todo mi trabajo, mis beneficios y mi sudor iban a acabar en sus manos?

—Me casaré con ella aunque tenga que esperar diez años.

Becket esbozó una mueca de desdén.

—Cualquier otro ya te habría desheredado, o habría dejado que te pudrieses en la cárcel, como merecías, pero yo te estoy haciendo un favor, ¡un favor! ¡Londres es una gran oportunidad para aprender! —Becket se apartó de la mesa lentamente y se puso en pie—. Algún día me lo agradecerás.

Los ojos de Jonathon se vieron anegados de lágrimas de rabia al mirar a su tío.

—Te maldeciré.

—Tienes el pasaje pagado. Te alojarás con todas las comodidades dignas de un

caballero, en un camarote de popa. Te ruego que seas educado con mis amigos londinenses. —Abel Becket cogió su sombrero—. Zarpáis esta tarde, con la marea. —Alargó la mano hacia su sobrino—. Adiós.

Jonathon no le estrechó la mano, tampoco respondió, solo se dio la vuelta. Su tío se fue.

El joven esperó. A su alrededor, a merced de una leve brisa que acariciaba las velas recogidas y los mástiles desnudos, el *Deirdre-Ann* crujía. Las ventanas de popa no podían abrirse, y aunque hubiera sido posible, había un centinela británico al final del embarcadero que habría dado la voz de alarma. Jonathon estaba atrapado.

La marea subía y elevaba la nave; se aproximaba, inexorable, el momento en que la embarcación pondría proa al mar para cruzar las inmensas aguas con su cargamento, hacia un lugar en el que Jonathon estaría lejos de la rebelión y de su amada. Buscó la chalupa con los ojos, pero no pudo verla.

Las gaviotas chillaban sobre las trampillas que empezaban a cerrarse, listas para la travesía. El viento se volvió más fresco, y Jonathon esperó a la noche, durante la cual, juró, habría de escaparse de aquel barco y de la condena de exilio que su tío había planeado. No iría a Londres, no le sacarían de su país; huiría.



El capitán Christopher Vane, después de entregar el salvoconducto, que había sido el precio exigido por Abel Becket a cambio de la ayuda que necesitaba, tuvo que esperar a que el capataz dejara de discutir con el hombre alto de cabello gris cuyo rostro sufría espasmos incontrolables. Woollard, consciente de que el oficial de casaca roja le esperaba, zanjó la discusión entregándole al hombre de pelo gris una bolsa con dinero.

Vane, en cuanto Woollard estuvo disponible, le hizo un gesto con el mentón.

—¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto, señor. —Woollard, que estaba cogiendo un cuchillo y un palo de cómputo, no miró al inglés, sino a la madera que se estaba subiendo a bordo.

—El señor Becket ha sugerido que hable contigo —dijo Vane.

—Me ha dicho que necesitaba que le echara una mano —dijo Woollard sin ambages; luego miró al oficial con aire desafiante—. Y que usted ha pagado por ello liberando al joven Jonathon.

—Cierto. —Vane siguió al capataz hasta la regala de estribor, desde donde Woollard, entre dos cañones que lucían costras de sal, podía seguir supervisando el proceso de carga—. ¿No estás de acuerdo? —preguntó Vane.

—¿De acuerdo? —Woollard soltó una carcajada—. Si Jonathon va a tener parte del negocio, entonces cuanto más aprenda sobre el mundo del comercio, mejor. Aunque sospecho que ya no se siente atraído por ello, y que ya no le gusta, pero la fortuna rara vez recae sobre quien la merece, ¿verdad? ¿Qué demonios es eso?

La última pregunta se refería a una embarcación que estaba pasando a remo junto al *Deirdre-Ann*. La nave, pintada de blanco, tenía las regalas decoradas con guirnaldas y una cabeza de cisne tallada, aún sin pintar, en la proa.

—Es para la *meschianza* —dijo Vane a modo de explicación—. Va a haber un desfile de embarcaciones.

—¿*Meschianza*? —A Woollard le costó pronunciar la palabra.

—Una celebración en honor de sir William.

—Estaría bien que celebraran haber ahorcado a George Washington.

El desprecio que Woollard sentía hacia las frivolidades de la alta sociedad de Filadelfia era evidente. Al igual que otros ciudadanos, no lograba comprender por qué se invertían tanto tiempo y tanto dinero en espléndidas celebraciones mientras el ejército rebelde seguía campando a sus anchas. Sin embargo, por mucho que Woollard estuviera resentido con los aires y desaires de los ingleses, tenía una sólida reputación como lealista, y Abel Becket le había ordenado responder a las preguntas de Vane.

—Sí, conozco bastante bien a Davie Logan —aseguró el capataz—. Le vendimos

su chalupa hace cuatro años, y nos costó horrores cobrarle.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle?

Woollard no respondió hasta haber tallado otra muesca en el palo de cómputo para anotar la carga de otro fardo de madera; después, con voz chulesca, dijo que Logan tenía una casa más allá de Pennypack Creek.

—Eso ya lo sé —dijo Vane intentando no ser grosero—. Lo que quiero saber es dónde atraca cuando viene a la ciudad.

La expresión de Woollard parecía insinuar que la ignorancia de Vane era patética.

—Logan debe demasiado dinero en esta ciudad como para arriesgarse a atracar en un embarcadero de Filadelfia. No, capitán, está usando a un intermediario.

Era la primera información útil que Vane obtenía de aquella incómoda conversación, y, aun suponiendo un paso adelante, también resultaba descorazonador. Vane había llegado allí pensando que todo lo que tenía que hacer era dar con Logan, y que Logan le llevaría a la viuda. Ahora estaba descubriendo que existía otro eslabón más en la cadena. Ocultó su decepción.

—¿Un intermediario?

Woollard miró a Vane como si estuviera loco: acto seguido, y con insolente lentitud, miró hacia la costa de Nueva Jersey y escupió hacia ella.

—Allí, capitán.

—Explícate —dijo Vane con voz autoritaria.

Woollard, ofendido por el tono de voz del capitán, se tomó su tiempo. Pero había sido su patrón el que le había encomendado aquella tarea, así que, haciendo acopio de paciencia, explicó cómo a los granjeros de Pensilvania les era difícil comerciar con la ciudad, porque los caminos que llevaban a Filadelfia eran patrullados de continuo por los rebeldes, y estos siempre estaban dispuestos a hacer uso del látigo. Era mucho más fácil, dijo Woollard, para los de Nueva Jersey, porque no solo había menos patrullas rebeldes, sino que lo único que había que hacer era enviar sus productos por barco desde la otra orilla. Ese tráfico no se consideraba suministrar al enemigo, porque, hasta hacía una semana, los británicos no habían ocupado la orilla de Nueva Jersey. Cuando los productos llegaban a la orilla de Nueva Jersey, eran vendidos a la población local, y los lugareños, a su vez, cruzaban el Delaware para venderlos en el mercado de Filadelfia.

—Los intermediarios —explicó Woollard— ganan dinero con el hambre.

—¿Así que Logan lleva sus mercancías a Cooper's Point?

—Cerca de allí, sí —dijo Woollard lacónicamente mientras hacía otra muesca en el palo de cómputo.

—¿A alguien en concreto?

El capataz hizo una pausa.

—No me cae bien Davie Logan —dijo Woollard al fin—, pero es barquero y surca mi río, y un buen día, capitán, volverá a ser cliente mío. No quiero que la gente vaya diciendo por ahí que Ezra Woollard traicionó a un barquero.

El capataz dijo las palabras como si fueran un reto, y Vane sintió un acceso de furia que casi le llevó a exigir las respuestas que buscaba. Resistió la tentación, pues sospechaba que de hacer algo así solo conseguiría que el hombre se volviera más terco. Puede que Woollard les debiera lealtad a sus barqueros, pero Becket era leal al rey, y Vane debía confiar en que esa simpatía fuera más sólida.

—Tengo razones para creer —dijo Vane con cautela— que Davie Logan es un enemigo de la Corona.

—De esos hay muchos, capitán —dijo Woollard con voz átona.

—También creo —dijo Vane ocultando su enfado— que Logan sirve de correo entre Filadelfia y los rebeldes.

—Logan no —dijo Woollard—. Su intermediario.

La cerrazón del capataz estaba acabando con la paciencia de Vane, pero aceptó el matiz.

—Si tú lo dices...

Y Woollard, por vez primera desde que comenzara la conversación, esbozó una leve sonrisa. Se volvió, se apoyó en la regala y miró hacia el norte, hacia el gran recodo del río.

—¿Ve aquel pequeño embarcadero? El de los transbordadores no, ese más pequeño que hay al lado.

Vane podía verlo, al otro lado de las aguas resplandecientes; era un muelle cochambroso, de madera, que se adentraba en las aguas desde la orilla de Nueva Jersey.

—¿Allí?

—Sí. —Woollard escupió por la borda—. Y si observa con atención, capitán, verá a una zorra de pelo claro saliendo de allí con un bote. Una joven. Se llama Fisher.

—¿Fisher?

—Caroline Fisher.

Vane apuntó el nombre. La chica de Sam se llamaba Caroline, lo recordaba, pero el capitán lo descartó de su mente como irrelevante.

—Y esta tal Fisher...

—Es una rebelde. —Woollard afeó la cara al decirlo—. Una muchacha altiva, insolente. Un demonio, capitán.

—¿Y vive en Cooper's Point?

—A media milla al sur, con sus abuelos. —Woollard apartó la vista del cargamento y miró la libreta de Vane—. Caleb y Anna Fisher, una especie de granjeros.

Vane anotó los nombres.

—¿También son rebeldes?

Woollard se encogió de hombros.

—Depende de por dónde sople el viento, ¿verdad? Siempre he creído que Caleb es un lealista, pero ha criado a una nieta rebelde.

—¿Y Davie Logan comercia con ellos?

—Venden lo que les trae. Pero seguro que se sacan un puñado de chelines con cada viaje.

Vane cerró su libreta y se la introdujo en el bolsillo del uniforme.

—Te estaría muy agradecido si guardaras el secreto respecto a los pormenores de nuestra conversación.

Woollard volvió a sonreírle a Vane.

—Si el hecho de guardar silencio, capitán, culmina con el castigo de esa maldita cría, callaré hasta el día del juicio final.

Vane percibió el eco de una antigua lujuria. Sonrió.

—Te aseguro, Woollard, que, si lo merece, será castigada.

Woollard asintió e hizo otra muesa en el palo de cómputo.

—Últimamente no viene mucho por la ciudad, pero hoy está aquí. —Señaló hacia el norte con el mentón—. Verá su chalupa en Painter's Wharf. Es nueva, y tiene la proa un poco más alta que las demás y el codaste blanco.

—¿Trae productos al mercado? —preguntó Vane.

Woollard asintió.

—Y a algunas casas privadas.

El capitán aventuró una suposición:

—¿A la de Martha Cowl, quizá?

Woollard se le quedó mirando fijamente. La flecha de Vane, lanzada al aire, había dado en el blanco.

—Sí —dijo Woollard pausadamente—, suele ir a casa de la viuda. Allí es donde conoció al tullido y lo embrujó. Y fue la viuda la que le compró la chalupa nueva.

Ya estaba. ¡Ya lo sabía! Había descubierto al enemigo. Sintió la incontrolable satisfacción del éxito, aunque logró ocultarla tras una expresión calmada y mesurada.

—Has sido de mucha ayuda. Te doy las gracias.

—Si necesita que azote a esa zorra, dígamelo. Eso sí, es escurridiza. Si cruza el río, capitán, lo más probable es que desaparezca. —La hosquedad inicial del capataz se había convertido en una servicial disposición—. ¿Hablará hoy con ella?

—Lo dudo. —Vane no estaba preparado para una confrontación de esa naturaleza, y no quería alertar a la muchacha de sus sospechas—. Pero si la ves aparecer por la ciudad en los próximos días, házmelo saber. Cualquier mensaje que dejes en el Estado Mayor de sir William me llegará.

—Así lo haré.

Vane sonrió a modo de agradecimiento.

—¿Tienes tiempo para enseñarme dónde está Painter's Wharf?

Woollard negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme a bordo, capitán, hasta que zarpe. —Hizo un gesto hacia el camarote en el que Jonathon estaba retenido, y Vane, comprensivo, se dirigió al embarcadero, donde las sombras de balizas y mástiles se alargaban a la luz del

atardecer.

Recorrió los muelles atestados. Los centinelas y artilleros de la batería central se cuadraron al verle, y Vane se llevó la mano al sombrero. Un marinero borracho se apartó de su camino. Había una olla con brea en ebullición junto a uno de los embarcaderos, iluminando el aire con el calor que desprendía. Vane sorteó unas cuerdas enrolladas, trampas para peces y aros de amarre. A su lado se alzaban imponentes barcos con las bodegas repletas. Un marinero tiró restos de comida por la borda y una bandada de gaviotas cayó en picado desde el cielo. Las prostitutas del muelle, de ojos amoratados, observaban a Vane e ignoraban al predicador que, con la biblia en la mano y entusiasmo en su joven rostro, pugnaba por apartarlas del mal camino. El olor a cáñamo llegaba desde un taller de cuerdas en el que una cuadrilla de negros empujaba un torno enorme para fabricar un cabo lo bastante robusto como para mantener amarrado un barco en medio de una tempestad.

Los embarcaderos del extremo norte eran demasiado pequeños para los grandes navíos, así que era allí donde las chalupas y las gabarras se apiñaban en torno a escolleras cochambrosas. De las embarcaciones se descargaban cestas con pescado cuyo contenido era vertido en toneles, dando lugar a cascadas plateadas. Una mujer le ofreció a Vane un puñado de ostras. Era allí donde llegaba la comida, aunque, salvo por el mercado de pescado, los almacenes estaban vacíos. Filadelfia tendría que esperar aún para la recogida de las cosechas. Vane se volvió a la vendedora de ostras y le pagó un chelín por estas.

—¿Cuál es Painter's Wharf, señora?

—El penúltimo.

Vane dio con el embarcadero y recorrió el extremo del muelle. Una docena de chalupas, con las velas recogidas en las botavaras, se mecían sobre las aguas sucias que tenía a sus pies. Una de ellas tenía el codaste pintado de blanco y una proa alta. Era el barco que había comprado la viuda, y Vane vio, en la chalupa de Caroline, un arma de los rebeldes.

Vane se apartó abruptamente. Al final de los muelles, donde una pared de ladrillo marcaba el lugar donde empezaban los astilleros, había otra batería británica, protegida por un tosco parapeto de piedra desnuda que daba al río. Vane se acercó.

—¿Le importa si tomo el aire por aquí, sargento?

El sargento al mando ocultó su desagrado al ser molestado por un oficial al que no conocía.

—Es un honor, señor.

—He pensado que a sus hombres les vendrían bien unas ostras.

—Gracias, señor.

Vane sonrió a los artilleros, quienes, antes de que apareciera, habían estado holgazaneando junto a sus cañones con pipas encendidas. Habían apagado el tabaco a toda prisa en cuanto vieron aparecer las charreteras.

—Seguid fumando, chicos. Estoy convencido de que conocéis los peligros mejor

que yo.

El sargento, agradecido por la amabilidad del gesto, sonrió.

—Los cañones no están cargados, señor.

—¿No?

—¡Llevamos seis meses sin ver un rebelde!

Posado sobre el parapeto había un catalejo viejo y desgastado que se utilizaba para comprobar dónde caían los proyectiles. El capitán lo cogió, retiró la tapa de la lente exterior y miró al otro lado del río. La aldea ribereña de Camden pasó por delante de él mientras movía el instrumento hacia la izquierda. En el trecho que separaba Camden de Cooper's Point, según comprobó, había un bosque frondoso, aunque sí pudo ver algunas casas de madera entre los árboles. Más a la izquierda, más allá del lugar en el que desembocaba el río Cooper, pudo ver la empalizada de la pequeña guarnición británica encargada de la tala de madera. Se había construido hacía una semana. Era un fuerte minúsculo al borde de un bosque abundante que serviría para proveer de leña a las cocinas de Filadelfia. No había muchas patrullas rebeldes que pudieran entorpecer la tarea de las partidas de tala. Vane, por el catalejo, pudo ver casacas rojas sacando agua del río con calderos.

Vane volvió a posar el catalejo y se acomodó en una de las troneras. La punta de su sombrero le daba sombra en la cara. El viento llegaba frío, pero estaba a resguardo en la tronera y no le importaba esperar a que anocheciera si era necesario. El río fluía ante él y su sonido resultaba extrañamente reconfortante.

La chalupa de codaste blanco apareció media hora después. Vane, que se había quedado medio dormido, no se había percatado, pero el sargento, solícito debido a la actitud amistosa del capitán, llamó la atención de Vane.

—Aquella merece un vistazo, señor.

—¿Sargento? —dijo Vane sobresaltado.

—La chalupa no, señor. La muchacha. Un amor de chiquilla.

Vane tiró del catalejo y lo colocó en posición. Por un instante no pudo ver más que el borrón rojo oscuro de las velas desplegadas; luego enfocó el catalejo y lo movió hacia un lado hasta que pudo ver a una muchacha. Había sacado un pequeño remo y bogaba desde la proa. Manejaba la embarcación con instintiva pericia. Estaba de espaldas a la batería, y Vane sintió la tentación de gritar algún piropo que hiciera que se volviese. Se mordió la lengua. Si aquella muchacha era una de las traidoras que habían provocado el sangriento final de los hesianos en Fort Mercer, Vane prefería pasar desapercibido.

El viento frío golpeó la vela de la chalupa cuando la embarcación se alejaba del embarcadero, y Vane vio cómo la muchacha metía el remo a bordo y se sentaba al timón.

Tuvo que darse la vuelta para sentarse y, de pronto, su rostro llenó el catalejo. Vane la reconoció al instante y resolló asombrado.

—Toda una belleza. —El sargento tomó la reacción del capitán como una muestra

de admiración—. Pero es bastante reservada. Una lástima.

Caroline Fisher. La Caroline de Sam. Vane siguió observando. Parecía aún más bella ahora que cuando la había visto en la iglesia. Vio a una muchacha con el pelo blanqueado por el sol y los ojos relucientes, y un rostro que bien merecía que se botaran mil chalupas en las aguas del deseo. Una chica a la que amar y dejar, aunque ahora debía ser capturada y castigada. El capitán sintió una sacudida de excitación al pensarlo. ¿Qué demonios hacía Sam con esa chica? No era una sirvienta de cocina, sino una rebelde que entraba y salía de la ciudad ocupada con su inocente embarcación.

La muchacha se volvió y miró directamente al catalejo. Vane estuvo a punto de apartarlo, y entonces se dio cuenta de que, precisamente, el instrumento le ocultaba la cara y, por tanto, Caroline no podría identificarle. Fingió ser un simple observador lascivo. La muchacha, al darse cuenta, se rio, se llevó el pulgar a la nariz y le hizo burla.

—Una ramerita vivaz —dijo Vane.

—Pero es reservada, señor.

—Eso ha dicho.

Cuando la muchacha se hubo alejado, Vane cerró el catalejo y se apartó de la tronera.

—¿Alguna vez registran ustedes las chalupas?

—No me importaría hacerle un buen cacheo, señor. En realidad no, no solemos hacerlo. Muy de vez en cuando echamos un vistazo en las bodegas, pero jamás encontramos nada.

Hacia el sur, desde uno de los grandes embarcaderos, el *Deirdre-Ann* se hacía al río. Vane vio que las gavias se desplegaron al viento y oyó a los marineros que tiraban de las jarcias. Los primeros remolinos de un largo viaje aparecieron en la popa del mercante.

Vane volvió a mirar a la chalupa de Caroline, pero ya estaba lejos, rumbo al muelle cochambroso que había cerca de Cooper's Point. Sam, pensó Vane, Sam. El bueno de Sam, el recto y honesto Sam. ¿Acaso también era un traidor? El capitán tuvo la tentación de ir en busca de su criado y obligarle a que le dijera la verdad. Entonces se le ocurrió algo más sensato. Todo lo que había averiguado ese día era secreto, y era mejor que siguiera siéndolo hasta que fuese útil. Vane miró al sargento de artillería.

—¿Podría reconocer a esa muchacha de nuevo?

—¡Por supuesto, señor!

—Me gustaría que le hiciera llegar un mensaje, sargento.

El sargento, malinterpretando las intenciones de Vane, sonrió.

—Por supuesto, señor.

—Se apellida Fisher. —Vane ignoró lo que insinuaba la expresión del sargento—. No quiero que la molesten hasta que yo lo diga. Y cuando le dé el mensaje, no me

mencione. ¿Comprendido? Le dice que es de un tal Sam. Solo Sam. —Vane le entregó el catalejo al sargento—. Puede que no le pida que lo haga hasta dentro de unos días, sargento, pero le recompensaré con una guinea. ¿Cómo se llama?

—Pollock, señor.

—Buenas noches, sargento Pollock.

—Buenas noches, señor.

Lynch le había llevado a Logan, pensó Vane, y Logan a Caroline, y Caroline iba directamente a casa de la viuda usando un barco que la misma viuda le había comprado. Ahora, una negativa insolente recibiría como respuesta una venganza. Todo lo que necesitaba Vane eran pruebas. Y Sam, el traidor, pondría los medios a su alcance.

Vane se entregó, dichoso y satisfecho, a los placeres nocturnos.



—Mateo, Marcos, Lucas y Juan, bendecid la cama en la que me acuesto. Cuatro ángeles en mi cama, cuatro ángeles sobre mi cabeza: uno para cuidarme, otro para rezar y dos para llevar mi alma.

Lydia Crowl hizo una pausa.

—Dios, bendice a mamá, al tío Jonathon, a Caroline, a Jenny y a todo el servicio, y, por favor, Dios, envía a los franceses y la libertad y mata a los bogavantes. Amén.

—Se supone que no puedes decir eso —dijo Martha con ternura— cuando Sam está aquí.

—Menos a Sam —añadió Lydia rápidamente a su oración; luego abrió sus ojos azul intenso y miró por encima de sus manitas.

—Hola, Sam.

—Hola.

—Me voy a la cama. —Lydia, con toda la energía de una criatura de seis años, se metió a toda velocidad bajo las sábanas desde las que tan solemnemente había estado mirando a Sam—. Caroline ha estado aquí.

—¿De verdad?

—Me ha contado lo del Hombre Verde. Dice que lo sabes todo sobre él.

—Así es.

Sam se sintió presionado, y habló sobre el enorme monstruo que recorría los bosques por la noche en busca de niños americanos.

—Vendrá y te comerá —le dijo a Lydia, ya desaparecida bajo las sábanas.

—La vas a asustar —dijo Martha.

—¡Te comerá entera! ¡Oh, sí! Pero hay una forma de detenerle.

Dos ojos aparecieron por el borde de la sábana.

—¿Cómo puedo hacerlo, Sam?

—Diciendo tus oraciones y siendo buena.

—Ya soy buena, ¿verdad?

—Eres maravillosa. —Martha se inclinó y besó a su hija. Las cortinas que colgaban junto a la ventana estaban empapadas de vinagre y hierbas para alejar el hedor que desprendían las calles de la ciudad—. Duerme bien.

—Quiero un beso. De Sam.

Sam, a quien Jenny había enviado al piso de arriba, complació a Lydia. Una vez fuera, ya cerrada la puerta, Martha sonrió.

—Les gustas a las chicas, ¿eh, Sam?

—No lo sé, señora.

Martha arrugó la nariz.

—Me alegra verte de nuevo, aunque necesites un baño.

—Sí, señora. —Sam sonrió—. He traído la ropa para Jonathon.

—Solo Dios sabe por qué nos ayudas, Sam, pero te lo agradezco.

Martha le llevó escaleras abajo hasta la cocina, donde Jenny admiraba la casaca y el tricornio de un oficial de Marina. El sombrero estaba decorado con una franja de oro y llevaba una pluma negra en lo alto.

—¡Dios mío! —Martha cogió el sombrero y se lo puso—. ¿Le has robado el sombrero a lord Howe, Sam?

—Supongo que tendrá otro —dijo Sam avergonzado.

Martha se rio.

—Jonathon tendrá muy buen aspecto, ¿verdad?

—Tendrá que llevar una espada bajo la casaca —dijo Sam— para estar perfecto. Y un corbatín blanco en el cuello.

Martha dejó el sombrero en la mesa.

—¿Será peligroso para ti, Sam?

—¡No! —dijo Sam burlándose de los peligros que implicaba hacer que Jonathon superase los puestos de guardia de Painter's Wharf—. Lo único que tiene que fingir es que está borracho. ¿Quién iba a sospechar de un oficial borracho en Filadelfia?

Martha suspiró.

—Ojalá Jonathon no se fuera. El mundo se está volviendo loco, Sam. Loco. —Martha se sentó en el lado opuesto de la mesa—. ¿Has visto lo que están haciendo en la mansión Wharton?

—He pasado por allí esta mañana —dijo Sam.

La mansión Wharton, en Walnut Grove, se levantaba en los amplios jardines del sur de la ciudad. El césped llevaba de la espaciosa casa hasta el río. El dueño de la mansión, un patriota, había huido de Filadelfia en otoño, y ahora su casa estaba siendo preparada para la gran *meschianza*. Mesas, tapices, porcelana, cristal, cubertería de plata, colgaduras, quinqués, sillas, espejos y candelabros estaban siendo tomados en préstamo de las familias acaudaladas de la ciudad para decorar el entorno. Artilleros navales estaban haciendo los preparativos para un espectáculo de fuegos artificiales, mientras que los cocineros se afanaban en el diseño de un banquete exótico.

—Lord Robert Massedene quiere que vaya —dijo Martha—. Pero no quiero ir disfrazada como me ha dicho. ¡De esclava turca! Jamás había oído una sandez tal.

Jenny se rio.

—Estaría espectacular, señora.

—Iré vestida de barras rojas y blancas, con la palabra «Saratoga» bordada en cada pliegue. —Martha pareció alegrarse al pensar en ello.

—Será una fiesta fantástica —dijo Sam con tristeza.

—Sir William siempre da fiestas fantásticas —dijo Martha—. Es su mayor y más indudable talento. Me da pena que se vaya. Mi enemigo es un hombre amable, como lo eres tú, Sam.

—Me cae bien Billy. —Sam evadió el cumplido de Martha.

—Y será sustituido por escoria —dijo Martha con amargura—. ¿Has oído lo que les hicieron a los prisioneros en Crooked Billet? —Sam no respondió, y Martha, al percibir que evitaba la pregunta, dio un golpe en la mesa—. ¿Y bien? ¿Lo has oído?

—Estuve allí, señora. No durante el combate, sino al día siguiente.

—¿Es verdad?

Sam hizo una pausa.

—No lo sé.

—¡Sam!

Sam, acorralado, se encogió de hombros.

—Los rangers dicen que lo hicieron, pero no lo sé.

—Se está volviendo encarnizado, Sam. Cometan asesinatos y dicen que es que es una guerra. Los siguientes serán las mujeres y los niños.

—¡No! —dijo Sam, dolido.

Martha hizo oídos sordos a su protesta.

—Por eso no quiero que Jonathon se vaya. No queda honor, Sam. Esto se está volviendo horrendo. Pero si se tiene que ir, y supongo que sí, preferiría que fueses con él.

—¿Yo? —dijo Sam aturdido.

Martha sonrió en agradecimiento por la inevitable taza de té que Jenny dejó en la mesa.

—No te sorprendas tanto —dijo Martha con aspereza—. Sé que Caroline te lo ha pedido.

—Sí, lo ha hecho —admitió Sam; luego se encogió de hombros—, pero le he dicho que no.

—¿Otro inglés que no quiere la libertad? —Mientras hablaba, Martha vio que el rostro de Sam se tensaba—. Y no me des una de tus recias respuestas inglesas, Sam. ¡La libertad existe!

La intensidad de su voz hizo que Sam se pusiera a la defensiva.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Entonces dime lo que es.

Sam se encogió de hombros.

—Es con lo que soñaba mi hermano, ¿no? Siempre más allá de las colinas, siempre en otros pastos más allá.

—¿Crees que los rebeldes están muriendo para nada?

—Mi hermano Nate murió para nada. Y yo he visto a los rebeldes, señora. Incluso he matado a unos cuantos, si me permite decirlo. Y no son diferentes a nosotros. Chicos normales empujados a la batalla. El hecho de que luchen por la libertad no los hace especiales. No hay un cielo especial para los rebeldes, señora.

Martha se recostó en su asiento.

—La libertad no es el cielo, Sam, no es una recompensa. La gente aún morirá en

la pobreza y en la desesperación cuando obtengamos la libertad. Lo que importa es poder ser libre de escoger un camino, nadie te promete el éxito. Yo no odio a los ingleses. Algunos de vosotros incluso sois agradables. Pero odio tener a un gordo arrogante en Londres diciéndome lo que puedo y no puedo hacer. Preferiría que ese hombre gordo y arrogante residiese en Filadelfia, porque al menos así podría abuchearle. Ya no necesitamos a Londres. Hemos crecido. Queremos la libertad. Tú creciste, Sam, y no querías que tus padres estuvieran diciéndote todo el rato lo que tenías que hacer. Querías libertad y la obtuviste. Te uniste al ejército, lo que prueba que hasta el mejor de nosotros puede hacer mal uso de su libertad, pero es mejor tenerla y hacer un mal uso de ella que no tenerla en absoluto. —Martha meneó la cabeza—. Hablo como un abogado barato en una reunión de pueblo.

Sam, avergonzado por su anterior estallido, habló arrepentido.

—A mí me gusta oírla hablar, señora.

Martha le sacó la lengua.

—Pero me gustaría que fueras, Sam. Por Jonathon.

—Jonathon está bien —dijo Sam con firmeza.

Martha desechó sus palabras.

—Jonathon no está bien. Es un tullido con una pierna de madera atada a un muñón. Está enamorado y, por lo tanto, febril, y solo se va porque es un terco y un necio que tiene que probarse que vale para lo mismo que cualquiera. ¿Te has parado a pensar lo que le costará a Caroline llevarle hasta Trenton? Tendrán que navegar por los rápidos, y Jonathon no sirve para eso. Tendrá que ser ella la que haga todo el trabajo, y él no hará más que cojear tras ella. Por eso quiero que los ayudes. Tú estás entero.

Sam negó con la cabeza lentamente.

—Si no pueden ir solos, señora, no deberían irse.

Martha sonrió con tristeza al oír esa verdad.

—Claro que no deberían irse, pero Jonathon está enamorado. Lo que no sé es si Caroline lo está, pero él sí. —Observó a Sam esperando alguna reacción, pero el soldado no hizo ni una mueca y Martha, exasperada, meneó la cabeza—. Amor, amor, amor... ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar en lo bien que le iría al mundo si no fuera por esa tontería, Sam?

—No sé nada de eso, señora.

Martha se encogió de hombros al oír su evasiva.

—Pero si Jonathon no estuviera, cruzarías el río, ¿verdad?

Sam, no dijo nada. Jenny, apoyada junto al fuego, le observaba.

Martha tiró del tricornio hacia ella y pasó un dedo por la pluma tiesa.

—Pensemos en Caroline Fisher por un incómodo instante.

—Ha hecho una promesa —dijo Sam, completamente rígido.

Martha le hizo una mueca.

—No te convertirías en americano por la libertad, Sam, porque crees que no nos

falta. Tampoco lo harías por convicción republicana, porque ni siquiera sabes cómo se escribe «república». Pero sí te harías americano por Caroline. Eso es amor, Sam.

—Nunca he dicho que fuera a hacerlo —dijo Sam indignado—. ¡Y ella no cambiaría de bando por mí!

—¡Claro que no! Siente pasión por otras cosas que no son el hombre al que ama. —Martha hizo otra mueca—. Y no hablo de Jonathon. Él es patriota porque lo es ella. Caroline no abandonará la revolución, así que su hombre tendrá que aceptarla como parte de ella. ¿Cuál es tu pasión, Sam? ¿Ese alemán obeso que tenéis por rey? ¿Sientes por el feo de Jorge III lo mismo que Caroline por el general Washington?

Sam se quedó mirando a la mesa.

—No puedo luchar contra mi propio bando.

—Por el amor de Dios, ¿qué bando es ese? ¿De dónde te crees que son todas nuestras familias? —Martha no tuvo en cuenta la presencia de Jenny—. ¡De Inglaterra! Caroline es tan inglesa como tú, solo que vive aquí y no allí. Por Dios, Sam, ¿quieres quedarte para siempre en el ejército?

—Quizá no tenga que hacerlo.

—¡Ah! Ya... Caroline me lo dijo. Hay una remotísima posibilidad de que te conviertas en el mozo de cuadra de sir William. —La voz de Martha había sido burlona, pero ahora se volvió y señaló al este—. Allí hay un río, Sam, y al otro lado está la libertad. Todo lo que tienes que hacer es cruzar ese río. Se acabaron los latigazos, los sargentos, los capitanes Vane. —Sam permaneció en silencio, y Martha suspiró—. ¿Tanto nos desprecias, Sam?

—Sabe que no —dijo Sam, indignado.

Martha se encogió de hombros.

—Puedes cruzar el río, Sam. Allí hay un mundo nuevo. Hay más colinas y valles de los que puedas soñar, y están esperando que un hombre hunda el arado en ellos. Hay ríos más caudalosos que tu Támesis, y ni siquiera tienen nombre. Hay caballos que criar, y hay pastos para alimentarlos. Aquí hay todo lo que un hombre pueda desear, Sam, y si ganamos esta guerra, incluso tendremos libertad para hacer mal uso de ello.

Sam miró al techo.

—Puede que cruce el río.

Martha comprendió su tono pesimista.

—Pero a tu tiempo y a tu modo, ¿verdad? ¿Porque no puedes estar con Caroline?

—Pues no, no puedo.

Martha hizo una pausa. El viento golpeaba la puerta de la cocina.

—No sé, Sam. Quizá sí puedas. ¿Quién sabe? Pero sí sé una cosa...

La viuda se calló, esperando a que Sam dijera algo. Y lo hizo.

—¿Señora?

Martha miró el vistoso sombrero.

—Mi tío te diría que lo único que merece la pena seguir es el dinero. Dinero,

dinero, dinero, pero eso nunca le ha dado un momento de reposo. El ejército te dirá que sigas... ¿el qué? ¿La gloria? ¿La bandera? ¿La victoria? Y al final del camino solo espera la tumba. —Martha le miró a los ojos—. Lo que te digo es que sigas al amor, Sam. No hay razón para hacerlo, y sí mucho dolor, pero es lo único que puede darte la felicidad.

Sam escuchó atentamente; lo que más deseaba era seguir esos consejos.

—Pero alguien acabará sufriendo, señora.

—Y lo más seguro es que seas tú —dijo Martha—, porque los tres sois jovencísimos y absurdamente honrados, pero sigue siendo lo único que puedes hacer. Y duele, Sam, yo lo sé. —Hubo tanto dolor de pronto en la voz de Martha que Sam frunció el ceño, y Martha, al percibir su lástima, quiso apresurarse—. Sigue al amor, Sam, di tus oraciones y sé un buen chico. El Hombre Verde no te comerá.

—Sí, señora. —Sonrió, se puso en pie y se señaló la casaca roja—. Pero está esto.

—No es más que una chaqueta encarnada, Sam, mal teñida y peor cosida.

—Hice un juramento.

—¿El de quemar prisioneros vivos? —Martha vio el dolor en su rostro y sonrió—. Lo siento, Sam. Sé que no fuiste tú. Pero si te quedas en el ejército cambiarás.

Sam recordó cómo, antes de la muerte de su hermano, había admirado al sargento Scammell, cómo había querido ser como él. Sintió vergüenza al recordarlo.

—No cambiaré, señora.

—Eso espero, Sam. De hecho, rezo por ello.

Más tarde, cuando Sam se hubo ido, la viuda subió al piso de arriba y contempló a su hija mientras dormía. La cara de Lydia era el rostro mismo de la paz, tan delicada y tan pura, y, sin embargo, Martha sentía que una terrible presencia amenazaba la ciudad. El Hombre Verde, pensó, había cruzado el océano para atormentarlos y traer consigo el terror. Martha se dijo que no había nada que temer, pero el terror, informe e irracional como cualquier monstruo del bosque, pendía sobre ella. Temía por el futuro. Temía por su hija y por la locura que se estaba acercando a las costas. Temía la partida de sir William, porque el hombre que le sustituyese quizá creyera, como el capitán Vane, en la victoria.

Temía muchas cosas. Y, como temía tanto, Martha empezó a llorar en la noche de Filadelfia.

El *Deirdre-Ann* navegó río abajo solo con las gavias, las trinquetillas y la mesana desplegadas. Las grandes velas mayores, que propulsarían a la nave hacia el otro extremo del Atlántico, estaban recogidas en las botavaras. El capitán Carroll, que parecía dispuesto a mostrarse amable, le explicó a Jonathon que echar demasiada vela era peligroso en aguas tan poco profundas y que el *Deirdre-Ann* recorrería lentamente el río, y que echarían el ancla, al anochecer, a sotavento de Billings Island. Después, cuando amaneciese, pasarían junto a los restos de los obstáculos rebeldes que aún no habían sido retirados completamente del lecho del río.

—Para mañana al mediodía estaremos en mar abierto, Jonathon, y entonces verás cómo nos empuja el viento.

Jonathon, abrigado contra el frío de la noche, estaba apoyado contra un pequeño cañón que estaba atado en el castillete de popa. El piloto, americano, estaba junto al timonel, mientras que el capitán Oscar Carroll fumaba su pipa, satisfecho, al lado de Jonathon.

—Tu tío —dijo el inglés— me dice que no te hace mucha ilusión este viaje.

—No, señor, ninguna.

—Echarás de menos tu casa, claro, pero Londres es una ciudad magnífica. —Los espasmos del capitán distorsionaban su rostro dando lugar a guiños continuos—. Allí hay muchas tentaciones, pero es una ciudad magnífica, en particular para un joven con posibles.

—Seguro que sí, señor.

Jonathon estaba mirando hacia abajo, a la orilla lodosa que pasaba ante él a la luz cada vez más tenue del atardecer. Había pequeños botes varados en las orillas y, algo más cerca del mercante, embarcaciones ostreras cargadas de cestas y cajas recorrían las inmediaciones de los muros chamuscados de Fort Mifflin. Ahora había una guarnición británica allí; sus soldados hacían guardia frente a las costillas del malogrado *Augusta*, ahora a babor del *Deirdre-Ann*. Más allá de la fragata hundida, sobre un islote pequeño y repleto de juncos, un bote boca abajo había sido convertido en vivienda por una familia de pescadores. Una columna de humo flotaba hacia el mar desde una chimenea achaparrada de metal que sobresalía de la vieja quilla. La isla estaba tan cerca que Jonathon podía oler el pescado que estaban cocinando en la diminuta chabola. Había redes con brea colgadas a secar junto a una chalupa cochambrosa y desgastada por los elementos en la que un chiquillo chupaba ostras. El capitán Carroll hizo una mueca.

—Seguro que han pasado un mal invierno.

—Ha sido un invierno duro.

Carroll vio en Jonathon un gesto anhelante.

—¿Pensando en darte un chapuzón, muchacho?

—No, señor —mintió Jonathon.

Estaba resuelto a escapar, y tendría que ser esa noche, ya que al día siguiente el *Deirdre-Ann* hundiría la proa en mar abierto.

La cara de Carroll sufrió un espasmo cuando golpeó la pipa en la regala para vaciarla.

—No eres un prisionero, muchacho. En mi barco no. Dije que te llevaría a Inglaterra, y te llevaré, pero no como cautivo. Pero no hay uno de mis hombres que vaya a quedarse quieto si intentas ahogarte.

Jonathon juzgó los comentarios contradictorios del capitán y se preguntó cuál era el mensaje que quería transmitir aquel hombre.

—¿Si quiero desembarcar me dejará?

—No te ayudaré —dijo Carroll—, así que no me lo pidas.

—Entonces ¿soy un prisionero?

—Serás mi invitado para cenar, espero. Quizá después podamos echar una partida de ajedrez.

La noche fue oscura. El *Deirdre-Ann* era el último de entre una docena de mercantes que esperaban en Billings Island para sortear, al amanecer, los obstáculos medio hundidos de los rebeldes. El río golpeaba la línea de flotación del barco, y reflejaba las llamas de las embarcaciones atracadas dando lugar a siluetas de luz bailarinas sobre las aguas negras. El capitán Carroll sirvió una cena de beicon y lentejas a la que siguieron tres partidas de ajedrez. Jonathon las perdió todas. Jugó mal. Solo podía pensar en Caroline y en la orilla que, a la luz del atardecer y bajo el brillo de Venus, se le había antojado tan cercana.

A medianoche el capitán Carroll le hizo jaque mate a Jonathon por última vez.

—Vas a tener que practicar, muchacho.

—Sí, señor.

Carroll miró a la oscuridad.

—Está subiendo la marea. Toca acostarse. —Cogió su biblia y abrió sus páginas manoseadas—. Duerme bien, chico, y piensa en todas las bendiciones que te ha dado Dios.

Jonathon cojeó hasta su camarote, que no era más que un pequeño cubículo enfrente del más espacioso camarote de Carroll. No había ventana, solo un catre encajado bajo el agaterado de popa. Jonathon se metió dentro y se sentó en el catre. Su equipaje, dos bolsas de viaje, ocupaban la totalidad del suelo. No había luz.

Se desvistió, pero se dejó puesta la camisa y la ropa interior y se puso el abrigo sobre los hombros. No se desató la pierna de madera; permaneció sentado en el catre y esperó.

No iría a Londres. Dos o tres años atrás quizá hubiera estado tentado de ir. Hasta la rebelión, con todas sus maravillosas promesas, era incapaz de hacerle sombra a lo que significaba Londres, pero ahora Jonathon había conocido a Caroline, y ni siquiera



una ciudad que fuera diez veces Londres hubiera sido capaz de apagar lo que sentía por ella.

Jonathon estaba enamorado. Aunque también era cierto que presentía que ese amor no era del todo correspondido. Le había impuesto a Caroline una promesa, y ella había accedido, pero Jonathon estaba resuelto a ganarse su amor. Hasta ese momento no había conseguido nada, y lo sabía. Había cabalgado con el ejército rebelde unos días y había caído nada más oler la pólvora. Esa noche sería digno de Caroline. Huiría.

Esperó a que sonaran los relojes. Esperó hasta que se hizo el silencio en el exterior. Entonces, cogiendo su bastón, abrió la puerta.

Había un marinero junto al timón. Un quinqué proyectaba la sombra de los radios hacia delante.

—¿Vas a algún sitio, muchacho?

Jonathon hizo un gesto de dolor.

—Mis tripas.

El marinero se rio.

—La sopa del capitán, ¿eh? Más te vale desarrollar un estómago de marinero, chico. ¿Quieres un caldero?

—Iré a las letrinas.

—¿Necesitas ayuda?

—No, pero gracias.

Jonathon se dirigió a proa. Su pierna de madera golpeaba la cubierta. Pasó junto a los cañones y al lado de dos hombres que hacían guardia por si veían algún barco rebelde. El pebetero del barco donde se preparaba la comida seguía ardiendo cuando Jonathon pasó junto a él. En la proa del barco, donde el bauprés apuntaba hacia la oscuridad moteada de estrellas en medio de una maraña de cuerdas, cadenas y redes, había una regala baja, más allá de la cual estaban los retretes, suspendidos sobre las aguas.

Jonathon hizo una mueca de dolor cuando levantó la pierna de madera sobre la regala. Agarró una cuerda y puso la pierna buena en el bauprés; entonces, cuando estaba a punto de caer, se sentó. Vio que el marino que había estado junto al timón le había seguido por cubierta y ahora le observaba. Jonathon supuso que, aunque el capitán Carroll le hubiera asegurado que no era un prisionero, no dejaba de ser considerado un rebelde que necesitaba ser vigilado de cerca.

Jonathon se arrebujó en su abrigo y miró el agua negra. A sus pies se extendía una red destinada a salvar a quienquiera que cayese desde ese lugar tan precario. A su derecha estaban los pechos enormes del mascarón de proa del *Deirdre-Ann*. Los grandes ojos pintados de la talla brillaban siniestros en la oscuridad. Más allá de la maraña de jarcias, y seccionada por la enorme cuerda negra del ancla, Jonathon podía ver la costa. No parecía estar muy lejos.

El marinero, quizá por tacto, dio media vuelta y se dirigió al pebetero.

En cuanto el hombre se fue, Jonathon se desabrochó la pierna de madera. Tenía una correa en el muslo y otra a la cintura. El frío hizo que se sintiera torpe con los dedos. Se retiró la cazoleta de cuero del muñón y sintió el bendito frescor de la noche en la carne ensangrentada. Dejó caer la pierna y el bastón a la red. Miró a su izquierda. El marinero había desaparecido. Consciente de que cualquier demora podía dar al traste con todo, Jonathon movió los hombros para desprenderse del abrigo, alargó las manos para agarrarse a una de las cuerdas del bauprés y se inclinó hacia el vacío. Estuvo colgado un instante de la gruesa cuerda y luego se dejó caer.

Rebotó en la red sucia de restos viejos de excrementos. Una de las cuerdas de la red le raspó el muñón, y a punto estuvo de gritar, pero se mordió la lengua y recogió la pierna de madera y el bastón. Trepó por el interior de la red. Resultó ser mucho más difícil de lo que había imaginado. Su único pie se escurría continuamente por entre los huecos de la red, pero al fin alcanzó el extremo superior con la mano derecha, y, gracias a la fuerza desarrollada en los brazos, se impulsó hasta poder contemplar las aguas negras a seis pies de distancia. Tenía la pierna y el bastón en la mano izquierda. Permaneció en el lugar un instante y luego pasó al otro lado sin dejar de agarrarse a la red. Se quedó colgando durante un latido y después se dejó caer.

El agua estaba congelada.

Estaba tan fría que casi parecía quemarle.

Se hundió y emergió de nuevo junto al casco rugoso y duro de la nave. Sollozaba de frío, temblaba. Se sumergió de nuevo bajo el casco y confió en que la pierna y el bastón pudieran darle cierta flotabilidad. No había nadado en su vida, aunque recordaba que Caroline le había dicho que era tan fácil como caminar. Rezó para que fuera cierto.

La corriente empezó a arrastrarlo por el costado del barco. Aferró la pierna de madera y el bastón y se los puso bajo el pecho mientras con una mano empujaba el casco para alejarse. Oyó que una voz gritaba desde lo alto, y supo que le buscaban.

Dobló la pierna buena contra el casco y se propulsó en dirección opuesta a la gigantesca nave. El agua se le metía en la boca, le ahogaba; escupió y chapoteó con el brazo que tenía libre. Vio el reflejo de una luz en el agua y supo que alguien sostenía un quinqué por la borda del barco.

—¡Eh! —La voz parecía muy cercana—. ¡Eh, chico!

De pronto una cuerda chapoteó a su lado, y Jonathon, que tan solo estaba a unos pies del mercante, intentó propulsarse desesperadamente con su pierna buena y con la mano derecha. Sintió al hacerlo que la corriente le alejaba del *Deirdre-Ann*.

Nadaba como podía. Con torpeza, salpicando, desesperado, pero la madera le mantenía a flote y su desesperación le concedió la inercia suficiente como para alejarse del tenue círculo de luz que desprendía el quinqué. Pudo oír pies descalzos corriendo por la cubierta, luego un grito y a alguien ordenando que se bajara el bote.

El frío le mordía la carne. Solo llevaba una camisa. Tenía que luchar por cada bocanada de aire. Oyó ruidos a su espalda, y cuando se giró, comprobó con asombro

lo lejos que estaba ya del *Deirdre-Ann*. La corriente le llevaba hacia la costa de Nueva Jersey, hacia la oscuridad y las sombras de la orilla embarrada en la que habría de ocultarse.

Crujieron las poleas del bote mientras descendía. Jonathon seguía adelante a duras penas, tragando agua, atragantándose, aunque logrando de algún modo mantenerse a flote, resuelto a huir de la condena que su tío había maquinado. El grueso artilugio que era la pierna era su salvación y el valor, su inspiración.

Oyó, amortiguada, a lo lejos, la orden de sacar los remos. Un destello de sentido común le hizo detenerse en su frenético chapoteo. Se abrazó a la pierna. Había perdido el bastón. Flotó, giró en los remolinos y sollozó de frío. Pensó en Caroline, invocando su imagen como si fuera un espíritu oceánico que pudiera guardarle y salvarle. Quiso decir su nombre en alto, como si fuera un talismán, pero guardó silencio, salvo por el castañeteo de sus dientes y los involuntarios resuellos provocados por el frío. No podía oír el bote, y no se atrevió a mirar.

La corriente, que podría haberle llevado a la tumba en la ancha boca del río, le salvó. La marea estaba subiendo y le llevó a tierra, dejándole allí suavemente, del mismo modo que otra corriente había llevado a Moisés hacia los juncos, solo que Jonathon topó con un banco de barro brillante. Durante unos instantes, agonizante de frío, Jonathon ni siquiera supo que estaba a salvo. Entonces, asaltado por el instinto ciego de quien se encuentra al borde de la muerte, se arrastró hacia la oscura costa de Nueva Jersey.

Se arrastró por el lodo espeso y pegajoso, que le cubrió de negro. Se arrastró por una elevación y subió a lo alto de otro banco de barro, donde, exhausto, se desplomó. Alzó la mirada y vio la línea de costa recortada contra las estrellas; luego oyó el crujir y el chapotear de unos remos a su espalda. Se volvió cauteloso y vio la sombra del bote en el agua y, al igual que una bestia herida, se deslizó por el barrizal. Allí se quedaría, tumbado, oculto tras la montaña de barro hasta que sus perseguidores se hubieran marchado.

No supo que se había quedado dormido, tampoco que el frío le había empujado al refugio de los sueños. Soñó que marchaba, con dos piernas sanas, por un prado de olor dulce bajo el sol del verano. A su alrededor, victoriosos, había hombres cantando bajo una bandera de barras. El enemigo estaba muerto, derrotado, sus banderas rendidas y sus cañones fríos. Después soñó con una muchacha de cabellos dorados que le daba la bienvenida al héroe que volvía de la guerra, y sonrió cuando soñó con sus brazos extendidos hacia él y con su sonrisa como recompensa. Luego, la fría mano de la marea le arrancó del sueño y le lanzó contra la brutal realidad. Abrió los ojos para ver no a Caroline, sino los primeros destellos del amanecer acariciando las elevaciones onduladas de lodo que tenía delante.

Y vio dos pares de botas. Dos hombres de pie a unas pulgadas de su cara.

Jonathon intentó levantar la cabeza para hablar con los dos sujetos, pero una de las botas le empujó la cara a un lado, hacia el agua que avanzaba.

—¡Caroline! —dijo Jonathon, y sintió que el agua gélida se le metía en la boca y en la nariz.

Solo había dos dedos de agua, pero era suficiente. Uno de los hombres le puso a Jonathon una bota en la cabeza y se la hundió en el agua salada. Era fácil como ahogar a un gato recién nacido. Jonathon tembló y se revolvió unos instantes. Su mano izquierda arañó el barro, impotente, y luego dejó de moverse. Un poco de sangre, manada del muñón de su pierna, se había mezclado con el barro.

El capitán Carroll levantó la bota y comprobó que el muchacho estaba muerto.

—Un muchacho desagradecido. —El capitán negó con la cabeza, con tristeza, como si se sintiera personalmente ofendido por la predilección de Jonathon hacia los rebeldes—. Le han dado el mundo en una bandeja y lo ha tirado por la borda.

El capitán le hablaba al contraamaestre. El bote estaba a unas cien yardas de distancia, en el extremo del banco de lodo.

—Es un milagro que haya durado tanto —dijo el contraamaestre antes de inclinarse y registrar el cuerpo en busca de objetos de valor—. Ha dicho tu nombre.

—Solo el señor sabe por qué. No siento ningún aprecio por los rebeldes. —Carroll empujó el cuerpo de Jonathon hacia la zona menos profunda y dio media vuelta para volver al bote—. Es mejor así —dijo con calma.

—Yo le hubiera echado por la borda —gruñó el contraamaestre como si se le hubiera escatimado un placer largamente esperado.

—Nos pagan lo mismo —dijo Carroll mientras su cara sufría los incontables espasmos—. Además, así lo encontrarán y Woollard sabrá que hemos cumplido con nuestra parte del trato.

La marea casi había llegado a su punto más alto. Los primeros mercantes ya estaban levando anclas para empezar a sortear los obstáculos del camino, aunque tuvieron que esperar a que un balandro de la Marina, que navegaba hacia Filadelfia, pasara primero. El contraamaestre, que había servido en la Marina real, se colocó la mano a modo de visera para ver mejor la nave.

—El *Porcupine* —dijo—. Navegando rápido.

—Bonito barco —dijo Carroll de mala gana.

El *Porcupine*, habiendo superado los obstáculos, desplegó la vela mayor, y el agua se tornó blanca a la popa. Sus velas estaban sucias y algo ajadas, prueba de que el viaje había sido largo y duro.

—¿Despachos de Londres? —se preguntó Carroll en alto.

—Es lo más probable, señor —convino el contraamaestre, que les gritó a los remeros del bote que acercaran la embarcación al barro.

Dos horas después el río estaba vacío. El cuerpo de Jonathon flotó con la corriente hasta los remolinos que se formaban en torno a los obstáculos que los rebeldes habían hundido el verano anterior. Allí quedó su cuerpo enganchado. Las gaviotas dieron con él y picotearon la carne ya blanca.

Mientras tanto, sobre él, y llenando el cielo con sus alas gloriosas, volaban los

gansos de vuelta al norte.

El general sir Henry Clinton llegó a la ciudad en una fragata desde la que, al pasar junto a los antiguos obstáculos rebeldes, un vigía de vista aguda avistó un cuerpo enganchado en unas estacas negras y retorcidas. El capitán de la fragata, que no quería retrasar la llegada de tan importante pasajero, se negó a detenerse. En su lugar, se le hicieron señales a un balandro cercano para que bajara un bote y la fragata prosiguió hacia la ciudad.

El recibimiento de sir Henry en Filadelfia no fue como el dispensado a los hombres de sir William siete meses atrás. El invierno, Saratoga y las noticias llegadas a bordo el *Porcupine* habían minado la moral de los lealistas de la ciudad. El *Porcupine* había hecho el mayor daño, dado que sus despachos de Londres informaban de que Francia había declarado la guerra y que, por lo tanto, una pequeña rebelión se había convertido en un conflicto europeo. De hecho, más que europeo, ya que los lejanos fuertes de Florida, e incluso los de la India, habían sido puestos en alerta y se estaban preparando para combatir.

Por tanto, sir Henry cabalgó por unas calles tristes. También apestaban: estaban sucias y repletas de estiércol. Las buenas formas, pensó sir Henry con tristeza, estaban decayendo. Menos fiestas, menos bailes y más disciplina le sentarían estupendamente a Filadelfia. Sir Henry, al pensar en la titánica tarea que se le presentaba, esbozó la expresión de quien está resuelto a plantarles cara al caos y a la incertidumbre con fuerza y decisión.

Sin embargo, antes de poder imponer su voluntad desde su nuevo puesto de mando, debían llevarse a cabo las ceremonias preceptivas, así que sir Henry cabalgó hacia Centre Commons, donde esperaban ocho mil soldados en perfecta formación. Había hesianos de uniforme oscuro, británicos con casaca roja y un elenco de elegantes jinetes vestidos con uniformes immaculados y cadenas doradas. Todos ellos formaban tras sus banderas para someterse a inspección por parte de su antiguo comandante en jefe y del nuevo.

—Excelente, excelente. —Sir Henry, que trotaba entre las filas del 40.º, elogió a su coronel. Aunque la ciudad estuviera sucia, al menos los hombres parecían aseados y dignos. Sir William, se permitió colegir, no había dejado que decayeran todas las formas.

También saltaba a la vista que sir William era muy querido. Sir Henry tuvo que oír los vítores con los que cada batallón se despedía de sir William Howe, y aquello no hizo más que confirmar la difícil tarea que se le había encomendado. Los hombres recelarían de él porque lamentaban la marcha de su predecesor, aunque sir Henry estaba convencido de que no había resentimiento que no pudiera ser curado en combate y recompensado con la victoria.

Los dos generales cabalaron juntos hasta el extremo occidental de Centre Commons. Una banda nutrida tocaba *Yankee Doodle Dandy* y, como siempre, los músicos alargaban la última nota y la convertían en una especie de pedorreta cacofónica para burlarse de las pretensiones del enemigo yanqui. La música cambió a la marcha de granaderos, y comenzó el desfile. Las damas, llegadas desde la ciudad para contemplar tan magnífico despliegue, añadían los colores de sus parasoles a la gala.

—He oído —dijo sir William inclinándose hacia su sucesor con complicidad; hizo una mueca al sentir un latigazo de intenso dolor en la espalda— que nuestros enemigos no han hecho otra cosa que practicar marchas durante todo el invierno.

—En ese caso, puede que ahora sea más divertido —dijo sir Henry mientras saludaba a las banderas de un batallón escocés, todos duros montañeses que seguían a sus tradicionales caudillos al combate. Con tales hombres, pensó sir Henry, ¿cómo iba a perderse la guerra? Después de los escoceses pasó el Segundo Batallón de Voluntarios de Nueva Jersey y luego los rangers de la Reina, a caballo y ataviados con uniformes verdes.

Sir William hizo un gesto hacia la caballería lealista.

—Son los mejores jinetes de los que dispones.

—Solo que aún no son míos. Quizá sea conveniente —dijo sir Henry mientras saludaba a las banderas de un regimiento irlandés— que mantengas el mando efectivo hasta que partas.

—Es muy amable por tu parte, muy amable —dijo sir William, asombrado ante la generosa propuesta—. No dudaré en aceptar, pero ¿estás seguro?

—Estoy seguro —dijo sir Henry sin más; no estaba dispuesto a decir que se sentía algo nervioso con la idea de sustituir a sir William.

El recelo de las tropas al perder a su querido comandante quizá fuese atenuado si sir William seguía ostentando el mando efectivo hasta que decidiera marcharse. De ese modo, se evitarían las inmediatas y odiosas comparaciones, y sir Henry tendría tiempo para juzgar por sí mismo qué hombres heredaba.

—Aunque supongo que no tardarás en emprender el viaje —dijo sir Henry, sin preocuparse por ocultar su interés por que así fuera.

—Aún tengo que pasar por la *meschianza* —dijo sir William a modo de disculpa.

—¿La *meschianza*?

Sir William sonrió.

—Es la mezcla de dos palabras italianas. «*Mescere*», «escanciar», y «*mischiare*», «mezclar». Una palabra imaginativa para describir una pequeña fiesta que marcará mi despedida. —Saludó a lord Cathcart, que cabalgaba en cabeza de los húsares para revista—. Nada exagerado, ya sabes. —Sir William asintió con modestia.

—Por supuesto.

La palabra «*meschianza*» resumía todo lo que le habían contado a sir Henry sobre la conspicua vida social de Filadelfia a lo largo del invierno. Sir Henry no había

alentado tales extravagancias en Nueva York.

—Y sigo siendo comisionado de Paz, por supuesto, así que permaneceré en América el tiempo que sea necesario. —El antiguo entusiasmo de sir William volvía a brillar—. ¿Sabías que los rebeldes han aceptado entrevistarse con nosotros?

—Pero no en Filadelfia —dijo sir Henry, alarmado ante la posibilidad de que su predecesor siguiera residiendo en la ciudad.

—Solicité que el encuentro se llevara a cabo en Nueva York —dijo sir William encantado—. Puede que ya no haya más combates.

Sir Henry consideraba que la paz era tan probable como que los cerdos pudieran volar, pero no dijo nada al respecto durante el desfile. Tampoco durante la cena que siguió a este, tan pródiga como aquella en la que sir William había anunciado su inminente marcha. Y, una vez más, al igual que en aquella ocasión, se ordenó que todos los sirvientes disponibles acudieran. Sam Gilpin, mientras servía rebanadas de ganso asado, oyó un distante crepitar de mosquetería. Las cabezas se volvieron hacia las ventanas. Una vez más se oyó fuego de mosquetes. Sir William sonrió a lord Robert Massedene.

—¿Te importaría investigar, Robert? No me gustaría que los rebeldes reciban a sir Henry con tan malos modos, aunque me temo que esa debe de ser la razón.

Lord Massedene volvió media hora después para informar de que una patrulla de caballería enemiga había asomado por la carretera de Germantown, al norte de las defensas de la ciudad.

—Por lo visto era *feu de joie*, señor.

Massedene se había dirigido a sir William, pero sir Henry se tomó la libertad de dar una malhumorada respuesta:

—¡Dilo en inglés, por dios! Esto no es una casa de putas.

Robert Massedene se sonrojó.

—Los rebeldes disparan para celebrarlo, señor. También han desplegado una bandera francesa.

—Maldita sea su insolencia —gruñó sir Henry.

Después de la cena los dos comandantes en jefe se retiraron al estudio de sir William.

—Me temo —dijo sir William colocándose a Hamlet en el regazo— que las noticias de Francia harán que tu tarea sea algo más complicada. Muy complicada.

—Puede ser. —Sir Henry daba zancadas de la mesa a la chimenea.

—¿Puede ser?

Sir Henry frunció el ceño.

—Londres me ha ordenado que envíe ocho mil hombres a las islas.

—¿Te enviarán reemplazos desde Inglaterra?

—Dos mil, si pueden. También están peinando Hannover, por supuesto.

—Dios mío. —Sir William se quedó mirando al fuego; aunque la primavera estuviera caldeando la tierra, le gustaba encontrar una lumbre encendida en su estudio



—. Dios mío. ¿Un tercio de tus tropas destinadas al Caribe? —Su voz expresaba el alivio de un hombre que ya no necesitaba deshacer el nudo gordiano.

—Aunque puede que no llegue a eso —dijo sir Henry con brusquedad.

—Claro que no —dijo sir William con amabilidad al darse cuenta de que su sucesor, al igual que él, confiaba en que las negociaciones de paz llegaran a buen puerto—. Me inclino a pensar que los rebeldes serán lo bastante prudentes como para ver lo generosas que son nuestras propuestas, y, si podemos firmar la paz, lo más seguro es que los franceses se mantengan al margen.

—¡Paz! —dijo sir Henry horrorizado—. Nací aquí, sir William, conozco a esta gente. Son como niños malcriados. Dales una pulgada y pedirán más. Saratoga acabó con cualquier oportunidad de paz, y no la habrá ahora que los gabachos se han unido a la refriega. Solo han aceptado negociar para que nos confiemos. ¿Acaso no lo ves? No, William. Habla con ellos todo lo que quieras, pero la cuestión no quedará zanjada hasta que los aplastemos en el campo de batalla.

—Siempre una batalla más —dijo sir William con voz queda.

—¿Una batalla más? —Sir Henry frunció el ceño sin comprender.

Sir William temía que su sucesor pudiera tener razón, y que las negociaciones de paz quedaran en nada, pero no podía renunciar a su sueño tan fácilmente.

—Hay voces rebeldes en la ciudad que son alentadoras. —Estuvo a punto de mencionar el nombre de Martha Crowl, pero luego decidió que sería mejor que sir Henry fuera presentado a la exótica viuda en circunstancias más favorables—. Los rebeldes harán ruido a la hora de renunciar a la independencia, por supuesto, pero creo que podemos persuadirlos. —William negó con la cabeza, reprobador—. La independencia es un absurdo, y tienen que darse cuenta. ¿Dónde está la justicia en algo así? No fue su dinero el que pobló estas colonias, sino el nuestro. Son como jornaleros que piden la propiedad de la tierra, ¿verdad? Y no hay ley ni razón que inviten a tomar esa reivindicación en serio.

Sir Henry se había ido enfureciendo a medida que oía el tibio argumento.

—Malditas sean las leyes y maldita la razón —gruñó—. ¡Mi labor consiste en derrotarlos! Así quizá se arrastren suplicando la paz, pero no pienso darles un momento de descanso hasta que lo hagan.

Sir William se dio cuenta de que había hablado en vano y suspiró.

—Verás que son muy hábiles a la hora de evitar nuestros golpes.

Sir Henry no pareció haber oído la calmada respuesta.

—Y si consigo alejar a los rebeldes de la ciudad, no veo por qué no se pueden reducir las guarniciones de la costa. Cinco mil hombres para defender Filadelfia, y la misma cantidad en Nueva York: con eso debería ser suficiente.

—Por supuesto, por supuesto. —De pronto sir William se sintió demasiado cansado como para discutir.

—Un golpe certero a Washington antes de que la flota francesa llegue con refuerzos. ¡Si es que llega a burlar a nuestra flota en el canal! —Sir Henry, mientras

aireaba su optimismo, se había acercado a la mesa. Allí había un montón de sus papeles junto a los documentos de sir William—. Pero me da la sensación, William, de que cualquier operación que se plantea contra los rebeldes acaba por ser objeto de traición. —Sir Henry encontró el papel que quería y lo sacó.

—¿Traición? —preguntó sir William, aparentemente aturdido por la palabra.

—El capitán Vane me ha escrito. He de suponer que has leído una copia de su carta.

Sir William cerró los ojos para evitar dejar al descubierto su amarga decepción. Por un instante estuvo tentado de decir que le había prohibido expresamente al capitán Vane comunicarse con sir Henry, pero esa protesta no hubiera servido de nada. Clinton era ahora quien tenía el destino de Vane en sus manos, no sir William, quien, por lo tanto, permaneció en silencio.

Sir Henry le echó un somero vistazo al documento.

—Dice que tiene pruebas de la existencia de una organización rebelde operando en la ciudad. Y que esta ha traicionado todos y cada uno de nuestros movimientos. Dice que has tolerado su existencia como parte del proceso de paz.

Al escuchar tales acusaciones, que sabía que serían debidamente puestas en conocimiento del Gobierno de Londres, y susurradas en el Parlamento, sir William suspiró.

—No fue exactamente así.

—Pero ahora los franceses han decidido unirse a la partida. Tenía sentido tratar con los rebeldes antes de que eso sucediera, pero ahora no, William. Ahora no. Ha llegado el momento de ser inmisericordes con nuestros enemigos. —Sir Henry, aún con la carta en la mano, se acercó a la ventana y observó el tejado de la Casa del Estado—. ¡Me produce buenas sensaciones ese joven Vane! No parece un tipo que se deje llevar por las tonterías.

—Estoy convencido de que le gustará oírte decir eso.

—Le mantendré como ayuda de campo, por supuesto, y le permitiré que continúe con sus pesquisas. —Sir Henry recordó que ya le había pedido a sir William que siguiera ostentando el mando temporalmente—. Con tu permiso, por supuesto.

Sir William valoró la posibilidad de oponerse, pero luego se dio cuenta de que, en cuestión de una semana, se habría ido y de que su negativa no serviría de nada. Se encogió de hombros.

—El mando será tuyo dentro de poco, Henry. Debes preparar la temporada de campaña como estimes conveniente.

—En ese caso, le pediré al capitán Vane que ponga sus propuestas en práctica.

—Lo agradecerá —dijo sir William ausente. Entonces, temiendo que se le tuviera por un grosero, intentó hablar con entusiasmo sobre los vehementes planes de su sucesor—. Los lealistas se alegrarán cuando sepan que tienes intención de permanecer en la ciudad.

—Deben ser recompensados —dijo Clinton con firmeza—. Si se los ve prosperar,

entonces habrá más lealistas que empuñen las armas en favor de nuestra causa.

—¡Por supuesto! —dijo sir William como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza esa sencilla solución para acabar con la escasez de tropas.

—Que sean los lealistas los que defiendan Pensilvania y Nueva Jersey —dijo Clinton—, y así podré derrotar a los franceses en el Caribe.

—¿Y luego volver y completar la pacificación de las colonias? —Una vez más, sir William logró dar a sus palabras un tono de impresionado asombro, como si la respuesta que había estado buscando a lo largo de aquellos meses frustrantes se hubiera materializado ante él de repente, aunque demasiado tarde.

—Exacto.

—Es grato. —Sir William hizo una pausa mientras dejaba a Hamlet sobre la alfombra, y gruñó al sentir otro latigazo de dolor en la espalda—. Es grato verte llegar con tantas ganas de seguir adelante, Henry.

Sir Henry se irguió orgulloso al oír la lisonja.

—Esta guerra nunca debería haber estallado, por supuesto, pero no podemos perder. Ahora no. Nos llevaría a la ruina. Estamos metidos en esto, y tenemos que zanjar este maldito asunto.

—¡Puede que acabemos viéndote como conde de Filadelfia! —dijo sir William, jubiloso—. Si me disculpas, a Hamlet le gusta dar un paseo por el jardín antes del anochecer.

Sir William, a quien la situación ya le traía sin cuidado, pasó por el salón, donde los sirvientes estaban recogiendo las largas mesas. Les dedicó una serie de vagas sonrisas, y luego intentó abrir la puerta que daba al jardín, pero otra sacudida de dolor en la espalda le hizo afear la cara.

Una manga roja pasó al lado de sir William y le abrió la puerta.

—Señor —dijo una voz nerviosa con respeto.

—Te lo agradezco. —De pronto el dolor de espalda se volvió insoportable, hasta tal punto que tuvo que apoyarse en la manga roja para no caerse—. Te ruego que me disculpes.

—¿Quiere sentarse, señor?

—No, no. Se me pasará. Mi padre sufría de la misma dolencia. Los médicos nunca supieron cómo tratarla. Nunca.

Sir William, mientras decía esas palabras, se apoyó en su salvador, y juntos salieron al jardín. Hamlet salió disparado hacia los arbustos del fondo, pero sir William se vio obligado a caminar del brazo del casaca roja. Vio que el hombre era uno de los sirvientes.

—Eres el sirviente de Vane, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Por supuesto. —De algún modo, el hecho de reconocerle pareció molestar a sir William, pero, dado que aún necesitaba la ayuda de Sam, el general forzó una sonrisa—. En realidad es una tontería. No he sufrido un dolor tan intenso desde hace meses.

Puede que sea el tiempo, que llega húmedo.

—Eso siempre empeora las cosas, señor, pero una cataplasma de aceite de linaza debería solucionarlo.

El rostro de sir William se iluminó al recordar.

—¡Sam! Te llamas así, ¿verdad? Eres el muchacho que le curó el cólico a mi caballo.

—En enero, señor. Tom Evans me lo trajo.

—¿Qué demonios hiciste? —Sir William, en vez de ser el comandante en jefe hablando con un soldado raso, se convirtió de pronto en un simple ciudadano inglés que hablaba sobre su materia favorita con un experto.

—No mucho, señor. Solo calentar un poco el agua que bebía y darle miel y menta.

—Tengo que recordar eso.

—Y luego un poco de regaliz con polvo de jengibre, señor.

—Creo que me vendría bien un poco de polvo de jengibre. —Sir William retiró la mano del brazo de Sam y probó a ver qué tal le respondía la espalda—. Parece que se me está pasando. ¿Por qué demonios estás en infantería, Sam? Hubiera supuesto que un muchacho como tú estaría en caballería.

—No lo sé, señor. —Sam, ahora que su apoyo ya no era necesario, se sintió avergonzado.

Sir William se percató de ello, y, ansioso como siempre de ver a sus hombres a gusto y contentos a su alrededor, hizo lo posible por apaciguar la congoja del soldado.

—Pero te gustaría trabajar con caballos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Deberías hacerlo, deberías. En el mundo no hay tantos expertos como se suele pensar. ¿Te pagó Evans por curar al caballo?

—Sí, señor.

—Así debe ser —asintió sir William satisfecho—. Tengo entendido que conociste al capitán Vane en Germantown, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, señor.

—Buena tierra para los caballos —dijo sir William anhelante—. Buenos pastos y agua abundante. Si no fuera por esta maldita guerra, Sam, me dedicaría a criar caballos, allí o en cualquier otro lugar.

La voz de Sam surgió cálida en respuesta al comentario.

—Sería una buena vida, señor, muy buena.

Sir William asintió.

—Ahora no está en mis manos disfrutar de esa vida, Sam. Los malditos franceses se han encargado de eso. No sé por qué Dios hizo a los franceses, no le sirven al mundo para nada. —Se rio quedamente—. Aunque si fuera un hombre joven, y si no hubiéramos sido tan estúpidos, esta revolución ya se habría acabado. —Se encogió de hombros—. Pero volveré a Inglaterra, allí también hay buenos pastos. ¿Qué harás

cuando vuelvas a Inglaterra, Sam?

Sam se miró la casaca roja.

—No tengo elección, señor.

—¡Claro que sí! ¡Un hombre como tú puede conseguir lo que quiera! —Sir William miró a Sam y decidió que le gustaba lo que estaba viendo, que le gustaba mucho—. ¿Quieres entrar a formar parte de mi servicio?

Sam estaba tan asombrado que al principio fue incapaz de responder, y cuando lo hizo no fue más que un balbuceo.

—¿Parte de su servicio, señor?

—Caballos de carreras, Sam. ¡Rápidos! —dijo sir William, entusiasmado de repente—. Seremos la envidia de Newmarket. ¿Qué te parece? Bueno, piénsalo y habla con Tom Evans antes de que acabe la semana. Diré que no eres apto para el servicio —rio sir William—. ¡Siempre hay una forma de hacerlo, Sam!

—Estoy convencido de ello, señor.

—Habla con Tom. Ya me encargo yo de que Vane no se lleve un berrinche. —Sir William añadió las últimas palabras con tristeza, entonces vio aparecer a Lizzie Loring en la terraza del piso superior y la saludó con la mano—. Habla con Evans, Sam.

—Lo haré, señor.

—Y gracias, Sam. Gracias —dijo sir William por encima del hombro, y Sam, estupefacto, supo que había alcanzado el sueño de cualquier casaca roja: podía volver a casa.

La tarde antes de la *meschianza*, en el cementerio, donde la lluvia caía desde un cielo gris, el reverendo MacTeague leyó la oración para el entierro de los muertos.

—El hombre nace de mujer —declamó—, no dispone de mucho tiempo, y todo son desgracias. Emerge y cae, como una flor.

—¡Asesino! —dijo Martha Crawl a voz en grito, del mismo modo que había hecho a cada pausa de cada oración. Miraba a su tío fijamente al decirlo, sin preocuparse de lo vergonzoso que resultaba.

—Santo y misericordioso salvador. —MacTeague alzó la voz para ahogar las interrupciones de la viuda—. No nos dejes caer en el dolor de la muerte eterna.

—¡Asesino!

El capitán lord Robert Massedene cogió a Martha del brazo y la apartó de la tumba. La mujer, obediente, se fue, caminando entre lápidas y tocones, apoyada en un brazo cubierto por una manga roja. Martha había temido su propia reacción al llegarle la noticia de la muerte de su hermano, hasta el punto de pedirle a Massedene que la acompañara al funeral y dejando a Lydia en casa al cuidado de Jenny. La voz del sacerdote se fue difuminando a su espalda. La leve llovizna del atardecer perlaba el velo negro que le cubría el rostro. Vestía sus ropas de viuda.

—Jonathon no se fue por voluntad propia, Robert.

—Seguro que no —dijo Massedene, a quien, aunque no le convencieran las palabras de Martha, hablaba con amable compasión.

—¡Miente! —dijo Martha llorando las dolorosas palabras—. Jonathon estaba enamorado. No se habría ido a Londres aunque se le hubiera ofrecido el trono.

Cruzó la hierba mojada con Massedene hasta el lugar donde, bajo una columna rota que marcaba el lugar de una antigua tumba, esperaba Caroline. La muchacha había cruzado la puerta del cementerio hacía un instante.

—No he podido llegar antes —dijo Caroline observando con la mirada perdida al oscuro grupo de dolientes.

—No importa —dijo Martha abrazándose a la chica—. Me alegra que te haya llegado mi mensaje.

Martha había enviado una breve nota al otro lado del río, pero los preparativos del funeral habían sido tan precipitados que Martha dudaba que Caroline pudiera llegar antes de que el ataúd le fuera confiado a la tierra.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Caroline.

—Dicen que se iba a Londres y que se cayó del barco por la noche —dijo Martha entre dientes.

—Mienten. —La voz de Caroline surgió lúgubre como el cielo lloviznoso.

Martha invitó a Massedene a aproximarse e hizo la preceptiva presentación.

—Quiero que le digas a lord Robert Massedene lo que planeaba hacer Jonathon. Caroline dudó. Massedene se retiró el sombrero a modo de saludo.

—No pasa nada —dijo Martha al ver el recelo de Caroline—. Es uno de los que merecen la pena. ¡No como ese asesino! —Una vez más, el aullido estaba dirigido a su tío—. Cuéntaselo —dijo Martha de nuevo.

—Jonathon iba a huir —dijo Caroline afectada—, y nos íbamos a casar.

El rostro de lord Robert Massedene se arrugó de dolor. No supo qué decir, así que recurrió a la consabida fórmula.

—Lo lamento profundamente.

—Nunca se hubiera subido a ese barco por voluntad propia —insistió Martha.

—Lo comprendo —dijo Massedene quedamente.

—Quizá estuviera intentando ganar la orilla, puede que le empujaron, pero sigue siendo asesinato, Robert. ¡Asesinato! —dijo Martha con la vehemencia de la ira.

Massedene negó con la cabeza, impotente.

—El mercante se fue hace días, señora.

Martha se volvió para mirar a los dolientes.

—Que Dios los maldiga —dijo, y empezó a llorar.

Caroline también estaba sollozando. Lloraba en silencio, con remordimiento, porque no había podido amar más a Jonathon. La voz del sacerdote seguía adelante. A pesar del ataúd, el hedor del cuerpo era repugnante y se percibía en todo el cementerio, donde la lluvia, lacerante, caía sesgada. La nubes oscuras amenazaban con un anochecer temprano.

Un golpeteo sordo hizo que Martha se diera la vuelta hacia la tumba. Abel Becket había echado tierra sobre el ataúd con una pala y ahora era el enterrador el que empezaba a echar la tierra que habría de cubrir la barata caja de pino.

—¡Esperad! —La voz de Martha se dejó oír en todo el cementerio—. ¡Esperad!

Cogió a Caroline del brazo y tiró de ella hacia la tumba abierta. Ezra Woollard se interpuso en su camino, pero Robert Massedene acudió raudo, y el capataz, recelando de un enfrentamiento con un oficial británico, se hizo a un lado.

El enterrador, con la pala repleta de tierra, dudó, mientras que MacTeague, con las ropas empapadas, se acercó a Martha como si pretendiera ofrecerle consuelo, pero Martha pasó de largo, se desabrochó el abrigo negro y sacó una bandera que desdobló. Las barras rojas y blancas, así como las estrellas sobre fondo azul, brillaban en la lluvia.

—Al menos que sea enterrado como le hubiera gustado —dijo Martha desafiante.

Abel Becket dio un paso al frente en un intento por arrancarle la bandera de las manos.

—¡Había renegado de esas estupideces! ¡Esto es sacrilegio!

Martha tiró de la bandera para que su tío no la alcanzase.

—¡No renegó de nada, asesino!

Becket miró a Massedene.

—¿Va a permitir eso? ¿En suelo británico?

Lord Robert Massedene se acercó lentamente y le arrebató la bandera a Martha. Becket y Woollard, presintiendo la derrota de la viuda, sonrieron.

Pero Massedene solo había cogido la bandera para desplegarla. Cogió la tela por dos de las esquinas y le entregó las otras dos a Martha. Le sonrió, dio un paso atrás y la tela quedó extendida entre ambos y sobre la tumba. La casaca roja de Massedene, así como sus charreteras doradas, enmudecieron cualquier protesta por parte de los dolientes.

Caroline, dubitativa, alargó la mano para tocar la tela y entonces Massedene y Martha soltaron las esquinas y la luminosa bandera cayó aleteando hacia el ataúd, donde quedó en reposo. Lord Robert se quitó el sombrero a modo de despedida formal:

—Dios le dé descanso a su alma.

—¡Al menos pronto descansará en un país libre! —Martha miró a su tío—. Gracias a los franceses. ¿Adónde huirás entonces, Abel Becket? ¿Dónde te ocultarás?

—Fue un accidente —dijo Abel Becket. Su esposa le tiró de la manga para llevárselo, pero Becket no era ningún cobarde. Miró a Martha a los ojos—. Quería que Jonathon fuera a Londres a aprender el negocio, solo eso. No había mala intención en mi deseo. ¡Ninguna!

—Ha sido un asesinato, tío.

—Te estás dejando llevar por el dolor, no por la razón.

—¿Y tú? —Martha se volvió hacia Ezra Woollard—. ¿Tú también afirmas que fue un accidente?

Ezra Woollard miró a Abel Becket como si buscara apoyo, pero no lo encontró. Se encogió de hombros.

—La cubierta de un barco, la oscuridad y solo una pierna. Sí, yo diría que los ingredientes son los de un accidente.

—¿Y cuándo piensas hacerte con una parte del negocio, Ezra Woollard? —preguntó Martha en voz alta y clara para que lo oyeran todos los presentes—. Ya no hay un incómodo sobrino en medio, ¿no es así?

—Estás loca, mujer.

—¡Ya basta! —Abel Becket había dicho lo que tenía que decir y no tenía ganas de quedarse en un camposanto empapado escuchando la diatriba de una histérica. Él, su esposa y su servicio doméstico se alejaron.

Ezra Woollard le asintió al enterrador y, después de dedicarle una última y ceñuda mirada a Martha y a Caroline, dio media vuelta.

—¡Asesinos! —gritó Martha.

—Querida señora Crowl... —dijo el reverendo MacTeague acercándose a Martha, pero la viuda se apartó de él.

El enterrador empezó a llenar la tumba, cavando a toda prisa, como si estuviera ansioso por cubrir el símbolo rebelde.



Martha caminaba entre lord Robert Massedene y Caroline hacia un nogal que proporcionaba cierto refugio de la lluvia lacerante. El cuerpo de Jonathon había llegado a la ciudad el día anterior, unas horas después de que arribara sir Henry, aunque no se había identificado el cadáver hasta esa misma mañana.

—Le han querido enterrar a toda prisa —dijo Martha con voz vengativa, sugiriendo que la culpa recaía sobre su tío.

—Me temo que se han visto obligados a ello —murmuró lord Massedene.

—Lo sé. Me han dicho que lo encontraron en un estado horrible. —Martha posó el brazo sobre el hombro de Caroline—. Intenté decírselo a Sam, pero Jenny no ha podido encontrarle.

Caroline tembló.

—Supongo que tendré que decírselo.

—Ya lo haré yo —se ofreció Martha.

—Quiere verme esta tarde, a las seis —dijo Caroline apesadumbrada—. Le dejó un mensaje al sargento del muelle. Creía que quería decirme algo sobre Jonathon.

—Si lo sabe, no es por mí —dijo Martha—, y no puedo imaginar quién más ha podido decírselo. ¿Irás?

Caroline se volvió para mirar a la tumba.

—No sé si debería.

—No ha sido culpa tuya, Caroline. No has sido tú quien le ha matado. —Martha se dirigió a Massedene—. ¿Por qué estaba Jonathon en un barco, Robert? Se supone que era un prisionero.

—Fue puesto en libertad.

—¿Por quién? —La voz de Martha adoptó un tono peligroso—. No me lo digas, Robert. Deja que lo adivine. ¿El capitán Vane?

Massedene se encogió de hombros.

—No lo sé. De verdad. El nombre de Jonathon fue añadido a la lista de personas a las que conceder un salvoconducto, y no hay forma de saber quién anotó su nombre.

—Y yo no puedo hacer nada, ¿no es eso? —Martha volvía a estar al borde del llanto—. Un hermano muerto, hombres quemados vivos en un granero ¡y nadie puede hacer nada porque los asesinos visten de rojo! —Casi le gritó la última palabra a Massedene, casi al instante, consumida en llanto, negó con la cabeza—. Lo lamento, Robert. He sido injusta.

Massedene no dijo nada. El enterrador, concluida su labor, dio unos golpes al montón de tierra con el plano de la pala. Luego desapareció entre las lápidas cubiertas de musgo. Caroline, sin quitar la vista del nuevo montículo de tierra, quebró el silencio.

—Sam viste de rojo.

—Una casaca se puede quitar —dijo Martha con desprecio.

Caroline seguía mirando a la tumba.

—No iré a ver a Sam —dijo quedamente—. No puedo.

Martha se aproximó a la muchacha y le levantó el rostro con los dedos.

—¿Por qué no?

—Hoy no. —Caroline se hizo a un lado para ver mejor la tumba, sobre la que caía la lluvia creando riachuelos que acababan por formar pequeños charcos en la tierra recientemente removida—. Después de esto no.

—¡Jonathon está muerto!

Caroline negó con la cabeza. Era difícil diferenciar las lágrimas del agua en su cara.

—Hoy no.

Martha cogió a la muchacha de los hombros.

—Escúchame, ve con Sam. Dile que cruce el río. Dile de mi parte que acabará perdiendo el alma si no lo hace.

La cara de Caroline estaba ahora anegada de lágrimas. No dijo una palabra.

Martha negó con la cabeza.

—¡Debes ir! Dile que cruce el río, sabrá a lo que me refiero. Dile que han matado a Jonathon y que debe cruzar el río.

Pero Caroline no escuchaba. Estaba llorando, y, en un repentino arrebató de horrible verdad, se abrazó a Martha.

—¡Quería que muriese!

—Dios mío, chiquilla. —Martha la estrechó contra sí.

—Solía imaginarle muerto porque entonces yo sería libre. —Las palabras de Caroline manaron doloras e intermitentes, entre llantos—. Odiaba pensar así, recé para que parara, pero seguía pensando en ello. Soy despreciable. Despreciable.

—No. —Tras el velo, Martha cerró los ojos—. Yo también deseé lo mismo una vez. ¿De verdad crees que no es natural?

—Ojalá nunca hubiera conocido a Sam.

—No, no es verdad —dijo Martha estrechando a Caroline con la fuerza con la que hubiera abrazado a su propia hija—. Irás a ver a Sam y le dirás que cruce el río.

—Hoy no —dijo Caroline apartándose mientras se secaba los ojos con la manga—. Quiero ir, pero no puedo. Por él —dijo señalando a la tumba—. No es mucho, pero quiero hacerlo por Jonathon. No quiero ver a Sam hoy.

Martha, comprensiva, asintió.

—¿Qué harás?

—No lo sé. —Caroline, que se enorgullecía de no haber mostrado nunca debilidad alguna, se veía incapaz de controlar el llanto.

—Ven a casa.

—Me iré a la mía. —No le gustaba que la vieran así de vulnerable, menos aún delante de un oficial británico. Suspiró—. Nunca me perdonarás lo que he dicho.

—Jonathon te amaba —dijo Martha con ternura—, y toda la felicidad que llegó a experimentar procedía de ese amor. Nunca lo echaste a perder, y te doy las gracias por ello. Pero Sam y tú estáis hechos el uno para el otro.

Si Caroline entendió lo que se le estaba diciendo, no dio muestras de ello. Resolló y se pasó los puños por los ojos.

—Me voy a casa.

—Que Dios te bendiga.

Martha miró cómo se alejaba y, de pronto, sintió que le abandonaban las fuerzas.

—Ojalá fuera un hombre.

—¿Por qué? —dijo Robert Massedene acercándose a ella.

—Para poder jurar y maldecir. —Martha vio a Caroline cruzar el umbral del cementerio. Luego se encogió de hombros—. Está enamorada de un casaca roja.

Massedene miró hacia la tumba, comprendió y entonces volvió a dirigirse a Martha.

—Pobre muchacha.

—Es afortunada. Jonathon nunca hubiera sido lo bastante fuerte para ella. Nunca. Y su casaca roja no es un hombre débil. A veces odio el amor.

—Mentira.

—Pobre Robert —dijo cogiéndole del brazo—. Tan paciente... Gracias por venir. No puede haber sido una experiencia agradable para ti.

—Hoy te hubiera buscado por cualquier parte, ocurriera lo que ocurriera. —Caminó junto a ella hacia la tumba—. Se me ha encomendado que te entregue un mensaje, de sir William. Desea que te diga que al capitán Vane le ha sido concedida licencia para buscar traidores en la ciudad.

Martha se detuvo y miró al lord a los ojos.

—¿Traidores?

—Alguien avisó a Fort Mercer —dijo lord Robert Massedene con voz queda, apenas audible sobre el repiqueteo de la lluvia que caía sobre la reciente tumba—. Sir William piensa que Lizzie te lo dijo y que fuiste tú la que envió el mensaje.

Martha soltó una abrupta carcajada.

—Eso no es lo que ocurrió. Lizzie no me dijo nada. Díselo a sir William. —Negó con la cabeza—. Robert, fueron rumores entre los sirvientes, solo eso. Rumores entre el servicio.

—¿Pero fuiste tú la que...?

—¡Claro que fui yo! —Martha pareció molestarse por el hecho de que Robert tuviera que formular esa pregunta, pero enseguida se contuvo—. Lo lamento, Robert. Imagino que ahora tendrás que adoptar tu pose de oficial. ¿Vas a arrestarme? Lo negaré todo, por supuesto, pero no quiero que Lizzie tenga problemas.

—No los tendrá. Y tú tampoco, al menos en lo que a sir William o a mí respecta. Pero dentro de siete días, querida Martha, nos iremos de la ciudad. Sir Henry asumirá el mando entonces, y el nuevo comandante en jefe está encantado con el capitán Vane.

Martha negó tristemente con la cabeza.

—Comprendo.

—Y sir William quiere protegerte —dijo Massedene—. Siente que es el responsable de la muerte de tu hermano, y te aprecia, al igual que yo...

—Mi querido Robert.

—... por eso me ha dado esto.

Massedene cogió un papel de un bolsillo interior, pero, por miedo a la lluvia, no lo abrió.

—Es un salvoconducto para ti y para todo el servicio de tu casa. Podrás abandonar la ciudad con dos carretas para tus enseres —dijo mientras le entregaba el documento a una Martha reacia—. Por favor.

Martha cogió el documento, vio el sello rojo de sir William y se metió el salvoconducto en uno de los bolsillos del abrigo.

—Te aseguro que no sé por qué haces esto. Somos enemigos, Robert.

—Ninguna mujer es mi enemiga, tú la que menos —dijo Massedene sonriendo tímidamente—. Más aún, valoro tu amistad, y me gustaría que fuera algo más que eso.

—Robert...

—No, escúchame, por favor. —Estaba sonrojado como un niño de colegio, pero miró a Martha a los ojos y dijo lo que tenía que decir—. Te ofrecería mi humilde protección, querida, del único modo que puedo. Soy el hijo menor, no tengo riquezas, pero no habrá un hombre que se atreva a ofenderte si te conviertes en lady Massedene. Sé que estas palabras no son apropiadas en este lugar ni en un día como este, pero son sinceras.

—Gracias.

—Confío en no haberte ofendido.

—Mi querido Robert... —Martha dio unos pasos y le dedicó a su pretendiente un gesto pesimista—. ¿Podrías hacerte americano?

Pensó en ello seriamente y a continuación esbozó una irónica sonrisa.

—No creo que tenga el valor. Inglaterra es el lugar que conozco, allí están mis amigos, al menos la mayoría de ellos. Hace falta ser un hombre muy valiente para abandonar a tus amistades.

—Y una mujer valiente. —Martha esperó a que Massedene abriera la verja del cementerio y caminó con él por el sendero que llevaba a la ciudad—. Y un día, Robert, veré nuestra bandera ondeando allí arriba —dijo Martha señalando la torre puntiaguda de la Casa del Estado—. No tengo ningún deseo de vivir bajo otra bandera. Ni siquiera junto a alguien tan querido para mí como tú. Ya está, he sido una grosera y ahora puedes considerarme una desagradecida.

—Jamás.

Martha sonrió.

—Hubo un tiempo, milord, en el que soñaba con que me llamaran «milady», y en el que creí que moriría de pena si me veía obligada a vivir en Filadelfia y no en Londres. Pero aquí estoy, y mi corazón sigue latiendo.

—No es tarde.

—Esos sueños, querido Robert, eran las fantasías de una niña. Puede que algún día vea Londres, pero preferiría mil veces ver América libre. Y la veré.

Massedene caminaba en silencio a su lado hasta que torcieron hacia el norte por Seventh Street. Su voz, cuando al fin habló, estaba cargada de bienintencionada curiosidad.

—¿Siempre has estado tan segura de la victoria rebelde?

Martha se rio.

—¿Segura? A veces miro cómo caen las gotas de lluvia en la ventana y me digo que si la gota de la derecha llega a la repisa antes que la de la izquierda, obtendremos la victoria. Me he visto rebajada a rezar para que una gota vaya más rápido que otra —dijo con tristeza—. Esa es la medida de mi certeza.

—En ese aspecto somos iguales —dijo Massedene con tristeza—. Solemos buscar señales. La mayoría de los soldados lo hacen.

—¿La mayoría? ¿No todos?

Massedene, de forma mecánica, le devolvió el saludo a un sargento que lideraba una columna de hombres hacia el cuartel general del Segundo Batallón de Granaderos.

—La mayoría sí, pero no todos. Creo que vuestro general Washington tiene la certeza de la victoria en los huesos; de lo contrario, no podría soportar tantas derrotas. No es fácil vivir con hombres así, pero las guerras no se ganan sin ellos.

—¿Tenéis vosotros hombres así?

Massedene sonrió con tristeza.

—En esta guerra no. En su lugar creemos que Dios es inglés y que, cuando lo considere oportuno, nos concederá la victoria que merecemos. Hasta entonces, iremos de un lado a otro, sin saber muy bien por qué estamos aquí, o si deberíamos estar aquí, para empezar. O, lo que es peor, sin saber cómo acabar con este endiablado asunto. —Massedene, que caminaba lentamente junto a Martha, frunció el ceño de pronto—. Pero también tenemos hombres a los que no les basta con ir de un lado para otro, hombres que quieren forzar la mano de Dios.

—¿Te refieres al capitán Vane? —dijo Martha con voz átona.

Massedene se detuvo y se volvió hacia ella.

—Quiero que me prometas que no te quedarás en Filadelfia. El capitán Vane ha cambiado. No puedo explicar en qué sentido. He procurado ser amable con él, y seguiría haciéndolo, pero... —Massedene negó con la cabeza—. Es valiente en combate, muy valiente. Llegué a sentir celos de él. Pero no soporta la derrota, y me temo que siente que ha sido derrotado demasiadas veces. Reniega de su cuna. Piensa que ser nombrado lord sería el mayor regalo de este mundo. Le podría decir que no tiene nada de especial, pero no me creería —suspiró—. ¿Debo suponer, querida Martha, que has rechazado mi proposición de matrimonio?

—Probablemente para tu alivio, sí.

—Cuando todo esto acabe, querida, y tu nueva bandera esté ondeando, quizá lo intente de nuevo.

—Aguardaré encantada tu vuelta —dijo Martha con absoluta sinceridad—. ¿Te vas dentro de una semana?

—Será entonces cuando ya no puedas contar con la protección de sir William.

—En ese caso, me iré el día antes de que zarpes, e invitarás a sir William y a Lizzie Loring a cenar a mi casa el viernes por la noche. ¿Me lo prometes?

—Con todo mi corazón.

Massedene sintió un inmenso alivio al saber que Martha abandonaría la ciudad, y esa sensación se reflejaba en su cara.

—Me temo que no veré a sir William hasta entonces. El luto tiene sus reglas.

—La *meschianza* será triste sin tu presencia.

—Pero el viernes nos despediremos como amigos. —Martha volvió a mirar la torre de la Casa del Estado, y su voz se vio inundada de expectante alegría—. Y un día, Robert, volverás, verás mi nueva bandera en el cielo azul y sabrás que yo ayudé a que estuviera allí.

—Así será —dijo lord Robert Massedene sonriendo—. Creo sinceramente que así será.

El minuterero del reloj que lucía la torre se movió y se oyó un clic que marcaba la nueva hora de la tarde. Eran las seis, y Martha no pudo evitar preguntarse si Caroline habría cambiado de opinión respecto a su encuentro con Sam. Y confió en que, por amor, lo hubiera hecho.

—Dejará de llover —dijo el capitán John Andre agitando la mano como si tuviera una varita mágica— a medianoche.

—Eso espero, señor —dijo Sam.

—No «esperes», joven Gilpin. Confía en mí. He hablado con Dios, y ha atendido mis plegarias. La lluvia cesará y mañana será un día de sol espléndido. —Andre miró por la ventana hacia el amplio jardín en el que, al día siguiente, se celebraría la *meschianza*—: ¡Plumas! —dijo Andre alegremente, haciendo un dibujo en el aire con las manos para ilustrar el tamaño de las mismas—. ¡Elaboradas, bellas, magníficas plumas!

—¿Altas? —Sam había cuidado de los dos caballos del capitán durante el invierno, y siempre le resultaba gracioso el entusiasmo con que Andre se tomaba las cosas.

—Muy altas —dijo el capitán con firmeza—. ¡Plumas negras, rojas, verdes, blancas, y altas! Sí, altas. Plumas para los caballeros de la Bella Rosa y sus enemigos jurados, los caballeros de la Montaña de Fuego. Los cascos de sus corceles harán temblar a la tierra misma con su fiero cabalgar. —Andre imitó el golpeteo de unos cascos de caballo con los puños cerrados.

Sam asintió.

—Pero no pasarán por debajo de esos arcos, señor. No con plumas en los yelmos.

—No tengo ninguna duda —dijo Andre con voz apesadumbrada— de que cuando Dios Todopoderoso dijo que iba a crear la Tierra y el cielo, hubo un ángel sombrío que dijo que no podía hacerse. ¡Claro que pasarán bien por debajo de los arcos!

—Si las plumas no son pequeñas, no pasarán, señor. A no ser que los caballeros agachen la cabeza.

—¡Un caballero no agacha la cabeza! ¡Va erguido! ¡Y lleva plumas grandes! —Las manos de Andre volvieron a perfilar en el aire sus plumas de fantasía—. ¡Enormes! ¡Tremendas!

Sam se rio. El capitán Vane le había ordenado que fuera a Walnut Grove y le había dado instrucciones de que permaneciera en la mansión y ayudara al capitán Andre en las preparaciones de último momento para la gran *meschianza*. Y sería una gran fiesta, sin duda. Los invitados llegarían por el río, amenizados por bandas y escoltados por ninfas de las profundidades del mar, que posarían en las proas de largos barcos de remos decorados. Una vez en la orilla, los invitados serían escoltados por una pendiente herbosa, donde presenciarían un torneo entre dos equipos de caballeros; solo entonces, cuando uno de los dos se alzara con la victoria, se abrirían las puertas de la mansión para bailar y comer.

—Quizá, señor —sugirió Sam—, los caballeros podrían llevar los cascos.

—¿Quieres decir debajo del brazo? ¿Como fantasmas llevando sus cabezas cercenadas?

—Así se les podrán ver las caras, señor.

—Cierto —concedió Andre, aunque sin mucho entusiasmo—. ¡Pero llevarán escudos, Sam, y lanzas!

—Podrían colgarlos de los cuernos de las sillas.

—¡Se caerían!

Andre, alarmado al visualizar las plumas en el suelo, observó desde el refugio del salón de baile los dos arcos. Parecía sentirse ofendido por ellos. El más cercano al río estaba dedicado al almirante lord Howe y estaba decorado con el tridente de Neptuno y la maqueta de un barco, mientras que el más alejado, en honor al comandante en jefe al que ahora despedían, estaba engalanado con banderas desplegadas, tambores y armas amontonadas y coronado por una estatua alegórica de la diosa Fama, que al día siguiente coronaría con sus efímeros laureles a sir William.

—Creo que son lo bastante altos —dijo Andre—. Lo que pasa es que te gusta poner pegas, sinvergüenza.

—Llegarán al trote —dijo Sam con pesimismo.

—¡Al galope, chico! Son caballeros, no granjeros yendo al mercado.

—Sumaré un par de pies a su altura, señor. Arriba o abajo. —Sam imitó el movimiento de un jinete.

—Sé montar a caballo —dijo Andre, fingiendo que le hería en su dignidad; luego se volvió para observar todo el jardín—. ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo! ¿Por qué decidiría ese hombre escribir algo tan obvio?

No había caballos a la vista. Había un grupo de marineros levantando un andamio sobre el que colocarían algunos de los fuegos artificiales de la *meschianza*, y había soldados llevando tabloncillos y caballetes a la mansión, pero no había caballos.

—¿Y si usaran caballos pequeños? —sugirió Sam, solícito.

Andre ni siquiera se preocupó de hacer caso al comentario.

—Te demostraré que estás equivocado, Gilpin el Sinvergüenza. Ve a buscarme un caballo.

—Sí, señor.

—Uno grande, ¿eh? No me vayas a traer un poni con esparaván. Encuéntrame un caballo digno de un caballero de la Montaña de Fuego. Es más, trae dos: ensayaremos juntos la magnífica marcha. —Andre señaló imperiosamente hacia la lluvia—. ¡Apresúrate, Gilpin!

Sam echó a correr. Tenía ganas de que llegara la *meschianza*. El capitán Vane iba ser uno de los caballeros de la Bella Rosa, para lo que Sam había cogido prestado un peto de coracero y un yelmo de dragones y había dejado ambos lustrosos. En la cocina de Vane había un escudo decorado con un corazón atravesado por una flecha. En realidad, Sam estaba bastante seguro de que el capitán Vane, así como el resto de los caballeros, podrían pasar por debajo de los arcos, pero tanto él como el capitán



Andre querían hacer una justa, así que se habían dedicado a discutir, lo que significaba que Sam podría pasar la tarde cargando sobre el semental del capitán Vane con una lanza debajo del brazo.

Sam recorrió Second Street, giró a la izquierda hacia Race y sintió el calambre que sentía cada vez que pasaba junto a la sinagoga. Los relojes de la tienda del relojero marcaban las seis y veinte, así que apretó el paso para poder tener más tiempo cruzando lanzas antes de que la oscuridad echara a perder la diversión.

La puerta de la iglesia luterana estaba entreabierta. Sam empujó la puerta, entró y chascó la lengua para saludar, como solía, a los caballos. Sus caras alargadas se volvieron hacia él, y se asomaron mientras recorría la nave. Se quitó la correa de la que colgaba su bayoneta: siempre le molestaba cuando ensillaba los caballos, y la colgó junto a la puerta del semental. Luego le quitó al animal la cabezada de cuerda y le acarició la mancha blanca.

—Hoy vas a ser el caballo de guerra de un caballero, chico.

El animal le restregó el hocico; luego Sam se volvió para subir las tres escaleras que lo separaban de la sacristía, donde se guardaban los arreos. Al llegar al segundo escalón percibió movimiento por el rabillo del ojo y giró instintivamente a la derecha, bajó las escaleras y cogió el primer arma que tenía a mano: un cubo vacío.

El sargento Scammell era un firme defensor de la fuerza bruta y repentina, pero la rapidez de Sam había dado al traste con su ataque. Scammell, emergiendo de la penumbra del púlpito, había intentado dejar a Sam inconsciente golpeándole con la culata de un mosquete, pero Sam salió indemne y, aunque mal armado, preparado para luchar.

—¡Alto! —dijo una voz desde el extremo de la iglesia.

Sam miró hacia las sombras y vio aparecer al capitán Vane entre los cubículos de los caballos. Vane cerró la puerta de la iglesia y recorrió la nave. Hacía un momento Sam había estado entusiasmado con la tontería de la justa, pero, de pronto, la iglesia, con sus ecos, se había convertido en un lugar amenazante. Vane, cuyo rostro parecía acosado por las fiebres debido a la tenue luz, se detuvo junto al cubículo del semental.

—¿Dónde está, Sam?

—¿Quién, señor?

Vane no respondió. Empezó a acariciar al caballo.

—Creí haberte dicho que te quedaras con el capitán Andre.

—Quería su caballo, señor. —Sam hizo un gesto hacia la yegua de Andre, cuyo cubículo se encontraba a medio camino—. Y yo iba a coger el suyo prestado, señor, porque...

Vane interrumpió a Sam con un gesto de impaciencia.

—¿Te has visto hoy con tu chica, Sam?

—¿Mi chica? —Sam retrocedió escaleras arriba—. No, señor.

Vane sonrió.

—Creo que ya no te quiere, Sam. Se suponía que tenía que encontrarse aquí contigo hace media hora.

Sam no dijo nada. No entendía nada. Scammell, cerca de él, levantó el mosquete.

—Suelta el cubo, Sam —dijo Vane en voz baja. Esperó—. ¡He dicho que lo sueltes!

Sam abrió la mano y el caldero de madera cayó y bajó rodando los tres escalones.

—¿La avisaste, Sam?

—No sé de qué me está hablando, señor. No me iba a ver con ella. He venido a recoger los caballos.

Vane miró a Sam como si estuviera viendo a su sirviente por primera vez.

—Nadie puede ser tan inocente, Sam, nadie. ¡Me has mentido! Dijiste que servía en una cocina. Y no es así. Es una rebelde, Sam. ¿Sabías que Caroline Fisher es una rebelde?

Sam pensó que el mundo se había vuelto loco.

—¡Responde al oficial! —gritó Scammell.

—¡Lo sabía! —dijo Sam—. ¡Claro que lo sabía, jamás lo ha ocultado!

—¡Señor! —Scammell le ladró la corrección a Sam.

Vane hizo un gesto con la mano dándole a entender al sargento que debía guardar silencio.

—¿Sabías que era una rebelde y nunca has tenido a bien informarme de ello?

—¿Por qué iba a hacerlo? No es asunto suyo. —Sam hizo una pausa—. Señor.

—Pero es que sí es asunto mío, Sam. —Vane se acercó más—. ¿Recuerdas el ataque a los fuertes? Fuimos traicionados, Sam. ¡Traicionados! ¿Y quién fue la que llevó el mensaje al otro lado del río? —Vane señaló a Sam—. ¡Tu chica!

—¡No!

—No lo sé a ciencia cierta —dijo Vane—, pero me voy a enterar.

—Ella nunca haría...

—¡Cállate! —espetó Vane—. No era tu chica, y lo sabes. Estaba encariñada de un rebelde. Te utilizó. Solo Dios sabe lo que creía que podrías contarle, pero te utilizó. Y todo lo que averiguaba se lo decía a sus queridos amigos. Vamos a dar con esos amigos suyos y vamos a erradicar la traición.

Sam negó tercamente con la cabeza.

—No me utilizó.

Vane aplastó con la punta de la bota unos granos de cebada caídos.

—Eres un necio, Sam. Me caes bien, pero eres un maldito, maldito necio. Estoy seguro que te susurró bonitas palabras al oído, pero durante todo ese tiempo ha estado enamorada de un rebelde. —Vane dio otro paso hacia su sirviente—. Tu Caroline es una chica lista, Sam, muy lista. Demasiado como para haber venido esta noche. Igual es que mi mensaje no ha funcionado. ¿Hay alguna palabra especial que utilices cuando quieres citarte con ella?

—No, señor —dijo Sam indignado.

—Pero si te viera mañana en su granja, Sam, no sospecharía, ¿verdad? No echaría a correr. —Vane escrutó la cara de Sam buscando alguna reacción—. Puedes ayudarme mañana, Sam.

El silencio de Sam hizo que el sargento Scammell levantara otra vez el mosquete.

—No nos sirve para nada, señor.

—¡Cállese! —le espetó Vane al sargento; luego subió las escaleras hasta encontrarse a dos pasos de Sam—. ¿Estás enamorado de ella, Sam? Es comprensible, tiene ese aspecto de muchacha guapa de campo, ¿verdad? Pero es una traidora, Sam, una traidora. —Vane vio que los labios de Sam se movían para protestar y se apresuró a acallarle—. ¡Cierra la boca, Sam! Quiero que me escuches. Te salvé la vida en Germantown, ¿recuerdas? Precisamente por eso me debes lealtad y confianza. Quiero esas dos cosas ahora. Quiero que entiendas que en la guerra hay cosas difíciles de comprender. Por eso existen los oficiales. Son los oficiales los que toman decisiones, no los hombres. ¿Lo comprendes?

Sam dio un paso atrás.

—¿Qué iba a hacerle esta noche, señor?

—Solo hacerle unas preguntas, Sam. —Vane sonrió para calmarle—. Solo unas preguntas.

—¿Con él? —dijo Sam señalando al sargento con el mentón.

—Así que le haremos esas preguntas mañana —dijo Vane ignorando la pregunta de Sam y hablando como si lo que estaba diciendo fuera lo más razonable del mundo—. Tenemos que descubrir dónde se hace con esos mensajes, y quiero que me ayudes, Sam. ¡Me lo he ganado! —Vane sonrió—. ¿Me ayudarás mañana?

Pero Sam sabía que el capitán Vane maquinaba algo perverso. De lo contrario, no habría necesitado a Scammell. Percatarse de ello aturdió a Sam. Los oficiales podían estar de buen o de mal humor, podían ser estrictos o laxos, pero nunca eran culpables. Nada era nunca culpa suya. Los oficiales podían ser necios o sabios, pero nunca malvados, y en esa iglesia profanada Sam podía sentir el mal. Miró a Vane y vio en él, por vez primera, no a un oficial, sino a un hombre joven, un hombre más débil que él.

Vane, al no obtener una respuesta, se encogió de hombros.

—Sam, tienes que confiar en mí. Quiero que me ayudes mañana. Caroline Fisher nos ha traicionado, y tenemos que detenerla —dijo con voz cómplice, amistosa incluso—. Te ha engañado, pero confía en ti. Ahora te toca a ti. Si vas a la granja no huirá, se irá contigo. Y así podrás traérmela a donde yo te diga. Allí te estaré esperando. ¿Harías eso por mí? —Vane hizo una pausa—. No solo por mí, Sam, por tu rey. ¡Por Inglaterra!

Pero Sam no estaba pensando en Inglaterra, sino en un muchacho americano al que Scammell había asesinado en Germantown, y recordó, también, su pusilanimidad cuando el sargento Derrick insistió en que el muchacho era un rebelde. Nate había sido valiente entonces, y Sam, por ganarse el favor de Scammell, se había tragado la

mentira. Nate había regañado a Sam por aquello, y ahora Sam sabía que el espíritu de su hermano muerto le estaba escuchando y le estaba juzgando. La decisión que tomara ahora, pensó el joven, sería una pesa eterna en la balanza de su alma. Podía elegir el bien o repetir el mal hecho en Germantown.

Vane había observado la lucha interna en el rostro de su sirviente, y pensó que no obtendría una respuesta. Suspiró.

—Te lo voy a preguntar una vez más, soldado Gilpin, y si te niegas a ayudarme, dejarás de ser mi sirviente y te devolveré al cuidado del sargento Scammell.

—¡No soy su sirviente de todos modos! —espetó Sam—. ¡Sir William quiere que trabaje para él, y me voy! ¡Me voy a casa!

Vane negó con la cabeza, como si el desafío de Sam le resultase a la vez patético y divertido.

—Sam, Sam, Sam... Qué poco sabes del mundo. —Vane se dirigió con ademán agotado al sargento Scammell—. Tengo entendido que el soldado Gilpin le golpeó en Germantown, sargento.

—Así es, señor, lo hizo.

—¿Y no ha sido castigado aún por tamaña ofensa?

—¡No, señor! —Scammell era la viva imagen del sargento eficiente.

Vane volvió a dirigirse a Sam; su tono de voz seguía siendo el de un hombre razonable y amable.

—Si no me ayudas, Sam, me temo que serás arrestado en virtud de una acusación extremadamente seria. Dudo mucho que sir William vaya a tener tiempo de recordar que existes antes de irse de Filadelfia. Así que, Sam, ¿me ayudarás mañana?

Sam volvió a vacilar, no por indecisión, sino en busca de las palabras adecuadas que pudieran salvar su alma de la perdición.

—Puede irse al infierno, señor.

Vane, apesadumbrado, miró a Sam un segundo y dio media vuelta.

—Todo suyo, sargento.

—¿Muerto? —preguntó Scammell sin más.

—¡He dicho que es todo suyo! —Vane empezó a alejarse por el pasillo de la iglesia, aunque se detuvo para atar la cuerda suelta del semental a un pilar junto a su cubículo—. Sam ha renunciado a seguir a mi servicio, sargento, así que vuelve a estar bajo su autoridad. Haga con él lo que considere oportuno. —Vane llegó a la puerta de la iglesia, la abrió y se volvió. Sus ojos parecían brillar en la oscuridad—. Venga a verme por la mañana, sargento.

—¡Sí, señor!

Scammell tiró del percutor del mosquete. Sam, que estaba mirando a Vane, no pareció enterarse del sonido metálico. Vane sonrió.

—Buenas noches, sargento.

El capitán salió de la iglesia y cerró la puerta con tal fuerza que el estruendo retumbó en el templo. Sam comprendió de pronto lo que era el sonido metálico y

distante que había oído a medias hacía un instante y, con la agilidad de un gato se tiró al suelo, giró y se arrastró hacia el altar. El chasquido del mosquete coincidió con el portazo de Vane, pero Sam había oído ambos. Había sobrevivido y la bala se había incrustado en los bancos del coro. El humo provocó una nube que apestaba a pólvora y Sam se puso en pie.

Scammell se rio. Se palpó la espalda, desenvainó la bayoneta y la caló en la boca del mosquete.

—Eres rápido, ¿eh, Sam?

El joven no respondió. Observaba la bayoneta de diecisiete pulgadas de largo. Había visto lo eficaz que era Scammell con esa arma en un campo de batalla, y una bayoneta era más certera que una bala, de trayectoria siempre caprichosa. Scammell, caminando lentamente hacia Sam, lucía un gesto de absoluta certeza en el rostro marcado de cicatrices.

El ataque no fue ni repentino ni frenético, sino lento y deliberado. El sargento obligó a Sam a retroceder hacia el altar, juzgando el momento, la estocada asesina. Esta, cuando llegó, fue un impulso seco y corto destinado a hundir la hoja en el pulmón izquierdo de Sam.

Solo que Sam atacó primero.

Había retrocedido ante la amenaza de la hoja, pero sabía que la retirada no le proporcionaría la oportunidad de huir, solo el ataque, y así, un latido antes de que la bayoneta se abalanzara sobre él, Sam giró y dio un salto para dejar atrás el arma. Intentó arañar los ojos de Scammell con la mano derecha mientras que con la izquierda cogía el cañón del mosquete, del que tiró con fuerza repentina y endiablada justo en el momento en el que Scammell se lanzaba al ataque.

El tirón de Sam, unido al empuje del sargento, hizo que Scammell perdiera el equilibrio. Sam sintió la euforia del éxito, lanzó un cabezazo y acto seguido un rodillazo. Luego intentó retorcer el mosquete con la mano izquierda. Golpeó a Scammell con la derecha e hizo uso de todas sus fuerzas para arrancarle el arma al sargento. Para sorpresa de Sam, Scammell soltó el arma y el soldado, que estaba tirando con ambas manos, trastabilló de espaldas, tropezó y cayó con el arma sobre el pecho.

Scammell fue a por él con saña. El sargento era un combatiente experimentado. Había aprendido, en mil trifulcas, cómo golpear, mutilar y engañar, y había dejado que Sam cogiera el arma para que se cayera. Ahora Scammell acabaría con él.

El sargento le dio una patada en los riñones y otra en las costillas. Sam resolló. Acto seguido Scammell le hundió la rodilla en las tripas y se abalanzó sobre él descargando puñetazos sobre la cara del joven. La sangre manó de la nariz de Sam.

—¡Hijo de puta, hijo de puta! —le insultaba Scammell.

Scammell intentó hundirle los pulgares en los ojos. Uno se le metió a Sam en la boca y lo mordió. Sintió el espasmo de dolor de Scammell. El joven, deshaciéndose del mosquete, rodó hacia la derecha, se incorporó de rodillas y lanzó el puño derecho

contra la nariz del sargento. Notó que el hueso se rompía, pero también temió haberse roto la mano. Entonces Sam sintió un relámpago de dolor en el escroto y se dobló. Scammell gruñó una risa desagradable. Empezó una vez más a propinarle a Sam puñetazos en la cara, y, cuando Sam se hizo un ovillo y levantó las manos, el sargento se puso en pie para darle una patada en las tripas. Sam giró hacia Scammell para agarrarle la pierna, pero el sargento dio un paso atrás y el soldado cayó de bruces sobre los adoquines.

Sam, aunque no lo viera venir, no pudo hacer nada, porque había perdido el equilibrio. Scammell levantó la bota y le dio un pisotón en la mano derecha. El dedo corazón crujió, y Sam, a cuatro patas, aulló de dolor. Los caballos, como si se compadecieran de su cuidador, relinchaban aterrados.

—Voy a acabar contigo, chico.

La respiración de Scammell era intensa, profunda y entrecortada. Cogió el mosquete del suelo, apuntó con la bayoneta, apuntó con la hoja al cuello expuesto del caído y lanzó su estocada. Sam, con la visión borrosa por los puñetazos y el dolor que le alanceaba el brazo, no vio el ataque, pero oyó el gruñido de esfuerzo cuando el metal cayó, y se apartó a un lado evitando que la bayoneta le acertara. La punta restalló contra el suelo y la hoja se dobló como un junco ante el impacto.

Sam rodó, se puso en pie y lanzó una patada. Scammell había perdido el equilibrio después del salvaje ataque, y la bota de Sam impactó de lleno en la rodilla del sargento, a lo que siguió una lluvia de puñetazos en la cara con la mano izquierda. La mano derecha de Sam parecía inútil, pero Scammell trastabilló de espaldas al recibir los impactos de la zurda. Entonces Sam tropezó con el mosquete caído y Scammell aprovechó la apertura para contraatacar. Le rompió al muchacho el labio superior y le empujó, lanzando acto seguido un puñetazo contra el ojo izquierdo del soldado. Ninguno de los dos hablaba. Se pusieron en pie como luchadores de apuesta, listos para arrancarse la piel y romperse los huesos, pero Scammell tenía dos puños y Sam solo uno.

El sargento volvió a empujar a Sam, y este saboreó la sangre salada en la boca que salía de un diente suelto. Scammell estaba ganando y gruñía entre pesadas bocanadas de aire.

Sam alzó la mano derecha, no convertida en puño, sino mostrando la palma, y la lanzó contra el esternón de Scammell provocándole una sacudida de dolor en el corazón. El sargento dio un paso atrás. Sam le propinó una patada, le golpeó con la izquierda y luego lanzó la derecha contra el plexo solar. El dolor del dedo roto era como el de un gancho al rojo vivo que le rasgara el brazo. Cada vez que golpeaba con él, gimoteaba, pero si intentaba proteger la mano diestra, moriría.

Scammell se apartó para evitar un puñetazo y avanzó; lanzó un cabezazo, y su cráneo crujió contra el de Sam. Pero Sam había bajado también la cabeza, y el impacto provocó que ambos hombres trastabillaran de espaldas.

Por un momento ninguno de los dos pudo luchar. Scammell estaba dolorido,

aunque Sam lo estaba más aún. Sabía que si caía ya nunca volvería a levantarse. Los ojos del sargento, aturdido, le observaban desde una cara cubierta de sangre. Con la rodilla dolorida, Scammell avanzó cojeando.

El veterano ignoró los golpes de Sam; su objetivo ahora era agarrarlo y derribarlo. Una vez estuviese en el suelo, sus botas acabarían el trabajo. Pero Sam cerró el puño derecho y, aullando de dolor como un cerdo asaeteado, atizó a Scammell en la nariz. Y otra vez. Jadeaba, estaba casi cegado por la sangre que le manaba del ojo, pero vio que el sargento hacía un último esfuerzo. Sam dejó llegar el puñetazo, se inclinó hacia atrás y Scammell falló. Entonces el soldado lanzó un gancho con la derecha que impactó con la fuerza suficiente para que Scammell trastabillara escaleras abajo mientras buscaba apoyarse en el primer cubículo, aquel en el que estaba atado el aterrado semental negro.

Sam se apoyó en los bancos del coro. La sangre le fluía del ojo y de la boca. Le dolían el estómago y las costillas, probablemente tuviera alguna rota, y tenía la mano derecha pegada a la tripa, como si pudiese extirpar así el dolor. No quería moverse.

Aunque, por lo visto, el sargento Scammell tampoco. Miró a Sam con los ojos rabiosos de un animal y con la cara cubierta de sangre. Respiraba profundamente, como si estuviera buscando fuerzas para hacer un último ataque. Le salía sangre de la boca. Estaba palpando a su espalda, y Sam, de pronto, fue presa de la desesperación, porque comprendió que Scammell había visto la bayoneta de Sam en la puerta del cubículo. Dio con ella y empezó a caminar hacia él blandiendo la nueva arma, con la mano derecha, como si fuera un cuchillo.

—Maté al idiota de tu hermano —dijo Scammell—. Ahora te toca a ti, cabrón. — Scammell subió lentamente las escaleras hacia los bancos del coro—. Y mañana me cepillaré a esa zorra tuya antes de matarla.

Sam no podía luchar contra la bayoneta, y lo sabía. Dio unos pasos atrás, hacia el altar, que había sido cubierto con una lona, y se llevó dos dedos de la mano izquierda a la boca. Intentó silbar, pero su boca, hinchada y ensangrentada, se negaba a hacer el sonido. Escupió sangre a un suelo ya lleno de salpicaduras rojas.

El sargento seguía avanzando lentamente, precavido dada la fuerza de Sam, aunque seguro de que la bayoneta, afilada y resplandeciente, acabaría con la pelea.

Sam se secó la boca con la manga, se presionó la lengua con los dedos una vez más y sopló. El repentino silbido resonó en la iglesia y, al instante, el semental negro tiró de la cuerda. Sus cascotes empezaron a cocear contra la puerta del cubículo.

Scammell, al oír el ruido, se giró. El caballo, con los ojos blancos, tiraba y coceaba.

Sam silbó una y otra vez.

Scammell volvió a centrarse en él.

—Estás muerto, Sam. Estás muerto.

El sargento avanzó renqueante. Por última vez, Sam silbó con todas sus fuerzas, y el sonido provocó que el caballo tirara de su cuerda de nuevo.

La cuerda se partió. El animal saltó y Scammell se giró para enfrentarse a la nueva amenaza.

—¡Arriba! —gritó Sam—. ¡Arriba! ¡Arriba!

El caballo, tal y como Sam le había enseñado, se alzó sobre las patas traseras mientras daba sacudidas en el aire con los cascos brillantes de las delanteras. El sargento le gritaba a la bestia mientras lanzaba estocadas inútiles y retrocedía.

—¡Arriba, chico, arriba! —gritó Sam mientras se acercaba tambaleante.

El caballo, relinchando y asustado, volvió a levantarse sobre las patas traseras al tiempo que Sam cogía el mosquete con su bayoneta doblada. El dolor de su mano derecha se había convertido en algo que le atenazaba el cuerpo entero. Gemía. Scammell se volvió una vez más al presentir un nuevo peligro, pero Sam ya estaba girando el mosquete en un último esfuerzo desesperado. La afilada bayoneta, doblada en ángulo recto con respecto al arma, se hundió y rasgó las tripas de Scammell.

El sargento fijó la mirada en Sam, se llevó la mano izquierda al vientre, se tambaleó hacia delante e intentó dar una estocada con la bayoneta que blandía con la mano derecha. Intentó hablar, pero fue incapaz.

Sam dio un paso atrás. La sangre del sargento empezó a fluir, a derramarse sobre el suelo, haciendo un charco cada vez más grande. Scammell cayó de rodillas. Miró, suplicante y patético, al joven, y se desplomó de bruces. El mosquete repiqueteó en el suelo una y otra vez mientras el sargento se movía y temblaba sobre su propia sangre.

Sam sabía que no habría clemencia. Lo sabía de manera vaga, a través de las sábanas rojas de su conciencia y por los latidos de dolor que le llegaban del hueso roto y la carne castigada. Sam había intentado matar, y era probable que lo hubiera conseguido, y el ejército exigiría que fuera castigado. Y Vane alentaría el castigo. Sam, instintivamente, se apartó del hombre agonizante y quejumbroso y llamó al semental por su nombre.

No había tiempo de buscar silla y arreos. No quedaba tiempo para nada. No había más que un caballo y un hombre ensangrentado. Sam guio al caballo hacia el extremo de la iglesia y tiró de la puerta con la mano izquierda. Sollozaba de dolor.

Le sorprendió ver que, bajo la llovizna de la tarde, viandantes corrientes, cubiertos por sus paraguas de colores apagados, recorrían aquella calle corriente dedicándose a sus asuntos corrientes.

Lentamente, dolorido, Sam se subió a los lomos desnudos del caballo desde el poyo que había a la puerta de la iglesia. Algunos viandantes se detuvieron para observar, atónitos, al casaca roja ensangrentado, quien, ignorándolos, hundió los talones en los flancos del animal. Se aferró a las negras crines del semental y salió al galope.



Sam huyó de la ciudad. Los callejones y los jardines hubieran ofrecido al fugitivo un mejor escondrijo, pero Sam era un muchacho de campo que se encontraba más cómodo allá donde las hojas de los árboles daban cobijo. Dejó que el caballo cruzara las chabolas del extremo oeste de la ciudad, recorrió Centre Commons y se dirigió hacia los tocones desnudos de lo que en su día habían sido los bellos árboles del Cuello. Cabalgaba a pelo, sin estribos ni arreos, pero así era como había aprendido a hacerlo en su niñez, y, fiel a Sam, el caballo obedecía las órdenes que el joven le daba con la presión de sus rodillas.

Sam detuvo su montura tirando de la cuerda rota de la cabezada. Buscó refugio entre las varas que habían sido hundidas en la tierra para apoyo de las judías verdes que los soldados habían plantado para complementar sus escasas raciones y se tomó un respiro. Sintió la lluvia sobre el rostro ensangrentado e intentó contemplar su futuro sacudido por el dolor.

Podía dirigirse a la ciudad y suplicar la clemencia de sir William, o podía cruzar el río.

Sir William, pensó Sam, era un hombre bueno, pero tendría que explicar un asesinato en una iglesia antes de que el general le concediese su protección. Y, sin embargo, la tentación de un establo en Inglaterra, lejos de casacas rojas y rebeldes, era poderosa, más aún si pensaba en la casa de sus padres.

Sam hizo un gesto de angustia provocado por el dolor de la mano derecha. Apretó las rodillas y se balanceó hacia delante y hacia atrás para intentar disipar el dolor que le alanceaba desde el dedo roto. El caballo tembló, y Sam, sin pensar, le acarició el cuello con la mano izquierda.

Toda su vida, pensó, le había conducido a aquel lugar, a verse empapado en medio de una huerta de verduras. El momento de Nate había llegado en el campo de batalla. Su hermano había optado por la libertad y había recibido una bala en la columna como recompensa. La bala había sido vengada, pero la venganza significaba que, salvo que Sam rogase la clemencia del ejército, se convertiría en una criatura acosada durante el resto de sus días. Podía desertar y, mendigando y cazando por caminos desconocidos, dirigirse al norte, a Canadá, donde, según se rumoreaba, los capitanes de los barcos ofrecían a los desertores pasaje a casa a cambio de trabajo. Pero incluso si Sam llegaba a su aldea en Inglaterra, su nombre acabaría colgado a la puerta de la iglesia como asesino y desertor.

Miró a un lado y a otro al desolado paisaje que ofrecía el Cuello, donde tocones, malas hierbas y pobres huertos de verduras habían sustituido un bosque antaño mágico. Había un puñado de oficiales que, desafiando a la lluvia, ejercitaban a sus caballos, y Sam supo que debía alejarse antes de que se percataran de su presencia.

Pero temía moverse. Parte de él sabía que debía desertar, pero solo podría hacerlo en pos de un futuro que quedaba lejos de casa. Era un extraño en una tierra extraña, y la muchacha que habría podido arrastrarle a ese mundo nuevo estaba prometida a otro. Sam estaría solo.

Estaría solo, sabiendo que había traicionado a su uniforme rojo y a su bella bandera. En aquel momento, a lomos de un caballo asustado, Sam quería saber qué era lo correcto, qué debía hacer. El capitán Vane había actuado mal, eso lo sabía, pero Vane no era Inglaterra. Inglaterra era mañanas ventosas y caballos inquietos mientras los perros perseguían un zorro. Inglaterra era una cuerda de pelo de caballo con la que pescar una trucha, en un arroyo, a la sombra de los sauces. Inglaterra era risas y cerveza en la posada, era la llana amistad de los lugareños, que sabían tanto que el sol aparecería por la mañana como que vivían en el mejor país del mundo. Para Sam, la campiña era Inglaterra, no una ciudad repleta de avaros comerciantes y ambiciones venales. Y después de haber pasado un invierno en una gran ciudad, Sam supo de pronto que echaba de menos los benignos prados ingleses, donde el sol nunca abrasaba y la nieve jamás se amontonaba tanto. Sam quería ir a casa.

Pero Caroline estaba al otro lado del río, y el capitán Vane iría a su casa y haría el mal en nombre de Inglaterra. El joven dudaba que pudiera evitarlo dirigiéndose a sir William, porque el comandante en jefe, por amable que fuera, no podía atender las acusaciones de un soldado. Sam debía tomar sus propias decisiones, y si hacer lo correcto significaba abandonarse a sí mismo a la soledad en una tierra extraña y salvaje, lejos de casa, que así fuera. De otro modo, no hubiera podido soportar sus días. Sam podía traicionar a su bandera o podía traicionar a la muchacha a la que amaba pero que nunca podría amarle, porque había otro hombre.

Hizo que el caballo girara hacia el sur y chascó la lengua. Sam echaría de menos Inglaterra, tanto que lloraría su pérdida, pero Inglaterra sobreviviría sin Sam, mientras que Caroline no. Cabalgaría por amor y quizá, cuando sus heridas hubiesen sanado y los ejércitos se hubieran ido, se arriesgaría a ir a Canadá y a viajar a casa confiando en que sus crímenes hubiesen sido olvidados. El caballo, con el pelaje brillante de lluvia, olió otros animales y relinchó.

Sam se giró y vio a un grupo de oficiales a caballo que se acercaban a él desde la ciudad. Sospechaban debido al estado de sus ropas ensangrentadas. Uno de ellos le dio el alto, y Sam, temiendo sus preguntas, espoleó al animal y le soltó las crines.

El caballo negro galopó como si el mismísimo Hombre Verde le pisara los talones. Galopó con todo el poder y la velocidad que Sam había puesto en sus músculos durante las largas mañanas de paciente ejercicio, y ahora, bajo la lluvia, el caballo dejó atrás a sus perseguidores. Sam se dirigió al sur, más allá del puesto de guardia de Gray's Ferry, y no tiró de las crines del caballo hasta llegar a la maleza y los arbustos que crecían junto al Schuylkill, al norte de Lower Ferry. Allí, consciente de haberse procurado unos momentos de paz, bajó de lomos del caballo.

El dolor le estaba volviendo loco. Se acuclilló entre las hojas nuevas y procuró

respirar profundamente para calmarse. Las heridas podían esperar, la carne ajada sanaría, pero el dedo roto era un tormento. Tomó una bocanada de aire y cerró los ojos.

Lentamente, con cuidado, envolvió el dedo roto con su mano izquierda. Apretó hasta que el dolor se hizo casi insoportable y dio un tirón seco para enderezar el dedo. Sam se dobló, agónico, se le nubló la vista, pero al menos el dedo ya no parecía la bayoneta doblada que había servido para abrirle las tripas a Scammell. Sam aún podía sentir el rechinar del hueso. Se quitó la correa de cuero del cuello e, ignorando el dolor, se ató el dedo corazón al anular. Oyó entonces las jóvenes voces de los oficiales que le perseguían. El ejército le daría caza, Sam ya era un desertor, pero aquellos hombres, espoleados por la curiosidad de ver a un soldado cubierto de sangre, constituían el mismo peligro que cualquier partida de búsqueda. Los oficiales de caballería sabían que huía de algo, y disfrutarían llevándose al fugitivo a rastras hasta la caseta de los centinelas. Todos aquellos que hasta el momento habían sido amigos suyos eran ahora enemigos, y el trípode precedería a la muerte. Sam miró hacia el oeste y vio, con alivio, que la luz se iba desvaneciendo en el cielo encapotado. Un desgarro entre las nubes grises brillaba encarnado y, a la luz mortecina, Sam vio a un pájaro de color escarlata que volaba sobre el río. Por alguna razón aquello le dio esperanza.

El caballo tembló, y Sam le susurró que se calmara. Ya no podía hacer uso del caballo, tenía que cruzar el río.

Se deslizó hacia la orilla del Schuylkill y caminó hacia el sur junto a las aguas. Había recorrido el Cuello muchas mañanas, y sabía dónde encontrar las barcas que unos oficiales del cuerpo de ingenieros, alojados en una de las lujosas casas de verano junto al río, solían usar para ir a cazar patos. Rezó para que la lluvia los hubiera obligado a quedarse en casa.

Sam recorrió la orilla a duras penas, resbalándose en el lodo, abriéndose paso entre las zarzas y haciendo caso omiso de la hiedra venenosa. Intentó comprender lo que había llegado a saber en la iglesia: que Caroline había avisado al fuerte del ataque de los hesianos, pero era incapaz de encontrar una razón para condenarla. La lealtad a Inglaterra estaba confundida por el amor, y Sam se decía que Caroline jamás había ocultado que fuera simpatizante de la rebelión. Ella no le había engañado, por mucho que el capitán Vane sostuviese que sí.

Sam sintió un acceso de ira hacia el capitán Vane. El hombre siempre miraba hacia arriba en busca de seguridad, pero si el señor estaba podrido, ¿qué esperanza había para el vasallo? Estaba solo, aislado de todo aquello que le había inspirado y dado fuerzas. Sam se vería obligado a aceptar la tan elogiada libertad de la que hablaba Martha, porque ya no le quedaba nada más.

Entonces, quebrando sus febriles pensamientos, Sam oyó el crujir de unas ramas, seguido, instantes después, por la voz enérgica de un oficial informando sobre el descubrimiento del semental.

Pero el fugitivo también había encontrado algo: dos botes para cazar patos varados en una cala embarrada del río. Los botes estaban encadenados. En ellos no había ni remos ni pértigas para propulsarlos, tan solo los cascos, vacíos salvo por las tallas de madera con forma de pato que los cazadores usaban para atraer a sus presas a las marismas.

Las cadenas estaban enganchadas a las arandelas de proa de cada uno de los botes, y fijadas a unas gruesas estacas hundidas en la tierra en la parte superior de la orilla. Sam tiró de la cadena e hizo una mueca de dolor. Tiró de nuevo, arriesgándose a que el tintineo de los eslabones oxidados alertase a sus perseguidores, pero tanto cadenas como estaca eran firmes.

Echó un vistazo a las arandelas. Una parecía estar suelta, aunque no tanto como para poder tirar de ella con su malograda mano izquierda. Aguzó el oído. Le llegaba el sonido del río y de la lluvia, pero no de caballos y jinetes.

Levantó el pie derecho y se detuvo un instante temiendo el ruido que estaba a punto de hacer. Acto seguido hundió el talón de su bota en la arandela suelta. El bote dio un salto al recibir el impacto. Golpeó una y otra vez el hierro oxidado, pero los tornillos eran tercios y la arandela permanecía en su sitio. La cadena tintineaba con cada empellón.

La maleza crujió en lo alto bajo el peso de unas pezuñas. Sam, sollozando y resollando, ignoró el dolor de su mano derecha, aferró el bote de ambas bordas y, con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo, tiró en dirección opuesta a la estaca.

—¡Alto!

Un oficial de caballería irrumpió entre los arbustos, que crecían a seis pies de la cabeza de Sam.

Sam tiró de nuevo, con la fuerza de la desesperación, y los tornillos de la arandela salieron arrancando la madera. Sam trastabilló de espaldas, el bote se soltó y ambos se deslizaron hacia el río, donde la corriente amenazaba con llevarse la embarcación. El fugitivo corrió chapoteando con las botas sobre el barro pegajoso y, mediante un último esfuerzo, se abalanzó sobre la borda.

El oficial de caballería se giró sobre la silla.

—¡Por allí! ¡Por allí!

Sam había oído muchas veces ese grito en los campos invernales, cuando el zorro salía de su escondrijo y los cazadores gritaban para que los perros siguieran la pista mientras que los caballos castigaban la tierra en pos de la bestia que huía. Ahora él era la bestia, y ese grito significaba que los jinetes iban a darle muerte. Sam se impulsó para entrar en el bote y se tumbó, jadeando y exhausto, sobre los tablones del casco.

El oficial observó que el bote se alejaba. Sacó la pistola de la funda de su silla y tiró del percutor. Alargó el brazo con el arma, calculó un pie de desviación y otro por el viento y apretó el gatillo.

La bala le silbó a Sam por encima de la cabeza y arrancó astillas de la regala.

Oyó maldiciones en la orilla. Media docena de oficiales se habían unido al primero y, al ver que se trataba de un evidente caso de desertión, desenfundaron carabinas y pistolas. Aquello era lo más divertido que podían haberse encontrado en una tarde lluviosa.

Sam se arrodilló y arrancó uno de los bancos de proa y empezó a hundirlo como si fuera un remo. El Schuylkill fluía con fuerza, sus corrientes chocaban y creaban remolinos, y el joven comprobó a qué velocidad pasaban las orillas ante sus ojos. Pero los jinetes eran más rápidos, y sus disparos atrajeron a más hombres de las casas a lo largo del río.

Las balas salpicaban en el agua. La distancia era grande, cada vez más grande, pero algunos de los oficiales se tenían por buenos tiradores. Uno de los proyectiles le rozó la espalda, abriendo una brecha en su casaca roja, mientras que otra bala se incrustó en la proa dando lugar a una diminuta vía de agua en aquel bote de poco calado. Uno de los patos de madera, al recibir el impacto del plomo en el pecho, dio un salto y repiqueteó contra la estructura, pero la risa de los perseguidores de Sam se fue desvaneciendo a medida que la corriente le alejaba cada vez a mayor velocidad.

Ahora, ante sus ojos, se extendía el ancho Delaware; pudo ver la espuma que se formaba en el punto en el que ambos ríos se encontraban y chocaban dando lugar a olas sinuosas. Siguió remando con su improvisado remo hacia el amplio río caudaloso, y solo se volvió para ver dónde estaban sus perseguidores cuando la proa del bote tembló ante la sacudida de los remolinos.

Los oficiales de caballería se habían dado por vencidos. En vez de continuar la persecución, detuvieron a sus monturas junto a la batería de Lower Ferry dando lugar a un arcoíris de color.

Sam sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Remó desesperado, pero era incapaz de luchar contra las aguas, y estas sacudieron la embarcación hasta casi volcarla. De algún modo logró aferrarse al remo, y acto seguido vio que una nube de humo blanco florecía en el parapeto.

Menos de un segundo después el tronar del cañón restalló en los tímpanos de Sam. Solo el ruido le hizo daño. La bola de hierro le pasó a una yarda de la cabeza. Sam vio una columna de agua surgir y desplomarse a su derecha.

Siguió remando. La corriente le llevaba río abajo, pero le mantenía cerca de la orilla de Pensilvania. Hizo uso de todas sus fuerzas para impulsarse hacia el este, pugnando por llegar a las aguas más calmadas del centro del Delaware.

Otro estallido le martilleó los oídos. Se agachó por instinto y oyó pasar la bola de hierro como un segundo trueno. La segunda batería había abierto fuego, pero el cañón estaba frío y los artilleros habían compensado la elevación del arma en exceso y apuntado demasiado alto. Sam imaginó a los artilleros hundiendo el escobillón por la boca del cañón, ahora caliente, recargándolo con bola y carga. Contó los segundos y hundió el remo con fuerza en el agua.

Las dos piezas de artillería dispararon a la vez. El ruido se le antojó un portazo de

las puertas del infierno. El agua salpicó y empapó a Sam cuando los proyectiles cayeron. El joven sintió frío, pero al menos estaba vivo. Aulló un reto de mera alegría, gritando que estaba vivo, que ganaría, que escaparía, que cruzaría el río, que no sería derrotado.

La corriente le llevaba hacia el sur, hacia las islas en las que una guarnición británica ocupaba Fort Mifflin, pero Sam obvió el dolor, se arrodilló y siguió remando. Cada palada le alejaba de los torbellinos, hacia el otro lado del río, hacia la orilla mate y lodosa de Nueva Jersey. En Fort Mercer, ahora abandonado, no había guarnición. La más cercana era la apostada en el río Cooper, y esta estaba demasiado próxima a la granja de Caroline.

Un balandro, río abajo, oyó los disparos y giró. Sus velas aletearon. Sam lo observó y acto seguido vio que se alzaba una columna de agua ante él. La espuma le salpicó la cara. Pero ofrecía un blanco diminuto, y cada vez lo era más, sobre todo ahora que la luz se iba desvaneciendo. Sintió la euforia del éxito, aunque sabía que no habría ni felicidad y éxito si no lograba avisar a Caroline. Otro joven, en ese mismo río, había usado a la muchacha como talismán, pero Sam ignoraba la suerte que había corrido Jonathon.

Las baterías abrieron fuego por última vez, y Sam vio una bala negra rozar las aguas grises como si alguien estuviera jugando a hacer la rana. El agua dejó de salpicarle y el humo se fue difuminando. El balandro, confundido por el fuego artillero, no había disparado.

La corriente había arrastrado a Sam una milla río abajo, lejos de Cooper's Point, donde vivía Caroline, y, poco a poco, su embarcación se iba acercando a la costa de Nueva Jersey. Remó frenéticamente, sin darse cuenta de que gruñía de dolor cada vez que su mano derecha hacía un esfuerzo. Ahora que los cañones habían dejado de disparar, todo se volvió extrañamente silencioso. Hundió el remo por última vez y sintió que la proa del bote se detenía al tocar tierra. Permaneció inmóvil un instante, arriesgándose a que la corriente volviera a empujarle hacia el centro del río, entonces se dejó caer por la borda y sintió las frías aguas del río acariciarle las heridas. Era como un bálsamo.

Trepó hasta lo alto de la orilla. Estaba oscureciendo con rapidez, y las sombras amenazantes empezaban a extenderse bajo los árboles que habrían de entorpecer su camino hacia el norte. Empezó a caminar, trastabilló, luego alzó la cabeza para ver, al otro lado del río, la extensión de Filadelfia, convertida en una ciudad mágica, cada vez más envuelta por la oscuridad. Una miríada de luces brillaba pálida: eran los últimos destellos del sol que rebotaban en los tejados mojados y en las ventanas, y Sam, libre ya de la amenaza del río, observó obnubilado.

Sacudió la cabeza para liberarse de la magnífica visión. Quizá el cuerpo de Scammell ya hubiera sido hallado, y el capitán Vane sabría perfectamente hacia dónde había huido. Compañías enteras de centinelas recibirían la orden de abandonar su campamento y los botes de la Marina serían puestos a su disposición. Ahora se

trataba de una carrera entre su antiguo patrono y él por alcanzar a una chica rebelde.

Desparecieron los últimos rayos del sol, y las nubes descendieron, pesadas, hacia el río. Un destello de luz, repentino y luminoso, rasgó las lejanas colinas, y se oyó el restallar de un trueno justo antes de que la lluvia, con malévolamente indiferencia, empezara a anegar el rostro del soldado. Se enfrentaba a una caminata de millas envuelto en una húmeda oscuridad. No lo hacía por la libertad, ni por la república, sino por amor.

Sam se dirigió al norte.

Una vez que oscureció, la lluvia empezó a caer con más fuerza. Apagó las antorchas de los puestos de guardia y anegó los sótanos de Front Street. El viento castigaba puertas y ventanas, sacudía con violencia los carteles que colgaban a la entrada de los comercios y decoraba el río de estelas blancas. Un centinela irlandés se persignó y se dijo que los *shee* cabalgaban esa noche en el viento y que eso no presagiaba nada bueno. En algún lugar, hacia el oeste, un repentino relámpago acuchilló la noche y su resplandor blanco azulado iluminó a los hombres que se reunían a sotavento de un almacén cercano a Painter's Wharf.

Se había ordenado a dos compañías de Infantería Ligera que acudieran a los muelles de la ciudad. Las bocas de sus mosquetes estaban cubiertas con corcho, y sus percutores, envueltos en tela para protegerlos de la lluvia inclemente. Un oficial de Marina, cubierto con su uniforme y temblando, se acuclilló junto al embarcadero y buscó con la mirada los botes prometidos.

Lord Robert Massedene corrió muelle arriba. Llevaba puestos sus zapatos de baile. Era evidente que el deber le había sacado de la calidez de alguna casa. Sus medias blancas estaban empapadas y tenía la piel fría. Tenía el abrigo calado, y su peluca lucía los ronchones de tinte barato que iba desprendiendo su tricornio.

—¡Capitán Vane! ¡Capitán Vane!

Vane, a refugio de la tormenta en la puerta del almacén, dio un paso al frente.

—¡Aquí!

Massedene corrió hacia la puerta y allí, con rabia, se quitó el sombrero y la peluca y lanzó ambos al suelo.

—¿Qué demonios está ocurriendo?

—Que llueve —dijo Vane con calculada grosería.

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero! ¿Qué le has hecho a la señora Crowl?

Las antorchas de los centinelas se estremecían en el embarcadero. La lluvia hacía sisear las llamas, pero la madera, empapada en brea, mantenía encendido el fuego que iluminaba tenuemente la puerta. Vane pudo ver la ira en el rostro de Massedene y, en ese momento, sintió desprecio hacia él. El lord representaba por sí solo la ineficaz política británica que pretendía acabar con la rebelión, y Vane no pudo evitar hablar con un tono de desdén en la voz.

—No le he hecho nada a la señora Crowl.

—Dice...

—Claro, estoy convencido de que te ha dicho muchas cosas. Al igual que cualquier yanqui que se precie no duda en solicitar ayuda a los británicos cuando algo le resulta inconveniente.

—Has registrado su vivienda... —empezó a decir Massedene, pero, una vez más,



Vane le interrumpió.

—He registrado su casa en busca de un asesino que además resulta ser un desertor. ¿Acaso hay alguna ordenanza que diga que hay que salvaguardar las casas de los rebeldes cuando se da un caso así?

—El que ha huido ha sido tu sirviente —dijo Massedene amenazante, como si la deslealtad de Sam fuese un reflejo de lo que era Vane.

—No era mi sirviente —dijo Vane frívolamente—, sino de sir William. ¿O acaso no sabes que sir William le quería como mozo de cuadra?

—Ha huido hacia la otra orilla —protestó Massedene—. ¡Lo sabes! ¡No había razón alguna para registrar la casa de Martha!

—Se ha visto a un hombre cruzando el río —dijo Vane con tono gélido—. Pero no hay pruebas de que se tratase de Gilpin. Me he limitado a registrar el lugar en el que podría haber buscado refugio. Además, todo se ha llevado a cabo con la aquiescencia de sir Henry Clinton.

—Sir Henry debería haber solicitado la aprobación de sir William —argumentó Massedene aun sabiendo que el razonamiento era pobre.

—Sir William mantiene el mando por cortesía de sir Henry —dijo Vane exponiendo la brutal realidad.

—¿Y te ha pedido sir Henry que destruyas la casa? —La voz de lord Robert Massedene se tornó más petulante, atrayendo las miradas de los incómodos casacas rojas que esperaban bajo la lluvia a que llegaran los botes prometidos—. ¡Por Dios, Vane! ¡Parece que haya entrado allí una recua de salvajes! ¡Tablones arrancados, paneles destrozados, la niña aterrada!

—Se me ordenó que actuara con premura —dijo Vane—. No tenía tiempo de andarme con las contemplaciones con las que parece querer llevar esta guerra.

Massedene se apoyó, agotado, contra el marco de la puerta. La lluvia rebotaba en los adoquines y siseaba en los debilitados fuegos.

—Eres un bastardo, Vane.

—¿Por cumplir con mi deber? —estalló Vane de pronto—. ¡Gilpin ha matado a un buen hombre esta noche! Lo hizo porque le ha seducido una mujer rebelde y le ha vuelto contra su rey. ¡No podemos amar a nuestros enemigos, Massedene! Si lo hacemos, acabarán con nosotros uno a uno. ¡Pero a mí no me pasará eso! ¡Por Dios que no!

—Confundes victoria y venganza —dijo Massedene con voz queda.

Vane se rio al oír la acusación.

—Milord, fuimos traicionados cuando atacamos el fuerte. Tengo razones para creer que fue la señora Crawl la que envió el aviso a la granja que hay al otro lado del río —dijo Vane mientras señalaba hacia la lluvia y la oscuridad que ocultaban la otra orilla—. Traidores, milord, traidores. ¿Crees que debería dejar que sigan haciendo lo que hacen? ¿Rendirías las colonias por los sentimientos que te inspira una mujer?

Lord Robert Massedene negó con la cabeza como si el argumento se le antojara

irrelevante.

—¡Has destrozado la casa de la señora Crowl! ¿Pretendes mantener las colonias mediante la barbarie?

—Haré lo que sea necesario para aplastar esta rebelión.

Vane miró con enfado hacia el río; estaba ansioso por que llegaran los botes. Hacía tiempo que había pasado la medianoche, y le empezaba a costar luchar contra la impaciencia. Le había llevado horas hacer que la Marina cumpliera su cometido, y los casacas azules habían insistido en que la expedición esperara hasta que las horas más oscuras hubieran quedado atrás antes de arriesgar a sus hombres sobre las turbulentas aguas. Y Vane sabía que cada momento que pasaba acercaba más a Sam Gilpin a casa de los Fisher.

—No encontraste nada en casa de la señora Crowl —dijo Massedene acusador, como si quisiera probar que los actos de esa noche de Vane hubiesen sido tan fútiles como bárbaros.

—Encontraré las pruebas —dijo Vane—. Lo juro por Dios.

Lord Robert Massedene temía que Vane tuviera razón, y temía por Martha. Si se podía probar su culpabilidad, todos sus bienes serían confiscados. Sus muebles, ropas, joyas e incluso su casa serían subastados y a ella se la expulsaría, arruinada, de la ciudad. Sir Henry Clinton, como cualquier nuevo comandante, estaba ansioso por hacer alarde de una política enérgica, y Vane había hecho uso de ese deseo para llevar a cabo su venganza personal. Si Vane obtenía pruebas esa noche, ni el afecto de Massedene ni la bondad de sir William bastarían para proteger a Martha de la ignominia.

—Voy a cruzar el río contigo —dijo Massedene.

—¡Por supuesto que no!

—¡No tienes derecho a impedírmelo! —Massedene encontró en su interior la chispa de ira necesaria para gritarle a Vane—. No permitiré que inventes pruebas esta noche, Vane. ¡Tengo órdenes expresas de sir William para asegurarme de ello!

El rostro de Vane se puso pálido de ira.

—¿Me acusas de deshonestidad?

Lord Robert supo que Vane buscaba un duelo, pero no le importaba.

—Te acuso, capitán Vane, de tener el alma de un comerciante. ¡No te importa el honor! ¿De verdad crees que rompiendo dos o tres cabezas puedes hacer que América vuelva a ser leal? ¡América está perdida, Vane! ¡La perdimos en Saratoga!

—En ese caso, tendremos que recuperarla —dijo Vane—. A base de soldados.

Un grito desde el muelle anunció que habían llegado los botes. Los remos crujían y las regatas golpeaban los peldaños del embarcadero. Vane, olvidándose de Massedene, corrió para que todo el mundo embarcara con premura. La lluvia parecía roja a la luz de las antorchas, iluminando los botes que habían sido convertidos en cisnes y serpientes marinas con vistas a la *meschianza*. Por ridículos que parecieran, los cuatro botes servirían para llevar a las tropas al otro lado del revuelto río para

recoger las pruebas de Vane.

Lord Massedene cogió su sombrero y la peluca y siguió a los soldados a uno de los botes que se mecían sobre las aguas. Hacia el este, el horizonte ya estaba tintado de gris. Los relámpagos centelleaban y el retumbar de los truenos recorría el cielo encapotado, bajo el cual, al fin, había aparecido la verdadera faz del capitán Vane.

Sam Gilpin estaba empapado y tenía el frío metido en los huesos. Recorrió la maleza a duras penas mientras las zarzas le rasgaban la cara ya ensangrentada y, a veces, se le enganchaban en el dedo roto, lo que le obligaba a acuclillarse para dejar que el dolor se le pasase. Su uniforme también se enganchaba en ramas y pinchos. La casaca roja estaba repleta de aros que servían para fijar las cartucheras, los pantalones, para hacer que un hombre luciese el aspecto que debía en un desfile, pero esa noche se enganchaban en cada arbusto. Sam se arrancó las cartucheras y también los aros, pero decidió seguir con la casaca puesta, aunque solo fuera para protegerse un poco del vendaval.

Se había apartado del camino del río y se había adentrado en el bosque para evitar las pequeñas aldeas que moteaban la orilla de Nueva Jersey. No sabía si los lugareños serían lealistas o patriotas, solo que cualquier hombre podía ser ahora su enemigo, y así, Sam se abrió paso por entre los árboles. En una ocasión, doblado de dolor por culpa del dedo, pensó haber oído las pisadas cenagosas de unos grandes pies a su espalda. Tembló de miedo. Oyó la lluvia y el viento, el crujir de las ramas, y supo que una bestia monstruosa, verde como los árboles, arrastraba los miembros persiguiéndole. Obvió el dolor y siguió hacia el norte, huyendo del Hombre Verde, que había venido a América a atormentarle.

Huía, pero quizá nada de eso fuera a servir de nada. Quizá Caroline ya hubiera sido capturada. Quizá otro sargento, tan duro como Scammell, la estuviera interrogando en una celda de piedra. O quizá el capitán Vane estuviera esperando en la granja sabiendo que Sam iría allí. Quizá al día siguiente Sam se encontrara desnudo hasta la cintura y subido al trípode, y los dedos de los verdugos recorrerían las colas de los látigos para retirar los trozos de carne ensangrentada que le arrancaran.

Siguió adelante, manteniendo siempre el brillo de las diminutas luces de la ciudad a la izquierda. Sam había puesto todas sus esperanzas en el retraso que sabía que supondría cualquier autorización para cruzar el río. Había sido el sirviente de un oficial durante el tiempo suficiente para saber que el capitán Vane no podía hacerse con hombres y botes de inmediato, pero la noche avanzaba y cada momento insuflaba más miedo en el alma ya aterrada de Sam.

Tenía miedo por Caroline, se estremecía a cada trueno y temía al Hombre Verde, que recorría el bosque en la oscuridad. Temía por su futuro. Podía salvar a Caroline, aunque jamás obtendría su amor. Sabía que se enfrentaba a una vida extraña en la

inmensidad de aquel país extraño. Era un fugitivo. En casa, se publicaría su nombre junto a la palabra «criminal», mientras que en América, si los británicos ganaban la guerra, tendría que huir de la justicia. Y, sin embargo, el amor le empujaba a través de la húmeda oscuridad. Nada importaba: ni el rey, ni Inglaterra ni el regimiento, ni su casa; solo el amor.

Se encaramó a lo alto de una elevación arenosa donde había menos maleza y por la que podría avanzar más aprisa. Corrió, trastabillando, jadeando, saboreando la sangre que le manaba de los labios rotos. Temía no poder dar con la casa de Caroline; solo la había visto desde los muelles de la ciudad cuando la muchacha la señaló desde allí. En invierno, cuando el hielo se había adueñado del Delaware, Sam había observado muchas veces Cooper's Point con añoranza, y sabía dónde estaba la vivienda en relación al recodo del río, pero no estaba seguro de poder encontrarla en la oscuridad. Imaginó el fracaso, imaginó a Vane golpeando a Caroline en el rostro para obtener una confesión, y lloró por culpa del dolor que le recorría el cuerpo y porque tenía miedo de llegar demasiado tarde.

Llegó al final de la colina y vio los primeros destellos grises en el cielo, hacia el este. La lluvia seguía cayéndole en la cara y el cuerpo, y Sam, para su sorpresa, empezó a lamentar que todas las esperanzas que el capitán Andre había puesto en la *meschianza* acabaran echadas a perder. Sam se rio al sentir un remordimiento tan absurdo, y supo que, de haber servido a John Andre y no a Vane, todo aquello jamás habría ocurrido. Que Dios maldijera a Vane, pensó Sam. Entonces, bajo el resplandor de un relámpago que iluminó el río, vio los botes que se acercaban a la costa de Nueva Jersey.

Corrió. Los truenos retumbaban sobre su cabeza, estruendosos como fuego de artillería, pero Sam no lo oía. Olvidó la lluvia, olvidó sus miedos y corrió hacia el lugar en el que, gracias a otro repentino destello de luz, había visto la casa de madera. Corrió como si toda su vida dependiera de aquel momento. Corrió en pos de Caroline.

Recorrió unos pastos, se empotró contra una valla, trepó y siguió adelante. Llegaba la luz suficiente del horizonte como para ver recortadas las siluetas de los soldados que avanzaban desde la orilla del río. Sam sabía que aún tenía tiempo, aunque no fuera mucho.

—¡Caroline! —Gritó su nombre mientras corría—. ¡Caroline!

Un perro ladró en la casa, entonces más truenos sepultaron los sonidos mientras Sam trepaba una última valla y chapoteaba por la hierba empapada. Golpeó con fuerza la puerta principal de la casa con el puño ensangrentado provocando que el perro enloqueciera.

Más truenos desgajaban los cielos sobre su cabeza, y un relámpago que olía a quemado cayó entre los árboles frutales. Sam pudo ver a los soldados más allá de la arboleda: ya estaban demasiado cerca. Volvió a hundir los puños en la puerta atrancada.

—¡Caroline! ¡Caroline!

Sam sabía que los soldados tendrían miedo a que el metal que se proyectaba desde el extremo de sus mosquetes atrajera un rayo. Correrían hacia la casa en busca de refugio ahora que tenían la tormenta sobre sus mismísimas cabezas. Sam golpeó de nuevo la puerta de madera, sollozando de frustración. De pronto, convencido de que Caroline se había ido, o de que aquella era la casa equivocada, supo que sería capturado y azotado hasta la muerte. Pero era incapaz de alejarse de la puerta, porque aún había una mínima posibilidad de que Caroline estuviera dentro, ajena al hecho de que los casacas rojas habían cruzado el río para hacerla prisionera.

—¡Caroline! ¡Caroline!

Sam gritó su nombre desesperado y, de pronto, la puerta se abrió. El perro, atado a una correa, tiraba de ella dispuesto a morder a Sam. Un viejo, con un trabuco en una mano y la correa del perro en la otra, exigió una explicación.

—¡Soldados! —interrumpió al anciano—. ¡Soldados! ¡Salgan de aquí!

Una luz parpadeó en la estancia, y apareció una anciana, que abrió la puerta del fogón y sopló para que las brasas cobraran fuerza y se convirtieran en llamas. El perro seguía intentando atacar a Sam, pero el viejo tiró de él.

—¿Soldados?

—¡Están aquí! —dijo Sam señalando hacia los frutales por entre los cuales avanzaban los casacas rojas.

La anciana encendió una vela con las llamas del fogón, e, iluminada por la luz brillante, Sam vio a Caroline quien, a los pies de unas escaleras de madera, observaba la aparición ensangrentada que había en la puerta.

—¡Vienen a por ti! —dijo Sam—. ¡Corre!

—¿Sam? —Caroline, envuelta en una bata de lana, observaba con incredulidad al casaca roja—. ¿Sam?

—¡Están aquí! ¡Sal! ¡Corre!

El anciano, que debía de ser el abuelo de Caroline, se dio la vuelta.

—¡La mochila, Anna! ¡Usad la puerta de atrás! ¡Rápido!

La anciana cogió una mochila que colgaba junto a una puerta al fondo de la estancia. En esta, supuso Sam, la familia guardaba todo lo que tenía de valor, para poder sacarlo de allí en caso de incendio o de cualquier otro peligro.

—¡Sal, Anna! —gritó Caleb Fisher, que sopesó la vieja arma con la mano derecha—. ¡Yo les enseñaré a despertar a buenos cristianos! ¡Yo...!

—¡Vamos! —Sam empujó al viejo hacia la mesa de la cocina y hacia la puerta—. ¡Deje el arma! ¡Váyase! —Sam le arrebató el trabuco al viejo—. ¡Vete, Caroline!

Pero Caroline, en vez de huir, se había dirigido al otro lado de la mesa de la cocina y tiraba de un aparador que había junto a la puerta principal.

—¡Tengo que llevarme una carta! —dijo con determinación mientras tiraba del gran mueble de madera. Sus abuelos ya se habían ido—. ¡Ayúdame! ¡Está oculta aquí!

—¡Olvida la maldita carta! ¡Vete! —Sam la cogió del brazo y tiró de ella hacia la mesa.

Ya podía oír a los soldados en el exterior; entonces vio el terror anegar el rostro de Caroline y se aprestó a protegerla al tiempo que una voz estridente llenaba la estancia.

—¡No os mováis!

Sam se giró. Un sargento enorme, vestido con un sobretodo chorreante, llenaba la puerta principal. Otros hombres se fueron agrupando detrás del sargento. Las brillantes bayonetas se proyectaban desde sus mosquetes. Era probable que la lluvia hubiese convertido la pólvora de las cazoletas en una pasta negra, aunque Sam no podía estar del todo seguro. Vio que los hombres retiraban las cubiertas de tela de los percutores y se colocó delante de Caroline, para que, en caso de que abrieran fuego, la muchacha estuviera protegida. Caroline tiró de Sam hacia la puerta de atrás bordeando la mesa de la cocina.

—¡Quieto ahí, muchacho! —avisó el sargento.

Sam, caminando de espaldas, apuntaba con el trabuco a los casacas rojas, mirándolos a los ojos, y cuando superó la mesa empujó a Caroline hacia la puerta de atrás.

—¡Corre!

—Me temo que no.

El capitán Christopher Vane apareció de pronto por la puerta de atrás. Tenía la espada desenvainada en la mano y la sacudía a derecha e izquierda como si pretendiera secarla. El metal siseó en el aire.

—Bien hecho, sargento, muy buen trabajo.

Vane había perdido su sombrero en la oscuridad, y la lluvia se había encargado de pegarle los cabellos claros al estrecho cráneo. Esbozaba una expresión dura y peligrosa. También de satisfacción.

—Baja el arma, Sam.

Sam no obedeció. Observaba a Vane conmocionado, mientras que el oficial contemplaba fascinado las heridas sanguinolentas que Sam lucía en la cara, heridas que hablaban del enfrentamiento de la iglesia. Vane sabía que Sam estaba acorralado y desesperado, y fingió una indiferencia que no sentía en realidad.

—¡Baja el arma, soldado!

Sam alzó el trabuco y lo apuntó al rostro de Vane. El sargento, que había empezado a aproximarse bordeando la gran mesa, se detuvo. Se hizo el silencio en la estancia. Dos hombres más aparecieron detrás de Vane y se quedaron paralizados al ver la boca enorme del arma que amenazaba al oficial del Estado Mayor.

El capitán Vane miró a Caroline y luego otra vez a Sam.

—Eres un desertor, Sam, y un asesino, pero sé que tenías razones para hacer lo que has hecho. De verdad que sí. —Vane hablaba con esa cadencia de hombre razonable que Sam tan bien conocía—. Scammell se ensañó contigo y tenías miedo.

Así que huiste. Puedo explicarlo, Sam, todo. Pero si aprietas ese gatillo, Sam Gilpin, no habrá clemencia en el mundo para ti. Serás un rebelde, muchacho. Serás un enemigo. No serás nada.

—Aparte —dijo Sam.

—No seas necio. ¿Crees que me aparto ante campesinos? —dijo Vane, que a continuación miró a Caroline con desprecio—. ¿Lo haces por ella, Sam? ¿Te ha convencido para que seas un rebelde?

—¡Muévase! —La sangre le caía a Sam por la barbilla y sobre la casaca.

—Estás atrapado, Sam —dijo Vane—. Baja el arma. —Hizo una pausa y luego volvió a espetar las palabras—: ¡Baja el arma, soldado Gilpin!

El instinto de Sam le impulsaba a obedecer. Era un casaca roja. Había sido entrenado para obedecer. Pero Vane había hecho añicos esas cadenas y Sam, observando el rostro brillante que había al otro lado de la ancha boca del arma, no se movió.

Vane parecía desdeñar la amenaza que suponía Sam; miró por encima del hombro de su antiguo sirviente y se dirigió al sargento:

—Préndanle, sargento. Y a su zorra.

Vane escupió la última palabra y supo que había cometido un error. Vio que el sargento abría la boca a modo de aviso. Vane volvió a mirar a Sam en el instante en que este apretaba el gatillo.

El retroceso del arma provocó un latigazo de dolor en el dedo de Sam, y el joven aulló. Pero el grito quedó sepultado bajo el estruendo tonante del arma, que escupió llamas, humo y su sucia carga de clavos torcidos y trozos de metal contra el rostro de Vane.

—¡Corre! —gritó Sam tirando de Caroline.

No oyó los percutores de los mosquetes al impactar contra las cazoletas húmedas. No hubo disparos.

Cargó hacia la nube de humo producto del disparo; vio a un casaca roja tendido en la puerta, a otro arrastrándose en la noche: daba la sensación de que el caído hubiera sido desollado vivo por la metralla. Cargó con el hombro por delante contra el tercero, haciéndole trastabillar, y cruzó el umbral. Caroline estaba con él. Había más soldados en los alrededores de la casa, hombres que habían estado abriendo las puertas del granero y que ahora, con las bayonetas caladas, se volvían hacia los fugitivos. Sam sabía que todo estaba perdido, que estaba atrapado, pero la locura de la batalla le estaba nublando la razón, y blandía el arma descargada como si estuviera dispuesto a enfrentarse con todo un batallón antes de rendirse.

—¡Atrás! ¡Alto el fuego! —oyó Sam, y pensó que estaba soñando.

Corría a toda velocidad, tirando de Caroline con su mano rota, sollozando de dolor y de rabia. Entonces Caroline se soltó y arrastró a Sam hacia la penumbra que había más allá del granero. De pronto Sam se vio envuelto por la noche mientras la lluvia, fresca y bendita, le caía en la cara ensangrentada. Tropezó, pero Caroline tiró

de él, y Sam se percató de que nadie los seguía, de que nadie les gritaba que se detuvieran.

Se detuvieron junto al bosque. Ambos jadeaban, pero Sam oyó que Caroline decía su nombre en alto, se lo oyó decir una y otra vez. El joven la abrazó en la oscuridad grisácea. No sabía si la humedad que sentía en la cara era su propia sangre, la lluvia o lágrimas de felicidad. Porque, con todo el ejército contra él, Sam no había fracasado.



La lluvia cesó. Cuando amaneció, las nubes, deshechas, se batían en retirada en un cielo azul en el que el sol brillaba con la dulzura que cualquiera hubiera deseado. La *meschianza* se había salvado.

Las multitudes se congregaron pronto y se apiñaron en los embarcaderos repletos de banderines y ya secos gracias a la cálida luz del sol. Otros espectadores se hicieron al río en botes para contemplar la magnífica procesión. A las tres y media de la tarde del 18 de mayo de 1778, dio comienzo el ansiado evento. La *meschianza*, para la que los oficiales de sir William, por lealtad y amor, habían recaudado más de tres mil guineas, había comenzado.

Una flota de botes llevaban a los invitados hacia el sur desde Knight's Wharf. Una pinaza, algo más grande, transportaba a los dos comandantes en jefe bajo un colorido toldo de seda. El *Roebuck*, una fragata que había pasado el largo y frío invierno en Filadelfia, hizo un saludo de diecinueve salvas cuando la pinaza pasó ante ella, y los espectadores vitorearon la escena. Era evidente, pensaban los lealistas, que los británicos no temían la derrota si eran capaces de montar un espectáculo como aquel. Los franceses llegarían. Sin embargo, tal despliegue de confianza daba a entender que, ocurriese lo que ocurriese, Filadelfia estaba segura.

Los invitados desembarcaron en los amplios jardines de césped de la mansión Wharton, que estaba lo bastante lejos de las calles de la ciudad como para no tener que soportar el hedor fétido de sus calles. Siete damas jóvenes, todas ellas solteras, fueron llevadas a un pabellón que había sido levantado para la ocasión en el extremo norte del césped, y otras siete fueron llevadas a otro idéntico que había al sur. Las muchachas, elegidas por su belleza, serían las damas de los caballeros. Llevaban una especie de turbantes decorados con lazos de plata de los que colgaban perlas y borlas de oro. De los turbantes también colgaban unos velos. Sus vestidos blancos, recortados para dejar al descubierto combinaciones de seda, llevaban unos fajines que cada una de las muchachas debía entregar al caballero que hubiera elegido.

Aquellos, a galope tendido y con las plumas tiesas, pasaron bien bajo los arcos gemelos. Cada uno de los catorce caballeros era un oficial, aunque jamás, ni siquiera en aquel ejército que amaba sus uniformes, se habían visto oficiales vestidos con tal magnificencia. Llevaba jubones de satén blanco, mangas rasgadas para mostrar los colores de las sedas que llevaban debajo y botas de cuero plateado. Los caballeros de la Montaña de Fuego retaron a los caballeros de la Bella Rosa a un torneo que habría que decidir en cuál de los dos pabellones se encontraban las damas más bellas. Se lanzaron guantes, se alzaron las lanzas y el combate dio comienzo.

Todo resultó ser muy divertido. Los caballeros cargaron, se deshicieron de sus lanzas coloreadas y lucharon con espadas romas. Las damas resollaban admiradas.

Los caballeros desenfundaron sus pistolas y se dispararon solo con pólvora, dando lugar a pequeñas explosiones que recordaron a los espectadores que había una guerra que luchar, aunque hoy eran los caballeros los que se enfrentaban, no para contener aquel republicanismo infame, sino por sus damas. Al final de la batalla, durante la cual no se derramó ni una gota de sangre que pudiera enturbiar el día, se proclamó que ambos grupos de caballeros, así como ambos grupos de damas, eran igual de valientes y de bellas.

Sir William aplaudió la sabia decisión, pero su mente estaba en otro lugar. Al fin, después de tanto tiempo, los rebeldes habían accedido a enviar comisionados de Paz a Nueva York, donde tratarían el fin de la guerra. Aunque hubiera quienes defendían que los rebeldes no estaban haciendo otra cosa que ganar tiempo hasta que llegaran los franceses para acabar de inclinar la balanza, sir William hacía lo posible por convencerse a sí mismo de que la paz era posible.

—Willie —dijo Lizzie Loring inclinándose hacia él.

—¿Sí, querida? —dijo sir William como si acabara de despertar de un sueño. Parpadeó y saludó con elegancia hacia el jardín engalanado—. Precioso, ¿verdad?

—Se supone que tenemos que encabezar la procesión, querido.

—¿La procesión? ¡Ah, claro! Tienes razón.

Los invitados, ahora que el combate entre los caballeros había concluido, caminaron por parejas, entre un centenar de músicos y, a medida que el día se iba convirtiendo en una tarde perfecta, entraron en un salón repleto de colgaduras de seda e iluminado por una galaxia de velas de color blanco leche. Los músicos tocaron y los invitados bailaron.

Sir William dejó a Lizzie Loring a cargo de John Andre y caminó con lord Robert Massedene hacia el jardín, bañado por la luz del crepúsculo. Se dirigieron al gran arco erigido en honor de los triunfos de sir William y decorado con montañas de armas y banderas desplegadas y sobre el que reinaba una representación de la diosa Fama, que llevaba una corona de laurel en la mano extendida. Sir William, de pie bajo el arco de honor, se rio.

—Menuda estupidez, Robert. Es todo una gran estupidez.

—Obtuvo esas victorias, señor —le reprendió Massedene—. Aún no ha sido derrotado en esta tierra.

—Cierto, no he sufrido ninguna derrota, pero me da la sensación de que esa dama —dijo sir William mirando a la diosa que sostenía los laureles— no recompensará las victorias sobre el señor George Washington con fama imperecedera. Y, victorias o no, Robert, aún estamos con el mar a la espalda, ¿no crees?

Sir William miró hacia el *Roebuck*, que, anclado en el río, estaba iluminado por quinqués cuya luz bailarina se reflejaba en las aguas oscuras del río.

—¿Está a salvo la señora Crowl?

—Ahora sí, señor. Su casa ha sufrido destrozos, pero... —Massedene se encogió de hombros.

—Las casas pueden repararse. ¿Qué hay de los documentos que encontraste al otro lado del río?

Massedene negó con la cabeza, desdeñoso.

—Solo había una carta de Charlie Lee ofreciéndole al hermano de la señora Crawl un puesto en el ejército rebelde. Nada que pueda ser considerado traición..., creo.

Sir William sonrió.

—De ningún modo. Pero durante el registro, Robert, el capitán Vane murió.

—Así es —dijo Massedene sin emoción alguna.

—Dice sir Henry que debería ser enterrado con los honores de un héroe —dijo sir William también con voz átona.

—Muy apropiado, señor, si se me permite decirlo.

Sir William se volvió hacia su ayuda de campo.

—Dice sir Henry que también evitaste que capturaran a su asesino.

—¿Eso dice, señor? —dijo Massedene como si estuviera sorprendido.

Sir William sonrió en la penumbra.

—Uno de los capitanes de la Compañía Ligera dice que les ordenaste a los hombres que no dispararan.

—Llovía, señor. Los mosquetes no podían disparar. Además —dijo lord Robert Massedene encogiéndose de hombros—, estaba oscuro. No había forma de saber el daño que causaría un fuego indiscriminado.

—Cierto, cierto. —Sir William empezó a caminar por el césped—. ¿Fue el sirviente de Vane el que efectuó el disparo?

—No tengo forma de saberlo, señor.

Sir William pareció no haber oído la negativa.

—La señora Crawl estará satisfecha.

—¿De verdad? —Massedene fingió sorpresa.

—Me ha dicho que le tenía mucho cariño a ese... como se llame.

—Me alegra oírlo, señor. —Se oyeron voces desde la casa, y lord Robert señaló hacia allí—. Me temo que su presencia es necesaria para los fuegos artificiales.

—¡Ah, sí! ¡Por supuesto! ¡Fuegos artificiales por mis victorias! Qué bonito. A Lizzie le encantará. Y bien hecho, Robert. Bien hecho.

Massedene se detuvo asombrado.

—¿Bien hecho?

—Para eso estamos aquí esta noche, ¿no es así? Para darnos la enhorabuena los unos a los otros. —Sir William sonrió y luego soltó una carcajada—. Así que bien hecho, mi querido Robert, bien hecho.

Los fuegos estallaron dando lugar a estrellas escarlata que volaron como joyas sobre el río. Las fuentes chinas escupían fuego blanco y hacían que la noche volviera a

parecer día. Veinte soportes diferentes lanzaron sus deslumbrantes llamas a la oscuridad, asombrando a la ciudad.

Sam observaba desde el otro lado del río. Se sentó sobre la hierba con el brazo en torno a los hombros de Caroline. A veces se giraba para mirarle el rostro, que, iluminado por los destellos de los fuegos artificiales, parecía aún más bello. Sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. Su hermano, a quien tanto había amado, nunca había encontrado su paraíso americano, y Jonathon, de quien Sam se había hecho amigo, ahora yacía muerto bajo su tierra. Pero Sam vivía, y debía seguir vivo por ambos.

—¿Qué están celebrando? —preguntó Caroline.

—La victoria.

La muchacha rio quedamente; luego entrecerró los ojos ante el brillo de un fuego más brillante que estalló sobre el río convertido en plumas de luz blanca y que dibujó largas sombras de los almacenes del muelle.

—Nunca me gustó la ciudad —dijo Caroline de pronto.

—A mí tampoco.

—Pero hubiera vivido allí.

—Sí, hubieras tenido que hacerlo —convino Sam. Le cogió una de las manos con su mano izquierda. Los dedos se entrelazaron.

—No quería vivir allí —dijo Caroline con remordimiento.

Sam comprendió lo que le estaba diciendo.

—Jamás abandonaste a Jonathon.

—En mis sueños sí lo hice.

—Para eso son los sueños. Cosas que no son reales. Como el Hombre Verde. —Sonrió porque le había confesado a Caroline lo aterrizado que había estado la noche anterior.

Caroline le miró.

—Lo sueños pueden convertirse en realidad, Sam.

—No hicimos nada para que este lo fuera.

—No —dijo Caroline, reconfortada por la verdad.

Llevaban escondidos todo el día en el bosque. Por la mañana los soldados habían registrado la granja de los Fisher, habían sacrificado al ganado para procurarse comida y se habían llevado todo lo que tenían almacenado en el granero. La granja había sido saqueada, pero la familia estaba a salvo. Caleb y Anna estaban ahora con unos vecinos, esperando a estar seguros de que los casacas rojas no iban a volver. Mientras tanto, Sam y Caroline estaban sentados a la orilla del río.

Caroline dejó descansar la cabeza sobre el hombro del muchacho.

—¿Qué tienes intención de hacer, Sam?

—¿Después de haberte avisado? —Sam pensó un instante—.irme lejos, supongo. A algún lugar en el que no puedan encontrarme.

—¿Y criar caballos?

—Puede que sí.

Ella sonrió. La noche estaba iluminada por el fuego, embellecida por las chispas que siseaban mientras caían al río. La voz de Caroline era poco más alta que el sonido de las pavesas moribundas.

—Aquí podrías criar caballos, Sam.

—Es un buen lugar para criar caballos —dijo el joven. Hizo una pausa, no porque temiera decir la siguientes palabras, sino para saborear el placer de decirlas—. Y niños.

—Sí.

Caroline sintió una oleada de felicidad tan fuerte que se asombró a sí misma. No existía una explicación para el amor, pensó, pero solo un necio la querría.

—Pero los niños necesitan paz —dijo Sam, anhelante.

Caroline no dijo nada. Sus últimos intercambios de palabras, por tentativos que pudieran parecer, eran declaraciones de amor que durarían toda una vida. Pero Sam era un casaca roja, y ella una rebelde, y Sam había insinuado la pregunta que no había sido formulada.

—Hijos y paz —dijo Sam de nuevo, pero esta vez con mayor firmeza—, así que imagino que tendremos que luchar por ello.

Caroline giró la cabeza para mirar a Sam.

—¿Tendremos?

—Tendremos —dijo Sam, y, por un instante, Caroline supuso que no diría más. Y no esperaba más, ya que Sam no era como Jonathon, que hubiera querido hablar y hablar en un momento como aquel. Sam creía que cuanto más sencilla fuera una afirmación tanto más firme era. Pero entonces, para sorpresa de la muchacha, sí que dio una explicación—. Un hombre debe luchar por su hogar, ¿no?

—¿Es este tu hogar, Sam?

—El hogar está en donde se ama. Y donde te aman.

Caroline le acarició la mano.

—Pues este es tu hogar.

Los fuegos artificiales murieron. La música siguió tocando. Llegaba tenue desde la otra orilla del río, pero Sam y Caroline se alejaron. Caminaron hacia la casa y, en la orilla, dejaron la casaca que Sam había extendido sobre la hierba embarrada para que Caroline no se ensuciara el vestido. Era su casaca de soldado, la que había llevado en Paoli's Tavern aquella noche en la que su hoja se tiñó de rojo en la matanza. Pero ahora allí quedaba, tendida en el barro. Sería otra la bandera que deslumbraría los ojos de Sam.

Porque el casaca roja era libre.

# NOTA HISTÓRICA

Me he tomado ciertas libertades en cuanto a la cronología de la revolución; de tal modo, la escaramuza en Paoli's Tavern ocurrió la noche siguiente al pánico que se apoderó de Filadelfia y no, como sugiere el orden de los capítulos, la noche anterior. He adelantado un día la explosión que destruyó el HMS *Augusta* para que coincida con los asaltos fallidos. De igual modo, las noticias de Saratoga llegaron a Filadelfia días después del fracaso de los asaltos, pero me parecía apropiado que sir William recibiera todas las malas noticias de una vez. He hecho que la presencia en Filadelfia del general Charles Lee fuera temprana, y luego he retrasado su vuelta a Valley Forge una semana para que pudiera presenciar el resultado de la acción de Crooked Billet.

Los únicos personajes históricos, aparte de los nombres más famosos, son los generales, el almirante lord Howe, John Andre y Lizzie Loring.

Los británicos solo mantuvieron tropas en Filadelfia hasta un mes después de la *meschianza*. Después, dado que necesitaban a la guarnición de la ciudad en otros puntos, abandonaron Filadelfia a los rebeldes. Los lealistas huyeron, algunos a Canadá, otros a las islas y algunos a Gran Bretaña. La ocupación de la ciudad había durado tan solo ocho meses.

*Casaca roja* bebe de muchas fuentes, pero debo reconocer una deuda extraordinaria con el trabajo de John W. Jackson *With the British Army in Philadelphia, 1777-1778* (Presidio Press, San Rafael, California, 1979): *Casaca roja* le debe a esta magnífica publicación del señor Jackson y a su fabulosa labor de documentación gran parte de su precisión. Toda inexactitud que pueda haber en el texto, por supuesto, solo puede serme atribuida a mí.



BERNARD CORNWELL (Londres, 1944). Novelista y periodista inglés. Vivió su infancia en el sur de Essex.

Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre.

Se graduó en la Universidad de Londres y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad.

Tras esta experiencia, pasó a trabajar para la cadena inglesa de televisión BBC, donde comenzó como investigador para el programa *Nationwide*, y permaneció en ella durante los siguientes 10 años, llegando a ser Jefe de la sección de *Actualidades* de la cadena en Irlanda del Norte.

Fue trabajando en Belfast cuando conoció a Judy, una turista americana, de la que se enamoró y con la que se trasladó a Estados Unidos, donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso.

Según Cornwell, la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente (*Green Card*), solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

Como reconocimiento a su labor como escritor, en junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.